Cristina Muñiz Martín

UN TRANVÍA ENTRE DOS MUNDOS

Un tranvía entre dos mundos es una novela coral, histórica y social. A partir de la familia formada por Luisa y sus hijas Marina y Raquel, la novela narra la vida en el Gijón de los alegres años veinte del siglo pasado, la llegada de la revolución de octubre de 1934, la Guerra Civil y la inmediata y amarga posguerra. La familia crece y se disgrega a la par que la política y la sociedad gijonesa y asturiana se van radicalizando y dividiendo hasta llegar a distintos enfrentamientos: primero laborales, entre obreros y patronos, más tarde entre dos bandos e ideologías irreconciliables, que desembocarán en un golpe de Estado y en una guerra fratricida, desigual y cruel, que dividirá familias, amigos y vecindarios.

En aquel Gijón cultivado, popular y bullicioso será el tranvía el único nexo de unión entre el opulento mundo del centro de la ciudad y los barrios fabriles, pobres y obreros de las afueras. La Plaza del Carmen y el barrio de El Llano son los núcleos por los que discurren los días de unos personajes que se ven vapuleados por la vida y las circunstancias históricas que les tocó vivir. Y entre estos dos mundos, el tranvía.

Cristina Muñiz Martín

Un tranvía entre dos mundos

Cristina Muñiz Martín

Un tranvía entre dos mundos

ePub r1.0
Titivillus 01.07.2021

Título original: *Un tranvía entre dos mundos* Cristina Muñiz Martín, 2020

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrera.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

Dedicada a mis nietos Eric y Nel.

En recuerdo de esos gijoneses que no quedaron en los libros de historia y viven solo en las fotografías antiguas y en los corazones de sus familiares, en especial para mi Güelita*, en cuyos relatos está inspirada esta novela, aunque la mayoría de lo escrito sea inventado. Ella nació y murió en Gijón (1905-1984), donde trabajó duro durante toda su vida para sobrevivir, dejándonos, a mis hermanos y a mí, un ejemplo de amor y entereza.*

NOTA DE LA AUTORA

Los personajes de esta novela, así como sus vidas, son ficticios, salvo los que salen en los libros de historia. Los acontecimientos sociales y políticos acaecidos en la ciudad de Gijón, y por extensión en el resto de Asturias y del país entre los años 1920 y 1939, intenté reproducirlos con la mayor fidelidad posible, aunque tomándome alguna que otra licencia literaria.

Quiero expresar mi agradecimiento a todas las personas que se dedicaron a investigar y a divulgar los hechos que tuvieron lugar durante esa época y que me han servido de gran ayuda en mi labor de documentación.

1

Ramón, de vuelta a casa tras doce agotadoras horas de trabajo, pasó por el cementerio de El Sucu para adecentar la lápida de sus padres y contarles cómo le iban las cosas. Nada hacía presagiar aquel sábado, 29 de mayo de 1920, que diecinueve años más tarde, en ese mismo lugar, situado contra la tapia que sería conocida como El Paredón, tres balas en el corazón y dos en la cabeza harían vibrar su cuerpo poniendo fin a su vida y a las esperanzas de su familia.

Ramón se había casado diez meses atrás con Marina y estaban esperando su primer hijo; un niño que en el preciso instante en que su padre abandonaba el camposanto anunciaba con un grito poderoso su llegada al mundo.

El parto se había presentado de improviso, adelantándose casi tres semanas. Los dolores, aunque débiles, habían comenzado la tarde anterior. Marina no dijo nada. Continuó cosiendo y bordando como todos los días y al anochecer se acostó convencida de que algo le había sentado mal. Aún faltaba para el parto. Pero a partir de las doce de la noche los dolores se fueron haciendo más fuertes impidiéndole el sueño. Para no molestar a su marido se levantó sin hacer ruido y fue hasta la cocina donde pasó las horas dando pequeños pasos, sentándose en una banqueta o apoyándose en la mesa cuando se acentuaban las contracciones.

A las cinco de la mañana, encendió la lumbre, preparó el desayuno para Ramón, lo despertó con suavidad y se volvió a meter entre las sábanas. No lo quería preocupar, llevaba todo el mes trabajando muchas horas extras además de las diez de la jornada laboral y lo notaba cansado.

Él, ajeno a su dolor, se levantó vistiéndose en la oscuridad del cuarto. Después salió al patio, al retrete, para vaciar su vejiga. Ya en la cocina se lavó las manos, echó un poco de agua sobre la cara y la cabeza y, mirándose en el pequeño espejo colgado de un clavo en una esquina, peinó hacia atrás su abundante pelo negro. Luego, vertió el café en un tazón junto a un buen chorro de leche, un trozo de mantequilla y una gran rebanada de pan desmigada. Cuando terminó se puso la chaqueta y la gorra y salió hacia el trabajo.

El ruido de la puerta al cerrarse dejó a Marina sumida en una especie de desamparo. Le hubiera gustado decirle algo a Ramón, que supiera de su dolor, pero había sido mejor así. Al fin y al cabo lo único que iba conseguir era inquietarlo y no merecía la pena.

Marina se levantaba y se acostaba, cambiando a menudo de postura, sin encontrar ni un asomo de alivio. Sus ojos buscaban de continuo el reloj, pero parecía que el tiempo se hubiera detenido. Esperó a que dieran las siete de la mañana para llamar a su madre con el temor prendido en la voz.

—¡Madre! ¡Madre!

—¿Qué pasa? —preguntó ella sobresaltada, acercándose al cuarto.

—Creo que ya viene.

—No puede ser. Es demasiado pronto —dijo sorprendida—. ¿Cuánto tiempo llevas con dolores?

—Ayer por la tarde me dolía un poco, pero ahora me duele mucho, madre.

Luisa llamó a gritos a Raquel, su hija pequeña, para que fuera a avisar a Dorotea. Raquel remoloneó entre las sábanas hasta que la zapatilla de su madre la obligó a salir de su refugio. Se levantó refunfuñando, sacó el orinal de debajo de la cama y después se vistió aprisa y corriendo para ir a buscar a la mujer que ayudaba en los partos en El Llano de Arriba.

Cuando llegó la partera, tocó el vientre hinchado de Marina, la mandó abrir las piernas, hurgó en su entrepierna metiéndole los dedos para comprobar cuánto había dilatado y regresó a su casa, pues al parto aún le quedaban muchas horas por delante.

Raquel se volvió a meter en la cama pero la voz imperiosa de su madre la hizo levantarse de nuevo de mala gana y de malas pulgas. Desayunó y después tuvo que someterse a un buen lavado de cara, cuello, orejas, manos y rodillas para a continuación ponerse el otro vestido, el de los domingos. Tenía que ir al centro, a la casa donde servía su madre, para justificar su ausencia.

Raquel se sentía ridícula sentada en el tranvía con su vestido blanco y dominguero. Se pasó todo el rato mascullando entre dientes, preguntándose por qué siempre le tocaba a ella hacer los recados. Santiago, uno de sus vecinos, conductor del tranvía, le preguntó a dónde iba tan guapa a lo que Raquel respondió con un gruñido. Bajó en la Plaza del Carmen, al final del trayecto, tan enfadada como había subido.

Al llegar al número de la calle Corrida que le había indicado su madre, el mal humor dio paso al recelo. El edificio era precioso; se notaba que allí vivía gente muy rica. Entró en el portal con cautela, observando las paredes decoradas y las lámparas de cristales brillantes colgadas del techo. El portero le preguntó a dónde iba y no la miró del todo mal, momento en que agradeció la buena idea de su madre de obligarla a lavarse y a cambiarse de vestido.

Raquel subió las escaleras despacio, deslizando su mano izquierda por el reluciente pasamanos, sin dejar de mirar al techo que parecía llegar al infinito. Al alcanzar el rellano llamó a la puerta del servicio. Abrió la cocinera, que la trató con amabilidad y cogió el recado, interesándose por el estado de su hermana.

Cuando aún estaban hablando, por la puerta principal salieron dos chicos. Uno de ellos, el mayor, casi un hombre, la miró con descaro. Raquel, intimidada, apartó la

vista.

Los muchachos se lanzaron bulliciosos escaleras abajo, empujándose y riendo. La cocinera la despidió y cerró la puerta. La niña esperó unos minutos. No quería encontrarse con ellos. Después, bajó con calma las escaleras, imaginándose viviendo en aquel lugar, grabando en su memoria el pasamanos, las paredes, el techo…

Al llegar al portal, comprobó horrorizada que los chicos aún seguían allí, hablando con el portero. Raquel sintió una sensación extraña en el estómago y un sonrojo desconocido hasta entonces violentándole el rostro. Confundida y avergonzada, bajó los últimos escalones poco a poco, sin hacer ruido, intentando pasar desapercibida. Abrió la puerta del portal y, como si hubiera estado esperando ese momento, el chico mayor salió justo detrás de ella, haciendo que sus manos se rozasen.

—Así que tú eres la hija de Luisa —le preguntó con un deje de picardía.

—Sí —respondió molesta.

—Pues no te pareces nada a ella. Eres muy guapa y cuando crezcas un poco esos ojos verdes van a volver locos a muchos hombres.

Raquel no supo qué decir y echó a correr. Después de un rato paró y miró a su alrededor. Los chicos habían desaparecido. O más bien la desaparecida era ella. Se sentía como una imbécil. ¿Por qué había reaccionado así? Si hubiera sido en su barrio actuaría de otra manera, incluso se atrevería a pegarle una patada a ese idiota, pero en aquella casa y en aquel portal se había sentido intimidada. Y, nunca, hasta ese momento, se había sentido así.

A Raquel le encantaba escuchar a su madre cuando contaba cosas de los señores, en especial de la excursión a Covadonga. Tenían un coche negro, muy grande y moderno, y solo habían tardado cuatro horas en llegar. Luisa había visto la fotografía que se hicieron allí. Según ella, habían salido todos muy guapos y el lugar era precioso con una iglesia rodeada de montañas muy altas y hasta una cueva donde estaba la imagen de la Virgen de Covadonga, conocida como *la Santina*.

Por la noche soñaría despierta con pertenecer a una familia adinerada, intentando adivinar cómo sería la vida teniendo criados y cocinera y pudiendo viajar a sitios tan lejanos. Ese día, al ver el portal y la entrada de la casa, tomó conciencia, por primera vez, de la pobreza de su familia, de su barrio, de su gente, prometiéndose a sí misma que un día sería rica, que tendría criados y cosas bonitas, sobre todo vestidos y zapatos, y que comería cuanto le apeteciera. No sabía cómo iba a conseguirlo, ya vería cuando se hiciera mayor.

El día fue pasando con una lentitud pasmosa para Marina. Los dolores iban en aumento, en una especie de ráfagas cada vez más intensas y continuas que golpeaban con furia sus riñones. Sabía que el parto era doloroso, pero nunca hubiera imaginado que tanto. No creía poder aguantar mucho más, quería que acabara ya, que el niño saliera de una vez. Sin embargo, llegó el mediodía y luego dieron la una, y las dos, y las tres… y aquella cadena de dolores tan difíciles de soportar parecía no tener fin.

Luisa permaneció todo el día atendiendo a su hija, diciéndole que pronto tendría con ella a su pequeño y se olvidaría de los dolores, pero a Marina las palabras de su madre no le servían de consuelo. Estaba sufriendo un calvario que le parecía tan grande como el de Jesucristo en la cruz, que Dios la perdonara por esos pensamientos. Se prometió a sí misma que nunca más pariría un hijo. En esos momentos no lograba entender cómo había mujeres que habían pasado por ese trance ocho, diez o incluso más veces. Echaba de menos a Ramón. Le gustaría que estuviera a su lado, cogiéndole la mano, aunque seguramente su madre lo echaría del cuarto. Los minutos comenzaron a parecerle horas y las horas días, como si el tiempo le estuviera gastando una broma pesada. Las vecinas la estaban atosigando con sus idas y venidas y los dolores eran cada vez más seguidos y sus acometidas más fuertes. De repente, sintió cómo se orinaba en la cama. Asustada llamó a su madre.

—¡Madre! ¡Madre! Me he meado encima —gimió.

—¡Menos mal, hija! Ya era hora —dijo Luisa con un suspiro de alivio.

Raquel estaba jugando con sus amigas cuando sintió a su madre llamándola a gritos. Intentó hacerse la sorda, pero no le sirvió de nada. Aunque a regañadientes, no le quedó más remedio que ir de nuevo en busca de Dorotea. Esta vez la partera tardó más de una hora en llegar, pues estaba atendiendo a otra mujer. Examinó a Marina. Aún faltaban una o dos horas. Salió de la casa con la promesa de volver lo más rápido posible, encomendándole a Luisa que fuera hirviendo agua y preparando toallas y trapos limpios y planchados.

Como había prometido, Dorotea volvió media hora más tarde. Miraba a la parturienta cada poco tiempo para ver cómo iba dilatando y le daba ánimos. El parto se presentaba difícil; Marina era muy estrecha y el niño parecía grande. La madre, empapada en sudor y agotada, gritaba revolviéndose en la cama.

Por fin, cuando faltaban escasos minutos para las ocho de la tarde, apareció la coronilla entre las piernas de la madre.

—Ya veo la cabeza, Marina. ¡Empuja! ¡Empuja con todas tus fuerzas! —gritó Dorotea.

—No puedo. No puedo más —musitó Marina.

—Claro que puedes. Venga, déjate de tonterías y empuja fuerte. ¡Empuja! ¡Empuja!

Marina dobló las rodillas y sujetó las piernas con las manos atrayéndolas hacia el pecho, tratando de abrir más su cuerpo. Luego levantó levemente el tronco. Apretó los labios. Empujó. Empujó sacando fuerzas de donde no creía tenerlas. Repitió la acción otras cuatro veces animada y guiada por los gritos de su madre y de la partera. De pronto, como si se hubiera quitado el tapón a una botella de sidra achampanada, la cabeza del niño salió al exterior. Con la pericia de muchos años, Dorotea la giró y tiró hasta ver aparecer un hombro. A continuación todo fue más fácil y el cuerpo del niño se deslizó con suavidad fuera del cuerpo de su madre.

—Es un niño precioso —dijo Dorotea.

—Un niño —susurró Marina.

—Y es enorme.

—No me extraña que le costara tanto —dijo Luisa admirando a su nieto—. Seguro que pesa más de cuatro kilos. Demos gracias a Dios porque todo ha salido bien y el niño está entero —continuó diciendo mientras se persignaba.

—Y menos mal que el parto se ha adelantado un poco porque con unas cuantas semanas más no sé si sería capaz de echarlo —dijo Dorotea cortando el cordón umbilical.

El grito de la llegada al mundo de su hijo le sonó a Marina como la más maravillosa de las melodías. Era madre de un niño. Apenas se lo podía creer. Qué ganas tenía de que llegara Ramón a casa y lo viera. Seguro que se sentirá el más orgulloso de los padres, pensó complacida.

Tras limpiar y arreglar a su nieto, Luisa se lo enseñó a Marina, que esbozó una sonrisa de satisfacción. Después, entre las dos mujeres lavaron a la madre, le pusieron un camisón limpio y cambiaron las sábanas por otras bordadas, las mejores de la casa, pues no tardarían en llegar familiares y vecinos. Dorotea le dijo a Marina que acercara el niño al pecho, pero ella vio horrorizada que de sus senos no manaba ni una sola gota de leche.

—No te preocupes, la leche aún tardará un par de días en subir.

—¿Y este líquido amarillo qué es? —preguntó Marina preocupada.

—Son los calostros, lo mejor para el niño. Tienes que ponerlo al pecho cada poco para que los tome y para que te suba pronto la leche. Y ahora marcho que está a punto de nacer el de la chica de Matías.

—¿La madre soltera? —preguntó Luisa.

—Sí, hija, sí —respondió Dorotea haciendo un gesto de disgusto con la boca.

—Pobre Matías, tan buen hombre, primero queda viudo y ahora esto —dijo Luisa.

—La vida es así, Luisa, qué quieres que te diga. Pero hay que tirar por todo lo que nos mande Dios Nuestro Señor.

—También la puede echar de casa. No está obligado a quedar ni con la madre ni con lo que venga. Si fuera hija mía…

—Bueno, Luisa, cada cual en su casa hace un pandero, ya sabes lo que te quiero decir. Además, las dos tenemos hijas y nunca se sabe, mejor tener la boca cerrada por si las moscas.

Luisa iba a replicar, pero entendió que no merecía la pena. No había forma de hablar de nada con esa mujer. Nunca se metía con nadie. Nunca hablaba ni bien ni mal de nadie. Y eso que sabía. Vaya si sabía con su oficio.

—¿Cómo lo vas a llamar? —preguntó Dorotea cuando ya se disponía a abandonar el cuarto.

—Jesús, como mi padre y mi hermano que en paz descansen —respondió Marina orgullosa a la vez que se le saltaban las lágrimas acordándose de su padre y de su

hermano, muertos los dos en el mismo accidente minero.

Sin quererlo, llegó a sus oídos el sonido de la sirena anunciando la desgracia. Después, las carreras de las mujeres hasta la bocamina, los rostros negros y desconsolados de los mineros, la llegada de los servicios sanitarios, las camillas portando los cuerpos tan queridos. Su madre no emitió ni un quejido y de su rostro paralizado no brotó ni una lágrima. Cogió a sus dos hijas de la mano y se fue a casa. Una vez allí se sentó sobre la cama y esperó. Esperó a que las vecinas la levantaran y la vistieran de negro y se quedaran a hacerle compañía. Días después, con los pocos asuntos pendientes arreglados, tomó rumbo a Gijón, dejando atrás el lugar al que nunca más pensaba volver; el lugar que solo ofrecería a sus hijas un minero como marido. En Gijón vivía su hermana Alfonsina y ella la ayudaría.

Luisa llamó a la puerta de su hermana que la recibió con grandes muestras de cariño. Le gustaba tenerlas cerca. Lástima que solo pudieran quedarse unos días. Había sitio de sobra, pero su cuñado se había negado a que las alojara, amenazándola con retirarle la paga semanal.

A Luisa no le importó demasiado, estaba acostumbrada a trabajar duro y lo seguiría haciendo para sacar a sus hijas adelante. Gracias a su hermana encontró una casa pequeña en alquiler compuesta de un solo espacio haciendo las veces de cocina y habitación, suficiente para ella y las chiquillas. Al fin y al cabo, no era mucho peor que lo dejado atrás.

Cinco días después de su llegada a la ciudad, Luisa comenzó a trabajar en casa de un afamado médico, con el que Dámaso, el cuñado de su hermana, mantenía una buena amistad. También le consiguió una ocupación a Marina, como aprendiza en uno de los talleres de costura más importantes de la calle Corrida. Y así empezaron una nueva vida en la ciudad que había visto nacer a Luisa y a sus hermanas, lejos, muy lejos de la sirena de la mina, aunque otras muchas sirenas regirían a partir de entonces sus movimientos y sus vidas.

Marina miró a su madre; también tenía los ojos llenos de lágrimas plagadas de recuerdos tristes. Las dos mujeres se sonrieron, espantando el pasado de un manotazo, posando sus miradas sobre el niño. No era momento de penas. Era un día repleto de felicidad.

2

A la espera del nacimiento de su sobrino, Raquel había pasado casi todo el día en la calle, agradecida de poder evadirse de la vigilancia de su madre, pero quería ver el parto para contárselo a sus amigas. Ninguna sabía cómo era y estaban intrigadas. Las vecinas entraban y salían sin parar. El nacimiento se estaba retrasando demasiado para su gusto, estaba ya cansada de esperar. Mientras jugaba no perdía de vista la puerta de su casa, esperando ver a Dorotea, lo que significaría que había llegado el momento.

La partera apareció por la esquina de la calle. Raquel la siguió con la mirada. Al momento vio salir a dos vecinas. Pensó que seguramente las habrían echado. Entró en casa moviendo los pies despacio y con delicadeza pero se encontró con su madre en el pasillo.

—Ahora mismo iba a llamarte. Coge el cubo y vete a la fuente.

Raquel se mordió el labio inferior para no protestar. Ya había ido a la fuente otras dos veces ese día. No entendía para qué se necesitaba tanta agua cuando nacía un niño. Se suponía que los recién nacidos bebían leche, no agua. Con el cubo en la mano corrió hacia la fuente y volvió más rápido que de costumbre. No se perdería el espectáculo por nada del mundo. Pero su madre parecía tener otros planes.

—Ahora coge un par de botellas y vete a llenarlas a la fuente de La Milagrosa.

—¿A La Milagrosa? Pero madre, si tenemos agua bastante.

—Venga, deja de protestar y haz lo que te digo.

—Pero por qué no vale el otro agua.

—Porque la de La Milagrosa es medicinal.

—Marina no está enferma, madre, solo preñada.

—Pero esa agua le irá muy bien. Si hasta los señoritos pagan por ella muy buena ha de ser.

—¿Pagar por el agua?

—Sí, hija, sí. La meten en unas botellas muy bonitas y las venden en las tiendas. Así que ¡hala!, ¡arreando!

—Pero la fuente está lejos, madre —se quejó mimosa.

—¿Lejos? Si está aquí al lado. Y ya valió, no quiero oír una palabra más.

Raquel salió de casa corriendo. Ni siquiera llamó a alguna de sus amigas, como otras veces. Quería volver pronto. Se acercó a la finca que custodiaba la fuente, atravesó el muro de piedra y caminó por el sendero hacia el manantial. Al llegar, vio

que había al menos veinte personas esperando. Otro día hubiera aguantado pacientemente, admirando la hermosa casa levantada en la parte alta, pero no estaba dispuesta, por nada del mundo, a perderse lo que estaba a punto de suceder en su casa. Con pasos decididos adelantó a toda la fila, se puso la primera y miró hacia atrás con cierto aire de soberbia.

—Mi hermana está pariendo y tengo que llevar el agua muy rápido, así que la cojo yo primero.

—Que te crees tú eso, lista —dijo un chico de su edad poniéndose a su altura. Como se te ocurra colarte te parto la cara.

—Ni lo sueñes —respondió ella con rapidez, dándole una patada en la espinilla.

Las mujeres tuvieron que separarlos. Algunas la conocían y sabían lo de su hermana. La dejaron pasar delante de todos, ante la cara de fastidio del chico. Cuando terminó de llenar las botellas, Raquel estiró el cuerpo, alzó la cabeza, sacó la lengua al muchacho y echó a correr.

Por suerte, cuando volvió, el niño aún no había nacido. Su madre la dejó salir a la calle y pareció no preocuparse más de ella. Raquel esperó un rato en la puerta, tapándose los oídos para no oír los gritos de dolor de su hermana. Después, entró en casa como un fantasma. Pero, una vez más, allí estaba su madre.

—¿Qué haces aquí? ¡Venga, a la calle!

—Tengo sed, madre.

—Pues vete a beber a la fuente. El niño ya está a punto de nacer y no quiero tenerte en medio.

Raquel salió refunfuñando, preguntándose qué podía hacer para ver el parto sin que su madre se enterase. Se mantuvo alerta a los gritos de su hermana y a la conversación de su madre con la partera. Al parecer, el niño se resistía a salir. No le extrañaba, seguro que sabía qué abuela le había tocado en suerte.

Sus amigas no paraban de llamarla desde la esquina de la calle, pero ella negaba con la cabeza. De pronto, escuchó decir a Dorotea que había llegado la hora. Se aventuró por el pasillo como un ladrón veterano y esa vez consiguió hacerse invisible y alcanzar el patio. Desde allí, a través de la ventana abierta del cuarto de Marina, subida sobre una banqueta, la niña vio en primera fila el alumbramiento sin perder detalle. Raquel estaba asombrada y asustada a partes iguales. Ella no pensaba tener un hijo nunca jamás. Sacar un niño por «ahí abajo» tenía que doler lo suyo, no le extrañaba que su hermana chillase como los cerdos cuando están a punto de degollarlos. Además, colocarse así en la cama, toda espatarrada, enseñándolo todo. Menuda vergüenza. No, ella nunca tendría un niño y en caso de tenerlo se pondría boca abajo para sacarlo; que le vieran el culo no le importaba tanto.

Luisa y Dorotea atendían embobadas al recién nacido. Raquel aprovechó para escapar. Después, llamó a su madre desde la puerta.

—Madre, ¿puedo entrar ya?

—Sí, hija, sí. El niño ya ha nacido. Ven a conocer a tu sobrino.

Raquel vio entre los brazos de su hermana un bulto pequeño del que sobresalía una cara roja e hinchada. Menudo bicho feo ha tenido mi hermana, pensó, aunque se mordió la lengua y no dijo nada por la cuenta que le traía. Marina le pidió que se acercara y le diera un beso en la cabeza. Raquel se inclinó como si fuera a darle el beso, pero sin rozarlo; se moría de asco solo con pensar cómo lo había visto unos momentos antes, todo sucio y ensangrentado. A cierta distancia de la cabeza lanzó el beso al aire y después le preguntó a su madre si podía salir a la calle.

—Pero si llevas todo el día fuera de casa —dijo Luisa.

—No, madre, acuérdese que tuve que ir a llamar a Dorotea y a por agua varias veces. Además, desde que volví de la fuente de La Milagrosa no me moví de la puerta por si me necesitaban para algo. Estaba muy asustada sintiendo los chillidos de Marina. Tenía miedo de que se fuera a morir —dijo Raquel intentando poner cara angelical.

—¿Seguro? —preguntó Luisa extrañada.

—Seguro, madre. Lo juro por Dios y por todos los santos —dijo la chiquilla cruzando el dedo corazón sobre el dedo índice de ambas manos y besándolos.

—Deja de jurar, anda. Deja de jurar y sal un rato. Pero te quiero pronto en casa. Y mira a ver si ves llegar a tu cuñado para darle la noticia, no vaya a entretenerse en el bar.

Raquel echó a correr como un torbellino. Necesitaba encontrarse con sus amigas para contarles lo que acababa de ver. No iban a creer cuánto trabajo costaba tener un niño y cómo se abría «eso de ahí abajo». Dolores ya les había contado que «eso» se hacía más grande cuando la metía un hombre; había espiado a sus padres que dormían en el mismo cuarto que ella y su hermano. Pero un parto era diferente, porque la mujer se abría entera, de hecho temió que su hermana acabara partida por la mitad. No entendía por qué a las niñas las echaban fuera cuando una mujer iba a dar a luz, al fin y al cabo algún día les tocaría parir y era bueno saber qué pasaba, sobre todo para decidir no tener hijos, como lo había decidido ella. Ni hablar. Que los tuvieran otras.

Ramón estaba contento. Por fin se había acabado la semana y al día siguiente, domingo, podría descansar. Estaba agotado, tras meses de trabajo intenso, pero por suerte ya no tendría que volver más al taller de don Laureano, un hombre que en vez de palabras parecía soltar látigos por la boca. El lunes, gracias a don Carlos, el médico en cuya casa servía su suegra, entraría a trabajar en la Fábrica de Moreda y Gijón y eso suponía un jornal más alto. En el bolsillo del pantalón llevaba bien apretados los billetes de la paga semanal y de las muchas horas extras realizadas los últimos dos meses y que al fin le habían pagado. Las cosas no les iban nada mal y con su nuevo sueldo irían mucho mejor. Con lo que él ganara, lo que aportaba su suegra y lo que sacaba Marina cosiendo y bordando saldrían adelante sin problemas. Acababa de contarles todo eso a sus padres y estaba satisfecho.

—Padre, madre, sepan que los echo mucho de menos. Si me vieran estarían orgullosos de mí. Dentro de poco nacerá mi primer hijo, su primer nieto también, y a partir del lunes trabajaré en la Fábrica de Moreda y Gijón, esa que le gustaba a usted tanto, padre. Además, he decidido que voy a estudiar para prosperar en el trabajo y poder darles una vida mejor a los míos. Sé que va a ser duro trabajar y estudiar a la vez, pero en la vida, usted lo dijo siempre padre, quien algo quiere algo le cuesta. Y yo me voy a sacrificar ahora que puedo, pues soy joven y me encuentro con fuerzas. Me voy a sacrificar por los míos y para que ustedes estén orgullosos de mí. A Julián le va bien, no se preocupen por él, yo lo cuido todo lo que puedo, como prometí. Adiós padres, los llevo en mi corazón.

Ramón pasaba a menudo por el cementerio. Le gustaba ir a hablar con sus padres, contarles las cosas que le pasaban, sentir que aunque no estuvieran vivos de alguna manera escuchaban sus palabras, sintiéndose felices viéndolo a él feliz.

A Ramón le dolía su hermano Julián, su única familia desde la muerte de su padre. Desde entonces, habían abandonado la casa de alquiler donde vivían para trasladarse a la pensión de Rita, compartiendo habitación. Allí estaban bien, pero a Ramón le costaba adaptarse; añoraba el calor de una familia. Rita se encargaba de todo: limpiaba el cuarto, les lavaba y planchaba la ropa y les hacía la comida. Ellos salían por la mañana para el trabajo y al finalizar la jornada, tras una parada en el bar, subían a la pensión para cenar, charlar un rato con el resto de los huéspedes y echarse a dormir.

Julián, al contrario que su hermano, se hizo enseguida a su nueva vida, encandilando a Rita, mujer de treinta años que había heredado la pensión de su tía. Por las noches, cuando Julián creía que su hermano ya estaba dormido, salía sin hacer ruido de la habitación y se dirigía a la de Rita, contigua a la suya, donde ya no eran capaces, ninguno de los dos, de mantenerse en absoluto silencio. Y allí seguía su hermano, viviendo en la pensión que había sido su casa desde la muerte de su padre.

A Ramón no le importaría que Julián se acabara casando con Rita, pese a la diferencia de edad, pero sabía que había otras mujeres, algunas de ellas casadas. Más de una vez habló con él para pedirle que tuviera cuidado y que intentara buscar una buena chica, pero Julián se burlaba, llamándolo viejo y aburrido, diciéndole que cada día se parecía más a su padre. Ramón acabó convencido de que su hermano era un tarambana y que por mucho que lo intentara no lograría sacar nada bueno de él.

Ramón apartó las preocupaciones sobre su hermano y sonrió pensando en la suerte que había tenido en encontrar a Marina. La quería con locura y con ella había formado una familia, aunque eso incluyera a su suegra y a la descarada de Raquel. Comenzó a musitar una canción mientras pensaba. ¿Será niño o niña? Si pudiera elegir, elegiría un niño, un varón, aunque no le importaría que fuera una niña.

El día había sido espléndido. El cielo lucía un azul intenso, roto solo por las nubes rojizas del atardecer. Las calles estaban repletas de hombres que regresaban del trabajo y paraban en el bar, de niños jugando, de madres sentadas a las puertas de las

casas cosiendo, tejiendo y hablando con las vecinas mientras vigilaban a sus retoños más pequeños.

Aún le faltaba un poco para llegar a casa cuando Ramón se encontró con una vecina que le dijo que su mujer llevaba todo el día de parto, aunque no le supo decir si ya había dado a luz. Con una desconocida alegría en el corazón echó a correr como una exhalación hacia la calle Dolores, donde vivía. Antes de llegar encontró a Raquel con sus amigas. Hablaba abriendo mucho los ojos y haciendo grandes ademanes con las manos. Las otras reían y se tapaban la boca, como si les estuviera contando una historia asombrosa. ¿Qué se estaría inventando esa pícara?

—Raquel, ¿ha nacido ya? —preguntó ansioso.

—Te lo digo si me compras caramelos —respondió ella haciéndose la interesante.

—Vamos, chiquilla, no te hagas de rogar. ¿Ha nacido o no?

—Sí, hace poco. Pero no pienso decirte si ha sido niño o niña.

—Pues peor para ti —dijo Ramón alejándose.

—Espera, espera —corrió Raquel tras él—, si me compras caramelos te lo digo.

—Anda, mocosa, ya me entero yo cuando llegue a casa. Y venga —dijo acompañando la voz de mando con un ligero coscorrón—, conmigo para casa que ya son horas.

—Madre me dejó hasta más tarde.

—Pues yo te digo que para casa. Y caminando delante de mí.

Raquel echó a caminar, enfadada y aprisa, sin despedirse de sus amigas.

Cuando ya estaban a punto de llegar, giró la cabeza y le dijo que había nacido una niña, mientras le sacaba la lengua y echaba a correr cerrando tras ella la puerta de casa, casi dándole en las narices.

Ramón fue derecho al cuarto para ver a su mujer y al recién nacido. Marina yacía en la cama con la cara pálida pero con una gran sonrisa en los labios. En sus brazos un bulto pequeño y apretado. Ramón se acercó a la cama, abriéndose paso entre las vecinas y le dio un beso suave en los labios, como si temiera hacerle daño. Ella le enseñó al niño como quien enseña un trofeo. A Ramón se le encogió el corazón viendo a ese ser tan diminuto. No le pareció muy guapo, pero ya se sabía que los recién nacidos eran más bien feos, con su cara hinchada, los ojos cerrados y la nariz aplastada. En unos meses se transformaría en un bebé rollizo y hermoso, sin ninguna duda.

—Será una niña preciosa, como tú —le dijo a su mujer mirándola con cariño.

—¿Quién te dijo que era una niña? —preguntó Marina sorprendida.

—Raquel.

—Es un niño, Ramón, un varón —respondió orgullosa.

—¿Un niño? ¿De verdad que es un niño? —preguntó queriendo asegurarse del sexo de su hijo.

—Sí, es un niño, y lo llamaremos Jesús como mi padre y mi hermano como habíamos hablado, ¿verdad?

Ramón asintió satisfecho. De pronto, sintió la necesidad de ir al bar a dar la noticia y a celebrarlo. Al fin y al cabo, con tantas mujeres en casa él no hacía ninguna falta y además era sábado. Le dio otro beso a Marina y al niño y marchó sintiéndose un héroe, como si acabara de realizar una gran proeza, satisfecho de ser padre, de haber engendrado un varón, de dejar de ser un chico recién casado para convertirse en un hombre, en un padre de familia al que su suegra no tendría más remedio que respetar.

En el bar corrieron el vino, la sidra, las enhorabuenas y las palmadas en la espalda. Dos horas más tarde, Ramón volvió a casa donde su suegra ya le tenía preparada su cena de patatas fritas con un par de huevos y un chorizo, como casi todos los días. Después se acostó al lado de Marina dispuesto a dormir muchas horas. Sin embargo su sueño no tardó en ser interrumpido por el pequeño que parecía no distinguir el día de la noche. No le importó, pues el espectáculo de verlo succionar el hinchado pecho de Marina le compensó la noche en vela. Ya dormiría bien la tarde del domingo.

El resto de las noches, Ramón continuó durmiendo a pierna suelta, pues tenía un sueño profundo y no se enteraba ni de los lloros ni de los sonidos emitidos por ese pequeño ser que había acaparado a Marina para sí, como si él ya no importara nada o realmente muy poco. ¿Será así ya para siempre?, se preguntaba Ramón, igual que se preguntaba cuándo podría volver a tocar a su mujer, algo que echaba mucho de menos. Sabía que debía esperar la cuarentena pero cuarenta días le parecían demasiado, teniendo en cuenta los meses anteriores, donde tampoco pudieron hacer nada por temor a dañar al bebé y porque a Marina no le apetecía nada con su vientre a punto de reventar.

Algo bueno trajo el parto para Ramón, pues su casa se vio inundada de galletas, chocolate, bizcochos, vino dulce, docenas de huevos, mantequilla y alguna cosa más. Todos querían dar la bienvenida al pequeño Jesús y ayudar a la joven madre a recobrarse con buenos alimentos. Alimentos que Ramón agradecía profundamente. Con el dinero que le habían pagado por las horas extras y lo que iban a ahorrar en comida, podría comprarle a Marina unos metros de tela para que se hiciese un vestido bonito, para cuando recuperase su silueta. Pero tenía que encargárselo a alguien porque él no tenía ni idea de dónde comprarlo ni mucho menos cuánta tela era necesaria. A su suegra no le apetecía pedirle ese favor, seguro que decía que era tirar el dinero además de contárselo a Marina. A Raquel mucho menos, esa era capaz de gastar la mayor parte en el quiosco y llevarle un mal retal. Quizá Rita. Sí, seguro que Rita estaría encantada de ayudarlo.

Quince días después del nacimiento tuvo lugar en la iglesia de San Lorenzo el bautizo del pequeño Jesús, al que se le impusieron los nombres de Jesús y Antonio, por sus dos abuelos. Ramón, Luisa y Raquel, vestidos con su ropa de los domingos se dirigieron a la iglesia acompañados de los padrinos: Julián y Alfonsina.

Ya de vuelta a casa, merendaron chocolate y bizcocho, acompañándolo todo con un vino dulce. La tía Alfonsina le regaló al recién nacido una cadena y una medalla de oro con la imagen del Niño Jesús. A Marina le llevó dos tabletas de chocolate Aspol, de venta en farmacias para los convalecientes, y un frasco del depurativo Richelet para prevenir la debilidad y la anemia tras el parto. También le regaló a su sobrina un bonito *foulard* de seda comprado en Casa Masaveu que a Luisa le pareció excesivo, ¿para qué quería su hija algo así?

Tras la merienda, Ramón sacó un par de botellas de sidra achampanada Zarracina que todos degustaron con gran deleite. En el ambiente reinaba un aire alegre y festivo.

Esa mañana Ramón había acudido al cementerio a limpiar la tumba de sus padres y a contarles el nacimiento de su hijo. Lástima que no llegaran a conocerlo, seguro que los habría llenado de felicidad.

3

El pequeño Jesús crecía fuerte y sano ante la alegría de sus padres. La pareja reanudó sus relaciones íntimas y Ramón estaba contento con su nuevo trabajo. Por momentos se sentía el hombre más feliz del mundo.

Ese verano Marina estrenó un bonito vestido confeccionado por ella misma. Ramón había hablado con Rita, que aceptó gustosa el encargo de comprar la tela. El corte del vestido le costó dieciséis pesetas en La Época, en la calle San Bernardo, y como Ramón le había dado veinticinco pesetas, compró también unas medias de seda ofertadas en El San Luis por cinco pesetas y que solo vendía un par por cliente. Marina recibió entusiasmada el tejido de lanilla color azul que combinaba a la perfección con el *foulard* regalado por su tía. Contenta, dedicó una tarde a recorrer las calles del centro buscando un modelo que copiar. Lo encontró en el escaparate de Almacenes El Águila. Tenía cuellos grandes y cuadrados, media manga, la falda por debajo de las rodillas y un precioso bordado en la cinturilla y en la parte superior de los bolsos que adornaban la falda.

Cuando Ramón la vio preparada para salir, esbozó una gran sonrisa de satisfacción. Adoraba a su mujer, su piel blanca y suave, su pelo rubio oscuro, sus ojos pardos, muy claros, que invitaban a perderse en ellos. Le encantaba llevarla colgada del brazo y ver cómo otros hombres lo miraban con envidia. Desde que vivía con ella la vida era mucho más fácil, pese a tener que soportar a su suegra, una mujer de carácter agrio que les robaba momentos alegres solo con mover la cabeza de un lado a otro con el ceño fruncido, como signo de reprobación cuando algo no le agradaba. Y Raquel no era mucho mejor, una chiquilla salvaje y descarada con la que su madre se pasaba el día luchando para meterla en vereda.

A Ramón le gustaba juguetear con Marina, ir por la casa robándole un beso, acariciar sus caderas mientras cocinaba o deslizar sus manos traviesas bajo la falda. Pequeñas cosas que los hacía reír a los dos y sentirse unidos. Algo que no podían hacer en presencia de su suegra y cuando lograban un poco de intimidad, en el interior del dormitorio, agotados por los quehaceres diarios, quedaban dormidos en cuanto sus cabezas rozaban la almohada. Por suerte, Raquel y su madre pasaban la noche del sábado y todo el domingo fuera de casa. Era la visita semanal de Luisa a sus hermanas, Alfonsina y Gertrudis, esta última con un severo retraso mental. Vivían las dos en el centro de Gijón, en el barrio del Carmen, en una buena casa.

Raquel odiaba tener que acompañar a esas tres viejas, pero no podía negarse. Lo único que le gustaba era la ida y la vuelta en tranvía y que su madre la dejaba salir a jugar por el barrio, donde había muchos niños. También le agradaba la casa, mucho más grande que la suya, situada en un segundo piso. Parecía una casa de ricos, no de tan ricos como en la que servía su madre, pero de mucho más ricos que en la que vivían ellas. Al entrar, a la derecha, se abría la cocina con una galería grande y un retrete. A la izquierda de la cocina, dos huecos. Uno hacía de habitación, donde dormían las dos hermanas, y el otro de comedor, aunque Raquel no recordaba haber comido nunca allí. A la izquierda de la entrada salía un pasillo que conducía a una sala amplia, con balcones a la calle, amueblada con dos butacas, unas sillas, una máquina de coser y un palanganero. En las paredes lucían las fotografías familiares. Un par de huecos daban paso a otras dos habitaciones, muy pequeñas, donde dormían Luisa y Raquel cuando iban de visita.

Lo mejor de todo era no tener que salir al patio para ir al retrete. Era muy cómodo sentir ganas de hacer de vientre por la noche y deslizarse hasta la cocina sin pasar frío. Por lo demás estaba deseando cumplir más años para negarse a ir. Quizá, si echaba novio, su madre la dejaría quedar en casa. Aunque para tener novio había que esperar a los quince o los dieciséis para ser tomada en serio. Al menos eso había dicho su amiga Merce. Y ella entendía, porque tenía cuatro hermanas mayores.

Ramón y Marina aprovechaban el fin de semana para disfrutar de su intimidad. Un día entero solos significaba mucho. Los sábados, cuando Ramón regresaba del trabajo, Marina lo esperaba con la cena preparada y hablaban de sus cosas y reían como no podían hacerlo el resto de la semana. La noche también era una liberación, pues podían amarse sin temor a ser escuchados, algo que aterraba a Marina. Los domingos, Marina madrugaba para dejar la comida lista antes de ir a misa de doce, como era costumbre. A su regreso comían y después se acostaban para hacer de nuevo el amor antes de salir. El pequeño Jesús no hacía más que comer y dormir y apenas los molestaba.

Algunos domingos iban cargados con la cesta de la merienda a las romerías cercanas donde se encontraban con vecinos y amigos. Los manteles extendidos sobre la hierba se llenaban de tortillas, chorizos, empanadas y otros manjares. Nunca faltaba la sidra servida con buen pulso por Ramón, considerado el mejor echador. Como si se tratara de una ceremonia, Ramón cogía la botella estirando el brazo por encima de la cabeza. Con el otro brazo en el centro del cuerpo y hacia abajo sujetaba el vaso. Después, con gran maestría, inclinaba la botella y el líquido fresco y aromático saltaba sobre el vaso con precisión recibiendo el aplauso del grupo. Uno a uno iban bebiendo de ese vaso de sidra, dejando un poco para tirarlo por donde habían posado los labios, para pasarlo al siguiente. Finalizada la comida, cuando la orquesta comenzaba a tocar, los pies de Marina empezaban a moverse al ritmo de la música y no tardaba en tirar de Ramón para sacarlo a bailar. Él, por su parte, era más bien torpe, pero no podía ni quería escapar de los brazos de su mujer.

Cuando no iban de romería se acercaban al centro. Si el cielo estaba cubierto de nubes se dedicaban a callejear mirando los escaparates de las bonitas y lujosas tiendas que inundaban la ciudad, el interior de los elegantes cafés y a la gente que ocupaba las terrazas. Si el día era bueno se acercaban a la playa de San Lorenzo, repleta en los meses estivales. Algunas personas recorrían el paseo conocido como El Muro; otras se dejaban acariciar por la brisa marina sentadas en una silla de madera sobre la arena, bien protegidas bajo toldos y sombrillas; la mayoría paseaba por la playa con sus ropas festivas como si estuvieran desfilando por un gran *boulevard*, observando a los demás y siendo observados.

A Ramón le gustaba mucho nadar, su padre lo había enseñado de pequeño. Algunos domingos por la mañana, acompañado de su hermano o de algún amigo, se desplazada hasta la zona de atrás de la iglesia de San Pedro para lanzarse al mar desde la roca de Santa Ana. Desde allí iban nadando hasta la desembocadura de El Piles y daban la vuelta haciendo carreras entre ellos. Otras veces, reservaba el baño para la tarde. En esas ocasiones pagaba la tarifa de un balneario o alquilaba una de las casetas de las distintas sociedades que se dedicaban a ello.

Marina no dejaba de vigilar a Ramón con su pequeño en brazos, al que protegía con su cuerpo de los rayos de sol. Miraba inquieta a ese mar bravo con el que luchaba su hombre, temerosa de que pudiera devorarlo. Cuando lo veía salir, con el viejo bañador de pantalón corto y peto que cubría su pecho, los brazos y las piernas desnudos brillando al sol, removiendo su espesa cabellera para librarla del agua, sentía que lo quería con locura y que lo seguiría queriendo toda la vida.

Después de nadar, Ramón parecía otro. El cuerpo tonificado por el agua fría y el ejercicio físico hacían que la sonrisa lo acompañara durante el resto del día.

—Tengo que enseñarte a nadar —le dijo un día a Marina, acercándose a ella, pasándole el pelo mojado por la espalda.

—¡Quita! ¡Quita! ¿No ves que me mojas el vestido? Y no te acerques tanto que nos están mirando —protestaba Marina sonrojándose.

—¿Qué me dices de lo de nadar?

—¿Nadar yo? Ni hablar. Me da miedo el agua y esas olas tan enormes.

—Mujer, para eso ponen las maromas, para que la gente se agarre a ellas. ¿No lo ves? Así es imposible ahogarse. Además, también hay bañeros en lanchas de salvamento.

—Prefiero quedar en la arena y verte nadar a ti. Además, alquilar un bañador cuesta su dinero y no nos sobra.

Tras dar un largo paseo por la playa, disfrutando de la brisa del mar, al caer la tarde la pareja cogía el tranvía en la Plaza del Carmen y regresaba a casa a enfrentar una nueva semana de trabajo. Muchas veces se encontraban en la parada con Luisa y Raquel y en ese momento Ramón sentía cómo se esfumaba en el aire una parte importante de su felicidad.

Acabado el verano, Ramón decidió asistir a las clases para adultos que daban en el Ateneo Obrero de El Llano. Llevaba casi un año acudiendo a charlas y conferencias en compañía de Marcelo, su mejor amigo, y la semilla del ansia del saber había germinado en él casi sin darse cuenta. Le gustaba el ambiente que se respiraba, tan distinto del de la fábrica. Allí le recomendaban libros que podía llevar a casa y en los que encontraba tanto ideas políticas como interesantes aventuras. Allí había oído hablar de la cultura como el mejor camino para lograr un futuro mejor y esa idea no le salía de la cabeza, pues creía que era acertada. Decidió apuntarse a clases de cultura general, matemáticas, geometría y dibujo técnico, algo que se le daba bastante bien.

Le hubiera gustado que lo acompañara su hermano, pero Julián no estaba dispuesto a sacrificar sus horas libres, prefería perderlas divirtiéndose en el bar o con alguna mujer. Ramón había insistido varias veces, hablándole del futuro, de qué pasaría cuando se casara y tuviera hijos, pero Julián se mofaba de él, diciéndole que ya era serio y viejo de nacimiento. Lo que sí tenía claro Ramón era que su hijo Jesús iba a estudiar para que no tuviera que trabajar como él, para que su vida fuera un poco más fácil, o al menos no tan dura. Jesús tendría un empleo de cuello blanco y viviría mucho mejor que ellos, sin la suciedad y el peligro de los trabajos fabriles.

Ramón ya había planeado su itinerario educativo. Durante un año asistiría a las clases de adultos para tener una cultura general y acostumbrarse al estudio. Después iría a la Escuela Industrial para sacar un oficio. Le atraía la idea de convertirse en calderero o en tornero.

Un año después, tras aprovechar al máximo las clases de adultos del Ateneo Obrero, Ramón escuchaba atento las explicaciones de los maestros de la Escuela Industrial, aunque más de una vez, como les pasaba al resto de los alumnos del ciclo nocturno, el cansancio y el sueño empujaban su cabeza hasta el pupitre, quedando dormido. No resultada nada fácil trabajar diez horas en la fabrica para pasar otras cuantas horas en la escuela, además de las dedicadas al estudio en casa. Pero Ramón estaba dispuesto al sacrificio.

Ya en casa, después de cenar, desparramaba libros y libretas sobre la mesa de la cocina para repasar lo aprendido en el día, hasta que Marina lo obligaba a ir a la cama.

—Ramón, si sigues así vas acabar enfermando. Acuéstate. Tienes que descansar. Tómatelo con más calma.

—Es que quiero aprobar. Me está costando, Marina, pero cuanto más me esfuerce antes se acabará.

—Si te pones malo no te servirá de nada. Anda, no seas terco y acuéstate.

—Ya, ya voy Marina. No te preocupes. Vuelve a la cama.

—Solo si tú vas conmigo.

Ramón también aprovechaba las mañanas de los domingos para repasar los contenidos de la semana. Fueron años duros en los que apenas le quedaba tiempo

libre, pero al fin obtuvo su ansiado título de tornero lo que le permitió acceder a un puesto mejor pagado. El aumento de salario unido al hecho de ser ya un obrero cualificado y no un jornalero, como se llamaba a los obreros sin cualificar, lo llenaba de orgullo.

Ramón estaba satisfecho de sí mismo. El sacrificio había sido grande pero había merecido la pena. Además, cuanto más sabía más quería saber. Era como si en su mente se hubiera abierto un agujero inmenso que necesitaba llenar. Le encantaba comprar libros que atesoraba en una caja de cartón debajo de la cama. Eran libros baratos, de la colección Austral, y siempre que podía se hacía con uno. Sacaba muchos libros de la Biblioteca Circulante del Ateneo Obrero, pero el saberse poseedor de unos cuantos ejemplares lo hacía sentirse dichoso, como si tuviera un tesoro. Ya sin la obligación del estudio, continuó asistiendo a las charlas y conferencias del Ateneo, educando poco a poco su conciencia política y aumentando su cultura.

Veinte meses después del nacimiento de Jesús, había llegado al mundo María Elena, a la que llamarían Lena. El embarazo y el parto de Lena habían sido muy complicados y a Marina casi le cuesta la vida. El médico dijo que no podría tener más hijos. Al principio, Marina se disgustó con la noticia, pero tiempo después reconoció que, en el fondo, era una suerte. Resultaría mucho más fácil sacar adelante a dos niños que a los seis, ocho o más que tenían muchas familias.

Por otra parte, Ramón decía que así era mucho mejor porque podían amarse libremente sin miedo a embarazos indeseados y porque sus hijos tendrían la oportunidad de recibir una educación. En unos años él ascendería a maestro y podría permitirse pagarles los estudios. Jesús haría el examen de ingreso para bachiller y después podría continuar con estudios de Comercio o bien prepararse para entrar en Correos y Telégrafos. En cuanto a Lena, le gustaría que fuera maestra. Solo así, a través del estudio, conseguiría arrancarlos de las garras de la fábrica o de la servidumbre en las casas de los ricos. Estaba dispuesto a trabajar cuantas horas hicieran falta para poder ofrecerles esa oportunidad. En cuanto a ellos, harían lo que les ordenara su padre.

4

Con doce años, tras aprender a leer, escribir y las cuatro reglas, Raquel dejó de ir a la escuela, entrando como aprendiza en el mismo taller de costura al que había ido su hermana. Ramón insistió para que estudiara un poco más, pero ni a Raquel le gustaban los libros ni a su madre le pareció oportuno. Mejor aprendía a coser. Le serviría mucho más en la vida que estudiar cosas inútiles.

El primer día la mandaron ir a comprar unos carretes de hilo y ella aprovechó para callejear a su aire, lo que le valió una buena bronca por parte de la dueña. Raquel aguantó el chaparrón y durante el resto del día se portó bien, obedeciendo a cuanto le mandaron, lo que pareció calmar a doña Valeriana. Después, al caer la tarde, cuando las costureras regresaron a sus casas, Raquel tuvo que quedarse para barrer y dejar el taller listo para la mañana siguiente. Doña Valeriana no le quitaba el ojo de encima y Raquel juró que se vengaría de esa vieja estúpida que la había avergonzado delante de todas, como si todavía fuese una niña. Además, pensaba decirle a su madre que había pasado hambre, porque el trato había sido que le diera bien de comer y de merendar.

—¿Seguro que has comido mal? —preguntó Luisa recelosa.

—Sí, madre, pasé el día muerta de hambre.

—¿Qué te dio?

—Nada, un plato de lentejas aguadas y un cacho de pan. Tenía que ver qué lentejas, madre, no se parecían en nada a las que hace usted tan ricas.

—Anda, calla, calla, ¿desde cuándo te gustan a ti mis lentejas?

—Desde hoy madre.

Marina reía por lo bajo. Su hermana no tenía remedio. Era descarada y desobediente y le gustaba enredar las cosas, no hacía más que dar problemas. Pero en el fondo le hacía gracia; al fin y al cabo no dejaba de ser una niña. Ella se acordaba bien de sus comienzos en el taller de doña Valeriana. La mujer era un poco cascarrabias, aunque enseguida se le pasaban los enfados. Además, tenía una criada que cocinaba de maravilla y servía platos abundantes. No, en esa casa no se pasaba hambre precisamente.

Luisa sabía que Raquel quería abandonar el taller ya al primer día de pisarlo, pero no se iba a salir con la suya. Esperaba que con el tiempo se amoldara a la disciplina del trabajo y aprendiera a coser para que pudiera ganarse la vida sin tener que asistir en casas, como había tenido que hacer ella desde la muerte de su marido.

—Mañana iré a hablar con doña Valeriana —dijo Luisa—. Y me va a oír.

—No, madre, no hace falta. Igual mañana me da mejor de comer.

—Entonces esperaremos a mañana.

Doña Valeriana veía que la chiquilla no tenía el menor interés en aprender a coser y las costureras no hacían más que quejarse de ella. La mandaban a comprar hilos, botones o cremalleras y tardaba tanto en regresar que tenían que esperarla con los brazos cruzados, retrasando su labor. Raquel siempre tenía una excusa en la boca y doña Valeriana aguantaba por el aprecio que tenía a su familia, en especial a su tía Alfonsina, con la que mantenía una estrecha amistad. Qué diferencia con su hermana. Marina era trabajadora y poseía unas manos hábiles para la costura. Sus vainicas eran las mejores y sus bordados, excelentes. Por eso le había ofrecido seguir haciéndolos en casa una vez contrajo matrimonio. Y todos los viernes llegaba puntualmente con los encargos.

Una tarde, a Raquel la mandaron ir a comprar botones a un comercio cercano. Cuando volvió a las dos horas, doña Valeriana ya había tomado una determinación. Esta vez de nada le valieron a Raquel sus excusas de que había muchas clientas. Había sido demasiado paciente y durante mucho tiempo. No la quería volver a ver en su taller, pero quería hablar con su madre.

A Raquel le dio una gran alegría que se esforzó en disimular. Lo único que le preocupaba era qué le iba a contar a su madre para no ganarse una buena tunda. Desde luego que no le diría que doña Valeriana quería hablar con ella. Le contaría que las cosas no iban bien y que no podía mantenerla. No, mejor que había llegado una sobrina suya del pueblo y, claro, la familia era lo primero. Iba cavilando en cómo arreglar de la mejor manera su situación cuando se encontró con Ramiro, hermano de su amiga Conchi.

Ramiro era un golfo, lo sabía todo el mundo, pero a Raquel le gustaban sus andares. Se movía como si fuera un hombre interesante y cuando pasaba junto a una chica entornaba los ojos y le daba un repaso con la mirada. A ella ya la había mirado así varias veces. Y le encantaba. Comenzaron a hablar y Raquel se confió a él. Ramiro le propuso verse al día siguiente. La enseñaría a ganarse la vida sin perderla entre cuatro paredes a las órdenes de los demás.

—¿Cómo? —preguntó Raquel intrigada.

—Ven conmigo y lo verás —contestó él en tono chulesco.

—¿Robando? —preguntó ella con miedo.

Ramiro no contestó, simplemente arqueó las cejas con un movimiento bien estudiado.

—Yo no pienso robar. Me da miedo. Si robo algo y mi madre se entera me mata —dijo Raquel clavando sus ojos en el suelo. Ramiro la atraía y la intimidaba a partes iguales.

—Yo no dije nada de robar, lo has dicho tú.

—Pues sin trabajar no veo yo cómo puedes sacar dinero.

—Tampoco dije que no había que hacer nada.

—Si quieres que vaya contigo tienes que decirme lo que es. No quiero meterme en líos.

—Creo que ya estás metida en líos, yo solo quería ayudarte, pero allá tú si no quieres. A ver cómo le explicas a tu madre que ya no estás de aprendiza en el taller. Además, si vienes conmigo te daré de comer.

Raquel quedó pensativa un momento, mientras mordía con insistencia el dedo corazón de su mano derecha. Si le decía a su madre que ya no podía volver al taller igual le daba por ir a hablar con la dueña y entonces ya se podía ir preparando. Pero si iba con Ramiro su madre no tenía por qué enterarse de nada.

Cuando Raquel entró en casa en el aire se respiraban problemas. Al principio pensó que era por ella, que alguien les había ido con el cuento y se puso a temblar. Pero no. Lo único que pasaba era que Jesús tenía mucha fiebre y estaban preocupados. Respiró aliviada. Si no sabía muy bien qué hacer, en ese momento lo tuvo claro. No iba a decirle nada a su madre. Confiaría en Ramiro.

A la mañana siguiente salió de casa a la hora acostumbrada y unas calles más abajo se deslizó hasta el descampado donde la esperaba el hermano de su amiga.

—Bueno, ya estoy aquí, ¿qué vamos a hacer? —preguntó dirigiendo una mirada pícara al chico.

—Vamos a un sitio. Ven —dijo él cogiéndola de la mano.

El cuerpo de Raquel se estremeció con el contacto de la mano masculina. Se dejó llevar así hasta llegar a un barrio desconocido para ella. Las casas eran mucho más pobres que la suya, más bien chabolas construidas con chapas y cartones, y había basura por todos lados. Ramiro la llevó hasta el interior de una de las chabolas.

—¿Esto qué es?

—Es mi guarida secreta. Tengo tabaco, ¿quieres?

—Vale —dijo ella haciéndose la mayor, como si hubiera fumado toda la vida.

Ramiro sacó la picadura, lio un cigarrillo, lo prendió y se lo acercó a la boca. Raquel chupó e inmediatamente se puso a toser ante la mirada divertida del chico.

—¿Quieres un poco de vino?

—Sí —dijo ella tajante, aunque el vino no le gustaba nada, pero le vendría bien.

Ramiro le acercó un vaso mediado de vino y ella lo apuró de un trago, limpiándose la boca con la mano. Se sintió más segura y tranquila. Al fin y al cabo, estaba mucho mejor allí que en el taller donde todo el mundo le mandaba hacer cosas. Pero le seguía intrigando cómo conseguía Ramiro el dinero para comer. Más de una vez le había preguntado a Conchi por su hermano, pero su amiga le contaba que apenas lo veían en casa, que solo iba a dormir y algunos días ni eso y, como no tenían padre, su madre no podía con él y lo dejaba hacer con tal de que no fuera a comer a casa y que de vez en cuando le diera algo de dinero.

Raquel estaba abstraída en sus pensamientos cuando la sorprendieron los labios de Ramiro. Sobresaltada, dio un paso atrás, pero él la atrajo hacia sí y la besó

largamente, con suavidad, estrechándola entre sus brazos.

—Eres preciosa, ¿lo sabías? —dijo Ramiro mirándola fijamente a los ojos. ¿Cuántos años tienes?

—Casi quince.

—Cuando te hagas mujer vas a volver locos a muchos hombres.

Raquel sabía que era guapa y que su cuerpo llamaba la atención de los hombres, pero nunca hubiera imaginado que le gustara tanto a Ramiro. Él siguió besándola, acariciándola, tocándole los pechos, pasando una mano por debajo de su falda. Raquel se dejaba hacer, estremecida de placer.

De pronto, en la chabola apareció un hombre sucio y desdentado. Raquel se alarmó. Ramiro se apartó de ella y fue hacia el hombre.

—Pasa, pasa, pero quédate cerca de la puerta. Ah, y el dinero por adelantado. Échalo ahí —dijo señalando una taza rota.

Raquel estaba intrigada. ¿Qué hacía aquel hombre allí? ¿Qué pretendía Ramiro? De pronto tuvo mucho miedo y solo pensaba en salir corriendo hacia su casa y contarle a su madre lo del taller por mucho que la castigara o le pegara con la zapatilla. Ramiro pareció entender sus intenciones. Se acercó a ella, la cogió con fuerza por el brazo y le dijo al oído lo que debía hacer.

—¡No! ¡No, no lo haré! —gritó ella. ¡Me has engañado!

—Lo harás y no se hable más —dijo él soltándole un tortazo que la hizo caer al suelo.

Raquel no pudo evitar romper a llorar. Ramiro la levantó del suelo, la colocó delante del hombre y tras bajarle las bragas le subió la falda. El hombre quedó quieto, con los ojos clavados en el sexo de Raquel. Se abrió la bragueta y se masturbó durante un tiempo que a ella se le hizo eterno, rezando porque acabara pronto para poder salir de allí. Pero tras ese hombre entraron muchos más mientras la taza rota se iba llenando de monedas. A mediodía, Ramiro le ofreció un bocadillo de chorizo y una taza de vino. Raquel apenas lo probó, se le revolvían las tripas solo con pensar en comer algo. Por la tarde, otra retahíla de hombres fueron dejando sus monedas en la taza, hasta que al fin, pasadas las siete, Ramiro dijo que había llegado la hora de volver a casa.

—Como digas algo de lo que ha pasado hoy aquí te mato —dijo él con una voz que no dejaba lugar a dudas—. Si mañana quieres volver te estaré esperando en el mismo sitio. Si no quieres es cosa tuya. Pero piensa que nunca podrás ganar dinero de una manera tan fácil.

Raquel no decía nada. Caminaba cabizbaja, avergonzada, rabiada por el engaño y por el abuso que Ramiro había hecho de ella. Claro que no pensaba decir nada, pero tampoco volvería a mirarlo a la cara.

Cuando aún faltaba un largo trecho para llegar a casa se separaron. Raquel paró en una fuente, se lavó largamente la cara y las manos y se atusó el pelo. No sabía por qué, pero se sentía muy sucia. También le pareció sucia la peseta que Ramiro le puso

en la mano diciéndole que se la había ganado. Por un momento estuvo tentada de tirarla a la fuente, pero no tardó en arrepentirse. Sabía dónde guardaba su madre el dinero. Dejaría la peseta que le había dado Ramiro y cogería otra limpia en su lugar.

Mientras caminaba hacia su casa, además de asco, sentía una gran preocupación. ¿Y si había quedado embarazada? Su madre le repetía constantemente que tuviera cuidado con los chicos, que no se dejara tocar. Y ella había permitido a Ramiro que la besara y la tocara. No quería ni pensar en lo que sucedería si quedaba embarazada. Su madre era capaz de matarla.

Esa misma noche le contó a su progenitora que doña Valeriana había acogido a una sobrina en su casa que ocuparía su puesto. Luisa supo de inmediato que su hija mentía. Le había dado la oportunidad de aprender un oficio y la había desaprovechado. Al día siguiente hablaría con doña Rosalía; acababa de marchar una chica y necesitaban ayuda. Raquel serviría para hacer recados y para ayudar en la cocina o en la limpieza. No hacía falta que le pagara mucho, con tenerla a buen recaudo y alimentada era suficiente.

Raquel se durmió entre sollozos. No podía sacar de la cabeza ni la cara de Ramiro ni los asquerosos miembros de los hombres. Se juró a sí misma que había sido la primera y la última vez que un hombre se aprovechaba de ella. Ahora ya sabía lo que buscaban.

5

Al día siguiente, a media mañana, Alfonsina estaba hablando con una vecina cuando de pronto le sobrevino un intenso dolor de cabeza.

—Alfonsina, ¿qué te pasa? —preguntó la vecina asustada, viendo su palidez.

—No sé, no sé qué me pasa. Me duele mucho la cabeza y siento como si se me estuviera durmiendo medio cuerpo —balbuceó antes de caer desplomada.

La vecina comenzó a chillar. Varias personas acudieron en su auxilio. Alfonsina no tardó en recobrar el conocimiento, pero su habla era ininteligible y no podía sostenerse en pie. Un hombre la cogió en brazos, la subió a casa y la depositó sobre la cama. Las mujeres se encargaron de desnudarla, de ponerle el camisón que encontraron bajo la almohada y de acomodarla entre las sábanas.

Cuando llegó Luisa ya estaba allí Dámaso, ocupándose de todo, como siempre. El médico apareció al poco tiempo. Entró en el cuarto a examinar a la paciente, que reclamó la presencia de su hermana durante el reconocimiento.

Luisa veía al doctor auscultar a Alfonsina, moverle la cabeza, los brazos, las piernas, hacerle preguntas, mirarle el interior de los ojos, golpear su vientre. Sospechó que pasaba algo malo. Y estaba en lo cierto. Alfonsina había sufrido un ataque cerebro vascular y nunca volvería a ser la misma. Por suerte, sus facultades mentales se mantenían intactas, pero la parte derecha de su cuerpo había quedado debilitada, sin la fuerza necesaria para caminar y hacer una vida normal. Necesitaba cuidados, una buena alimentación y medicamentos.

La situación se presentaba complicada porque hasta ese momento Alfonsina se valía ella sola para llevar la casa y atender a Gertrudis. Ahora necesitaban ayuda las dos. Luisa no podía permitirse el lujo de dejar la casa donde servía. Enseguida vio en Raquel la solución al problema. Lo habló con Dámaso, que estuvo de acuerdo. Para él también era una buen arreglo, así no tendría que pagar a nadie para que atendiera a su cuñada, tan solo aumentar un poco la asignación semanal.

Luisa mandó recado al trabajo de que no volvería ese día echando cuentas mentales de las pesetas que dejaba de ganar. Pasó horas organizando la casa. Preparó un buen caldo, salió a comprar pescado y dio de comer a sus hermanas mientras intentaba animar a una desconsolada Alfonsina. Cuando acabó de fregar los cacharros fue en busca de Raquel.

—Raquel, ven a casa —dijo Luisa a su hija, que estaba jugando en la calle.

—Pero madre… es muy temprano. Y qué hace usted aquí, ¿no debería estar trabajando?

—Ven y no rechistes.

Raquel entró en casa tras su madre, intrigada, sin sospechar lo que iba a cambiar su vida a partir de ese momento.

—Recoge tus cosas. Te vas a vivir con las tías.

—¿Me echa de casa? Si yo no he hecho nada malo.

—No, no es eso. La tía Alfonsina se ha puesto enferma y necesita cuidados. Y como tú ya no vas a la escuela y lo de coser parece que no te gusta mucho, pues te toca hacerte cargo de la casa y de las tías.

Raquel puso pucheros y lloriqueó, algo que no ablandó a Luisa. Con sus tías estaría ocupada y no tendría tanto tiempo libre para perderlo en la calle. Cuando volviera a casa la pondría a servir, pero de momento era un plato menos en la mesa y unos pies menos que calzar y eso ya era un alivio. Además, con sus hermanas estaría bien. Alfonsina no dejaría de vigilarla aunque fuera desde la cama.

Raquel hizo un hatillo con sus cosas, se despidió de Marina y de sus sobrinos y sin mirar a su madre, salió de casa en dirección a la parada del tranvía.

Aunque la chiquilla estaba enfadada, pronto vio las ventajas de vivir alejada de la vigilancia continua de su madre. Gertrudis pasaba los días en uno de los dos sillones de mimbre situados en la cocina, de espaldas a la galería del patio interior, donde la sentaba cada mañana tras levantarla, asearla un poco, vestirla y peinarla. El resto del día no daba más trabajo que acercarle la cuchara a la boca y ponerle el orinal cada tres horas. En cuanto a su tía Alfonsina, la enfermedad había debilitado tanto su cuerpo como su espíritu. Tenía dificultad para caminar, vestirse o ir al baño y esas limitaciones la descorazonaban. Además, la fatiga, los dolores de cabeza y en la pierna derecha, la hacían permanecer en la cama durante más tiempo del que ella hubiera querido. Y cuando se levantaba y veía que no se podía mover bien rompía a llorar con desesperación, por lo que la mayoría de los días ni intentaba salir de la cama. Tampoco tenía ganas de comer y se conformaba con un poco de caldo, un puré o un vaso de leche.

Raquel nunca se había sentido más libre. Por las mañanas, tras encender la cocina de carbón y poner la comida, aireaba la casa, arreglaba las camas, barría y poco más. Después salía a la compra diaria, entreteniéndose durante un par de horas. Le gustaba callejear por el barrio, donde había un montón de niños. Solían reunirse en la Plaza del Carmen, siempre llena, con el tranvía tragando y escupiendo viajeros que iban o venían a distintos barrios de la ciudad. Durante el primer mes, se dedicó a observar la subida y bajada de pasajeros esperando encontrar algún rostro conocido, especialmente el de alguna de sus amigas. Pero lo más que llegaba a ver, si se acercaba a la plaza al caer la tarde, era una multitud de hombres regresando del trabajo con la ropa sucia y el rostro cansado. Pero, poco a poco, a medida que iba haciendo nuevos amigos, el recuerdo de los anteriores se fue difuminando en su

memoria y solo se acercaba al tranvía para saludar a Santiago, su vecino, porque le caía muy bien y siempre le estaba gastando bromas.

También le gustaba ir al muelle, con su olor a mar y a salitre. Iba a menudo a comprar sardinas, chicharros o bocartes. Veía llegar las lanchas cargadas y a las mujeres esperando en fila en la rampa para llenar sus cajas de madera y comenzar a venderlas pregonándolas a gritos. Algunas hasta tenían un puesto fijo: una mesa de madera donde depositaban el producto esperando a los posibles clientes.

Raquel vivía en la calle La Vuelta[1] y al salir y regresar a casa siempre se fijaba en el reloj de sol que lucía en la fachada de un edificio de la calle Salustio Regueral. Le había costado mucho aprender a ver las horas en ese reloj, pero desde que lo había conseguido le encantaba mirarlo. Además, era el que estaba más cerca de su casa y debía de estar pendiente de las horas los días que a su tía le apetecía levantarse si no quería llevar una buena regañina.

Algunos días, los menos, Alfonsina parecía tener una leve mejoría y pasaba la mañana sentada en la cocina, al lado de Gertrudis. Entonces Raquel limpiaba la casa a fondo y hacía los recados con premura. Pero cuando su tía despertaba con dolores y le pedía una nueva dosis de medicamento, aprovechaba para pasar más horas en la calle, sabiendo que quedaría sumida en una especie de sopor durante toda la mañana.

Cuando pasaba mucho tiempo fuera de casa, al entrar abría la puerta con cuidado, para no hacer ruido. Luego dejaba la compra sobre la mesa de la cocina y acudía a ver a su tía, preguntándole si necesitaba algo.

—¿Ya has fregado los suelos con jabón y estropajo? —era la pregunta invariable de Alfonsina.

—Sí, tía.

—¿Y has hecho la compra?

—Sí, tía.

—No te he sentido fregar y tampoco salir de casa.

—Es que estaba dormida y no quise molestarla. Aquí le pongo el dinero de vuelta —decía Raquel dejando casi todas las monedas que habían sobrado en la sopera de la alacena.

—¡Ay!, esta enfermedad me está matando.

—No diga eso, tía, se pondrá bien.

—Si es por lo que cuestan los medicamentos bien podían hasta resucitar a mi difunto, que Dios lo tenga en su gloria.

—Amén —respondía Raquel divertida.

—¿Ya es la hora de comer?

—Sí, tía, ya tengo la comida preparada. Ahora mismo le doy de comer a Gertrudis y después a usted.

—Gracias, hija. Te estás portando muy bien. Se lo diré a tu madre. Y mañana, que no se me olvide, quiero que vayas a El Humedal, a la feria, y que busques a un vendedor que viene de La Alcarria para comprarle dos tarros de miel.

—En las tiendas hay mucha miel de aquí, tía.

—Sí, hija, pero no es lo mismo. Esa miel es la única que consigue calmarme un poco la tos. Llevo comprándola desde hace más de quince años y es buenísima. Acuérdate, ¿eh? Que no se te olvide.

—No se me olvidará, tía. ¿Y cuando vaya por la miel puedo quedarme un poco a bailar?

—Ya veremos. Ahora quiero levantarme, me apetece comer en la cocina. Estoy harta de tanta cama.

Raquel ayudó a levantarse a su tía y la llevó hasta la cocina. Alfonsina miraba cada rincón con atención, revisando si estaba limpio o sucio. Pero Raquel siempre tenía la cocina en condiciones y aunque no hubiera fregado el suelo su tía no tenía la vista tan bien como para darse cuenta. Le dio de comer y después la ayudó a acostarse de nuevo.

Cuando despertó de la siesta, Alfonsina quiso volver a levantarse. Raquel la acomodó en un sillón de mimbre al lado de Gertrudis.

—Quiero que te acerques a la confitería La Marina, la que está en la calle Corrida haciendo esquina con Langreo, ¿sabes dónde te digo?

—Sí tía.

—Me compras caramelos de malvavisco que me están apeteciendo. Y vuelve pronto, no te entretengas callejeando por ahí.

—No se preocupe, tía, que enseguida vuelvo —respondió Raquel sumisa, con la esperanza de pasar un rato bailando al día siguiente en El Humedal.

—¿Puedo comprar también unas pastillas de café y leche? —preguntó confiando en que su tía le dijera que sí.

—Bueno, puedes comprar unas pocas, pero tienes que guardarlas bien, que no te las vea Gertrudis. Ya sabes lo pesada que se pone si las ve de tanto que le gustan, pero luego se le pegan en los dientes y cuesta quitárselos porque no se deja.

Los meses fueron pasando y Raquel, ya con nuevas amigas apenas se acordaba de las que había dejado en su antiguo barrio. Cada día le agradecía más a doña Valeriana que la hubiera echado. En casa de sus tías no tenía mucho trabajo, salvo los días que Alfonsina se levantaba en los que no le quedaba más remedio que fregar los suelos con jabón y estropajo bajo su atenta mirada. También hacia una buena limpieza el sábado por la mañana, pues su madre llegaba invariablemente al atardecer y pasaba revista a toda la casa.

Los domingos por la tarde las visitaban el resto de la familia. A menudo, sobre todo en invierno, los niños quedaban en casa mientras sus padres iban al cine o al baile. Otras veces, era Ramón el que marchaba solo para ir al fútbol o al boxeo ante el contento de Raquel que aprovechaba para disfrutar de la compañía de su hermana. Salían de paseo con los niños o, si el tiempo era malo, bailaban para su tía. Alfonsina se sentaba en el sillón de mimbre y palmoteaba contenta mientras las veía cantar y danzar, mientras Luisa hacía gestos de desagrado. Los niños se sumaban a la fiesta y

aprendían los pasos de baile con facilidad. En la casa resonaban las risas ausentes durante el resto de la semana. Y Raquel se sentía feliz. Marina seguía siendo la hermana alegre y cariñosa de siempre, pero le costaba aguantar a su cuñado. La trataba como si fuera su padre, por ser el hombre de la familia y eso no le gustaba. Que se ocupara de los suyos y la dejara en paz.

Una tarde de invierno, Alfonsina quiso levantarse y le pidió que le acercara el cofre con sus joyas. Las extendió sobre la mesa de la cocina y se las fue enseñando.

—Mira, Raquel, este anillo es el primero que me regaló tu tío Octavio, que en paz descanse. No es muy caro, de aquella todavía no tenía mucho dinero, pero tiene su valor. Y este otro, con esta piedra verde tan bonita, este sí que es bueno. No sé cuánto le costaría, pero bastante. Fueron buenos tiempos, los negocios iban bien y… —Alfonsina interrumpió su conversación dando un manotazo al aire.

—¿Se encuentra bien tía?

—Sí, hija, sí. Es solo la emoción de los recuerdos. Qué tiempos aquellos. Yo también fui joven, ¿sabes? Joven y guapa, como tú. Tienes que ser lista, Raquel, y encontrar un buen hombre que te quiera pero que no tenga los bolsillos llenos de telarañas como tu padre.

—Mi padre era minero, tía, y ganaba su sueldo.

—Un sueldo de miseria, Raquel. ¿Sabes que a tu madre la pretendió mi cuñado Dámaso? —preguntó Alfonsina con una sonrisa pícara, cambiando de conversación.

—¿A mi madre?

—Sí, a tu madre, ella también fue joven aunque no lo creas. Verás, Dámaso estaba loco por ella, pero tu madre le dio calabazas porque ya se había ennoviado con tu padre, aunque en casa no sabían nada. El Noruego, cómo me acuerdo de él —sonrió con nostalgia—. ¿Sabías que a tu padre lo llamaban el Noruego?

Raquel negó con la cabeza. Su madre nunca había contado nada, pero le encantaba saber qué había pasado. Permaneció callada, esperando a que su tía continuara hablando.

—Era un hombre muy guapo, tu padre. Venía desde su pueblo todos los domingos a Gijón y las chicas se morían por él. Alto, elegante, rubio, de ojos azules y de una simpatía natural difícil de encontrar. A mi padre no le hizo ninguna gracia ese noviazgo porque para él los mineros eran todos unos alborotadores y unos ateos. Y ya te conté muchas veces que mis padres, tus abuelos, eran muy religiosos. Pero mi hermana hizo lo que tenía que hacer para poder casarse.

—¿Qué hizo tía? —preguntó Raquel, intrigada.

—Nada, hija, nada. Creo que estoy hablando demasiado. Y que esto quede entre nosotras. Júrame que no le dirás nada a tu madre.

—Se lo juro por Dios y por todos los santos —dijo Raquel jurando sobre los dedos cruzados.

—Qué pena que no se hubiera casado con Dámaso —continuó hablando Alfonsina como para sí misma. Con el dinero que tiene nunca le hubiera faltado de

nada y no tendría necesidad de servir. Bueno, basta de charla, guarda bien las joyas que quiero volver a la cama. Estoy cansada.

Raquel obedeció, acostó a su tía y preparó la cena. Por la noche le costó conciliar el sueño. Ese tarde, además de lo contenta que se había puesto al prometerle su tía que el anillo de la piedra verde sería para ella, se había enterado de muchos secretos de su familia. No tenía ni idea de que su padre fuera tan guapo ni tan elegante ni que gustara tanto a las mujeres. Lo que sí entendía era la razón por la que Dámaso no quería saber nada de ellas.

6

El 1 septiembre de 1923 Raquel salió de casa con sesenta y cinco céntimos en la mano para comprar un kilo de pan. Tardaba en regresar y Alfonsina, que había mejorado bastante gracias a un nuevo tratamiento, estaba preparada para echarle una buena bronca. Hacía más de una hora que había salido de casa. ¿Dónde se habría metido? La castigaría sin salir unas cuantas tardes, a ver si aprendía.

Raquel llegó a casa toda acelerada. La ciudad andaba revolucionada con los últimos acontecimientos y estaba ansiosa por contárselos a su tía.

—Tía… tía… no va a creer lo que pasó —dijo Raquel excitada.

Alfonsina, sentada a la mesa de la cocina, miró a su sobrina desconcertada. Había entrado en casa como un huracán y apenas podía hablar pues le faltaba el aliento. Seguro que había venido corriendo como un chicuelo. Nunca conseguirían hacer de ella una señorita. Su madre la había consentido demasiado.

—A ver, cuéntame eso tan importante —preguntó pensando que lo único que quería era engañarla por su tardanza, como tantas otras veces.

—Han robado en el banco, tía.

—¿Cómo que han robado? ¿En qué banco? —preguntó Alfonsina entre sorprendida y alborozada por recibir noticias que rompieran su rutinaria vida.

—En el que está en la calle Instituto.

—¿En la sucursal del Banco de España? ¡Jesús, José y María! —se persignó. Pero, vamos, cuenta, cuenta.

—Entraron unos pistoleros en el banco y dijeron «manos arriba», como en las películas, se liaron a pegar tiros, mataron a no sé cuántos y robaron un montón de dinero —contó Raquel entusiasmada, acompañando sus palabras con gestos exagerados.

—¿Mataron a gente? ¡Ay Dios mío! No sé a dónde vamos a ir a parar. Ya no se está seguro en ningún sitio. El mundo anda loco. Un atraco con pistolas. ¿Pero dónde se vio? —dijo Alfonsina echando las manos a la cabeza.

El atraco había sido efectuado por seis pistoleros, entre ellos los anarquistas Buenaventura Durruti y Francisco Ascaso. El botín ascendió a más de medio millón de pesetas y aunque por la ciudad corrió el rumor de varios muertos, tan solo el director de la sucursal había resultado herido de gravedad, falleciendo tres días más tarde. Su entierro constituyó una gran manifestación de duelo.

Los atracadores lograron huir en coche por la carretera de Oviedo. El relato de la persecución, publicada en la prensa con profusión de detalles durante más de diez días, mantuvo en vilo a la ciudad.

Raquel, durante esos días, contó con la autorización de su tía para pasar la mayor parte del tiempo en la calle, con la obligación de subir cada poco a informarla de cualquier chismorreo, pues prefería conocer las noticias a través de los dimes y diretes de los vecinos que por la prensa.

Para Raquel aquellas jornadas fueron maravillosas. Menos mal que pasaba algo interesante en la ciudad. Todo el mundo hablaba de ello y los niños jugaban a atracar bancos. Manolín, uno de sus amigos, vendía periódicos en la calle y la dejaba leer la noticia a cambio de hacerlo en voz alta, ya que él era analfabeto.

—Tía, tía, vaya lo que pasó —dijo una agitada Raquel.

—No me asustes, hija. No me dirás que hubo otro atraco —preguntó Alfonsina sedienta de noticias.

—No, tía. Verá, es que dicen que justo, justo cuando atracaban el banco pasaba por allí un hombre que se llama, que se llama… ¡Uy! Se me olvidó. Espere, que vuelvo a bajar —mentía para escapar de casa.

—Espera, espera, no importa. Sigue contando.

—Pues que ese hombre se dio cuenta del atraco y echó a correr hacia la calle Corrida, que allí hay siempre dos guardias.

—Sí, sí, claro, iría a avisarlos —interrumpió Alfonsina.

—Eso quería, pero al verlo correr, un guardia municipal creyó que era uno de los atracadores y se tiró encima de él, lo cogió por la corbata y por poco lo ahoga. Tardó mucho en darse cuenta y la corbata quedó hecha un Cristo.

—Cuida tus palabras, Raquel, te lo he dicho mil veces —dijo Alfonsina antes de que le diera un ataque de risa imaginándose la situación. Tenía que enterarse quién había sido el hombre de la corbata y quién el guardia; los conocía a todos—. Anda, baja a enterarte de los nombres. Y no tardes —añadió.

Raquel bajó volando las escaleras para jugar un rato en la calle. Tenía muy buena memoria y se acordaba de todo lo que había leído, pero era mucho mejor ir contándoselo a su tía poco a poco. Cuando Alfonsina se enteró, al fin, de quiénes eran los hombres, esbozó una sonrisa de satisfacción. Los conocía a los dos y pasó un rato agradable imaginando la escena.

Durante los días siguientes, la prensa continuó informando sobre el atraco: la huida de los atracadores; las declaraciones de los testigos, especialmente la de un guardia de seguridad que se enfrentó a ellos con un arma en tan malas condiciones que no consiguió disparar un solo tiro, aunque logró evitar salir herido; el enfrentamiento producido en la zona de Oviedo entre la Guardia Civil y los delincuentes, atrincherados en una pensión, que se saldó con la muerte de uno de ellos y la detención del resto.

Capturados los pistoleros, el golpe de Estado perpetrado por el general Miguel Primo de Rivera, capitán general de Cataluña, pasó a ocupar la portadas de la prensa. Noticia que ni a Raquel ni a su tía les decía nada.

La vida de Raquel y de sus tías continuó con su ritmo lento, marcado solo por las obligaciones diarias de la sobrina. Alfonsina la reprendía a menudo por su forma de ser. «No hables como una verdulera. Siéntate derecha a comer. Lávate bien esa cara y a ver si te peinas. Aprende a caminar como una señorita…». Raquel asentía con una docilidad fingida y su tía quedaba contenta, aunque le parecía que tenía demasiado tiempo libre.

De acuerdo con su madre decidieron que aprendiera a coser con Eduvigis, la vecina de arriba, una viuda que junto con su hija Elvirita se ganaba la vida cosiendo. De esa manera aprendería un oficio además de tenerla controlada. Los domingos por la tarde la dejaban salir un rato con la condición de que no fuera más allá del barrio y con la recomendación de que tuviera mucho cuidado con los carros, las bicicletas, los coches y los tranvías, que últimamente había muchos atropellos. Y en el verano, con los días largos, tras hacer las labores y pasar unas horas cosiendo, la dejaban salir a la calle hasta la hora de dar de cenar a sus tías.

Raquel al principio obedeció, no por querer portarse bien, sino más bien porque todos los chicos y chicas de su edad se reunían en esa zona. Pero poco a poco, acompañada de su pandilla, sus pasos se fueron alejando. Les gustaba especialmente la calle Corrida, con sus lujosas tiendas llenas de miles de productos. En Almacenes La Sirena tenían hasta ascensor y calefacción pero aunque un día intentaron entrar no los dejaron. Raquel pensó que fue debido a que eran siete y que sus pintas no eran las más adecuadas, sucios como estaban de juguetear por la calle. Pero ella estaba decidida a entrar en esos almacenes fuera como fuera.

Una tarde, Raquel tuvo que salir para ir a comprar medicamentos. Se lavó con esmero, se puso su mejor vestido, se peinó y salió de casa sintiéndose una reina. Sin decir nada a nadie, caminó hasta los almacenes resuelta, aunque al llegar le flaquearon un poco las piernas. Pero nadie le impidió la entrada. De todos modos intentó pasar lo más desapercibida posible, colocándose al lado de una familia con niños más o menos de su aspecto. La madre miraba diversos artículos mientras sus retoños no paraban de moverse. Cuando oyó decir que iban a subir en el ascensor, el cuerpo de Raquel recibió una descarga de adrenalina. Caminó tras ellos y entró en el pequeño habitáculo. Aquello comenzó a moverse y pasó mucho miedo temiendo caer desde tanta altura. Una vez arriba siguió a la familia por la planta y cuando ya le pareció haberlo visto todo se despegó de ellos, bajó las escaleras y salió a la calle satisfecha, prometiéndose a sí misma que un día entraría en esos almacenes y los dependientes se volverían locos por atenderla, ya que iría vestida como una señorita de esas que paseaban por la calle Corrida, luciendo sus hermosos vestidos, sus zapatos limpios y sus sombreros. Sí, eso era. El objetivo de su vida, a partir de ese momento, era convertirse en una señorita.

Dispuesta a ello, decidió hacer más caso a los consejos sobre modales de su tía. También puso más empeño en aprender a coser; así podría hacerse sus propios vestidos hasta que pudiera comprarlos hechos. Al principio le tocó hilvanar, pespuntear, ribetear, coser bajos y poco más. Pero pronto, debido a su esfuerzo, aprendió a hacer patrones y cuando llevaba dos años frecuentado la casa de su vecina cosió su primer vestido.

Alfonsina, satisfecha por los avances de su sobrina, le dio dinero para comprar la tela. Cuando la vio ante ella, deslumbrante a sus recién estrenados diecisiete años, se sintió orgullosa. Se parecían mucho físicamente, con esos ojos verdes que en otros tiempos habían encandilado a su marido. Esperaba que Raquel tuviera su misma suerte, casándose con un buen hombre con recursos suficientes para alimentar una familia. Lo único que no le gustó fue el largo de la falda, por mucho que su sobrina se empeñara en decirle que era la última moda, que no había nada deshonesto en ello. Alfonsina llevaba tanto tiempo en casa que dudó, así que decidió esperar a que la viera su hermana. Luisa tendría la última palabra.

Luisa miró el vestido, torció la boca con su característico gesto de desagrado y la obligó a alargar la falda un par de centímetros. Raquel se desanimó, su madre nunca estaba contenta con nada de lo que hacía. Ni siquiera tuvo el detalle de decirle que el vestido le había quedado bonito, con un buen corte y bien cosido. Sin embargo, no iba a dejar que le aguara la fiesta. En poco tiempo descosió el jaretón y volvió a coserlo, aunque bajando solo un centímetro. Había quedado con Elvirita, la hija de la modista, con la que la unía la edad y una gran amistad. Cuando Raquel estuvo lista subió a buscarla. Las dos se habían arreglado con esmero. Ese domingo, como tantos otros, pasearían las dos cogidas del brazo, pavoneándose delante de los chicos. Además, al ser el día de Ramos, estrenaban las dos, y estaban especialmente guapas.

Dos años y siete meses después de llegar Raquel a la casa, Gertrudis murió repentinamente y Alfonsina, profundamente afectada, se metió en la cama de donde no volvió a salir. Raquel no se alegraba de la enfermedad de su tía, como tampoco se alegró de la muerte de Gertrudis, aunque supuso un gran alivio en sus obligaciones diarias. Además, ya tenía edad suficiente como para salir a pasear las tardes de los domingos, en los que ya libre de la pandilla, acompañada solo por Elvirita, se dedicaban a caminar por la calle Corrida de arriba abajo y de abajo arriba, fijándose y tratando de imitar la manera de caminar pausada y educada de las señoritas. Iban cogidas del brazo, contándose chismes y criticando a las chicas de familias adineradas. «Mira esa qué fea, y esa qué piernas más torcidas, pues mira esa qué culo más gordo…».

Raquel y Elvirita se sabían guapas las dos. No había más que observar cómo los hombres, jóvenes y no tan jóvenes, volvían la cabeza a su paso. Las dos amigas se contaban todos sus secretos y uno de sus principales temas de conversación eran los chicos. A Elvirita le gustaba mucho Alfredo, un joven tres años mayor que ella que no tardó en pedirle relaciones. Con el preceptivo permiso materno, la pareja comenzó

su noviazgo con Raquel como obligada carabina. Al principio los tres se sintieron incómodos, pero pronto el carácter alegre y dicharachero de Alfredo hizo que las horas pasaran veloces envueltas en risas. No obstante, ya en la segunda cita, Raquel se alejaba varios metros de la pareja durante un rato para que pudieran hablar a solas, sin dejar de pensar en el hijo del médico que acompañaba a su padre cuando iba a visitar a su tía Alfonsina. El mismo chico que la había hecho correr el día que nació su sobrino Jesús.

El joven, ya todo un hombre, la había mirado desde el primer día que entró en la casa de forma descarada y en varias ocasiones se había alejado de los adultos para acercarse demasiado a ella. Al principio le molestó su actitud pero, sin poder evitarlo, acabó enamorándose de él.

Su primer amor. Un amor que le llenaba el corazón produciéndole alegría y dolor a partes iguales. Ya de regreso a casa, Elvirita, subida en su nube de ilusión, parloteaba sin cesar, diciéndole a Raquel que tratara de olvidar a ese chico inalcanzable y se fijara en alguno de su clase. Le hablaba de las mieles del amor, de la sensación de sentirse querida, del roce de una mano o de unos labios, de los sueños de futuro. Raquel la escuchaba sin decir nada. A ella claro que le gustaría sentirse querida pero no por cualquiera. Prefería un hombre rico sin amor que un enamorado pobre. No soportaba la idea de casarse y vivir pendiente, un día sí y otro también, de un posible embarazo y de si podría dar de comer a sus hijos. No, eso no iba con ella.

La compañía de Elvirita fue una de las mejores épocas de la vida de Raquel. Esa muchacha, que solía reír a carcajadas y nunca hablaba de problemas, amortiguaba el ambiente triste y apagado de su casa. Esperaba que no se casara demasiado pronto porque la dejaría desamparada.

Por otro lado, Alfonsina, aunque al principio le daba el dinero contado para la compra diaria y la hacía darle todas las cuentas a su regreso, llegó un momento que la dejó hacer. Raquel se aprovechó de esa situación hasta que su madre se enteró y tomó las riendas, obligándola a anotar todos los gastos. Cada compra de pan, de sardinas o de medicamentos, debía ser minuciosamente anotada y el dinero guardado en la sopera de la alacena debía de coincidir con las cuentas si no quería llevar unos buenos golpes.

Raquel no quería mal a su tía, pero tampoco le tenía un gran cariño. Cuidaba a Alfonsina por obligación, aunque se apenaba de ella, viéndola sufrir mientras su vida se iba apagando.

—Madre, ¿esta casa será para nosotras cuando la tía muera? —se atrevió a preguntar un día.

—¿Ya estás matando a tu día, desgraciada? —fue la respuesta de Luisa acompañada de un coscorrón.

—No, madre, claro que no —se defendió. No quiero que muera, pero como usted es su única hermana se quedará la casa, ¿no?

—No, hija, que más quisiera —contestó Luisa con un deje mezcla de tristeza y desilusión—. ¿Te acuerdas del tío Octavio? —preguntó.

—No mucho. Murió siendo yo pequeña.

—Verás, Alfonsina vive en esta casa porque a la muerte de su marido su hermano se quedó con unos negocios que llevaban a medias, y a cambio le pasa a la tía un dinero todas las semanas. Ese era el acuerdo al que habían llegado los dos hermanos. Y Dámaso ha cumplido su palabra y ni a ella ni a Gertrudis les faltó nunca de nada.

—Ya, pero la casa…

—La casa es de alquiler. También la paga Dámaso.

—¿Esta casa no es suya? —preguntó Raquel a punto de echarse a llorar.

—No, hija, no. Es alquilada como la nuestra, como casi todas.

Raquel llevó una profunda desilusión. Siempre había creído que la casa pertenecía a su tía y había soñado con vivir en ella para siempre. Allí se sentía bien, con su propio cuarto. Además, cuando salía a comprar podía callejear por la ciudad admirando los escaparates de los nuevos comercios, las fachadas de las casas de los ricos, las paradas de taxis, los coches que nunca llegaban hasta El Llano de Arriba, las terrazas de los bares y cafeterías…

Raquel, tras saber que en cuanto muriera su tía tendría que abandonar la casa que tanto le gustaba, comenzó a cuidarla con más mimo y dedicación que nunca, creyendo que así podría alargar su vida, además de ir aumentando el número de monedas que iba sisando muy poco a poco y que guardaba celosamente lejos de los ojos de su madre.

Pero Alfonsina murió pese a los buenos cuidados de su sobrina que, tras más de cuatro años de estancia con sus tías, cumplidos ya los dieciocho, se vio obligada a volver a su antiguo barrio sin más herencia que una pulsera y un par de sábanas bordadas que le entregó el cuñado de su tía. Marina recibió unos pendientes y un collar de perlas. Dámaso se adueñó del resto de las joyas, así como de los muebles, ropas y demás enseres de la casa. Permitió a Luisa llevar las fotografías familiares, una cadena con una medalla de oro, un marco de plata y las ropas de la difunta.

Raquel había escondido el anillo con la piedra verde en una de las chaquetas de su tía, así si alguien lo echaba de menos no la acusarían de quedarse con él. Cuando Dámaso salió de la casa con el cofre de las joyas, mientras su madre y su hermana recogían las ropas de Alfonsina, Raquel se hizo con el anillo y lo guardó en el sujetador. Se lo había ganado con creces. Y, además, su tía se lo había prometido.

7

Durante la ausencia de Raquel la vida de la familia había experimentado algunos cambios. Seguían viviendo en la misma calle, pero en una casa más grande con tres habitaciones y un patio amplio. Su madre ocupaba uno de los cuartos y los niños compartían otro de dos camas. Raquel eligió dormir con su sobrina. Al menos ella no roncaba. Además, prefería sentir cerca el cuerpo de la pequeña que el de su madre, que solía ocupar toda la cama y se enfadaba si la empujaba. Lo que más le gustó fue tener un retrete dentro, recordando el frío que pasaba en la casa anterior cuando tenía que salir al patio en pleno invierno si le apretaba el vientre.

El barrio había crecido. Tenía más habitantes y nuevas calles, además de algún comercio, pero ante los ojos de Raquel se mostraba como un lugar feo, gris y triste. La pobreza asomaba su cabeza a cada paso. Allí no se veían señoritas bien vestidas y con sombrero, ni bonitos edificios con almacenes, tiendas, hoteles o cafeterías. Tampoco había coches, ni paradas de taxis, ni mujeres vendiendo sardinas, ni relojes de sol. En el barrio, la mayoría de las casas eran humildes, abundando las chabolas, la gente vestía pobremente y muchos pies calzaban zapatillas o alpargatas que se embarraban en cuanto caían cuatro gotas de lluvia a no ser que sus dueños hubieran sido precavidos calzando madreñas. Los niños jugaban en medio de la calle, muchos descalzos, sucios y con los mocos colgando.

Desde que había salido para casa de sus tías, Raquel no había vuelto a su antiguo barrio. En su regreso, desde el tranvía, observó contrariada las numerosas fábricas y talleres que se extendían a ambos lados de la Carretera Carbonera. Las chimeneas de ladrillos rojos inundaban el paisaje y sus humos negros dominaban el aire. Las sirenas, como siempre, continuaban marcando el ritmo de la vida de los trabajadores. Raquel había vivido en ese lugar durante varios años, mimetizada con él, sin hacerse preguntas ni ver nada extraño. Pero en ese momento fue consciente de estar viajando en un tranvía entre dos mundos.

Marina parloteaba a su alrededor, contenta con su vuelta, hablándole de lo bien que estaban en la nueva casa gracias al sacrificio de Ramón que había estudiado durante años para conseguir un jornal más alto. Raquel la escuchaba y pensaba que si Ramón ganaba tanto por qué su hermana seguía dejándose los ojos cosiendo y bordando y su madre servía en casa de unos señoritos. Además, en casa de su tía también había un retrete. Un retrete en condiciones donde poder hacer las necesidades sentada y no como el que le enseñaba Marina que no dejaba de ser un

peldaño elevado con un agujero en medio, por lo que no quedaba más remedio que ponerse en cuclillas.

No había terminado Raquel de colocar sus escasas pertenencias en el armario que compartiría con su madre, cuando esta le dio la terrible noticia.

—Mañana empiezas a trabajar.

—¿Dónde? —preguntó asustada.

—Conmigo, en casa de doña Rosalía.

—Pero madre, yo pensaba… —dijo Raquel desconcertada.

—Tú no tienes nada que pensar, lo único que tienes que hacer es ganarte el pan.

—Pero usted siempre dijo que servir era lo último. Podía entrar en un taller de costura o en una fábrica.

—¿En una fábrica? Por encima de mi cadáver. En las fábricas solo trabajan las fulanas.

—Madre, ahora hay muchas mujeres trabajando en fábricas y no son eso que usted dice, son mujeres normales.

—Que están en boca de todo el mundo.

—Puedo quedarme en casa a ayudar a Marina con la costura y con los niños. También puedo probar en una tienda, cada vez abren más y trabajan en ellas muchas chicas, ¿qué le parece madre? De las dependientas no se habla mal.

—Prefiero tenerte bien vigilada, no creas que me has engañado todo el tiempo que has estado con tu tía. Sé que pasabas muchas horas fuera de casa, callejeando como una cualquiera, y Alfonsina llegó a decirme que sospechaba que le sisabas en la compra. ¡Ay, Dios mío! Qué pena que no hayas salido como tu hermana, tan tranquila y responsable.

A Raquel le hubiera gustado replicar pero sabía bien que cuando su madre acababa su discurso comparándola con Marina no había nada que hacer. No le quedaba más remedio que esperar a la mayoría de edad para perderla de vista. Pero era consciente de que aunque trabajara diez, doce o catorce horas diarias nunca lograría convertirse por sus propios medios en una señorita con vestidos bonitos, zapatos de tacón y sombrero. Necesitaba un hombre. Pero no cualquier hombre. Pensaba rechazar todas las proposiciones de los chicos pertenecientes a su clase social; en eso haría caso a los consejos de su tía. No estaba dispuesta a casarse para empezar a parir niños en una casa fea, húmeda y hambrienta, mientras su marido se gastaba el dinero en el bar. Conocía a demasiadas mujeres que antes habían sido alegres y hermosas y tras la boda se habían trasfigurado en caras amargadas y cuerpos fabricantes de niños. Ella no acabaría así por mucho que su madre intentara buscarle marido, que seguro que lo haría. Se resistiría y daría calabazas hasta que llegara el hombre adecuado. El amor no entraba en sus planes, sabía bien que duraba muy poco, justo el tiempo que tardaban en llegar los niños.

Además, las experiencias que había tenido hasta ese momento no le habían gustado. Los hombres perseguían a las chicas buscando una presa fácil que se dejara

manosear, pero a la hora de casarse elegían a las vírgenes, a las más recatadas y a las que se dejaban mandar. Y no estaba dispuesta a cumplir esas condiciones. Las condiciones las pondría ella.

A Ramón le fastidió el regreso de su cuñada, aunque no dijo nada. Raquel se había convertido en una mujer preciosa, guapa de cara y con un cuerpo que llamaba la atención. Los hombres volvían la vista a su paso, y no solo los jóvenes, también los mayores. Además, seguía siendo una descarada y sostenía orgullosa la mirada. Hasta había tenido que llamarle la atención a Julián. «La niña está que se sale, hermano. Quién la pillara».

Ramón ante aquel comentario notó que algo saltaba dentro de él. Lo cogió por las solapas de la chaqueta y le dijo, con una voz que intimidó a Julián, que fuera la última vez que hiciera un comentario en ese tono. Los otros hombres que estaban en el bar callaron de repente, dirigiendo los ojos a sus respectivos vasos, como si con ello vivieran ajenos a la escena.

Ramón soltó a Julián y salió de allí malhumorado. Se sentía responsable de su cuñada al ser el hombre de la familia y si su propio hermano se atrevía a hablarle así qué podía esperar de los demás.

Julián salió corriendo detrás de él, pidiéndole perdón, diciéndole que la sidra había hablado por él, pero que tuviera cuidado, que había oído muchas cosas acerca de la niña. Era demasiado guapa.

Ramón, haciendo caso omiso de las súplicas de su hermano, no le dirigió la palabra, entró en casa y cerró la puerta. Cuando llegó a la cocina vio a Tesa, la novia de Julián. Entonces recordó que estaban en su casa de visita y que su hermano y él habían salido un rato para tomar unas botellas de sidra. Las mujeres lo miraban con una interrogación escrita en la cara. Él hizo un ademán con la mano y volvió sobre sus pasos. Abrió la puerta. Allí estaba Julián, esperando como un perro abandonado. Le hizo una seña para que entrara. Los dos hombres encaminaron sus pasos a la cocina. Nadie le notó nada a Julián, simpático y alegre como siempre. Pero Marina advirtió que algo pasaba entre ellos, pues el gesto ceñudo de su marido le era bien conocido.

En los años en los que Raquel vivió con sus tías, la vida de Ramón y Marina había transcurrido tranquila y dichosa. La llegada de los niños los había colmado de felicidad y las cosas les iban bastante bien. El sueldo de Ramón era mucho más alto que cuando se habían casado y, al tener solo dos niños, con ese dinero y el que ganaba Marina cosiendo, no les faltaba la comida en la mesa ni los zapatos en los pies. Luisa también contribuía a la economía familiar y adoraba a sus nietos. Seguía siendo una mujer de trato difícil, pero sus ausencias de sábado y domingo les permitía respirar.

La llegada de Tesa a sus vidas fue un motivo doble de alegría. Marina encontró un alma gemela, una amiga íntima a la que contar todos sus secretos sabiendo que quedaban a buen recaudo. Ramón vio en ella la mejor solución para encauzar la vida

de su hermano. Pensaba que no iba a llegar nunca ese momento. Tesa era una chica responsable y trabajadora, hija de su vecino Santiago y cuñada de Marcelo, su mejor amigo. Parecía que todo cuadraba. El miedo a que Julián acabase con una cualquiera o, peor aún, con una casada, se disipó por completo. Tesa era la persona adecuada para que formara una familia y sentara la cabeza, aunque Ramón sabía bien que a Santiago no le hacía ninguna gracia ese noviazgo. Y ahora, que se le había acabado esa preocupación constante por su hermano, tenía que empezar a preocuparse por su cuñada. Con lo bien que estaba con su tía.

Además, Ramón tenía otros asuntos en los que pensar. Eran años de conflictos laborales con numerosas huelgas. Miguel Primo de Rivera había impuesto una dictadura tres años atrás mediante un golpe de Estado con el compromiso de modernizar el país, mejorando sus infraestructuras y creando monopolios. El rey, la burguesía, el nacionalismo catalán, PSOE y UGT, habían apoyado en un primer momento al dictador que tan solo contaba con la oposición de la CNT, comunistas, intelectuales y estudiantes. Pero los apoyos fueron menguando a medida que la tan esperada regeneración no acababa de llegar.

—Tengo un folleto de *España con honra* —exclamó Marcelo exultante entrando en casa de Ramón un anochecer.

Ramón le indicó con la cabeza que lo siguiera y se encerraron en el cuarto.

—¿De dónde lo has sacado?

—Me lo dejó Aquilino. Se lo tengo que devolver mañana.

Los dos amigos leyeron con ansia las cuatro páginas del folleto. En ellas se hablaba de irregularidades en la moralidad y en la vida sexual del rey Alfonso XIII y de Miguel Primo de Rivera. Estaban escritas y editadas por intelectuales en el exilio: Unamuno, Blasco Ibáñez, Ortega y Gasset…

—Estos escritos están haciendo mucho daño —dijo Marcelo.

—No me extraña que estén prohibidos —respondió Ramón satisfecho.

—Es que si todo lo que cuentan es verdad…

—Lo será. No me imagino a personas de su talla intelectual inventando las cosas que escriben solo por acabar con la monarquía y con el dictador.

—Al menos están sirviendo para que muchos abran los ojos.

—Y que lo digas. Los socialistas, los nacionalistas catalanes y el movimiento obrero que apoyó a Primo de Rivera cuando el golpe ya no lo quieren.

—A ver si entre todos somos capaces de echarlo.

—Y con él que se largue el rey.

—Sí, mejor los dos. A ver si conseguimos ya de una vez una república. Y ahora vete, que Marina ya tenía a punto la cena y anda de morros. No soporta que estemos todo el día hablando de política. En cuanto ve que nos encerramos en el cuarto se pone mala. Y no te digo nada de mi suegra.

—A tu suegra ni me la mientas, que solo con las miradas que me echa ya lo dice todo. Bueno, mañana nos vemos —dijo Marcelo saliendo del cuarto en dirección a la

puerta de la calle.

Marcelo y Ramón pasaban muchas horas juntos, hablando principalmente de política. Se habían afiliado a la CNT, el mayor sindicato de la ciudad, leían *Solidaridad Obrera*, acudían a charlas y conferencias y, a la espera de la apertura de la Casa del Pueblo, se reunían a menudo en un bar donde, además de conocidos, eran todos anarquistas.

Marina se había imbuido también de las ideas de Ramón, aunque no las entendiera del todo. Pero estaba harta de que su marido pasara más tiempo con sus amigos anarquistas que con su familia. Y cuando estaba en casa no era raro que llegara Marcelo y se encerraran en el cuarto para hablar de sus cosas. Ramón ya la había convencido de que la República mejoraría su vida y la educación de sus hijos. Además, casi todos sus vecinos eran republicanos, aunque unos pocos, entre ellos su madre, se consideraban monárquicos.

Ramón reñía a menudo con su suegra, queriendo hacerla comprender que los reyes no servían más que para gastar dinero y oprimir al pueblo.

—Tú di lo que quieras, pero al rey y a la iglesia que no me los toque nadie —respondía Luisa rabiosa.

—Vivir con usted es como tener al enemigo en casa.

A Marina esas palabras le dolían. No creía que su madre fuera mala, tan solo tenía sus propias ideas.

Marina no había dejado de ir a la Iglesia los domingos, como le había enseñado su madre desde pequeña, pero poco a poco, casi sin darse cuenta, había dejado de creer en ciertas cosas. Creía en Dios, eso sí, pero en la Iglesia y en los curas no. Don Emeterio hablaba mal de los trabajadores cuando quedaban en huelga y también los criticaba por ir al bar y por soltar blasfemias. En cambio defendía a los ricos diciendo que Dios había creado el mundo así y que había que conformarse con lo que le tocara a cada uno. Sin embargo, Marina veía que bajo su sotana la tripa formaba una abultada montaña y su cara acostumbraba a estar roja por el vino, según se murmuraba, aunque su madre lo defendía diciendo que era una calumnia.

Marina hablaba de esas cosas con Tesa, pero su amiga no la ayudaba mucho pues ni tan siquiera iba a la iglesia. Según decía en su familia no eran creyentes y ella no tenía ningún tipo de sentimiento religioso ni le preocupaba lo más mínimo.

No eran demasiados los vecinos que pisaban la iglesia. Los domingos, a las doce del mediodía, Marina solía ir a misa acompañada de Carmina y Toño con su hijo Salvador de quince años. Los tres vivían en la casa de al lado, una especie de chabola de un solo espacio.

Marina se llevaba bien con sus vecinos pero no soportaba a Salvador. El chico, aunque beato, quizás por la influencia familiar, era el terror de la calle. Dominante y violento, no tenía ningún reparo en pegar incluso a los más pequeños. A su madre la trataba con desprecio, igual que al resto de los vecinos, como si todos fueran menos

que él. A su padre le tenía cierto respeto, más por los golpes que le regalaba con el cinturón que por aprecio.

Sin embargo, a Salvador no parecían afectarle ni los golpes ni las amenazas. Mal estudiante en la escuela, había permanecido en ella hasta los doce años por el empeño paterno. Después, pasó a ser un mal aprendiz que echaban de todos los trabajos, pasando la mayor parte del tiempo en la calle, exigiendo dinero a su madre, fumando por las esquinas y molestando a las chicas.

En cambio, cuando llegaba a la iglesia se transformaba. Marina lo observaba por el rabillo del ojo y veía como seguía la misa con atención, rezando con las manos juntas y los ojos cerrados, comulgando. Eso la escandalizaba, igual que la escandalizaban muchos sermones de don Emeterio. Si eso era la religión, no le gustaba.

No obstante, algo en su interior le impedía dejar de ir a misa. Era como si estuviera obligada, como si fuera a pasar algo malo si no lo hiciera.

Ramón se reía cuando le confiaba sus dudas, aunque evitaba opinar. Si quería ir a misa no sería él quien se lo impidiera. Tampoco la quitaba de llevar a los niños, aunque prefería que no lo hiciera.

Por suerte, Marina, con la disculpa de que eran muy pequeños, solo los llevaba a la iglesia de vez en cuando. Su madre, al estar en casa de las tías, no se enteraba, pero a partir de la muerte de Alfonsina, los domingos se convertirían en una lucha. Marina, pese a las protestas de su madre, no estaba segura de querer inculcar a sus hijos las ideas que le habían inculcado a ella.

8

Al día siguiente de su regreso al barrio, Raquel se dirigió con su madre a casa de don Carlos, el médico donde Luisa llevaba sirviendo desde la muerte de su esposo. La casa estaba situada en la calle Corrida, con sus hermosos edificios y modernos comercios donde Raquel había alegrado tantas veces la vista. Le encantaba pegar la nariz en los escaparates mientras soñaba con ese día en el que podría comprar ropa, zapatos, joyas y todo cuanto se le antojase. Al entrar en el portal de los «señores», como los llamaría a partir de entonces, a Raquel le flaquearon las piernas. Vería a Carlos. Y él la vería a ella. ¿Intentaría aprovecharse? La idea de un más que posible encuentro la inquietó. Una cosa era tenerlo cerca en casa de su tía, en su territorio, y otra cosa muy distinta en la suya y, además, como sirvienta. Por ello odiaría a su madre toda la vida.

Luisa le presentó a Lola, la cocinera, que estaba entretenida preparando los desayunos. Raquel quedó ayudándola, mientras su madre se perdía en el interior de la casa, a la espera de poder presentarla a la señora. Dos horas después, Luisa entró en la cocina.

—Ponte este vestido y este delantal —dijo acercándole un vestido negro y un delantal blanco, además de una cofia. Y por Dios te lo pido, no digas nada, contesta solo a lo que te pregunten. Y procura parecer tímida, si es que puedes.

La señora las esperaba en el salón. Era una mujer de la misma edad que Luisa pero las ropas y el peinado que lucía, los buenos alimentos y la ausencia de trabajo duro, la hacían parecer diez años más joven que su criada a pesar de ser mucho más fea.

—Así que tú eres Raquel.

—Sí señora.

—No me habías dicho que tenías una hija tan guapa, Luisa.

—Y muy buena, señora.

—Eso espero.

—¿Cuántos años tiene?

—Dieciocho, casi diecinueve.

—Espero que sepa comportarse.

—Respondo por ella, no tendrá ninguna queja.

—Bien, Raquel, tu madre te dirá lo que tienes que hacer. Espero que estés a gusto en esta casa y que tu conducta sea la adecuada.

—Sí, señora —respondió Raquel bajando la vista, aunque de buena gana le hubiera dado una mala contestación.

El primer cometido de Raquel fue acompañar a Lola a hacer la compra. Aunque no era lo mismo que cuando iba sola agradeció esa salida. En un primer momento sintió vergüenza al ir con el traje que indicaba su condición de sirvienta, pero al comprobar que nadie se fijaba en ella, pues la calle estaba llena de criadas yendo y viniendo, dejó de importarle. Se dirigieron al Mercado del Sur y allí compraron fruta, verdura, lentejas, carne y pescado, mientras Lola hablaba y reía con tenderos y tenderas a los que parecía conocer de toda la vida. Regresaron con las cestas cargadas y comenzaron a preparar la comida. Después, cuando en los fogones ya se estaban cociendo lentamente las lentejas, Lola llevó a su hija a fregar con estropajo y jabón los suelos de las habitaciones mientras ella limpiaba el polvo y colocaba.

A Raquel aquel sitio le parecía un palacio. Nunca hubiera imaginado que una casa pudiera tener tantas habitaciones; la de sus tías era la más grande que había visto hasta ese momento. Solo en el vestíbulo entraría su cuarto y todavía quedaría espacio. Le llamó la atención también el gigantesco salón con sofás y butacas por todos lados, presidido por un cuadro de los señores, los dos con trajes oscuros y gesto severo. En el comedor había una gran mesa con doce sillas iguales tapizadas en tono granate oscuro. En las dos estancias, así como en la entrada, vio jarrones, cuadros y cerámicas que parecía que podían romperse solo con mirarlos. También había varios relojes diseminados sobre los muebles e incluso colgados en la pared. Raquel entendió que para la gente rica el tiempo debía de ser algo muy importante.

El cuarto de estar era más sencillo, así como el tocador de la señora y las habitaciones, seis en total. Sobre un mueble vio unas fotografías enmarcadas y en dos de ellas reconoció a Carlos.

—¿Cuántos son de familia? —preguntó a su madre que se afanaba dándole instrucciones sobre el trabajo a realizar.

—Los padres y seis hijos, aunque el mayor está a punto de casarse —dijo Luisa señalando a Carlos.

—¿Cómo se llama? —preguntó Raquel tratando de disimular una rabia repentina que la invadió sin poder evitarlo.

—Carlos. ¿No te acuerdas de él? Creo que ha ido varias veces con su padre a visitar a Alfonsina.

—Ah, sí —respondió Raquel fingiendo no haberlo reconocido hasta entonces. Es que no recordaba su nombre.

—Tampoco te hace falta saberlo —dijo Luisa con sequedad.

—¿Y el otro? ¿Es el hermano pequeño?

—¿A qué tantas preguntas? Venga, ponte a trabajar que la mañana pasa volando y todavía queda mucha faena.

Raquel no preguntó más. Su madre era muy lista y podía darse cuenta de su interés por Carlos.

A Raquel el día le pasó rápido, entretenida en atender órdenes, y a su pesar en pensar en Carlos. Ya de regreso, agotada, sentada en el tranvía, se preguntaba cómo su madre podía llevar tanto tiempo haciendo ese trabajo. No le gustaba nada lo de servir y se dio cuenta de lo tonta que había sido cuando desaprovechó la oportunidad de trabajar en el taller de doña Valeriana. Ahora entendía a su madre cuando le decía que servir lo último.

Bruno, el hermano menor, adoraba a Lola y al día siguiente apareció por la cocina, algo que ponía de los nervios a su progenitora, a la que no le gustaban nada las confianzas con los criados. Pero Lola ya estaba en la casa cuando nació Bruno y sus brazos lo habían acunado más que los de su propia madre. Además, hacía un chocolate excelente y le dejaba meter el dedo y chuparlo.

—¡Lola! ¡Estoy aquí! —exclamó eufórico.

—Mi niño —contestó ella con ojos alegres.

Raquel se puso de espalda, disimulando como si estuviera revolviendo el chocolate. Bruno no la había visto, pero cuando reparó en su presencia le preguntó a Lola.

—¿Una chica nueva?

—Sí, es la hija de Luisa. Raquel, date la vuelta para que te vea el señorito.

Raquel se dio la vuelta con el rostro como la grana. Por suerte, tanto Lola como el chico creyeron que los colores eran por efecto del calor de la cocina.

—Mira, es el señorito Bruno, el pequeño de los hijos varones —dijo Lola orgullosa, como si estuviera presentado al hijo que nunca había tenido.

Raquel permaneció de pie, callada.

—¿Qué pasa? ¿Te comió la lengua el gato? —preguntó el joven mirándola con fijeza.

—No, señorito —respondió ella disimulando su irritación.

—Lola, ¿puedes hacerme una manzanilla? Tengo un poco revuelto el estómago —preguntó él a sabiendas de que la cocinera tendría que ir hasta la despensa a por las flores para la infusión.

—Ahora mismo —respondió Lola saliendo de la cocina sin prisa.

—No me digas que eres aquella niña que vino hace años a casa y que echó a correr cuando mi hermano le dijo un piropo —susurró Bruno con picardía, en cuanto quedaron solos.

—No sé, no me acuerdo —respondió Raquel procurando parecer lo más tímida posible.

—Pues te has convertido en toda una mujer. Ya me lo decía mi hermano Carlos. Te acuerdas de él, ¿verdad? Os habéis visto varias veces en casa de tu tía enferma. Me ha hablado mucho de ti. Te llamamos «la niña de los ojos verdes», pero no podía imaginar que fueras tan guapa.

—Por favor, señorito —dijo Raquel controlando la rabia en la voz, deseando coger la chocolatera y plantársela en la cabeza.

Lola reapareció con la manzanilla. Bruno se sentó en una banqueta y esperó a que la mujer preparara la infusión sin dejar de mirar a Raquel ni por un momento. Raquel se sentía incómoda y le lanzó una mirada acusadora. A Bruno esa mirada, lejos de molestarle, le pareció divertida.

Bruno se enamoró de Raquel a primera vista. Nada más verla en la cocina sintió una especie de flechazo. Sus ojos verdes centelleaban en un rostro perfecto de nariz pequeña y labios carnosos. El pelo, castaño oscuro, ligeramente ondulado, peinado a la última moda en una graciosa melena muy corta. El cuerpo lo dejó sin aliento: esbelta, con caderas insinuantes y pechos turgentes. El cuello fino y delicado. Las piernas largas y bien torneadas. Más que una pobre sirvienta le pareció una reina del Olimpo. Por las noches se dormía pensando en ella y por las mañanas la buscaba por la casa con cualquier disculpa. La trataba con respeto, aunque algo atrevido cuando no había nadie delante. No lo podía evitar. Soñaba con esa chica a todas horas.

—Con esos ojos no deberías estar fregando suelos —le dijo un día que la encontró a solas, fregando el suelo de su habitación.

Raquel se levantó y fue hacia la puerta para cerciorarse de que no había nadie cerca. Después lo miró a los ojos, altiva.

—Con los ojos no se come y yo no tuve la suerte de nacer en una familia como la suya.

—Si tú quisieras…

—No me hable como si fuera una puta.

—No, no es lo que piensas, Raquel.

—¿Entonces?

—Me vuelves loco. No hago más que pensar en ti, en tus ojos, en tu boca…

—No me diga más. Igual que su hermano —dijo Raquel despectiva.

Unos ruidos por el pasillo pusieron fin a la conversación. Raquel continuó fregando. Bruno cogió un cinturón y salió del cuarto. Tenía que volver a hablar a solas con Raquel para saber qué pasaba con su hermano. Al parecer la rondaba, y eso que estaba a punto de casarse. Debía estar alerta. Nunca hubiera sospechado que el obediente, responsable, y también altanero hijo mayor acosara a una criada. Pero en realidad qué sabía él de su hermano, se preguntó en ese momento. Solo lo veía cuando la familia se reunía alrededor de la mesa o un rato después cuando al padre le apetecía un poco de conversación con sus hijos varones. A Bruno le aburrían esas charlas, y no lo disimulaba. Siempre hablaban de las mismas cosas, siempre diciéndoles el padre qué, o qué no, debían hacer, y siempre su hermano asintiendo como una oveja tranquila. Bruno ya había tenido varios desencuentros con su progenitor, algunos lo suficientemente desagradables como para ser declarado oficialmente la oveja negra de la familia. Si su padre se enterara del comportamiento de su hijo ejemplar, le daría algo. Pero no sería él quien dijera nada, no podía levantar la liebre, pues estaría obligado a dar explicaciones de cómo había conseguido la información. A no ser que lo cogieran un día hablando con Raquel. Aunque en ese

caso lo solucionarían echándola de casa. Ya había oído decir a su madre que la hija de Luisa era demasiado guapa, que de haberlo sabido no la hubiera contratado.

Luisa se cruzó en el pasillo con Bruno. Observó su cara de enfado, como si le acabaran de echar un jarro de agua fría. Se dirigió al cuarto donde fregaba Raquel.

—¿Te ha molestado el señorito? —preguntó sin más preámbulos.

—No madre, ¿por qué dice eso? Solo vino a buscar algo.

—Nunca dejes que un señorito se aproveche de ti, ¿entendido?

—Sí, madre.

Pese a la vigilancia de Luisa, Bruno se acercaba a Raquel en cuanto podía. Ella, por su parte, hacía todo lo posible por dejarse ver. Durante un tiempo no volvieron a cruzar ni una palabra, aunque sí muchas miradas. Raquel no sentía nada por él, en su corazón solo habitaba Carlos. Carlos, el nombre y el hombre que poblaba sus sueños. Carlos, el sinvergüenza que no paraba de regalarle piropos con los ojos rojos de lujuria, convencido de que la sirvienta no podría resistirse a los deseos de su señorito. Pero Raquel no se fiaba de ninguno de los dos hermanos.

Carlos vigilaba a Raquel y Bruno vigilaba a Carlos. Un día los encontró a los dos en la salita pequeña. Raquel limpiaba el polvo y su hermano la llamaba «mi niña de los ojos verdes». Bruno sintió una oleada de celos. Se acercó y miró a su hermano con odio. Raquel se esfumó, dejándolos a solas.

—¿Cómo te atreves a cortejar a la criada? No tienes vergüenza, vas a casarte dentro de un mes —dijo Bruno a viva voz.

—¿Y a ti qué te importa? Es solo una criada, qué más te da lo que le diga o le haga.

—¿Qué quieres decir con lo que le haga? ¿Acaso has…? No me atrevo ni a decirlo.

—Mira quién fue a hablar, el que más tiene que callar. Preocúpate de tus cosas, anda, y déjame en paz.

—Si padre supiera…

—Pero no lo va a saber, ¿verdad? —preguntó Carlos amenazante—. ¿Qué pasa? ¿Qué también la quieres para ti? —continuó, emitiendo después una sonora carcajada.

Bruno se alejó rojo de ira. Su hermano era un estúpido y un caradura. Pobre Pilarín, si ya perseguía a las criadas antes de casarse qué no haría después. Tenía ganas de que llegara la fecha del enlace para perderlo de vista y para tener vía libre para acercarse a Raquel. Había intentado apagar el fuego que le provocaba viéndose con otras chicas, pero seguía enamorado de ella, no podía evitarlo. No pararía hasta conseguirla, pese a saber que eso le acarrearía multitud de problemas.

Carlos se casó y Bruno, loco por Raquel, la buscaba cuando estaba en la casa y la añoraba en su ausencia. Rastreaba restos de su olor en los objetos de su habitación, en las sábanas y en la almohada. Sus manos habían pasado por allí. Necesitaba verla a solas, declararle su amor. Pero en la casa siempre había demasiada gente. Tampoco

podía seguirla a la salida del trabajo, pues siempre iba acompañada de su madre. Los domingos recorría las calles principales de la ciudad y el paseo de la playa, soñando con encontrarla. Pero Raquel nunca aparecía. Pensaba que quizás no saliera de su barrio o que tuviera novio, porque a una mujer como ella no le faltarían pretendientes. Era demasiado guapa. Y descarada también. Y eso le encantaba.

La ocasión llegó meses después. La familia se desplazó a la casa familiar de Ribadesella para pasar el verano. La casa quedó vacía al cuidado de las criadas que aprovecharían para hacer una limpieza general. La primera semana, levantaron habitaciones, mandaron a limpiar colchas, cortinas y alfombras, y fregaron todas las ventanas.

Un mañana, Luisa se levantó indispuesta, con vómitos y diarrea. No podía ir a trabajar en esas condiciones. Raquel salió de casa dispuesta a hacer la mitad de la mitad de lo que su madre le había encomendado. Lola, encerrada en la cocina, pasaba las horas preparando conservas. Bruno había quedado en casa, retrasando su viaje a Ribadesella, con una disculpa de trabajo que convenció a sus padres. Pero su única intención era tener un encuentro con Raquel.

—Buenos días, señorito —dijo Raquel al verlo, sintiendo sin querer un pequeño temblor en las piernas, pues desde la marcha del hijo mayor el pequeño lo había sustituido en su lista de aspiraciones.

—Tenía muchas ganas de hablar contigo, Raquel. Ven, vamos a mi cuarto. Allí estaremos tranquilos.

—No señorito, a su cuarto no, ¿quién se cree que soy?

—No pienses mal, no voy a hacerte nada. Es solo por si viene alguien.

—¿Y quién va a venir?

—Nunca se sabe.

Raquel se dejó llevar hacia el cuarto. Bruno le pidió que se sentara en la cama. Accedió un tanto indecisa. Él se sentó a su lado.

—Te quiero, niña de los ojos verdes —le susurró al oído.

Raquel pegó un salto y se levantó. Lo miró fijamente. Sabía de sobra lo que buscaban los hombres pero no pensaba dárselo así porque sí.

—Usted está prometido desde hace un par de meses.

—Me prometieron. No la quiero a ella, te quiero a ti.

—Ya le dije que no soy ninguna fulana.

—Nunca lo he pensado. Mírame, Raquel, mírame —dijo levantándose y colocándose ante ella, cogiéndole la barbilla con la mano derecha—. Mírame y dime si mis ojos mienten. —A continuación le dio un beso, suave, dulce y largo.

Raquel se estremeció. Ya había besado a otros chicos pero nunca había sentido esa sensación tan intensa, esas ganas enormes de seguir besándolo, de acercarse a su cuerpo, de tocarlo y abrazarlo. Asustada, se separó con brusquedad.

—Raquel, si tú quisieras podíamos ser felices.

—¿Cómo? —preguntó desafiante.

Bruno le declaró su amor. Amor verdadero. Estaba dispuesto a dejarlo todo, incluso a su familia. Raquel no lo podía creer. ¿Estaba ante ella la oportunidad de cambiar de vida? Lo miró a los ojos. Vio reflejados en ellos un ansia que era necesario alimentar. Lo haría sufrir un poco, hasta estar segura de sus verdaderas intenciones. Sabía de sobra que los señoritos acosaban a las criadas, las preñaban y después las ponían de patitas en la calle. A ella no le pasaría eso.

—¿Qué me dices, Raquel? —preguntó Bruno impaciente.

—Lo pensaré —contestó con firmeza—. Pero no crea que va a tratarme como si fuera una cualquiera —añadió, dejándolo con la palabra en la boca, yendo a refugiarse a la cocina al amparo de Lola.

Raquel había tenido cierta intimidad con algunos chicos. Se había dejado besar y tocar, incluso por debajo de las bragas. También los había acariciado a ellos haciéndolos enloquecer, pero nunca había llegado hasta el final. Esperaba por el hombre que mereciera ser el primero. Y ese hombre podía ser Bruno. Sabía que nunca se casaría con ella, su padre lo desheredaría y sus conocidos le darían la espalda. Sin embargo, los señoritos, pasara lo que pasara, siempre se las arreglaban para vivir bien.

Raquel seguía enamorada de Carlos, un amor imposible, no solo por estar casado, sino porque en ella no buscaba más que lo que buscaban otros. Bruno parecía diferente. ¿Y si la quería de verdad? Además, le gustaba su carácter y su manera de tratarla, tan distinta a como la habían tratado hasta entonces los hombres. Era bueno, cariñoso y atento. Y cuando lo tenía cerca su cuerpo reaccionaba de forma extraña, sintiéndose atraída por él, deseando ser besada y abrazada. Debía tener cuidado. Dejar las cosas bien atadas. Arrancarle promesas que se sintiera obligado a cumplir. No sabía cómo hacerlo, pero seguro que se le ocurriría algo.

Por suerte, Luisa retorció una pierna al intentar subir apresuradamente al retrete y no podía caminar. Le recomendaron al menos quince días de reposo. Eso los dejaba libres y a salvo de miradas indiscretas. Lola nunca salía de la cocina, la casa para ella era una especie de santuario que no se atrevía a pisar. Su lugar estaba en los fogones y en el cuarto del servicio.

Raquel apuraba la limpieza con Bruno a su lado como un perro guardián. Le pedía ayuda para mover los muebles y se las ingeniaba para rozarle una mano, la cara, o una pierna. Bruno hacía cuanto le pedía, pero cada vez le costaba más respetarla. La deseaba tanto que temía volverse loco. Era difícil tenerla allí, a su lado, los dos solos, siempre a la defensiva, sin arrancarle siquiera un beso.

Un día, en un descuido de Raquel, la rodeó con sus brazos y la volvió a besar. Ella se estremeció y se dejó hacer unos leves segundos. Luego, asustada por el deseo que emanaba de su propio cuerpo, se separó con rapidez.

—Ya le dije que no soy una cualquiera.

—Raquel, por favor, yo te quiero. Te lo juro.

—No se debe jurar en vano, señorito.

—¿Cómo te lo puedo demostrar?

—Llevándome a la cama desde luego que no.

—¿Cómo entonces? —preguntó desesperado.

—Usted sabrá, para eso es un hombre.

Varios días le costó a Bruno conseguir que Raquel lo tutease, que se dejara besar y que accediera a encontrarse con él fuera de la casa, en un lugar tranquilo, donde pudieran hablar. Una tarde deslizaron sus pasos hasta un lugar solitario al otro extremo de la playa. Bruno la cogió de la mano y se la estrechó con firmeza.

—Quiero que vivamos juntos —dijo con los ojos llenos de ilusión.

—Imposible —respondió Raquel.

—¿Por qué?

—No sé si recuerdas que no estamos casados.

—¿Y eso qué importa? Si me quieres como yo a ti vivirás como una reina.

—Seré tu querida.

—Me casaré contigo.

—Sabes que no es verdad. Tu padre no te dejará.

—Lo desafiaré.

Raquel se despidió de Bruno feliz. Le gustaba ese chico. Nunca había intentado propasarse, se conformaba con los besos. ¿La querría de verdad o era solo un capricho pasajero? No podía saberlo. De todos modos, el tiempo lo diría. Lo que sí sabía era que, si era lista, pronto dejaría de fregar a rodilla con jabón y estropajo los suelos de los señores. Otra fregaría los suyos.

9

La familia de Bruno volvió de Ribadesella a finales de agosto. Él, tras pensarlo detenidamente, poniendo en una balanza los pros y los contra, decidió hablar con su padre. Habían pasado ya ocho meses desde la aparición de Raquel en su casa y la llama de un amor verdadero y profundo lo consumía por dentro. No aguantaba seguir con esa situación, teniendo que verse a escondidas como si fueran dos chiquillos.

Al anochecer, cuando sus hermanas y su madre se retiraron a sus habitaciones, Bruno quedó en el comedor tomando una copa con su padre. Supo que era el momento propicio.

—Padre, quería hablarle de un asunto.

—Dime, hijo.

—Verá, es que no sé cómo empezar. No le va a gustar.

Don Carlos se puso en guardia. Ese hijo ya le había dado más de un disgusto. Se sentó en una butaca e invitó a Bruno a hacer lo mismo en la butaca contigua. Su semblante era serio aunque no tenía ni idea de la tormenta que iba a descargar esa noche sobre su familia.

—Bien, tú dirás.

—Me he enamorado, padre.

—¿Cómo que enamorado?

—Me he enamorado y quiero romper mi compromiso con Merceditas.

—¿Qué dices? ¿Te has vuelto loco? —dijo don Carlos levantándose de la butaca como si lo hubiera picado un escorpión.

—No la quiero, padre. Quiero a otra mujer.

—No importa si la quieres o no, hijo. Merceditas es tu prometida y debes casarte con ella.

—¡No! ¡No lo haré! —exclamó Bruno poniéndose en pie.

—Sí lo harás ¡Maldita sea!

—Padre, le estoy diciendo que quiero a otra mujer.

—¿Y eso qué importa? Tenemos un acuerdo con los Menéndez.

—Yo no, padre. Usted y madre son los que lo tienen.

—¡No seas insolente! —dijo don Carlos ya fuera de sí, acercándose a su hijo con la mano abierta, aunque al llegar a su lado se contuvo apretando el puño y los dientes.

Alertadas por las voces no tardaron en aparecer la madre y las cuatro hermanas, que presenciaron una escena ya vista. Bruno, una vez más, osaba llevar la contraria a su padre, aunque esta vez el tema era grave. Amenazaba con romper su compromiso de boda. La madre ordenó retirarse a sus hijas, cerró la puerta y trató de poner calma entre los dos hombres.

—Explícame bien qué es lo que pasa, Bruno —dijo doña Rosalía conciliadora.

—No puedo casarme con Merceditas, madre. Estoy enamorado de otra mujer.

—¿Podemos saber a qué familia pertenece?

—A ninguna que les guste.

—¿Entonces?

—Quiero a Raquel, la hija de Luisa.

—¿La criada? —preguntó doña Rosalía entre asombrada y escandalizada—. Tú no puedes querer a una mujer así, hijo —añadió convencida.

—¿Qué tiene de malo?

—Solo es una criada, una fregona, ¿te parece poco?

—Yo haré que deje de ser una criada —contestó de manera un tanto impertinente.

—Ya sabía yo que esa chica nos traería problemas. Y todo por hacerle un favor a Luisa. No, si no se puede ser buena, a esa gente le das la mano y te coge el brazo. Mañana mismo las pongo a las dos de patitas en la calle.

—¿Y la caridad cristiana que tanto predica, madre?

—No te consiento que me hables en ese tono. Discúlpate.

—Perdón, madre, no quise ofenderla.

Don Carlos asistía mudo a la conversación entre su mujer y su hijo. Bueno, al fin y al cabo el problema no era tan grave. Se trataba solo de una criada, así que podrían arreglarlo sin dificultad.

—Por favor, Rosalía, déjanos solos. Vamos a solucionar este asunto.

Doña Rosalía se retiró a su habitación. Sabía bien lo que su marido iba a hablar con su hijo. Los hombres siempre con sus líos de faldas, como si no supiera ella todas las infidelidades de su marido y de otros muchos maridos. Pero su hijo, ya antes de casarse… eso iba a ser un escándalo que podía dar al traste con la boda.

Cuando quedaron a solas don Carlos encendió un puro, se echó otra copa de coñac y le ofreció a su hijo, que rehusó.

—Vamos a ver, Bruno. Entiendo que esa chica te tenga loco, pero no veo motivo para romper tu compromiso con Merceditas. Una cosa no quita la otra.

—Padre, Raquel no es ningún capricho. La quiero y pienso casarme con ella.

—¿Casarte? Hijo, tú estás loco, no sabes lo que dices.

—Siento mucho el dolor que les causo a usted y a madre. Ya sé que dará mucho que hablar, pero con el tiempo pasará y todo volverá a la normalidad.

—No, hijo, no. Si te casas con una mujer así nada volverá a la normalidad. Ella no es de nuestra clase y nunca lo será por muchos vestidos o joyas que le regales. Cada cual tiene su sitio en la vida por nacimiento y así debe ser. Mal iríamos si

empezáramos a mezclarnos unos con otros. Dios nos libre de tal desvarío. Oye —se dirigió a su hijo en tono amistoso—, ¿has pensado en ponerle un piso discreto?

—Padre, ella no es una cualquiera —contestó Bruno molesto.

—Yo no he dicho eso. Pero deberías preguntarle. ¿Lo has hecho?

—No, padre.

—No me digas que está embarazada.

—No, padre, no se preocupe.

—¿Le has pedido que se case contigo?

—Sí, padre.

—¿Y qué te ha contestado?

—Nada, me ha dicho que primero hablara con ustedes que ella no quería arruinarme la vida.

—Ves, es bastante más sensata que tú. Hazme caso, alquila un piso pequeño, confortable y discreto y pasa con ella el tiempo que quieras, pero ¡atiende a lo que te dice tu padre! —exclamó señalándole con el dedo. ¡Que nadie se entere!

A la mañana siguiente, cuando Luisa y Raquel llegaron a trabajar, Lola les dijo que la señora quería hablar con ellas. Luisa miró a su hija buscando una respuesta. Raquel no sabía qué decir. Bruno le había hablado de casarse, de hablar con sus padres, pero nunca había creído que se atreviera a hacerlo y mucho menos que lo hiciera tan pronto. Si las querían ver por eso estaba metida en un buen lío.

La señora las esperaba sentada en el sofá del salón. Cuando vio aparecer a las dos mujeres se levantó. Se acercó a Raquel con rapidez. Le lanzó una mirada cargada de odio y le soltó una sonora bofetada. Raquel, sorprendida, pasó la mano por su cara para calmar el dolor y la rabia. Luisa contenía a duras penas su genio. No sabía aún qué había hecho Raquel, pero la señora no era nadie para pegarle. Para eso estaba ella, que por algo era su madre.

—¿Tú sabes lo que has hecho, desvergonzada?

—No he hecho nada de lo que avergonzarme —respondió Raquel despectiva, omitiendo decir el «señora».

—Has destrozado la vida de mi hijo. Yo destrozaré la tuya. No quiero volver a verte en esta casa. Y a ti tampoco, Luisa. Fuera de mi vista las dos —dijo moviendo las manos como si quisiera apartar de ella un montón de basura.

Raquel y Luisa salieron del salón sin decir palabra. Ya en la cocina, Raquel se quitó apresuradamente el traje de sirvienta, se puso su ropa y salió corriendo escaleras abajo. Luisa no intentó retenerla. Se desvistió sin prisa, mientras por sus ojos resbalaban unas lágrimas calladas. Después, se despidió de Lola y abandonó la casa en la que llevaba sirviendo desde que había quedado viuda.

Raquel pasó el día callejeando, sin saber a dónde ir, buscando con la vista a su enamorado sin encontrarlo. Al atardecer, con un nudo en el estómago y un tanto desorientada, volvió a casa. Luisa la estaba esperando, sentada en la cama, sosteniendo entre sus manos el hatillo que había hecho con un mantel viejo. Dentro

estaban las escasas pertenencias de su hija pequeña. Se lo acercó sin decir palabra. Raquel quiso protestar pero Luisa le señaló la puerta ante las atónitas miradas de Marina y los niños.

Raquel no sabía a dónde ir. No tenía familia ni amigos a los que acudir y tampoco dinero para pagar un cuarto en una pensión. Sus ahorros habían quedado escondidos en el patio, junto al anillo de piedra verde de su tía. En el bolsillo solo llevaba una peseta. Comenzó a caminar sin volver la vista atrás. Al doblar la esquina encontró a su cuñado que, extrañado de verla a esas horas en la calle, le preguntó qué había sucedido. Raquel se lo contó y él le pegó un buen sopapo. Luego le soltó un rapapolvo peor que los de su madre.

—Eres la vergüenza de la familia. No, sí ya lo veía yo venir desde que eras niña. Y ahora qué vas a hacer.

—No lo sé —dijo Raquel llorando, pues en ese momento se sentía muy asustada —. No tengo a dónde ir. Pero no he hecho nada malo.

—Vete a ver a Rita y dile que vas de mi parte, que ya pasaré yo a pagarle. Y ni una palabra ni a tu madre ni a tu hermana, ¿entendido?

Raquel asintió. No conocía personalmente a Rita, pero sabía dónde estaba la pensión. Rita, al decirle que iba de parte de Ramón, la acogió sin hacer preguntas. Raquel no podía dormir, preguntándose cuál sería su futuro. ¿La quería Bruno de verdad o solo buscaba divertirse? No tardaría en saberlo.

A la mañana siguiente se acercó al banco. Buscó a un chiquillo y le dio la peseta para que preguntara por Bruno y le entregara una nota. Lo vio salir al momento, indicándole con la mirada que lo siguiera. Entraron en un callejón y después en un portal donde nadie sospecharía al haber una consulta de un dentista, con los clientes subiendo y bajando sin cesar. Bruno le dio dinero para que buscara una pensión decente mientras arreglaba las cosas. Le reiteró su amor y la besó con pasión. Después volvió al trabajo.

Seis días después, Raquel tomaba posesión de un piso pequeño pero acogedor, con dos habitaciones, una sala, cocina, un baño con bañera y un balcón a la calle desde el que podía ver y oler el mar. Los muebles eran de buena calidad, así como las lámparas y las alfombras. Para celebrarlo, Bruno llevó una botella de champán y una caja de exquisitos bombones.

—Abre el armario —dijo Bruno con una gran sonrisa.

Raquel se acercó al mueble. Abrió las puertas. De unas perchas forradas colgaban un par de vestidos a la última moda, un camisón de encaje y una bata. En la balda de arriba dos sombreros y dos bolsos y en la parte baja dos pares de zapatos y unas zapatillas. Raquel se volvió hacia él con la sorpresa y la satisfacción dibujadas en el rostro. ¿Qué era todo aquello? ¿Un sueño?

Raquel comenzó a levantarse tarde por primera vez en su vida. Bruno le había enviado una chica para que limpiara y cocinara. Le gustaba desayunar en la cama, en una bandeja, como tantas veces había visto en las películas. Después se preparaba

para dar un paseo. El primer día, al salir del portal, aspiró con satisfacción el olor a salitre. La playa estaba tan cerca, a tan pocos pasos, que la emoción casi la hace llorar. Sus ojos descansaron sobre los balnearios. Los había visto muchas veces, pero ahora le parecían diferentes. Ahora podía entrar en cualquiera de ellos, elegir el que quisiera. Preguntaría a Bruno cuál era el mejor.

Los días siguientes, Raquel continuó acercándose a la playa para después internarse en las calles del centro, admirando los escaparates, sabiendo que llevaba suficiente dinero en el bolso como para comprar cualquier capricho. Pero aún no se sentía segura de su buena suerte. De momento, mejor dejar a buen recaudo los billetes que le habían llovido del cielo. Evitaba la calle Corrida, por la que había paseado tanto, temerosa de encontrar a la señora o incluso a Lola. Luego volvía a casa y después de comer descansaba en el sofá mientras la chica acababa de fregar.

Bruno llegaba a diario sobre las seis de la tarde y la intimidad del piso los iba acercando cada vez un poco más. Se besaban, se acariciaban, luchaban entre ellos; él para conseguirla; ella para impedir que lo hiciera, pues aún no tenía claras sus intenciones, aunque no era normal que un hombre mantuviera a una chica sin acostarse con ella. Empezó a pensar que la quería de verdad.

Cinco días después de tomar posesión del piso Raquel se entregó a Bruno. Ya no aguantaba más. El cuerpo de ese hombre la llamaba a gritos. Le gustaba su olor, el contacto de su piel, sus besos tiernos y también los salvajes.

Bruno intentaba quitarle la ropa con manos temblorosas. Raquel lo apartó con suavidad y comenzó a desvestirse ante él, mirándolo a los ojos, con esa mirada entre pícara y salvaje que tanto le gustaba a su enamorado. Se tumbaron en la cama desnudos y se entregaron el uno al otro como seguirían entregándose hasta que los separara la muerte. A Bruno le alegró saber que Raquel era virgen; eso lo reafirmó en su amor y en la creencia del candor de la que en su mente era su novia. A Raquel le gustó sentir que un hombre la amaba de verdad, aunque mientras sus cuerpos se unían pensaba en otro: en Carlos.

Pasado un mes, Raquel decidió llegado el momento de hablar sobre su futuro con total sinceridad.

—¿Qué va a pasar conmigo, Bruno? No me mientas. Dime la verdad aunque me duela.

—Que siempre te querré, incluso después de muerto.

—No, Bruno, ahora no. Quiero saber que va a ser de mí.

Bruno le habló con franqueza de sus problemas. Su padre quería desheredarlo, pero su sueldo era bueno y podrían vivir sin estrecheces. Raquel asentía, esperando escuchar la palabra que tanto estaba deseando oír y que en su interior sabía que no oiría nunca.

Bruno, presionado por sus padres, se veía obligado a seguir visitando a Merceditas, ajena a la doble vida de su novio. No era solo su compromiso, su

hermana mayor se iba a casar con Andrés, hermano de su prometida. Dos enlaces que sellarían fuertes alianzas entre dos de las mejores familias de la ciudad.

—¿Qué crees que pasará si rompes tu compromiso? —había preguntado a Bruno su padre la noche anterior. Yo te lo diré. Aparte de ser un escándalo, nadie entenderá que lo hagas por ir a vivir con una desarrapada. Y luego, está tu hermana. ¿Crees que los Menéndez seguirán queriendo que se case con su hijo? No, Bruno, no. Los Menéndez se enfadarán y todo se irá al traste y tu hermana, aparte de llevarse un gran disgusto, quedará marcada y tendrá problemas para hallar otro pretendiente adecuado a su posición. Piénsalo bien, hijo. Piénsalo. No es solo tu futuro el que está en juego. Está en juego también el futuro de tu hermana y la honorabilidad de toda tu familia.

Esa mañana, al ir a desayunar, Bruno había visto la cara demacrada de su hermana, producto sin duda del insomnio y de las lágrimas. Ella lo miró con desdén, como si el amor que siempre le había manifestado se hubiera transformado de repente en odio. Bruno no sabía qué hacer. Quería con locura a Raquel y creía que eso era suficiente para justificar el gran paso que deseaba dar. Sin embargo, viendo las caras serias de su familia y el sufrimiento de su hermana se preguntaba si tenía derecho a hacerlo. Sabía que muchas personas les iban a negar el saludo y que serían objeto de murmuraciones durante un tiempo. Y él quería a sus padres y a sus hermanas.

¿Y Raquel? No podía dejarla tirada. Por su culpa había perdido el trabajo y su madre la había echado de casa. Le costaba creer que Luisa tuviera un corazón tan frío. ¿Cómo había sido capaz de echar a la calle a su propia hija? ¿Y su padre? ¿Llegaría a hacer lo mismo con uno de sus hijos? Las dudas y los remordimientos lo reconcomían y solo encontraba un poco de paz las horas que pasaba con Raquel. Sabía que ella estaba esperando por una declaración formal, y eso debería hacer para ser un hombre honesto, pero se sentía débil. Con lo fácil que sería desposarla y vivir felices con el beneplácito de las dos familias. ¿Por qué a veces las cosas eran tan complicadas?

10

La llamada en la puerta sobresaltó a Raquel. ¿Quién podía ser? Bruno tenía llave y no conocía a nadie que quisiera visitarla. Se acercó cautelosa a la puerta. Descorrió la mirilla. Un escalofrío pegajoso la estremeció. Era Ramón, su cuñado. ¿Cómo había conseguido localizarla? Cerró la mirilla. Apoyó su cuerpo contra la pared, con los ojos cerrados, deseando sentir los pasos deslizarse escaleras abajo.

—Raquel, sé que estás ahí. Haz el favor de abrir —sintió decir a la voz imperiosa que la perseguía desde la boda de su hermana.

Raquel abrió. El semblante de su cuñado era serio, como casi siempre, aunque no parecía enfadado. Traspasó el umbral sin esperar a recibir la invitación para hacerlo. Raquel se hizo a un lado.

—¿Qué quieres, Ramón? —preguntó a la defensiva.

—Hablar contigo. Solo eso.

Raquel lo condujo hasta la sala. Ramón observaba cada rincón de la casa. Los muebles eran de buena calidad, de los que solo podían comprar los ricos. Miró también con detenimiento a su cuñada. Estaba más mujer y más guapa que nunca con un vestido que él nunca le podría comprar a Marina. Raquel le indicó que se sentara. Él lo hizo en el centro del sofá y esperó a que le sirviera una copa de coñac. Lo paladeó con calma y en silencio. Nunca había probado un coñac tan delicioso. Después dejó la copa sobre la mesa de centro y miró fijamente a la hermana de su mujer.

—Bien, Ramón, ¿qué quieres? —preguntó nerviosa.

—Asegurarme de que estás bien. No lo hago por mí, puedes tenerlo claro. Es por Marina, que sufre por tu ausencia y por saber cómo te van las cosas. Aunque ya veo que vivir vives bien, eso está claro. Sin embargo, me gustaría saber cuál es tu situación. ¿Eres la novia o la puta del señorito?

—No se atreva a hablarle así a Raquel —interrumpió Bruno que acababa de llegar.

—Le hablo como me da la gana —dijo Ramón poniéndose en pie, retando al joven con la mirada—. Mire «señorito» —dijo con ironía, recalcando la palabra—, usted es un hombre y los dos sabemos cómo son estas cosas. Raquel es la hermana pequeña de mi esposa y yo soy el hombre de la familia, por lo tanto el responsable de las mujeres de mi casa. Y como tal, tengo derecho a preguntarle a ella y a preguntarle a usted cuál es la situación en la que viven. La gente habla, bien lo saben los dos. La

gente habla y el buen nombre de la familia está en juego. Como puede ver no solo los de su clase tienen que proteger su reputación, los pobres también tenemos nuestro orgullo.

—Pero usted no tiene derecho a hablarle en ese tono —dijo Bruno retador.

—¿Y cómo quiere que le hable? ¿Sabe lo que se dice de ella? ¿Lo sabe? No, seguro que no. Pues yo se lo diré. Todo el barrio dice que es la mantenida del hijo del médico. ¿Tienen razón o acaso es mentira?

—No se atreva a… —dijo Bruno levantando el puño.

—¿A qué? —preguntó Ramón, recogiendo el puño de Bruno con su mano derecha, ancha y encallecida por el trabajo. ¿Acaso me lo va a impedir usted?

—Raquel no es ninguna puta —gimió Bruno con una mueca de dolor—. Nos queremos y nos gusta estar juntos. Es mi… —dudó un momento—, es mi novia.

—Creo que empezamos a entendernos —dijo Ramón soltando la muñeca de Bruno. Y ahora, dígame, ¿va a casarse con ella?

Las miradas de Bruno y de Raquel se cruzaron. En la de ella una súplica muda. En la de él inseguridad.

—Bueno, yo, claro, sí, pero… —balbuceó Bruno.

—Ya, ya veo. Y tú deberías verlo también Raquel. Este no va a casarse contigo. Si sigues con él no serás más que su puta. Tuya es la elección.

—¡Salga de aquí inmediatamente! —vociferó Bruno ya recompuesto. Salga o…

No consiguió terminar la frase. El puño de Ramón fue directo a su mandíbula dejándolo noqueado. Raquel pegó un grito y se arrodilló junto a él, besándole la cara y gritando su nombre. Ramón apuró la copa de coñac de un trago, recogió su gorra y la colocó con calma. Ya había hecho lo que tenía que hacer.

—Me voy, Raquel. Sé que ahora mismo eres incapaz de entender que mi proceder es por tu bien. Pero quiero que tengas presente para el resto de tu vida el daño que has hecho a tu familia. Somos la comidilla del barrio, tu madre apenas se atreve a salir de casa para no ver la burla dibujada en las caras de las vecinas y tu hermana no para de llorar. Ya ves, ella se preocupa por una fulana que vive con todo tipo de lujos mientras tú no te preocupas de la familia a la que has deshonrado. Y todo por qué —dijo señalando a Bruno—, por un fantoche bien trajeado y repeinado.

—Sal de esta casa y no vuelvas nunca más. Y si soy una puta a ti eso no te importa. No le importa a nadie. ¡Son cosas mías! ¡Solo mías! —gritó alterada.

—No solo tuyas, Raquel. No solo tuyas —concluyó Ramón.

—¡Lárgate! ¡Lárgate y no vuelvas! —chilló Raquel con la voz descompuesta.

Ramón salió de aquella casa dando un portazo con la idea de no volver jamás.

Raquel, al sentir el sonido de la puerta al cerrarse, no pudo evitar estallar en lágrimas. Bruno ya estaba volviendo en sí y ella notaba cómo una rabia intensa la invadía por dentro. Rabia por la intromisión de Ramón y rabia porque Bruno la había sacado de dudas. Nunca se casarían.

Sin embargo, Raquel ya había decidido que prefería ser la querida de un hombre rico que la mujer decente de un hombre pobre. Y la visita de Ramón en el fondo había venido bien. Bruno comprendería su sacrificio y eso lo haría creer en su amor incondicional. Que su futura mujer le aguantara los malos humos y las preocupaciones. Ella se dedicaría solo a hacerle pasar buenos ratos, sin perder ante él su imagen de mujer honesta, pues le había entregado su virginidad. Y todo eso tenía un precio muy alto.

Bruno sangraba por la nariz. Raquel le puso unas compresas de agua fría. Él se sentía avergonzado por haber sucumbido al golpe de Ramón y sobre todo por no haber podido responder a la pregunta. ¿Qué pensaría Raquel? No decía nada, pero sabía que seguía esperando su respuesta.

Al día siguiente, ya relajados, tuvieron la conversación pendiente.

—No me puedo casar contigo, Raquel —dijo Bruno con cara demacrada.

—Lo sé. No te preocupes. Lo único que me importa es que me sigas queriendo.

—Ya te lo dije, siempre te querré, incluso después de muerto.

Bruno se casó con Merceditas a finales de año, por empeño de su padre en acelerar la boda, y tuvo que limitar el tiempo que pasaba con Raquel a dos tardes por semana. Tardes en las que se sentía el hombre más feliz de la tierra. Raquel era la mujer de su vida, la reina de su corazón. Merceditas ocupaba el lugar de la razón, de lo socialmente correcto, de la imposición familiar y de los hijos legítimos. Tan solo temía que Raquel se quedara embarazada. Su padre lo había aconsejado a ese respecto.

—Una esposa hará que no sabe nada de tu amante mientras no tenga niños. Pero pobre de ti si un día la ve en la calle con un hijo tuyo, porque entonces todo cambiará. Y bien sabes que hay medios para evitar ese problema, hijo. Espero que tengas cuidado.

Raquel vivía feliz su nueva vida. Era libre para hacer y deshacer a su antojo. Gozaba de una buena casa y tenía dinero. La asignación semanal, mucho más generosa de lo que nunca hubiera soñado, le permitía comprar todo tipo de caprichos y ahorrar para el futuro. Y poco a poco su joyero se iba llenando de pendientes, sortijas, pulseras, broches y collares valiosos.

Ya no era la niña pobre y mugrienta que pegaba su nariz en los escaparates de las tiendas de postín. Ni aquella otra niña que viviendo en casa de sus tías recogía las colillas por la calle para revenderlas y comprar cromos o caramelos. Ahora, era una clienta como tantas otras. Incluso mejor que muchas otras, porque dejaba buenos dineros y los dependientes le correspondían tratándola como a una auténtica señora.

Bruno la seguía queriendo y su corazón ya había dejado de suspirar por Carlos. Y en la cama lo pasaban muy bien los dos. Raquel no sabía que se pudiera sentir tanto placer con un hombre. Bruno la llenaba de besos en cuanto aparecía, ansioso por poseerla, con el deseo brotando en cada poro de su piel. Ella se dejaba amar y estaba aprendiendo a quererlo. Y su cuerpo aún más. Bruno la volvía loca. Sus besos, sus

caricias, sus manos y su boca buscaban sus lugares más recónditos hasta hacerla gemir de placer. Tan solo temía la llegada de un embarazo indeseado. No quería tener hijos. No quería complicarse la vida. Vivía bien así, sin preocupaciones, saliendo a pasear o a comprar cuando le apetecía. Además, había intimado con sus vecinos y ya mejores amigos, Tomás y Álvaro, que la custodiaban como perros guardianes, mientras la gente los creía sus pretendientes.

Raquel vivía en un edificio de tres plantas. En la principal residía don Evaristo, un indiano retornado del que nadie parecía saber nada. Había llegado a la ciudad cinco años atrás con un buen caudal de dinero que depositó en el banco donde trabajaba Bruno. Corrían rumores sobre su vida en varios países americanos haciendo dinero con negocios sucios hasta que sintiéndose acorralado por la justicia había regresado a España. También se decía que había matado a más de un hombre, entre ellos a varios policías, escapando a duras penas ocultándose en las bodegas de un barco. Incluso se le atribuían amoríos varios, siempre con mujeres casadas cuyos maridos lo habían perseguido para matarlo. Fueran ciertas o no las murmuraciones, ningún indiano retornado lo conocía ni había escuchado su nombre. Por otra parte, don Evaristo era una persona afable que mantenía una vida tranquila y discreta. Había comprado un inmueble cerca del mar, en la calle Capua. La primera planta la alquiló a Tomás y Álvaro, dos jóvenes guapos, ricos, alegres y un tanto golfos, con los que se entendía muy bien. Le agradaba su compañía, notar que por la casa circulaban la vida, las risas y las palabras. Sin embargo, en la segunda planta no vivía nadie y en ella vio Bruno el lugar idóneo para su nido de amor.

Bruno conocía a don Evaristo del banco, era uno de sus principales clientes. Desde el primer momento había surgido entre los dos hombres una corriente de simpatía que dio paso a la confianza y a una buena amistad. Y de esa amistad surgieron fructíferos negocios.

Al principio, don Evaristo vivía solo en el amplio edificio, hasta que Bruno intercedió por sus amigos como inquilinos. Bruno había conocido a Álvaro y Tomás en su época de estudiante en Madrid. Con ellos recorrió los ambientes nocturnos y los bajos fondos. Los burdeles de la capital no guardaban ningún secreto para los tres amigos. Para Bruno fue una etapa dichosa, lejos de la rigidez de la vida familiar con la mirada severa de su padre siempre pegada a la espalda. La mayor parte del dinero que le enviaban de casa lo dedicaba a disfrutar del sexo y de la diversión. Un día, sin saber cómo, se encontró besando a Álvaro en la boca. Tomás los miraba complacido. Acabaron compartiendo los tres la misma cama. Para Bruno fue una experiencia impactante. Había sentido un placer inmenso y durante varios días evitó salir debido a su desconcierto. ¿Qué había ocurrido? ¿Acaso era un bujarrón? No quería ni pensar en las consecuencias si su padre se llegase a enterar. Pero no. Le gustaban demasiado las mujeres. ¿Qué había pasado entonces? ¿Había sido cosa del alcohol?

Sus amigos disiparon sus dudas. Le gustaban las mujeres, pero también algunos hombres. No había nada raro ni anormal en ello. Supo entonces que eran pareja. Se

querían. Llevaban ya dos años juntos y se habían prometido amor eterno.

—No lo entiendo. Si os queréis, ¿por qué vais con mujeres?

—¿Nos has visto alguna vez en la cama con una mujer? —preguntó Tomás con picardía.

—No, pero cuando vamos a los burdeles elegís a una y os la lleváis a la cama, ¿no?

—No, Bruno. Tú nos ves elegir cada uno a una mujer y perdernos con ellas en el interior del antro. Pero lo que no sabes es que las despachamos enseguida para poder amarnos libremente. A ellas solo les interesa el dinero. Así que nosotros pagamos bien, más de lo debido, para que sus bocas permanezcan cerradas.

Libre ya de dudas, Bruno continuó gozando de la vida en compañía de sus amigos, guardando celosamente su secreto. Sin embargo, don Carlos acabó teniendo noticias de las correrías de su hijo, por lo que lo obligó a volver a Gijón, donde ya le había buscado un buen trabajo.

Habían pasado trece meses desde su regreso, cuando Álvaro y Tomás aparecieron de improviso en la ciudad. Huían de las represalias de unos canallas de los bajos fondos con los que habían tenido un serio incidente. Además, el padre de Tomás acababa de fallecer convirtiéndolo en un rico heredero. Era la oportunidad de vivir juntos sin necesidad de trabajar. Pero debían hacerlo lejos de la capital, donde eran muy conocidos. Decidieron instalarse en Gijón, por su amistad con Bruno y por estar lo suficientemente alejados de sus problemas.

Se inscribieron en el lujoso hotel Mallet, en habitaciones separadas y con nombres falsos, e inmediatamente se presentaron en el banco para visitar al amigo con el que mantenían una intensa correspondencia. Para celebrar el reencuentro comieron juntos, rieron y brindaron por su amistad. Álvaro y Tomás querían alquilar una casa y hacerse pasar por hermanos para que nadie desconfiara. Querían vivir juntos. Estaban hartos de hacerlo por separado.

Bruno pensó al momento en don Evaristo. El hombre al principio se resistió, aunque no tardó en cambiar de opinión al darse cuenta de la oportunidad que tenía delante. Alquilaría la primera planta a los dos jóvenes con la condición de que se hicieran pasar por sus sobrinos, hijos de su única hermana, ya difunta. Quizás así se acallarían los rumores sobre su vida.

Al día siguiente, Bruno y sus amigos acudieron a casa del indiano para hablar de las condiciones. Enseguida se pusieron de acuerdo. El trato era bueno para todos. Sin embargo, Bruno quería evitar problemas futuros. Tenía que contarle a don Evaristo que sus amigos eran pareja, tener su conformidad.

—Verá, don Evaristo, no sé cómo decirlo, pero resulta que, bueno que mis amigos son, son…

Un ademán de la mano del indiano dio por zanjado el asunto. Entendió lo que Bruno quería decir, pero a él esas cosas no le importaban en absoluto.

Desde entonces, los tres hombres vivían en perfecta armonía, cada uno en su casa, aunque gustaban de reunirse a menudo. Don Evaristo disfrutaba con la conversación de esos dos chicos tan cultos que habían viajado por media Europa. A ellos les encantaba la serenidad que desprendía ese hombre maduro que les había hecho el favor de acogerlos, sin preguntas, ayudándolos a vivir juntos sin despertar sospechas. Y no les había costado nada acostumbrarse a llamarlo tío. Don Evaristo, por su parte, cuando acudía por la tarde al café, no olvidaba hablar de sus sobrinos.

Raquel llegó a sus vidas para darles un vuelco. El indiano quedó fascinado por esos ojos verdes que le recordaron otros ojos de una vida anterior, ya demasiado lejana. Álvaro y Tomás la recibieron con agrado. Raquel, al principio, se mostró recatada, un tanto avergonzada ante aquellos hombres que sabían de su condición de amante o querida o mantenida, como quiera que la llamasen. A ella le hubiera gustado más un lugar en el que pudiera pasar desapercibida, pero Bruno le había dicho que allí estaría bien, rodeada de amigos, alejada de porteras chismosas. También la puso al tanto de la condición sexual de sus amigos. En cuanto a don Evaristo, a Raquel le pareció desde el primer momento un hombre de rostro bondadoso del que no sabía ni necesitaba saber nada de su pasado.

11

Raquel fue cambiando la decoración de su casa siguiendo los consejos de Álvaro y Tomás. Con ellos recorrió mueblerías, comercios y bazares buscando muebles, telas y objetos de adorno. Cuando había visto el piso por primera vez le había parecido precioso, como si acabara de entrar en un palacio. En ningún momento había pensado en deshacerse de nada; le gustaba todo. Pero Bruno había insistido en renovarlo por completo.

La primera compra fue el dormitorio. Sus amigos la llevaron a Casa Fuente, en la calle Jovellanos, donde los atendieron con amabilidad exquisita en cuanto traspasaron la puerta. Raquel, abrumada ante tanto mueble lujoso, eligió uno al azar. Una cama, dos mesitas de noche, un tocador y un amplio armario de tres cuerpos con una luna en el del medio, todo ello de formas redondeadas. El mismo modelo que lucía en algunas habitaciones del hotel más caro de la ciudad. No tenía ni idea de cuánto podía costar, pero sus amigos ya le habían advertido que no se preocupara por el precio y que no preguntara.

Durante varios meses, Raquel peregrinó de tienda en tienda. Entró en Almacenes La Sirena, donde unos serviciales dependientes le ofrecieron una silla para que pudiera elegir con comodidad entre las numerosas y preciosas telas que le ofrecían, en su mayoría importadas de Francia e Inglaterra. En Casa Balcazar compró gran parte de la ropa blanca. En El Bazar Munuza pasó las horas muertas admirada ante tantas cosas bonitas, tardando en decidirse. Compró sofás a la última moda, lámparas, sillones, cortinajes, alfombras, jarrones, vestidos, zapatos, sombreros… Y sintió una profunda satisfacción el día que entró en un establecimiento de la calle Corrida para encargar media docena de botellas de agua de Fuen Palacios, la misma que su madre la obligaba a ir a buscar al manantial de La Milagrosa.

Poco a poco, la casa se fue convirtiendo en un hogar en el que solo faltaba el hombre del que Raquel ya se había enamorado. Bruno le había solucionado la vida y puesto en su camino a tres personas maravillosas. Don Evaristo la trataba como el padre del que apenas guardaba recuerdo. Álvaro y Tomás se habían convertido en sus compañeros de ocio y diversión. Con ellos daba largos paseos; iba a ver películas al Dindurra, al Teatro Jovellanos o al Robledo; recorría los salones de baile; disfrutaba de las romerías en Somió-Park, después de pasar por su afamado restaurante; asistía a corridas en la Plaza de Toros, aunque ese espectáculo no era de su agrado, pero sí el ambiente. Nunca hubiera imaginado que se pudiera vivir de esa manera.

Además, Raquel disfrutaba comprando ropa, productos de belleza e incluso comida. Le gustaba salir sola a mirar escaparates y perderse en el interior de las tiendas. Estaba atenta también a las novedades, como la exposición de moda celebrada en el hotel Mallet donde dejó quinientas cincuenta pesetas en la compra de dos vestidos y un sombrero. Para el cutis usaba Creme Cálbert y Jugo de Loto Intea, cuyo precio de ocho pesetas y cincuenta céntimos escandalizaría a las mujeres de su barrio. Se lavaba con jabón La Toja para mantener la piel suave y fina y protegía sus labios con Mentholatum.

En cuanto a la comida, uno de sus establecimientos preferidos era Casa Rato, siempre con productos originales, donde se dejaba llevar por la vista y por los nombres llamativos: *brioches, croissants*, crema de *gruyere*, pastel de conejo, pastel trufado de lomo, the Mazawatee, según Tomás el mejor aunque a ella no le gustaba. De vuelta a casa, a menudo encargaba helado en el Café Dindurra para que se lo sirvieran a domicilio. Eso era algo que le entusiasmaba: comprar cuanto le apetecía y que se lo llevaran a casa. Se sentía importante cuando abría la puerta para recibir el pedido y le encantaba ver la amplia sonrisa dibujada en las caras de los chicos cuando ponía en sus manos una buen propina.

Álvaro y Tomás estaban encantados con Raquel. Era como una hermana pequeña, como un juguete al que debían refinar. Hermosa, pero sin clase. Sus vestidos caros no lograban ocultar su manera tosca de moverse, su forma de hablar, su falta de conocimientos. Decidieron comenzar a darle lecciones de comportamiento social.

Raquel se desesperaba cuando le explicaban cómo sentarse, cómo utilizar los cubiertos, cómo coger una copa o dónde colocar la servilleta. Le parecían ceremonias demasiado complicadas, aunque su tía la había obligado a aprender ciertas cosas, como utilizar el cuchillo y el tenedor, aunque sin demasiado éxito.

Tomás ensayaba con ella una y otra vez, corrigiéndola con cariño cuando hacía algo mal. El día que atravesaron la puerta de un afamado restaurante, a Raquel más que comer le apetecía salir corriendo. No podía creer que estuviera allí, como una más de las personas que ocupaban las mesas. El resto de los comensales volvieron la cabeza a su paso, en especial los hombres, y eso acrecentó su nerviosismo. Tomás le ofreció la silla. Raquel se sentó con la espalda tan recta como una tabla. Él, en susurros, le dijo que no era necesario mantenerse tan tiesa. Raquel miró a las demás mujeres y las envidió. Actuaban con naturalidad, se veía que estaban acostumbradas a comer en publico. Cogió la servilleta y la colocó tal como le habían enseñado. Álvaro pidió la comida. Cosas fáciles que no necesitaban un excesivo uso de cubiertos. Raquel, poco a poco se fue relajando. Comió la sopa sin sorber, aunque seguía pensando que estaba más rica sorbiéndola, así sería muy educado pero no sabía a nada. Al comer la carne no pudo evitar que un trozo se le escapara del plato yendo a parar a la falda. Avergonzada, bajó la mirada sin saber qué hacer. Miró a su alrededor. Nadie se había dado cuenta. No sabía si coger el trozo y devolverlo al plato o dejarlo deslizarse hasta el suelo. Tomás se dio cuenta. Sonrió. Alzó la copa de vino y propuso

un brindis. Después, con un movimiento rápido, rescató el trozo de carne y lo depositó en el plato. Raquel miró su falda con disimulo. Por suerte no se había manchado. El postre de chocolate le devolvió la sonrisa y le calmó los nervios. Había pasado la primera prueba. Desde entonces puso todo su empeño en mejorar sus modales en la mesa y en utilizar con destreza los cubiertos, algo que consiguió a base de esfuerzo y de frecuentar restaurantes.

Las revistas fueron también sus maestras. Había varias dedicadas a la mujer en las que, además de hablar de moda, explicaban cómo comportarse en sociedad. Su preferida era la revista *Mujer*. Tenía artículos de todo tipo, en especial un espacio de opinión sobre las prácticas amorosas, algo que la sorprendió. La revista hablaba de un tipo de amor desconocido para ella, aunque reconoció que quizás lo estuviera viviendo sin darse cuenta. Se trataba del amor-amistad, donde predominaba la ternura y el compañerismo. Pensó que las costumbres estaban cambiando muy deprisa, como estaba cambiando ella. Ensayaba en casa movimientos y modales, caminando con un libro sobre la cabeza o sentándose erguida en una silla. No era nada fácil y se daba cuenta de sus carencias y de las diferencias de clase. En su casa nunca se había dado importancia a esas cosas. Al fin y al cabo, lo fundamental era tener comida en la mesa, no cómo se comía.

Sus amigos le hablaron también de estudiar distintas materias para poder mantener una conversación. Al principio, Raquel se resistió, acordándose del empeño de su cuñado de hacerla estudiar en el Ateneo Obrero de El Llano. Odiaba los libros. Nunca le había gustado la escuela. Y, ahora, a sus años, ponerse a estudiar ¡Ni hablar! Sin embargo, Álvaro y Tomás, sin forzar su ánimo, lograron interesarla con sus charlas sobre costumbres ajenas y países lejanos donde se hablaban otras lenguas. La conversación de los dos hombres era tan animada que Raquel acabó sintiendo la necesidad de saber más, de leer revistas y libros donde aprender algo que ellos no supieran para poder contárselo. Y, de esa manera, fue adquiriendo modales y cultura, sin por ello dejar de ser como era: una mujer de carácter, con un punto salvaje en su mirada, dispuesta a defender su libertad y bienestar por encima de todo.

Gijón, durante los felices años veinte, se había convertido en una ciudad cosmopolita, turística, con una importante cultura del ocio, especialmente en verano.

Eran frecuentes las sesiones musicales en gran número de establecimientos como el Gran Café Colón o el Café San Miguel, destacando las noches del Gran Cabaret la Gloria, donde se podía cenar y admirar a sus bailarinas.

La noche gijonesa vibraba, aunque no todos los espectáculos ni todos los locales permitían el acceso a las mujeres.

El baile era una de las mayores aficiones de una ciudad ávida de diversión. También era la afición preferida de Raquel. Sus amigos tenían un gramófono, además de numerosos discos que hacían llegar del extranjero. Con ellos pasó tardes enteras aprendiendo nuevos bailes que ponían en práctica en el Teatro Jovellanos, en el Teatro Dindurra, en Los Campos Elíseos o en la calle Garcilaso de la Vega, zona

donde se vivía la fiesta con intensidad con sus numerosos locales de ocio, como la sala de fiestas La Parisiana o El Maipu. Allí bailaban el tango, el *fox trot*, el charlestón y cualquier otro baile que tocaran orquestas como Rossi, que revolucionaba los pies de los danzantes desde las primeras notas.

Cuando se paraba a pensarlo a Raquel le parecía mentira que hubiera conseguido tantas cosas como por arte de magia, como si un hada la hubiera tocado con su varita mágica para concederle todos sus deseos.

La vida no podía ser mejor. La estaba comiendo a mordiscos, resarciéndose del tiempo pasado. Pero añoraba a su familia, sobre todo a su hermana, su eterna protectora. La veía los viernes, cuando Marina bajaba al centro para entregar el trabajo de la semana anterior y recoger la tarea para la siguiente. Muchas camas gijonesas lucían sábanas con las perfectas vainicas y los primorosos bordados que salían de sus manos. Unas manos que lucían un dedo índice totalmente acribillado por las agujas. Eran encuentros fugaces; Marina temía que las vieran juntas. Le contaba anécdotas de los niños, lo guapos que estaban, lo que decían o hacían. Raquel intentaba darle algo de dinero, pero su hermana no lo cogía. No podía. Sabía de dónde salía y no le parecía bien, le quemaría las manos. Lo que sí aceptaba eran pequeños detalles para no disgustar a Raquel: unos metros de tela o unas tabletas de chocolate para los niños. En casa decía que se lo habían regalado al entregar las sábanas y nadie lo ponía en duda.

Raquel le hablaba de las salas de baile. Habían bailado mucho las dos juntas. Cuando su madre no estaba se plantaban en el patio y comenzaban a cantar y a bailar las canciones de moda. Las dos tenían buena voz y piernas felices, según decía Ramón cuando las veía.

Raquel le preguntaba siempre a su hermana si su madre, al fin, la había perdonado, si podía ir un día a visitarlos. Marina respondía invariablemente con un «no» que no dejaba lugar a dudas. Después la besaba para alejarle la pena. Ese era el único problema que tenía, unido a los rumores y habladurías que circulaban sobre esa joven desconocida de la que muchos aseguraban había sido criada y otros opinaban que había sido puesta sobre la tierra por el mismo Dios. Los hombres la deseaban y las mujeres la detestaban. Pero a pesar de todo no se arrepentía de nada. Nunca había sido tan dichosa ni se había divertido tanto.

Tesa quedó sorprendida cuando entró el primer día en casa de Raquel. No podía creer que solo por ser la querida de un hombre rico se pudiera vivir de esa manera. A la casa no le faltaba ni el más mínimo detalle y Raquel tenía un armario repleto de vestidos, sombreros, bolsos y zapatos, además de combinaciones de encaje y ropa interior que nunca hubiera sospechado que existiera. Por la mañana, cuando llegaba para limpiar y cocinar solo estaba Raquel en la cama, aunque muchos días había rastros de cigarrillos, copas y sábanas revueltas. No la quiso juzgar, pensó que cada cual debía decidir su vida. Pero le daba pena Marina e incluso Luisa. Las habladurías

con el tiempo habían disminuido pero de vez en cuando alguien se acordaba de Raquel, a la que todo el mundo llamaba *la Perdida*.

Pero Tesa veía que la Perdida vivía con lujos y sin obligaciones. Paseaba por la playa, iba al balneario, a restaurantes, al cine, al teatro, a la zarzuela o a los toros, compraba en los mejores comercios e incluso fumaba. Sin embargo, qué pasaría el día de mañana cuando el hombre que la mantenía se cansara de ella, se preguntaba. Bueno, tampoco era cosa suya. A ella con que le pagara bien, y lo hacía, le bastaba.

Raquel también pensaba en la vida de Tesa. La veía fregar los suelos arrodillada, limpiar su ropa, destrozar las manos con la lejía, recoger la suciedad que ella y sus amigos dejaban a su paso. Así vivían las mujeres de su barrio, de su clase por nacimiento. ¿Era esa vida mejor que la suya? ¿El hecho de estar casadas, de ser consideradas honradas, las hacía más felices? No creía. Sospechaba que más de una aceptaría gustosa su puesto. Al fin y al cabo, no había ninguna diferencia entre acostarse con un hombre siendo su esposa o acostarse con el mismo hombre sin estar casada. ¿No hacían acaso las mismas cosas en la cama? Es lo mismo, pensaba Raquel, todas estamos supeditadas a ellos de una u otra manera. Todos nos quieren para calmar los ardores de su entrepierna.

Tesa había comenzado a trabajar en casa de Raquel por recomendación de Marina. Al principio había dudado. Si se enteraban su padre o Julián tendría problemas, pero le venía muy bien el dinero. Llevaba sirviendo toda su vida, desde los diez años, cuando entró en una casa adinerada para cuidar a un niño. Su cometido era jugar con él, cuidarlo, asearlo y darle de comer. Recordaba, un tanto avergonzada, cómo, si no la veían, una cucharada de comida iba a la boca del niño y otra a la suya. Luego, cuando pedía más a la cocinera que la mataba de hambre, la mujer preparaba de inmediato una ración extra, atribuyéndose el mérito del buen apetito del niño. Después, cuando el niño creció, Tesa pasó a ser una sirvienta más dedicada a la limpieza de la casa que siguió a la familia cuando se desplazó a la ciudad de Alicante. Aguantó allí poco más de un año, añorando constantemente a su familia y a su tierra, hasta que decidió volver. Y a su regreso encontró a Julián.

Para Raquel, Tesa era mucho más que una criada. Iba a ser la cuñada de su hermana y la tía de sus sobrinos. No podía ni quería tratarla como a una simple sirvienta. Llevaba tiempo suspirando por una amiga con la que poder compartir sus cosas y en quien poder confiar. Por suerte, enseguida surgió entre ellas una corriente de simpatía, que pronto se convirtió en amistad.

Tesa a veces se escandalizaba con las cosas que le contaba Raquel, con la promesa de que no se las chivara a Marina, pero le divertía escucharla y le tiraba de la lengua para saber cómo era la vida nocturna y qué se sentía al beber y al fumar, en los toros o en el balneario. A Raquel le divertía la inocencia de Tesa, en la que pronto descubrió una gran trabajadora y un alma noble en quien podía depositar su confianza.

Mientras que Raquel gozaba de la vida, la mujer de Bruno daba a luz a su primer hijo. Raquel no pudo evitar sentir celos. Solo hacía diez meses que se habían casado. Imaginó a Bruno con su mujer en la cama y una especie de latigazo en el corazón le confirmó sus sospechas; se había acabado enamorando como una loca. Sabía que Bruno era un hombre joven y vigoroso, siempre con ganas, aunque creía que con ella tendría suficiente. Qué ilusa, pensó. Seguro que está encantado con su hijo legítimo. Todos los hombres quieren hijos que confirmen su virilidad. Él no iba a ser diferente.

Tras los celos empezaron a atacarla las dudas. ¿Por qué no se quedaba embarazada? Tenían cuidado y procuraban que Bruno se retirara cuando presentía la explosión final, pero algunos días eso no había ocurrido y más de un mes estuvo angustiada por el retraso de la regla. No quería tener hijos, eso lo tenía claro. Pero podía ser que su situación cambiara y en un futuro deseara tenerlos. Sin embargo, lo que más la preocupaba era que a Bruno se le apagara el deseo. Quizás con un hijo prestara más atención a su esposa que a ella.

Raquel vivió dos días sumida en una desazón que no la dejaba dormir. Al tercer día llegó Bruno. Estaba exultante. Le habló del niño, de lo mucho que se parecía a él, de lo feliz que se sentía. Raquel lo escuchaba sin poder participar de su alegría. Bruno se dio cuenta.

—¿Y esa cara tan larga? ¿A qué viene? —preguntó acariciándole el rostro.

Raquel no contestó, se limitó a hacer un movimiento de hombros y un gesto triste con la cara.

Bruno la cogió en brazos, la llevó hasta la cama, la depositó sobre ella y se colocó encima.

—¿Está celosa mi niña de los ojos verdes? Es eso, ¿verdad?

Raquel quiso protestar, decir que no, pero de su boca no salió ni una palabra.

Bruno la besó con pasión y después la miró fijamente a los ojos.

—Raquel —dijo en tono de reprimenda—, el nacimiento de mi hijo no cambia nada entre nosotros. Tú, y solo tú, eres la reina de mi corazón, no lo olvides nunca. Ya sabes que…

—Siempre te querré, incluso después de muerto —dijeron los dos al unísono.

Raquel se abrazó a él emocionada y lloró quedamente. Esa tarde hicieron el amor como si no fuera a haber un mañana, como si el mundo se fuera a acabar de un momento a otro.

12

Jesús acababa de cumplir nueve años y se miraba complacido al espejo. Estaba muy guapo con su traje de los domingos, la camisa blanca y la corbata, a pesar de las rodillas descalabradas que asomaban bajo sus pantalones cortos. Era más alto de lo normal para su edad, de rostro agraciado y simpático. Su hermana Lena se pegaba con él para que le dejara un hueco. Le llegaba a los hombros y ese día estrenaba un precioso vestido blanco confeccionado por su madre. Los dos hermanos forcejeaban risueños hasta que un manotazo de su abuela los obligó a quedar quietos y dejarse peinar. Lena tuvo que soportar que le colocara en la cabeza el enorme lazo blanco que tanto odiaba. A las doce del mediodía se casaba el tío Julián con Tesa, una chica a la que ya habían aprendido a querer.

La novia iba vestida con un traje de chaqueta negro y lucía en la cabeza una especie de casquete con un velo que le cubría la parte superior de la cara. A Jesús y a Lena la ceremonia se les hizo algo pesada, pero lo compensaba el hecho de que después se iba a reunir toda la familia para comer pollos como en Nochebuena y también pichones. Santiago, el padre de Tesa, un señor muy mayor, pero también muy bromista, tenía en el patio trasero de su casa un gallinero y un palomar, y un poco más allá, a la derecha de la Carretera del Obispo, según se subía hacia la ermita de Contrueces, cultivaba una huerta para el consumo familiar y criaba un cerdo.

Acabada la ceremonia, la comitiva salió de la iglesia de San Lorenzo y se encaminó al tranvía para ir hasta la casa de la novia. En el patio, a la sombra de una hermosa y espléndida higuera, habían dispuesto unos tableros como mesa. Ramón y su familia pasaron por su casa a buscar sillas y banquetas. Cuando ya estaban todos reunidos, Pilar, la mujer de Santiago, ayudada por otras mujeres de la familia, fue sacando fuentes con ensaladas de lechuga, cebolla y tomate, patatas asadas al horno y los ansiados pollos y pichones. El olor del asado hizo salivar a Jesús y a Lena que se miraron con complicidad. Parecía que su tío Julián había hecho una buena boda, aunque habían oído decir que esa familia era tan pobre como la suya con la única diferencia de poseer una huerta y unos animales. Para ellos esa diferencia era mucha y pensaban que quizás Tesa les regalara un pollo, o al menos un pichón, de vez en cuando.

Isabel, la vecina de la puerta de al lado, al ser como de la familia se unió a la fiesta, llevando con ella sus banquetas, sus cinco hijos y un par de bizcochos recubiertos de chocolate y merengue que hicieron las delicias de grandes y pequeños.

Julián, con su gracia habitual, era el alma de la fiesta, aunque a Ramón no le pasaba desapercibido cómo lo miraba Santiago, buen conocedor de la fama de juerguista y mujeriego de su nuevo yerno. Esperaba que Tesa supiera meterlo en cintura y que él se comportara como debía hacerlo un hombre con obligaciones familiares. Por fin, su hermano se había casado, quitándole a él, como hermano mayor, muchas preocupaciones y el peso de la promesa que había hecho a su padre antes de morir de vigilarlo estrechamente.

Tesa, enamorada de Julián, no hacía caso a las habladurías. Mujeriego, borracho y manirroto, le había dicho su padre cuando le pidió permiso para salir con él. No le negó su consentimiento, aunque le pidió que lo pensara bien y que no tuviera prisa en casarse y, sobre todo, que tuviera mucho cuidado en no dejarse engañar. Tesa, roja de vergüenza, entendió al momento la advertencia de su padre, pero no había problemas en ese sentido. Julián se portaba bien con ella, era cariñoso y amable y nunca había intentado propasarse, algo que quizás le hubiera permitido.

Su hermana Remedios, en cambio, llegaba todos los días a casa con chismorreos sobre su futuro cuñado. «Que si he oído esto o aquello, que si lo han visto con otra, que si tiene un hijo al que no le dio nombre». Tesa sufría escuchando a su hermana, sabiendo que la envidia y el dolor la reconcomían por dentro, tras haber sido abandonada por su novio a las puertas del altar. Desde entonces no soportaba ver felices a los demás y que su hermana hablara de boda le hacía sacar las garras. Un domingo, sentada la familia a la mesa, Remedios empezó con su perorata habitual. Santiago se levantó airado y pegó un puñetazo en la mesa.

—No quiero volver a oír una mala palabra sobre el novio de tu hermana —dijo mirándola con fijeza.

—Pero, padre… —se atrevió a balbucir.

—Ya me has oído. Que sea la última vez que lo critiques delante de mí. Y que no me entere que lo haces fuera de casa. Y ahora, seguid comiendo —dijo volviendo a sentarse.

En la cocina se hizo un silencio incómodo, roto solo por el sonido de las cucharas contra los platos y de las bocas masticando los alimentos. Remedios, cabizbaja, aguantaba las lágrimas. Se sentía humillada. Cuando terminó de comer, tras ayudar a recoger los platos, salió de casa y descargó su rabia dando una fuerte patada al primer perro que se cruzó en su camino.

Finalizada la boda, Tesa comenzó con su nueva vida de casada. Habían alquilado la buhardilla situada sobre la casa de Santiago y Pilar. Según se entraba en el portal, a la derecha, se abrían unas escaleras que llevaban a su primer hogar como adulta. El habitáculo era pequeño, oscuro y frío; un único espacio haciendo de dormitorio y cocina. Pero para Tesa era un palacio. Un espacio propio, independiente del resto de la familia, le parecía un lujo.

Había dejado de trabajar para Raquel el día anterior a la boda. A ella le hubiera gustado seguir, el dinero no les sobraba, pero quien decidía era su marido y lo

entendía. A ningún hombre le gustaba que los vecinos creyeran que no podía mantener a su propia familia.

Tesa se levantaba temprano para preparar el desayuno a Julián. Después, adecentaba la buhardilla, algo que le llevaba poco tiempo, y bajaba a ayudar a Pilar en sus abundantes quehaceres diarios.

Tesa adoraba a Pilar, la segunda esposa de su padre. No recordaba a su madre, fallecida cuando ella tenía cinco años. Su padre, viudo y con cuatro hijos pequeños, con edades comprendidas entre tres y diez años, alejado de la familia, no tuvo más remedio que contratar a una mujer para que los cuidara. La mujer se quejaba continuamente del hijo mayor. Decía que era malo, desobediente, respondón y que solía escapar de casa cuando lo amenazaba con el palo de la escoba.

Tino llevó varias palizas por las quejas de su cuidadora, hasta que un día, al regresar del trabajo, con los niños dormidos en sus camas, Santiago quiso comprobar dónde estaba el dinero que le había entregado a la mujer para comprarles mudas. Levantó las sábanas y vio que estaban desnudos. Miró en los cajones y en la ropa sucia y no encontró ni rastro de la ropa interior. Despertó a su hijo mayor que, asustado, creyó que había hecho algo malo. Pero esta vez su padre solo quería hablar con él. Santiago supo entonces que la mujer a la que pagaba maltrataba a sus hijos además de matarlos de hambre. Su hijo lo único que hacía era defender a sus tres hermanas y cuando se veía incapaz echaba a correr lo más lejos posible.

Despedida la mujer, Santiago fue sacando adelante a sus hijos con ayuda de varias vecinas de su confianza. Al año de enviudar conoció a Pilar, soltera, fea de cara, piernas fuertes y un gran corazón. Se enamoraron. Santiago le pidió matrimonio. Pilar dudó durante varios meses. Quería a Santiago, pero tenía cuatro hijos. Era demasiada carga para empezar una vida en común. En su casa tampoco la ayudaban mucho a tomar una decisión.

—No seas tonta, Pilar. Ese hombre quiere casarse contigo porque te necesita para sus hijos. No busca una mujer, busca una criada —le decía su hermana.

—Pero es un buen hombre, como pocos que yo conozco. No gasta ni una perra chica en el bar y se preocupa por sus hijos. Su sueldo como conductor de tranvía no es gran cosa, pero si sumamos a eso los animales que cría y la huerta… —decía su padre, deseoso de casar al menos a una de sus cinco hijas.

—Es que esos niños me dan mucha pena. Tan pequeños y ya sin madre —decía Pilar para autoconvencerse.

—Pues cuentan que el mayor es más malo que el diablo —decía su madre temerosa de que su hija se decidiera a casarse con el viudo.

—Tiene razón, madre. No me caso.

Tras muchas dudas, Pilar acabó anteponiendo el corazón a la razón. Se casó con Santiago y con sus hijos un frío día de diciembre.

—Esta es vuestra madre a partir de hoy —dijo el padre a unos niños silenciosos y asustados. La llamaréis madre, ¿entendido?

—No. No quiero que me llamen madre. Madre solo hay una y la de tus hijos está en el cielo. Me llamaréis tía —dijo mirando a los niños con dulzura—, aunque para vosotros seré como una verdadera madre.

Los niños crecieron felices a partir de ese momento con una mujer que no los hubiera tratado mejor de haberlos concebido en su propio vientre. Aunque tardaron en llegar, la familia se vio incrementada con tres nuevos miembros, haciendo a Santiago padre de siete hijos. Tino, el mayor, del que todos decían que era más malo que el diablo, se comportó desde la llegada de Pilar como un niño obediente que nunca dio un problema. Cuando cumplió diecisiete años solicitó a su padre permiso para emigrar a Cuba, donde se asentó y formó una familia.

Cuando se casó Tesa aún quedaban en casa Remedios y sus tres hermanos pequeños. También estaba su hermana Eloísa, aquejada de una enfermedad incurable, acompañada por su marido y sus dos hijos.

Tesa ayudaba a Pilar a cuidar a su hermana y a los niños, a preparar la comida, a limpiar y a lavar la ropa. Dos días a la semana iba al lavadero cargada con un balde enorme. En el buen tiempo, por la tarde, después de lavar, cogía a los niños y se dirigía a El Recreo, donde echaba la ropa al verde. Allí pasaba las horas hablando con otras mujeres, cosiendo, tejiendo o repasando, sin dejar de vigilar a los chicos para que no pisaran la ropa. Al caer la tarde regresaban a casa. Era la hora de hacer la cena. El resto de las tardes las pasaba con Marina, cosiendo la ropa de su numerosa familia o ayudando a su cuñada con las vainicas.

Los domingos eran la recompensa tras una semana de trabajo duro. Aquel verano de 1929, Gijón bullía en fiestas y ellos eran jóvenes y con ganas de diversión. El programa de actividades se extendía desde el trece de julio hasta el quince de septiembre. En la segunda quincena de julio se celebraron carreras pedestres, carreras ciclistas, veladas de boxeo, romerías y verbenas. En agosto, la Feria de Muestras, coincidiendo con la Semana Grande, fue un foco de atracción para numerosos turistas, que llenaron pensiones, hostales y hoteles de todo precio y categoría. Ese año habían montado un acuario lleno de gran variedad de peces. Los niños estaban locos por verlos.

—¡Mira! ¡Mira, madre! —gritaba Lena yendo de un lado a otro del acuario sin saber a qué pez mirar. Qué bonitos son.

—Y aquí dice que muchos son asturianos —apostilló Jesús.

—Sí, sí, asturianos —rieron los adultos.

—Que sí, que sí, que lo dice aquí —insistió Jesús molesto.

En efecto, dentro del acuario había una muestra de los principales peces cuyo hábitat correspondía al mar o a los ríos de la provincia.

Pasaron allí un buen rato, pues Lena estaba ensimismada con la contemplación de tantos peces y no quería marchar. Continuaron su ruta, asombrándose de la diversidad de productos que se obtenían en Asturias, algunos desconocidos para ellos. Pero lo

que más impresionó a los pequeños fue la reproducción de una mina con sus galerías, pozos y entibaciones.

—Mira, padre —dijo Jesús cogiéndolo de la mano y arrastrándolo hacia una exhibición de extracción de carbón.

La pequeña Lena fue tras ellos, observándolo todo con la boca abierta. A Marina, en cambio, se le puso un nudo en la boca del estómago y tuvo que apartarse del grupo. Nunca había entrado en una mina, pero su padre y su hermano habían perdido la vida en el interior de una de ellas.

Jesús salió corriendo en busca de su madre seguido de Lena.

—¿A que el abuelo y el tío fueron mineros? —preguntó Jesús a su madre.

—Sí —fue la respuesta escueta de Marina.

—¿Lo ves, tonta? —dijo Jesús dirigiéndose a su hermana, que por toda respuesta le sacó la lengua.

—Pues yo de mayor voy a ser minero —dijo resuelto.

Un gesto de su padre lo hizo callar. No entendía por qué. Si su familia había sido minera por qué no lo podía ser él. Bueno, cuando fuera mayor haría lo que le diera la gana, pensó mientras echaba a correr a ver algo nuevo que había llamado su atención.

El resto de los domingos de verano, después de comer, Tesa, Julián, Ramón, Marina y los niños se desplazaban al centro para disfrutar del ambiente festivo y de las numerosas actividades gratuitas. Ramón había insistido en ver la exposición del pintor Evaristo Valle patrocinada por el Ateneo Obrero de Gijón, pero de todos sus acompañantes tan solo le interesó a Lena. La niña, de la mano de su padre, miraba atenta los cuadros, señalando, preguntando y escuchando. El resto del grupo echó una mirada rápida y puso gesto aburrido. Les gustó mucho más escuchar la música de los distintos orfeones, ver los concursos de belleza o asistir a las verbenas, algo que solían hacer algún sábado por la noche. Como colofón a las fiestas de la Semana Grande, contemplaron unos preciosos fuegos acuáticos en El Muelle. Y ya en septiembre, para poner punto y final al verano, Ramón y Julián participaron en la travesía a nado desde El Musel a Gijón, quedando clasificados.

Al caer la noche, cansados y satisfechos, tras caminar por calles abarrotadas de gente o por la playa, disfrutar de algún espectáculo o baile y beber unas botellas de sidra, regresaban a casa para emprender una nueva semana de trabajo.

13

Raquel salió hacia el balneario rememorando la noche anterior. Bruno había aparecido de improviso justo cuando ella llegaba al portal tras asistir a una corrida de toros con sus amigos. Su cara era de preocupación. Subieron las escaleras en silencio, se despidieron de Álvaro y Tomás y entraron en casa. Bruno se dirigió a la sala.

—Siéntate, Raquel, tenemos que hablar —dijo con sequedad y rostro sombrío.

Raquel sintió un estremecimiento. Temió las palabras que no quería oír. Si Bruno estaba allí un día de los no convenidos y a esa hora tan inusual no podía ser para nada bueno. Seguro que quería dejarla. Pero no. No podía hacerlo. No podía dejarla porque lo quería. Con toda su alma. Había tardado en enamorarse, pero lo quería con locura y no estaba dispuesta a perderlo. Haría lo que fuera para retenerlo a su lado.

—Tengo problemas con mi mujer —dijo Bruno muy serio.

—¿Qué quieres decir?

—Que sabe lo nuestro desde hace tiempo, Raquel, creo que desde antes de casarnos, pero, ahora, desde que ha tenido a los niños está insoportable y no parece estar dispuesta a tolerar que le ponga los cuernos.

—No acabo de entender —dijo Raquel.

—Pues que sales mucho, Raquel, y todo el mundo te conoce. No te pierdes una fiesta y corren las habladurías. Al parecer no solo es cornuda mi mujer.

—Pero ¿qué dices? ¿Estás loco o qué? ¡No se te ocurra faltarme al respeto de esa manera! —gritó irritada, levantándose echa una furia.

—Perdona, no quería decir eso.

—Pero lo has dicho.

—Es que estoy muy nervioso. Anda, siéntate. Siéntate y escúchame, por favor.

Bruno le pidió que abandonara el mundo de la noche y sus juergas con Álvaro y Tomás, que lo hiciera por él, por su buen nombre, por su familia. Raquel no entendía nada. Si todo Gijón sabía que era su amante qué importancia tenía que saliera de noche o no. En cuanto a su mujer, el problema estaba en que había parido gemelos, siendo madre ya de tres niños y se había puesto gorda y fea. ¿Qué culpa tenía ella? Bruno insistía, tenía que entenderlo, llevar una vida más discreta, estar más en casa, hacerse menos visible.

Raquel, al fin, comprendió. Lo consumían los celos, pese a saber que sus amigos no representaban ningún problema. Temía lo que pudiera pasar esas noches, que se

acostara con otros hombres. Era eso.

—Lo que pasa es que estás celoso —dijo poniéndose en pie frente a él, mirándolo a los ojos.

—No entiendes nada, niña tonta —dijo Bruno levantándose también—. No entiendes nada.

Raquel, en un arranque instintivo, lo abofeteó. Bruno le cogió las dos manos con fuerza, conteniendo la rabia. Raquel consiguió liberarse y lo besó con brusquedad.

—¿Qué será de ti si a mí me ocurre algo, Raquel? ¿Qué será de ti?

—¿Qué pasa, Bruno? —preguntó sobresaltada—. ¿Te pasa algo? ¿Estás enfermo? ¿A qué viene todo esto?

—A que te quiero demasiado y temo por ti y por tu futuro.

Raquel volvió a besarlo. La había asustado temiendo que quisiera dejarla. Y lo único que pasaba era que lo consumían los celos por sus salidas nocturnas. También a ella le gustaría pasear por la calle cogida de su brazo, con la cabeza bien alta. Pero no podía ser y debían aceptarlo los dos. Nunca tendrían una vida normal, pero mientras se siguieran queriendo todo iría bien. Lo empezó a desnudar mientras lo cubría de besos. Bruno correspondió quitándole la ropa con una prisa angustiosa. Sus cuerpos desnudos cayeron sobre la cama siendo uno solo. Se amaron con pasión, con rabia, como dos animales salvajes y acorralados.

Raquel entró en el balneario con la seguridad de un cliente asiduo. Necesitaba darse un buen baño para relajar los nervios de la noche anterior. Le gustaba ir al balneario de Las Carolinas, situado en una parte abrigada de los vientos. La entrada principal se habría a una sala de espera y a un salón con piano. Más de una vez había pensado en aprender a tocarlo, pero cuando Tomás le dijo que requería un gran esfuerzo, además de muchos años para tocar medianamente bien, desechó la idea. Ese día le apetecía darse un baño en el mar, sentir las olas chocar contra su cuerpo, aunque no acababa de quitar el miedo. Otra cosa que le gustaría: aprender a nadar. Pero tenía demasiado miedo al agua. Se contentaba con entrar en el mar, cogida a la maroma con fuerza y esperar por las olas. Un día había visto a una mujer, ya entrada en años, que por poco se ahoga. Menos mal que había cerca una lancha de rescate, que si no no lo contaba.

Tras cambiarse, Raquel se desplazó hacia la amplia galería que daba acceso a la playa. Bajó por las escaleras y una vez en la arena fue entrando en el agua con lentitud, cogiéndose con fuerza a la soga. Uno de los chicos encargados de vigilar a los bañistas le sonrió con complicidad. Se gustaban. En ese momento entendió los celos de Bruno. Pero no podía evitar coquetear con los hombres. Tampoco había nada malo en ello mientras que no acabaran en la cama. Lo había hecho años atrás y esperaba que Bruno no llegara a enterarse nunca. Había sido antes de enamorarse de él y había tenido buen cuidado de que fueran forasteros; aves de paso a los que nunca volvió a ver.

Tras dejarse sacudir por las olas, salió del agua, subió las escaleras y se dirigió a la galería de baños de las señoras. Había encargado un baño de algas y ya estaba dispuesto. Se relajó pensando en Bruno. Ese hombre le había ofrecido una vida de princesa y debía tener cuidado. Sabía que debía salir menos de noche para contentarlo. Pero le gustaba demasiado el baile y las noches gijonesas; eran de lo más animadas. Bueno, ya vería qué hacer. De momento se arreglaría para comer con sus amigos. Álvaro había hecho una reserva en el mismo balneario.

Cuando salió de la galería de señoras, perfectamente arreglada, dos jóvenes sonrientes la estaban esperando. Entraron en el comedor y degustaron los sabrosos platos que solo los de su clase se podían permitir.

Después de comer, a Raquel le apeteció ir a casa a descansar un rato antes de prepararse para la salida de la tarde. Sus amigos marcharon a un campeonato de boxeo. Querían llevarla con ellos, pero ese deporte no acababa de gustarle. La recogerían a las ocho para ir a cenar y al teatro.

Raquel no había conseguido hacer amigas, pues las señoritas de buena familia no la admitían en sus círculos y ella no quería tener por amigas a las queridas de otros hombres. Prefería estar sola, con Álvaro, Tomás, y don Evaristo. Sin embargo, le gustaría tener a alguien con quien hablar de moda, de hombres o de cualquier otra cosa. Echaba tanto de menos a Tesa. A su adorable e inocente Tesa. ¿Por qué las mujeres tenían que dejar de trabajar cuando se casaban? No lo entendía. Tesa le había dicho que por ella seguiría yendo a su casa, porque el dinero le venía muy bien, pero que su marido no quería. Los hombres qué complicados son y qué complicada nos hacen la vida a las mujeres, pensó contrariada.

Decidió dejar de pensar, al fin y al cabo, no la llevaba a ningún sitio. Abrió el armario. Los vestidos estaban colgados por gama de colores, como a ella le gustaba. Ese día le apetecía algo claro, alegre, acorde con el sol que brillaba en lo alto. Eligió un vestido de gasa en rosa claro, sin mangas, escote en pico, talle bajo y con el largo de la falda bailando sobre las rodillas. Perfecto para llevarlo con tacones altos, un collar largo de perlas y un coqueto sombrero que había comprado el día anterior. Se vistió, se maquilló y se miró satisfecha al espejo.

Sus amigos no tardaron en llegar. Ella dio media vuelta para que pudieran observarla bien. Los chicos silbaron de satisfacción. Salieron a la calle. Raquel los cogió del brazo. Algunos viandantes los miraban, suponiendo que serían sus dos hermanos o un novio y un hermano. Las mujeres la examinaban de arriba abajo, para después mirarse a ellas mismas, la mayoría desanimadas. Ellos se reían como tres colegiales.

El Paseo de Begoña estaba abarrotado con gente de toda clase y condición. Raquel caminaba entretenida cuando vio a Marina con su familia, incluidos Tesa y su marido. Sintió un latigazo en el corazón, como cuando nacían los hijos de Bruno. No podía controlar esa envidia. Era momentánea, pero la hacía sufrir. Y su hermana parecía tan feliz. Iba riendo, como si alguien le estuviera contando un chiste muy

gracioso. En ese momento deseó poder correr hacia ella y estrecharla entre sus brazos. Sintió una pena inmensa por no poder hacerlo. Y un nudo de angustia se instaló en la boca de su estómago.

Tenía su mirada clavada en Marina cuando se encontró con la de Ramón. Descubrió en sus ojos el mismo odio y la misma prepotencia que los inundaba cuando los vio la última vez, cuando pegó a Bruno. Rápidamente, para evitarla, su cuñado dijo algo a los demás y cambiaron de rumbo. Raquel los vio perderse entre el gentío con una congoja que trató de disimular con una risa estrepitosa cuando Tomás le preguntó si le pasaba algo. Habían hablado durante la comida y ella les confesó a sus amigos su conversación con Bruno. Sabían que estaba preocupada, aunque lo estaba mucho menos de lo que ellos suponían.

En la cena, Raquel apenas comió, alegando no tener hambre. La alegría que la invadía al salir de casa se había esfumado trastocándose en tristeza. Habló y rio, fingiendo estar bien, deseando que llegara pronto la hora de ir al teatro. En la oscuridad y el silencio ya no necesitaría disimular.

Al entrar en el teatro, observó, como tantas otras veces, las miradas cargadas de malicia de las mujeres y de deseo de los hombres. Accedieron al patio de butacas y se acomodaron. Raquel entre sus dos acompañantes. Iban a ver a la compañía de Carmen Díaz representar *La Maja* de Fernández Ardavín. Sus amigos le habían prometido que se divertiría.

El telón subió y el teatro quedó en silencio. Por el escenario fueron desfilando casi veinte actores hablando en verso. Raquel estaba maravillada. ¿Cómo podían tener esa memoria? Al salir el personaje que interpretaba a Francisco de Goya, Álvaro le dijo al oído que se trataba de un gran pintor. Los tres actos se le hicieron cortos y al salir, preguntó por el pintor.

—Tenemos libros en casa con sus cuadros —dijo Tomás—. Un día de estos te los enseñaremos.

—Y te llevaremos a Madrid para que los veas en el museo. ¿Te gustaría?

—¿A Madrid? —preguntó Raquel sorprendida. Pero eso está muy lejos, ¿no?

Los dos amigos rieron. A pesar de la labor que habían hecho con Raquel por momentos seguía siendo la misma chica ingenua de unos años atrás. Nunca había salido de Gijón. Ese era su mundo. Su único mundo.

Regresaron a casa paseando. La noche de aquel día de agosto era un poco fresca, pero agradable, y tras haber pasado dos horas en el teatro atestado de gente se agradecía el roce del aire en la cara.

Libre ya de la tristeza de la tarde, Raquel sintió la llamada del hambre. Devoró dos pasteles que había comprado en Camilo de Blas y se acostó. Mientras llegaba el sueño se dedicó a pensar en los acontecimientos del día llegando a la conclusión de que no merecía la pena sufrir por lo que no tenía remedio. Vivía bien y nunca había sido tan feliz. Al principio le hubiera gustado casarse con Bruno, pero con el paso del tiempo se había dado cuenta que había sido mucho mejor convertirse en su amante.

Era tan libre como nunca había soñado. Tan solo nublaba su felicidad la tozudez de su madre. Decía que para ella estaba muerta.

Apartó esos pensamientos y se colocó en posición fetal, sobre su lado izquierdo, con la mano derecha bajo la almohada, para intentar dormir. Al día siguiente debía madrugar. Sus amigos la iban a llevar a Covadonga, ese sitio tan especial del que su madre le había hablado muchos años atrás y que según decían era el lugar más hermoso de la tierra. En Covadonga pediría que le hicieran una foto, o podían hacerla los tres juntos. Una fotografía como había hecho Bruno con su familia. Lástima que no pudiera ir con él. Le gustaría tanto.

14

En 1930, El Llano se había convertido en uno de los barrios más importantes de la ciudad. Construido sobre un pantano mal desecado a lo largo de la Carretera Carbonera que partía de La Puerta de la Villa, dividido en tres partes (Llano de Abajo, del Medio y de Arriba), había visto crecer y transfigurarse su población de forma espectacular durante la última década. Un gran número de obreros se asentaban allí gracias a las numerosas empresas instaladas a ambos lados y en los alrededores de dicha carretera. Algunos empleados de cuello blanco se habían trasladado desde el centro atraídos por los bajos alquileres. Ciertos comerciantes, ciudadanos de clase media, vieron la oportunidad de abrir diversos negocios. Todo ello contribuyó a cambiar la fisonomía del barrio.

Pero al barrio, como al resto de la ciudad, había llegado la crisis mundial de los años treinta y numerosos obreros, en especial los no cualificados y los de la construcción, estaban perdiendo sus puestos de trabajo. El ayuntamiento, para paliar la situación, impulsó obras por toda la ciudad, dando así empleo a un buen número de jornaleros. La medida, aunque importante, resultó insuficiente, ya que las empresas, a causa de la baja demanda de sus productos, se deshacían a diario de sus trabajadores. El paro aumentaba día a día y en Gijón, ciudad que contaba con una gran masa obrera y militante, los enfrentamientos, huelgas, disturbios y manifestaciones se hicieron habituales.

Ramón, ya con la categoría de jefe de taller, no veía peligrar su trabajo, aunque no por ello dejaba de participar en las manifestaciones y huelgas en defensa de los parados. En la recién creada Casa del Pueblo solía reunirse con compañeros y amigos militantes de la CNT. Participaba en las charlas y debates y ayudaba en la confección de panfletos y octavillas. Se le daba bien redactar y estaba aprendiendo a escribir a máquina.

Su hermano Julián trabajaba en la Junta de Obras del Puerto, empresa encargada del mantenimiento del puerto de El Musel, el de mayor tráfico carbonero del país y también el de mayor tráfico de pasajeros de la cornisa cantábrica. El sueldo podría haber sido suficiente si Julián no se lo gastara en vino.

Ya al poco tiempo de casarse, en cuanto finalizó el verano y, con él, el ocio de las tardes de domingo, el marido de Tesa había vuelto a su vida de soltero, gastando en alcohol el dinero que debería ir destinado a cubrir las necesidades familiares.

Ramón decidió intervenir. No podía ser que su hermano pretendiera vivir como antes de casarse. Había llegado el momento de ser responsable.

—Julián, gastas más en vino de lo que le das a Tesa para comer —le espetó un día sin rodeos.

Julián quedó sorprendido y durante unos breves segundos no supo qué decir. Quería y respetaba a su hermano, pero no estaba dispuesto a que se inmiscuyera en su vida.

—¿Te lo ha dicho Tesa?

—No, qué va. Tesa nunca contaría una cosa así a nadie, y mucho menos a mí.

—¿Santiago, entonces? Sí, seguro que ha sido ese vejestorio que siempre me ha querido mal.

—Vamos, Julián, déjate de tonterías. Santiago no me ha contado nada. Se basta y se sobra él solo para decirte lo que te tenga que decir a la cara. Y supongo que si no lo hizo todavía es porque no quiere que su hija tenga más problemas y, sobre todo, que no pase más vergüenza.

—Déjame en paz, Ramón, déjame en paz. No necesito un hermano mayor que me sermonee, ya tengo muchos años para eso.

—No sé qué hacer contigo. Te has convertido en un borrachín sin remedio.

—Y tú en un viejo antes de tiempo, siempre con la política y la cultura a cuestas.

—Bien te vendría a ti dedicarte a algo provechoso en vez de pasar la vida en el bar y no ir a casa más que a dormir.

—Pues mira, en eso no estás tú para darme lecciones, porque tampoco paras demasiado en casa, que bien parece que Marcelo sea para ti más importante que tu propia familia.

—Mira con lo que sales. Pareces un chiquillo. Marcelo y yo compartimos ideales, vamos, que navegamos en el mismo barco. Si todos fuéramos como tú nunca se arreglaría nada y los trabajadores seguiríamos toda la vida muertos de hambre.

—Anda, déjate ya de monsergas. Me voy para casa, ¿contento? —dijo Julián con gesto de enfado, dando la espalda a su hermano y comenzando a caminar.

Ramón lo vio alejarse, preguntándose cómo había llegado a ser así. Su padre los había educado bien. Era un hombre pobre, pero sabía leer y escribir además de poseer una gran sabiduría de la vida y siempre les había inculcado el buen comportamiento y la responsabilidad. Pero los había dejado solos demasiado pronto. Huérfanos de madre desde hacía años, sin la presencia del padre, Ramón no supo imponer su autoridad para que llevara una vida más recta. Solo se llevaban dos años. Pero no por eso dejaba de sentirse culpable. Ese verano había sido uno de los más felices de su vida viendo a su hermano casado, creyendo que eso sería suficiente para hacerlo cambiar, confiado en que durante el noviazgo con Tesa se había portado bien. Se había sentido orgulloso de él y la promesa de cuidarlo que había hecho a su padre en su lecho de muerte por fin había dejado de pesar sobre su espalda. Pero la dicha apenas había durado.

Ramón se dirigió a su casa. Era la hora de cenar y Marina lo estaría esperando. Su hermano tenía razón. Pasaba más tiempo con Marcelo que con su familia, pero no podía hacer otra cosa. Tras los primeros años desde su entrada en la Fábrica de Moreda y Gijón, en los que empleó todo su tiempo libre en los estudios, se había ido implicando cada vez más en el sindicato y sus actividades.

Esa tarde, a la salida del trabajo, había ido como siempre hasta la Casa del Pueblo. Había mucho que hacer. Demasiado. La CNT no vivía sus mejores momentos. El dictador Primo de Rivera, recientemente dimitido, los había estado ahogando con sus incontables y severas restricciones. Numerosas federaciones cenetistas, a lo largo y ancho del país, habían sufrido una purga y desaparecido. Sin embargo, la federación gijonesa, haciendo grandes equilibrios, atemperando su vena revolucionaria para centrarse en la actividad sindical, había conseguido mantenerse en pie. Necesitaban permanecer activos para luchar contra los patrones si querían mejorar las condiciones de trabajo y los jornales, aun a costa de tener que renunciar a alguna de sus pretensiones.

En los años anteriores, gracias a la lucha sindical, se había conseguido la subida de los salarios en consonancia con la de los precios, e incluso un poco más, permitiendo a los trabajadores cubrir las necesidades básicas de sus numerosas familias. Con la llegada de la crisis, tras el crac internacional de 1929, el fantasma del paro pendía sobre sus cabezas. Nadie estaba seguro. Por eso había que presionar a los empresarios como fuera, con huelgas y disturbios si era necesario. Ellos no iban a dar nada voluntariamente, tan solo estaban pendientes de sus beneficios.

Marina lo recibió con un mohín de disgusto. Cada día lo veía menos. Había dado por supuesto que en cuanto acabara los estudios pasaría más tiempo en casa, pues Ramón no era demasiado amigo del bar. Sin embargo, el sindicato lo había absorbido. El sindicato y esas ganas de saberlo todo. No perdía ni una de las conferencias del Ateneo Obrero, y Marina llegó a preguntarse si habría algo detrás de todo eso. Quizás una mujer. Pero, cuando en la intimidad de su cama, le hablaba de la lucha obrera, de sindicalismo o de la república con tanto entusiasmo, comprendía que solo ella ocupaba un lugar en el corazón de su marido. Y si alguna duda le quedaba, los besos, los abrazos y el amor fogoso de Ramón la mataban de inmediato.

Julián estaba cabreado con su hermano. Quién era él para meterse en su vida de casado. Ese día sus pasos no trastabillaron en la escalera. Tesa lo sintió llegar. Era pronto. Había parado poco en el bar. Quizá no le quedaba dinero, aunque siendo lunes algo tendría. Entró en casa con expresión de disgusto, como si tuviera problemas. Tesa no preguntó. Mejor no hacerlo. Julián se acercó a ella y la besó. Ya había abandonado esa costumbre de los primeros tiempos. Tesa, sorprendida, no pudo evitar sonreír. Julián comenzó a acariciarle los pechos. Ella pedía que la dejara hacer la cena, aunque su protesta era falsa, pues estaba deseando que la arrastrara a la cama. Hicieron el amor como al principio: con pasión, con cariño, con ansia. Después, Tesa terminó de hacer la cena. Se sentaron los dos a la mesa y comieron y hablaron

animadamente. En el corazón de Tesa renació un principio de esperanza. Pensó que quizá le había costado acostumbrase a su nueva vida de marido. Sí. Seguro que había sido eso.

Julián no podía dejar de pensar en su hermano. Siempre metiéndose en su vida, intentando controlarlo todo. Lo tenía harto. El señor serio y responsable. El estudioso, buen padre y buen marido. Y él siempre en segundo plano. Siempre el hermano perdedor. Ramón había insistido en que fuera a clases nocturnas y para contentarlo se había apuntado pero solo aguantó tres días. Se le había hecho insoportable. Los estudios no eran lo suyo. Bastante trabajaba ya. Con su sueldo a su familia no le faltaría un plato en la mesa. Tan solo tenía que ser fuerte y pasar de largo de la puerta del bar.

Con ese pensamiento iba para casa todos los días. Bajaba del tranvía repitiéndose a sí mismo que lo haría, que pasaría de largo. Pero a medio camino aparecía el bar y con él los compañeros y amigos. Y paraba. Un vino solo y marcho, decía. Pero los vasos se iban vaciando y llenando a buen ritmo, nublándole la razón y vaciándole los bolsillos.

Lo peor era enfrentarse a las escaleras. Los peldaños de madera, estrechos y destartalados, eran uno de sus peores enemigos nocturnos. Y no podía evitar caer y maldecir. Y Tesa lo oía. Y la casa lo oía. Seguro que Santiago el primero. Odiaba a ese hombre y a la adoración que le profesaba Tesa.

—No hagas tanto ruido —decía Tesa con cara de malas pulgas—. ¿Acaso no sabes comportarte como una persona normal? Se está enterando todo el mundo de que vienes borracho.

—Déjame en paz, mujer. Soy un hombre y tengo mis derechos.

—¿Derechos? ¿Qué derechos vas a tener tú? Lo primero que deberías hacer es mantenerte derecho. Eso es. Mantenerte derecho. Debería darte vergüenza.

—Dame la cena que tengo hambre.

Tesa le ponía el plato en la mesa y después le daba la espalda, sentada en una banqueta mientras remendaba un pantalón o repasaba unos calcetines. Julián comía en silencio y en cuanto acababa se metía en la cama a dormir la borrachera hasta el día siguiente. Tesa recogía los cacharros, fregaba y se acostaba, intentando no tener con él ningún contacto. El olor a vino le repugnaba y desde que estaba embarazada le producía nauseas.

Tras un embarazo sin más inconvenientes que la molestia del vientre hinchado, llegó el día del parto y con él la alegría al corazón de Tesa. Despertó con unos dolores tan débiles que no les hizo caso, pero cuando a las nueve de la mañana se hicieron más fuertes, supo que había llegado el momento. No se apuró. El primer parto solía ser largo. Arregló la buhardilla. Dispuso sobre la cama sábanas, toallas y trapos limpios. Fue por agua a la fuente. En dos viajes consiguió rellenar un barreño grande. Colocó dos ollas al fuego. Las llenó para que fueran calentando. Bajó a ayudar a Pilar.

No acababa de poner los pies en la cocina de su tía, cuando un reguero de un líquido tibio se deslizó de forma repentina por sus piernas formando un gran charco a sus pies.

—¡Isabel! ¡Isabel! —gritó Pilar alborotada.

La vecina apareció al instante.

—Vete a llamar a Dorotea. Corre, que ya ha roto aguas. Y de paso avisa a Marina.

La vecina salió corriendo. La partera no estaba en casa. Dejó recado y volvió sobre sus pasos. Tesa, Pilar y Marina la esperaban en la buhardilla, donde habían tenido que obligar a tumbarse a la parturienta.

El parto de Tesa fue tan rápido que tuvieron que arreglarse entre Pilar e Isabel mientras una atónita Marina no se atrevía ni a respirar. Tesa no emitía ni un quejido, solo cerraba los ojos y apretaba los labios cuando le venía el dolor. Marina le limpiaba el sudor de la frente, admirada de la fortaleza de su cuñada. Se acordaba de cuánto había gritado ella en sus dos partos. No era aún la una de la tarde y el pequeño Armando ya descansaba en los brazos de su madre.

Al atardecer, fueron a esperar a Julián al tranvía, que con una gran sonrisa de satisfacción corrió hacia casa para conocer al pequeño. Lo miró brevemente. Dio un beso fugaz a su mujer y marchó a celebrarlo al bar, como era costumbre.

Entre enhorabuena y enhorabuena se fueron sucediendo los vasos de vino. Pasadas las doce de la noche, regresó a casa. Las escaleras parecían haberse estrechado aún más pues los pies no encontraban los peldaños. Rodó desde el sexto escalón hasta el descansillo. Tras recuperarse del susto, escuchó. La casa permanecía en silencio. Se cogió fuerte al pasamanos y despacio, poniendo los cinco sentidos, logró alcanzar la buhardilla. Las mujeres ya se habían ido. Tesa dormía en la cama con el pequeño en brazos. Olía raro. Vomitó. Miró hacia la cama. Su mujer no se había enterado. Intentó limpiarlo, aunque no hizo más que embarrar el suelo y las bayetas. Asqueado, el vómito volvió de nuevo. Ya no intentó limpiarlo. Se acercó a la cama tambaleante. Trastabilló. Cayó bruscamente sobre el lecho. Madre e hijo se sobresaltaron. El niño rompió a llorar. Tesa intentó calmarlo, pero su marido reclamaba la cena. No lo podía creer. Cómo podía ser así de idiota. Pero no eran horas de discutir, despertarían a toda la casa. Colocó al recién nacido en la cuna que había sido de sus primos y dejándolo llorar se dispuso a preparar algo de comer. El pequeño pronto quedó dormido. El padre, con el estómago lleno, comenzó a llenar el aire con sus ronquidos.

Tesa recogió los restos de la cena. Limpió el vómito. Lavó las bayetas. Luego se acostó lo más lejos posible del padre de su hijo. Unas lágrimas que ese día tan especial deberían ser de alegría brotaron con fuerza inundando su rostro y la funda de la almohada. Nunca le contaría a nadie lo que había pasado ese día. Nunca.

15

Ramón, cansado por la gripe que lo había atacado a mediados de semana, aún con algo de fiebre, había decidido pasar el domingo en la cama. De la cocina emanaba un agradable olor a caldo y a bizcocho. Marina lo iba a ver a menudo. Lo estaba tratando como a un niño, cubriéndolo de mimos. Y eso le gustaba. Después de comer durmió una larga y reparadora siesta. A media tarde, estaba disfrutando con la lectura de una novela cuando sintió unas fuertes zancadas por el pasillo. En el umbral de la puerta del cuarto apareció Marcelo visiblemente alterado.

—¡Los han fusilado, Ramón! ¡Los han fusilado!

—¿De qué hablas? ¿A quién han fusilado? —preguntó Ramón incorporándose en la cama.

—A los capitanes Galán y García Hernández —fue la respuesta de Marcelo.

Ramón quedó boquiabierto. Tras la dimisión de Primo de Rivera, el general Berenguer intentaba como podía gobernar el país. Pero los partidos republicanos pretendían acabar con la monarquía y crear un gobierno provisional hasta que unas elecciones a Cortes instituyeran la República. Para lograrlo se había convocado una insurrección militar junto a una huelga general. Y sin saber cómo, en Jaca, se habían adelantado los acontecimientos, dando como resultado la detención y condena a muerte de los dos capitanes.

—Pero si nadie esperaba que los ejecutaran. Y además, solo han pasado dos días desde su detención —dijo Ramón cuando reaccionó.

—La noticia está corriendo como la pólvora y la indignación va en aumento. Hemos convocado una huelga de cuarenta y ocho horas.

—No es para menos.

—La huelga está respaldada por todos los grupos antimonárquicos de la ciudad.

—Entonces está asegurada.

—¿Cómo te encuentras? ¿Podrás ir mañana a la manifestación?

—Muriendo tenía que estar para no ir.

El lunes, 15 de diciembre de 1930, tuvo lugar un paro sin precedentes en la historia de la ciudad. Ramón y Marcelo, como muchos otros vecinos de los barrios obreros, se desplazaron al centro. La Carretera Carbonera, con los tranvías parados en las cocheras, parecía un hormiguero disciplinado en busca de comida. A la altura de La Puerta de la Villa se unió a ellos el grupo que descendía por la Carretera de Oviedo. En el centro ya se habían concentrado un gran número de trabajadores

procedentes de La Calzada y El Natahoyo. Miles de personas de los barrios obreros y del centro de la ciudad se unieron en una sola masa y en una sola voz.

La multitud había tomado las calles. A la altura de la iglesia del Sagrado Corazón, conocida popularmente como la Iglesiona, la placa que lucía el nombre de la calle Primo de Rivera exaltó los ánimos.

—Hay que quitar de ahí el nombre del dictador —gritó una voz.

Otras muchas voces se unieron pidiendo arrancar la placa. De inmediato, algunas personas comenzaron a tirarle piedras con los ánimos enardecidos.

—Esto no se hace así, compañeros —gritó Ramón—. Vamos a hablar con el alcalde.

—Tú y tu ánimo dialogante —dijo Marcelo siguiéndole. ¿Qué importancia tiene que se quite la placa? Con eso no se hace daño a nadie.

—Pero puede dar lugar a problemas —respondió Ramón sin dejar de caminar.

Una comitiva formada por un gran número de personas acompañaba a los dos amigos, que dejaron a otros más significados situarse a la cabecera. Una vez en el ayuntamiento pidieron hablar con el alcalde, solicitando el permiso para quitar el rótulo de la calle. El alcalde se excusó alegando tener que discutirlo con la corporación.

—¡Traidor! ¡Sinvergüenza! ¡Judas! —clamó el gentío al conocer la respuesta, mientras comenzaban a arrancar las piedras del pavimento de la Plaza de la Constitución, donde se asentaba el edificio consistorial, para apedrearlo.

Varias ventanas quedaron destrozadas y las que se salvaron fue por la aparición de las fuerzas del orden.

Mientras tanto, junto a la Iglesiona, algunos habían decidido quitar la placa de la calle por su cuenta, sin esperar el consentimiento de las autoridades. Varios hombros hicieron de base para que treparan sobre ellos y arrancaran el rótulo con el nombre del odiado gobernante.

Cuando la placa fue despegada de la pared, la alzaron en el aire como si fuera un trofeo. Un clamor de gritos alegres aplaudió la hazaña. Ya en el suelo, manos y pies rebosantes de rabia la machacaron y la pisaron, dejándola inutilizada.

Al mismo tiempo, varias personas habían accedido al interior de la iglesia. Sacaron parte del mobiliario a la calle e incluso alguna imagen. Cuando regresó la comitiva que había ido a hablar con el alcalde, la indignación fue en aumento.

—No me está gustando cómo van las cosas, Marcelo. Quizá deberíamos irnos.

—No pasa nada, tranquilo. No son más que unos muebles. Pronto se calmarán —respondió Marcelo.

El botín, depositado en la calle Jovellanos, empezó a arder. También había conatos de incendio dentro del templo. La gente, agitada y furiosa, contemplaba satisfecha la escena, como si estuvieran viendo una hoguera el día de San Juan. De pronto, sonaron dos disparos.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Ramón entre desorientado y asustado—. Me parecieron tiros.

—¿Cómo van a ser tiros? —dijo Marcelo. La gente es pacífica, no va armada.

Apenas habían acabado de hablar cuando escucharon gritos no muy lejos de ellos.

—¡Aquí! ¡Aquí! ¡Han herido a un chico!

Ramón y Marcelo se acercaron corriendo. En el suelo yacía un joven herido por arma de fuego. Rápidamente, varias personas acudieron en su auxilio, llevándolo en volandas hasta la Casa de Socorro, donde no pudieron hacer más que certificar su muerte.

Los disparos habían salido de la residencia de los padres jesuitas. La muchedumbre encolerizada prendió fuego a la iglesia hasta dejarla envuelta en llamas. La aparición de la Guardia Civil, recibida con gritos por unos y con aplausos por otros, disolvió a los manifestantes.

Los trabajos de extinción del incendio duraron varias horas. Los incidentes finalizaron cuando, esa misma tarde, se proclamó la ley marcial. Marcelo y Ramón regresaron a casa nerviosos y cabizbajos sin poder sacar de su cabeza al joven muerto.

Pese a la declaración del Estado de Guerra, al día siguiente continuaron los disturbios en la zona de La Calzada, al quitar el letrero con el nombre de Primo de Rivera de una escuela. Las autoridades, para frenar los conflictos, obligaron a la familia de Carlos Tuero, el joven asesinado, a enterrarlo al amanecer y acompañados de la Guardia Civil.

Los dirigentes sindicales fueron detenidos y se cerró la Casa del Pueblo. La CNT, como represalia, prolongó la huelga. Cuatro días después se llegó a un acuerdo con la condición de dejar en libertad a los presos.

Los ciudadanos querían saber, pero los periódicos estuvieron cuatro días sin salir a la calle. Los rumores corrían de boca en boca, agrandando lo sucedido y aumentando el número de muertos. El día diecinueve, con los ánimos ya calmados, la prensa salió con grandes titulares hablando de los disturbios acaecidos en la ciudad. Cada periódico contaba lo sucedido siguiendo su línea de opinión.

Como en la prensa y en los diferentes corrillos, en casa de Ramón también había distintos pareceres.

—Sois unos salvajes. ¡Quemar imágenes sagradas! ¡Jesús, José y María! ¡Eso es un sacrilegio! ¡Un sacrilegio! —voceaba Luisa santiguándose.

—Usted qué sabe si no estuvo allí —respondió Ramón indignado—. Además una imagen no es más que eso… un trozo de madera pintado. Lo grave es la muerte de ese chico, que la vida ya no se la devuelve nadie. ¡Malditos curas!

—Esos malditos curas, como tú dices, no hicieron más que defenderse. ¿A qué tenían que esperar? ¿A qué los matarais a todos?

—No diga tonterías, Luisa. Nadie iba a matar a nadie. La gente estaba enfurecida por los asesinatos de los capitanes que no habían hecho nada más que rebelarse

contra los dictadores que nos gobiernan.

—¿Y qué culpa tienen los curas? ¿Acaso los fusilaron ellos?

—No, pero mire por donde han sido ellos los que mataron al chico.

—Y eso quién lo dice.

—Se lo digo yo que estaba allí. Y ya ve, la gente iba desarmada, pero parece ser que a los curas les gustan mucho las armas.

—Solo para defenderse.

—Deje, ande, deje, que no entiende ni quiere entender. ¡Ay! Qué difícil es hablar con las mujeres de ciertas cosas.

—Entiendo lo que hay que entender. Que sois unos animales que no respetáis a nadie. Si os dejaran acabaríais dejando en cenizas todas las iglesias.

—Pues mire, no es mala idea.

—Ateo, que eres un ateo. Vas a ir directo al infierno.

—Bueno, ¡vale ya! —intervino Marina—. Estáis asustando a los niños.

—No te metas, Marina —dijo Ramón—. Estoy tratando de hacer entrar en razón a tu madre. Que comprenda que un hombre ha muerto a manos de un cura. Uno de esos que le comen la cabeza hablando de Dios y de todos los santos pero que no tienen reparos en quitar la vida a un pobre obrero. Había que acabar con todos ellos, porque para lo único que sirven es para apoyar a los poderosos y para apacentar a los infelices como tu madre que bajan la cabeza ante el señorito —dijo Ramón ya en tono desabrido.

—No, si cuando yo digo que vas acabar mal con esas ideas tuyas —refunfuñó Luisa mientras removía la cazuela del arroz con leche.

—Lo que yo no entiendo es cómo siendo una mujer pobre que tiene que ganarse la vida sirviendo a los ricos, piense como una burguesa atacando a los suyos.

—Yo solo pienso como una persona de bien.

—Sí, ya, como una persona de bien. Pues a mí no me parece muy cristiano matar. ¿O acaso a los curas se les permite?

—El día menos pensado vas a darnos un disgusto —dijo Luisa malhumorada.

—Disgusto tengo yo teniendo al enemigo en casa. Ande, vamos a dejarlo, a ver si consigo leer el periódico en paz.

Luisa lo miró con rabia. Salió al patio, llenó un caldero de carbón y atizó el fuego de la cocina. A ella no le importaba la política, pero sí que se metieran con la iglesia. En su casa le habían inculcado el amor a Dios y el respeto a los sacerdotes. No podía olvidar el enfado de su padre cuando dijo que se quería casar con un minero, por su fama de revolucionarios y ateos.

Sin embargo, su marido, aunque republicano, nunca se había metido en jaleos. Y tampoco la quitó de ir a misa ni de enseñar a sus hijos a creer en Dios y a rezar. Y ahora tenía que aguantar a su yerno meterse con Dios, con los santos y con la iglesia. Pero por eso sí que no pasaba ella.

Con los ojos clavados en una lumbre tan fiera como su rabia decidió no volver a dirigirle la palabra a Ramón. Don Emeterio decía que las personas como su yerno se pudrirían en el infierno. No podía dejar que las ideas de ese hombre entraran en las cabezas de sus nietos. Ella les enseñaría a amar a Dios, a la Virgen y a los santos aunque tuviera que hacerlo a escondidas, porque su hija tampoco parecía poner mucho empeño en ello.

Marina, atrapada entre dos fuegos, procuraba desentenderse y hacía caso omiso a lo que su madre o Ramón le decían uno del otro. «A tu marido no hay quien lo aguante» o «Tu madre es insoportable». Pero lo que no llevaba nada bien era que Ramón dijera que tenían al enemigo en casa. Más de una vez se había enfadado con él por afirmar tal cosa, pero Ramón se empeñaba en sacarlo a relucir a la mínima discusión. Además, los últimos sucesos la preocupaban. Los ánimos estaban exaltados y los días de huelga mermarían bastante el salario de ese mes. Un mes más entre tantos de huelgas y paros.

La huelga acabó, pero las aguas no volvieron a su cauce. La sociedad gijonesa, al igual que la del resto del país, se radicalizaba a pasos agigantados, dividiéndose en dos bandos al parecer irreconciliables. Dos bandos que ya estaban empezando a cavar una profunda fosa entre ellos.

A Ramón la muerte del joven le afectó bastante. Entendió que, aunque las protestas empezaran de modo pacífico, en un momento podía saltar una chispa y prenderlo todo. Primo de Rivera ya no gobernaba el país, pero una simple placa con su nombre había desencadenado una tragedia.

El rey intentaba mantenerse en el poder, apoyándose en los militares, pero la monarquía se sustentaba sobre una delgada y resquebrajada capa de hielo que no tardaría en ceder. La República estaba esperando, agazapada, a tener la oportunidad de salir a la luz. Para ello había que seguir luchando, para ayudarla a nacer acompañada de sus promesas de libertad e igualdad.

Un mundo más justo era lo que Ramón quería para sus hijos. Estaba muy orgulloso de Jesús, que a sus once años había empezado a cursar bachillerato, tras aprobar el examen de ingreso aunque con una nota no muy brillante. En cuanto a Lena, era una chiquilla inteligente, espabilada y estudiosa. La primera de su clase que solo se conformaba con la nota más alta. Lástima que fuera una niña, aunque parecía que la idea de su padre de convertirla en maestra había germinado en ella. Ramón esperaba que con la llegada de la República su hija pudiera ejercer la profesión sin verse obligada a abandonarla si se casaba. Del marido ya se encargaría él si no estaba de acuerdo. Prefería verla dar clases a los niños, transmitiéndoles sus conocimientos, que dejándose los ojos en la costura como su madre. Sí, su pequeña sería maestra.

16

El invierno se deslizaba con lentitud envuelto en su capa de lluvia, humedad y frío. Raquel se sentía atrapada en su jaula de oro, mirando por el balcón, ansiando la llegada del verano. Disfrutaba de la compañía de sus vecinos, pero en los días lluviosos, si no salía de casa, la atacaba la nostalgia, llegando incluso a añorar las órdenes y castigos de su madre.

Cuando el tiempo acompañaba encaminaba sus pasos a El Muro, deleitándose con la vista del mar. Por las tardes salía a ver escaparates y a comprar, salvo que sus amigos le ofrecieran un plan mejor. El cine era una de sus mayores distracciones. Veía cinco o seis películas a la semana, a veces dos el mismo día. No había mucho más que hacer durante el invierno.

Raquel seguía echando de menos a una amiga con la que charlar, con la que compartir sus cosas. Pero nadie, salvo las que estaban en su misma situación, que no eran pocas, estaban dispuestas a ello. Y Raquel no quería esa clase de amigas. Lo suyo era diferente. Amaba con toda su alma a Bruno y se consideraba su mujer legítima, aunque tan solo lo viera dos tardes por semana. Había dejado de lado sus correrías nocturnas para atenuar sus celos, pero su vida se había vuelto más aburrida.

Llamaron a la puerta. Era Álvaro con el periódico en la mano. Entró y se sentó en una butaca, desplegando el diario.

—¿Te apetece ir esta tarde al Dindurra? Tomás va a ir a El Molinón, a ver jugar al Sporting contra el Sevilla, pero yo prefiero asistir a una zarzuela en la que participa la famosa *mezzosoprano* Selica Pérez Carpio. Ya la escuché cantar en Madrid y me encanta su voz. ¿Qué dices? ¿Me acompañas?

—A ver —dijo Raquel dirigiendo su mirada al periódico, preguntándose qué querría decir *mezzosoprano*, palabra que oía por primera vez en su vida.

—Mira ahí —dijo Álvaro señalando con el dedo.

Se anunciaba en el Teatro Dindurra, a las seis y media de la tarde, *La rosa del azafrán* con la compañía de Eugenio Casals. A Raquel le pareció buena idea. Mientras se arreglaba, veía la zarzuela, y regresaba a casa, estaría entretenida toda la tarde. Hubiera preferido ir al Teatro Jovellanos a ver *Redención*, que se anunciaba como una comedia sentimental, pero su amigo parecía tan ilusionado que no le importaba dejar el cine para otro momento.

Al día siguiente, a media mañana, decidió llevar a cabo lo que llevaba pensando hacía mucho tiempo: ir hasta el barrio del Carmen. No había vuelto desde que su

madre la había echado de casa. No quería sentir cómo la gente murmuraba a sus espaldas. Pero seguro que ya nadie se acordaba de ella. Y si lo hicieran no la reconocerían. Ya no se parecía en nada a la chiquilla que había vivido allí hasta los dieciocho años. Se había convertido en una mujer adulta de veintidós años, lucía buenas ropas y había aprendido a comportarse con distinción. Aunque se cruzara con antiguos amigos o vecinos, nadie se imaginaría que pudiera ser ella.

Salió de casa animada. Cruzó la calle San Agustín y girando a la derecha por Cabrales llegó a la de Jovellanos. Desde allí, caminando en línea recta alcanzó la de Pi y Margall[2]. Caminó con calma, parando a mirar algún escaparate y desviando la vista hacia el banco donde a esas horas estaría trabajando Bruno. Después giró a la izquierda y atravesando la calle Corrida llegó a la plaza del Carmen.

Los tranvías estaban allí, con su ir y venir, con la gente esperando o saltando en marcha, con montones de niños jugando, sorteando tranvías, taxis, coches, carros y bicicletas.

No fue directamente a su calle. Le apetecía ir hasta la Plaza de los Cuatro Cantones[3], donde había jugado tanto y donde Elvirita y ella tonteaban con los chicos. Entró en el barrio por Salustio Regueral. Al final de la calle buscó el reloj de sol. Alzó la vista para mirar la hora, como tantas veces había hecho en el pasado. Sintió que acababa de reencontrarse con un viejo y olvidado amigo. Lo saludó levantando un poco el sombrero, como hacían los hombres. Una mujer se cruzó con ella, mirándola con extrañeza. Raquel sonrió. Después encaminó sus pasos hasta el portal donde vivían sus tías, en la calle La Vuelta. Llamó a un chiquillo. Le preguntó si Elvirita seguía viviendo allí. Tuvo que darle una peseta para que se lo confirmara. Calculó que a esa hora su marido no estaría en casa. Subió las escaleras. Al llegar al rellano dudó. Respiró fuerte. Llamó a la puerta. Abrió una mujer con un niño cogido a su falda y otro en el vientre.

—Hola, Elvirita. Cuánto tiempo.

—¿Quién es usted?

—Soy Raquel. Tu amiga.

—¿Raquel? —preguntó ella como si despertara de un sueño.

Raquel se quitó el sombrero. Su sonrisa franca era la misma de siempre, pero Elvirita no reconoció a su amiga bajo esas ropas lujosas.

—¿Qué haces aquí? Tienes que marcharte.

—Solo quiero verte, hablar contigo un rato. ¿Puedo pasar?

—¡No! —gritó Elvirita asustada—. Alfredo me tiene prohibido que me acerque a ti —dijo avergonzada.

—¿Por qué? —preguntó Raquel, aunque en el mismo momento de preguntar ya supo la respuesta.

—Sabes de sobra por qué, Raquel.

—Pero nosotras somos amigas. Nos queremos.

—Ya no, Raquel. Ya no somos amigas. Han pasado muchas cosas en los últimos años y ya no somos las mismas. ¿Sabías que mi madre ha muerto?

—No, no sabía nada. Hace mucho que no paso por aquí.

—Si de verdad fueras mi amiga hubieras venido antes.

—Para que me echaras.

—Sí, te echaría para no tener problemas con mi marido. Pero si hubieras venido antes en mi corazón seguirías siendo mi amiga. Ahora ya no. Ahora ya es demasiado tarde.

—Pero Elvirita… nosotras…

—Déjalo, Raquel. Tú ya no perteneces a mi mundo. Y no vuelvas, por favor, no quiero que me vean contigo. Y no es solo Alfredo, soy yo la que no quiere verte.

Raquel sintió un gran desprecio en esas palabras. Bajó las escaleras con lágrimas en los ojos. Su antigua amiga ya no era la joven alegre y risueña que la había acompañado en sus correrías juveniles. La vio desmejorada, quizá por el embarazo, quizá porque la vida no era como había imaginado. Estaba muy lejos de adivinar que bajo la tela del vestido reinaban unos moratones tan negros como sus sueños rotos.

Raquel salió del barrio prometiendo no volver a pisar jamás sus calles. Para ella, Elvirita, el barrio del Carmen y sus recuerdos habían muerto. Para resarcirse del disgusto compró tela para un vestido nuevo. Pasó por el taller de la modista. Durante un rato estuvo mirando las últimas revistas de moda. No encontró nada que la convenciera. Indecisa sobre la hechura, dejó la tela prometiendo volver otro día. Ya tenía tantos vestidos que había perdido la ilusión de los primeros tiempos. Pensó que podría alegrar el día preparando una buena cena para sus amigos. De vez en cuando le apetecía cocinar. Encargó pescado y marisco, un buen trozo de carne, unas botellas de vino y seis botellas de champán. En cuanto se lo llevaran estaría ocupada buena parte de la tarde y dejaría de pensar.

Una vez en casa, comió y se acostó a dormir la siesta para estar despejada por la noche. A media tarde llegó el pedido, tal como había solicitado. Durante un par de horas, se movió por la cocina preparando una sopa con los mariscos y asando la carne. Centrada en su labor, consiguió olvidar su pena. Tomás y Álvaro quedaron encantados con la invitación. En un principio, había pensado en llamar también a don Evaristo, pero el pobre era tan soso que le aguaría la fiesta. No. Ese día necesitaba diversión.

Después de cenar, los tres amigos abrieron una tras otra las botellas de champán. La música sonaba en el gramófono que Bruno le había regalado en su último cumpleaños y los seis pies se movían con un ritmo alocado. Se sabían todos los bailes. Bailaron, rieron y bebieron hasta altas horas de la madrugada, cuando borrachos y cansados decidieron ir a la cama.

Raquel despertó con un gran dolor de cabeza. Sintió a la sirvienta trajinar por la cocina y se alegró de no ser ella. No pensaba levantarse hasta el mediodía por lo

menos. Lo había pasado bien la noche anterior y la nostalgia había desaparecido. Por la tarde volvería a la modista. Ya sabía lo que quería.

Raquel pasó varias horas adormilada. Despertó despejada a las tres de la tarde. Estaba sola, la sirvienta ya se había ido. No le gustaba tener a nadie en casa las veinticuatro horas. No entendía cómo los ricos podían vivir rodeados de criados, sin ningún tipo de intimidad, como Bruno.

El piso estaba limpio y arreglado, sin señal alguna de la juerga de la noche anterior. Sobre la chapa de la cocina, dos cazuelas. Una con caldo de gallina. Le vendría bien tomar algo suave y caliente. En la otra un pollo guisado que la hizo salivar. Estaba muerta de hambre.

Después de comer fumó un pitillo sentada en el sofá. Echaba de menos a Bruno. Dos días a la semana le sabían a poco. Necesitaba verlo más a menudo. Y también necesitaba más sexo. Su cuerpo lo pedía a gritos.

Dos semanas antes, había ido hasta el balneario de Las Carolinas para darse un baño caliente. Allí cruzó su mirada con la de uno de los trabajadores. Ella, como si no pudiera controlar su voluntad, le hizo una seña. Él la siguió hasta la zona de las señoras, tras asegurarse de que no lo veía nadie. Entraron en uno de los cuartos y cerraron por dentro. El chico, con los músculos bien marcados, la acorraló contra la pared, la aupó sobre su cintura como si fuera una pluma y la penetró. La penetró con ímpetu. Raquel correspondía moviéndose rítmicamente, besándolo en los labios, apresando mechones de su espesa cabellera clara entre sus manos. Fue un sexo rápido, intenso, enloquecido. Cuando acabaron, el chico salió con sigilo y Raquel se dio el baño.

No era la primera vez que pasaba. Durante un tiempo, cuando se enamoró de Bruno, solo mantenía relaciones con él, pero el racionamiento de dos días a la semana resultaba insuficiente para su cuerpo hambriento de sexo. No le gustaba hacerlo, aunque tampoco se arrepentía. Sencillamente, no se podía reprimir. Y nunca llegaría a oídos de Bruno. Sabía elegir bien a sus presas. Además, él bien que se acostaba con su mujer a la que no paraba de hacerle niños. Pensando en ello sintió la necesidad de acariciarse. Cada vez lo hacía más a menudo. Pero no era lo mismo. Necesitaba un hombre. Sentir su cuerpo sobre ella. Dentro de ella. Menos mal que al día siguiente vería a Bruno.

Se preparó para ir a la modista. Mientras lo hacía, a través del balcón, veía a las mujeres, algunas de su edad, otras más jóvenes, incluso niñas, ir a buscar agua a la fuente cercana. La mayoría salían de la ciudadela Celestino Solar, situada en su misma calle, unos metros más allá. Cuando pasaba delante no podía evitar mirar, aunque procuraba hacerlo con disimulo. Era muy parecida a la que había conocido en El Llano, donde vivía su amiga Merce, aunque mucho más grande. En su interior vivían numerosas familias hacinadas en casas muy pequeñas. En el patio común las mujeres lavaban la ropa, charlaban o pelaban patatas mientras los niños jugaban con la tierra y el barro. Estaban vestidos con trapos y algunos iban descalzos. Cada vez

que veía ese mundo del que había conseguido escapar se reía de la tristeza que la invadía de vez en cuando. Cualquier cosa antes de volver a ser pobre, aunque no recordaba haber vivido nunca en tan pésimas condiciones.

Cuando salió a la calle se encontró con Tesa. Raquel se alegró mucho, hacía tiempo que no la veía, pero la encontró desmejorada y con un rictus de tristeza en los labios.

—Tesa, ¡qué alegría verte! —dijo dándole un abrazo—. ¿Pero qué haces por aquí?

Tesa respondió con una sonrisa apagada. Llevaba más de dos horas esperando a que Raquel saliera de casa. Le daba vergüenza llamar a su puerta, prefería hacerse la encontradiza. Pero eso nunca lo sabría Raquel.

—Estoy buscando trabajo, Raquel. No sé si necesitas ayuda. No importa, lo entiendo, supongo que ya tienes a alguien —dijo casi sin respirar.

—Vamos, Tesa, ¿qué pasa? —preguntó intrigada.

—Nada, que necesito ganar dinero. Solo eso.

—Pero tu marido no quería que trabajaras fuera de casa, ¿no? Eso me habías dicho.

—Sí, Raquel, es así. Él no quiere que trabaje, pero bueno, prefiero no hablar de esas cosas. Y perdona —dijo haciendo amago de marchar.

—Espera, Tesa, espera. Vamos, sube a casa conmigo y hablamos.

Tesa subió a casa de Raquel. Tomaron café y pastas y hablaron de la familia, sobre todo de los niños. O Raquel disimulaba muy bien o Marina no le había contado nada de su situación, pensó Tesa. Esperaba que fuera lo segundo. No le gustaba que nadie supiera lo que pasaba entre las cuatro paredes de su casa. Bastante tenía con que lo supiera la familia.

Dos días después Tesa estaba trabajando. Raquel prefería tenerla a ella en casa que a cualquier otra.

Tesa había hablado con Pilar y Marina. Necesitaba trabajar sin que Julián se enterase. El dinero que le daba no alcanzaba y no estaba dispuesta a pasar necesidades teniendo un par de manos. Las dos mujeres aceptaron guardar el secreto y cuidar del niño durante la ausencia de su madre. Nadie debía enterarse y mucho menos aún que trabajaba en casa de Raquel, aunque esto último Pilar no lo sabía.

Tesa estaba cansada de tener que pedir dinero prestado a su tía para comprar alimentos o para pagar el alquiler. La mayor parte de la paga semanal de su marido acababa diluida en el vino que circulaba por sus venas como parte de su propia sangre. En la panadería frente a su casa buscaban una mujer para atender la casa y a las dos hermanas solteras y mayores del propietario, pero se enteraría todo el barrio y no tardaría en llegar a oídos de Julián.

Marina la animó a ir a ver a Raquel en primer lugar. Y eso hizo Tesa, mientras la rabia contra su marido la reconcomía por dentro. No era solo que gastara el dinero en el bar, sino también su falsa hombría de no querer que su mujer trabajara fuera de

casa. Mejor que no supiera nada. Aunque si llegara a enterarse tampoco le importaría. Lo pondría en su sitio. Mientras ella pudiera a su pequeño no le faltaría ni la comida en la mesa ni una cocina caliente donde jugar.

Con la presencia de Tesa el invierno parecía avanzar más rápido. Hacía de correo entre las dos hermanas y Raquel le daba a menudo pequeños detalles para sus sobrinos o para Armando. Tesa era el hilo que la unía a su casa. Un hilo frágil y quebradizo. Pero mucho mejor que nada.

Ante la próxima llegada de la primavera, Raquel se dedicó a recorrer las tiendas para renovar su vestuario mientras permanecía ajena a los acontecimientos que sacudían la ciudad. No le interesaba la política, pero a sus amigos sí. Eran republicanos de derechas y hablaban de los obreros como si fueran una turba sin educación ni sentimientos. No lo entendía. Su cuñado decía que la República traería igualdad y libertad. ¿Se podía ser republicano siendo rico?

Sus amigos la sacaban de su ignorancia y le explicaban que ser republicano era no estar de acuerdo con la monarquía y poder elegir libremente a tus representantes. Por lo demás, se podía ser de derechas o de izquierdas, moderado o revolucionario, pobre o rico. Incluso había partidos republicanos radicales y de derecha.

A Raquel le costaba entender esas cosas, pero cuando hablaban mal de los obreros les contaba sus condiciones de vida y trabajo. Sentía que estaba obligada a defender a los de la clase en la que había nacido, haciendo ver a sus amigos lo mucho que sufrían para sacar a sus hijos adelante, las necesidades que pasaban, lo incómodas que eran sus casas… Ellos la dejaban hablar sin prestarle demasiada atención.

—El mundo es así, Raquel. Hay ricos y pobres y eso no lo va a cambiar nadie —decía Tomás.

—¿Ni la República? —preguntaba Raquel ingenua.

—Ni la República —respondía Tomás tajante.

—Mira, la política es muy complicada y difícil de entender —intervenía Álvaro —. Demasiado complicada para las mujeres.

—¿Quieres decir acaso que las mujeres somos más tontas que los hombres? —preguntaba sintiéndose agredida.

—No, no es eso. Es que tenéis otra educación, os preocupáis más de otras cosas —respondía Tomás.

—Ya, claro. Las mujeres en casa a criar niños. A coser y bordar. A limpiar. Para eso nos educan.

—Alguien tiene que hacerlo —respondía Álvaro.

—Pues he leído que hay mujeres en política.

—Claro que las hay, y dando mucha guerra. Pero se pueden contar con los dedos de la mano, Raquel. Las mujeres no estáis hechas para eso.

Raquel, cuando quedaba sola, se preguntaba a sí misma qué era, y en qué podía cambiar su vida o la de los suyos el hecho de que hubiera rey o no. Ella había oído decir a Ramón que la República mejoraría la vida de los obreros. Y según Tomás, no.

Los obreros seguirían siendo obreros toda su vida, sin importar la forma de gobierno. ¿Para qué tantas vueltas entonces?

Por suerte, con Bruno nunca tenía ese tipo de conversación, aunque sabía que era monárquico y creyente. Ella también creía en Dios e iba a misa todos los domingos. Pero había dejado de confesar, porque el cura, cuando se enteraba de su relación con un hombre que no era su marido —algo que estaba obligada a confesar si quería obtener la absolución—, le daba un sermón, le pedía que se arrepintiera y le mandaba una larga penitencia de rezos y rosarios. Y como no pensaba arrepentirse, para qué iba a confesar. Lo hacía con Dios, con la seguridad de que él la entendía porque sabía de su gran amor por el hombre con el que se metía en la cama. Y estaba convencida de que lo aprobaba.

En cuanto a lo ser monárquica o republicana, no lo tenía nada claro. En realidad no le importaba lo más mínimo. Si había monarquía por ella bien. Y si llegaba la República también.

17

El domingo 12 de abril de 1931 se celebraron unas elecciones que, pese a ser municipales, marcarían un antes y un después en la historia de España, al ser consideradas una especie de referéndum entre monarquía o república.

Gijón había amanecido bajo un sol espléndido. Los ciudadanos, relajados y alegres, hacían largas colas ante los colegios electorales. Se confiaba en una gran victoria republicana.

Como se esperaba, los republicanos lograron la mayoría en las capitales de provincia, dejando a la monarquía tocada de muerte. En Gijón, la candidatura republicana (formada por Reformistas, Republicanos Federales, Partido Socialista, Alianza Republicana y Derecha Liberal Republicana) obtuvo treinta y un concejales frente a los siete conseguidos por los partidos monárquicos.

—¿Qué es eso de que el rey de acuerdo con el gobierno quiere convocar Cortes Constituyentes para conocer la voluntad del pueblo? —preguntaban los numerosos congregados frente a las cabeceras de los periódicos a la espera de las noticias que iban llegando con lentitud desde Madrid.

—Lo que pretende es alargar el tiempo, esperar unos meses para evitar lo inevitable.

—El rey lo que tiene que hacer es largarse y dejarnos en paz.

—Los que ganaron las elecciones tienen que hacerse ya con el gobierno de la ciudad.

—Y proclamar la República.

—Sí, los resultados son claros. ¡Muerte a la monarquía!

Ante el clamor popular, el 14 de abril se convocó una concentración en la Plaza del Carmen para acompañar a los concejales electos a tomar posesión de sus cargos.

Ramón y Marcelo, junto a varios compañeros cenetistas, miraban entusiasmados a la marabunta alborozada y bulliciosa que se había congregado en la plaza y calles aledañas desde primeras horas de la tarde.

—Parece que hoy no ha quedado nadie en casa —dijo Marcelo.

—Y que lo digas, ya no cabe un alfiler en la plaza —respondió Ramón.

—Ya nos movemos. Venga, caminad, a ver si conseguimos ir de los primeros —dijo un compañero echando a andar.

Los concejales republicanos iniciaban la marcha. Tras ellos, miles de gijoneses entusiasmados, lanzando vivas a la República y portando banderas y escarapelas

tricolores.

La plaza consistorial se fue llenando mientras los nuevos representantes se perdían en el interior del ayuntamiento. No tardaron en salir al balcón, izando una bandera republicana.

—¡Viva la República! —el grito al unísono de miles de gargantas se unió al vuelo alegre de gorras y sombreros.

La noticia del exilio del rey acabó de redondear la celebración.

—Ya está, Ramón, ya está. Lo hemos conseguido —dijo Marcelo fundiéndose en un abrazo con su amigo.

—Ahora ya solo falta que suelten a los presos —dijo Ramón con voz temblorosa dejándose llevar por la emoción del momento.

—Dicen que está a punto de llegar la orden desde Oviedo —aseveró un compañero.

—Entonces habrá que esperar aquí hasta que los suelten —dijo Ramón.

—Como para marchar —respondió Marcelo. No me pierdo yo ese momento por nada del mundo.

El telegrama enviado desde Oviedo donde se autorizaba la puesta en libertad de los presos políticos llegó al ayuntamiento. Ramón, Marcelo y sus amigos se unieron al grupo de personas que dirigió sus pasos a la cárcel de El Coto. Una vez liberados los presos la comitiva regresó a la plaza consistorial, donde fueron recibidos entre vítores y aplausos.

Ramón y Marcelo escucharon atentos y conmovidos los discursos que dieron desde el balcón los representantes de los partidos de la coalición republicana. La gente aplaudía y no cesaban los gritos de «¡Viva la República!».

Más tarde, cuando dio comienzo una gran fiesta popular con un concierto de la banda municipal en la Plaza del Carmen, los dos amigos se despidieron. Ramón regresó a casa. Marcelo continuaría de celebración hasta altas horas de la noche.

Gente de toda condición social recorría jubilosa las calles ondeando banderas tricolores, luciendo escarapelas y cantando y bailando al ritmo de *La marsellesa* y de *La internacional*.

Ese mismo día se declaró el estado de Guerra como medida para mantener el orden público y se proclamó la República de forma oficial en toda España. Republicanos de izquierda y de derecha, socialistas y nacionalistas, formaron un gobierno provisional, presidido por Niceto Alcalá Zamora, para dirigir el país hasta las elecciones generales que se celebrarían en el mes de junio.

El día siguiente fue proclamado festivo. La bandera republicana ondeaba en todos los edificios públicos y en muchas casas particulares. En Gijón hubo música de banda al mediodía en la calle Corrida y por la tarde se celebró una jira a Somió.

A Luisa no le gustó que el rey huyera como un conejo asustado, abandonando a sus súbditos. ¿Qué clase de rey era ese? Pero lo que más la indignó fue saber que

habían cambiado el nombre a la Plaza del Carmen. ¿Qué tenía que ver eso con la promesa de una vida mejor?

—No lo entiendo, Marina. Por mucho que me lo expliques no lo entiendo —decía contrariada.

—Dile a tu madre que es en honor a Galán, ese capitán gracias al cual he tenido la suerte de que ella no vuelva a dirigirme la palabra —contestó Ramón con una sonrisa socarrona.

—Dile a tu marido que la Plaza del Carmen seguirá siendo la plaza del Carmen, por mucho que digan él o sus amigos.

—Y por si no se enteró, la calle San Bernardo ahora se llama calle de García Hernández, en honor al otro capitán fusilado —mintió Ramón para enfadarla aún más.

—¿También la calle San Bernardo? —preguntó Luisa con evidente fastidio—. Dile a tu marido que si piensan hacer algo más que cambiar el nombre a las calles.

—¡Vale ya! ¡Me tenéis harta! —protestó Marina—. Estoy cansada de que no os habléis y tenga que estar yo siempre en medio. Si os queréis decir algo, vosotros mismos —dijo abandonando la cocina y dejándolos solos.

Pese a las protestas de Luisa, la Plaza del Carmen pasó a llamarse Plaza de Galán por aclamación popular, aunque muchas personas continuaron refiriéndose a ella con su antiguo nombre.

En junio, unas elecciones a Cortes dieron la victoria al frente republicano-socialista.

La República echó a andar, aunque pronto se vio que cojeaba. El gobierno emprendió grandes reformas con el objetivo de transformar el país en una nación moderna como sus vecinas europeas. Pero el contexto económico no era propicio; los terratenientes y los empresarios se negaban a cambiar un sistema que los favorecía; los trabajadores exigían reformas rápidas en sus condiciones de trabajo y en sus salarios; la Iglesia mantenía fuertes enfrentamientos con el Estado; y el ejército no estaba dispuesto a admitir una purga que disminuiría parte de sus cargos y de sus privilegios.

Ramón y Marcelo, republicanos, afiliados a la CNT, con las mismas ideas políticas, no podían evitar discutir sobre sus distintos puntos de vista.

—Creo que nos están engañando, Ramón. Mucho hablar de reformas, pero yo no estoy viendo ningún cambio.

—Vamos, Marcelo, solo hace cuatro meses que llegó la República. ¿Qué quieres?

—Pues no sé, que mejoren la situación laboral, por ejemplo.

—Ten paciencia, todo llegará. Las cosas no se hacen de un día para otro.

—Porque este gobierno no tiene lo que hay que tener. Si fuera yo metía un puñetazo en la mesa y ponía a los empresarios en su sitio.

—Sí, claro, si fueras tú. Pues mira qué te digo, el asalto y la quema de iglesias y conventos no está favoreciendo mucho las cosas.

—Por mí que lo quemen todo.

—No es así, Marcelo, no es así. No podemos pedir por un lado y comportarnos como salvajes por otro.

—Además, por qué sacas eso ahora. Estábamos hablando de la cuestión laboral.

—Vale, anda, vamos a cambiar de tema. Quería preguntarte por Eloísa, ¿cómo va?

—Cada vez peor, no hay nada que hacer. Le queda poco tiempo. Pero no quiero hablar ahora de eso —dijo Marcelo con voz quebrada. Voy para casa, a ver si mi suegra me hizo algo rico para cenar.

—Patatas fritas con huevos o tortilla, ¿qué prefieres? —dijo Ramón despidiendo a su amigo con una sonrisa triste en los labios que pretendía ser alegre.

—Una vez dentro del estómago ya no importa, así que lo que me dé será bien recibido, que estoy muerte de hambre —respondió Marcelo.

—Tienes razón, ya dentro…

—Revuelto —sonrió forzadamente Marcelo.

—Como nosotros —masculló entre dientes Ramón sin que nadie lo escuchara haciendo alusión a las desavenencias entre socialistas, republicanos y anarquistas.

Ramón saludó a unos parroquianos que entraban, apuró su vaso de vino, pagó y marchó para casa. Allí también tenía muchas discusiones con su suegra, aunque sin hablar directamente con ella y siempre sin darle la razón, por mucho que alguna que otra vez le pareciera que hablaba con buen juicio. Estaba preocupado, las cosas no iban bien y tenía miedo a una involución, aunque la República parecía que había llegado para quedarse. O eso esperaba.

Ramón llegó a casa y Marina le preparó la cena. Luisa, sentada en el otro extremo de la cocina, repasaba calcetines sumida en sus pensamientos. Se sentía confusa. Se había proclamado la República y el rey había escapado como una rata cobarde. Su yerno y casi todos sus vecinos al principio estaban locos de alegría como si su vida hubiera cambiado. Sin embargo, en muy poco tiempo se habían dado cuenta de que todo seguía igual y de la euforia habían pasado a la desilusión. ¿Qué se habían imaginado? Parecía mentira que personas como su yerno, que se las daba de entendido, hubieran creído que los ricachones iban a abrir sus cofres para repartir con los pobres. Ella ya había vivido lo suficiente para saber que, gobernase quien gobernase, a la gente humilde no le quedaba más que trabajar como burros por cuatro perras gordas. Y las cosas no iban a cambiar por mucho que dijera Ramón. ¡Qué estúpido era! Pero ella no decía ni palabra. En cambio su hija ponía cara de boba oyéndolo hablar y luego repetía a quien quisiera escucharla todo cuanto decía su marido. Pero ya se daría cuenta, no tardando, de que su vida iba a seguir siendo la misma; horas y horas cosiendo y bordando sin parar para llevar un poco de dinero a casa, además de limpiar, fregar, cocinar y cuidar a los niños, como siempre se había hecho. Tenía que convencerla para ir a ver al párroco. Él sí que se explicaba bien, haciendo ver a sus feligreses los peligros que los acechaban. Lo de la igualdad y la

justicia lo veía bien. Lo de república o monarquía no le rompía la cabeza, el rey con su comportamiento la había desilusionado. Al final, había comprendido que no era más que cambiar de dueño. Pero a la Iglesia y a los curas que no se los tocara nadie. Eso sí que no.

«¿Qué habían hecho ellos para que todos se pusieran en su contra?», preguntaba don Emeterio a sus feligreses. Él mismo respondía de inmediato. «Nada. No hemos hecho nada malo. La Iglesia siempre ha sido la casa de todos vosotros. La Iglesia cuida vuestras almas atormentadas y vuestros cuerpos hambrientos. ¿Acaso no os he dado yo de comer cuando no teníais nada que llevaros a la boca? ¿Acaso no os he proporcionado abrigo cuando fue menester?».

Luisa lo escuchaba asintiendo con la cabeza. Ella nunca le había pedido nada, pues no había estado tan necesitada como para mendigar comida, pero sabía de muchos otros que habían acudido a don Emeterio recibiendo su ayuda. Era un hombre de buen corazón y un buen sacerdote. Sin embargo, en el barrio ya se oían voces en su contra. Y Luisa eso no lo entendía. Por qué no seguían con sus cosas sin meterse con la Iglesia. ¿Acaso era necesario atacarla con rabia como hacía Ramón, siempre hablando de quitar de en medio a los curas? ¿Qué le habían hecho a él? Además, ya tenía la República con la que tanto soñaba. Así que aquí paz y después gloria, se dijo a sí misma, autoconvenciéndose de que ya todo quedaría arreglado y la vida seguiría su curso, trabajando como siempre y, quizá, solo quizá, en mejores condiciones.

Por su parte, don Evaristo había recibido la llegada de la República con total indiferencia. Nadie sabía qué pasaba por la cabeza de ese hombre, como tampoco sabían nada de su vida anterior. Tomás y Álvaro se ilusionaron, con el anhelo de que los nuevos tiempos aliviaran su situación. Estaban cansados de vivir su amor a escondidas y aunque no esperaban poder proclamarlo en público, sí esperaban una cierta tolerancia hacia las personas a las que les atraía su mismo sexo. Sin embargo, les preocupaba la intranquilidad que se respiraba en las calles. La inseguridad iba en aumento y a menudo sus miradas se cruzaban con otras cargadas de odio.

Raquel seguía viviendo ajena a los acontecimientos políticos. Amaba a Bruno, iba de compras, al cine, paseaba, don Evaristo la trataba como a una hija, sus amigos la distraían y la mimaban. Todo seguía igual que antes de las elecciones. Sabía que Bruno no estaba contento con el nuevo gobierno, pero procuraba no dejarle hablar de esas cosas.

Para celebrar su cumpleaños, Raquel había comprado un bonito y caro vestido, un bolso y unos zapatos. Cumplía veintitrés años, su mayoría de edad, y pensaba celebrarlo por todo lo alto, aunque no sospechaba hasta dónde llegaría esa altura.

Sus amigos la despertaron por la mañana. La felicitaron y le dijeron que le habían preparado un regalo muy especial. Pese a su insistencia tenía que esperar hasta la tarde para recibirlo.

Raquel se preguntaba cuál podía ser ese regalo misterioso mientras se arreglaba para salir a comer. Se vistió y se miró al espejo. Conservaba intacta su belleza juvenil y la espectacularidad de su cuerpo no había sido deformada por los partos. Sonrió alegrándose de su estado de mujer soltera y despreocupada, admirando la espléndida pulsera que le había regalado Bruno.

En el portal la esperaban Álvaro, Tomás y don Evaristo, vestidos con sus mejores galas. Los tres hombres lanzaron miradas de admiración al verla descender por la escalera. Los cuatro comieron en uno de los restaurantes de moda, donde degustaron sabrosos manjares regados con buen vino. Tras el postre, brindaron con champán. Al salir del restaurante se dirigieron a la parada de taxis. Le vendaron los ojos a Raquel y fueron en busca de la ansiada sorpresa.

—Ya hemos llegado —dijo Tomás quitándole la venda.

—¿Dónde estamos? —preguntó Raquel desorientada, tratando de aclarar su visión borrosa.

—En Las Mestas. ¿No lo ves? —contestó un jovial Álvaro, ofreciéndole su mano para ayudarla a salir del coche.

—¿Qué hace aquí tanta gente? ¿Qué se celebra? —preguntó Raquel sorprendida al ver una multitud variopinta.

Raquel estaba a punto de subir por primera vez a una avioneta. El señor Puga, su dueño, ofertaba vuelos sobre la ciudad al precio de veinticinco pesetas. La mayoría de los allí congregados no podían ni soñar en gastar ese dinero, pero disfrutaban viendo a la avioneta despegar, volar y tomar tierra entre grandes aplausos.

Raquel comenzó a dar palmas cuando se enteró, aunque al momento se estremeció de miedo. ¿No era peligroso? ¿Y si se caía? ¿Seguro que no pasaba nada?

Subió a la avioneta con un ligero temblor en las piernas. Al despegar el vuelo, su estómago pareció llenarse de mariposas traviesas, pero pronto se tranquilizó. Era una sensación maravillosa observar la ciudad desde lo alto. La playa, las calles, los edificios, todo parecía diferente a esa altura. Recordaría ese día como una de los más emocionantes de su vida. Solo le faltaba Bruno. Con él, la felicidad hubiera sido absoluta.

Los trabajadores, en cambio, continuaban con su lucha por lograr mejoras. Los enfrentamientos, tanto en los centros de trabajo como en la calle, eran constantes debido a la tensión y al descontento. La CNT, fuerza hegemónica en la ciudad, se convirtió en el motor de esa insatisfacción, sacando a la gente a la calle, siendo atacada tanto por socialistas como por republicanos.

En Gijón, el gobierno republicano iba perdiendo el apoyo popular por falta de medidas a favor de los trabajadores. La oligarquía tampoco se fiaba de ese gobierno recién salido de las urnas.

En diciembre se aprobó una Constitución que definía a España como «República democrática de trabajadores de todas clases», con una vasta declaración de derechos y libertades, como el matrimonio civil, el divorcio, la equiparación de los hijos

ilegítimos a los legítimos, el derecho al voto de las mujeres o el derecho a la educación. El Estado pasó a ser laico, se prohibió a la Iglesia ejercer la docencia y se la privó de sus ingresos, aunque se mantuvo la libertad de culto.

Los ciudadanos intentaban mantener la esperanza de que a partir de ese momento se acelerarían las reformas por las que tanto tiempo llevaban suspirando.

18

En julio de 1932, Raquel contrajo matrimonio civil con don Evaristo, su esposo, su tapadera. Cuando Bruno le habló de esa boda quedó confundida, sin entender nada, mientras en su pecho se formaba una bola angustiosa que pronto se tornó en lágrimas.

—¿Cómo puedes pedirme eso? ¿Casarme yo con ese vejestorio? ¿Estás loco o qué? Si ya no me quieres dímelo y lo entenderé —gritó con la voz entrecortada.

—Tranquila, mi vida. No es lo que piensas. Ven aquí y escúchame —dijo Bruno sentándose en el sofá, invitando a Raquel a hacer lo mismo.

Raquel, aunque a regañadientes, se sentó a su lado. Bruno le cogió las manos entre las suyas, la miró a los ojos y le dio un beso suave, lleno de cariño.

—Llevo mucho tiempo pensando qué hacer, Raquel, y no encuentro mejor solución que esa.

—Podemos seguir como hasta ahora. ¿Qué problema hay después de tantos años?

—Mi mujer, Raquel. Cada día está más celosa. Quiere que acabe contigo y te está difamando.

—¿Y qué importa eso?

—Mucho. Anda soltando una calumnia tras otra por la ciudad. Te tilda de prostituta y ladrona y dice que en esta casa se celebran orgías. No puedo con ella, Raquel, y temo por ti.

—Nadie se meterá con don Evaristo. Es un hombre rico, nadie le hará nada.

—Pero a ti sí.

—Ahora ya no es como antes, vivimos en una república y el amor es libre.

—El amor quizá sí, pero otras cosas no. Mi mujer no es buena, Raquel, la conozco bien, y es capaz de denunciarte por haberle robado algo.

—Sí —rio ella—, le he robado el marido.

—No lo tomes a broma, puedes tener muchos problemas y yo no estoy seguro de poder protegerte.

—Pero por qué ahora, después de tanto tiempo. Ella sabe desde siempre, ¿no?

—Porque antes era joven y de aspecto agradable. Ahora, tras darme cinco hijos, se ha convertido en una mujer gorda, fea, ajada y amargada. Y tú, sigues siendo tan bella… —dijo Bruno acariciándole la cara.

—Déjame —protestó Raquel apartándole las manos—. Si no hicieras parir a tu mujer sin descanso, a lo mejor nos dejaba tranquilos. Seguro que hacéis el amor todos

los días.

—¿Está celosa mi niña de los ojos verdes? —sonrió Bruno.

—No, ¿por qué iba a estarlo?

—Mi amor —dijo volviendo a cogerle las manos—. Me acuesto con mi mujer, sí. Pero solo para cumplir con mis deberes maritales. Lo que pasa es que ella es demasiado fértil. Ya ves, hasta parió gemelos. Y que conste que estoy encantado con mis hijos, los adoro. Pero solo te quiero a ti, bien que lo sabes. Y estoy preocupado por tu futuro. ¿Es eso malo?

—No creas que vas a convencerme con tus zalamerías. No me casaré con don Evaristo. No pienso acostarme con ese viejo por mucho que lo aprecie.

La carcajada de Bruno resonó con fuerza. Él también se había molestado cuando don Evaristo le habló de la boda como posible solución. Estaban tomando un café mientras trataban de unos negocios que llevaban entre manos y Bruno se confió a él. Llevaba tiempo preocupado por Raquel y no solo por la maledicencia de su esposa. Si a él le pasaba algo la mujer de su vida quedaría desamparada, sin más posesión que sus joyas y sin nadie que velara por ella.

—Se puede casar conmigo. Así tendría la vida asegurada.

—¿Pero qué dice usted? ¿Está loco? —había sido la respuesta airada de Bruno ante la propuesta del anciano.

—Escúchame con atención, Bruno. Te tengo en gran estima y a Raquel la quiero como a la hija que no tuve. Si se casa conmigo se acabarán las murmuraciones. Además, no tengo familia. Para mí sería una gran satisfacción dejarle toda mi fortuna, el edificio incluido. Sería mi heredera legítima. Si nos casamos su vida quedará asegurada para siempre.

—Ya, pero…

—Espera, déjame seguir hablando. En cuanto a lo que estás pensando no te preocupes. No tengo ningún interés en hacer valer mis derechos como marido. Será un buen trato para todos. Solo eso.

—Entonces…

—Las cosas seguirían como hasta ahora, aunque tendríamos que disimular con las criadas. Algo tan sencillo como preparar una habitación para Raquel en mi casa con parte de su ropa y de sus joyas. Ninguna criada se extrañará si sigue manteniendo también el piso de arriba, con tantas cosas como tiene. Después, salir juntos a pasear, a comer o al cine. Además, Tomás y Álvaro pueden acompañarnos, para eso son mis sobrinos, ¿no? —dijo el hombre con ironía.

Bruno quedó callado, meditando, rumiando las palabras de su amigo. Nunca se le había pasado por la cabeza algo parecido, pero tenía razón, con esa boda Raquel se convertiría en una decente mujer casada y la fortuna de don Evaristo quedaría en sus manos cuando él falleciese. Era un plan perfecto. Ese hombre era una joya, solucionaba todos sus problemas.

Los razonamientos de Bruno acabaron convenciendo a Raquel. Le estaba poniendo delante la oportunidad de ser rica para el resto de su vida. Y se fiaba de don Evaristo.

La boda causó un gran desconcierto en los círculos burgueses. Don Evaristo, aunque se prodigaba poco socialmente, era de sobra conocido por su posición acomodada y por el misterio que rodeaba su vida. En cuanto a Raquel, era un secreto a voces que se trataba de la amante de Bruno. Las murmuraciones iban de casa en casa, de café en café y de tertulia en tertulia. Nadie lo entendía. Pero eran conscientes de que, a partir de la boda, no podrían decir ni una palabra contra esa mujer. Merceditas tuvo un ataque de rabia y durante dos meses no permitió que su marido se acercara a su dormitorio, algo que Bruno agradeció.

Tras certificar el matrimonio, fueron a comer al afamado restaurante Mercedes, donde degustaron exquisitos manjares regados con buen champán francés.

Como regalo de boda don Evaristo le entregó a Raquel un collar de oro con esmeraldas. Raquel quedó maravillada. Era la joya más hermosa que había visto nunca.

Sus amigos le dieron un sobre. Lo abrió intrigada. Lo leyó. Dio saltos de alegría. Los recién casados y sus supuestos sobrinos iban a viajar en coche durante diez días, recorriendo las ciudades, pueblos y lugares más bonitos de Asturias. Fueron días felices en los que una fascinada Raquel no se cansaba de admirar lo hermosa que era su tierra. Nunca había salido de Gijón, salvo para ir a Covadonga y pidió volver a ese lugar mágico. El viento a través de la ventanilla abierta, el olor a mar, a bosque, a tierra, las comidas y las cenas en restaurantes lujosos, la estancia en los mejores hoteles, las risas de sus amigos, la sonrisa cómplice de don Evaristo, al que tuvo que aprender a llamar Evaristo y a tutear, formaron un cóctel completo de felicidad que solo la ausencia de Bruno conseguía empañar.

Luisa no cabía en sí de satisfacción. La noticia de la boda de su hija había llegado al barrio y ella podía volver a caminar con la cabeza bien alta. Aunque Marina y Ramón comentaban lo raro que les parecía ese enlace, ella no se hacía preguntas. Raquel se había convertido en una mujer casada y ya no habría lugar para dimes y diretes. Además, según decían, el hombre era muy rico. Y muy viejo también. Pero qué importaba. Quién iba a decir que su Raquel acabaría siendo una señora de verdad, de las que caminaban de punta en blanco por la calle Corrida cogidas del brazo de su marido. Una señora como a las que ella se había visto obligada a servir. A lo mejor hasta podían tener hijos. Raquel aún era joven. Estaba a tiempo.

Marina le preguntó a Tesa sobre esa extraña boda. No comprendía que su hermana fuera amante de un hombre y de repente se casara con otro que, para colmo de males, debía de tener sesenta o más años. Tesa no pudo decirle nada. Raquel le había dado la noticia como si le dijera que iba a comprar un vestido nuevo. Después todo fueron compras, movimiento y alegría. No sabía más y tampoco quería saber. Bastante tenía ella con su vida como para preocuparse de la de los demás. Por otra

parte, se alegraba de esa boda porque Raquel dejaría de ser una querida para convertirse en una mujer casada. Y eso era bueno para ella.

Su nueva condición no supuso un gran cambio en la vida de Raquel, aunque sí la ayudó a cumplir alguno de sus sueños. Algo tan sencillo como entrar en el Café Dindurra del brazo de su marido. Había pasado muchas veces por delante, observando con disimulo a los hombres y a los matrimonios que llenaban el café. No había ninguna ley que le impidiera entrar sola, pero lo impedía la ley social. Hubiera sido un escándalo. Y no quería perjudicar a Bruno.

Raquel se sentó al lado de una de las ventanas. Quería ver pasar a los viandantes. Observar las caras que miraban de reojo porque no podían entrar allí por diferentes motivos, el principal el económico. Don Evaristo permanecía en silencio, preguntándose qué pasaría por la cabeza de su mujer, a la que llamaba «mi niña», poniendo de alguna manera una distancia entre ellos como hombre y mujer.

También estaban distanciados como hombre y mujer, Tesa y Julián. El matrimonio no funcionaba. Julián, además de beber mucho, era también un mujeriego. Cualquier cosa que llevara faldas atraía su atención. Tesa sufría en silencio. No soportaba cuando llegaba bebido, pero ya no decía nada. No merecía la pena. El altercado más grave lo habían tenido cuando él intentó ponerle la mano encima. Tesa estaba planchando y no se amilanó.

—Como te atrevas a levantarme la mano te estampo la plancha en la cabeza —dijo con la plancha caliente en alto dispuesta a cumplir su amenaza.

Julián entendió que su mujer hablaba en serio. Ya le habían advertido que era buena, pero con orgullo, y que sabía sacar las uñas si era necesario. La discusión había comenzado cuando Julián se enteró que Tesa estaba trabajando en una casa del centro.

—¿Es verdad que andas sirviendo en una casa de ricos?

—Sí —respondió ella impasible.

—Pues ya la vas dejando.

—Seguiré trabajando aunque a ti no te guste.

—Harás lo que yo te diga.

—Haré lo que me parezca —dijo mirándolo de frente, retadora—. Si tú no gastaras en vino lo que necesitamos para comer, yo no tendría que salir de casa a buscarme la vida.

—No me calientes, mujer.

—Mejor callas la boca. Y que te quede claro ya para siempre. Tú no eres nadie para decirme lo que tengo o no tengo que hacer.

—Soy tu marido.

—Lo sé y por eso nunca te faltaré al respeto. Me enseñaron a ser una mujer honrada y lo seguiré siendo. Pero hace falta dinero en casa y como no lo traes tú lo traeré yo. Y no se hable más.

Julián quedó callado. Sabía que su mujer tenía razón. Sabía también que tenía que dejar la bebida. Se hacía esa promesa todos y cada uno de los días, pero sus pies parecían cobrar vida propia en cuanto bajaban del tranvía, llevándolo directamente al bar en contra de su voluntad. Qué iba a hacer él.

Santiago, como su hija, sufría en silencio. No quería meterse en los asuntos del matrimonio, pero tenía que contenerse cuando veía a Julián. Apenas le dirigía la palabra y de buena gana le daría una buena tunda. Pero Tesa era trabajadora y resuelta. En su casa no faltaba un plato en la mesa y el pequeño Armando tenía ropa de abrigo y zapatos en los pies. Estaban hablando de cambiar de casa, a la calle Consolación. La buhardilla era demasiado húmeda y oscura. Santiago lo estaba deseando. Tesa seguiría cerca de su familia y él no sentiría llegar a su yerno todas las noches. Poco podía imaginar Santiago que su hija pensaba en el divorcio.

Por las noches, mientras su marido roncaba a su lado, Tesa pensaba en lo bien que estaría sola. Viviría para el pequeño Armando, sin estar pendiente de un hombre que ya no le daba ninguna satisfacción, pues hasta el acto sexual le resultaba desagradable. Qué diferente de los primeros tiempos, cuando deseaba que Julián se acercara a ella y la acariciara para después llevarla a la cama. Cuánto había disfrutado entonces. Y qué poco había durado.

Sin embargo, cuando Tesa supo de su nuevo embarazo dejó de soñar. Dos niños eran demasiado para criarlos ella sola. Además, era consciente de que quizá sus pensamientos solo fueran sueños. El divorcio era legal, sí, pero estaba mal visto. Una cosa eran las leyes dictadas por los nuevos gobernantes y otra muy distinta las leyes marcadas por la sociedad. Y sabía que la sociedad, su sociedad, no aceptaría algo así. Ni tan siquiera su padre lo aprobaría. Debería esperar a ver cómo iban las cosas. Esperar a que otras mujeres se atrevieran a dar ese paso, aunque dependiendo como dependían de los sueldos de sus maridos para llenar las barrigas de sus pequeños, lo veía difícil. Puede que las señoras de las casas ricas lo tuvieran más fácil. O puede que no. No sabía. Ellas también dependían del dinero de sus esposos, como todas.

En enero de 1933, en un parto aún más rápido que el primero, Tesa dio a luz a una niña que llamó Blanca. Esta vez Julián se acercó al bar a celebrarlo pero volvió pronto a casa. Su hermano y su suegro se encargaron de que así fuera. No hizo falta usar la fuerza ni las palabras. Ramón y Santiago se miraron a los ojos. Asintieron. Cogieron cada uno de un brazo a Julián y lo sacaron con suavidad del bar.

La nueva casa de la calle Consolación rezumaba luz y, además, tenía un patio grande donde los niños podían jugar sin peligro. Tesa se sentía feliz.

Sin embargo, una nueva preocupación había llegado a su vida. La niña tenía una naturaleza enfermiza. Cuando no era un catarro, era una bronquitis o algo peor. Las visitas al médico y a la farmacia se hicieron habituales y muchas noches iba a la cama sin cenar para poder darles algo a su marido y a su hijo. Por suerte, el abuelo pagaba en la farmacia con gallinas o con huevos. Y le daba dinero a Tesa para el médico. Blanca, además de ser su nieta, era la primera niña de la familia tras el nacimiento de

ocho varones y Santiago quedó prendado de ella en cuanto la vio. Cuando sabía que estaba enferma, a la vuelta del trabajo, se acercaba a casa de su hija y no marchaba tranquilo hasta comprobar que la pequeña iba mejorando.

Blanca también recibía cuidados y mimos de la familia de su padre. Marina la cuidaba por las mañanas para que Tesa pudiera trabajar y se convirtió en el juguete preferido de su prima Lena, que cumplió once años el día que ella nació. Esa casualidad hizo que la chiquilla se sintiera unida a su prima por algo más que por un lazo familiar.

Solo le faltaba a Blanca el amor de su padre, que seguía prefiriendo el vino a cualquier otra cosa en el mundo, incluso más que a sus propios hijos.

19

Apenas dos años después de su nacimiento, la joven República ya estaba muy desgastada. En agosto del año anterior había resistido el golpe de Estado del general Sanjurjo, pero la muerte de unos campesinos anarquistas en Casas Viejas, en la provincia de Cádiz, a manos de los Guardias de Asalto, le restó muchos apoyos y le sumó muchas antipatías.

Envuelta en una gran crisis económica, debilitada por los ataques de la patronal, de la Iglesia, de la oligarquía, de los nacionalistas, y por las movilizaciones masivas organizadas por la CNT, se empezó a hablar de unas nuevas elecciones como única solución. El temor era la reorganización de la derecha, la fragmentación de la izquierda, la llamada a la abstención de los anarquistas, y el voto de la mujer.

Los mítines, las huelgas y los enfrentamientos, formaban parte de la vida cotidiana de los gijoneses, al igual que lo hacían la cultura, la diversión y el deporte. Los programas de alfabetización, las bibliotecas, los recitales de poesía, las charlas y conferencias, permitían que la cultura estuviera al alcance de todos.

La diversión estaba asegurada con cines, teatros, fiestas, romerías y celebraciones varias. El fútbol, la natación, el boxeo y el atletismo permitían acceder al deporte, que contaba con un buen número de practicantes y aficionados.

Las costumbres se habían distendido. Los vestidos de las mujeres, aligerados de tela, dejaban los hombros al descubierto y el largo de las faldas se acercaba a las rodillas. Los viejos y pesados bañadores de los años veinte dieron paso a los maillots femeninos de una sola pieza y al uso del pantalón o *slip* sin peto masculino. En la playa, o desde su paseo, los hombres posaban la vista sobre los alegres y descubiertos cuerpos femeninos.

Raquel, siempre a la última moda, disfrutaba del sol, del aire marino y de los baños de mar enfundada en preciosos maillots que resaltaban a la perfección las curvas de su cuerpo. La playa, al igual que para la mayoría de los gijoneses, constituía uno de sus entretenimientos favoritos. Adoraba el verano y su vida relajada y alegre. A menudo, ocultos entre el tumulto de hombres apostados en la barandilla, los ojos de su esposo no la perdían de vista.

El 15 de julio de 1933, Raquel, acompañada de su marido, estaba bien situada para ver la inauguración de una nueva escalera de acceso a la playa que iba a ser conocida como La Escalerona. Soplaba un molesto viento del oeste y tal parecía que

se fuera a formar una galerna, pero eso no impidió la asistencia de un público numeroso.

—¡Qué escalera más bonita, Evaristo! ¡Mira! ¡Mira!

—Calla, que quiero oír lo que dice el alcalde.

El alcalde, acompañado por una buena comitiva, inauguró la escalera monumental cortando una cinta y dando un discurso muy aplaudido por los asistentes al acto.

—Falta hacía esa escalera, porque me agobiaban mucho esas colas llenas de gente que se formaban para bajar o para subir.

—Es que la otra era demasiado pequeña. Ya verás ahora qué bien, Evaristo. Ahora vas a poder bajar a la playa con toda tranquilidad —dijo Raquel con un mohín mimoso, cogiendo a su marido del brazo, tratándolo como solía hacer, como si fuera un padre mayor y cansado.

La nueva escalera fue recibida con júbilo por la sociedad gijonesa. Cada vez más gente se atrevía a adentrarse en el mar o a saltar las olas, sintiéndose seguros bajo la atenta mirada del equipo de salvamento. Otros ocupaban sillas con toldos para protegerse del sol mientras observaban el ir y venir de las numerosas personas que paseaban por la playa como si fuera una calle del centro. Era un lugar de reunión y encuentro de todas las clases sociales, aunque las más pudientes preferían usar las instalaciones del Club de Regatas.

Ramón también había visto la inauguración de La Escalerona a cierta distancia. Y a distancia vio a su cuñada. Ya era una mujer hecha y derecha, no la chiquilla que había conocido. Parecía feliz con su marido, pero se le hizo raro verla con un hombre tan viejo. Entró en el agua. Estaba fría. Había una fuerte marejada. Se tiró desde las rocas situadas tras la iglesia de San Pedro y luchó a brazo partido con las olas hasta llegar a la altura del Ateneo Obrero, donde estaba la última cuerda y donde acababa la zona recomendada para el baño. No estaba la mar ese día para infringir las normas.

Reconfortado por el baño y la larga caminata hasta su casa, pasó un buen rato leyendo la prensa mientras Marina trataba de convencer a su madre para que llevara a los niños al circo Feijoo esa tarde. Así ellos se divertirían, juntos y solos, en el Teatro Dindurra, donde actuaba la Compañía Ramper con Estrellita Castro.

Mientras leía, Ramón ponía de continuo ese gesto de enfado que Marina le conocía tan bien. Las noticias del periódico no dejaban lugar al optimismo. Los políticos estaban enzarzados unos con otros y en la calle no era distinto. Había disturbios y peleas por todas partes, a veces con heridos e incluso muertos.

Cuanto más noticias políticas leía, más contento estaba Ramón de haberse afiliado a la CNT, preocupada tan solo por mejorar la vida de los trabajadores. Y estaba de acuerdo con las huelgas como sistema de lucha. Si los obreros no se movían, el gobierno por sí solo no haría nada. Quizás incluso no pudiera hacerlo, viendo cómo era atacado tanto por las fuerzas de derecha como por las de izquierda.

Por eso él no quería saber nada de afiliarse a un partido político. Parecían hienas tratando de comerse unas a otras.

Ramón torció el gesto al leer la noticia de un altercado en un bar. Le molestaba que hasta los bares tuvieran su propio público. Le parecía normal no mezclarse con gente de derechas, pero por qué no podían confraternizar y hablar socialistas con comunistas o anarquistas, personas todas de mentalidad de izquierda. No era así. Si un grupo entraba en un bar que era territorio de otro grupo, la gresca estaba asegurada. Y de esa manera las cosas no podían ir bien.

En agosto, Gijón recibió la visita de Azaña. Tras una comida en el Club de Regatas con las autoridades, el delegado de Hacienda donó al ayuntamiento el cerro de Santa Catalina como muestra de buena voluntad.

También se concedió un préstamo al ayuntamiento, a pagar en cinco años y sin interés, con el objetivo de ampliar la red de alcantarillado, lo que serviría de paso para disminuir el elevado número de parados y lo que motivó una nueva discusión entre Ramón y Marcelo.

—Estos solo hacen las cosas para arañar votos —decía Marcelo malhumorado.

—La cuestión es que las hagan —respondía Ramón.

—Pero no de esta manera, intentando engañar a la gente. Ya oí a unos cuantos alabar al gobierno por estas cuatro perras gordas que nos da.

—Vamos a ver, Marcelo, ¿es bueno o no ampliar la red de alcantarillado?

—Pues claro que es bueno, yo no digo lo contrario.

—Entonces no te enfades.

Apenas un mes después, en septiembre, hostigado por los terratenientes, los empresarios, el ejército, los nacionalistas, los radicales de Lerroux, la CNT, el PCE, la Iglesia… Azaña dimitió de su cargo, se disolvieron las Cortes y se convocaron nuevas elecciones para el mes de noviembre.

Finalizaban así dos años de amplias reformas laborales, agrarias, militares y educativas en las que hubo más fracasos que éxitos, destacando la masiva creación de escuelas, la elevación del salario de los maestros y la difusión de la cultura hasta en los pueblos más remotos.

Desde la muerte de Eloísa, Marcelo para matar su dolor se implicó aún más en el sindicato y también en la política. De carácter ardiente, no paraba de recoger información aquí y allá, atento a cuanto se hablaba. Si había disturbios, estaba en primera fila, dispuesto a partirse la cara con cualquier adversario, sobre todo con los grupos de facciosos que pululaban por la ciudad buscando pelea. Pese a ello, o quizá por ello, mantenía intacto su optimismo.

Ramón, en cambio, gastaba su energía en los libros. Leía cuanto caía en sus manos. Le gustaba la historia y la política, pues quería tener un conocimiento amplio del mundo que le había tocado vivir, pero sabiendo el porqué de las cosas. Con la llegada de la República la poesía entró también a formar parte de sus aficiones, ya que la generación del 27 había cobrado un gran protagonismo. García Lorca, Miguel

Hernández, Rafael Alberti o Pedro Salinas, le hacían sentir algo especial, sobre todo cuando la pequeña Lena le pedía que le leyera una poesía, que escuchaba atenta y con expresión feliz. En cuanto a novelas, Ramón J. Sénder era su preferido, aunque no desdeñaba a otros, incluso a los clásicos ingleses por los que tenía una especial querencia. Y cuanto más leía más quería leer. Se había convertido en un devorador de libros, como decía Marina.

Sin embargo, lo que más le preocupaba a Ramón eran las próximas elecciones, que se acercaban a pasos acelerados. El gobierno había decidido que votasen las mujeres y eso no le gustaba. Seguro que votaban lo que les mandaran los curas, como su suegra.

—Bueno, por fin han hecho algo decente los amigos de tu marido. En las próximas elecciones voy a ser de las primeras en ir a votar.

—Pregúntale a tu madre a quién va a votar, Marina.

—Dile que a él no le importa.

—Espero que no sea a la derecha, como seguro que le ha dicho ya don Emeterio. Menudo elemento el cura ese.

—Dile que qué tiene que decir él de don Emeterio si no lo conoce de nada —respondió Luisa como si la hubiera picado una avispa.

—No lo conozco, pero se oyen cosas.

—¿Qué cosas? —preguntó poniéndose delante de su yerno con los brazos en jarras.

Ramón se levantó dejándola con la palabra en la boca, sabiendo que eso la haría rabiar. Poco después, comió con placer un potaje de garbanzos. Estaban buenísimos, pero no dijo nada. Los había hecho Luisa.

Ya de noche, en la cama, Marina le contó que el cura les decía a sus feligreses que votaran a la derecha, porque solo la derecha sería capaz de traer la paz a las calles y a los corazones.

—Sí, a los corazones —soltó una carcajada Ramón.

—No te rías, Ramón.

—No, si no me río, esto es muy serio. Oye, y tú, ¿a quién vas a votar? —preguntó mientras sus manos se deslizaban bajo el camisón de su mujer.

—No sé, a quien me diga mi madre —respondió Marina riendo, dejándose hacer, feliz de sentir una mano traviesa entre sus piernas.

La tarde siguiente, esa conversación asomó de nuevo cuando estaba cosiendo con Tesa. Entre puntada y puntada, las dos mujeres solían hablar de sus cosas y muy pocas veces de política. A Marina ese asunto no le importaba y se contentaba con lo poco que le decía su marido. A Tesa, en cambio, le interesaba. Si no llovía ni hacía demasiado frío, su cuñado Marcelo y su hermano Antonio, solían sentarse en el patio a fumar y a conversar, casi siempre de política. Tesa, que pasaba más tiempo en casa de su padre que en la suya propia, permanecía con los oídos atentos.

—Yo voy a ir a votar, Marina, ¿y tú?

—No, Ramón dice que no vaya. La CNT pide que no se vote.

—Y a ti qué más te da lo que diga la CNT.

—Ay, no sé, Tesa. Si Ramón lo dice por algo será.

—Pues yo voy a ir a votar. Eso no me lo pierdo.

—¿A quién?

—Pues mira, todavía no lo sé muy bien. Pero votar voy a votar.

—A esos fascistas que andan montando bulla no, ¿verdad?

—Pero qué cosas dices, Marina. Votaré a algún partido de izquierdas, aunque todavía no sé a cuál.

—¿Julián no te dice nada?

—¿Qué va a decir ese?

—Bueno, mujer.

—Y aunque lo dijera tampoco le iba a hacer caso. Además, él no votará, porque por mucho que diga siempre acaba haciéndole caso a Ramón.

—¿Y tú a quién le haces caso?

—A nadie. Bueno, sí, yo oigo aquí y allá, y bueno, ya veré —dijo mirando de frente a su cuñada—. Es la primera vez que nos permiten votar a las mujeres. ¿Te das cuenta? La primera vez que tenemos la oportunidad de decidir por nosotras mismas, porque el voto es secreto. Y ahora vienen esos del sindicato con el cuento de que no votemos. Que no voten ellos si no quieren, pero yo sí lo voy a hacer.

—Mi madre también. Pero votará a la derecha, ya sabes, la Iglesia y el cura.

—Y ya que hablaste de los fascistas, ¿sabes quién anda metido en eso?

—¿Quién?

—Salvador y Sandalio.

—¿Quién? —preguntó Marina sorprendida.

—Oíste bien. Salvador y Sandalio.

—De Salvador no me extraña nada, pero el infeliz de Sandalio.

Sandalio vivía en la calle Consolación. Había cumplido ya los treinta y cinco años y nunca había trabajado ni hecho nada de provecho. Su padre, emigrado a Cuba, había regresado con un buen capital ya enfermo de muerte. Su mujer compró una de las mejores casas del barrio y decidió que ella y su hijo vivirían de rentas. Bastante había trabajado limpiando las casas de los demás como para que su único hijo tuviera que andar arrastrándose ante los ricos. Y tampoco estaba dispuesta a dejarlo relacionarse con esa turba de desarrapados que tenía por vecinos. Por otra parte, el chico, con doce años a la muerte de su padre, ya daba muestras sobradas de no servir para gran cosa, así que pensar en negocios tampoco. Lo más probable era que el dinero acabara esfumándose de un día para otro. Mejor no tentar a la suerte e ir gastándolo poco a poco, para vivir con holgura y sin necesidad de trabajar.

Vivió así Sandalio bajo las faldas protectoras de su madre, recluido en casa, sometido a sus caprichos, sintiendo un mordisco en el corazón cada vez que hacía

algo que la disgustaba hasta que, una mañana, al ir a despertarla alertado por su tardanza en levantarse, la encontró muerta en la cama.

El entierro causó una gran expectación en el barrio, hasta el punto que casi todos sus habitantes se sumaron al cortejo, pareciendo con ello que la mujer era muy querida, algo que llenó de satisfacción a su hijo. Una carroza fúnebre de color negro tirada por cuatro caballos, negros y engalanados, era mucho más de lo que se podía ver habitualmente. El cochero, un hombre de gran corpachón vestido de luto y con sombrero de copa, imponía con su presencia, pese a ir sentado. No faltaron seis plañideras que pusieron locos a los presentes de lo bien que cumplieron con su trabajo. Los dos monaguillos tirando incienso, la iglesia adornada con decenas de velas, el tañer prolongado de las campanas. Todo le pareció poco a Sandalio para despedir a su madre y protectora.

La idea no había salido de él. Asustado cuando la vio inmóvil y fría en la cama, llamó a gritos a Clotilde, la criada, la única persona con la que había mantenido contacto en sus largos años de cautiverio maternal. Ella se encargó de todo, haciéndole saber que su madre soñaba con un entierro de condesa. Sandalio le dio un buen fajo de billetes y esperó a que se desarrollaran los acontecimientos.

Al atardecer, de vuelta al hogar tras el entierro, sintió junto a la soledad un atisbo de libertad.

Clotilde lo consoló, le preparó la cena, recogió los platos y se retiró a su cuarto más contenta que de costumbre. Se había dado la satisfacción de gastar dinero sin mirar, eligiendo lo mejor de cuanto le ofrecieron. En su bolsillo llevaba unos cuantos billetes. Parte producto de la sisa, parte producto de la semana que le pagó Sandalio cuando mintió diciendo que su madre no lo había hecho. Pensó en decirle que habían acordado una subida de salario, pero a última hora le pareció excesivo. Esperaría un poco para tratar de mejorar sus condiciones.

No había enfriado aún el cuerpo de Generosa cuando Sandalio ya se había dejado seducir por los planes de Salvador, que se había presentado en su casa al día siguiente del entierro para acompañarlo un rato en su dolor. Sandalio, contento de que alguien llamara a su puerta, lo dejó entrar. Pronto fluyó entre ellos una corriente de falsa simpatía. La de Salvador movida por el interés de una casa adecuada para sus fines y de un dinero seductor. La de Sandalio por tener un amigo por primera vez en su vida.

Salvador, recién afiliado a la Falange Española, semanas antes de la formación del partido que aún no tenía ni nombre, vio en Sandalio y sus circunstancias la oportunidad de ser tenido en cuenta al poder ofrecer una casa segura para las reuniones. Sandalio se dejó llevar por ese joven locuaz y amigable que le brindaba una nueva vida, sin poder evitar pensar en la suerte que había tenido con la muerte de su madre. Algo de lo que después se arrepentía, mortificándose rezando durante una o dos horas colocando garbanzos bajo sus rodillas, castigo sufrido habitualmente desde pequeño y que le parecía proporcionado a sus malos pensamientos.

Pese a todo, Sandalio gozaba cuando al anochecer entraban en su casa varios jóvenes que pronto se convirtieron en su referente de vida. Sus palabras, sus pensamientos y hasta sus actos, penetraron en él con tal fuerza que no podía pensar en otra cosa.

Pero en el barrio los ojos y las orejas estaban siempre abiertos. Pronto se supo de sus andanzas. Clotilde mantenía la boca cerrada cuando le preguntaban las vecinas. Ella no veía nada, salvo la cantidad de copas que tenía que fregar y los ceniceros que debía vaciar. Por lo demás, una gratificación extraordinaria sellaba su boca. En el barrio no se temía nada de Sandalio. De Salvador se podía esperar cualquier cosa.

Raquel también pensaba ir a votar. Bruno le había dicho que su participación era importante. También le dijo a quién votar. Ella asintió, aunque pensaba votar a cualquier otro partido, solo por llevarle la contraria y, porque seguro que les habría dicho lo mismo a su mujer, a su madre y a sus hermanas. Total, no se iba a enterar. Según decían el voto era secreto.

Sin embargo, el día que lo vio llegar vestido de uniforme supo que votaría cualquier cosa que le dijera ese hombre. Estaba más guapo que nunca. Últimamente no paraba de hablar de su gran amor por España y de su profundo sentir religioso. Raquel pensaba que si era español normal que amara a su país, ¿no? Pero no decía nada. En cuando a la religión, su madre le había inculcado el amor a Dios y el respeto a los curas, no había nada extraño en ello.

Bruno decía que era imprescindible posicionarse en esos momentos. Los desalmados de los republicanos querían acabar con el país y con la Iglesia. No podían consentirlo. Raquel asentía a las palabras eufóricas de su amante, mientras lo iba despojando a toda prisa del uniforme. Bruno se dejaba hacer sin parar de hablar hasta que, encendido por los besos y caricias de Raquel, se limitaba a gozar. El amor entre ellos era siempre como un volcán a punto de estallar. El paso del tiempo no había apagado ni un ápice la pasión y había acrecentado el amor mutuo. Se amaban sin reparos. Conocían cada uno los recovecos del cuerpo del otro, su olor, su sabor, su tacto. Parecían dos locos ajenos al mundo que los rodeaba, como si no existiera un después, una separación.

Bruno había viajado a Madrid el domingo, 29 de octubre, para asistir en el Teatro de la Comedia de Madrid, a la celebración del acto fundacional de la Falange Española, liderada por José Antonio Primo de Rivera, hijo de Miguel Primo de Rivera.

A su vuelta, se convirtió en una de las figuras claves del partido en la ciudad, lo que provocó una nueva discusión con su padre al que no le gustaba ni su implicación en política ni el partido que había elegido.

Ya organizados y respaldados por unas siglas, la ciudad comenzó a llenarse de pintadas falangistas, invitado a los trabajadores a afiliarse bajo el lema «Patria, pan y justicia», aunque sin mucho éxito. Grupos de camisas azules, a imagen de las camisas negras italianas o las pardas alemanas, comenzaron a vender su prensa por las calles y

los enfrentamientos con los socialistas, comunistas y anarquistas se hicieron habituales.

20

El 19 de noviembre de 1933, las mujeres pudieron ejercer, por primera vez en la historia de España, su derecho al voto.

Como temían las fuerzas de izquierda, una reorganizada derecha, presentada en coalición, ganó las elecciones. Fue nombrado Presidente del Gobierno Alejandro Lerroux, republicano, líder del Partido Radical.

—La culpa es de las mujeres —decían muchas voces contrariadas.

—Sí, porque votaron lo que les dijeron los curas.

—Es que ellas no entienden de política, no las deberían dejar votar.

—Y menos a partir de los veintitrés años, si por lo menos hubiera sido a partir de los cuarenta y cinco como se hablaba.

—Ya te digo, si las mayores no tienen ni idea imagina las jóvenes.

—Y encima salieron cinco mujeres diputadas. ¿Qué van a hacer ellas en un Parlamento? ¿Pero dónde se vio?

—Bueno, ya había tres desde las elecciones del treinta y uno.

—Y dime tú para qué sirvieron.

—Pues como el resto de los hombres que las acompañaban. Para nada.

—Pues ahora, con la derecha otra vez en el sillón de mando, ya sabemos la que nos espera.

Raquel bailaba al son de la música contenta por la victoria de la derecha. La voz de la Argentinita cantando *Los cuatro muleros*, con letra de García Lorca, inundaba cada rincón de la casa. Tesa, arrodillada en el suelo, restregaba con fuerza, maldiciendo por lo bajo. Ella había votado a los suyos, a los de su clase, a la izquierda, y encima tenía que oír cómo se criticaba a las mujeres. Empezando por Julián, siguiendo por Ramón o por su padre. Hombres que no habían querido desplazarse a las urnas por no sabía ni quería saber qué razones. Y perdidas las elecciones, en vez de preguntarse qué se había hecho mal, lo único que se les ocurría era decir que el problema había sido el voto de la mujer. Pues que se hubieran acercado ellos a las urnas. Al próximo que le dijera algo le iba a soltar cuatro frescas.

El fracaso de la izquierda en las elecciones dejó al pueblo confuso e inquieto. La gente no entendía cómo habían podido ganar los republicanos radicales de Lerroux y una confederación de partidos conservadores y católicos agrupados bajo el nombre de la Ceda.

Ramón, sentado en una silla de la cocina, leía la prensa con rostro más preocupado que de costumbre. La Ceda no había entrado en el Parlamento, pero ¿hasta cuándo?, era la pregunta que galopaba por artículos y editoriales. La alianza de derechas había conseguido la mayoría de los votos y Lerroux los necesitaba para gobernar. Proteger la religión, la familia y la propiedad era su lema. Sus ideales parecían una copia exacta de los impuestos por las botas de hierro de los fascistas italianos y alemanes. Debía evitarse a toda costa que eso ocurriera. La Ceda no podía entrar en el gobierno bajo ningún concepto. Eso significaría la llegada del fascismo a España.

—Ya está la cena, Ramón —dijo Marina.

—Espera un momento que acabe de leer este artículo.

—Ese hombre se va a poner malo de tanto leer —refunfuñó Luisa dirigiendo sus palabras al aire.

—Y ciego de tanto forzar la vista —apostilló Marina.

Ramón, haciendo caso omiso a las palabras de las dos mujeres, continuó leyendo mientras Marina iba poniendo vasos, platos y cucharas sobre el hule de la mesa, mirándolo de reojo, intranquila por esa cara más seria de lo normal. Durante la cena, Ramón apenas habló, haciendo que escuchaba la alegre cháchara de sus hijos, pero Marina sabía que su cabeza estaba ausente, sumida en preocupaciones que ella no acababa de comprender. ¿Estarían tan mal las cosas como oía decir a su marido y a Marcelo? ¿O quizá sería más de lo mismo, el anuncio de una nueva huelga para pasar el mes de mala manera sin conseguir nada a cambio?

Marina no podía sospechar en ese momento los acontecimientos que se avecinaban a toda prisa y que descargarían en el barrio como una larga y peligrosa tormenta de verano.

Durante los dos primeros y convulsos años de vida de la República, los trabajadores se habían movilizado exigiendo el cumplimiento de las promesas hechas por el gobierno, cuyas reformas no les acababan de satisfacer. La llegada al poder de Lerroux fue transformando la frustración en indignación al comprobar que no hacía más que anular, a base de decretos, las reformas emprendidas por Azaña. El movimiento obrero entendió que no podía esperar nada de ese nuevo gobierno. Se había convertido en su enemigo. Y había que acabar con él. Los socialistas, que habían pasado a la oposición, estaban inquietos ante la idea de que la Ceda entrara a formar parte del gobierno. Ante ese temor, comenzaron a preparar la revolución.

En los centros de trabajo, en los bares, en los domicilios particulares y en las calles la gente se reunía, hablaba y discutía. Marina y Tesa no eran ajenas al ambiente enrarecido que parecía llenarlo todo.

—No me gusta cómo se están poniendo las cosas, Marina. No sé qué va a pasar.

—¡Ay, Tesa! No me asustes tú más de lo que lo hace Ramón.

—¿Qué te cuenta?

—Casi nada, pero solo con verle la cara y el mal humor que se gasta…

—Pues yo oí que se habla de una alianza entre la CNT y los socialistas.

—¡Calla! ¿Estás tonta o qué? ¿CNT y socialistas juntos? Si no se pueden ni ver.

—Ya lo sé, pero eso dicen y cuando el río suena…

—Deja, deja, si llega a pasar eso a Ramón le da un ataque.

—Pues estará enterado porque entre el tiempo que pasa con sus amigos anarquistas y el que dedica a leer periódicos y panfletos…

—Llevo tiempo llamándolo el devorador de libros —rio Marina—. Es que no para, es como si tuviera siempre hambre de leer.

—Mejor que tenga hambre de leer que de otra cosa, que las letras se pueden leer todas las veces que se quiera. Ya me gustaría a mí que Julián hiciera lo mismo —dijo Tesa con un deje de resignación en la voz.

—Ya lo sé, Tesa. Pero cada una tenemos que torear lo nuestro.

Las mujeres cambiaron de conversación al entrar los niños a buscar la merienda. Después, entre puntada y puntada, siguieron hablando de sus cosas y de las cosas de sus vecinos.

—¿Sabes lo que se dice de Salvador y Sandalio, Tesa?

—Cómo no. Están en boca de todos.

—¿Tú crees que es verdad?

—Dicen que los vieron, así que será verdad.

—Es que Salvador siempre dio muchos problemas, pero el infeliz de Sandalio…

—Fíate tú de los infelices. A ese lo cogió Salvador por banda para sacarle los cuartos y le llenó la cabeza de pájaros. Además no ves que siempre fue un santurrón, yendo a misa con la madre y rezando el rosario a diario.

—¡Ay, pobre! ¿Qué otra cosa podía hacer? Si Generosa lo tenía dominado, no lo dejaba ni moverse. Además, Tesa, no hay nada de malo en ir a misa y en rezar —protestó Marina molesta por el comentario de su cuñada.

—No es nada malo si además haces otras cosas. Pero si toda tu vida estás metido en casa, sin trabajar, dedicándote solo a rezar… Ya ves, tanto cuento y acabó convertido en un golfo de cuidado.

—Hará lo que le digan los otros, seguro que no se atreve a negarse a nada.

—Seguro, pero no por eso es menos culpable.

—Bah, mujer, el que no tiene cabeza…

—Pues ya es bastante mayor para tenerla. Porque no son solo esas reuniones por la noche, que ya se sospecha que nada bueno hacen, pero que anden vestidos con esas camisas azules metiendo miedo, armando bulla y dando palizas…

—Yo el otro día vi a Salvador y me saludó con mucha educación.

—Para disimular. No, si en el barrio de momento no han hecho ninguna, pero en el centro ya se cuentan unas cuantas.

—Ramón dice que son como esos fascistas italianos y alemanes.

—Eso dice Julián también, y mira que ese marido mío pasa de todo, pero esos de las camisas azules no le gustan nada.

—¿Tú crees que habrá problemas gordos, Tesa?

—No lo sé, Marina. Como siempre hay tantos líos yo ya no sé si la cosa se puede poner peor.

—Eso mismo pienso yo.

Tal como había oído Tesa, unos meses después de las elecciones, nació la Unión de Hermanos Proletarios (UHP), formada por la Federación Socialista Asturiana, la UGT, y la CNT de Asturias, León y Palencia.

El Partido Comunista criticó con dureza esa alianza obrera que pretendía ser el principio de la unión de toda la izquierda revolucionaria, pero a última hora se integró en ella. Ese acuerdo fue singular, ya que en el resto del país la CNT se negó a pactar con los socialistas.

Ramón y Marcelo, formaban con Aquilino y Luis el grupo conocido como «Los cuatro jinetes» por ir siempre juntos a las reuniones que se celebraban en la Casa del Pueblo o en algún bar del centro cuando el local era clausurado, algo que sucedía con relativa frecuencia.

—No puedo creer que la asamblea nacional reunida en Barcelona nos haya excomulgado por pactar con los socialistas. ¿Pero quién se creen que son? —dijo Luis dando un puñetazo en la mesa.

—Los mandamás, como en todos los sitios. A ver si te enteras —respondió Marcelo.

—Pero ellos no son nadie para decirnos lo que tenemos que hacer —dijo Aquilino con un vozarrón acorde con su cuerpo.

—Hombre, hay que reconocer que los socialistas siempre fueron enemigos nuestros. No hace falta recordaros cuánto se hizo desde este sindicato para ningunearlos. Y ahora, ir con ellos de la mano… no sé. Igual lo que a nosotros nos parece normal a otros no les parece tanto —observó Ramón con palabras pausadas.

—Tú siempre igual, Ramón. ¿Pero de parte de quién coño estás tú? —preguntó Luis encarándose con él.

—¿A qué viene esa pregunta? ¿Acaso no llevo años con vosotros? —respondió Ramón ofendido.

—Sí, pero a veces no se sabe si entras o sales —apostilló Luis.

Ramón se levantó de un salto, cogiendo a su compañero por las solapas.

—A mí nadie me dice lo que tengo que hacer, decir o pensar. Y menos tú.

Marcelo se metió en medio, calmando los ánimos. No eran raros los enfrentamientos entre compañeros al tener cada uno sus propias ideas, pero el golpe recibido por la asamblea nacional había enervado los ánimos. Aquilino, que mientras que Luis y Ramón estaban discutiendo mantuvo una conversación con un recién llegado, soltó de pronto una carcajada estruendosa.

—¿Qué pasa? —preguntaron a coro los allí reunidos centrando su atención en Aquilino.

—Compañeros, que también nos condenaron en Madrid.

La forma en que Aquilino dio la mala noticia, hizo que todos acabaran riendo. Si la federación asturiana de la CNT tenía que ir en solitario, recorriendo su propio camino, no había problema. En otras peores se habían visto. Estaban acostumbrados a los frecuentes cierres de los Ateneos, de las sedes de los sindicatos, y de las Casas del Pueblo. Ellos no habían participado en la revolución de diciembre de 1933 y, así y todo, habían visto encarcelar a sus dirigentes. Que el resto de las federaciones anarquistas siguieran siendo enemigas de los socialistas no era cosa suya. Ellos estaban convencidos de que solo unidos lograrían alcanzar sus objetivos.

Los meses se sucedían entrelazados con las manifestaciones contra la política económica del gobierno. El ambiente en las calles y en los centros de trabajo estaba caldeado. Los altercados eran continuos y violentos. Asturias parecía estar situada sobre una carga de dinamita a la que solo había que prenderle la mecha. La incertidumbre impacientaba a los trabajadores. Los líderes socialistas y de la UGT comenzaron a preparar una huelga, almacenando armas, enseñando a usarlas e infiltrándose en el ejército. Se esperaba y temía a un tiempo la funesta noticia: tres ministros de la Ceda acabaron entrando a formar parte del gobierno.

De Madrid salió una orden para ir a una huelga insurrecional que fue recibida en Oviedo, en el Comité de Alianza Obrera. Desde allí, los enlaces la fueron llevando a otras localidades. Se utilizaron coches, bicicletas, motos e incluso se iba a pie. Al Comité de Gijón no acababan de llegar noticias. Creyendo que la acción se había pospuesto para el día siguiente, la gente fue a dormir a casa. Pero quince minutos antes de las doce de la noche, se logró contactar con el delegado de Oviedo. A medianoche, en el cambio del cuatro al cinco de octubre comenzó la revolución en Asturias.

De inmediato, se iniciaron los desplazamientos por el centro y por los barrios de Cimavilla, El Natahoyo, La Calzada y El Llano. Había que empezar con las labores de sabotaje cortando las comunicaciones, el suministro eléctrico y tomando las calles.

Un golpe fuerte en la ventana despertó con brusquedad a Ramón y a Marina. Ramón saltó de la cama. Abrió las contraventanas. Era Marcelo. No hicieron falta palabras.

—¿Qué pasa, Ramón? ¿Quién te llama? ¿A dónde vas a estas horas? —preguntó Marina inquieta.

—No te preocupes, no pasa nada. Anda, sigue durmiendo —dijo Ramón vistiéndose a toda prisa.

—No me digas que no me preocupe. Cuéntame lo que pasa.

—Es la revolución, Marina. La revolución.

—¡Dios mío! —exclamó persignándose. ¿Qué va a pasar, Ramón? ¿Qué va a pasar?

—No lo sé. Ojalá lo supiera.

—Pero a dónde vas. No marches, Ramón. No te metas en líos.

—Tengo que ir, Marina. Tengo que ir. Es mi deber —dijo dándole un beso suave en los labios.

Marina lo vio marchar sin poder detenerlo. Su madre, Jesús y Lena también habían despertado por los golpes y permanecían asustados en el pasillo. Cuando su marido salió de casa, Marina cerró la puerta intentando contener las lágrimas.

—Venga, no pasa nada, todos a la cama.

—Haced lo que dice vuestra madre. A dormir —dijo Luisa mirando a Marina con cariño y complicidad.

La casa volvió a quedar en silencio. Marina se acostó boca arriba, llorando quedamente, sintiendo el sonido de pasos yendo y viniendo por la calle, los golpes en puertas y ventanas, las voces susurrando. Estaba asustada y temía por su marido. Ojalá volviese pronto a casa, al menos para saber a qué se estaban enfrentando.

El viernes, 5 de octubre, las distintas fuerzas se fueron adueñando de las calles. En el ayuntamiento se reunieron las autoridades, tanto militares como civiles, declarando el Estado de Guerra y organizando la defensa de la ciudad. Se estableció una extensa vigilancia en los puntos de acceso a los barrios, quedando el centro atrincherado y con los guardias de asalto patrullando sus calles. Los barrios estaban en poder de los revolucionarios.

La huelga era total. No se apreciaba la mínima señal de actividad. Las sirenas de las fábricas permanecían mudas y sus chimeneas libres de humos. Los comercios estaban cerrados a cal y canto. Los campesinos dejaron de llevar sus productos al mercado. Los hombres, sin nada que hacer, formaban corrillos en las calles. Los niños jugaban despreocupados.

El movimiento revolucionario triunfó en Gijón, pero no se sabía nada de lo acontecido en otros lugares. Las noticias viajaban lentas o simplemente no llegaban.

Ramón pasó toda la noche yendo y viniendo de El Llano a El Natahoyo y a La Calzada. Al mediodía, recibió la orden de desplazarse hasta Oviedo para llevar un mensaje y recabar información. En el trayecto de ida no tuvo ningún contratiempo, pero en el de vuelta pinchó la rueda delantera cuando aún le faltaban diez kilómetros. Sacó la bomba de hinchar. El pinchazo era demasiado grande. El aire entraba y salía al mismo tiempo. Buscó un parche. No llevaba. Rezongando, se puso en camino arrastrando la bicicleta hasta llegar a su destino. Ya había caído la noche y en el trayecto no vio más que otras bicicletas y cuatro o cinco coches.

Ya en El Llano, se enteró de las malas noticias. A media tarde, sus compañeros se habían reunido en Tremañes. Allí guardaban un depósito de armas. Pero solo encontraron setenta fusiles y unas pocas pistolas y escopetas. La munición también era insuficiente. Su dirigente, José María Martínez, dio orden de volver a esconder las armas y esperar al día siguiente, con la esperanza de recibir refuerzos. Cansado y desanimado, Ramón se dirigió a casa. No se tenía en pie. Necesitaba descansar, comer y dormir. Sobre todo dormir.

En cuanto entró por la puerta, Marina se abalanzó sobre él para abrazarlo como si regresara de una guerra. Los niños la miraban sorprendidos. ¿Por qué lloraba su madre?

—Padre, ¿estamos en guerra? —preguntó Jesús emocionado.

—Anda, vete para la cama que ya son horas.

—Pero, padre, quiero saber qué está pasando. Los hombres no han ido a trabajar, han estado todo el día en la calle y algunos tienen pistolas. ¿Tú también tienes una pistola?

—No, no tengo pistola.

—Pero, dónde estuviste todo el día. No te vimos.

—Estuve en casa.

Los niños no entendían a su padre. No lo habían visto en todo el día. Entonces, ¿por qué decía que había estado en casa? ¿Se había vuelto loco?

—Si alguien os pregunta he pasado el día en casa, ¿de acuerdo?

—Pero padre, eso es mentir y tú nos dices siempre que la mentira es mala cosa —dijo Lena confundida.

—Esta vez es diferente, hijos. Esta vez es diferente —respondió Ramón como hablando para sí mismo.

—Vamos —intervino Luisa—. Dejad de preguntar y haced lo que dice vuestro padre. Si alguien os pregunta, ha pasado casi todo el día en casa, ¿entendido? Y para vosotros también estará en casa el resto de los días que dure este lío. Y ahora, venga, a dormir.

Los niños quedaron desconcertados con las palabras de su abuela. Por una parte su padre les pedía que mintiera. Por otra, la abuela estaba de acuerdo con él. La misma abuela que siempre le llevaba la contraria. La misma abuela que decía que mentir era pecado. ¿Qué estaba pasando? Jesús no estaba dispuesto a ir a la cama sin saber algo más.

—Padre yo quiero saber qué pasa. ¿Estamos en guerra o no?

—No, no estamos en guerra, así que vete a la cama.

—Pues si no estamos en guerra no entiendo por qué hay tanta gente con armas en la calle y por qué están montando barricadas.

—¡A la cama, he dicho! —ordenó Ramón con autoridad.

Los niños marcharon a su cuarto remoloneando. Ramón se dejó caer pesadamente en una banqueta de la cocina. Estaba agotado y hambriento, apenas había probado un bocado en todo el día. Marina le sirvió un plato con las lentejas sobrantes del mediodía y le frio patatas y un par de huevos. Ramón engulló la cena como si acabara de salir de un largo naufragio. Acto seguido, sin decir palabra, fue a su cuarto, se desvistió y se desplomó sobre la cama.

Despertó seis horas más tarde. Aún no había amanecido. Se vistió sin hacer ruido. Tomó un poco de leche con pan desmigado y salió a la calle. Tenía por delante otro día cargado de trabajo y angustia.

21

El sábado amaneció en la misma situación que el día anterior. La Guardia de Asalto y la Guardia Civil protegiendo el centro de la ciudad; los guardias municipales, el ayuntamiento; los revolucionarios, los barrios obreros.

En El Llano se fueron formando tres barricadas, la primera en La Puerta de la Villa, con ladrillos, somieres, colchones, sacos de arena o tierra, tablones, bidones llenos de piedras, vías de tren, tapas de alcantarilla, muebles rotos… cualquier cosa que pudiera servir de parapeto.

El día transcurría con una calma tensa, a la espera de noticias, refuerzos y órdenes de ataque. Solo se movían los enlaces, como Ramón, llevando y trayendo información de un barrio a otro.

Por la tarde se recibieron noticias de La Felguera. Allí había triunfado la revolución y se había instaurado el comunismo libertario. Los mineros avanzaban hacia Oviedo cargados de dinamita. En la Fábrica de Armas habían tenido lugar fuertes combates.

Las buenas noticias enardecieron los ánimos, pese a que no acababan de llegar los refuerzos prometidos por los mineros. Conscientes de su desamparo, los dirigentes ordenaron volver a Tremañes. Se repartieron los setenta fusiles y la munición, así como las bombas de mano. Se formaron cuatro grupos con la idea de tomar Cimavilla y desde allí atacar el ayuntamiento. Otros grupos se moverían por el centro para despistar a las tropas del gobierno. Necesitaban también hacerse con la estación de radio, para llamar al pueblo a la insurrección. El momento elegido fue el anochecer.

—¡Maldita sea! —murmuraba Marcelo—. Están por todas partes.

—No solo disparan desde el cuartel de la Guardia de Asalto y desde Correos, también se han situado en balcones y tejados —advirtió Aquilino.

—Lo vamos a tener difícil sin saber de dónde vienen los tiros —dijo Luis—. Esos desgraciados se han resguardado bien.

—Calla y dispara —respondió Aquilino. Es lo único que podemos hacer. A ver si entre todos conseguimos reducirlos.

—Pásame un cartucho de dinamita, que veo ahí a unos, ¿los ves? —preguntó Luis a Marcelo.

—Sí, sí, vamos a por ellos —respondió pasándole la dinamita a su amigo.

Durante la noche no cesaron los movimientos de los combatientes, los sonidos de los disparos y las detonaciones de dinamita. Los ciudadanos de uno y otro lado

esperaban insomnes el resultado, con el miedo instalado en sus corazones.

Pese a su ímpetu, los revolucionarios no lograron su objetivo, viéndose obligados a replegarse unos al barrio de Cimavilla y otros al de El Llano. Marcelo, Luis y Aquilino retrocedieron en silencio, cargando sobre sus espaldas el doloroso peso de la derrota.

El domingo la gente salió de casa con su ropa festiva para acercarse a las barricadas. Los niños, maravillados por ver algo nuevo, pedían a sus padres permiso para ir a buscar cualquier cosa inservible que contribuyera a engrandecerlas. Los mayores hacían corrillos. Parecía un domingo cualquiera, con la diferencia de que esa situación inesperada contribuía a romper la rutina, dando un plus de alegría a las calles. Los hombres se acercaban a hablar con los revolucionarios.

—¿Qué? ¿Qué tal? ¿Cómo va todo? —preguntaban.

—Pues ya ves, aquí, esperando.

—Ganaremos, ya lo verás.

—¿Ganaremos? Ganaré yo, porque lo que es tú, te veo con las manos en los bolsillos como si fueras de paseo.

—Es que yo con los comunistas ni muerto.

Algunas personas no querían ni oír hablar de luchar al lado de los comunistas. Para otros sus enemigos eran los socialistas. Los más no colaboraban por miedo a las represalias si fallaba la revuelta. También había quien defendía barricadas alejadas de su casa, como Luis y Aquilino, para evitar ser reconocidos si la lucha fracasaba. En El Llano solo los conocían Marcelo y Ramón que nunca los delatarían. Marcelo había decidido luchar en su terreno, exponiéndose a la vista de sus vecinos. No faltaba tampoco quien, tras rechazar en un primer momento su participación en la lucha, al ver a sus compañeros en las barricadas pedía un arma. Sin embargo la respuesta que recibían era ir a su casa. No había armas para todos.

Ramón apareció pedaleando con fuerza. Traía buenas noticias. Debía notificarlas al Comité, pero antes pasó por la barricada de El Llano de Arriba para animar a sus amigos.

—Llegaron buenas noticias de Oviedo. Está asediado y los mineros ya se han hecho con el ayuntamiento y con la estación del Norte.

—Oviedo es Oviedo y Gijón es Gijón. ¿Con qué vamos a defender nuestra ciudad? ¿Con los dientes? —refunfuñó Luis.

—Si hay que luchar a mordiscos, lucharemos a mordiscos —gritó Aquilino—. ¿A que sí, compañeros? —preguntó alzando el brazo izquierdo. Un grito victorioso salió de decenas de gargantas.

—No me digas, a mordiscos lucharás tú. Como no nos lleguen armas no tenemos nada que hacer —apostilló Luis—. Esos socialistas de las cuencas ya nos la han jugado. Ya tenían que estar aquí con fusiles y dinamita. ¿Y dónde están? Yo no los veo por ninguna parte. Ya os dije que no podíamos fiarnos de ellos, y mucho menos de esos de la UGT. ¡Malditos sean! —exclamó escupiendo al suelo con rabia.

—Vamos, cálmate —dijo Ramón—. Si no vienen refuerzos es porque no pueden. Tenemos que resistir hasta donde nos lo permitan las fuerzas. Ya verás cómo acaban viniendo en nuestra ayuda.

—Eso, cálmate, Luis. En las cuencas ya hemos tomado los cuarteles de la Guardia Civil y los ayuntamientos, y Oviedo está rodeado. Parece que las cosas van marchando bien —intervino Marcelo.

—Lo que vosotros digáis —masculló Luis fastidiado—. Pero como no lleguen pronto los mineros aquí no tenemos nada que hacer.

—Bueno, yo os dejo, que tengo que informar al Comité —dijo Ramón zanjando la discusión.

A media mañana, ya se había instalado en El Llano el comunismo libertario. El Comité Revolucionario ordenó requisar todos los suministros y organizó un sistema de racionamiento mediante la distribución de cartillas a las familias. El Comité de Abastos se instaló en las tiendas de comestibles, nombrando delegados por calles, encargándoles el control del número de vecinos y sus necesidades. Quien necesitara comida, ropa, calzado o cualquier otra cosa, debía pasar por el Comité para que le emitieran un vale. Sin embargo, algunas personas, en su mayoría mujeres, decidieron asaltar comercios para hacerse con alimentos y otras existencias. El Comité atajó de inmediato esos allanamientos mientras los vecinos increpaban a los responsables.

—Debería darte vergüenza, Clotilde —gritó Tesa al ver los tres panes que acababan de confiscarle—. Si estás sola en casa, para qué quieres tanto pan, aunque… —Tesa se guardó sus últimos pensamientos.

—¡Asquerosa! —gritó Oliva, otra vecina—. Estás robando el pan de nuestros hijos.

Clotilde se retiró no sin antes lanzarles una mirada cargada de odio a Tesa y a Oliva. ¿Quién se creían esas que eran? Ya les llegaría su turno.

Solucionado el tema de los asaltos, el Comité se dedicó a organizar. Se confiscaron las panaderías, en las que grupos de panaderos trabajaban gratis, a turnos, durante las veinticuatro horas del día. Era el Comité también el encargado de facilitar la harina y de calcular las cantidades diarias para que nadie se quedara sin ese alimento tan básico. Se llegó incluso a repartir el pan a domicilio, haciendo uso de los vehículos requisados. La leche y otros productos de primera necesidad se repartían primero entre los enfermos, los niños, las embarazadas y los ancianos.

Con el control establecido por calles, la tarea resultaba fácil. Los campesinos de los alrededores cooperaban con el Comité. Llevaban la leche y otros productos del campo al barrio y a cambio recibían ropa, calzado, aceite, o cualquier otra artículo que necesitasen. Se pegaron carteles pidiendo a la ciudadanía economizar al máximo, gastando solo lo indispensable. Las existencias debían durar el mayor tiempo posible.

Los empleados del sector eléctrico mantuvieron el suministro tras la huida de sus jefes. Las mujeres participaban activamente cocinando para los combatientes, llevando mensajes o prestando enseres personales como vajillas, mantas o telas para

vendar a los heridos. Los vehículos a motor se incautaron para uso exclusivo de los revolucionarios en sus labores de reparto y abastecimiento. Se montó un comedor popular y un hospital para atender a los heridos y a los enfermos. Al frente del hospital estaba el médico republicano Carlos Martínez, ayudado por dos enfermeras de La Felguera. La vida en El Llano era la de una pequeña comuna en la que todo era de todos y en la que cada persona colaboraba por el bien común.

Al mediodía, Marcelo estaba descansando un rato tras la barricada, hablando con sus amigos, cuando vio aproximarse a Remedios. Se levantó como si le acabaran de dar una mala noticia y desapareció. Aquilino y Luis quedaron extrañados de su reacción.

—¿Qué le pasa a ese? —preguntó Aquilino.

—Mejor os lo cuenta él cuando vuelva —respondió Ramón. Pero si preguntan por él… bueno, si pregunta por él una mujer, le decís que no sabéis dónde está, que hace rato que no lo veis. Y ahora os dejo, que voy a comer a casa.

—Hola, Remedios, ¿cómo tú por aquí? —preguntó Ramón a la hermana de Tesa.

—Le traigo la comida a Marcelo. ¿Sabes dónde está?

—No, pero pregunta a esos que están ahí —dijo señalando a sus amigos, aguantando la risa.

Remedios se acercó a ellos con su cazuela humeante. Preguntó por Marcelo.

Aquilino, al olor de la comida, mintió diciendo que estaba cumpliendo una orden y que tardaría en volver unas cuantas horas. Remedios, contrariada por la respuesta, hizo ademán de dar media vuelta.

—Nosotros tenemos hambre. Llevamos sin comer desde ayer por la tarde. ¿No nos podías dar un poco de eso que huele tan bien? Te estaríamos muy agradecidos.

Remedios, aunque a regañadientes, accedió. No quería quedar mal, había mucha gente alrededor. Aquilino y Luis comieron un potaje tan sabroso que no haría falta limpiar la cazuela de tanto como mojaron los restos con pan. Mientras daban cuenta del puchero, Remedios permaneció de pie, impaciente, con un rictus de desagrado en la boca. Una vez que acabaron, dio media vuelta sin despedirse.

En cuanto Remedios se perdió de vista, apareció Marcelo.

—Estuvo aquí una mujer que preguntó por ti —le dijo Aquilino con picardía—. Traía un potaje de lo más sabroso. Al parecer era para ti, pero lo hemos comido nosotros —prosiguió riéndose.

—¿Quién era? —preguntó Luis.

—No quiero ni hablar de ella. Me tiene frito.

—La verdad que guapa no es —dijo Luis.

—Muy moza tampoco —añadió Aquilino.

—Y más bien me pareció antipática —opinó Luis—. Aunque cocina bien la puñetera —rio con ganas, contagiando a Aquilino.

Marcelo eludió la conversación. Estaba harto de Remedios. Desde la muerte de Eloísa no paraba de perseguirlo, haciéndose la encontradiza por cualquier rincón de la

casa, lanzándole sonrisas cómplices, intentando rozarle las manos como por descuido. Si pudiera buscaría otro sitio para vivir, lejos de la hermana de su mujer, pero necesitaba que alguien se hiciera cargo de los niños. Y quién mejor que Pilar y Tesa para cuidarlos, una abuela y una tía que los adoraban. A Remedios no la podía ni ver. Y no la imaginaba de madre. No les haría eso a los niños ni por todo el oro del mundo. En cuanto a él, solo con imaginarse tocarla le daba repelús. Ojalá encontrara novio pronto y se largara de casa. Si Aquilino no fuera amigo suyo se la presentaría.

En el Comité reinaba la intranquilidad. Había sido informado de la llegada del buque Libertad a El Musel, con un batallón preparado para marchar sobre Oviedo. Afortunadamente el buque estaba anclado, bloqueado por un barco previamente hundido con dinamita. Pero sabían que el desembarco de las tropas era cuestión de tiempo.

Ramón llegó al atardecer de una de sus muchas carreras de enlace. Se acercó a la barricada con gesto compungido.

—Lo siento, chicos, pero traigo malas noticias. Madrid y Barcelona han caído.

—¿Quién lo dijo? ¡No puede ser! —exclamó Luis exaltado, llamando la atención de numerosas personas.

Se formó un pequeño corrillo alrededor de Ramón para escuchar las últimas noticias. Ramón les contó que la radio había informado del fracaso de la revolución en el resto del país. En Madrid las fuerzas gubernamentales habían sofocado la rebelión con rapidez, deteniendo a los principales líderes socialistas y comunistas. En Barcelona, Companys había aprovechado la situación para proclamar el Estado Catalán y la ciudad había sido intervenida por el ejército. Asturias estaba sola y aislada. Y el gobierno se preparaba para atacarla.

Un clamor de voces inundó el aire. ¿Cómo podía ser? ¿No se iba a levantar todo el país? Los habían dejado solos. No podían creerlo. Encima, no tenían armas para defenderse. Comenzaron los insultos a los mineros socialistas que no acababan de aparecer con sus promesas de fusiles y dinamita. También supieron por Ramón que habían obligado a los ferroviarios, bajo pena de muerte, a preparar un convoy para llevar a la infantería del Libertad hasta Oviedo.

—Ya hay compañeros tratando de impedirlo —dijo Ramón tratando de calmar los ánimos.

—Podrán retrasarlo, pero no impedirlo —dijo Luis—. Esto es un puñetero desastre.

—José María Martínez está al frente.

—Bueno, entonces aún hay alguna esperanza —sentenció Aquilino.

José María Martínez, dirigente anarquista, buen estratega, en compañía de unos pocos hombres hostigó al regimiento. Los ferroviarios, mediante pequeños sabotajes, retrasaban la salida cuanto podían. El tren acabó arrancando, pero a la altura de la fábrica de La Algodonera se vio obligado a parar y la tropa tuvo que pasar allí la noche. Una pequeña victoria en medio de una guerra.

Por la noche, el Comité Revolucionario recibió buenas noticias. En cuanto se tomara la capital, se enviarían refuerzos para defender Gijón.

—Promesas, promesas y más promesas. Pero ¿dónde están las armas? ¿Dónde están los hombres? Estoy harto. Nos están engañando como a chiquillos —no paraba de protestar Luis.

—Y encima ese barco que está fondeado en El Musel bombardeando la ciudad. ¿Qué pasará? ¿Dónde caerán las bombas? —preguntó Aquilino.

—¿Dónde van a caer? Seguro que encima de las casas de los ricos no. Mira, de momento yo voy a dormir un poco que no me tengo de pie. Me acercaré hasta casa para tranquilizar a mi mujer —dijo Luis.

—Vete tranquilo. Yo quedo aquí que a mí nadie me espera —dijo Aquilino.

—Suerte de ser soltero, compañero. Así nadie te llorará si llega el caso.

—Anda, lárgate de una vez que estoy harto de oírte —dijo Aquilino bostezando —. Voy a dormir un poco mientras dure la calma. Y tú, ten cuidado.

La noche cayó sobre la ciudad. La gente dormía. Solo unos pocos hombres lo hacían en las barricadas, esperando que el nuevo día trajera los refuerzos tan necesarios. Estaban cansados y desanimados, pero la convicción de sus ideas los hacía permanecer en su sitio, defendiendo lo que creían justo.

22

Aquilino despertó desconcertado. ¿Dónde estaba? ¿Quién lo zarandeaba? Restregó los ojos. Emitió un ruidoso bostezo mientras estiraba los brazos.

—Vamos, Aquilino, despierta —escuchó decir a Luis.

—¿Por qué, qué pasa? ¿Y tú qué haces aquí? ¿No habías ido a tu casa?

—Volví hace un par de horas. Te echaba de menos.

—Serás idiota —dijo Aquilino riéndose, ya despejado.

—Escucha, tienes orden de acompañar al grupo de José María para intentar frenar a esos puñeteros del batallón de infantería.

—¿Yo? —preguntó Aquilino extrañado—. ¿Por qué yo?

—Vinieron preguntando si alguien conocía los montes de la zona de Veranes. Les dije que tú los conocías como la palma de tu mano. O eso dices siempre, ¿no?

—Claro que sí. Nací allí y anda que no corrí por ellos de chiquillo. Y de mayor también.

—Pues déjate de cháchara y preséntate en el Comité. Ya va a ser la hora. Te están esperando.

—¿Y cómo no me enteré cuando vinieron?

—Porque estabas roncando como una mula vieja. No sé cómo puedes dormir a la pata suelta tirado en el suelo y con este frío. Menos mal que estaba yo aquí.

—Ya sabes que llegado el caso puedo dormir hasta de pie. Bueno, te dejo, ya te contaré a la vuelta. Y gracias, compañero —dijo Aquilino dándole a Luis un amistoso manotazo en el hombro.

El puesto de Aquilino lo ocupó Ramón, aunque sin arma. Le apetecía pasar un rato con sus compañeros. Él no sabía disparar y tampoco le apetecía aprender. No le gustaban las armas. Sin embargo, sabía que en algunos momentos eran necesarias. Menos mal que podría prestar un buen servicio a la causa con su bicicleta. Recordó el día que la había comprado, de segunda mano, pero bastante nueva. Sus hijos se volvieron locos de alegría y tuvo que llevarlos a dar una vuelta, no sin antes escuchar las recomendaciones de Marina de no meter los pies en las varillas de las ruedas, de ir bien sujetos y de tener mucho cuidado. Cuánto había disfrutado Ramón con sus hijos en la bicicleta. Lena subió en el guardabarros y Jesús fue corriendo detrás de ellos. Subieron hasta la ermita de Contrueces. Una vez allí, Jesús subió al porta bultos. La bicicleta se deslizó cuesta abajo sin frenos con sus tres ocupantes hasta llegar a la altura del río Cutis. Los niños llevaban las piernas y los brazos estirados como si

volaran. Repitieron la operación tres veces, gritando de alegría, felices de sentir una desconocida sensación de libertad.

—Ramón —interrumpió Luis sus pensamientos.

—Dime.

—¿Tú crees que saldremos de esta?

—¿Qué quieres decir?

—Que no me gusta nada cómo van las cosas. Somos pocos, mal armados y estamos solos. Si la revolución hubiera triunfado en otras regiones sería distinto, pero siendo solo nosotros mal lo veo.

—Pero vamos —respondió Ramón intentando poner una nota de optimismo—. ¿No soy yo el pesimista? ¿Qué quieres? ¿Quitarme el puesto? —hizo un amago de sonrisa.

—Ramón.

—¿Qué?

—Vete a casa. Aquí no puedes hacer nada. No te ha visto nadie en la barricada, así que si esto sale mal igual puedes librarte.

—Sí me han visto.

—Hablando con nosotros, pero no con un arma. Así que ¡venga, lárgate!

—¿Me estás echando?

—Bien sabes lo que quiero decir. Anda, vete a tu casa a dormir, llevas despierto toda la noche.

Ramón echó a andar hacia su casa para dormir unas horas sabiendo que su amigo tenía razón. Si la revolución era aplastada, no tardarían en llegar las represalias, las detenciones y las torturas. Y a él nadie lo había visto con un arma, aunque sí con la bicicleta y entrando y saliendo del Comité. Si detenían a sus compañeros él no podía quedar libre. Era uno de ellos.

La esperanza llegó con la aparición de quince mineros de Langreo con una buena carga de dinamita, prometiendo más refuerzos para antes del anochecer, algo que sirvió para elevar el ánimo de los revolucionarios. Otros compañeros habían salido hacia Oviedo, La Felguera o Sama de Langreo en busca de armas y municiones. Se confiaba en que volvieran pronto y bien pertrechados.

Unas horas después, el cielo comenzó a retumbar. Eran aviones. Cundió el pánico. Carreras incontroladas. Madres recogiendo a sus pequeños a toda prisa. Ancianos intentando correr a no sabían dónde. Chavales curiosos mirando el cielo sin el temor de sus mayores.

—Mira, son pájaros blancos —se comenzó a oír.

Mayores y pequeños colocaron sus manos de visera para ver una bandada de aves blancas balanceándose con suavidad en el aire. Volaban de izquierda a derecha, a merced del viento, hasta posarse sobre manos temblorosas, sobre el suelo, sobre las barricadas.

—Es propaganda para que nos rindamos —bramó Luis mientras leía uno de los panfletos—. Serán hijos de su madre.

—Nos piden entregar las armas en veinticuatro horas —dijo Marcelo—. Yo las entregaría ahora mismo solo por ver la cara que ponen. Deben de imaginar que poseemos un arsenal. Les entraría la risa si vieran lo que tenemos.

—Nos llaman criminales.

—Y dicen estar dispuestos a aplastarnos sin piedad, por lo tanto no nos queda otra que luchar con todas nuestras fuerzas para que eso no pase.

—Pero hay algo en lo que tienen razón de todo lo que dicen.

—¿El qué?

—Que estamos solos, Marcelo. Estamos solos. No descansarán hasta acabar con nosotros.

Marina y Luisa estaban en la cocina cuando llegó Tesa. Llevaba con ella una de esas hojas. La leyó en alto con voz temblorosa. El miedo se hospedó en los cuerpos de las tres mujeres.

—Esto no me gusta nada, Marina —dijo Tesa—. Yo estoy pensando en marchar con todos los niños a Deva. ¿Por qué no venís vosotras también?

—No sé —respondió Marina. A ver lo que dice Ramón cuando despierte.

—¿Qué Ramón y qué Ramón? Siempre Ramón. ¿No puedes decidir nada por ti misma? Mira en qué locura nos ha metido tu marido. Prepara las cosas que nos vamos. Tesa tiene razón. Hoy nos bombardean con esta porquería, pero detrás pueden venir las bombas de verdad. Y yo no pienso estar aquí para esperarlas —dijo Luisa subiendo la voz.

—No, madre, yo no me muevo de aquí hasta que hable con Ramón.

Como temía Luisa el bombardeo de fuego real no se hizo esperar. Los proyectiles destruyeron casas y edificios en el barrio de Cimavilla, además de la torre de la iglesia de San Pedro. La población, aterrada, acabó saliendo del barrio tras destruir sus propias barricadas. Mujeres, hombres y niños de rostros desencajados, marchaban en una especie de procesión triste y oscura, portando trozos de tela a modo de banderas blancas. Mezclados entre la multitud caminaban cientos de revolucionarios.

—¡Sacad a todas esas gallinas que se esconden entre sus mujeres e hijos! —gritó una voz autoritaria.

Unos seiscientos hombres fueron apartados de la comitiva. Las mujeres se abrazaban a sus maridos para que no los llevasen, siendo separados a golpes. Los niños lloraban desconsolados. Los detenidos fueron trasladados a la Iglesiona, donde sufrirían interrogatorios y torturas.

A El Llano llegó el sonido de la desgracia. Sabían que ellos serían los siguientes. No obstante, pese al miedo y a las dificultades, el barrio seguía inmerso en un cierto aire festivo, como si estuvieran viviendo su propia obra de teatro. Los hombres, sin nada que hacer, pasaban el día en corrillos, hablando de la situación y compartiendo conversación y tabaco con los defensores de las barricadas. Las mujeres, con sus

quehaceres cotidianos, salían a menudo a la calle para participar del ambiente y enterarse de las últimas noticias. Los niños correteaban ajenos al peligro.

Mientras tanto, el regimiento de infantería que desembarcó del buque Libertad se había puesto de nuevo en marcha. José María Martínez con doce gijoneses, entre ellos Aquilino y los quince de Langreo, intentaba frenarlos. Se movían de continuo, disparando desde distintos puntos para parecer más a los ojos del enemigo. La vegetación los amparaba. Los soldados no podían ver de dónde salían los disparos, por lo que les resultaba muy difícil defenderse. José María y los suyos, con su acción, consiguieron paralizar la marcha.

Por la noche, llegaron otros cuarenta hombres de La Felguera llevando con ellos un camión blindado y excesivas esperanzas.

—Ahora sí que vamos a poder repeler al enemigo —suspiró aliviado Luis.

—Ya te digo, compañero. Nadie podrá con nosotros —dijo Marcelo convencido.

La alegría duró poco al recibir la amenaza de bombardeo si no se rendían. El Comité decidió ignorar la advertencia y estableció más fuerzas en las barricadas. Sin embargo, la noticia corría de boca en boca. Los vecinos, alarmados, llenaban las calles.

—¡Nos van a matar a todos! ¡Nos van a matar!

—¡Han envenenado el agua!

—¡Nos quitarán a nuestros hijos!

—¡Los moros van a violar a las mujeres!

Las lamentaciones y los rumores se deslizaban como un río de pólvora. El miedo campaba a sus anchas y comenzaron a prepararse hatillos con lo más indispensable para salir del barrio al amanecer. El Comité trató de desmentir los rumores y dio órdenes. Las mujeres, los niños y los enfermos podían marchar. Los hombres, no. Los hombres quedarían allí.

De madrugada, una mancha oscura y uniforme se desplazaba, como una serpiente lenta, por la Carretera del Obispo hacia Contrueces. Tesa pensaba ir a Deva, a casa de la familia de su padre. La acompañaban su tía Pilar, su hermana Remedios, Marina, Luisa y todos los niños. Otras personas se dirigían a Granda o a cualquier otro lugar que los alejara del peligro. La mayoría iba sin rumbo, siguiendo las huellas de los que los precedían.

A su paso por las aldeas les ofrecían comida y refugio, aunque no había sitio para todos. Muchas mujeres y niños durmieron a la intemperie, sin apenas comida ni ropa de abrigo. Pero incluso, bajo un cielo sombrío, sin estrellas, durmiendo muy pegados unos a otros para darse calor, se encontraban más seguros que en sus hogares.

Pero no todos escaparon. Algunas mujeres, sin saber a dónde ir, teniendo a su cuidado padres enfermos y una abundante prole, decidieron quedar en sus casas confiando en que, no habiendo participado en la lucha, nada les podría pasar ni a ellas ni a los suyos.

Entre los revolucionarios los ánimos estaban por los suelos y el Comité tuvo que intervenir para evitar linchamientos. En el Cuartel de la Guardia Civil de El Llano, había varios detenidos y algunos querían hacerles pagar por los males que les estaban cayendo encima. Ya se sabía que en Cimavilla las fuerzas del orden habían detenido a todos los hombres. Ya se sabía también que otro barco con ametralladoras había atracado en El Musel.

Sin que nadie pudiera evitarlo, la casa de Sandalio se vio asaltada. No se sabía nada ni de él ni de Salvador, pero alguien más que Tesa había visto los tres panes de Clotilde. Encontraron a Sandalio escondido en un armario. Localizaron también a Salvador debajo del fregadero de la cocina, hecho un ovillo. Los apresaron. Los llevaron ante el Comité. Querían fusilarlos. El Comité lo impidió. Ordenaron que los encarcelaran junto al resto de los prisioneros. Ya habría tiempo para juzgarlos.

El miércoles las calles permanecían desiertas. La fiesta se había acabado. Ya no había curiosos despreocupados, ni muchachas charlando con los combatientes, ni chiquillos correteando con sus voces alegres.

A la Fábrica de Orueta, donde estaban reunidos los dirigentes, seguían llegando malas noticias en medio de una fuerte tensión entre socialistas y comunistas. A El Musel habían arribado varios destacamentos para sofocar la revolución, siendo los más temidos los legionarios (soldados profesionales que controlaban el norte de África) y los regulares (fuerza militar creada con personal indígena del protectorado de Marruecos, conocidos popularmente como «los moros», que causaban pánico en la población por su fama de sanguinarios).

Los legionarios no tardaron en tomar El Natahoyo y Pumarín. La Guardia Civil y la de Asalto impedía el acceso al centro. La barricada de Cuatro Caminos, a falta de municiones, se había retirado a El Llano. Estaban cercados y apenas tenían balas. Los refuerzos seguían sin aparecer. Ya no quedaba ninguna duda de que los socialistas los habían abandonado a su suerte. Sin embargo, la consigna era resistir hasta que apareciera la caballería. Después, escapar como se pudiera.

A las diez de la mañana llegaron los aviones. Eran tres, soltando su carga mortífera sobre las barricadas. Las bombas caían con su silbido característico, formando al explotar densas columnas de polvo y tierra. Los hombres les disparaban con sus armas de mala calidad y corto alcance. La munición se agotaba. Unos mil soldados avanzaban hacia ellos atacando con fusiles, con granadas, con metralletas, con bombas de mano.

—Ha llegado la hora de poner los pies en polvorosa —dijo Marcelo desesperado.

—Sí, hay que ponerse a salvo —asintió Luis.

—Yo de aquí no me muevo, amigos. Id vosotros. Yo os cubro —dijo Aquilino.

—No seas burro, y vamos. Ya no hay nada que hacer —dijo Luis cogiéndolo por un brazo.

—Digo que no voy y no voy —respondió Aquilino con firmeza.

Marcelo y Luis se miraron perplejos. Si no marchaban de inmediato tenían la muerte asegurada. Trataron de convencer a su amigo, pero fue inútil. Marcelo y Luis echaron a correr con el corazón roto, sabiendo que la vida de Aquilino quedaría allí, entre los sacos de tierra y los colchones viejos.

En la Fábrica de Orueta había varios camiones dispuestos para la evacuación, pero no había sitio para todos. Marcelo y Luis pensaron en aprovechar la canalización del río Cutis para tratar de llegar a Mareo, donde había un punto de reunión con la idea de ir juntos a través de los montes hasta Oviedo y La Felguera a continuar la lucha. Buscaron a Ramón, pero no lo encontraron. El caos era total. Los legionarios ya habían entrado en El Llano, deteniendo a los hombres, fusilando a algunos de ellos de inmediato, saqueando tiendas y casas particulares y violando a las mujeres.

Marcelo y Luis no lograron escapar. Ramón tampoco. Se encontraron los tres en la Iglesiona, donde los reagruparon con sus compañeros de otros barrios.

El diez de octubre, al atardecer, Gijón cayó ante el ataque gubernamental.

El Comité Revolucionario, desde Mareo, elaboró un manifiesto pidiendo a los trabajadores gijoneses que continuasen con la huelga, que finalizó el día dieciséis.

Las mujeres regresaron a sus casas y los hombres que quedaban en libertad volvieron a sus trabajos, aunque muchos de ellos fueron despedidos como represalia empresarial.

El día dieciocho de octubre, tras la caída de Oviedo y las cuencas, la revolución finalizó en Asturias.

El camino había quedado sembrado de cadáveres y de sueños destrozados.

23

Tesa llegó a casa de Raquel desmejorada, con el semblante sombrío, las ojeras comiéndole la cara.

—Tesa, qué ganas tenía de verte —dijo Raquel con una sonrisa de satisfacción.

—Gelita, vete al mercado —ordenó seguidamente a la criada.

—Pero si hay bastante comida, señora.

—Necesito unas cuantas cosas. Coge la cesta y trae… trae… —Raquel no sabía qué mandarle para alejarla de casa—. ¡Ay, esta cabeza mía! Ahora no me acuerdo de lo que necesitaba. Bueno, es igual. Friega las escaleras.

—Pero si están fregadas de ayer, señora —protestó Gelita.

—No me contestes y haz lo que te digo —respondió Raquel de malos modos. Les daba demasiadas confianzas a las criadas, tendría que cambiar eso. Pero no le gustaba tratarlas como habían hecho con ella. Con exigirles que hicieran bien su trabajo tenía suficiente.

Gelita se perdió escaleras abajo. Raquel cerró la puerta y echó el pestillo. Después cogió de la mano a Tesa y la llevó hasta su habitación, el lugar más alejado de la puerta. Necesitaba saber de su familia y no quería que nadie se enterase de esa conversación.

—Tesa, has estado tantos días sin venir que me tenías preocupada. ¿Cómo estás? ¿Y mi familia? Han corrido rumores de cosas terribles. ¿Sabes que hay muchos hombres detenidos en la Iglesiona? ¿Qué ha pasado en el barrio? —preguntó atropelladamente, uniendo unas preguntas con otras.

—Tranquila, Raquel, tranquila. Tu familia está bien —dijo Tesa con voz cansada —. Y yo también.

—Pues tienes muy mala cara. ¿Qué te pasa? —preguntó Raquel.

—Qué me va a pasar, Raquel, que hemos luchado y hemos perdido, como siempre, para no variar.

—Pero estáis todos bien, ¿no?

—No todos. Ramón y Marcelo, el marido de mi hermana Eloísa, son dos de los hombres detenidos. Tienes que hacer algo, Raquel. No te pido por Marcelo, que ya lo han reconocido y delatado, pero Ramón, si tú quieres, puede quedar libre.

—¿Yo? ¿Qué puedo hacer yo?

—Hablar con ese… con ese novio tuyo.

Era la primera vez que Tesa se refería abiertamente a Bruno. No le gustaba hacerlo, pero era necesario. Solo él podía sacar a Ramón de la cárcel.

—¿Y qué puede hacer Bruno por él?

—Mira, voy a hablarte claro, Raquel. Tu novio es uno de los jefes de esos que se llaman falangistas. Los mismos que han estado escondidos como ratas mientras duró la revolución y después, cuando se acabaron los tiros, se dedicaron a denunciar a sus vecinos —dijo irritada.

—Oye —replicó Raquel alzando la voz—, no te permito que vengas a mi casa a insultar a Bruno. Él no ha denunciado a nadie, no es de esa clase de personas.

—Perdona, Raquel, no quería ofenderte, pero es que estoy nerviosa y preocupada. Tu cuñado ha sido acusado por dos sinvergüenzas del barrio que llevan esas camisas azules y que se mueven como los fascistas. No tienen nada contra él, porque Ramón no ha cogido un arma y por lo tanto no ha matado a nadie.

—Igual no cogió un arma, pero conociéndolo, algo haría.

—Ya te dije que no tienen nada contra él.

—Entonces, ¿por qué está detenido?

—¿Te acuerdas de Salvador y de Sandalio?

Raquel asintió con la cabeza.

—Pues esos son los que han denunciado a tu cuñado. Declararon que lo vieron con un fusil al hombro y entrando y saliendo del Comité.

—¿Qué es eso del Comité? —preguntó Raquel extrañada.

Tesa le contó cómo se había organizado la vida en el barrio durante la revolución. Raquel la escuchaba con atención, pensando en la suerte que había tenido de no vivir allí. No entendía por qué la gente tenía que compartir sus cosas con los demás, pero no dijo nada.

—Júrame que Ramón no participó en eso —dijo muy seria.

Tesa la miró fijamente a los ojos. Sabía que Ramón había hecho de enlace así como labores de reconocimiento para comunicarlo al Comité. No había que ser muy lista para darse cuenta de ello. Sin embargo, nadie, salvo Sandalio y Salvador, lo había denunciado.

—Antes de jurarte nada, quiero que entiendas que esa denuncia no es más que una mentira. Cuando empezó la huelga revolucionaria, ese par de cobardes desaparecieron, y la verdad es que nadie se acordó de ellos. Pero cuando vieron a la criada hacerse con tres panes en un saqueo alguien ató cabos y decidieron registrar la casa. Y allí estaban esos sinvergüenzas. Uno escondido en un armario. Otro debajo del fregadero. Mira tú qué par de valientes.

—Pobres, y qué les pasó.

—¿Pobres? —respondió Tesa irónica. No les pasó nada. Los detuvieron y los encarcelaron. Solo eso. Si de verdad fuéramos los asesinos que dicen que somos, estarían muertos. Pero como ves no ha sido así. Y como agradecimiento a dejarlos

con vida, cuando llegaron los suyos, se dedicaron a denunciar a quien les dio la gana, entre ellos a tu cuñado.

—Entonces, si estaban escondidos, no lo pudieron ver —reflexionó Raquel.

—Desde luego que no —respondió Tesa.

—Seguro que tú sabes si Ramón hizo algo o no. Júrame que es inocente. Júramelo.

—Te lo juro —dijo Tesa sin perder un segundo.

—Gracias, Tesa, si me lo juras quedo más tranquila para hablar con Bruno.

Tesa se rio para sus adentros. Qué inocente podía llegar a ser Raquel. La recordaba de niña, con su carácter rebelde y un punto de fiereza en la mirada. Una niña capaz de tirar una piedra a la cabeza de un chico solo por decirle algo que no le gustara. O de pelearse con niños mayores que ella. Desde que vivía como una señorita, había cambiado. Seguía teniendo el carácter fuerte, pero la fiereza de su mirada se había apaciguado tras años mirando bajo las alas de sombreros bonitos. Bueno, había creído su juramento y eso era lo que importaba. Qué poco sospechaba que para ella decir «lo juro» era como decir cualquier otra cosa.

A Tesa no le gustaba mentir, pero esa vez había sido necesario. No creía en todas las tonterías que, a su juicio, soltaban los curas. Sin embargo, la rebelde Raquel, aún guardaba en su interior parte de las enseñanzas transmitidas por su madre.

—Entonces qué, ¿lo harás? ¿Hablarás con tu novio?

—Oye, ¿qué quisiste decir con eso de que los que llevan camisas azules son fascistas? —preguntó Raquel sin responder a su pregunta.

—¿No te has enterado de lo que está pasando en Italia y Alemania?

—Sí, claro, me lo ha explicado Bruno. Están intentando imponer la ley y el orden.

—La ley y el orden —rio Tesa sarcástica—. La ley y el orden —repitió.

—Tesa… —protestó Raquel.

—Acabemos de una vez, Raquel. ¿Vas a hacer algo por tu cuñado o no?

—Claro que sí, aunque no por él. Si hago algo será por mi hermana y por los niños.

—Igual dan tus motivos, lo importante es que lo hagas.

—Lo malo es que…

—¿Qué?

—Que no sé si Bruno querrá ayudar a Ramón.

—Por ti hará cualquier cosa, bien lo sabes.

—Es que…

—Es que qué, Raquel. Me estás poniendo de los nervios.

—Nadie lo sabe, pero Ramón un día se presentó aquí, de esto hace ya mucho tiempo y le metió un puñetazo a Bruno. Además me llamó de todo lo peor, ya te puedes imaginar.

—Entiendo —dijo Tesa imaginándose a Ramón enfadado, airado, harto de aguantar las habladurías y las miradas cargadas de burla de la mayoría de sus vecinos

cuando se supo en el barrio que Raquel se había convertido en la querida de un señorito. Fueron tiempos difíciles para la familia. Marina no paraba de llorar, mientras Ramón y Luisa descargaban su rabia sobre la primera persona que se cruzase en su camino. Solo el paso del tiempo había conseguido mitigar los cotilleos y las miradas maliciosas. No merecía la pena recordarlo. Lo importante era sacar a Ramón de la cárcel.

—Hablaré con Bruno, no te preocupes —dijo Raquel al ver a Tesa meditabunda, con la tristeza reflejada en un rostro demasiado estropeado para los tres años que las separaban.

—Eso espero, Raquel. Tu hermana está que no vive y el dinero hace falta, ya lo sabes. Además, si tu cuñado tarda mucho en volver a la fábrica corre el riesgo de que otro ocupe su puesto y acabe en la calle.

—Me estás asustando de verdad, Tesa. Hablaré con Bruno, no lo dudes.

—Pero tienes que prometerme una cosa.

—¿Qué más quieres?

—Que pase lo que pase esta conversación será un secreto entre nosotras. Nadie debe enterarse, ni siquiera tu hermana, de que te he pedido este favor.

—Si pudiera me lo pediría ella misma, Tesa. No entiendo por qué no ha venido Marina y mucho menos por qué no puede enterarse.

—No lo entiendes, Raquel. Tu hermana está destrozada y no sale de casa. Y no tiene ni idea de lo que te estoy pidiendo.

—¿No te ha mandado ella?

—No, Raquel. Esto es cosa mía. Le pregunté un día por qué no venía a pedirte que intercedieras por Ramón y puso el grito en el cielo. No quería pedir favores a un…, a un…, bueno ya me entiendes. Además, me dijo que si Ramón quedara libre por esos medios y llegara a enterarse era capaz de no volver a dirigirle la palabra durante el resto de su vida. Y tú sabes que es verdad, Raquel. Sabes que Ramón no lo consentiría. Por eso te lo pido yo. Si sale libre, será un secreto entre tú y yo. Nadie más debe saberlo.

—Tesa, ¿por qué le puede a mi hermana más el orgullo que la vida de su marido?

—No se trata de orgullo, Raquel. Se trata simplemente de dignidad.

—¿Entonces tú?

—Yo también tengo mi dignidad, Raquel, y si fuera para mí nunca te hubiera pedido nada.

—Vale, lo intentaré. Y ahora, por favor, cuéntame todo lo que pasó en el barrio. Por ahí se hablan muchas cosas y no sé las que son verdad o mentira.

—Pero ¿no os habéis enterado de nada?

—Sentimos el ruido que hacían las bombas y vimos caer la torre de la iglesia de San Pedro. Eso nos asustó mucho, pero luego paró. Además estaba lleno de policías y de soldados y decían que la revolución en Gijón estaba controlada que solo se habían levantado las cuencas y la capital.

—Pues os han engañado. En El Llano se luchó mucho. Teníamos tres barricadas y nadie podía entrar ni salir. Fueron unos días preciosos, compartiendo lo poco que teníamos. Nos daban el pan gratis y si necesitábamos algo no teníamos más que pedirlo. Las calles parecían una fiesta. Yo, con otras muchas mujeres, pasamos horas cocinando para los hombres que nos defendían. Debería de haber salido bien, pero salió mal. Y todo por la falta de armas. Ha muerto gente, Raquel, vecinos de toda la vida. Y hay muchos heridos, además de cientos o miles, no sé muy bien, de detenidos. Y bueno, basta de cháchara y dime qué quieres que haga que necesito ganarme el sueldo y además, si no te largas y empiezo a mover muebles y a hacer ruido, Gelita va a sospechar.

Raquel entendió que Tesa no quería hablar más del asunto. Había llegado a conocerla bien. Tenía un carácter fuerte, sereno y decidido. Nunca entre ellas había habido una mala palabra o un malentendido. Además, era limpia y rápida trabajando. Pero lo que más le gustaba de Tesa era saber que, aparte de cuñada, se había convertido en la mejor amiga de su hermana y en la única tía de sus sobrinos. Unos sobrinos de los que ella no podía disfrutar.

—Bueno, Gelita ya ha limpiado la casa, así que tú puedes ocuparte de mi ropa. Acaba de poner a punto la de invierno.

Raquel descendió a la planta baja, a casa de su marido. Comía con él todos los días; había que guardar las apariencias delante de la criada. Menos mal que Gelita marchaba tras recoger la cocina y Tesa solo iba unas horas por las mañanas. La tarde se convertía así en un paraíso, sola en su piso, a su aire. Al día siguiente vería a Bruno. Tenía que ir pensando cómo abordarlo para que intercediera por su cuñado. Lo veía difícil, pero por su hermana estaba dispuesta a cualquier cosa. Lo recibiría melosa, lo enroscaría entre sus brazos y lo arrastraría a la cama. Y no podría negarle nada.

Cinco días después, Ramón escuchó su nombre. Un escalofrío recorrió su cuerpo. Le tocaba otra vez el interrogatorio. Sus compañeros de cautiverio bajaron la mirada. Todos esperaban de todos que aguantaran, que no hablaran, que no dijeran ningún nombre. El primer interrogatorio había sido duro, pero sabía que en el segundo las torturas eran más crueles. Y era difícil resistirse al dolor. A varios de sus compañeros ya les habían aplicado el «avión», consistente en colgarlos desnudos y molerlos a palos. Temía que fuera eso lo que le tenían reservado.

Ramón caminó erguido, intentando aparentar serenidad. Había llegado en la caja de un camión, junto a otros compañeros, hacinados, sucios, hambrientos y asustados. En su cara se veían, a primera vista, las señales de los golpes recibidos al ser detenido. El ojo izquierdo estaba hinchado, al igual que el pómulo. Los moratones le cubrían la espalda y el hombro derecho. Caminaba escoltado por dos guardias, cada uno cogiéndolo de un brazo, las piernas entumecidas por la humedad y la falta de espacio en la celda. Pensaba angustiado en su mujer y en sus hijos. ¿Cuándo volvería a verlos?

De pronto se sintió cegado por una claridad amenazante. Los guardias lo habían soltado. Colocó la mano derecha haciendo de visera ante sus ojos. Apenas veía sombras moviéndose. Su ojo derecho se fue acostumbrando a la luz. Estaba en la puerta. Las sombras que percibía eran personas caminando por la calle, torciendo la cara para no mirar, apartándose de él.

—Puedes irte —dijo con sequedad uno de los guardias.

Ramón quedó paralizado. No se atrevía a dar un paso. Seguro que lo estaban engañando. Lo acusarían de querer escapar y le dispararían por la espalda.

—Que estás libre, ¡coño! ¡Lárgate! —gritó el guardia metiéndole un culatazo en la espalda.

Ramón empezó a dar pequeños pasos. El cuerpo enervado, alerta, esperando la descarga. Con gran esfuerzo alcanzó la esquina. Miró atrás. No lo perseguía nadie. Estaba libre.

Intentó correr, pero sus piernas apenas podían sostenerlo. No veía nada con el ojo hinchado. El otro sufría por la luminosidad de una mañana soleada. Caminó arrastrando su cuerpo por la calle Pi y Margall. Torció a la izquierda. Vio la Plaza de Galán tan lejana como si hubieran añadido kilómetros a las calles. Esperanzado, se dirigió a la parada del tranvía.

—¡Ramón! ¡Ramón! ¿Cómo estás, Ramón? —le preguntó de pronto una voz amiga que no consiguió reconocer. Unos brazos poderosos lo sujetaron ayudándolo a caminar.

—¡Santiago! ¡Paco! ¡Es Ramón! —oyó gritar a la voz amiga.

Santiago y el cobrador bajaron del tranvía y corrieron hacia los dos hombres.

—¿Pero qué te hicieron, Ramón? —preguntó Santiago consternado. ¿Y Marcelo? ¿Soltaron a Marcelo?

Ramón no podía contestar. No le salían las palabras. Aún no estaba seguro de que no le persiguieran los soldados.

Lo ayudaron a subir al tranvía. Lo sentaron en el primer asiento, cerca del conductor. Ramón se sentía ajeno a sí mismo. Oía las voces a su alrededor, pero las sentía distantes. Le preguntaban. No conseguía articular palabra. Tampoco podía pensar. El tranvía arrancó. El traqueteo lo envolvió en una especie de dulce sopor. Se sintió a salvo. Veía desfilar las calles y la gente como si hubiera pasado años ausente del mundo. Todo le resultaba extraño. Tenía mucha sed. Notó una sensación extraña en el estómago y el día se volvió negro. Su cuerpo se deslizó del asiento. Varios brazos fuertes lo enderezaron. Volvió en sí. Le introdujeron el pitorro de una bota de vino en la boca. Bebió con avidez y se sintió reconfortado. Abrió el ojo. Frente a él estaban tres vecinos del barrio que lo acompañaron hasta su casa. Marina gritó al verlo aparecer. Lo abrazó con fuerza. Ramón se quejó. Los vecinos desaparecieron no sin antes decirle a Marina que los llamara si los necesitaba.

Ya en casa, aparecieron las palabras. Pidió a su mujer un baño caliente. Se sentía sucio. Dentro del agua redentora restregaba su piel con fuerza, como si quisiera

arrancar sus dolorosos recuerdos. Marina le lavó la espalda con suavidad, tragando sus lágrimas en silencio. Luego, ya aseado y seco, le curó las heridas. Sentado en una banqueta, con ropa limpia, los pensamientos chocando unos contra otros en su atormentada cabeza, comió sin ganas unas cucharadas de sopa. Después durmió el resto del día y de la noche. Al amanecer se levantó para ir a la fábrica. Marina trató de detenerlo. Le pidió que descansara un día más. Pero Ramón, haciendo caso omiso de sus protestas, salió de casa dispuesto a defender su puesto de trabajo, su hombría y el pan de los suyos.

Al llegar a la fábrica cientos de ojos se clavaron en él. La mayoría respiraron aliviados; otro compañero a salvo. Sin embargo, algunos lo miraron con recelo. ¿Por qué lo habían soltado? ¿Habría cantado?

Ramón tuvo suerte. Buen trabajador, excelente jefe de taller, la empresa no quería prescindir de sus servicios, como había hecho con otros trabajadores. Resentido por los golpes recibidos, sin ver bien con su ojo hinchado, sacó fuerzas para desarrollar su tarea con la ayuda inestimable de varios compañeros. Durante varios días, al llegar a casa, tras comer algo, caía derrumbado sobre la cama hasta el día siguiente.

Ramón no podía dejar de pensar en los que había dejado atrás, en especial en Marcelo. ¿Cuándo lo soltarían? ¿Cuánto más tiempo tendría que pasar hasta que salieran todos de la cárcel? ¿Cuándo acabaría esa represión a la que los tenían sometidos? ¿Cuándo pararían?

Poco a poco, sus heridas fueron curando y su cuerpo reponiéndose. Pero su mente seguía atormentada. Sufría por Marcelo, encarcelado y sometido a tortura, trasladado a Pamplona. Sufría por Aquilino, muerto en la barricada cuando ya la derrota era segura. Sufría por Luis, desaparecido tras ser llevado a interrogatorio. ¿Lo habrían matado?

Como para Ramón, para el resto de sus compañeros la vida se había vuelto mucho más difícil. Se lloraba a los muertos, se atendía a los heridos y se temía por los detenidos y desaparecidos. Numerosos hogares sufrían la falta de la presencia y del jornal del padre de familia. Muchos otros habían sido despedidos de sus trabajos.

Con precaución y solo entre amigos se hablaba sobre las secuelas de la derrota.

—No es normal que el gobernador civil haya disuelto el consejo municipal poniendo en su lugar a elegidos a dedo, la mayoría monárquicos.

—A mí lo que más me duele es lo de los reformistas. Mira que se llaman a sí mismos republicanos, pero bien que han dejado el poder en manos de los de Acción Popular y de los liberales demócratas, que es tanto como decir la derecha pura y dura.

—Porque a esos solo les importan sus cosas, que no son precisamente las nuestras. Ya es hora de que nos vayamos enterando.

—Y porque saben que tenemos miedo.

—No me extraña, porque la represión está siendo muy dura.

—Y con todo el ejército que ha quedado en la ciudad para evitar una nueva revolución, como para mover un dedo.

—Bien que están alimentando a ese ejército los empresarios, la Iglesia y muchos particulares con sus donaciones.

—Ya te digo, porque mira que a nosotros nos cuesta arrancar una peseta más de salario, pero para alimentar a un ejército que nos contenga no falta el dinero.

—Tú lo has dicho. Les pagan para que no nos movamos. Siento decirlo, compañeros, pero el movimiento obrero está muerto. Nos lo han matado.

—No. Me niego a creer eso. El movimiento obrero no está muerto, como mucho herido de muerte, pero algún día se levantará y les haremos pagar todo lo que nos están haciendo.

—Espero que tengas razón, porque a mí se me revolvieron las tripas cuando vinieron varios ministros a condecorar a los soldados que nos masacraron y se me murió la poca esperanza que me quedaba de que un día puedan cambiar las cosas.

—Y para colmo esos desfiles de las tropas por el centro de la ciudad para burlarse un poco más de nosotros. Les tenía que caer la cara de vergüenza a los que fueron a verlos y aplaudirlos.

—Desde luego que esta no es la República con la que tanto habíamos soñado.

—No, esta no es nuestra República —pensaban la mayoría de los obreros, algunos burgueses republicanos y muchos intelectuales.

A nivel nacional, el elevado número de muertos durante la revolución de octubre y la posterior y despiadada represión, unido a la vuelta atrás de las reformas emprendidas por el gobierno de Manuel Azaña, fueron desprestigiando el gobierno de Lerroux. La izquierda estaba siendo castigada con especial virulencia, con miles de detenidos, entre ellos algunos de sus líderes. Socialistas y anarquistas se vieron obligados a abandonar su actividad durante un largo período de dieciséis meses en los que el movimiento obrero parecía haber muerto. El gobierno no solo estaba en contra de la revolución. Más bien parecía estar en contra de la misma República.

24

Familiares y amigos de Marcelo se desplazaron a la estación del Norte donde se había congregado una muchedumbre para recibir a los presos que regresaban de Pamplona. Los gijoneses querían dar su bienvenida y apoyo a unos hombres considerados héroes por los suyos.

En el andén, hombres, mujeres y niños, con el frío calándoles los huesos, esperaban ansiosos la llegada del tren acompañados por el sonido de una gaita y de un acordeón. El tiempo se había levantado perezoso y la espera se hacía interminable.

Un pitido lejano apagó el escándalo de las voces entrecruzadas obligando a los presentes a mover las cabezas en la misma dirección. La poderosa máquina avanzaba hacia el apeadero.

El tren paró. El silencio se hizo denso. Tras unos incómodos minutos bajaron los primeros guardias. Tras ellos una recua de presos a los que obligaron a formar en fila delante de los vagones. Las cabezas se estiraban esperando encontrar a sus seres queridos. Empezaron los empujones y los gritos de alegría. Los arrestados, observaban a la multitud, buscando a los suyos. Estaban muy delgados. Mucho más delgados que los que abarrotaban los andenes de donde parecían haber desertado los rollizos.

Santiago, desde su altura privilegiada, fue el primero en ver a Marcelo.

—¡Ahí está! ¡Ahí está! ¡Marcelo! ¡Marcelo! —gritó poniéndose de puntillas.

La gente se iba arremolinando ante la impotencia de la policía. Imposible contenerlos a todos. Pepín y Quique, de once y trece años, intentaban abrirse paso a codazos para acercarse a su padre.

Marcelo oyó a Santiago llamarlo. Dirigió su mirada al lugar de donde había salido la voz. La cabeza de su suegro sobresalía de entre la multitud. Sonrió agradecido.

—Padre —oyó a su lado. Su hijo Quique lo miraba con los ojos llenos de lágrimas, rozándole una mano.

Marcelo quiso apretar esa mano entre la suya, para trasmitirle su amor. No pudo hacerlo. Un golpe de un guardia lo obligó a seguir caminando. Quique quedó atrás, llorando, abrazado a su hermano pequeño que había llegado tarde.

Subieron a los presos en camiones. Marcelo, desde la parte trasera de uno de ellos, vio a los suyos apiñados unos contra otros. Sus suegros, Santiago y Pilar. Quique, subido sobre los hombros del abuelo. Pepín, sobre los de Ramón, su amigo del alma. También estaban sus cuñados Antonio, Tesa y Julián. La felicidad de ver a

sus seres queridos, especialmente a los niños, fue inmensa. Cuánto habían crecido sus hijos en tan poco tiempo, aunque la separación se le había hecho eterna. Esperaba poder abrazarlos pronto.

Los camiones se pusieron en marcha. La multitud los persiguió por las calles. Muchas personas fueron corriendo hasta la cárcel, llegando antes que los vehículos, entre ellos Quique y Pepín, que querían volver a ver a su padre. Los presos, antes de ser engullidos por los muros de la prisión, brazo en alto, entonaron *La internacional*. El gentío los acompañó, sin que los guardias pudieran evitarlo. Las lágrimas resbalaban por unos ojos que creían no tener ya más lágrimas que derramar. La emoción bloqueaba las gargantas.

Tras unos cuantos vivas a la República, la manifestación se disolvió. Ya no tenían nada que hacer allí.

Ramón y la familia de Marcelo regresaron a casa en el tranvía junto a familiares y vecinos de otros presos. En las bocas un regusto amargo. Felicidad por tenerlos cerca. Tristeza por saberlos aún presos. No tenían buen aspecto.

—Seguro que nos dejan llevarles ropa limpia y algo de comida —decían.

—Sí, seguro que sí —era la opinión general.

—Con tal de ahorrarse el gasto en comida de buena gana dejarán que cada familia se haga cargo de los suyos.

—Yo lo que espero es que los suelten pronto —dijo Santiago con tristeza.

—Si ganamos las próximas elecciones, lo harán —sentenció Ramón.

—Para eso tendremos que ir a votar todos —dijo Tesa con retintín, recordándoles sin decirlo su abstención en las anteriores elecciones.

Los hombres entendieron la indirecta, pero no replicaron. Faltaban pocos días para las nuevas elecciones. El gobierno de Lerroux, fuertemente cuestionado por la represión y por las contrarreformas, acabó cayendo por varios escándalos de corrupción, siendo el más famoso el del estraperlo. El caso fue debatido en las Cortes y publicado en la prensa con grandes titulares, acabando con el Partido Radical, al estar implicados varios de sus miembros más importantes. Se disolvieron las Cortes y se convocaron elecciones.

El tranvía llegó al final del trayecto. En la parada, muchos vecinos, esperaban noticias. Reinaba una débil alegría regada de abrazos, besos y felicitaciones. Luego, cada cual volvió a lo suyo. Julián demostraba su contento, pero según caminaba se iba retrasando del grupo. Dejó que Tesa y Ramón lo adelantasen. Cuando ya estaban lo suficientemente lejos entró en el bar. La llegada de su cuñado bien merecía una buena celebración.

El 16 de febrero de 1936, se celebraron las elecciones generales tan esperadas en un ambiente de creciente radicalización. El Frente Popular, integrado por una amplia coalición de partidos de izquierda, obtuvo la victoria gracias al apoyo de la CNT. Los cenetistas habían renunciado a su histórica abstención esperando por la amnistía para

los numerosos presos que aún poblaban las cárceles, la mayoría pertenecientes a su federación.

Manuel Azaña fue proclamado Presidente de la República. Su gabinete estaba compuesto exclusivamente por republicanos de izquierdas, pero la negativa de los socialistas a participar en el gobierno lo dejó debilitado.

En El Llano se recibió una buena noticia. Como se esperaba, la Comisión Permanente de las Cortes acordó amnistiar a casi todos los presos de la revolución de octubre. En la ciudad, unos novecientos.

En cuanto el gobierno local notificó su puesta en libertad, se formó una muchedumbre festiva que marchó hacia la cárcel. Los liberados fueron aclamados con vivas a la República y con puños en alto. No se dejó solo a ninguno de ellos. Pequeños grupos los acompañaba alborozados hasta la misma puerta de su casa. Si no vivían en la ciudad y necesitaban coger el tren, una comitiva jubilosa los conducía hasta la estación, esperando su partida, despidiéndolos con canciones revolucionarias. Todo era poco para que los compañeros víctimas de la represión se sintieran queridos y apoyados por los suyos.

Marcelo llegó a casa flanqueado por familiares, amigos y vecinos. Se sentía cansado y feliz. Muy feliz de llevar cogidos de la mano a sus dos hijos. Había sufrido mucho por ellos. Sabía que no pasaban hambre, que la familia los cuidaba, los protegía y los alimentaba. Pero el no poder verlos había sido su peor castigo. También para ellos, ya huérfanos de madre y alejados del padre.

Pero la mayor preocupación de Marcelo en esos momentos era el trabajo. No sabía si lo admitirían de nuevo en la fábrica. Y necesitaba empezar a trabajar. Llevar un sueldo a casa para ayudar a sus suegros, para resarcirlos de tantos sacrificios. Por lo demás, estaba ilusionado. El poder volvía a estar en manos de los suyos. Pero él ni olvidaba ni perdonaba. Le habían hecho demasiado daño.

Los días transcurrieron apresuradamente. Marcelo se presentó en la fábrica. Su puesto de trabajo lo estaba esperando. Satisfecho, pasó una semana relajado, descansando y disfrutando de sus hijos. Después, volvió a implicarse en su actividad política y sindical.

El 14 de abril, aniversario de la República, las numerosas tropas asentadas en la ciudad tras los hechos de octubre, desfilaron radiantes. La multitud invadía las calles a su paso. Los balcones estaban abarrotados. Se escuchaban aclamaciones y aplausos.

Raquel, resplandeciente con su vestido nuevo, no perdía detalle de los soldados, de sus uniformes impecables, de sus pasos decididos y acompasados, de sus armas brillantes. Le llamaba la atención en especial el exotismo de los llamados «moros». ¿Sería verdad que eran unos violadores y unos asesinos como le había dicho Tesa? A primera vista no parecían tan temibles.

Cogida del brazo de su marido disfrutaba del espectáculo, mirándolo de reojo, tratando de adivinar sus pensamientos. El hombre no emitía ni una minúscula sonrisa ni un pequeño gesto de desagrado. Seguía siendo para ella una caja llena de secretos.

Nunca opinaba abiertamente de nada, nunca se inmiscuía en nada. Solo escuchaba y callaba. De vez en cuando, le contaba alguna noticia del periódico que le llamaba la atención, pero sin dar su opinión al respecto.

A Raquel le gustaría saber algo de su pasado, que presumía oscuro y tormentoso. En las contadas ocasiones en que le preguntó por su niñez, por sus años mozos, por sus viajes y su vida en la lejana América, recibía invariablemente la misma respuesta: «No atices las ascuas, mi niña, no vayas a quemarte». Al principio, Raquel quedaba sorprendida ante esas palabras, pero tras escucharlas varias veces supo que nunca conocería nada de su existencia anterior. La prudencia le aconsejaba matar su curiosidad, pero no podía evitar que fuera en aumento. Su marido pasaba muchas horas en la biblioteca, una habitación atiborrada de libros, papeles, cajas, pequeños muebles, cuadros y un sinfín de objetos que hablaban de otros mundos. Raquel nunca había traspasado la puerta. Evaristo la cerraba con llave. Tan solo permitía entrar a limpiar a la criada, sin quitarle el ojo de encima ni un momento. ¿Qué escondería?, se preguntaba a menudo. Le gustaría saberlo.

A la hora de los aburridos discursos, Raquel se evadió mirando los uniformes, las caras de los soldados, los vestidos de las mujeres, la buena planta de algunos hombres. No era consciente de que tanto los oradores como los invitados de honor pertenecían a las mismas familias que llevaban rigiendo la vida de la ciudad durante décadas y que el ejército al que admiraba era el mismo que estaba reprimiendo a las personas de la clase a la que pertenecía. Un ejército mantenido con donaciones del poder financiero, educativo, religioso, empresarial, el pequeño comercio y particulares como Bruno o su marido.

Raquel no entendía de esas cosas. Solo sabía lo que le decía Bruno. Y Bruno le había dicho que los soldados estaban allí para restituir la paz y el orden.

Al finalizar el desfile y los discursos, la pareja se disolvió entre la multitud. Era la hora del paseo por la calle Corrida, muy concurrida en esos momentos. Raquel sentía las miradas de los hombres deslizarse serpenteando sobre su cuerpo. Y le gustaba. En cambio, las mujeres la miraban con un desprecio no exento de envidia. Eso también le gustaba. A su pesar, habían tenido que admitirla en los círculos de su sociedad opulenta. Esa era una de las recompensas recibidas por su matrimonio, a cambio de perder parte de su libertad.

La boda había apagado las murmuraciones, convirtiendo a don Evaristo y a Raquel, junto a sus supuestos sobrinos, en una familia respetable. Bruno estaba satisfecho. Raquel se preguntaba si al casarla había querido protegerla o sujetarla. ¿Sería verdad todo lo que le había contado sobre su mujer? ¿O había sido una artimaña para evitar sus salidas nocturnas? Lo sabía celoso y desde que se había convertido en una mujer casada parecía encontrar un placer añadido al hecho de acostarse con ella, como si de alguna manera le estuviera poniendo los cuernos al pobre Evaristo. Cosas de hombres, pensaba Raquel divertida.

Desde su boda, pese a no salir de noche, su vida seguía siendo feliz y animada. El invierno era más triste que el verano, pero seguía habiendo tiendas, cafés, restaurantes, salas de fiesta, cines y otros espectáculos. La diferencia de edad entre los esposos explicaba sus frecuentes salidas con Álvaro y Tomás, aunque no a todo el mundo.

—Esa pelandusca ha engatusado al viejo y se entiende con los sobrinos —se murmuraba en las casas de las señoras y en los cafés.

—Si él consiente…

—Es que el pobre ya no está para muchos trotes.

Raquel, ajena a esos cotilleos, que no llegaban a traspasar los muros de la casa, o la mesa del café donde se decían, proseguía con su vida despreocupada, ajena a los enfrentamientos callejeros entre falangistas, socialistas, comunistas y anarquistas que tensaban el ambiente cada día un poco más.

En cambio, su familia vivía inmersa en ese mundo conflictivo. Manuel Azaña recuperó las leyes promulgadas en su anterior mandato, emprendiendo una serie de reformas que para el renacido movimiento obrero seguían siendo insuficientes. Las huelgas promovidas por los sindicatos se sucedían casi sin interrupción haciendo el clima político y social irrespirable. La izquierda obrera apostaba por la revolución para mejorar su calidad de vida mientras la derecha pretendía abolir el sistema democrático.

Por esa razón, los trabajadores no quisieron saber nada del aniversario de la República. No tenían nada que celebrar. Además, estaba cerca el Primero de Mayo. Ese día tenía que ser especial, alejado de los festejos tradicionales, para dejar claro que eran una parte importante de la sociedad gijonesa. Tan importante como los adinerados del centro. Y para ello convocarían una huelga general.

Para organizar el Primero de Mayo se celebraron reuniones para recabar distintos puntos de vista.

—Este Primero de Mayo tiene que ser excepcional, compañeros. Nos han pisoteado impunemente, con saña y desprecio. Que vean que aunque heridos seguimos resistiendo —exclamó uno de los cabecillas.

—Por primera vez en mucho tiempo los obreros estamos unidos. Esa es nuestra fuerza —respondió Marcelo con palabras eufóricas. Desde su detención la raíz de sus convicciones se había hecho más profunda. Su cautiverio sirvió para quitarle el miedo, para afianzar su autoestima y su deseo de continuar la lucha por un mundo mejor para los de su clase.

—Perdona, compañero —prosiguió el líder—. Hay una cosa importante a tratar. Hasta ahora el día del trabajo además de ser una jornada reivindicativa ha sido también una jornada de fiesta. Creo que este año debemos cambiar, revistiéndola de seriedad. La situación no está para jolgorios. Aún quedan presos en las cárceles y les debemos un respeto. Pienso que no estaría mal que se convocara también a la huelga a los bares y cafeterías.

Un murmullo se extendió por la sala. Los bares y cafeterías eran imprescindibles para alegrar cualquier conmemoración. La gente no entendería que les quitaran esa pequeña distracción en un día tan especial. El debate continuó durante horas y, poco a poco, la idea de revestir ese Primero de Mayo de seriedad, acabó calando en el ánimo de los presentes.

—Compañeros —continuó otro de los líderes—, la clase trabajadora no está satisfecha con esta República. Hemos luchado y sufrido para que todo continúe como en el antiguo régimen. Ya no estamos bajo el yugo de la monarquía, pero nuestras condiciones de vida no han mejorado. Durante estos cinco años de gobiernos republicanos se han producido pequeños avances, pero tan pequeños que apenas podemos apreciarlos. Debemos continuar luchando. ¡Viva la República!

El Primero de Mayo de 1936, con un huelga generalizada apoyada por la Asociación de Propietarios de Tabernas, miles de trabajadores y sus familias se desplazaron desde los barrios periféricos hasta el estadio de El Molinón. Hablaron representantes de los sindicatos y de distintos partidos de izquierda. La gente, puño en alto, lanzó vítores a la República, a Rusia y a la unificación obrera. Luego, portando las banderas de las distintas organizaciones, se dirigieron en manifestación pacífica a la Plaza de la República[4], para entregar sus demandas al alcalde. En el trascurso del recorrido hasta llegar al ayuntamiento, no se vio ni a un guardia, pues los organizadores habían prometido la ausencia de disturbios. Tras hablar con el alcalde, los representantes obreros salieron al balcón donde fueron aclamados.

—¡Viva la República! ¡Viva la Unión de Hermanos Proletarios! ¡Viva Rusia! —gritaron miles de gargantas.

Después, los asistentes encaminaron sus pasos a las inmediaciones del río Piles, a la zona de los merenderos, donde se celebró una jira. Las familias iban bien aprovisionadas de comida y bebida. Se sacaron los manteles, las tortillas, el embutido, los huevos cocidos, los filetes empanados, el vino, la sidra… Comieron y bebieron en un ambiente festivo, aunque la falta de música deslució la celebración.

Por la tarde se realizó una marcha pacífica sobre el centro. Miles de personas, con sus cuellos adornados con pañuelos rojos o negros, desfilaron puño en alto cantando *La internacional*. Ese día, los trabajadores fueron los dueños de las calles. Los vecinos del centro, con la ciudad paralizada, no tuvieron más remedio que quedar en casa, mirando a través de las ventanas. Cuando finalizó la manifestación, la gente se disolvió para regresar a sus barrios.

—Este año no me gustó nada la fiesta, padre —dijo Jesús contrariado.

—Vamos a ver, ya te lo expliqué y creo que eres lo suficientemente mayor como para entenderlo —dijo Ramón.

—Ya lo sé, padre, pero es que otros años lo pasábamos muy bien. Hoy fue todo muy soso.

—Llegarán tiempos mejores, hijo, no te preocupes. Seguro que el próximo año lo celebraremos por todo lo alto.

—Pues yo lo he pasado bien —dijo Lena—. La comida estaba muy rica.

—Mira qué lista. Lo dices porque tú ayudaste a madre a prepararla.

—Qué tonto eres.

—Pues anda que tú.

Los dos hermanos se picaban uno al otro entre risas, alegrando a sus padres. Jesús estaba a punto de cumplir quince años y era alto y esbelto, de rostro agradable, mirada pícara y un carácter un tanto rebelde. Estudiaba sin demasiado interés. Parecía preocuparle más la política y eso sacaba a su padre de quicio. Quería que estudiara para conseguir un puesto de trabajo lejos de las fábricas. Ya tendría después tiempo suficiente para dedicarlo a otras cosas. No obstante, mantenía con él abundantes conversaciones, debatían, discutían… Tenían distintos puntos de vista y a Ramón a veces le asombraba la convicción con la que su hijo hablaba de ciertas cosas.

Lena, en cambio, era serena y reflexiva. La primera de su clase, interesada por la literatura, la poesía y las matemáticas. Compartía muchos momentos con su padre, sentados los dos en la cama, saboreando una poesía o leyendo en voz alta unos párrafos de una novela. En la mesa de la cocina se afanaba resolviendo problemas matemáticos, soñando con estar un día al frente de un grupo de niños para trasmitirles sus conocimientos y abrirles sus mentes. Un día había sorprendido a su padre con una pregunta que no le supo responder.

—Padre, estuve pensando que todas las poesías que leemos están escritas por hombres. ¿No hay también mujeres poetas?

—Pues… que yo sepa no —tuvo que reconocer Ramón, tras pensar durante un breve momento.

—¿Por qué?

—No lo sé, Lena. Quizá no les interese.

—O no las dejan.

—No creo que sea por eso. ¿Por qué no las van a dejar?

—Como hay cosas que las mujeres no podemos hacer…

Ramón quedó confundido ante las respuesta de su hija. Él nunca se había planteado ciertas cosas, pero al parecer Lena sí. La estaba educando para que tuviera una preparación y fuera más libre. Y al parecer, en su cabeza se arremolinaban muchas preguntas.

—No te preocupes, tú podrás hacer todo lo que quieras —dijo sabiendo que no era cierto.

—¿Y escribir poesías?

—Sí, sí, claro —respondió Ramón confuso—. Pero, vamos a ver, a qué viene esa pregunta.

—Es que a veces se me ocurren cosas y pienso que a lo mejor podía escribirlas.

Ramón nunca se había parado a pensar que cuanto leía estaba escrito por hombres. Le parecía lo más normal del mundo. Pero después de su conversación con Lena, las preguntas comenzaron a saturar su cerebro. ¿Había mujeres poetas?

¿Estaban las mujeres capacitadas para escribir como los hombres? ¿No tenían ellas bastante con cuidar de sus familias? Lo que más le hacía pensar era lo que le había dicho Lena: «Hay cosas que las mujeres no podemos hacer». Bueno, las mujeres tenían su lugar y los hombres el suyo. Pero Lena era más inteligente y trabajadora que su hermano. ¿Era justo que él tuviera más oportunidades solo por el hecho de ser hombre? La cabeza le daba vueltas. Hablaría con don Andrés, del Ateneo. Ese hombre sabía todo lo que había que saber sobre literatura. Si existían mujeres poetas, él recorrería las librerías para llevarle uno o más libros a su pequeña.

25

Luisa estaba preocupada por su nieta. A sus trece años ya se insinuaba como una mujer guapa y de aspecto delicado, con un gran parecido con su madre, salvo por los ojos verdes. Los mismos ojos de Raquel, a la que no podía olvidar ni un solo día. Marina le había insistido varias veces para que accediera a verla, una vez convertida en una respetable mujer casada. Pero Luisa no quería ni oír hablar de ese encuentro. Para ella seguía siendo una perdida, una mujer sin honra, por mucho que figurara como la mujer de un viejo. ¿Por que se casaría Raquel con él? ¿Por su dinero? Sí, seguro que sí. A esa lo único que le importaba era vivir bien, sin trabajar, lo demás le daba igual. ¿Y el señorito Bruno? ¿La habría abandonado? ¡Menudo pájaro! Ya se le veía venir de lejos, siempre discutiendo con su padre, algo que nunca debería hacer ningún hijo.

Luisa echó una paletada de carbón a la cocina y revolvió con el gancho. La sopa y los garbanzos, ya listos, reposaban en una esquina de la chapa ardiente. Estaban a punto de llegar a comer los niños y siempre lo hacían con hambre. Marina se acercó a la cocina moviendo la cabeza y los hombros para desentumecerlos tras pasar varias horas cosiendo.

—¡Qué bien huele! —exclamó.

—Mejor sabrá —respondió su madre contenta.

—Es que a usted siempre se le ha dado muy bien la cocina. Don Cosme y su mujer tienen que estar encantados.

—Hoy también les preparé a ellos unos garbanzos. He tenido mucha suerte con ese trabajo. Aquí, al lado de casa, pudiendo ayudarte para que tú te dediques a coser.

—Pero trabaja usted mucho, madre. Por la mañana en casa de don Cosme, para limpiar y dejarles preparada la comida. Después nos hace la comida a nosotros y vuelve para casa de don Cosme a hacerles compañía, coser, preparar la merienda y la cena. ¿No cree que debería parar un poco?

—¿Me estás llamando vieja, acaso? —protestó Luisa molesta.

—No, madre, no quise decir eso. Solo me preocupo por usted.

—Pues mira, ya que hablamos de preocupaciones, yo estoy muy preocupada por Lena.

—¿Por Lena? —preguntó Marina sorprendida.

—Sí, sí, por Lena.

—Pero por qué, si es una niña muy buena y estudiosa.

—Precisamente por eso.

Marina no entendía qué le quería decir su madre. La miró con expresión de extrañeza. Luisa limpió las manos al mandil. Cogió una banqueta. Se sentó e indicó a su hija que hiciera lo mismo. Las dos mujeres quedaron frente a frente.

—Mira, hija, lo de Lena tienes que reconocer que no es normal. Estudia demasiado, pasa el día leyendo o haciendo esos endiablados números. Y eso no la puede llevar a buen sitio.

—Pero qué dice, madre. Ya sabe que quiere ser maestra. Y yo no veo ningún peligro en ello.

—Porque siempre has sido muy inocente, Marina. Pero piensa un poco. Lena se está haciendo una mujer y dime tú qué hombre va a querer casarse con una chica que sabe más que él. Con una chica con aspiraciones.

—Pero también sabe hacer las cosas de la casa. Y es muy limpia y ordenada, ya lo sabe.

—Sí, pero a los hombres no les gustan las mujeres listas y nos puede quedar para vestir santos.

—Ramón está muy orgulloso de ella y dice que será una gran maestra.

—Ramón, Ramón, siempre Ramón. Hija, que ya lleváis mucho tiempo casados, deja de pensar lo que él quiere que pienses.

—No es eso madre. No es eso.

—Bueno, yo ya te dije lo que te quería decir. Tú solo recuerda que la vida no es nada fácil para una mujer, y si esa mujer es lista, peor.

La llegada de los niños finalizó la conversación. Marina apenas habló durante la comida. Su madre había conseguido preocuparla. Estaba contenta con Lena, con su comportamiento y con sus notas brillantes. Nunca le había pasado por la cabeza que eso pudiera perjudicarla. Intentaría hablarlo con Ramón aunque se cuidaría mucho de decirle que la idea era de su madre.

Ese noche, en la cama, Marina lo comentó con su marido.

—Ramón, estoy preocupada por Lena.

—¿Por Lena? ¿Qué pasa?

—¿Tú crees que es bueno para una mujer ser tan lista?

La carcajada de Ramón resonó en toda la casa.

—Eso es cosa de tu madre. ¿A qué sí?

—Bueno, yo… —balbuceó Marina. Es que no sé qué pensar.

—Pues no te preocupes. Lena es inteligente y aplicada, Marina. Y eso nunca puede ser malo. Le abrirá nuevos caminos en la vida. Puede llegar a ser una buena maestra y cumplir sus sueños.

—Y los tuyos.

—Sí, y los míos también, no lo niego, pero yo solo quiero el bienestar de mi hija.

—¿Y si no encuentra a ningún hombre que quiera casarse con ella por ser tan lista?

—Pues que se quede soltera.

—¡Ramón! —protestó Marina escandalizada.

—Que no mujer, que no digo que quiera que mi hija sea una solterona. Ya verás cómo encuentra algún chico que la haga feliz. Y deja de hacer caso a tu madre, que los tiempos están cambiando y nuestros hijos podrán disfrutar de otro tipo de vida. Y mira, ya que hablas de preocupaciones, a mí me preocupa más Jesús.

—¿Jesús?

—Sí, sí, Jesús. Me dijeron que anda rondando por las juventudes socialistas.

—¿Jesús? Anda, que menudo disgusto te daría si se hiciera socialista.

—Pues sí, no me gustaría nada.

—Con la rabia que os tenéis unos a otros. Aunque creo que te gustaría todavía menos que fuera comunista.

—Sin embargo, él debe elegir su camino, Marina —dijo Ramón pensativo—. Lo único que pido es que finalice sus estudios. Después lo dejaré hacer lo que quiera. Y si su sentimiento es pertenecer al Partido Socialista, no me opondré por mucho que me duela. Y ahora a dormir que mañana hay que madrugar.

Mientras Ramón roncaba apaciblemente, Marina no dejaba de dar vueltas a la cabeza. Ese día, entre su madre y su marido le habían creado dos problemas, llenándola de inquietud sobre el futuro de sus hijos. Al día siguiente, compartió sus temores con Tesa.

—Yo no me preocuparía lo más mínimo, Marina —dijo Tesa. Has tenido suerte con tus hijos. Son buenos chicos y nunca han hecho nada malo.

—Pero tengo miedo de que mi madre tenga razón y Lena no encuentre marido por ser tan lista.

—Bah, bah, tonterías. Ya me gustaría que mi sobrina acabara siendo una mujer importante, como Clara Campoamor y esas otras que tanto lucharon porque las mujeres pudiéramos votar.

—¿Tú estás tonta o qué? Esas mujeres son de familias ricas y pueden hacer lo que quieran.

—No te creas, que tuvieron muchos problemas.

—¿Por qué?

—Porque los hombres no estaban de acuerdo con ellas. Ni los de su clase ni los de la nuestra.

—¿Y tú cómo sabes esas cosas?

—Porque pongo la oreja, Marina, porque pongo la oreja. ¿A ti Ramón no te cuenta nada?

—Bueno, me dice que tenemos que luchar por conseguir una vida mejor, que estamos oprimidos por la clase dirigente, que el gobierno se ha vuelto muy conservador y está contra nosotros… ese tipo de cosas.

—Ya, lo de siempre. Pues mira, en mi casa a mi tampoco me cuentan nada, pero yo procuro escuchar las conversaciones que tiene Marcelo con mi padre y con mi

hermano Antonio. ¿Sabías que Antonio se ha afiliado al Partido Comunista?

—Jesús, José y María —se persignó Marina escandalizada.

—Que dejes de hacer y de decir esas cosas, Marina, que ya sabes que están mal vistas —la recriminó con dulzura su cuñada.

—¿Y tu padre qué dice de que Antonio sea comunista? —preguntó Marina tras asentir con la cabeza a las palabras de Tesa. Tenía que quitar esa manía de persignarse y de decir ciertas palabras, pero eran cosas que estaban dentro de ella desde niña y lo hacía sin darse cuenta.

—Ya sabes que mi padre está afiliado al sindicato, pero nunca ha participado de forma activa, así que le dijo que era mayor y que eran cosas suyas. Pero Marcelo se puso como loco, diciéndole que se había unido al enemigo. Menuda bronca tuvieron los dos.

—No me habías contado nada, ¿cuándo fue eso?

—Ayer mismo al atardecer, cuando volvieron del trabajo. Al parecer, Antonio ya hace tiempo que se afilió al partido, pero había preferido no decir nada. Pero ayer, salió la conversación y lo soltó. Marcelo marchó para la cama hecho un basilisco, como si lo acabara de morder un perro rabioso —dijo Tesa divertida.

—Madre mía, menudo lío —respondió Marina un tanto aliviada de sus preocupaciones.

—Ya te digo. Así que deja de preocuparte por tonterías. Y si Jesús se afilia al Partido Socialista, pues mira, ya tenemos de todo en la familia: anarquistas, comunistas y socialistas. Solo nos falta algún monárquico, aunque igual podemos contar con tu madre —rio con ganas.

—Qué bien te tomas las cosas, Tesa. Me gustaría ser como tú, no preocuparme por pequeñeces.

—Quien me preocupa es mi padre.

—¿Tu padre? ¿Qué le pasa?

—No sabemos todavía, pero lo veo cansado y ya ha sufrido un par de mareos.

—¿Fue al médico?

—Ya sabes lo tozudo que es. Dice que ya se le pasará. Ya veremos…

—No será nada. Tu padre es muy fuerte, no recuerdo haberlo visto nunca malo.

—Oye, ¿sabes de qué deberías preocuparte de verdad? —dijo Tesa de pronto, con la picardía prendida en los ojos.

No me asustes, ¿de qué?

—De tu madre.

—¿De mi madre?

—No me hagas mucho caso pero he oído que la anda rondando Matías.

—Pero qué dices. ¿Estás loca o qué? —dijo Marina con el asombro llenando su cara. ¿Mi madre?

—Sí, tu madre.

—Bueno, si es verdad que ese hombre la ronda no quiere decir nada. Mi madre ni muerta mirará para él.

—Si tú lo dices.

La tarde pasó entre puntadas, cotilleos y risas. Esa noche Marina tardó en conciliar el sueño. Cada vez que hablaba con alguien le añadía una nueva preocupación: Jesús, Lena, su madre, e incluso Santiago a quien le profesaba un gran cariño. Pero de todo ello lo que más le preocupaba era su madre. ¿Sería verdad? Y si lo fuera, ¿aceptaría su madre a esas alturas la compañía de un hombre?

El domingo, 14 de junio de ese verano de 1936, amaneció un día espléndido y vecinos y visitantes, ajenos a los terribles acontecimientos que estaban a punto de suceder, se echaron en masa a la calle.

El tren llegaba abarrotado de personas del interior de la provincia, e incluso de la meseta, cargadas con comida y bebida para pasar un día de playa. Familias enteras, vestidas con sus mejores galas, pululaban por la calle Corrida, la zona de El Muelle, la Plaza del Humedal donde se celebraba una feria, por el paseo y por la arena de la playa de San Lorenzo, donde se veían los primeros bañistas. Por El Muro apenas se podía caminar. Las barandillas estaban ocupadas principalmente por hombres que se deleitaban admirando los jóvenes y atractivos cuerpos femeninos tostándose al sol. Los tranvías llevaban cientos de ciudadanos hasta los merenderos de Somió. Parecía que nadie estaba dispuesto a desaprovechar la oportunidad de disfrutar del buen tiempo y los fotógrafos con sus Leicas al cuello, a la caza del cliente, formaban parte del paisaje.

A Raquel le encantaba el verano con sus días largos y una cierta distensión de las costumbres, como poder tomar el sol en maillot. Había aprendido a nadar y disfrutaba dándose un baño por las mañanas para después ir paseando, envuelta en un albornoz, como mandaban las normas, hasta la zona de El Piles, donde dejaba que el sol acariciara su cuerpo. Ese domingo, al volver a casa se encontró con un impaciente Tomás.

—¡Vaya buen día que hace hoy! ¿Qué te parece si vamos a comer a Somió? —preguntó deseoso de usar su Ford Sedan de cuatro puertas recientemente adquirido en Autos-Salón—. Anda, sube rápido a arreglarte, que salimos en media hora —continuó diciendo Tomás sin esperar su respuesta—. Álvaro y tu marido ya están listos.

El viaje a Somió resultó muy agradable, con el viento bailando a través de las ventanillas abiertas. Comieron en un restaurante y después dieron un pequeño paseo.

—Qué bien se está aquí. Me gusta tanto disfrutar del aire libre —dijo Raquel dejándose acariciar por una brisa suave y agradable.

A media tarde, su marido ya estaba cansado, así que decidieron volver a casa. Cuando se dirigían al coche alguien clavó la mirada en Raquel, aunque ella no se dio cuenta. Era su hermana. Había subido en tranvía hasta los merenderos de Somió. Con ella estaban Ramón, Lena, Tesa, Julián, Marcelo y sus hijos. Habían dado buena

cuenta de tortillas, empanadas y chorizos, regados con sidra y reían contentos. Los mayores jugaban a las cartas. Los niños correteaban alrededor. Solo Lena parecía aburrirse. Echaba de menos a su hermano, que ese día no había querido acompañarlos. Qué ganas tenía de hacerse mayor. Se dio cuenta de la mirada de su madre. No le quitaba ojo a una chica muy guapa y bien vestida.

—¿Qué, Marina? ¿En qué piensas? —preguntó Julián. Venga, que te toca echar carta.

Marina echó la carta con desgana y volvió a mirar. Raquel había desaparecido dejando en el corazón de su hermana un aguijonazo de tristeza. Lena se preguntó qué pasaría por la cabeza de su madre. Ella también era guapa, aunque no tanto. ¿Envidiaría la belleza de esa desconocida? ¿O eran sus ropas lo que admiraba?

Jesús no los había acompañado con la disculpa de pasar la tarde con unos amigos. Su plan era desplazarse en autocar hasta Oviedo para asistir al mitin de Largo Caballero, que había llegado a la ciudad junto a cinco diputados. Uno de sus compañeros pertenecía a las Juventudes Socialistas y trataba de convencerlo para que se uniese a ellos.

Jesús quedó asombrado de la cantidad de gente que se había congregado en el antiguo campo de maniobras para escuchar al político. Los altavoces resonaban para que nadie perdiera ni una sola de sus palabras. Regresó a casa emocionado, aunque no convencido. Le gustaban más las ideas del Partido Comunista, del que tanto hablaba Antonio y estaba casi decidido a afilarse a sus juventudes. Lo que le quitaba el sueño era cómo contárselo a su padre.

Ya en casa, en la cena, Jesús estaba más callado que de costumbre.

—¿Qué te pasa, hijo? —preguntó Marina.

—Nada, madre, por qué me tiene que pasar algo.

—Porque estás muy callado —dijo Lena—. Algo malo habrás hecho.

—Calla, tonta —respondió dándole un manotazo a su hermana.

—Vale ya. Venga, acabad y a la cama —dijo Ramón al que no le pasó desapercibido que Jesús se había puesto colorado. Supuso que se trataría de una chica.

Raquel, sin prisa para levantarse al día siguiente, salió con sus amigos. Cenaron en el restaurante Mercedes, en la calle Libertad, para a continuación dirigirse al teatro a ver *Las cinco advertencias de Satanás*, una divertida comedia en cuatro actos de Enrique Jardiel Poncela.

Salieron de allí felices, riéndose y comentando la comedia. Poco se podían imaginar que esos días alegres estaban a punto de llegar a su fin.

26

Fue Ramón quien se dirigió directamente a su suegra. Sabía que se pondría hecha una fiera, y eso pretendía; le gustaba encenderla. Además, esta vez él llevaba todas las de ganar. A buen seguro que pasaría un mal trago.

Esperó al domingo, sentada la familia a la mesa, saboreando una comida como solo Luisa sabía hacer. La mujer sirvió unos humeantes y olorosos platos de potaje asturiano. En el centro de la mesa una fuente con apetitosos chorizos, morcillas y un buen trozo de tocino. Sobre la meseta descansaba el arroz con leche aderezado con canela y requemado con el gancho de la cocina.

—Qué rico está todo. Tu madre es una gran cocinera —dijo Ramón relamiéndose, con gran asombro de su familia, pues no se recordaba cuándo había alabado a su suegra por última vez.

—Sí, está muy bueno —respondió Marina sonriente, contenta por la atención de Ramón hacia su madre.

—Sería buena pena que en vez de nosotros empezara a comer estos platos tan ricos Matías.

La sonrisa de satisfacción de Luisa se transformó en una mueca de rabia. Marina por poco se atraganta. Los niños levantaron la vista sorprendidos, sin entender nada.

—Dile a tu marido que se meta en sus cosas —dijo Luisa furiosa para a continuación salir de la cocina y encerrarse en su cuarto metiendo un portazo.

Marina lanzó a Ramón una mirada recriminatoria. Él, por su parte, tuvo que hacer grandes esfuerzos para no echarse a reír a carcajadas. Había oído rumores y no sabía si eran ciertos o no, aunque a la vista de la reacción de su suegra… Ojalá le diga a Matías que sí y nos deje en paz de una vez por todas, pensó ilusionado.

Jesús y Lena no salían de su asombro y esperaban a que su padre o su madre dijeran algo. Ellos no se atrevían a preguntar, aunque lo intuían. Ni por lo más remoto se les hubiera pasado por la cabeza que un hombre pudiera fijarse en su abuela. Si tenía un montón de años. Era muy vieja.

Ramón comió con satisfacción y parsimonia las últimas cucharadas de arroz con leche, mientras Marina permanecía callada, con el ceño fruncido. El silencio de la cocina era tan denso que los niños dieron cuenta del contenido de sus platos con rapidez para huir de allí y dejar solos a sus padres.

—Eres un cafre —dijo Marina—. Solo a ti se te puede ocurrir decir algo así y delante de los niños.

—Vamos, que no es para tanto. Todo el mundo habla de Matías y de tu madre, yo solo quería saber si era verdad y por lo visto sí lo es. ¿Tú sabías algo?

—Algo me dijo Tesa.

—¿Lo ves? Mira que si tenemos boda…

Marina le dio un manotazo en el brazo, pero no pudo evitar que a su boca aflorara una sonrisa. No quería ni pensar en cómo estaría su madre cuando saliera de la habitación. Temía su reacción. Cuando se enfadaba la rabia le podía durar unos cuantos días y resultaba muy incómodo estar con ella en casa sin hablar.

Marina sirvió el café. Después, recogió la mesa y fregó los cacharros y el suelo de la cocina. Mientras tanto, Ramón se tumbó en la cama a leer un rato. Al terminar sus tareas, Marina se acostó al lado de su marido.

—¿Crees que será verdad, Ramón? —preguntó en tono muy bajo.

—Eso tienes que preguntárselo a ella.

—Puf, cualquiera le dice nada.

—Déjalo pasar, el tiempo dirá. Y de momento no te preocupes, que igual son tonterías que no llevan a ningún sitio.

—Matías es un buen hombre —dijo Marina con un deje de resignación, intentando hacerse a la idea.

—Sí, aunque de derechas, es buena persona. Nunca ha tenido un problema con nadie y como vive solo seguro que guardará algún ahorrillo. ¿Qué edad tiene?

—Ni idea, pero haciendo cuentas debe de ser más o menos de la edad de mi madre.

—¿Y cuántos años tiene tu madre?

—Cincuenta y siete años, y no sé, Ramón, ¿tú crees que son edades para esas cosas?

—Siempre hay edad para desear tener compañía en la vida.

—Es que… es que…

—¿Qué?

—Que no puedo imaginarme a mi madre…

—¿Qué no puedes imaginarla cómo? —preguntó Ramón socarrón.

—Bueno, ya sabes… —farfulló Marina.

—Hombre, yo tampoco me imagino a mi suegra en la cama con un hombre, qué quieres que te diga.

—¡Uf! —dijo Marina como si le diera grima solo con pensarlo.

—Déjalo estar. Al fin y al cabo esa es la menor preocupación que tenemos.

—¿A sí? ¿Qué es más importante, entonces?

—No quiero asustarte pero las cosas no están pintando nada bien. Desde abril ha aumentado la violencia callejera y no se ve manera de pararla. Parece que nadie está contento y todo el mundo quiere arreglar sus problemas a puñetazos o, peor aún, a tiros.

—Bueno, tú procura no meterte en líos, Ramón. No te olvides de cuando estuviste en la cárcel.

Ramón bien se acordaba de ello, cómo olvidarlo. Y lo suyo no había sido nada: unos días de reclusión y una jornada de tortura. Para otros fue mucho peor. A pesar del tiempo trascurrido no dejaba de preguntarse por la razón de su puesta en libertad, cuando el resto de sus compañeros no habían salido de la cárcel hasta la amnistía. Sabía que algunos de ellos se hacían la misma pregunta. Lo notaba en sus miradas suspicaces, en ciertas palabras cargadas de malicia, en una mal disimulada desconfianza. Pero Ramón estaba muy lejos de saber que su libertad se la debía a Bruno, el falangista por el que Raquel le pedirá, dentro de poco, su intermediación.

Marcelo, en cambio, además de torturas, había sufrido un largo presidio. Sus meses de internamiento, lejos de aplacarlo, lo habían endurecido y radicalizado. Formaba parte de los grupos paramilitares de izquierda que habían quedado activos tras la revolución. Entrenaban clandestinamente, con las armas que habían podido esconder, formando milicias de autodefensa para protegerse del avance de los grupos de extrema derecha que campaban a sus anchas por la ciudad. Su forma de ver las cosas lo hacía tener frecuentes discusiones con Ramón, mucho más moderado.

—Creí que las cosas se iban a calmar y nada más lejos, Marcelo. Las calles están incontrolables, los falangistas parecen animales rabiosos y el resto no les anda a la zaga.

—¿Y qué quieres? La derecha está haciendo todo lo que puede para acabar con el sistema democrático. Hay que pararle los pies porque si no lo hacemos dentro de poco nos gobernarán los fascistas como en Alemania e Italia y entonces nos vamos a enterar de lo que es bueno. Y yo, mientras pueda, lucharé para que mis hijos no tengan que vivir bajo una tiranía.

—Ya lo sé, pero deberíamos calmarnos todos un poco. Ya hemos acabado con la monarquía y hasta con el gobierno radical de Lerroux. Ahora somos nosotros los que tenemos el poder y debemos utilizarlo bien. La izquierda, por primera vez está unida, Marcelo, unida.

—No, Ramón, estás muy confundido. El poder sigue en las mismas manos que cuando estábamos con la monarquía o con la dictadura de Primo de Rivera. Los empresarios, los bancos, los terratenientes, los burgueses y la Iglesia siguen mandando igual que antes, igual que siempre. Y el gobierno es tan moderado que parece un niño asustado el primer día de escuela. Al final, las cosas han cambiado para seguir siendo lo mismo.

—No digas eso. Han cambiado muchas cosas, aunque reconozco que no las suficientes. Mira, se han tomado tierras improductivas y se han repartido a los campesinos para su cultivo; hemos conseguido la jornada laboral de ocho horas; la igualdad de la mujer ha dado pasos de gigante, hasta pueden votar; la educación ha dejado de estar en manos de la Iglesia y se abrieron y se siguen abriendo multitud de escuelas…

—Tú mismo lo has dicho. Eso no es suficiente. Los trabajadores seguimos en manos de unos empresarios crueles y soberbios. Nos pagan poco, las condiciones laborales son de pena, el paro parece un cuchillo afilado sobre nuestras cabezas esperando a rematarnos.

—¿Y qué solución ves tú entonces?

—No veo otra salida que la revolución.

—Yo no lo veo así. Tenemos un gobierno republicano y reformista. Hay que dar tiempo al tiempo.

—El gobierno es reformista, sí, pero también burgués, y los obreros le importan poco o nada.

—Las cosas irán a mejor, ya lo verás.

—No seas iluso, Ramón, el gobierno no tiene fuerza ni para sostenerse a sí mismo, así que mucho menos para frenar los enfrentamientos entre la izquierda y la derecha. Además, no hay manera de formar un gobierno estable. Cuántos presidentes hemos tenido desde que se proclamó la República, ¿nueve?, ¿diez?

—Creo que el diez era Azaña, pero desde que dimitió ya van otros dos así que, si no me equivoco, doce.

—Ves, me estás dando la razón. Doce presidentes de gobierno en cinco años. Hay demasiada inestabilidad y la derecha está enseñando los dientes.

—Pero ya han ilegalizado a la Falange y han detenido a José Antonio además de a otros líderes.

—Vale, ¿y qué? O estás ciego o no quieres ver. Los enfrentamientos y los atentados van en aumento y los muertos ya se cuentan por centenares. Esto ya no hay quien lo pare. Te lo digo yo.

—No es que esté ciego, Marcelo. Es que quiero mantener la esperanza de que las cosas se vayan arreglando pacíficamente, de que el movimiento obrero consiga mejorar el país como siempre, a través de la lucha, con huelgas y manifestaciones.

—Lees demasiado, ya te lo dije muchas veces. Con el paso de los años te has convertido en un teórico y cuando las cosas van mal la teoría no vale para nada.

—¿El uso de la fuerza, entonces? ¿Esa es la única alternativa que ves?

—Tú lo has dicho.

—Y eso que el pesimista era yo —dijo Ramón con tristeza.

En el fondo, Ramón sabía que Marcelo tenía razón. El gobierno lidiaba como podía con los dos bandos enfrentados. La derecha no aceptaba su derrota en las elecciones y conspiraba contra el gobierno. Las organizaciones obreras estaban hartas de promesas que no se acababan de cumplir. Los partidarios de la revolución iban en aumento. Los socialistas, divididos en dos bandos, el moderado de Prieto y el radical de Largo Caballero, no accedían a colaborar con un gobierno al que acusaban de burgués. El ambiente no podía estar más caldeado.

Cuando Ramón y Marcelo se reunían con su grupo de compañeros, la política era el único tema de conversación. Y como en el resto de las tertulias que se celebraban

en las Casas del Pueblo, fábricas, cafés, calles o casas particulares, se discutía con acaloro sobre la inminencia de un golpe militar.

—El levantamiento militar está al caer —exclamó Marcelo nada más entrar un día en su lugar de reunión, como si hubiera recibido él personalmente la noticia. Muchos lo miraron, pero solo le respondió Laureano.

—No sé, igual no. El gobierno ha enviado fuera de Madrid a los generales Mola, Franco y Goded, que parecen ser los más peligrosos.

—¿Y qué? —respondió Marcelo irritado—. Por lejos que estén, esos pájaros ya buscarán la forma de organizarse para seguir conspirando. La reforma del ejército va contra sus intereses y harán todo lo posible para impedirlo. Tienen demasiados privilegios para querer soltarlos. Y encima, cuentan con armas y soldados. Como el gobierno no espabile…

—Tiene razón Marcelo —intervino Carlos—, con lo inútiles que fueron en la campaña de África ya tenían que haber destituido a más de uno. Hay demasiados oficiales con sus condecoraciones y sus buenas pagas y son peligrosos. Yo creo que el gobierno debería cortarles las alas ya de una vez por todas.

—Tú sí, pero ellos no. Ahí está el problema —observó Pepe—. Y eso que todo se está haciendo poco a poco por miedo a cabrearlos.

—Lo peor de todo es que el ejército está apoyado por la derecha más conservadora, que es la que tiene el dinero. Y qué decir de la Iglesia —intervino Ramón.

—Ya veremos en qué acaba todo —suspiró Pepe.

—En nada bueno. Sigo sosteniendo que esto solo lo puede arreglar una revolución de una vez por todas —sentenció Marcelo.

—Tú y tu bendita revolución —dijo Ramón.

—Y tú y tus benditas paciencia y esperanza —respondió Marcelo resoplando.

Continuaron hablando durante más de una hora, dando cada uno su opinión, Marcelo excitándose cada vez más.

—Anda, vamos para casa que ya son horas —dijo Ramón cogiendo cariñosamente a su amigo por el hombro.

—Sí, vamos a dejarlo por hoy. Pero hacedme caso, la cosa va a estallar de un momento a otro.

—Lo que tú digas, pero vamos ya —dijo Ramón arrastrándolo a la calle.

Mientras que el país entero se había hecho a la idea de la eminencia de un levantamiento militar, el gobierno parecía vivir en el limbo, para desesperación de los republicanos. En medio de la agitación y de la inquietud general, un pistolero falangista asesinó a José Castillo, teniente de la Guardia de Asalto. Como represalia, esa misma noche, sus compañeros decidieron tomarse la justicia por su mano. El derechista Calvo Sotelo fue sacado de su casa y pasado por las armas. Se acababa de prender la mecha que llevaba ya tiempo preparada.

El viernes, 17 de julio de 1936 tuvo lugar la sublevación militar tan esperada por unos y tan temida por otros. El alzamiento comenzó en Melilla, extendiéndose con rapidez por todo el protectorado de Marruecos.

Ajenos aún a esos acontecimientos, Ramón y Marina asistieron a la representación de *Nuestra Natacha,* obra del asturiano Alejandro Casona, presentada anteriormente en Madrid con gran éxito.

Marina estrenaba un vestido azul marino con lunares y cuello blanco y con la ayuda de Lena onduló el pelo, cubriéndolo con brillantina India para proteger el peinado y darle un brillo especial. Se miró al espejo mientras se colocaba los pendientes y el collar de perlas de su tía. Lena la hizo dar una vuelta sobre sí misma y le regaló un par de besos mientras le decía lo guapa que estaba. Marina sonrió satisfecha y le dio un gran abrazo antes de salir del cuarto.

Ramón no podía dejar de mirar a su mujer y de compararla con el resto. La suya era, sin lugar a dudas, la más guapa de todas. Ese día cumplía treinta y cinco años y las entradas al teatro, en el patio de butacas, era su regalo de cumpleaños. Marina no perdía detalle del interior del Teatro Dindurra, donde ya había visto varias representaciones aunque todas desde el gallinero. En el patio de butacas las cosas se veían de otra manera. Comenzó la función y, como el resto de los asistentes, se dejó llevar por una historia, en tres actos, que ponía sobre el escenario muchos de los temas que estaban candentes en el debate social y político. Su protagonista, Natacha, una joven alegre y comprometida, encandilaba al público.

Resonaban aún los aplausos del final de uno de los actos, cuando un murmullo perturbador comenzó a deslizarse de butaca en butaca y de boca en boca. La noticia del alzamiento había llegado. Los asistentes al espectáculo abandonaron la sala a toda prisa, con miedo unos, con alegría otros, sorprendidos todos.

Ramón y Marina salieron del teatro y volvieron a casa presurosos. Una vez allí, Ramón le dio un beso a su mujer y le dijo que no lo esperara levantada. Tenía que ir a reunirse con sus compañeros para saber qué estaba pasando. Marina intentó retenerle, diciéndole que ya iría al día siguiente, pero él no se dejó convencer. Ramón sabía que si las noticias de la rebelión eran ciertas no había tiempo que perder.

Cuando llegó a la Casa del Pueblo, la mayoría de sus compañeros ya estaban allí.

27

Confirmada la sublevación, en Gijón, a la espera de saber de qué lado estaban los militares acuartelados en la ciudad, se formó de inmediato un Comité de Defensa y se declaró una huelga general. Una comitiva de obreros se dirigió a la calle Jovellanos, al Cuartel de la Guardia de Asalto donde, al ponerse dicho cuerpo al servicio de la República, se repartieron armas. Se formaron de inmediato milicias obreras para vigilar los posibles movimientos de las tropas y para controlar las carreteras, las comunicaciones, el combustible, la población… Por la trágica experiencia de octubre del 34, se sabía que toda precaución era poca.

El ritmo de la ciudad se había alterado de un momento a otro. Se estaba pendiente día y noche de las noticias que llegaban de otros puntos de Asturias y del resto del país. Las radios permanecían encendidas, rodeadas por multitud de personas. Los bares y cafeterías estaban abarrotados de hombres esperando escuchar la voz que les dijera que la rebelión ya había sido sofocada. Otros, en cambio, deseaban escuchar que la sublevación avanzaba, bien por esperar la llegada de la ansiada revolución, bien por ser partidarios de los que consideran garantes de la paz y el orden. Los rostros se mostraban inquietos, asustados o esperanzados.

Las casas afortunadas que poseían un aparato de radio fueron invadidas por decenas de vecinos ansiosos de noticias. Gijón permanecía en una espera tensa, tras la alerta que había hecho sonar las sirenas de las fábricas y de los barcos del puerto. Las tropas acantonadas en la ciudad no daban señales de vida, parapetadas tras los muros de los cuarteles.

—Estos desgraciados nos la van a armar —exclamó Marcelo inquieto, moviéndose de un lado a otro—. ¿Por qué no salen ya de una puñetera vez?

—Si tardan tanto es porque no lo tienen claro. Si estuvieran de parte de la República ya lo hubieran dicho —respondió un compañero de la CNT.

—Tienes razón. Si fueran leales ya hubieran dado la cara.

—Lo peor es esta aparente calma. Si no están con nosotros prefiero que salgan ya y jugárnosla a tiros. Cualquier cosa antes que esta espera.

—Tómalo con calma, Marcelo. Igual hay suerte y son leales.

—Pues que salgan ya de una puñetera vez. Ganas me dan de acercarme a los cuarteles y tirarles unas cuantas granadas de mano para que muevan el culo.

Como a Marcelo a muchos hombres les hervía la sangre ante una demora que no hacía más que añadir miedo e incertidumbre. Las mujeres, casi todas solas en sus

casas, se apoyaban unas en otras mientras continuaban con sus tareas cotidianas. En todos lados se respiraba inquietud y miedo.

Un buen número de mineros, confiados en la declaración de fidelidad a la República del general Aranda, máxima autoridad militar de la región, habían salido hacia Madrid para ayudar en la defensa de la capital. Pero el general, aprovechando su marcha, proclamó su adhesión al alzamiento, tomando el control de Oviedo, encarcelando al gobernador civil y declarando el Estado de Guerra en toda Asturias.

Sin embargo, esa acción no cogió desprevenidos a los grupos armados de autodefensa que, en un rápido movimiento, lograron frenar la rebelión, quedando Oviedo cercada por los republicanos.

La traición del general Aranda enardeció los ánimos en Gijón. El movimiento en la ciudad era incesante, con miles de ciudadanos agrupados en milicias, con sus armas al hombro, recorriendo las calles a pie o en camiones, vigilando los cuarteles y llevando a cabo las primeras detenciones. Los mineros, una vez enterados de la situación, regresaron a Asturias. Algunos se dirigieron a Gijón, cargados con dinamita, en prevención de los posibles movimientos del ejército.

La espera llegó a su fin cuando se confirmó la sublevación de los militares de los cuarteles gijoneses, que trataron de ocupar las calles del centro. Pero los dos días de retraso habían permitido organizarse a los republicanos, que los hicieron batirse en retirada hacia los cuarteles de El Coto y Simancas, donde quedaron sitiados. La Guardia Civil entregó su cuartel de Los Campos Elíseos y un destacamento situado en el cerro de Santa Catalina fue reducido. Los Carabineros permanecieron con la República.

Mientras se sucedían estos acontecimientos, el gobierno, ante el desconcierto general, parecía no saber qué hacer pese a todas las señales que habían anunciado la sublevación. Un buen número de oficiales se había sumado al alzamiento, pero otros muchos permanecían fieles al régimen republicano. El gobierno dudaba. ¿Cómo saber quién era leal y quién no? ¿Y si los traicionaban desde dentro?

Ante ese temor, inseguro, decidió disolver el ejército. Quedó así la defensa del orden constitucional en manos de las milicias de ciudadanos que iban creando las distintas formaciones políticas y sindicales.

Los voluntarios se contaban por miles, en su mayoría obreros sin ningún tipo de preparación militar y sin saber ni querer saber nada del significado de la palabra «disciplina». Los acontecimientos se sucedían a tal velocidad que resultaban difíciles de asimilar. Las calles comenzaron a estar repletas de hombres vestidos con pantalones o monos de trabajo, camisas arremangadas y pañuelos rojos o negros al cuello. La revolución era para ellos el sueño de una vida más libre y en mejores condiciones, algo que la política, pese a la llegada de la ansiada República, les había negado hasta entonces. En esos momentos, por primera vez en su vida, tenían un arma en la mano. Y pensaban usarla.

Muchas mujeres, la mayoría jóvenes y sin responsabilidades familiares, vieron en esa lucha la oportunidad de salir de una casa que no les ofrecía más futuro que seguir el camino de sus madres. Se ofrecieron voluntarias, se vistieron como sus compañeros varones y, llenas de ilusión ante los nuevos tiempos, se dirigieron al frente, aunque fueron destinadas en su mayoría a servicios de enfermería, cocina o limpieza.

Sin embargo, no a todos los voluntarios los movían las mismas aspiraciones, pues no faltaba quien solo tenía sed de venganza para saldar deudas con familiares, amigos o vecinos, por motivos personales, económicos o políticos. Otros, aprovechando la oportunidad, se dedicaron a asaltar viviendas o comercios robando comida, ropa y objetos valiosos llevando la destrucción e incluso la muerte allí por donde pasaban ante el estupor de los vecinos. Las detenciones de personas de derechas, falangistas, religiosos, comerciantes o ricos, por el simple hecho de ser ricos, hizo cundir el pánico. Muchos trataron de huir a la zona rebelde. Unos lo lograron. Otros fueron detenidos e incluso asesinados, sin haber sido capaces aún de entender que había estallado una guerra.

Ramón llegó a casa exhausto. Llevaba varios días trabajando sin parar, durmiendo a ratos, malcomiendo. Se había presentado como voluntario en el primer momento. Marcelo también. Su amigo formaba parte de las milicias que hostigaban el cuartel de Simancas. A Ramón, sin preparación militar, le tocó realizar labores administrativas y de enlace en el Comité de Defensa, de mayoría anarquista.

—Ramón, ¿qué está pasando? ¿Durará mucho la guerra? Parece que todo el mundo está loco. Han entrado en varias casas. En la de Sandalio han sacado muebles y les han prendido fuego en plena calle. A Ezequiel le han dado con una piedra en la cabeza. Está en el hospital. Al dueño de la mercería y a los hermanos de la ferretería los metieron en la cárcel. Y esta mañana han llevado a Urbano, el panadero, dijeron que para interrogarlo. ¿Por qué se hacen esas cosas, Ramón? Esos hombres son buenas personas y nunca han hecho daño a nadie. Son vecinos del barrio, los conocemos bien. ¿Puedes hacer algo por ellos? Sus mujeres están destrozadas, han estado aquí esta tarde —soltó Marina casi sin respirar.

—Ahora no, Marina, por favor. Ahora no. Necesito descansar.

Ramón se dejó caer pesadamente en la cama. Estaba tan cansado que no le apetecía ni hablar. Solo quería dormir. Descansar unas horas, comer bien, lavarse y cambiarse de ropa. Después volvería a sus obligaciones.

—Venid, niños, acercaos —dijo Ramón incorporándose en la cama al ver a sus hijos a la puerta de la habitación—. Veréis, como habéis oído los militares se han rebelado, pero no todos. En muchos lugares el levantamiento ha fracasado. Así que no hay de qué preocuparse, será cosa de poco tiempo, estamos organizados y esto acabará pronto. Yo me he presentado como voluntario y no sé cuándo podré venir a casa. Hay mucho trabajo que hacer.

—¿Estás luchando, padre? ¿Te han dado un fusil? —preguntó Jesús ilusionado.

—No, hijo, no. Paso el día escribiendo a máquina y llevando papeles de un lado para otro.

A Ramón le dolió el gesto de desilusión que vio asomar en el rostro de su hijo. Pero aún no había acabado de hablar con ellos.

—No quiero que os alejéis mucho de casa —añadió autoritario—. Y ni se os ocurra separaros de vuestra madre o de vuestra abuela. ¿Habéis oído?

—Sí, padre —respondieron los dos al unísono.

Los niños, cabizbajos y preocupados, se retiraron a sus cuartos. Luisa quedó en el dintel de la puerta.

—Tengo que deciros algo —anunció un tanto cohibida, algo inusual en ella.

—Ahora no, Luisa, por favor —dijo Ramón ya medio dormido.

—Matías me ha pedido en matrimonio —soltó ella de repente.

—¡Madre! —exclamó Marina abriendo desmesuradamente la boca y los ojos.

—Le he dicho que sí. Nos casaremos pronto.

Marina miró a su madre boquiabierta. Luisa mantuvo la mirada baja, como si no quisiera ver la expresión de asombro de su hija o como si ella misma estuviera desconcertada por sus palabras.

—Y por la Iglesia —apostilló antes de desaparecer en dirección a la cocina para preparar café. Lo necesitaba.

Marina quedó paralizada en medio de la habitación. Había estallado la guerra, su marido se había presentado voluntario, sus vecinos de toda la vida se insultaban y agredían y para colmo su madre decía que se casaba. ¡Su madre! La madre que había estado siempre con ella y que llevaba viuda tanto tiempo que nunca hubiera sospechado que pudiera volver a sentir algo por un hombre. No podía ser. Tenía que hacerla entrar en razón. ¿Qué diría la gente? Además, con la guerra, tampoco parecía el momento más oportuno.

Ramón no tenía ánimos para alegrarse pensando que, por fin, iba a poder deshacerse de su suegra. En esos momentos le gustaría que siguiera en casa, con Marina y los niños. Pero tampoco sería él quien hiciera algo para retenerla. Ya era mayor para tomar sus propias decisiones. Además, tenía demasiados problemas en qué pensar para gastar ni un solo segundo en su suegra. Aunque eso sí, ni en sueños entraría él en la iglesia por mucho que se lo suplicara Marina. El matrimonio civil era obligatorio, así que como mucho asistiría a ese enlace.

Ramón se levantó antes de amanecer para volver a sus nuevos quehaceres. Nunca hubiera creído que estallaría la guerra y mucho menos de forma tan precipitada. Veía a muchos de sus compañeros contentos, con una euforia desconocida, como si la guerra fuera una fiesta. Él no participaba de esa dicha. Tenía miedo. Miedo por los suyos y por Marcelo. Conociéndolo, conociendo su rabia acumulada, lo creía capaz de cometer cualquier tontería. Sabía que, de momento, permanecía ileso, pero también sabía que en un segundo una bala traidora podía segar su vida. Se estremeció al pensarlo.

Ramón había leído mucha historia y era consciente de que siempre se sabía cuándo empezaba una guerra, pero nunca cuándo acababa y mucho menos cómo. La sublevación había sido sofocada en gran parte del país, así que mantenía la esperanza de que en pocos días volviera todo a la normalidad. Pero no las tenía todas consigo porque, aunque amortiguado, el alzamiento no había sido apagado por completo.

Ese mismo día, 22 de julio, las esperanzas de Ramón saltaron por los aires al convertirse Gijón en una de las primeras ciudades del país en ser bombardeada por la aviación, dejando tres muertos. Días después, el crucero Almirante Cervera empezó a atacar la ciudad en apoyo de los militares acorralados en los cuarteles. El terror llegaba por mar y por aire y había llegado para quedarse.

El Comité de Defensa dio paso al Comité de Guerra, instalado en las dependencias del Banco de Gijón, en la calle Begoña, y supeditado al provincial con sede en Sama de Langreo.

El Comité de Guerra comenzó a dirigir y organizar la vida local imponiendo una economía de tintes revolucionarios. Se colectivizaron los medios de producción, se requisaron tiendas, comercios y vehículos, se confiscó la banca y se abolió el dinero. Los responsables políticos y sindicales trabajaban sin descanso, mientras grupos de incontrolados tomaban la ciudad amparados en el anonimato, cometiendo todo tipo de tropelías.

En sus casas, ante el temor de ser llamados al frente, algunos hombres se autolesionaban o preparaban un refugio secreto y seguro. El miedo se adueñó del ambiente en el que flotaba con insistencia una pregunta: ¿dónde está el gobierno central que no hace nada?

Sin el respaldo de un ejército, los grupos paramilitares de sindicatos y partidos de izquierda que permanecían activos, formados en su mayoría por obreros metalúrgicos y mineros, formaron la base del nuevo ejército popular. Los voluntarios para ir al frente se contaron por miles, pero en cantidad insuficiente. La República, para atraer a más voluntarios, utilizó la propaganda, con llamamientos en la prensa y en los numerosos carteles que pronto empapelaron pueblos y ciudades. La figura de la mujer miliciana fue utilizada como reclamo, insistiendo en su papel de heroína. Si una mujer empuñaba un arma y se exponía a ser alcanzada por el fuego enemigo, ¿qué hacían los hombres jóvenes y sanos en sus casas? Poco a poco, más hombres se fueron incorporando a las filas del nuevo ejército aunque a la República, igual que a los rebeldes, no les quedaría más remedio que empezar a reclutar de forma obligatoria.

28

El 14 de agosto, víspera del día grande de las fiestas de Nuestra Señora de Begoña, Marina trajinaba por la cocina tarareando *Aquellos ojos verdes*, un bolero que le encantaba. Su voz suave y melodiosa viajaba por el aire, escapando por la ventana abierta, cuando de pronto, un sonido atronador, la hizo enmudecer. Asustada, recorrió el pasillo limpiando las manos al mandil, arrastrando como podía su tobillo lesionado días atrás.

Sus vecinos también habían salido a la calle, alarmados por el ruido. Casi sin darles tiempo a mirar ese cielo de agosto que presagiaba el invierno, el rugido espantoso de las explosiones de las bombas lo invadió todo. Las manos intentaban tapar el horror que exhalaban las bocas. Las lágrimas escapaban a raudales sin ningún tipo de pudor. Los niños habían dejado de jugar. Los sonidos de la vida cotidiana se habían esfumado.

Algunas personas volvieron a entrar en casa, temblando, arrastrando con ellas a sus pequeños. El centro estaba siendo atacado. No era la primera vez que bombardeaban a la población civil, pero se habían disculpado alegando un error. Sin embargo, el estruendo y la humareda no dejaban lugar a la confusión.

Marina volvió a su cocina compungida y nerviosa. El sonido de las sirenas de la Junta del Puerto y de las fábricas que en otros momentos llamaban a los obreros al trabajo, lo percibió como un conjunto de aullidos estridentes y sobrecogedores. Ramón, Tesa y Raquel estaban en el centro y temía por ellos.

Raquel saltó de la cama al sentir las explosiones. No se había levantado aún, pese a ser más de las doce del mediodía, pero estaba desganada y asustada desde la detención de Bruno, dos días atrás. Se acercó al balcón. Las nubes de polvo eran inmensas. La gente corría despavorida. En mitad de la calle, un niño perdido lloraba con desconsuelo. Bajó corriendo para sacarlo de allí. Cuando llegó, su madre ya lo estaba abrazando. Tomás salió tras ella. La cogió con fuerza y la obligó a entrar en el portal. Se refugiaron en el sótano, donde ya estaban su marido, Álvaro y Gelita. Raquel se preocupó al no ver a Tesa. Seguro que había salido a la compra.

Tres aviones nacionales, con base en la Virgen del Camino en León, eran los responsables del ataque.

Tras finalizar el bombardeo, los ciudadanos, desorientados y atemorizados, salieron de sus escondites enfrentándose a una visión dantesca. Las calles se mostraban cubiertas de cristales rotos, escombros, jirones de ropa, calzado, gorras,

polvo, heridas profundas, huesos al aire, brazos y piernas desgajados de sus cuerpos, muertos nadando en su propia sangre. Las madres apretaban a sus hijos contra ellas, tapándoles los ojos para ocultarles la visión de la barbarie. Muchas personas se alejaban corriendo para no ver el horror. Otras se acercaban a los cuerpos intentando socorrer a los heridos. Los viandantes caminaban desconcertados, sin que sus cerebros fueran capaces de asimilar lo sucedido. Una calma inquietante abrazaba la ciudad. La noticia corría de boca en boca.

Tesa se había refugiado en un portal de la calle Jovellanos, donde con otras personas esperaba, atónita, a que todo acabara. En la acera de enfrente vio caer a una madre con un niño en brazos. Hizo ademán de salir corriendo, pero un brazo fuerte y varonil la detuvo. Durante un tiempo que le pareció eterno sintió como si el mundo se estuviera hundiendo bajo sus pies y el edificio le fuera a caer encima de un momento a otro. No podía creer lo que estaba viviendo. Parecía un mal sueño.

El sonido de las bombas cesó y los aviones desaparecieron. Tesa abandonó su refugio y corrió directamente hasta la madre y el niño, sorteando otros cuerpos. La madre estaba herida y desorientada aunque no parecía muy grave. La ayudó a levantarse. Sangraba por una pierna y apenas podía mantenerse en pie. El niño se aferraba a ella con los ojos llenos de terror.

Tesa, sin poder contener las lágrimas, dirigió su mirada a la calle sembrada de muertos y heridos. A poca distancia yacía otra mujer. Se acercó. Tenía una gran herida en el pecho y la falda levantada, dejando a la vista su ropa interior. No pudo hacer por ella más que cerrarle sus ojos de asombro y bajarle la falda. Luego, recordando que había dejado la cesta de la compra en el portal, fue a buscarla, pero había desaparecido. Aturdida, echó a caminar con lentitud esquivando piedras, cristales, coches aparcados, cadáveres y heridos que ya estaban auxiliando los sanitarios. Tenía que ir hasta la parada del tranvía. Necesitaba saber de su padre.

A Santiago el bombardeo lo había cogido en El Llano. Tesa, tras informarse de que en su barrio no había caído ninguna bomba, dejó recado para que su padre supiera que estaba bien y volvió al trabajo. Aún tenía mucha tarea por delante.

Raquel se asustó al verla llegar.

—Tesa, ¿estás bien? ¿Estás bien, Tesa? —preguntó mirándola de arriba abajo.

—Sí, sí, estoy bien.

—¿Y esa sangre?

—No es mía, no te preocupes. Pero me han robado la cesta de la comida.

—Eso ahora no importa. Lávate y vete para casa. Te prestaré uno de mis vestidos para que te cambies.

Tesa se negó a marchar. Se aseó y lavó su vestido. Luego puso uno limpio y continuó trabajando. Por la tarde, cuando aún no se habían podido identificar a todos los muertos y heridos, un fuerte zumbido alertó de un nuevo peligro. Ya nadie miraba al cielo distraído, como por la mañana. La gente comenzó a correr sin saber a dónde, refugiándose en los portales. El mundo retumbaba. Se desprendían trozos de los

techos, de los tejados, de las cornisas; los cristales de casas y comercios estallaban en mil pedazos. Los oídos no parecían dispuesto a soportar ese ruido, amenazando con reventar. Conocidos y desconocidos se daban las manos, para no sentirse solos.

Cuando acabó el bombardeo y salieron de sus cobijos vieron casas derruidas, más heridos, más miembros desgajados, más muertos.

—¿Cómo se atreven a bombardear a los civiles? —clamaban voces tan airadas como confundidas por los sucesos—. ¡Son unos criminales! ¡Unos asesinos!

Nadie entendía por qué se atacaba de esa manera a la población civil. No era de seres humanos hacer eso. Lo normal era bombardear los centros militares, los fortines o los lugares donde se almacenase armamento, no calles llenas de personas indefensas. Nunca se había oído que hubiera sucedido algo así. Hasta ese día los aviones habían tirado víveres a los militares sitiados en los cuarteles y bombardeado alguna zona, pero nunca de esa manera.

Marina no podía contener los nervios. Tesa había mandado aviso por la mañana pero no había dicho nada de su hermana. De Ramón no había tenido noticias en todo el día. Necesitaba saber de ellos. Saber que estaban a salvo. Pero apenas podía caminar. Mandó a Lena que fuera a casa de su tía. Ya debería haber llegado.

—Madre, la tía no está en casa.

—¿No? ¿Dónde se habrá metido? ¿Has ido a casa de su padre?

—Sí, madre. Me han dicho que no ha vuelto, que hoy trabajaba todo el día. Están muy preocupados y quieren ir a buscarla. Como yo no sabía decirles dónde está la casa va a venir Antonio a preguntarte.

Marina se puso aún más nerviosa. ¿Qué le iba a decir a Antonio? No le quedaba más remedio que confesar la verdad, que trabajaba en casa de Raquel. Lo importante era saberla a salvo, y de paso tener noticias de Raquel y también de Ramón; Antonio sabría dónde encontrarlo.

Gijón había sufrido por los cuatro costados. Los proyectiles habían castigado con dureza las calles más céntricas, especialmente las de Jovellanos, Corrida o Cabrales. También habían caído bombas en la estación del Ferrocarril de Langreo, donde un grupo numeroso de mujeres con sus hijos esperaban el tren para huir a las aldeas.

La cifra de más de cincuenta muertos y cerca de ochenta heridos, muchos de ellos de gravedad, además de los cuantiosos daños materiales, hicieron que el desconcierto ciudadano se acabara convirtiendo en una rabia incontenible.

Por la tarde, finalizado su trabajo, Tesa caminó hacia el tranvía con el rostro desencajado. La ciudad parecía otra, como si una mano gigante la hubiera vapuleado. Esperaba encontrar a su padre. Eso la tranquilizaría.

Cuando alcanzó la Plaza de Galán escuchó un griterío. Voces enervadas, exigentes, desgarradas. Vio a su padre a lo lejos, parado ante el tranvía, en compañía de otros hombres. Pese a la distancia notó sus rostros pálidos y descompuestos. Conforme se fue acercando empezó a sentir con claridad lo que decían los gritos. Clamaban venganza. Cientos de personas se habían concentrado ante la iglesia de San

José, donde había un buen número de detenidos. Se pedía su vida como tributo por los asesinados por la aviación.

Santiago vio a Tesa. Le hizo una señal para que se acercara. Pero Tesa se desviaba hacia la iglesia. Santiago corrió tras ella. La cogió por los hombros. La obligó a dar la vuelta.

—¿A dónde crees que vas? —preguntó con autoridad, como si se estuviera dirigiendo a una niña.

—A unirme a esas voces —dijo Tesa con mirada ausente.

—Vamos, sube al tranvía. Es hora de volver a casa. Estarán preocupados.

—Padre, ¿usted ha visto? ¿Lo ha visto, padre? —farfulló Tesa entre sollozos, derrumbándose.

Santiago la abrazó. Tesa se refugió en sus brazos, sintiéndose segura, como cuando era pequeña. Al pasar frente a la iglesia vio una multitud enardecida pidiendo sangre. A Tesa le gustaría estar allí, sumarse a ellos, gritar su rabia. Pero sabía que su padre tenía razón. Su lugar estaba en casa. La venganza no devolvería la vida a los muertos. Se centró en el traqueteo del tranvía. ¿Cómo contar lo que había visto ese día? ¿Cómo olvidarlo?

Ya en el barrio, se encontró con su hermano Antonio, que se dirigía a casa de Marina. La abrazó y marchó a cerciorarse de que Marcelo y Ramón no habían sufrido ningún daño.

—Pasa por casa de tu cuñada —dijo Antonio—. Dile que ya me encargo yo de saber de Ramón, que esté tranquila.

Marina, hecha un manojo de nervios, esperaba noticias a la puerta de casa.

—¿Estás bien, Tesa? —preguntó precipitadamente en cuanto la vio.

—Sí, no te preocupes. Y tu hermana también.

—¿Y Ramón? ¿Sabes algo de Ramón?

—Antonio ha ido a ver. Pero no te preocupes, estará bien. Si le hubiera sucedido algo ya te habrían avisado —dijo sin convicción.

—Voy a prepararte una tila —dijo Marina poniendo agua a calentar sobre la chapa de la cocina, mientras Tesa le contaba lo sucedido.

—No puedo borrar de mi cabeza lo que he visto, Marina. No puedo borrarlo. Malditos sean los que tiraron las bombas y los que mandaron tirarlas. ¡Malditos sean!

—¡Pobre gente! Y pobres familias.

—En venganza quieren matar a los presos de la iglesia de San José.

—Jesús, José y María —se persignó Marina. Eso no está bien, Tesa. Es matar por matar.

—Marina, voy a decirte una cosa. Esa costumbre que tienes de decir Jesús, José y María puede traerte problemas. Y no se te ocurra persignarte en público.

—No lo entiendo, Tesa. ¿Por qué no podemos hacer lo que sintamos sin tener que dar cuenta a los demás?

—Y creo que es mejor que dejes de ir a misa. Y dile a tu madre que no vuelva por la iglesia.

—¿Tú crees que alguien se meterá con ella? La conoce todo el mundo.

—Cuando hay dos bandos que matan y mueren todo cambia, Marina. Ya no hay ni amigos, ni familia, ni nada de nada. Hay que cuidarse mucho con quién se habla y de qué. Yo misma, si no es por mi padre, me hubiera unido al coro de voces que pedían esas muertes. Yo, Marina, que nunca he deseado mal a nadie —dijo negándose a creer que en algún momento hubieran podido viajar por su cabeza tales pensamientos—. ¡Ojalá todo esto acabe pronto! —añadió sin saber que no había hecho más que empezar.

—Dios lo quiera —dijo Marina, llevando a continuación la mano a la boca. Tenía razón Tesa, según estaban las cosas, mejor dejar a Dios en paz, hasta Ramón se lo había repetido varias veces.

Tomás salió de casa minutos después que Tesa. Álvaro y él habían decidido huir a Francia. Preguntaría en la estación sobre los próximos trenes y si no buscarían un barco. Al pasar junto a la iglesia de San José oyó las voces de venganza. Bruno estaba dentro. Debía avisar a Raquel, aunque, ¿qué podía hacer ella? Llegó a casa sin aliento. Subió las escaleras de tres en tres y aporreó la puerta de su amiga. Raquel abrió asustada. Tomás le contó qué pasaba. Ella palideció. Se vistió con rapidez poniéndose lo primero que encontró para ir hasta la iglesia.

—Quita ese sombrero. Mejor sin él —dijo Tomás quitándole el sombrero con un movimiento rápido.

Desde que se había declarado la guerra los sombreros estaban mal vistos, como si sus portadores fueran culpables de algo por el simple hecho de llevarlos. Por eso habían desaparecido de las calles. Tampoco se veían joyas ostentosas, ni prendas lujosas, ni ningún artículo que pudiera hablar de la riqueza de su dueño.

Mientras corría hacia la iglesia, Raquel pensó en Ramón. Seguro que él podría ayudarla. Cuando llegó a la altura del templo la visión de la masa humana pidiendo sangre la aterrorizó. Se acercó a uno de los milicianos que custodiaban a los presos. Preguntó por su cuñado.

—¿Está aquí dentro? —preguntó él.

—No, no, es uno de los vuestros. Se llama Ramón Álvarez.

—Pues no sé quién es. Haz el favor de retirarte.

—No lo haré hasta poder hablar con mi cuñado. ¡Ramón Álvarez! ¡Ramón Álvarez! —gritó. Varias cabezas se volvieron hacia ella, mostrando su extrañeza y su odio.

Un miliciano de El Llano de Arriba, oyó a una desconocida llamar a Ramón. Se acercó a ella.

—¿Benito? ¿Eres tú, Benito?

—Sí, soy yo, pero tú… tú… ¿Raquel?

—Sí, soy Raquel y necesito ver con urgencia a mi cuñado.

—¿Para qué?

—Eso es cosa mía.

—Dime para qué o no te digo nada —dijo él altivo, aferrando con fuerza su fusil, estirando el torso y el cuello para parecer más alto.

—Ahí dentro hay una persona a la que quiero.

—Ya, entiendo. Te diré dónde está tu cuñado pero debes irte de aquí enseguida. Según vas vestida puedes tener problemas.

—¿Por qué? —preguntó sorprendida.

—Porque pareces uno de ellos, una burguesa.

—¿No me puedes ayudar tú?

—Yo no mando nada aquí, solo vigilo a los presos.

—¿Sabes dónde puedo encontrar a Ramón?

—Sí —respondió él tras un segundo de duda.

—Dímelo, por favor —imploró Raquel.

Benito con un ojo en Raquel y otro en la multitud le dijo dónde podía encontrar a Ramón.

Raquel, tras dar las gracias a su antiguo vecino, corrió en busca de su cuñado.

—¿Qué quieres? —le preguntó Ramón con sequedad al verla.

—Tienes que salvar a Bruno, Ramón. Van a fusilar a los detenidos de la iglesia de San José.

—¿Fusilarlos? ¿Quién te ha dicho eso?

—Lo acabo de ver con mis propios ojos. Hay allí una multitud y quieren matarlos. Los que los custodian están tratando de contener a la gente, pero no creo que aguanten mucho.

Ramón no tenía conocimiento de lo que estaba sucediendo. Los que le rodeaban tampoco. Supo que era el pueblo desbordado. Y también supo que cuando algo se desbordaba, como un río, era muy difícil contenerlo.

—Él te salvó a ti —dijo Raquel mirándolo con los ojos llenos de lágrimas.

—¿A mí? ¿Ese? ¿De qué me salvo ese?

—Cuando la revolución de octubre, cuando estuviste detenido. Yo hablé con Bruno y, aunque a regañadientes, por amor a mí te sacó de la cárcel.

—Eso es mentira —dijo Ramón deseando que lo fuera, apartándola hacia un rincón donde nadie pudiera escucharlos.

—Es tan cierto como que soy tu cuñada. Tienes que ayudarme, Ramón. Lo van a matar.

—¿Cómo supiste que yo estaba detenido? ¿Marina?

—No, no fue ella. Fue otra persona, pero prometí guardar el secreto.

—No acabo de creerte.

—Estabas preso y saliste libre, ¿no? ¿Les pasó lo mismo a tus compañeros? ¿Salieron ellos tan rápido como tú? Bruno te sacó de allí, Ramón. Ahora te toca a ti devolverle el favor.

—Pero yo, no sé si te das cuenta, pero estamos hablando de un falangista. ¿Qué puedo decir para salvarlo?

—Pregúntate qué pudo decir él para salvar a un anarquista.

Ramón la miró y le conmovió su rostro desencajado por las lágrimas. A su pesar tuvo que reconocer que la quería. Por mucho que nunca le hubiera gustado su carácter y mucho menos sus decisiones, era como su propia hermana.

—Vete a casa, Raquel. Veré qué puedo hacer. Y ten cuidado.

Mientras que Raquel hablaba con su cuñado, los encargados de custodiar a los detenidos no pudieron evitar que la muchedumbre accediera al interior del templo. Una vez allí cogieron personas de aquí y de allá, poniéndolas en fila. Reconocidas figuras conservadoras, antiguos políticos, empresarios, comerciantes, falangistas, religiosos e incluso obreros y dependientes, detenidos durante los primeros días del alzamiento por sus ideas derechistas. Una larga fila de la que continuamente se sacaba a unos y se metía a otros. «Este no, que es conocido mío». «Este sí, que maltrata a sus trabajadores». «Este tampoco, que ha ayudado a mucha gente». «Este sí, que en su establecimiento roba cuanto quiere». «Este también, que es un chivato en la fábrica donde trabajo».

Raquel fue corriendo de nuevo hacia la iglesia. El murmullo ensordecedor del gentío se apagó como una llama bajo una tromba de agua al aparecer los camiones. Raquel, a empujones, consiguió situarse cerca de las puertas del templo. Empezaron a salir los primeros hombres, con los fusiles al hombro, seguidos por una fila de condenados a muerte. El corazón de Raquel palpitaba dolorosamente. Las piernas apenas la sostenían. Vio aparecer a los detenidos, uno a uno, musitando en su interior una súplica. No sabía cuántos, pero ya habían salido muchos. «Que se salve Bruno, que se salve», repetía una y otra vez como un conjuro. Pero Bruno apareció al final de la larga cola. Un aullido desgarrador salió de su garganta. Corrió hacia los camiones. Los gritos de revancha se levantaban sobre el silencio doloroso de los que veían a sus familiares caminar hacia la muerte.

Bruno subió al camión. Vio a Raquel y le dedicó una sonrisa. Le tiró un beso. Su último beso. Bruno parecía haber envejecido diez años en apenas unos días. Estaba sucio, con ojeras y desmejorado. Su camisa azul, la que tanto le gustaba a Raquel, de la que él se sentía tan orgulloso, se veía sucia y rota. El yugo y las flechas habían desaparecido. En su lugar un agujero desigual, como si los hubiera arrancado un perro rabioso.

Bruno dejó de mirar a Raquel y perdió su vista en la distancia. Raquel se volvió hacia ese punto. Era don Carlos, dando el último adiós a su hijo, arriesgándose a ser detenido.

Los motores arrancaron. El camión de Bruno encabezaba la marcha. Raquel vio cómo su figura se iba difuminando en la lejanía. Las voces a su alrededor le recordaban las de una jauría. Comenzó a llorar con desesperación, arrodillada en el suelo, cubriendo el rostro con las manos. A su alrededor risas y palabras soeces. Pero

ella no las sentía. Solo sentía el dolor inmenso que recorría su cuerpo, que le impedía respirar.

De pronto, una mano afectuosa se posó sobre su hombro derecho. Alzó la vista, extrañada. Era el padre de Bruno. Sus ojos llenos de lágrimas la miraban con cariño. La ayudó a levantarse. Le dio un beso en la frente y después desapareció.

El lugar fue quedando desierto. Raquel, sin fuerzas, arrastró su cuerpo sin rumbo por las calles. Tomás y Álvaro la encontraron en Pi y Margall, tambaleándose como una borracha. La cogieron entre los dos y la ayudaron a caminar. Llegaron a casa. Don Evaristo los esperaba con el rostro compungido. Ella pidió subir a su piso y que la dejaran sola. Traspasó la puerta. Corrió hacia la cama. Se derrumbó sobre ella. Lloró a gritos hasta que el cansancio la hizo sumirse en una especie de duermevela, rota solo por momentos de lucidez repletos de lágrimas.

Ramón, tal como le había prometido, alertó al Comité de Guerra sobre lo que estaba sucediendo. No lo hacía solo por Raquel. Nadie debía tomarse la justicia por su mano y mucho menos de esa manera. No le entraba en la cabeza que pacíficos ciudadanos se convirtieran de repente en unos monstruos sedientos de sangre. En cuanto a Bruno, no podía dejar de pensar en ese hombre al que tanto quería su cuñada. No se habían visto más que el día que le propinó el puñetazo y, sin embargo, por amor a Raquel, lo había sacado de la cárcel.

Tanto tiempo preguntándose por qué lo habían soltado y acababa de encontrar la respuesta. Se sintió en deuda con él. Quería hacer lo posible por salvarlo. Además, ver a Raquel tan desesperada le había llegado al corazón. En ese momento tuvo la certeza de que se querían de verdad, que no era solo una relación de amantes.

En el Comité de Guerra no se sabía nada. Cuando los responsables quisieron parar aquella matanza ya no había nada que hacer. El pueblo había tomado la justicia por su mano.

Al cementerio de Jove llegó una fila de hombres arrastrando los pies con lentitud, quizás con la ilusión de alargar unos minutos lo que les deparaba el destino. Formaban un grupo heterogéneo: viejos y jóvenes; con trajes de buenas hechuras y con ropas de obreros; con camisas falangistas y con sotanas; con el paso firme y la cabeza alta y con las piernas dobladas y la súplica en los labios. Los acercaron al muro y allí los dejaron dispuestos, como dianas inmóviles.

Bruno miró a sus enemigos directamente a los ojos. Quería morir con dignidad. A su lado, Sandalio lloraba y temblaba. Por las perneras de su pantalón se deslizaban ríos de orina y de excrementos semilíquidos que provocaron aspavientos de asco entre grandes carcajadas cuando fue arrojado, con sus compañeros de infortunio, al interior de una zanja, con sus cuerpos acribillados a tiros.

29

Cuando Lena se enteró de la muerte de Federico García Lorca, no pudo parar de llorar. ¿Por qué habían matado a un hombre que escribía esas poesías tan preciosas? Se sabía muchas de memoria, su padre le había regalado un libro. Pero al enterarse de su muerte solo le venían a la cabeza las estrofas de *Llanto por Ignacio Sánchez Mejías*. Siempre le había gustado especialmente ese poema y al repetirlo machaconamente en su cabeza las lágrimas no paraban de fluir.

—¿Qué le pasa a Lena? —preguntó Luisa preocupada.

—Que han matado a García Lorca —respondió Marina.

—¿García Lorca? No se me suena ningún vecino con ese nombre.

—No es un vecino, madre. Es un poeta de esos que lee en los libros.

—¡Bah! ¡Bah! ¿Y llora así sin conocerlo de nada? Ya decía yo que no era bueno que leyera tanto. Mejor salía un poco más a la calle, que va a quedar sin amigas como siga así.

En cambio, la muerte de Sandalio no la lloró nadie, aunque algunos de sus vecinos se compadecieron de él. Otros, sin embargo, mostraron una gran indiferencia e incluso hubo quien se alegró. A Salvador, a ese sí quisieran muchos ponerle las manos encima. Pero parecía que la tierra lo hubiera tragado.

—Pobre chico. Si era un infeliz.

—¿Un infeliz, dices? Si era uno de los «pacos», de esos que hacen de francotiradores, matando a cualquiera que se les ponga a tiro, sean hombres, mujeres o niños.

—Yo no lo creo. Si nunca valió para nada.

—Pues lo cogieron con las manos en la masa, disparando desde un tejado de una casa de la zona de Begoña.

—Nada, lo que yo te diga, ese se dejó llevar por las malas compañías, nada más.

—Por Salvador sin ir más lejos. ¿Y a ese no lo pillaron?

—Por lo visto no. Y mira que detuvieron a falangistas, pero él desapareció.

—Igual está muerto.

—Calla, calla, que bicho malo nunca muere. Estará escondido como una rata.

—¿Y qué se hará ahora de la casa de Sandalio?

—Quedará en manos del Comité de Guerra, como todo lo de los ejecutados.

—¡Menudo botín! Porque esa casa es buena y Sandalio debía de tener también sus buenos cuartos.

—Ya te digo. Quién los pillara.

Clotilde había visto desaparecer su medio de vida. Le gustaba trabajar en esa casa donde su dueño la dejaba hacer y deshacer, además de pagarle bien. No tenía mucho aprecio al chico, pero la apenaba su muerte, más porque lo hubieran fusilado que por la muerte en sí. Nadie debería morir de esa manera y menos él, que no era capaz ni de matar una araña, si lo sabría ella. El otro sí. Salvador, menudo elemento. Le tenía comida la cabeza y le sacaba el dinero que quería. Se había instalado en la casa y a ella no le dirigía la palabra más que para mandar. Y, además, le daba bastante trabajo, con su extremada pulcritud. Todos los días tenía que cepillar y planchar su ropa y dejarle las botas impolutas. Y para colmo comía demasiado, nunca estaba satisfecho, obligándola a pasar varias horas al día en la cocina, cuando antes, cuando vivía doña Generosa, y después también, sola con el chico, se apañaban con una buena sopa y poco más. Y al anochecer, cuando recibía visitas inquietantes, algunas veces de chicas, la mandaba desaparecer de malas maneras.

Clotilde, tras los primeros momentos de turbación al conocer la muerte de Sandalio, pensó en su situación. Con un poco de suerte seguro que tenía derecho a algo. Pero ¿a dónde ir? Al Comité del barrio no, que se acababa sabiendo todo. Mejor al ayuntamiento. Estuvo pensando varios días antes de decidirse a dar el paso. ¿Y si la detenían? Aunque, ¿por qué iban a detenerla?

Las dudas cargadas de miedo la atormentaban. Sabía dónde estaba el dinero; guardado en una caja cerrada con llave que rebuscó por toda la casa hasta encontrarla. Intentó abrirla con una horquilla, dándole golpes, con un cuchillo. Nada. A ver si Sandalio llevaba la llave colgada al cuello como su madre, pensó. Se estremeció al sospecharlo. Si era así estaría bajo tierra con su dueño.

Clotilde llegó a la conclusión de que si daba parte en el ayuntamiento de la existencia de la caja tendría derecho a alguna recompensa, o mejor aún, la dejarían quedar con la casa. Al fin y al cabo llevaba quince años viviendo allí y era como de la familia. No, no podía decir eso, que su dueño no dejaba de ser un ajusticiado. Diría la verdad, que era la criada. Las criadas no eran sospechosas, más bien invisibles. Y podía añadir que llevaban meses sin pagarle. Y hasta contarles algo de lo mucho que había oído. Pero ¿y si le preguntaban por qué no había denunciado antes? Igual era mejor permanecer callada. O podría decir que por miedo. Sí, eso, miedo de Salvador, que la había amenazado.

Tras muchas vacilaciones, llevando bien pensada su declaración, Clotilde se dirigió al ayuntamiento. Estaba llegando, cuando sintió un fuerte olor a humo y un rumor de voces. ¿Qué estaría pasando? Al otro lado de la calle vio al yerno de Luisa hablando con un hombre que parecía importante, pues iba acompañado de dos municipales y no lo llevaban detenido.

Una hora antes, la mujer de Emilio Robles, gran autor teatral conocido como *Pachín de Melás*, había entrado en casa agitada, gritando que estaban quemando la iglesia de San Pedro y pensaban dinamitarla.

Emilio Robles, pese a su delicado estado de salud, se vistió con rapidez y se dirigió al ayuntamiento. Los restos de Jovellanos se encontraban en el interior de la iglesia. Había que salvarlos. El alcalde le dio permiso, asignándole una pareja de guardias para que no tuviera problemas.

—¡Pero qué estáis haciendo, desgraciados! —exclamó al ver cómo colocaban las cargas de dinamita.

—Cargarnos la iglesia, ¿no lo ves?

—Dentro están los restos de Jovellanos, nuestro ciudadano más ilustre. ¿Estáis locos o qué? Dejadme entrar a por ellos.

Emilio Robles accedió al interior de la iglesia y sacó los restos. Después los llevó a la Escuela de Comercio, donde quedaron a buen recaudo.

En su camino se cruzó con Ramón, que iba a entregar unos documentos al consistorio.

—¿Qué ocurre, maestro?

—Que nos estamos volviendo locos, Ramón. Que nos estamos volviendo locos.

Emilio Robles había sido maestro de Ramón en la Escuela Industrial. Ramón lo admiraba porque como él, había sacrificado mucho en la vida para obtener una buena formación. Lo recordaba como un maestro excelente y tolerante con los estudiantes que, agotados, se dormían sobre los pupitres. Además, era uno de los autores teatrales más exitosos de Asturias. Siempre recordaría algunas de sus obras. Cuánto se había reído y divertido con ellas. También había disfrutado oyéndolo cantar en el Coro los Farapepes, en el que también estaba el Presi, un cantante del que Marina se sabía todas sus canciones. Don Emilio era, sin duda, un gran hombre, inquieto e infatigable, con el que no había perdido contacto desde su época de estudiante ya que coincidían de vez en cuando en Casa Constante, tomando unos vinos. Pero qué cansado y envejecido lo veía.

Clotilde, sin saludar a Ramón, tratando de pasar inadvertida, continuó su camino, con su declaración aprendida como un Padrenuestro, pero el olor y el humo desviaron sus pasos hacia la iglesia de San Pedro. Estaba ardiendo. No salía de su asombro. La gente se arremolinaba para ver las llamas. Unos tenían cara de consternación. Otros aplaudían, dando gritos de júbilo. Clotilde quedó paralizada, con la mirada fija en el fuego. Una mujer le dio un codazo, riendo a carcajadas, buscando su complicidad.

Clotilde dio media vuelta horrorizada, desechando la idea de ir a pedir lo que consideraba justo. Si esa marabunta de ateos eran capaces de hacer eso a la casa del Señor, qué no serían capaces de hacer con ella. Volvió sobre sus pasos. Cogió el tranvía preguntándose cómo podría abrir la maldita caja porque aunque habían prohibido el uso del dinero y todo se conseguía con vales, algún día cambiarían las cosas; estaba segura.

Al llegar al barrio se encaminó a realizar la compra diaria. Vio a lo lejos la cola, donde estaban gran parte de sus vecinas. Luisa protestaba para no variar.

—A ver qué tienen hoy, porque como sigamos así vamos a morir de hambre.

—Anda, calla, Luisa. Siempre estás igual —dijo Oliva—. Estamos en guerra, ¿qué quieres?

—Que las cosas sigan como antes.

—Pues mira, a mí me gusta más como están ahora. Por fin, somos todos iguales. Si hay patatas, patatas para todos. Si no las hay, para nadie. Y no como antes, que los ricos se hinchaban mientras nosotros nos conformábamos con las sobras.

—No te quejes, que con tu yerno en el Comité de Abastos seguro que os cae alguna que otra cosa —dijo en actitud combativa Rufina.

—¿Mi yerno? Qué poco lo conoces. Ese es capaz de dar de comer a los de fuera antes que a los de casa. Ni esto nos trae —dijo haciendo pinza con el índice y el pulgar.

—¡Uy, mirad! —intervino Pacita—. Por ahí llega Clotilde y menuda cara trae.

—Como que se le acabó el chollo —dijo Luisa burlona.

Clotilde se acercó a la cola. Sus ojos estaban llenos de lágrimas como si acabara de perder a algún familiar o amigo. Las otras mujeres se inquietaron. Cuando les contó que habían quemado la iglesia Luisa se echó las manos a la cabeza. No lo podía creer.

—Son unos bandidos —gritó.

—Y unos ateos —añadió Clotilde.

—¿Qué esperan conseguir haciendo esas barbaridades? —añadió Luisa furiosa.

—Vaya, menuda cosa. ¿Por una iglesia os ponéis así? —preguntaron Oliva y Pacita, molestas por no recibir una noticia más acorde a sus deseos.

Una hora más tarde, Luisa entraba en casa con una cesta en la mano. Llevaba un quilo de arroz, otro de lentejas, dos latas de sardinas, un manojo de verdura, otro de zanahorias y una docena de huevos. Marina supo que no traía buenas noticias en cuanto sintió sus pasos. Eran los de un animal enfurecido buscando a su presa. Y la presa siempre era ella.

—Han destruido la iglesia de San Pedro —vociferó mientras depositaba la cesta sobre la mesa de la cocina—. Son unos ateos, unos salvajes y unos desgraciados, que Dios los perdone. No, qué digo, que no los perdone, que se abrasen en el infierno, ya que les gusta tanto el fuego. Y tu marido también.

—¿Qué tiene que ver Ramón en todo esto, madre? Él nunca haría una cosa así.

—Pero está con ellos —dijo categórica. Y sin más, se puso a preparar unas lentejas.

No solo fue la iglesia de San Pedro. Pocos días después, la de San José fue derruida y la de San Lorenzo sufrió grandes daños. También sufrieron destrozos muchos edificios gijoneses por los ataques de la aviación, del crucero *Almirante Cervera* y del acorazado *España*, que bombardeaban en apoyo de los cuarteles sitiados.

La caída del cuartel de El Coto primero, y del Simancas después, tras un mes de lucha encarnizada, había dejado a la ciudad libre de focos rebeldes. Asturias, a

excepción de Oviedo, permanecía fiel a la República. La región, junto con Santander y parte del País Vasco, quedaron aisladas del resto de la España leal al gobierno legítimo emanado de las urnas, formando el llamado Frente Norte.

El peligro para los asturianos venía por el occidente, con el avance de las llamadas columnas gallegas dispuestas a liberar Oviedo, y desde León a través de los puertos de montaña.

El frente quedaba muy lejos de la ciudad, pero los bombardeos ocasionaban muchas víctimas entre la población civil que vivía atemorizada. La prensa amanecía con grandes y arrebatados titulares intentando levantar la moral de combatientes y civiles, aumentando la realidad de las victorias y obviando las derrotas.

Nació el *No pasarán*, se cantaba *La internacional, El himno de Riego* y *A las barricadas* y se instaba al combate. Desde las páginas de *El Noroeste* y *Avance* se cuestionaba a los hombres jóvenes y fuertes que no se ofrecían voluntarios para ir al frente. Las calles empapeladas con carteles propagandísticos, los milicianos, las mujeres vestidas de luto, los hombres luciendo un brazalete negro en el brazo izquierdo, los edificios medio derruidos y los cristales de las ventanas cubiertos por tiras engomadas para evitar roturas por las vibraciones de los bombardeos, ofrecían una imagen muy diferente a la de la ciudad alegre, cosmopolita y veraniega de poco tiempo atrás.

Marina llevaba muy mal la ausencia de Ramón, pese a tenerlo cerca. Vivía asustada temiendo el sonido de las bombas y su madre, lejos de tranquilizarla, la tenía harta con sus constantes quejas. Menos mal que Tesa pasaba con ella buena parte de la tarde, cosiendo y tejiendo para los milicianos. Marina admiraba a su cuñada, siempre en movimiento, siempre dispuesta a hacer favores, siempre con el oído alerta.

—Traigo noticias frescas —dijo Tesa una tarde de finales de agosto.

—¿Qué pasó? —se sobresaltó Marina.

—Nada, mujer, no te asustes, solo es un folleto.

—¿Un folleto?

—Sí, son instrucciones para saber lo que tenemos que hacer en caso de ataque aéreo. Léelo —dijo acercándole uno.

Marina lo leyó con atención y se lo devolvió.

—Pufff, son demasiadas cosas para acordarse de todas y algunas complicadas como la de andar contra la dirección del viento. ¿Cómo sabremos la dirección del viento si ese día no lo hay?

—Qué cosas tienes, Marina. Hay que fijarse en lo principal. Cerrar puertas y ventanas, apagar luces y fuegos, cerrar la llave del agua, no correr si te coge en medio de la calle.

—Eso todavía lo entiendo menos. Si aparecen aviones lo normal es echar a correr, ¿no?

—Eso me parece a mí, pero si lo mandan por algo será.

—¿Y lo de ponerse contra la pared y no detrás de las puertas? Será mejor que te caiga una puerta encima que una pared, digo yo.

—Qué sé yo, igual es porque es más fácil que caiga una puerta que una pared. Supongo que los que escribieron esto entenderán.

—Tienes razón. Déjame mirarlo otra vez que quiero acordarme de todo para decírselo a los niños y a mi madre.

—Quédate con él, que cogí unos cuantos. Pero sobre todo acuérdate de no parar tu coche en medio de la calle. Seguro que de eso no te has enterado —rio con ganas.

—Lo tendré en cuenta cuando aparque —rio Marina siguiéndole la corriente.

—¿Te has enterado de la detención de Nicanor? —preguntó Tesa mientras se preparaba para empezar a coser.

—No, ¿por qué lo han detenido? Es un hombre tranquilo, nunca ha faltado a nadie.

—No sé, Marina, se están cometiendo muchos abusos. Nadie está libre de que lo acusen por cualquier tontería.

—Es que están saliendo muchos odios ocultos.

—Parece mentira cómo cambia la gente con un arma en la mano. Se creen que pueden hacer lo que quieran. Detienen a personas honradas e incluso los matan solo porque un día tuvieron con ellos una mala palabra o por rencillas pasadas. La verdad es que no lo entiendo. Y entiendo menos que se consienta.

—Ramón dice que ya están en ello, que al parecer los que mandan van a tomar cartas en el asunto para acabar con los abusos.

—Pues ya están tardando —dijo Tesa con una mueca de disgusto.

Tal como había dicho Ramón, los dirigentes republicanos se reunieron el 3 de septiembre en Grado acordando la creación de un Tribunal Popular para garantizar la seguridad de los detenidos antes de ser juzgados. A partir de entonces, quien cometiera algún desmán corría el riesgo de ser detenido, juzgado y condenado a largas penas de cárcel e incluso a la muerte.

Pero el tema más importante a tratar en esa reunión fue la necesidad de crear un verdadero ejército, con la militarización de los voluntarios y la imposición de disciplina militar bajo un mando único. Se acordó crear un Estado Mayor profesional, con los combatientes organizados en batallones al mando de un mayor-comandante.

Los anarquistas de la CNT, al principio se opusieron a la militarización por ir en contra de su ideología. Pero los jefes de grupo que llevaban combatiendo desde el primer momento consiguieron convencerlos, quedando aprobada la medida.

Poco después, el Comité Provincial del Frente Popular, con sede en Sama de Langreo, se trasladó a Gijón, quedando diluido en él el Comité de Guerra. Su presidente, Belarmino Tomás, fue nombrado por el gobierno central gobernador general de Asturias y León. Gijón, al estar Oviedo en manos rebeldes, pasó a ser de manera oficial la capital política y administrativa de la región.

Luisa, ajena a lo que no fuera su día a día, estaba permanentemente enfadada. Era como si de repente, su mundo hubiera desaparecido. No se trataba solo de la guerra con su anuncio de dolor y muerte. Era la vida cotidiana, donde ya nada parecía igual.

—Tú dirás lo que quieras, Marina, pero las cosas no van como tenían que ir —dijo malhumorada.

—¿Qué quiere que le diga, madre? A mí tampoco me gusta la guerra —respondió Marina contrariada.

—No te hablo de la guerra en sí, sino de cómo se están haciendo las cosas. ¿A ti te parece normal cómo van vestidos los milicianos?

Marina quedó sorprendida. ¿Eran esas las preocupaciones de su madre?

—Es un uniforme como otro cualquiera —respondió con desgana.

—¿Uniforme? Menudo uniforme, un mono de trabajo con esos pañuelos al cuello, las botas militares, los correajes, las cartucheras, las pistolas… más que militares parecen bandoleros.

—Son milicianos, madre, no bandoleros. Y nos están defendiendo, que no se le olvide.

—Pues yo no lo entiendo. Y lo de los hombres todavía, pero ver a chicas jóvenes con esas pintas me revuelve las tripas. ¿Tú las has visto, Marina? ¿Las has visto? Si hasta van armadas. Mujeres armadas, pero ¿dónde se vio eso?

—Sí, madre, las he visto, ya lo sabe —contestó Marina con cansancio.

—Mira qué te digo, si fueran hijas mías las traía a casa a correazos. Y esa manera de tratar de tú a todo el mundo. ¿Quieres creer que Conchi, la pequeña de Oliva, me ha tuteado hoy cuando fui a por el pan? ¿Lo puedes creer? ¿Pero qué respeto es ese a los mayores?

—Bueno, es una chica joven y con la guerra las cosas están cambiando.

—Para peor, Marina, para peor. Porque no solo me tuteó, sino que al marchar nos dijo a todas las que estábamos allí como despedida: «¡Salud, camaradas!». Y después se marchó toda orgullosa, como si acabara de hacer algo importante. ¿Es así como piensan ganar una guerra?

—¡Ay, madre, déjelo estar! Esas cosas no tienen ninguna importancia.

—Sí la tienen, aunque no lo creas. Pero claro, como vosotros ya dejáis a vuestros hijos que os traten de tú, porque decís que tratar de usted a los padres es muy antiguo.

—Los tiempos van cambiando, madre. Y, además, con todo lo que está pasando qué más da que digan «adiós» que «salud» que cualquier otra cosa.

—Desde luego, hija, no hay con quien hablar. Desde que no está en casa tu marido pareces una planta mustia.

Marina no contestó. Sabía que su madre tenía razón. Necesitaba ver a Ramón, tenerlo en casa como antes. Pero desde que había empezado la guerra solo lo veía cuando sus ocupaciones le dejaban unas horas libres. A cambio tenía a su madre, despotricando contra todo y contra todos. No le gustaba que la tuteasen, eso podía entenderlo, ya era mayor y no comprendía ciertas cosas. Pero molestarse de esa

manera porque la llamaran «camarada» o la despidieran con un «salud». ¿Qué más le daba si a ella nadie la obligaba a decirlo? Reconocía que algunos milicianos fanfarroneaban con su fusil al hombro, mirando a los demás como si fueran superiores, pero no todos. En cuanto a las mujeres, ya era hora de que pudieran participar como los hombres en cualquier tipo de actividad. Si les apetecía luchar que lucharan, aunque nunca se atrevería a decir eso delante de su madre.

Mientras su madre y su abuela discutían, Lena, tumbada en la cama, leía *En las orillas del Sar* de Rosalía de Castro. Le gustaba especialmente un poema que hablaba de un niño que se moría durmiendo. Lo había leído tantas veces que lo sabía de memoria. Le parecía precioso, aunque la hacía llorar. El libro se lo había regalado don Andrés, un señor del Ateneo, al saber de su interés por la poesía. También había orientado a su padre para que le comprara dos novelas: *Los pazos de Ulloa* de Emilia Pardo Bazán y *La esfinge maragata* de Concha Espina.

Lena se había puesto muy contenta al recibir los libros. Había devorado las dos novelas y leía y releía el libro de poesía. García Lorca seguía siendo su preferido, pero Rosalía de Castro también le gustaba mucho. Además, según don Andrés, Concha Espina había sido propuesta tres veces para el Premio Nobel de Literatura y eso la conmovió.

Lena echaba de menos los momentos que pasaba leyendo con su padre. Y, además, quería hablar con él. Estaba harta de estar metida en casa cosiendo o tejiendo. Si las mujeres podían hasta escribir libros por qué no podía ella trabajar en uno de los muchos comedores públicos que se estaban abriendo en la ciudad o atendiendo a los niños de un orfanato. Ya tenía casi quince años, por mucho que su madre le recordara que aún le faltaban tres meses para cumplirlos. La estaba asfixiando.

30

Raquel no soportaba el dolor tan intenso que sentía por la muerte de Bruno. Pasaba mucho tiempo en la cama y no había vuelto a salir a la calle. Tomás y Álvaro la cuidaban con cariño y esmero. Su marido subía a verla una vez al día, sus rodillas ya no estaban para tanta escalera, y ella se negaba a trasladarse a la planta baja.

Una mañana recibió una visita inesperada. Era Marina. Raquel se incorporó en la cama y se cobijó en los brazos de su hermana. Lloraron. Lloraron como si nunca lo hubieran hecho, como si a lo largo de muchos años hubieran estado acumulando esas lágrimas al igual que un pantano acumula las aguas de la lluvia.

—Lo siento mucho, pequeña —dijo Marina cubriéndola de besos.

—Quiero morir. No soporto vivir con este dolor en el pecho.

—No digas tonterías. A él no le gustaría que te dejaras morir.

A Raquel le sorprendieron las palabras de su hermana. No lo había pensado, pero tenía razón. Bruno no querría que se muriera por su culpa.

—¿Qué mal había hecho Bruno? Dime, ¿qué mal había hecho?

—No lo sé, Raquel, y por mucho que te lo preguntes nunca encontrarás la respuesta —dijo Marina a sabiendas de que Bruno había sido detenido por ser un conocido falangista, un jefe de los francotiradores que mataban a viandantes indefensos, como a su vecino Enrique, el marido de Oliva.

Raquel miró a su hermana esperando una respuesta que no llegaba. Estaba segura de que a Bruno lo habían matado porque sí, porque los milicianos eran todos unos miserables asesinos.

—Debes aceptar su muerte y reponerte —dijo Marina mirándola a los ojos con cariño—. Hazlo en su memoria. No puedes seguir así, con esas ojeras y tan abandonada.

—¿Tan mal me ves?

—Sí, das pena —respondió Marina esbozando una sonrisa. Anda, levántate y te haré un café. O quizás prefieras una manzanilla, o no sé, en realidad no sé qué tienes en casa.

—Un café estará bien —dijo Raquel saliendo de entre las sábanas.

Raquel se levantó, alisó el camisón con las manos, puso una bata y se colocó ante el espejo. No le gustó nada lo que vio. Se lavó la cara. Se peinó. Su cabello estaba descuidado. El olor a café la hizo revivir por un instante. Fue a la cocina. Se sentó

cogiendo muy fuerte la mano de su hermana. Tomaron el café en silencio. Hacía mucho tiempo que no estaban así, juntas las dos, sin miedo a que alguien las observara. Era la primera vez que Marina subía a su casa.

—Si se entera Ramón que has venido tendrás problemas.

—No tiene por qué enterarse. ¿O se lo vas a decir tú?

—Claro que no —dijo Raquel esbozando por primera vez en mucho tiempo algo parecido a una sonrisa.

—Ahora tengo que marcharme. Hay muchos controles y mucho jaleo en la calle y tengo que estar muy pendiente de los niños. No soporto no tenerlos a mi lado cuando empiezan los bombardeos.

—¿Y madre? ¿Cómo está madre? —preguntó Raquel.

—Madre se casa —dijo Marina esperando la reacción de su hermana.

—¿Madre se casa? ¿A sus años? ¿Con quién? —preguntó Raquel desconcertada, como si le hubiera dicho la mayor barbaridad del mundo.

—Con Matías. ¿Te acuerdas de él?

—Matías —repitió Raquel el nombre intentando recordar. ¡Ah, sí! El vecino de la calle Consolación, el que su hija tuvo un niño de soltera el mismo día que nació Jesús. Recuerdo que en el barrio los criticaban, incluida madre. Pero él pasó de todos y ayudó a su hija a criar al niño.

—Pues esa hija encontró a un hombre que la quiso y se casó con ella. Creo que tuvo otros dos niños, pero hace tiempo que no vive con su padre. Está solo y no sé si le pidió matrimonio a madre porque le gusta o porque quiere matar su soledad.

—Pero ¿madre aceptó? —preguntó Raquel como si le pareciera increíble que lo hubiera hecho.

—Sí, por eso te digo que se casa. Lo están preparando, aunque a mí no me cuenta nada.

—¿Madre casada? No sé, se me hace raro —dijo Raquel olvidando por breves momentos la muerte de Bruno.

—Bueno, tengo que irme. Prométeme que vas a cuidarte. Tienes que lavarte, arreglarte y salir a dar un paseo. Que te dé un poco el aire. Pero no te alejes mucho de casa.

—No te preocupes, tengo buenos guardianes.

—Y pasa por la peluquería —dijo Marina revolviéndole el pelo.

Marina se despidió de su hermana con un gran abrazo y una retahíla interminable de besos. Le costaba soltarla después de tanto tiempo. Raquel, por su parte, se sentía como si acabara de salir de un pozo negro y profundo.

—Espera un momento —dijo cuando su hermana se disponía a bajar las escaleras.

Marina volvió sobre sus pasos. Raquel se dirigió a su habitación. Abrió el armario. Sacó varias cajas con zapatos y sombreros. Detrás, medio oculta en una esquina había una caja más pequeña. Marina miraba asombrada los vestidos,

chaquetas, trajes, sombreros, zapatos y demás accesorios. Nunca había visto tanta ropa y tan bonita dentro del mismo armario.

—Toma, lleva esto —dijo Raquel ofreciéndole una preciosa bolsa de tela.

—¿Qué es?

—Mejor que no lo sepas.

—Me lo imagino. ¿No serán joyas?

La mirada de Raquel le confirmó sus sospechas.

—No puedo.

—Sí puedes.

—No, Raquel. Las joyas hay que entregarlas, ya lo sabes. Además, si se entera Ramón… Quédate tú con ellas.

—Estarán mejor en tus manos que en las mías. Mi marido me las ha pedido para entregarlas, pero estas las he guardado. Son las que me regaló Bruno y no estoy dispuesta a deshacerme de ellas.

—Pero, Raquel, eso es un delito de ocultación y está penado.

—Por eso estarán mejor en tus manos que en las mías. Nadie sospechará de ti. Escóndelas en el patio, debajo de la pila de carbón. A la derecha hay un pequeño agujero en el suelo con una piedra encima. Ahí deben seguir mis pequeños ahorros de otros tiempos. Marina, por Dios te lo pido, llévalas y no le digas nada a Ramón.

—A Ramón sería al último que le diría algo —respondió Marina—. Aunque no tendré nada que decirle porque no pienso llevarlas.

—Marina —dijo Raquel, cogiéndole las manos—, estamos en guerra y no sabemos ni cuánto va a durar ni quién va a ganar. Piensa en tus hijos, quizás un día estas joyas te sirvan para salvarles la vida.

—No digas eso —dijo Marina sobresaltada.

—Vale, no me hagas, caso. Pero guárdalas, te lo pido por favor. Me las regaló Bruno y es lo único que me queda de él.

—Pero si me cogen con ellas puedo ir a la cárcel. Al dueño de una zapatería lo pillaron con alhajas por valor de unas cuatro mil pesetas y además de quitárselas, le metieron una buena multa y lo condenaron a tres meses de cárcel. ¿Quieres que me pase eso a mí? ¿Quieres que me acusen por ayuda a la rebelión?

—No, por Dios, cómo voy a querer eso —dijo Raquel abrazándola.

—¿Cuánto valen estas joyas? —preguntó Marina deshaciéndose del abrazo de su hermana.

—No sé, pero no mucho. Al menos mucho menos de cuatro mil pesetas. Solo son recuerdos, Marina. Recuerdos del hombre al que ya no volveré a ver —dijo Raquel con voz entrecortada.

—No, no puedo.

—Sí que puedes. Nadie sospechará de ti —dijo Raquel con fuerzas renovadas, posando la mirada sobre su hermana.

Marina se miró. Su vestido era bonito, pero se veía sencillo, propio de una mujer humilde. Y la chaqueta no era precisamente nueva. Tenía razón Raquel. Quién iba a sospechar que ella pudiera ser portadora de joyas. Pese a saber que estaba traicionando a los suyos, metió la bolsa entre el sujetador, le dio un último beso a su hermana y se perdió corriendo escaleras abajo.

Marina caminaba nerviosa por la calle. ¿Y si la paraban? ¿Y si la registraban? No sabía cómo había acabado cediendo a los deseos de Raquel. Pero ya estaba hecho. Si la paraban y encontraban las joyas ni Ramón podría salvarla. Aunque, siempre podía decir que las llevaba a casa para entregarlas a su marido. O podía decir… Marina pensaba en unas cuantas disculpas, creyendo que todas las miradas se dirigían a ella, como si pudieran traspasar su ropa y llegar hasta su pecho, donde le quemaba la bolsa.

Al acercarse al tranvía su corazón dio un vuelco. Había milicianos controlando las subidas. No podía dar marcha atrás, Santiago la estaba saludando. Si lo hiciera sospecharían. Fue hacia el tranvía, con las piernas temblando y el cuerpo cubierto de un sudor frío y pegajoso. Los milicianos le pidieron la documentación. La entregó. La miraron de arriba abajo. La obligaron a enseñar el interior de su bolso y después le hicieron ademán de que subiera al tranvía. Muerta de miedo, avanzó hasta la parte trasera, donde se sentó. Apoyó la cabeza en la ventanilla, cubriéndose con una mano, como si así nadie pudiera verla. Había poca gente a esas horas. El viaje se le hizo interminable, como si hubieran aumentado las paradas del tranvía.

Al bajar se despidió de Santiago y tuvo que contenerse para no echar a correr. Caminó como siempre, saludando a los conocidos. Entró en casa. Preguntó si había alguien. No obtuvo respuesta. Seguro que estarían los tres en la cola del racionamiento. A ver qué podían conseguir ese día.

Marina se dirigió al patio. Miró la pila de carbón. No vio nada. Debía encontrar el agujero. Raquel le dijo a la derecha. Iba a empezar a quitar carbón cuando recordó que llevaba puesto el vestido nuevo. Si se manchaba no sabría cómo explicarlo. Se cambió de ropa. Miró el caldero de carbón situado bajo el fregadero. Estaba lleno. Sin disculpa por si regresaba su madre y la veía con el carbón, pensó dónde podía guardar las joyas de momento. Repasó la casa mentalmente. Su cuarto era el mejor lugar. Abrió las puertas del armario, intentando encontrar un hueco donde ni Ramón ni su madre pusieran nunca las manos. Luisa se encargaba de planchar y de colocar sábanas y toallas. ¿Y si las dejaba en el bolsillo de su vestido nuevo, colgándole encima la chaqueta? Se inquietaba. Suponía mil escenas en las que el bolsillo se rompía, se caía la percha, su madre curioseaba. Se sobresaltó al sentir abrirse la puerta. Era Ramón. La llamaba. No lo esperaba. Salió de la habitación temblorosa. Le dio un beso. Intentó aparentar tranquilidad.

—¿Pero qué pasa? —preguntó Ramón irónico—. ¿Es esta la manera de recibir al marido que llevas sin ver dos días? —dijo atrayéndola hacia sí, abrazándola con fuerza.

—Tengo que ir al retrete. Estoy apurada —se le ocurrió decir a Marina para escabullirse de los brazos de su marido, con temor a que encontrase el bulto alojado entre sus pechos.

—Vale, vale —dijo él divertido—. Espero a que salgas. ¿Dónde están los niños?

—Con mi madre —mintió, pues a ciencia cierta no sabía dónde estaban.

Ya en el baño, Marina respiró hondo. Intentaba tranquilizarse pero a cada segundo aumentaba su nerviosismo. ¿Dónde podía guardar las joyas? El retrete era un habitáculo pequeño. Repasó con la mirada los estantes, sintiéndose atrapada. ¿Por qué le haría caso a Raquel? ¿Y qué le habría dado? Con cuidado y curiosidad sacó la bolsa.

Al abrirla quedó fascinada. Cuatro pares de pendientes preciosos, seis sortijas, tres pulseras, dos cadenas de oro con sus medallas y un broche. Tenía entre sus manos mucho dinero. ¿Cuánto? No sabía. ¿Serían más de cuatro mil pesetas? Solo por eso eran tres meses de cárcel. Examinó su vestido como si fuera la primera vez que lo veía. Tenía dos bolsillos. Pero se notaría el bulto. Decidió tentar a la suerte y volver a guardarlo en el sujetador. Si Ramón intentaba llegar a él, volvería corriendo al retrete con la disculpa de una diarrea. Decidió salir. No había acabado de correr el pestillo cuando se dio cuenta. ¿Cómo iba a tener diarrea y no sentirse el sonido del agua? Echó un cubo de agua sobre el retrete. Después salió. Ramón estaba sentado a la mesa de la cocina, escribiendo algo, seguramente para el sindicato. Él la vio y sonrió, pero no se le acercó, estaba enfrascado en lo que hacía. El peligro había pasado. Dentro de poco sería la hora de comer. Por la tarde, cuando su madre volviese a casa de don Cosme, se desharía de los niños para quedar a solas.

Unas horas más tarde, en el patio, tal como le había dicho Raquel, encontró el agujero bajo la pila de carbón. Dentro había una caja metálica. Marina pensó que a la pilla de su hermana le debió de llevar bastante tiempo hacer el hoyo. Abrió la caja. Doscientas sesenta y dos pesetas y la sortija con la piedra verde de su tía. ¿Cómo se había arreglado Raquel para hacerse con ella? ¿Y cómo había conseguido tanto dinero?

Metió la bolsa en la caja metálica, colocó la piedra y echó encima una buena cantidad de carbón. Respiró aliviada. Si en todos esos años su madre no había descubierto el escondrijo no iba a hacerlo ahora. Con las manos desprendió el polvillo del carbón de sus ropas. Las lavó y se puso a coser. Tenía mucha tarea por delante. Ya no hacía delicadas vainicas ni bonitos bordados. Cosía y tejía para los milicianos. Había que confeccionar y también reparar uniformes, además de tejer jerséis y calcetines de lana gruesa para protegerlos del frío. Pronto llegaría Tesa para acompañarla y pasar un rato agradable. A falta de Ramón, la aliviaba hablar con su cuñada de los últimos acontecimientos y de sus preocupaciones.

—Dicen que están llegando muchos refugiados. No sé dónde van a meterlos —dijo Marina.

—En las casas que requisan. Todas las que estén sin habitar se consideran abandonadas y se las dan a los refugiados.

—Ya, pero no habrá bastantes para todos.

—Igual sí, porque además de las casas que dejaron los que se pasaron al otro lado también hay obligación de ceder las habitaciones que se tengan libres.

—¿También las habitaciones? Menos mal que a nosotras no nos sobran —dijo Marina aliviada—. No me gustaría nada tener que compartir mi casa con extraños.

—Pero tampoco se puede dejar a la gente en la calle.

—No, claro que no, Tesa. Por eso no entiendo por qué están derribando tantos edificios en el centro si hay necesidad de viviendas.

—Según dicen son planes del ayuntamiento para mejorar la ciudad.

—Puede ser, pero podían dejarlo para más adelante. Bastantes casas destruyen las bombas como para dedicarse a tirar más.

Las dos mujeres continuaron cosiendo hasta la caída de la tarde. Mientras lo hacían cantaban las canciones de moda, chismorreaban, hablaban de la guerra, del miedo, del hambre…

Al día siguiente, Tesa apareció un poco más tarde que de costumbre. Había tenido que hacer unos recados en el centro y aunque había dejado de trabajar en casa de Raquel se había acercado a saludarla.

—Hoy he visto a Raquel.

—¿Cómo está?

—Muy disgustada. Sus amigos quieren huir a Francia.

—¿A Francia? ¿Qué se les perdió a esos dos en Francia?

—La libertad, Marina. La libertad. ¿Acaso no marcharías tú si tuvieras dinero?

Marina quedó pensativa. Nunca se le hubiera ocurrido que la gente pudiera ir de un país a otro como quien coge un tranvía. Pero sí, si tuviera dinero se largaría hasta que acabara la guerra llevando con ella a toda su familia. Sin embargo, no lo pensaba decir. Ni tan siquiera a Tesa.

—No sé francés —contestó divertida.

—Pero esos dos sí. Además, cuando se tiene dinero poco importa el idioma que hables.

—Entonces Raquel quedará sola con su marido. Y después de la muerte de Bruno… —dijo apiadándose de su hermana.

—Así es, pero no te preocupes que no le faltará de nada. Nosotros sufrimos el racionamiento pero su marido es rico y según dicen en el mercado negro se encuentra de todo.

—Pero si decomisan todos los productos —protestó Marina.

—Mira que eres inocente. Con dinero puedes comprar cualquier cosa. Y pagando, puedes conseguir hasta una cartilla falsificada.

—¿Falsificada? ¿Cómo? —preguntó Marina sorprendida.

—Pues mira, tanto no sé. Pero, por lo visto, si tienes dinero puedes hacerte con una cartilla que ponga que en casa sois ocho, por ejemplo, aunque solo seáis dos o tres. Por cierto, tu hermana me ha dado algo para ti.

—¿El qué?

—No lo sé. No he mirado —dijo Tesa sacando una bolsa de tela del bolso de su vestido.

Marina sintió un respingo que se convirtió en escalofrío. Cogió la bolsa y la metió en el bolsillo del mandil. Durante unos minutos continuó trabajando en un silencio roto solo por el sonido de la máquina de coser, muerta de curiosidad, oyendo como un runrún lejano las palabras de Tesa.

—En las tiendas y en las panaderías ya no se escucha ni una conversación. Las mujeres piden, cogen sus cosas y marchan sin apenas mirar a la cara a vecinas con las que siempre habían hablado. No lo entiendo, Marina, da la sensación de que todos tenemos miedo de todos. ¿Me escuchas, Marina?

—¿Qué? Sí, claro que sí. Es que estaba distraída. Perdona.

—Todo es por culpa del miedo que nos metieron con los de «la quinta columna».

—Es que no es para menos, Tesa. Cualquier persona que esté a tu lado puede ser un espía que luego se chiva al enemigo, ya viste los carteles que lo anuncian.

—Marina, mujer, te estoy hablando de vecinos de toda la vida.

—Ya, bueno, perdona pero tengo que ir al retrete.

Marina, contra su costumbre, cuando estaba sola con Tesa, cerró por dentro. Abrió la bolsa y faltó poco para que se desmayara. Un broche con una piedra como nunca había visto en su vida, ni siquiera en los escaparates de las mejores joyerías, la dejó atónita. Lo acompañaban tres pulseras, dos anillos, un brazalete y cuatro pares de pendientes. Su hermana estaba loca. La iba a meter en un buen lío. Salió con el rostro pálido, tras volver a guardar la bolsa en el mandil de costura. Se sentó a proseguir con su tarea, con la precaución de rellenar el bolsillo con un buen trozo de tela.

—¿Qué era? —preguntó Tesa, observando la cara blanca de Marina, el nerviosismo de sus manos, el temblor de sus labios—. No, no me digas nada —añadió—. No debí preguntarte. Perdona.

—No, si no era nada. Tonterías de mi hermana —intentó disimular Marina. No quería mentir a Tesa, pero no podía decirle la verdad. También, de alguna manera, había traicionado a Ramón. Se avergonzó de sí misma, pero la guerra había llegado para quedarse y no podía ponerlos en peligro. Bastante era el riesgo que corría ella. Esperaba que Raquel no le enviase más.

Raquel no le mandó más joyas a Marina para ocultarlas. Su marido la había obligado a dárselas, con la excusa de entregarlas, algo de lo que no estaba segura. Sospechaba que las guardaba en la caja fuerte de su despacho, donde custodiaba parte o todo su dinero. Por suerte, había podido escamotearle algunos de los regalos de Bruno. Habían sido tantos que no creía que echara en falta las joyas que le había dado

a su hermana. Al menos no había dicho nada. Esperaba que las cosas siguieran así, porque últimamente no andaba muy bien de salud y el carácter se le había agriado. Ya no era el hombre agradable que había conocido. Se había convertido en un viejo gruñón al que parecía que se le iba la cabeza cada día un poco más. Ya no se sentía cómoda a su lado.

31

Desde el inicio de la guerra Luisa sufría por Raquel. Su niña pequeña, una «perdida» en boca de todos, aunque desde que se supo de su boda las voces se acallaron. Sin embargo, no conseguía despojarse del todo del sentimiento de vergüenza que la había llevado a odiar a su propia hija. ¿Qué había hecho para merecer algo así? La había educado bien, como a Marina, pero siempre había tenido ese punto de rebeldía difícil de corregir, aunque nunca hubiera pensado que llegara a tanto.

Los primeros meses, con la rabia inundando cada poro de su ser, había decidido darla por muerta. Pero cuando esos sentimientos se fueron atenuando preguntó a varias criadas de su confianza y enseguida se enteró de la nueva vida de Raquel. Sabía dónde vivía y con quién. También tuvo conocimiento de que Tesa había trabajado en su casa y la seguía viendo a menudo. Raquel le daba cosas para Marina, normalmente algún que otro alimento que su hija guardaba celosamente para los niños.

En los nueve años transcurridos desde su marcha, Luisa había sido testigo de como la chiquilla descarada y maleducada se iba transformando en una señorita que no tenía nada que envidiar a las que lo eran por nacimiento. Al menos, a simple vista, no se notaba la diferencia. Caminaba con distinción, el cuerpo erguido, el orgullo prendido en la mirada. Eso no lo había visto, nunca se había acercado tanto, pero conociéndola se lo figuraba.

Luisa había imaginado a su hija comprando en las mejores tiendas. La veía posando sus manos blancas sobre las telas más caras, moviéndolas de esa manera tan especial como solo sabían hacer las ricas. Porque las manos de Raquel eran finas y blancas, no como las suyas, con los dedos retorcidos por los sabañones, ni tampoco como las de Marina, acribilladas por las agujas. No, Raquel parecía una señorita respetable con sus buenas ropas, sus zapatos relucientes y sus bonitos sombreros. Y seguro que llevaría joyas. Luisa la veía a lo lejos tan guapa y distinguida que a veces dudaba que pudiera ser su hija. Una hija muy guapa. Demasiado guapa. Esa había sido su perdición. Cómo le hubiera gustado verla casada con un buen mozo, y no con ese vejestorio con el que no acababa de entender qué tipo de trato podía tener. Luisa intuía que había algo raro en esa relación, pues no era normal que estando casada se siguiera viendo con el señorito Bruno, el chico de don Carlos. Eso le habían dicho. Y encima con su marido en la misma casa. ¡Más que una indecencia! Pero bueno, por

fin eso se había acabado, el chico estaba muerto, que Dios lo tenga en su gloria, y su hija vivía sola con su esposo, como debía ser.

Menos mal que los vecinos no se habían enterado de esas cosas. Estaba segura de que el matrimonio había sido amañado, aunque no acababa de encontrar razón para ello. No entendía cómo el viejo había consentido en ser un cornudo. Se hacía cruces una y otra vez cuando lo pensaba.

Cuánto se arrepentía de haberla echado de casa. No debería haberlo hecho, pero en ese momento pesó más en ella la rabia que la razón. Si no la hubiera puesto en la calle seguro que ya estaría casada como Dios manda, con un hombre de su clase, que le daría unos cuantos hijos. ¿Por qué no tendría hijos? ¿Estaría seca como su hermana Alfonsina? Se parecía tanto a ella; a Alfonsina. Sus mismos ojos, su mismo cuerpo, sus mismos aires de grandeza. Sin embargo, su hermana había sido más lista y se había casado bien. Al principio del matrimonio, su marido no era un potentado precisamente, pero no les faltaba de nada y vivían en una buena casa. Después, con el paso de los años, llegaron los negocios y el dinero. No eran ricos, pero casi. Y Alfonsina lo había conseguido sin perderse, aceptando a un hombre prendido de su belleza y de su descaro. Porque su hermana había sido tan descarada como Raquel, pero con dos dedos de frente, que eran los que le faltaban a su hija.

Marina había intercedido por su hermana varias veces, sobre todo desde la boda. Pero Luisa no se podía echar atrás. Podía parecer que la perdonaba. Y eso nunca. Marina le había contado lo destrozada que se encontraba por la muerte de Bruno y le había respondido como correspondía, con palabras fuertes. Mira que contarle que lloraba por su «querido». ¿A quien se le ocurría? Llorar por un amante estando casada. ¿Y su marido? Ese ni era hombre ni era nada. No podría contar las veces que se había tenido que contener para no ir a esa casa y cantarles las cuarenta a los dos. Además, se habían casado solo por lo civil, que era tanto como decir que no estaba casada. Para ser una decente mujer casada había que pasar por la iglesia, como Dios manda.

Lo que nunca olvidaría Luisa era la rabia y la impotencia que sintió cuando las despidió doña Rosalía, que Dios no la perdone a la muy bruja. Las burlas de los vecinos, el problema de encontrar otro trabajo, los tres meses que pasó sin ganar ni una peseta, comiendo a expensas de su yerno. No, esas cosas no se perdonaban ni a una hija. Sin embargo, con la guerra se le había puesto un nudo en el pecho que la ahogaba. Con tantos bombardeos Raquel podía morir en cualquier momento. ¿Y si no la avisaban para darle cristiana sepultura? ¿Y si el vejestorio de su marido la enterraba en el cementerio civil? Eso no podría soportarlo. Le gustaría hacer partícipe de sus miedos a Marina, pero sería tanto como reconocer que se preocupaba por Raquel. Y eso ni muerta.

Luisa salió de sus pensamientos cuando oyó llamar a la puerta. Estaba en casa de don Cosme. Él y su mujer, ya viejos y sin hijos, la trataban con respeto y le pagaban puntualmente todos los sábados. Además, la dejaban hacer y deshacer a su antojo.

Doña Encarnita, inválida, iba de la cama a la silla y de la silla a la cama. Apenas hablaba. Él tampoco hablaba demasiado. Pasaba el día enfrascado en la lectura, como su yerno. Tenía un mueble lleno de libros y por las mañanas salía a tomar un café, volviendo a casa con unos cuantos periódicos. Y comer, comían poco. Había tenido suerte de encontrar esa casa tan cerca de la suya y en esas condiciones.

—¡Ya voy! ¡Ya voy! —gritó ante la insistencia de la llamada.

—¡Conchita! ¿Qué te pasa? —preguntó cuando vio ante ella una mujer a punto del desmayo. La hizo pasar y la ayudó a sentarse en una silla. Después le dio un vaso de agua.

—No, no, mejor anís —dijo la mujer.

Luisa fue por la botella de anís. Sirvió una copa a Conchita y otra para ella. Conchita la bebió de un tirón y le acercó el vaso para que le echara más. Luisa decidió acompañarla. Don Cosme había salido en su rutina matutina y doña Encarnita ya estaba arreglada en su silla, mirando sin ver por la ventana.

—Ya estoy mejor —dijo Conchita tras apurar la segunda copa—. Me pasa a menudo. El médico dice que son bajadas de tensión.

—¿Qué número hace ese? —preguntó Luisa mirándole la tripa.

—El diez —respondió Conchita palpándose la abultada barriga—. Pero como ya se me murieron cuatro niñas, será el sexto.

—Pararás ya, ¿no?

—Quién sabe, Luisa. Nunca se puede decir. Mira, este es Fernando —dijo señalando al niño que la acompañaba—. Lo traje conmigo porque ya me cuesta mucho tirar del carro con la ropa.

—¿Fernando? Ya tenía yo ganas de conocer a este granuja.

—¿Verdad qué es guapo? —preguntó la madre orgullosa, revolviéndole su pelo rubio, casi blanco.

—Es muy rubio —contestó Luisa para no decirle que de guapo no tenía nada.

—Todos me nacen rubios. Rubios y de ojos azules. En el barrio los llaman «los alemanes». Espero que este —dijo acariciando la barriga— sea también un niño, porque todas las niñas se me mueren. Solo me queda la mayor y los chicos.

—Voy a por la ropa —dijo Luisa, llegando al momento con un buen fardo.

Conchita vivía en el barrio de Perchera y ayudaba a la economía familiar lavando ropa.

—Qué suerte tienes en esta casa, Luisa.

—Sí que tengo suerte, sí —dijo Luisa siendo consciente por primera vez de que a ella no le había afectado la guerra como al resto de los vecinos, a su hija sin ir más lejos.

—El primer día que me acerqué a una casa de la calle Cabrales donde llevaba años lavando la ropa por poco me muero del susto —dijo Conchita.

—¿Por qué? ¿Qué pasó? —preguntó Luisa intrigada.

—Los señores habían huido a la zona rebelde y la casa estaba ocupada por milicianos. Pero qué milicianos ¡madre mía! ¡Qué milicianos!

—¿Hicieron destrozos?

—¿Destrozos? No sabría decirte cuántos eran, pero por lo menos diez, y la casa parecía una pocilga. Yo nunca había entrado por la puerta principal, ya sabes, siempre por la puerta de servicio. Pues me atendieron por la principal. Estaba todo sucio y habían hecho una hoguera con muebles y cuadros. ¡Un desastre!

—Ya oí algo de eso y no lo entiendo. Que lo llevasen para usarlo no me parecería mal, pero que lo rompieran… al final ni para unos ni para otros.

—Eso mismo pienso yo.

—¿Y cuántas casas te quedan además de esta?

—Ninguna, solo esta.

—¿Y las otras casas a dónde ibas también están ocupadas por milicianos?

—Tenía otras tres. En una viven milicianos y en las otras dos familias de refugiados. Pero las tres muy bien, cuidadas como si fueran su propia casa.

—Menos mal.

—Sí, mujer, que no todos son unos desalmados.

—Tienes razón, de todo tiene que haber en esta viña del Señor. Pero es que se oye cada cosa.

—Eso era más al principio, ya sabes el descontrol que había. Pero ahora las cosas cambiaron y quien la hace la paga, aunque sea uno de ellos. Joaquín me dijo que el otro día habían fusilado a dos por andar asaltando comercios y casas particulares, además de hacer «desaparecer» a un par de hombres.

—Me parece muy bien que siga habiendo orden.

Luisa miró las manos de Conchita, destrozadas por el agua fría del lavadero, el jabón y la lejía. Las tenía cubiertas de sabañones y se quejaba a menudo de dolores de espalda, aunque ni los dolores, ni los embarazos, le impedían ir una semana tras otra a por la ropa para lavar. Era una excelente lavandera. Siempre devolvía la ropa inmaculada, planchada y doblada de manera impecable.

Luisa a veces se compadecía de Conchita y otras de ella misma. Al menos Conchita tenía marido. Y por lo que decía no era mal hombre. Entregaba la paga semanal intacta y apenas iba al bar. Igual por eso tenían tantos hijos. Si parara más en el bar no tendrían tanto tiempo para hacerlos.

Conchita se despidió. Luisa la vio perderse por la esquina con su enorme barriga y su hijo tirando de un pequeño carro con ruedas donde llevaban la ropa. A la semana siguiente no apareció y la echó en falta, no solo porque le tocó lavar a ella sino porque se había acostumbrado a las visitas de esa mujer pequeña y rechoncha, eternamente embarazada, que le contaba mil y una historias de sus hijos.

La semana anterior le había contado una a carcajada limpia. Fernando, ese chico alto, delgado y espabilado, solía aparecer en casa con manzanas, peras, patatas o cualquier otra cosa que se le pusiera a mano. Su madre, como la mayoría de las

madres, nunca preguntaba de dónde habían salido esos alimentos; nunca había suficientes para tantas bocas. Y eso Luisa lo podía entender. Pero lo otro no.

Según Conchita, Fernando era el más inquieto de sus hijos. Pasaba el día correteando por la calle, como todos los niños, pero siempre armaba alguna. Los pantalones y las camisas llegaban tan rotas como las rodillas y su madre pasaba horas repasando y remendando. Su padre, para sujetarlo un poco, al cumplir nueve años lo metió a monaguillo, a pesar de no ser muy amigo ni de curas ni de iglesias. Y a su hijo le pasó lo mismo. No aguantaba estar de pie en medio de la misa ni mucho menos los rezos a los que le obligaba el cascarrabias del cura, que le soltaba un golpe detrás de otro sin falta de que hiciera nada malo. Él había aprendido a agacharse cuando veía llegar el guantazo que casi siempre aterrizaba sobre la cabeza del otro monaguillo. A veces los golpes eran por alguna fechoría, como beber el vino de la misa o comer algunas hostias. Otras, simplemente porque al cura le apetecía descargar su malhumor.

Un día, sin más, el cura le pegó un tortazo nada más llegar. Fernando lo empujó y echó a correr hasta llegar a casa. Su padre le preguntó qué hacía allí, por qué no estaba en la iglesia. Cuando le dijo que había escapado le soltó un buen capón. Pero cuando el niño, entre lágrimas, le contó que el cura no hacía más que pegarle le dijo que no se preocupara, que nunca más sería monaguillo. Él lo arreglaría con el cura.

Joaquín se presentó en la iglesia a pedir explicaciones. El cura lo trató con falta de respeto, insultándolo a él y a su hijo. El padre respondió metiéndole un puñetazo y advirtiéndole que no se le ocurriera poner una denuncia. Sabía lo que pasaba en la sacristía.

A Luisa solían gustarle las historias de Conchita, pero esa no le hizo ninguna gracia. Si el cura había pegado al niño por algo sería. Además, por qué lo creyeron. ¿Y si mentía porque no quería volver? ¿Y qué había querido decir con que sabía lo que pasaba en la sacristía? Alguna maldad del crío, seguro. Bien sabía Luisa que esa mujer y su marido nunca iban a misa, así que serían ateos como su yerno. Lo que no entendía era por qué habían metido a su hijo a monaguillo si no les gustaban ni los curas ni la Iglesia. Y luego se quejaban.

Quince días después de su último encuentro, Conchita volvió a aparecer con su barriga deshinchada y su hijo Fernando como ayudante.

—¡Conchita! —exclamó Luisa asombrada—. ¿No me digas que ya has parido?

—Ya ves, hace diez días.

—¿Y qué ha sido?

—Una niña.

—Anda, entra y vamos a celebrarlo con una copita de anís de esas que tanto te gustan.

Las dos mujeres se sentaron a tomar anís mientras charlaban. Fernando se entretenía comiendo unas galletas un poco rancias que le dio Luisa. Conchita le habló

de su inquietud ante la marcha de la guerra. Temía por la vida de sus hijos. Si pudiera se iría de allí. Lo más lejos posible. Donde no cayeran bombas.

Cuando se despidieron, Luisa quedó pensando en Conchita. Había llamado a su hija Libertad. No lo entendía. Qué nombre era ese. Con la cantidad de nombres bonitos que había en el santoral. Si por lo menos le hubiera puesto delante María, el nombre de la Virgen, como ella a sus hijas; María Natividad como su hija mayor, por mucho que su padre se empeñó en llamarla Marina, por su afición al mar. Y María Raquel, a la que quería llamar Raquel a secas. Pero ella se impuso y por eso sus hijas tenían un nombre como Dios manda, no como esos nuevos. Libertad, ¡menudo nombre! Pero claro, como no pensaban bautizarla. Si lo intentaran el cura los obligaría a poner delante María. La gente estaba cambiando mucho. El matrimonio civil era obligatorio pero nadie impedía que también pasaran por la iglesia. Sin embargo, la mayoría de las parejas no lo hacían. Y también se celebraban muchos entierros civiles. No sabía a dónde irían a parar. Como se perdiera la guerra, más de cuatro se iban a arrepentir de ciertas cosas. Su yerno, sin ir más lejos. Con menudo majadero se había casado su hija. Aunque eso sí, bien casada y por la Iglesia.

32

Mientras los hombres luchaban en el frente jugándose la vida y el futuro de pueblos y ciudades, en Gijón el movimiento era continuo, con civiles y soldados de permiso moviéndose de un lado a otro, los cafés y los bares llenos de clientes, el teatro y el cine sirviendo de válvula de escape al miedo. El comercio, tras la interrupción de principios de la guerra, se había restablecido y depurados los maestros supuestamente afines al alzamiento, comenzó el curso escolar de primeras enseñanzas, aunque las enseñanzas medias deberían esperar hasta el próximo mes de marzo.

Lena estaba disgustada. De septiembre a marzo había muchos meses de por medio. ¿Qué iba a hacer mientras tanto? Estaba ilusionada por empezar el cuarto curso del bachillerato, tras aprobar el examen general de los tres primeros cursos con una nota brillante. Solo un par de años la separaban de su entrada en la Escuela Normal de Magisterio. Se quejaba a su madre, que no sabía cómo consolarla.

—Es que no sé qué hacer, madre. Estoy pensando en apuntarme para ayudar en un comedor escolar o en un orfanato, incluso presentarme para enfermera.

—¡No! —gritó Marina fuera de sí.

Lena quedó sorprendida. ¿Qué había dicho? ¿Por qué se ponía así su madre?

—Quítate esa idea inmediatamente de la cabeza.

—Pero por qué, madre.

—Porque lo digo yo.

—¿Entonces qué hago?

—Ayudarme a coser y a tejer para los hombres del frente, que bien lo necesitan y no a una enfermera de catorce años.

—Ya soy mayor, madre, puedo hacerlo. Y vale, no me apuntaré a enfermera si tú no quieres, pero ¿qué me dices del comedor o del orfanato?

—Ni lo uno ni lo otro.

—Pero ¿por qué, madre? —preguntó Lena suplicante.

—Obedece y calla —dijo Marina sin dar más explicaciones. No estaba dispuesta a perderla de vista. Ya era bastante con que Ramón estuviera metido de lleno en la guerra aunque, por suerte, no había sido enviado al frente.

—Y por la tarde iremos a comprarte unos zapatos a la zapatería Boston, que los tienen de muy buena calidad —dijo Marina para cambiar de conversación.

—Los que tengo pueden aguantar un poco, madre. No hace falta gastar en otros.

—¿Aguantar? Con las suelas destrozadas, medio descosidos y calándote el agua en cuanto caen cuatro gotas…

—A lo mejor puede arreglarlos el zapatero.

—Esos ya no tienen arreglo, hija, hazme caso. Esta tarde bajamos al centro y compramos unos nuevos. Y de paso vamos a buscar lana para empezar otro par de chaquetas para los soldados. Ah, y también hay que pasar por el taller de doña Valeriana a entregar la tarea y recoger la de la próxima semana.

—Al lado de la zapatería Boston está la librería Cervantes, ¿me dejarás entrar a mirar unos libros?

—Claro que sí, pero solo un rato, tenemos mucho trabajo.

—¿Y puedo comprar, madre? Solo uno, tengo algo ahorrado —prosiguió con la esperanza de obtener la aprobación.

—Buf —bufó Marina—. Eres igual que tu padre —dijo lanzándole una sonrisa—. Vale, puedes comprar uno. Pero, por Dios te lo pido, que no se entere tu abuela.

Lena asintió contenta y siguió tejiendo un jersey de lana gris y gruesa. Decían que en el frente se pasaba mucho frío. Le gustaría ver un día a alguno de esos soldados paseando por el centro llevando uno de los muchos jerséis o bufandas que llevaba tejidos. Pero lo que más le gustaría era ayudar como enfermera, en un comedor infantil o en un orfanato. No insistió más en su deseo para no disgustar a su madre. Llevaba un tiempo rara. Estaba muy nerviosa, apenas comía y había dejado de cantar. Hasta su abuela estaba preocupada por ella. Hablaría mejor con su padre; él la entendería. Veía cómo las mujeres se estaban haciendo cargo de los puestos de trabajo antes reservados a los hombres, ocupando incluso fábricas y talleres. Ella no quería permanecer ajena a ese nuevo mundo. No quería pasar la guerra metida entre cuatro paredes cosiendo y tejiendo. Prefería ser útil de otra manera.

Al contrario que su hermana, Jesús recibió la noticia del retraso de la apertura de curso con alegría. Había terminado quinto, pero su padre se empeñaba en que siguiera estudiando el bachiller completo e incluso la reválida. Otros dos años más para nada, porque no pensaba ir a la universidad. Para qué quería tantos estudios. Ese año las cosas le habían salido bien. Y como ya tenía cumplidos los dieciséis estaba pensando en alistarse. No iba a quedar parado viendo cómo multitud de hombres maduros y jóvenes, muchos con familia, iban voluntarios al frente. Hasta las mujeres se habían sumado a la lucha. Daba gusto verlas en los carteles y en las fotografías, vestidas de milicianas y con el rifle en las manos. Él no era como su padre, metido siempre entre papeles. Su admiración era para Marcelo, valiente y decidido.

Marcelo formaba parte de las milicias republicanas que intentaban por todos los medios recuperar Oviedo, en manos del ejército rebelde. El 8 de septiembre habían efectuado un gran ataque sobre la ciudad que acabó en fracaso. Pero Oviedo era el emblema de una tierra, la memoria de la revolución de octubre del 34. Debían recuperarla antes de que consiguieran llegar hasta ella las columnas gallegas del

ejército nacional que avanzaban imparables, tanto por la costa como por el interior, apoderándose de pueblos, villas y aldeas.

Pese al coraje de los republicanos, tras varios enfrentamientos en La Cabruñana, las columnas gallegas lograron entrar en Grado el 15 de septiembre. Ante lo delicado de la situación, el 4 de octubre se inició otra gran ofensiva sobre la capital, en la que participaron miles de republicanos, casi la mitad de todos los movilizados hasta la fecha. El resto quedó defendiendo el frente de El Nalón, situado a lo largo del río desde las proximidades de Oviedo hasta su desembocadura en el mar. Las fuerzas eran desiguales. El ejército rebelde, además de bien armado, había sido reforzado con abundantes fuerzas de choque, entre ellas las temidas tropas africanas. En cambio, el ejército republicano estaba formado por hombres mal armados, con fusiles, morteros, granadas de mano y lanzagranadas artesanales o de la guerra de 1914.

El 17 de octubre, tras una enconada lucha, las columnas gallegas rompieron el cerco de Oviedo, entrando en la ciudad. A partir de entonces y hasta el final de la guerra en Asturias, la capital será reforzada con hombres, armas, alimentos y otros artículos de primera necesidad a través del llamado «Pasillo de Grado», un estrecho territorio que conectaba la ciudad sitiada con Grado.

El mismo día que los nacionales rompieron el cerco de Oviedo, Marcelo notó un golpe fuerte en su pierna izquierda. Miró. Había recibido un tiro. Comenzó a sentir un fuerte comezón, como si su carne se estuviera asando en una hoguera. La sangre manaba con fuerza. El dolor comenzó a ser insoportable. Intentó ponerse de pie. La pierna no respondía; si no fuera por el dolor diría que había desaparecido. Después, lo invadió un frío intenso y se desvaneció.

Atendido en un primer momento por los sanitarios, fue evacuado con rapidez. Su desmayo se debía a la abundante perdida de sangre, pero la herida no revestía gravedad, se recuperaría pronto. Cuando Ramón llegó al Hospital de Caridad de Gijón, su amigo tenía la mente nublada por el dolor, pero un par de días después ya había recuperado su humor habitual y estaba deseando volver al frente.

—No lo entiendo, Ramón. De verdad que no lo entiendo —decía Marcelo consternado por la derrota—. Conseguimos entrar en San Lázaro y el Campillín. Ya estábamos dentro, lo teníamos al alcance de la mano. ¿Qué falló entonces?

—Creo que no falló nada. Simplemente ellos eran más y mejor armados.

—Ese traidor de Aranda. Con las ganas que teníamos de ajustarle las cuentas.

—Tiempo habrá para ello, ya lo verás.

—Tenemos que hacernos con Oviedo, no podemos dejarlo en manos de esos facciosos. La tomamos en el 34, no podemos perderla ahora.

—Vamos, relájate y olvídate de la guerra al menos hasta que te recuperes.

—Va a ser difícil que me olvide de todo lo que vi y viví en esa ofensiva. Los hombres luchaban con un entusiasmo digno de admirar. Tenemos coraje y valor además de unos ideales. Vamos a ganar. Estoy seguro.

—Eso espero —respondió Ramón convencido.

—Bueno, ahora ponme al día de cómo van las cosas.

—Me he presentado voluntario para ir al frente.

—¿Tú? ¿Por qué? Tú no estás hecho para la guerra, Ramón.

—No me parece justo que otros detengáis las balas con vuestros cuerpos mientras yo pasó los días distribuyendo lotes de comida, haciendo notas y llevando órdenes de un sitio a otro.

—Alguien tiene que encargarse de la organización para que las cosas funcionen.

—Pero pueden hacerlo personas que tengan algún problema físico o los de más edad. Hay muchos tan capacitados como yo.

—En eso tienes razón. Pero no sé, no te veo yo a ti con un arma.

—Cuando me den instrucción ya veremos.

—A ver si se te va a dar bien disparar…, me gustaría estar allí para verte. Oye, cambiando de tema, ¿cómo va la cosa de los suministros?

—¿Los de armas?

—Sí, los de armas, y los otros también.

—Nada bien. Andamos cortos de material. Estamos aislados, el gobierno central nos tiene bastante abandonados. Además, muchas de las armas que recibimos o están en mal estado o son demasiado antiguas. Y para colmo, los fusiles son todos de diferente calibre.

—¿Qué me vas a decir a mí? —contestó Marcelo con cierta tristeza—. En cambio los fascistas, además de tener el apoyo de los aviones italianos y alemanes, tienen todo tipo de armas y de la mejor calidad.

—Sí, armas modernas, no como nosotros.

—¿Y la comida y los alojamientos y todo lo demás?

—Cada vez escasean más los artículos de primera necesidad. Están llegando muchos refugiados y los vamos metiendo en casas vacías o compartiendo las de muchas habitaciones. Pero tantas bocas que alimentar y con las comunicaciones cortadas están poniendo las cosas muy difíciles.

—En cuanto recuperemos Oviedo las cosas cambiarán.

—Esperemos que sí. Bueno, te dejo. Tengo mucho trabajo pendiente.

Los dos amigos se despidieron con un abrazo. Marcelo vio marchar a Ramón preguntándose si su amigo sería capaz algún día de meter un tiro a alguien entre ceja y ceja, como había tenido que hacer él para salvar su vida.

Una semana después, Marcelo recibió la visita de Jesús.

—Hombre, Jesús, ¿cómo te va? —preguntó un sonriente herido sentado en una silla con un pijama de rayas.

Estuvieron hablando largo rato. Jesús lo puso al corriente de su intención de alistarse. Marcelo le recomendó hablar con su padre. Jesús se negó a ello. Lo consideraba un cobarde, aunque ese pensamiento jamás saldría de su boca. Marcelo, apoyado en una muleta, lo hizo recorrer el pabellón donde descansaban multitud de

heridos: vendas en cualquier parte del cuerpo; piernas y brazos desaparecidos; gritos de dolor; palabras desvariadas; desesperación.

—Este es el resultado de la guerra, Jesús. No es solo la vida la que está en juego. A veces morir es fácil, un tiro certero y no te enteras de nada. Pero si quedas herido, o lo que es peor, mutilado, la vida para ti ya nunca será lo mismo. Así que piénsalo bien. Aún eres demasiado joven.

—Lo pensaré —dijo, aunque no era cierto.

Jesús se había afiliado a las Juventudes Comunistas dos meses atrás. Llevaba el carné celosamente guardado en su ropa, con cuidado de sacarlo cuando la quitaba para lavar. No quería ni pensar la que armarían su padre y Marcelo cuando se enteraran. Pero era su decisión. Sus ideas. El 15 de octubre, había asistido con Antonio al acto de unificación de las Juventudes Socialistas y Comunistas celebrado en el Teatro Robledo de la calle Corrida. Estaba feliz de pertenecer a las juventudes que a partir de entonces llevarían las siglas JJ. SS. UU. (Juventudes Socialistas Unificadas).

Jesús estaba recibiendo instrucción militar en una escuela de jóvenes. Les daban charlas, comentaban las noticias de los periódicos, les enseñaban técnicas de ataque y a disparar. En cuanto se sintiera listo para dar en el blanco no le importarían ni las broncas de su padre ni las lágrimas de su madre.

El joven no aparecía por casa hasta el anochecer. Para que su madre no sospechara había comenzado a trabajar en la fábrica de vidrios La Industria, donde se encontraba muy a gusto, pues tenía de compañeros a muchos chicos que como él pertenecían a las Juventudes Comunistas. Por su preparación, lo destinaron a las oficinas. Así podía moverse libremente durante todo el día, alegando exceso de trabajo, aunque solo trabajaba tres o cuatro horas diarias. «Todo el mundo tiene que poner de su parte», había dicho en casa. «En esta guerra todos somos necesarios, ¿verdad, padre?», añadió repitiendo las palabras que tantas veces escuchara decir a su progenitor.

Por otra parte, quería escapar de casa. No aguantaba a su abuela protestando por cualquier tontería, haciendo el ambiente irrespirable. Su hermana también la evitaba, encerrándose en su cuarto. En cambio, su madre no tenía escapatoria.

—¿Qué le pasa ahora, madre?

—Pues ya me dirás. Primero que nada de dinero, que si necesitas algo te dan un vale. Luego cambian de idea y ya no hay vales. Ahora con estas monedas y billetes nuevos que no hay quien se aclare. Pero ellos hacen y deshacen y ¡hala!

—¿Hala, qué?

—Pues eso. Que hoy dicen una cosa y mañana otra y se quedan tan frescos. ¿No decía tu marido que era mejor no tener dinero para repartir la riqueza? ¿Y ahora qué? ¿Ya no se reparte? Y encima con el nombre que les pusieron, «Belarminos». ¿Pero qué nombre es ese? Con lo bien que estábamos con las pesetas.

—Madre, estamos en guerra y se hace lo que se puede. Es que usted no acaba de entenderlo.

—Claro que lo entiendo, hija, claro que lo entiendo. Pero no entiendo a los que nos gobiernan ahora. Casi que estoy por dejar de ser republicana.

—Anda con lo que me sale ahora. ¿Desde cuándo es usted republicana?

—Desde que empezó la guerra.

—¿Desde que empezó la guerra? —repitió Marina extrañada.

—Sí, claro. ¿Acaso no estamos en zona republicana? Pues entonces supongo que seré republicana, ¿no?

—Bueno, no sé, madre, si usted lo dice.

—Pero mi familia siempre ha sido católica. Muy católica. Y a eso no estoy dispuesta a renunciar.

—Pues no se le ocurra ir diciéndolo por ahí.

—Ya lo sé hija, ya lo sé. ¿O crees que soy tonta? Aunque si te digo la verdad de buena gana me pasaba al otro bando, porque en este no veo yo mucha seriedad. Parece que para lo único que sirven es para quemar iglesias y matar gente inocente.

—¡Ay, madre! Deje ya esas cosas. A mí me preocupa Ramón y también Jesús, que no sé qué tendrá ese chiquillo en la cabeza, pero lo veo muy raro. Y luego, los bombardeos, un día sí y otro también.

—A mí también me preocupa mi familia, ¿qué te crees? Pero esos bestias ya han echado abajo la iglesia de San Pedro y la de San José —dijo santiguándose— y eso, por mucho que me lo expliquen nunca lo entenderé. Si no les gustan las iglesias que no entren y punto, que nadie los obliga. Si es que son unos animales. Animales, eso es lo que son —recalcó.

Marina iba a decirle a su madre que no dijera tonterías, pero se mordió la lengua. Aún era capaz de darle un manotazo. Se preocupaba por cosas sin importancia, cuando los problemas eran muchos. A ella no le gustaba que quemaran iglesias, aunque nunca podría compararse la muerte de un montón de piedras con la muerte de una persona. Le aterraban los bombardeos que dejaban el suelo sembrado de cadáveres de hombres, mujeres y niños. Y lo peor era que nunca se sabía cuándo iban a suceder, aunque sí que iban a suceder. Y por mucho que el ayuntamiento construyera refugios y obligara a dejar abiertos los portales día y noche, siempre había alguien que caía bajo las bombas. El día anterior había muerto su vecino Edelmiro que, pese a todas las recomendaciones, cuando sintió acercarse los aviones se paró a mirar si eran amigos o enemigos. Esa tarde, si la aviación los dejaba, se celebraría el entierro.

Marcelo se recuperó con rapidez y tras unos días de permiso se reincorporó al frente. Ramón, sin decir nada en casa, recibía instrucción, aunque como había predicho su amigo, las armas no eran lo suyo. A pesar de su empeño, las balas no parecían estar dispuestas a dar en el objetivo, más bien se alejaban de él.

Un atardecer apareció en casa anunciando unos días de permiso. Marina lo abrazó contenta, aunque su alegría duró poco. Se tenía que incorporar al frente. Marina no lo esperaba, suponía que Ramón seguiría durante toda la guerra en su puesto del Comité de Abastos, alejado del peligro de las trincheras. Las lágrimas comenzaron a salir a borbotones de un cuerpo tembloroso. Ramón la abrazó, tratando de calmarla, diciéndole que lo habían destinado a Intendencia, que estaría en la retaguardia, no en primera línea de fuego. Era una orden y debía cumplirla. Lo que nunca sabría Marina era que iba al frente porque él lo había solicitado.

La cena se desarrolló en un ambiente tenso. Luisa no paraba de despotricar por los pocos alimentos que había en la mesa, mientras lanzaba miradas acusadoras a su yerno. Unas patatas cocidas con cebolla, pimiento, tomate y laurel era cuanto había. Nadie se quejaba, porque estaban muy ricas. Solo ella. La puerta se abrió. Tesa apareció en la cocina. De debajo de sus ropas sacó media hogaza de pan negro y un trozo de queso. A todos, incluso a Ramón, se les hizo la boca agua.

—¿De dónde lo has sacado, Tesa? —preguntó Ramón sorprendido, celoso de su trabajo.

—No preguntes y disfrútalo —respondió dando por finalizada su visita. Sin embargo, a mitad del pasillo, dio la vuelta.

—Por cierto, en el Teatro Dindurra están echando una obra de Eladio Verde. ¿Por qué no vamos el domingo?

—¿Qué obra es? —preguntó Marina.

—*Los últimos playos* —respondió Tesa—. Los beneficios irán para los hospitales y para los milicianos.

—Ah, sí, oí hablar de ella —dijo Marina con desgana.

—Y yo —intervino Lena—. Dicen que van a hacer un sorteo y si coincide el número con el de la entrada te puede tocar hasta un reloj.

—Pues más razón para ir —respondió Tesa—. Creo que es una obra de lo más divertida. Con deciros que hasta dan permiso a los que están en el frente para que vayan a verla.

—Entonces yo también quiero ir —dijo Lena—. ¿Por qué no vamos todos, padre? Será una alegre despedida antes de que salgas para el frente.

Al oír esas palabras Marina se levantó de la mesa y marchó a llorar a su cuarto. Tesa miró a Ramón, preguntando sin palabras.

—Me destinan a Intendencia en el frente. Salgo dentro de cinco días.

—Pues tiene razón la niña. Podemos ir todos juntos este domingo. ¿Qué te parece Jesús?

—Bien, me parece bien.

—¿Cuánto cuesta? —preguntó Luisa.

—Dos pesetas butaca y cincuenta céntimos gallinero.

—El gallinero nos vale —dijo Ramón—. El domingo vamos todos. Avisa a mi hermano.

—Cuenta con él —dijo Tesa—. Nos hará bien a todos reírnos un rato.

—Yo voy también —dijo Luisa.

Tesa salió de casa de sus cuñados preguntándose qué llevaría a Luisa a acompañarlos. Desde la anulación de la boda estaba más tranquila, o puede que avergonzada. La explicación que dio le pareció bien a Marina, pero en el barrio se hablaban otras cosas. Según Luisa, Matías, por miedo a los bombardeos y por ser persona de derechas, quería marchar a su pueblo donde se sentiría más seguro. Le había pedido que se casaran lo más rápido posible y que lo acompañara. Luisa había rehusado la oferta negándose a abandonar a su familia.

En cambio, en el barrio circulaba el rumor de que Matías había huido sin contar con la mujer a la que había pedido matrimonio. Bueno, a Tesa no le importaba ni una cosa ni la otra. Lo único que le importaba era que Ramón marchaba al frente mientras el cobarde de su marido continuaba dejando la mayor parte de la paga en el bar. Tenía unas ganas inmensas de que le llegara el aviso para incorporarse a filas, porque él, por sí mismo, nunca daría ese paso. Si ella no tuviera niños…, pero en fin, aún tenía que hacer la cena. Por lo menos el domingo lo pasarían bien todos juntos, como hacía ya mucho tiempo, cuando se casaron.

33

Ramón había hecho un buen trabajo en el Comité de Abastos, se le daba bien organizar, así que lo consideraron una persona idónea para estar al cargo de la Intendencia. Se encargaría del aprovisionamiento y distribución de armas, proyectiles, uniformes, botas, mantas, comida… a sabiendas de la desilusión que inundaba el rostro de Jesús, por no poder ver en su padre la imagen del guerrero valiente y decidido que veía en Marcelo.

Los días antes de la partida, la ansiedad no lo había dejado descansar ni de día ni de noche, deseando y temiendo a un tiempo el momento de su marcha. En sus insomnios se preguntaba si sería un cobarde por sus miedos, si Marcelo sentiría lo mismo. Pero su mayor preocupación era Marina. Se había convertido en otra persona. La alegría la había abandonado. Pasaba la mayoría de las horas tejiendo y cosiendo como si no existieran el día y la noche, como si no fuera a haber un mañana. Lena había hablado con él de sus inquietudes. A Ramón le pareció buena idea. Podían ir las dos juntas a un comedor infantil o a un orfanato. A ambas les gustaban mucho los niños. Lo habló con Marina.

—¿Por qué no vais la niña y tú a ayudar a un comedor infantil o a un orfanato?

—Ya te ha comido la cabeza Lena, ¿no?

—No… bueno sí… habló conmigo.

—Es que tengo mucho miedo, Ramón. No quiero salir de casa ni que salga ella.

—Por eso te digo que vayáis juntas. Todas las manos son pocas para ayudar. Hay muchos niños que han quedado sin padres y los que van a los comedores se cuentan por miles.

—Nosotras también ayudamos. No paramos de coser y de tejer.

—Eso está muy bien, pero puedes compaginar las dos cosas. Te vendrá bien salir de casa. Y para que estés tranquila podemos mirar un sitio cerca de un refugio.

Marina no se dejó convencer. Su casa era para ella su castillo, su fortaleza, y no pensaba abandonarla más que para hacer los recados o para correr al refugio. Ramón habló con sus hijos para que cuidaran de su madre. Decía que no tenía hambre para que ellos comieran un poco más. No se lo debían permitir. A Lena le pidió un poco de paciencia. Los chicos parecieron entenderlo, sobre todo Lena, más responsable y madura que su hermano.

Ramón también estaba preocupado por Jesús, hablando continuamente de su intención de alistarse. Era demasiado joven aún y admiraba demasiado a los

milicianos, como si fueran unos héroes llenos de fuerza e ideales. Qué poco sabía. Qué poco entendía que la mayoría eran soldados a la fuerza. Al principio de la guerra, los hombres y mujeres que transitaban alegres por las calles con sus fusiles al hombro, y los que salían para el frente, eran voluntarios. Pero pronto hubo que llamar a quintas, obligar a los hombres a abandonar sus casas, sus familias y sus trabajos para luchar contra el enemigo. Un enemigo que no siempre lo era, pues muchas personas habían quedado atrapadas en una zona contraria a sus ideas, tanto en uno como en otro bando. También había quien no tenía más meta que sobrevivir para sacar a sus hijos adelante. Y luego estaba el miedo. Su vecino Isidro se había disparado en una mano para evitar su incorporación a filas, siendo arrestado y encarcelado. Claudio, compañero durante años de sindicato, presuntamente valiente y decidido, había sido descubierto con una herida en la pierna hecha a conciencia, en la que introducía alubias para impedir su cicatrización. No eran los únicos. Bastantes hombres se estaban automutilando. Pero el miedo era libre. Y Ramón lo entendía. No resultaba fácil enfrentarse a él.

Llegó el día de su incorporación a filas. Ramón fue dejando atrás un Gijón alejado del frente, donde se respiraba cierta tranquilidad, rota solo por los bombardeos. El aumento de población por la llegada de refugiados llenaba las calles, los comercios y los cafés. El cine y el teatro, junto a otras actividades culturales, servían de evasión. Los soldados de permiso alborotaban llenando el aire con sus risas estruendosas. Los heridos paseaban con orgullo sus vendas y muletas mientras se reponían acechando a las muchachas. Todo parecería normal a un ojo forastero si no fuera por las largas colas de racionamiento y porque todo el mundo permanecía alerta, mirando constantemente a un cielo por el que llegaba la amenaza de la muerte.

La salida de Jesús para el frente estaba próxima. Le hubiera gustado contárselo a su padre, hablarle de sus ganas de combatir contra el fascismo, a favor de la libertad. Pero temiendo su reacción no se había atrevido. No le inquietaba solo su enfado, sino el saber que podía recurrir a sus contactos para destinarlo a retaguardia. Lo había oído decir demasiadas veces lo contrario que era a que los muy jóvenes o las mujeres estuvieran en primera línea. Sin embargo, Jesús se sentía tan hombre como cualquiera. ¿Qué importancia tenían los años frente a los ideales?

Jesús no entendía a los anarquistas, cada uno por su lado, sin saber bien qué querían. Así les iba. Por eso se había afiliado al Partido Comunista, donde también estaba Antonio. Se llevaban bien, era como su hermano mayor. Cuando su padre y Marcelo se enteraran le armarían un buen follón, pero no le importaba.

Jesús le contó a Lena que se había alistado voluntario. Su hermana no se sorprendió. Sabía de sus inquietudes, aunque cada día hablaban menos de sus cosas. Jesús le pidió que cuidase de su madre. Lena aceptó, aunque pensaba volver a la carga en cuanto su padre llegara de permiso. No estaba dispuesta a que, por el hecho de ser mujer, la relegaran a vivir recluida en casa mientras su padre y su hermano luchaban contra el fascismo.

Unos días antes de partir para el frente, Jesús se encontró con Antonio para ir al Teatro Dindurra donde se celebraba un mitin de Unión Marxista.

Los dos jóvenes entraron en el teatro lleno a rebosar. En el escenario, como fondo, lucía una impresionante fotografía de Stalin. Junto con otros líderes socialistas y comunistas intervino Belarmino Tomás. Sus palabras enardecieron al público. Jesús aplaudía entusiasmado. Cuánto le gustaría que su padre estuviera allí, acompañándolo, uniendo sus sentimientos en uno solo. Pero estaba lejos, en el frente, aunque por Eulogio, un vecino del barrio que había llegado con unos días de permiso, sabían que estaba bien. De todas formas, no hubiera sido nada fácil convencerlo. Odiaba todo lo que sonaba a política. Creía que solo con luchar a nivel sindical por los derechos de los obreros era suficiente. Qué equivocado estaba. Esperaba que la guerra le abriera los ojos.

El día había llegado. Jesús se levantó contento. Desayunó con buen apetito, se vistió y cuando aún no había acabado de despedirse entró Antonio a buscarlo seguido de toda su familia y de un buen número de vecinos. Marina no lo quería dejar salir de casa. Se abrazaba a él llorando a lágrima viva, pidiéndole a Antonio que lo cuidara, que se lo devolviera vivo.

—No te preocupes, Marina —dijo Antonio intentando calmarla—. Jesús estará conmigo todo el tiempo, no lo perderé de vista ni un momento.

—Júrame que me lo devolverás vivo. ¡Júramelo!

—Ya sabes que no me gusta jurar. Pero te lo prometo. Te prometo que lo protegeré con mi propia vida.

Pilar abrazó a su hijo conteniendo las lágrimas.

—Y a mí júrame que te cuidarás tú, que volverás a casa sano y salvo.

Marina se dio cuenta en ese momento de su egoísmo. Le habían sonado a música celestial las palabras de Antonio diciendo que daría su vida por Jesús, mientras junto a ella otra mujer, Pilar, también sufría por la vida de su hijo.

Jesús y Antonio caminaron en dirección al tranvía acompañados por familiares y vecinos. Marina llevaba a su hijo cogido del brazo, sin soltarlo ni un momento. Era una comitiva festiva, salvo por sus lágrimas. Los niños saltaban y gritaban contentos, en especial los dos hermanos pequeños de Antonio, que ya lo habían convertido en héroe. Lena también veía así a su hermano, tan guapo con su mono de soldado con el brazalete rojo en el brazo, tan valiente. Parecía un hombre. Se sintió orgullosa. Luisa y Pilar contenían su emoción a duras penas.

Los dos jóvenes subieron al tranvía divertidos, diciendo adiós con la mano y con una gran sonrisa. Llevaban la cara relamida de tantos besos, no solo de la familia, sino también de las vecinas, empeñadas en despedirse de ellos varias veces. En el tranvía, conocidos y desconocidos deseaban suerte a ese par de jóvenes que partían a la guerra. En la Plaza de Galán esperaba Santiago. Abrazó a Jesús y después a su hijo, mientras le susurraba que tuviera cuidado, acariciándole la cabeza.

Después se encaminaron hacia los autobuses de Alsa, que los llevarían a su destino. Un buen número de hombres y algunas mujeres, todos jóvenes, los acompañaban. Unos iban sonrientes, otros con el rostro contraído por abandonar a sus familias o por no tener ningún deseo de luchar en esa guerra. Incluso, más de uno llevaba el corazón roto por verse obligado a luchar contra los suyos.

A Jesús le gustó el viaje, pese a lo largo y penoso, por el exceso de curvas. Caía una lluvia suave y persistente y las gotas de agua resbalaban por los cristales como presagio de futuras lágrimas. Pero Jesús se sentía feliz, ajeno a cualquier otro pensamiento que no fuera la lucha por sus creencias y por la victoria de la que estaba seguro. Jesús y Antonio se entretuvieron hablando de sus ideas, de la familia, de las mujeres. Tras varias horas de marcha el trayecto tocó a su fin. Los nuevos soldados saltaron del autobús a la espera de órdenes. Aunque pensaban que iban a estar juntos no fue así. Antonio fue destinado a un nido de ametralladoras, Jesús a una trinchera a varios kilómetros de distancia.

En el barrio aún quedaban hombres en edad de combatir. Julián era uno de ellos. Al principio, creyó, como la mayoría de la gente y el mismo gobierno, que los rebeldes serían aplastados con facilidad. Pero con el paso del tiempo su esperanza de evitar el frente se iba disipando. El reclutamiento forzoso llegó a los dos bandos. La República acabó convocando a los hombres de dieciocho a cuarenta y cinco años. Y el nombre de Julián estaba entre ellos, en alguna de las numerosas y largas listas.

—¡Maldita sea mi estampa! —bramó lleno de rabia cuando recibió la notificación.

Tesa no decía nada, no se atrevía ni a mirarlo. Julián no era un cobarde, lo sabía, pero no tenía ningún interés en combatir. Con tener un trabajo que le permitiera beber se daba por contento. Por un lado se alegraba de que fuera al frente aunque se maldecía por ello. Era el padre de sus hijos y podían matarlo, pero las diez pesetas diarias que iban a pagarle le vendrían muy bien, era bastante más de lo que ganaba en su trabajo. Solo esperaba que no se las bebiera todas en la trinchera.

La ausencia de hombres se palpaba en las calles. A diario se veía partir a algún familiar, amigo o vecino a un destino incierto. Y también a diario, se tenían noticias de los muertos. Los gritos de angustia de las mujeres y los lloros desconsolados de los niños, seguidos de los entierros, sumían a los ciudadanos en una tristeza a la que no se acababan de acostumbrar.

Santiago, debido a su edad, no fue llamado a filas. Tampoco sus dos hijos pequeños, al ser aún demasiado jóvenes. Con la ausencia de Marcelo y de Antonio la vida se le hacía más difícil que nunca. Pilar estaba nerviosa, en alerta continua, aterrada por los bombardeos. Remedios se había casado, aprisa y corriendo, con un compañero de trabajo que también estaba en el frente. En otros tiempos, la urgencia de la boda hubiera levantado sospechas sobre su estado. Pero con tantos cambios nadie había dicho ni una sola palabra. Había muchas bodas así, prematuras, ante la posibilidad de que el novio no regresara con vida. Al parecer, las chicas preferían ser

viudas recién casadas antes que solteronas. Como su hija, a la que no habían vuelto a ver desde el día del enlace. Se había trasladado a vivir a La Calzada, cerca de su puesto de trabajo en la fábrica de La Algodonera y se había olvidado de su familia. Menos mal que le quedaba Tesa para darle ánimos y ayudar a Pilar. Y los niños. Sus hijos pequeños ya tenían trece y catorce años, pero sus nietos aún era unos niños y siempre conseguían arrancarle una sonrisa. Con ellos se olvidada del dolor de la guerra y de su eterno cansancio. El médico había hablado de una angina de pecho. Pero él no tenía tiempo para esas cosas.

34

Pilar vivía aterrorizada por los bombardeos. Era sentir la sirena, dejar cuanto tuviera entre manos, buscar a sus hijos pequeños y a sus nietos, y echar a correr al refugio. Si no fuera por Tesa más de un día hubiera quemado la comida y puede que hasta la casa. Tanto miedo tenía que acabó durmiendo vestida.

—¿Qué haces vestida en la cama, Pilar? —preguntó Santiago el primer día.

—Así estoy preparada por si hay que salir corriendo.

—Mujer, si de noche no pasan los aviones. Anda, ponte el camisón que vestida no vas a dormir a gusto.

—Tú di lo que quieras, pero yo pienso dormir así a partir de ahora.

—Bueno, mirándolo bien un trabajo que nos quitas —dijo Santiago burlón.

—¿Por qué? —preguntó Pilar extrañada.

—Mujer, porque si te mueres ya te tenemos amortajada.

Pilar por toda respuesta giró sobre sí misma y le dio la espalda.

—¿No me dirás que te has enfadado? —preguntó Santiago—. Solo era una broma.

—Tú y tus bromas —respondió ella malhumorada para quedar dormida en el acto.

A partir de ese momento no solo durmió vestida. Pilar se levantaba muy temprano, llamaba a sus hijos y a sus nietos y después iba a casa de Tesa.

—Pero tía, ¿ya tan temprano? —se quejaba Tesa.

—Dame a los niños, anda, que nunca se sabe.

Pilar marchaba al refugio con su banqueta, su bolsa de tejer, algo de comida y agua, sus dos hijos y sus cuatro nietos. Siempre llegaba la primera. Se sentaba a la puerta moviendo las agujas y los ojos a un tiempo. Un punto a la derecha, dos a la izquierda, Blanca no te alejes, Pepín no tires piedras, tres puntos al revés, Armando ven aquí, Modesto deja de mirar a las chicas y vigila a los niños…

Al primer sonido de la sirena, Pilar metía un blinco. La banqueta caía al suelo. Las agujas volaban por los aires. Los nombres de sus hijos y nietos resonaban entrelazándose unos con otros. Los vecinos disfrutaban del espectáculo diario. Recogían la silla, las agujas y la lana. Pilar era motivo de chanzas que aliviaban un poco el ambiente, hasta que el sonido de las bombas sobre sus cabezas hacía reinar en el refugio un silencio sobrecogedor.

Mientras tanto, Tesa, con sus hijos a salvo al cuidado de la tía, quedaba en casa limpiando, lavando y preparando la comida.

—Tesa, tienes que venir al refugio conmigo. Un día te va a caer una bomba encima —le decía su tía sin lograr convencerla.

—Ay, tía, si me tiene que caer una bomba que me caiga. Qué se le va a hacer. No se puede estar viviendo con miedo a cada momento. Además, si yo pasara el día en el refugio como usted, quién iba a hacer la comida, limpiar la casa y lavar la ropa.

—Hija, que razón tienes. No lo había pensado. Pero así y todo me da mucho miedo que quedes en casa sola. No quiero ni pensar si un día al salir del refugio te encuentro muerta.

—Pues no lo piense. También los hombres están en el frente y pueden caer de un momento a otro.

—Tesa, no me digas esas cosas —protestó asustada.

—Tiene, razón, tía, no se preocupe. Ya verá cómo esto se acaba pronto.

Un día, Pilar, haciéndose la valiente, decidió no ir al refugio a primera hora y pasar primero por El Recreo, donde había quedado con una conocida para cambiar una toquilla de lana por un vestido para Blanca, que buena falta le hacía. De pronto la sirena la hizo enloquecer. Estaba sola con la niña y muy lejos del refugio. Miró alrededor. Vio la fábrica de La Primitiva Indiana, pero no era una buena opción, allí no estarían seguras. Mejor en el río. Cogió a la niña y, tras alejarse todo lo que pudo de la fábrica, se metió con ella en el río Cutis.

—No, yo no quiero entrar en el río, que las alpargatas son nuevas y mi madre me va a reñir —protestó la pequeña.

—Que me riña a mí, cielo, tú no te preocupes.

Abuela y niña permanecieron en el agua hasta que volvió a sonar la sirena anunciando la ausencia de peligro. Blanca lloraba asustada. Tenía los pies helados y además imaginaba la cara de enfado de su madre.

Cuando Tesa las vio aparecer se echó las manos a la cabeza. Las alpargatas que tanto esfuerzo le habían costado comprar estaban mojadas, sucias y con el esparto de las suelas deshilachado.

—¡Te voy a dar! —dijo en cuanto Blanca estuvo a su altura.

—Yo no quería, madre —dijo la niña asustada.

—No riñas a la niña, que la culpa es mía.

—Pero tía, con lo que me costó comprarle esas alpargatas.

—Mejor las alpargatas rotas que la niña —fue la sentencia de Pilar.

Tesa reconoció que su tía tenía razón. ¿Qué hubiera hecho ella? Seguramente lo mismo. No tenía miedo a las bombas, pero estando con Blanca no hubiera dudado ni un momento en meterse en el río. Lo malo era que tendría que comprarle otras. Y no tenía dinero.

La paga de Julián llegaba tarde, mal o nunca. Demonio de hombre, pensaba, con diez pesetas diarias haría yo milagros aunque él se quedara con una pequeña parte

para sus cosas. Ojalá le peguen un tiro. No un tiro mortal, eso no. Pero un tiro que le obligase a quedar en casa sin salir mientras cobraba la paga no vendría nada mal. Pero perro malo nunca muere, se repetía a sí misma. Antes me cae un tiro a mí. Si pudiera iría a buscarlo a las trincheras para vaciarle los bolsillos.

Tesa había oído que necesitaban mano de obra en una fábrica cerca de su casa. Iría a preguntar al Comité. Si conseguía el trabajo y con algo que le mandara Julián se iría apañando. Había vuelto a trabajar para Raquel, pero solo un día a la semana, para darle un buen repaso a su piso, al que no dejaba entrar a Gelita. Raquel se lo había implorado, necesitaba tener cerca a una persona amiga, y a Tesa le venía muy bien el dinero y la comida que le daba en pago por su trabajo. Pero tenía que ir siempre a escondidas, como si fuera una ladrona, porque estaba mal visto ir a servir a casa de los señores. Como si no se siguiera necesitando el dinero para vivir. Y Raquel seguía teniendo dinero.

Por su parte, Raquel había sufrido tantas pérdidas en tan poco tiempo que hasta agradecía los ataques de la aviación. No solo había muerto Bruno, el amor de su vida. Tomás y Álvaro, sus mejores amigos, casi unos hermanos, habían huido a Francia, dejando la casa envuelta en un silencio triste. Con sus equipajes llevaron la música alegre y los bailes alocados, las conversaciones interesantes y las intrascendentes alrededor de una copa, las revistas extranjeras, las tardes y noches de cine y teatro. No le apetecía hacer nada sola. Se marchitaba con la única compañía de su marido, que como una serpiente, había mudado su carácter. Raquel no sabía si por la guerra, por sus dolencias, o porque se estaba trastornando, pero ya no era el hombre atento y agradable de otros tiempos. Se había convertido en un ser huraño, malhumorado y esquivo.

La casa poseía un amplio sótano, que por orden del ayuntamiento se vieron obligados a adecentar para usarlo como refugio. Cuando sonaba la alarma, Raquel ayudaba a su marido que caminaba con dificultad a bajar las escaleras. Con ellos se reunían unas veinte personas, a veces más. Casi siempre eran las mismas, salvo los transeúntes ocasionales que pasaban en ese momento por allí y veían los sacos terreros a la entrada. La cara de su marido, siempre tan hermética, no podía dejar de trasmitir su desagrado. No le había gustado tener que dejar abierta la puerta del portal día y noche. Menos aún permitir la entrada a su sótano. La mayoría de las personas que buscaban refugio eran mujeres, vecinas de la cercana ciudadela de Celestino Solar, que miraban intimidadas a los señores de la casa. Pero poco a poco, a fuerza de verse casi todos los días en el mismo lugar, acabaron hablando con Raquel, que siempre acurrucaba algún niño en su regazo, más que por el niño por ella misma, por sentir el calor de otro cuerpo, por aislarse de la soledad.

Una mañana apareció una pareja con dos maletas y tres niños. El piso de Álvaro y Tomás estaba vacío, había sido requisado y venían a instalarse. Su marido lo dejó en sus manos. No quería ni verlos.

Raquel los acompañó. Desde la marcha de sus amigos no había vuelto a entrar en el piso y al hacerlo los recuerdos la golpearon con fuerza. Los dejó para que se acomodaran y bajó las escaleras con lágrimas en los ojos. Su marido estaba en su butaca preferida refunfuñando. Raquel sabía que había intentado sobornar para que su casa no fuera habitada, pero se necesitaban viviendas. Al menos, el segundo piso nadie lo solicitaría, al estar registrado como ocupado.

Las risas de los niños alegraban el corazón de Raquel. Su marido, en cambio, no hacía más que quejarse. Le molestaban, así como los ruidos producidos por sus juegos. Se estaba convirtiendo en un auténtico cascarrabias.

El padre marchó al frente y la madre quedó sola con los niños. Raquel y ella coincidieron varias veces por las escaleras y en la cola del racionamiento. A Raquel le gustó Adela. Tenía su misma edad, vivía en Oviedo, de donde habían escapado en los primeros días de la guerra y su marido era teniente. Se veía que no era rica, pero tampoco pobre como las mujeres de la ciudadela. Tenía tres vestidos bonitos y dos chaquetas. Los niños también iban bien vestidos, siempre muy limpios y repeinados. En cuanto sonaba la alarma, Adela cogía a los niños y trotaba escaleras abajo hacia el refugio del sótano. Raquel, tras acomodar a su marido, se sentaba a su lado. Las dos se apretaban una contra la otra, en un instinto de mutua protección. La madre con los dos pequeños en su regazo. Adelita, la niña de seis años, en el de Raquel. El cuerpo de la pequeña, fuertemente abrazado al suyo, lograba calmar su ansiedad y su tristeza. Su marido permanecía a su lado, separado por unos centímetros de valla invisible. Por eso añoraba el refugio, donde se encontraba con otras personas que ya le eran familiares, mucho más que el hombre que la acompañaba.

Adela y Raquel pronto se hicieron amigas. Salían juntas a la cola del racionamiento, cosían, jugaban con los niños y hablaban. Sobre todo hablaban. No era la alegría de su vida anterior, era una alegría más tranquila, llena de momentos sencillos y placenteros. A veces, cuando echaban alguna película apta para los niños los llevaban al cine. Raquel les compraba helados y chucherías. Otras veces, salían a la puerta del portal para que los niños jugasen estando cerca de su refugio.

Gelita vivía con ellos en la planta baja. Antes de la guerra la mujer marchaba a media tarde. Al morir su marido en un bombardeo y no tener hijos, quedó sin medios suficientes para mantenerse por sí misma y pagar un alquiler. Don Evaristo aceptó que quedara a vivir en su casa a cambio de cuidarlo, limpiar y registrarla como inquilina de la segunda planta. Fue un pacto ventajoso para todos. Gelita viviría sin problemas y Raquel y su marido continuaban teniendo criada. Para Raquel lo mejor era poder seguir disponiendo de su casa. Ya dormía allí todas las noches, pues no había problemas con Gelita. A la mujer parecía no importarle las relaciones maritales de sus señores, con tener dónde vivir y un plato de comida se daba por contenta.

A Adela le llamaba la atención que una mujer como Raquel estuviera casada con un señor tan mayor. Pero no quería juzgarla. No sabía nada de su vida anterior y

tampoco le incumbía. Estaba encantada de haber encontrado una amiga en una ciudad desconocida. Y eso era lo único importante.

Raquel recuperó la alegría con Adela y sus niños. La casa ya no estaba en silencio. A veces los mandaba subir, ponían música y bailaban. La soledad se había evaporado. Pero, al anochecer, cuando quedaba a solas, la invadía la nostalgia. Abría el armario y sus bonitos vestidos le parecían espantapájaros custodiando los momentos felices y perdidos de su vida anterior. Ya no se los ponía. Eran demasiado llamativos para caminar por las calles llenas de patrullas proletarias, como se hacían llamar. Tan solo usaba vestidos sencillos que no llamaban la atención. Los zapatos caros reposaban en la parte baja del armario mostrándole sus bocas hambrientas de pasos de bailes alegres. Los sombreros, agazapados en las sombrereras, esperaban a que volviera a salir el sol en su vida. A veces se cambiaba de ropa, se maquillaba y se miraba en la luna del armario. Entonces se acordaba de Bruno, de Álvaro y Tomás, de los buenos tiempos. Y lloraba. Lloraba quedamente por su paraíso extraviado.

Una mañana, cuando estaba en la cola de racionamiento con Adela y los niños, Raquel vio pasar a Lola. Se acercó a ella.

—¿Raquel? ¿Eres tú, Raquel? —preguntó la mujer sorprendida. En todos los años pasados no se habían vuelto a ver ni una sola vez.

—Sí, soy yo, Lola. ¿Cómo está?

La mujer acarició la cara de Raquel y después la abrazó con fuerza. Raquel se sorprendió. No sabía que la apreciara tanto.

—Lo pasé muy mal cuando os echaron, niña. No fue justo. Pero en fin, no hablemos de eso, han pasado demasiadas cosas.

Raquel le preguntó por el padre de Bruno. Lola, aunque extrañada, le contó lo poco que sabía.

Don Carlos había casado a sus hijas. Todas, menos una que se había trasladado a Madrid, vivían en Oviedo, donde también residía su hijo mayor. En los primeros días de la guerra los milicianos habían entrado en la casa y lo habían detenido. Después ocuparon la vivienda. A Lola la dejaron quedar en su cuarto de la criada, apartada del resto de la casa. A cambio cocinaba para ellos. A Don Carlos, pese a ser un rico burgués y de derechas, al no estar significado políticamente, lo salvaron por ser médico. Necesitaban sus servicios. Trabajaba muchas horas en el hospital y también dormía allí en un camastro. Hacía mucho que no lo veía.

Raquel se despidió de Lola, contenta por encontrar a alguien de su vida anterior y sobre todo, por su demostración de cariño. Pensó en don Carlos. Lo había odiado durante mucho tiempo, por el trato recibido y por interponerse en su relación con Bruno. Pero desde que le había dado aquel beso en la frente, se sentía unida a él en el dolor ya para siempre. En aquel breve momento supo que la reconocía como la mujer a la que amaba el hijo que estaba a punto de perder. Ahora estaba salvando la vida a hombres que quizá habían apretado el gatillo segando la de su hijo. Si un día se

encontrara a un herido tendido en una camilla, sabiendo que era el asesino de Bruno y su vida dependiera de él, ¿qué haría? Raquel lo tenía claro. Ella lo dejaría morir.

35

Jesús pisó la trinchera saludando alegremente a sus nuevos compañeros. Ante el desinterés y la apatía de los hombres que esperaba lo recibieran con los brazos abiertos, buscó un hueco donde meterse y esperó. Esperó durante unas horas que se le hicieron interminables. Allí no pasaba nada. Preguntó cuándo empezaba la acción y la respuesta fue un torrente de carcajadas. Observó a sus camaradas. Unos dormían o dormitaban abrazados a su fusil. Otros leían o escribían. Un grupo jugaba despreocupado a las cartas. Nada era como había pensado, pero seguro que al día siguiente ocurriría algo. Sin embargo, la situación continuó igual un día tras otro, con la única diferencia de que en sus manos pusieron una pala.

—¿Cómo está tan afilada esta pala? —preguntó a un compañero extrañado de que una herramienta para cavar en la tierra tuviera sus bordes como cuchillos.

—Todas están así. Son buenas armas.

—¿Armas?

—Sí, mira —dijo el compañero cogiendo la suya, colocándosela a la altura del vientre—. Imagina lo que te podría hacer con ella.

Jesús entendió al momento. Si atacara a un hombre con ella lo destriparía sin problemas. Nunca hubiera imaginado que ese utensilio pudiera ser un arma tan potente en caso de una lucha cuerpo a cuerpo.

—Y deberías hacerte con un cuchillo —dijo su compañero.

—¿Un cuchillo?

—Sí, mira —dijo enseñándole un cuchillo grande y bien afilado—. En caso de que se dé un cuerpo a cuerpo dentro de una trinchera el fusil no vale para nada, necesitarás tener algo puntiagudo para defenderte.

—¿Dónde lo puedo conseguir? —preguntó Jesús.

—Que te lo manden de casa.

—Oye, ¿para qué llevas eso al cuello? —preguntó intrigado al ver cómo muchos de sus compañeros tenían enrollada alrededor del cuello una toalla blanca.

—Para la humedad. Y vamos, menos hablar y a darle a la pala si no queremos quedar enterrados esta noche.

Jesús comenzó a palear con fuerza. Le venía bien hacer ejercicio, por lo menos durante ese tiempo no pensaba y le dejaban de castañear los dientes. Las trincheras había que reforzarlas de continuo, pues la lluvia y la humedad se empeñaban en derrumbarlas. El barro resbalaba desgajando las paredes, depositándose en el fondo,

donde pasaban la mayor parte del día los hombres. Había que quitar el lodo, achicar el agua, alisar el suelo, reforzar las paredes.

Para disparar al enemigo se había construido un escalón que a la vez servía de asiento. Las trincheras habían sido construidas en zigzag y se comunicaban unas con otras y con la retaguardia a través de pasillos perpendiculares que conectaban las distintas líneas. Recordó que lo había estudiado en las clases de enseñanza militar. Cuando lo oyó por primera vez no le pareció tan importante, pero viéndolo se dio cuenta de lo acertado de la idea. Según decían se había hecho así ya en la Gran Guerra. En una trinchera lineal el enemigo lo tendría muy fácil. Con una metralleta se podía matar a un montón de soldados, al igual que con una bomba expansiva, una granada de mano o un ataque de aviación. En cambio, con la construcción en zigzag las trincheras quedaban divididas en pequeñas secciones, haciendo la paredes de muros de contención de los proyectiles. Todo eso repasaba Jesús mentalmente mientras sus brazos fuertes llenaban palas de barro para echarlo fuera de la zanja.

El trabajo era agotador, pero no había mucho más que hacer. En los tiempos muertos, con el estómago rugiendo de hambre, acordándose de los guisos de la abuela, el frío pegado a sus huesos como un alambre de espino, el barro invadiendo todo su cuerpo, pues hasta tenía su sabor en la boca, maldecía su destino. Aunque lo peor de todo era los piojos, tan gordos como avellanas.

—Pica, ¿eh? —le dijo un compañero al verlo rascarse.

—¿A ti no te molestan?

—Bueno, con el tiempo aprendes a convivir con ellos. Pero espera, que te ayudo a deshacerte de unos cuantos.

Los soldados se entretenían en desparasitarse unos a otros. Podían pasar horas intentando deshacerse de todos los piojos sin conseguirlo. Era quitar uno y aparecer diez. Jesús, al principio, avergonzado, evitaba rascarse, pero al ver que todos los que permanecían en la trinchera lo hacían de continuo se unió a la fiesta. Al parecer era algo inevitable. Los piojos viajaban de cabeza en cabeza y hasta colonizaban la ropa. Era una plaga imposible de domar. También era imposible deshacerse de las ratas. Aparecían por todos lados, agresivas, enseñando los dientes, disputándoles la comida. Habían mordido a más de uno. Lo peor era la noche, cuando campaban a sus anchas sobre los cuerpos dormidos. A un chico lo habían tenido que evacuar por las mordeduras de una rata para hacerse con un trozo de queso que había guardado en el pecho, bajo la camisa. Jesús despertaba a menudo sobresaltado, muerto de asco, preguntándose para qué estaban pasando tantas calamidades sin tener contacto con el enemigo.

Las guardias eran un verdadero martirio, con temperaturas tan bajas en esa época del año, sin poder encender ni un cigarrillo. Pero las noches eran peligrosas. Por el día era casi imposible que atacaran la trinchera; los verían llegar y los aniquilarían en un momento. La oscuridad, en cambio, favorecía las incursiones enemigas. Un centinela dormido, uno o varios hombres del otro bando reptando entre las

alambradas y unas cuantas granadas podían acabar con más de una vida. Ese era todo el peligro al que estaban sometidos porque por esa zona llevaba tiempo sin pasar la aviación. Y mejor así, porque de las bombas de los aviones no podrían defenderse.

Jesús permaneció una semana en el foso de tierra, manteniendo la posición. Ellos a un lado y el enemigo al otro; sin avances, sin retrocesos. Una semana en la que acabó desmoralizado. La noche anterior, uno de sus compañeros, aprovechando la oscuridad, pasó al otro bando. Los centinelas, dormidos, ni se enteraron, y la huida del compañero los llevó a la cárcel a la espera de juicio. Aunque lo consideraba un traidor, en su fuero interno Jesús deseaba que hubiera llegado sano y salvo al otro lado, que pudiera desprenderse de su mugre, calmar su frío y darse un banquete.

A los siete días, Jesús fue retirado a una trinchera de retaguardia. Allí más de lo mismo. Otros cuantos días pasando frío, cansancio y siendo comido por los piojos. Una rata lo mordió en una pierna y de una patada la estampó contra la pared, despanzurrándola. Pocos días antes se hubiera muerto de asco viendo las vísceras sangrientas de su víctima, pero en ese momento no sintió nada. La movió con el pie, la cogió por el rabo y la arrojó fuera. En ese mismo instante oyó gritar su nombre. Era el correo. Corrió entusiasmado. Tenía dos cartas, una de casa y otra de su padre. Temía lo que le dijera pero al leerla se le saltaron las lágrimas. Le manifestaba lo orgulloso que estaba de él y lo mucho que lo quería además de pedirle que tuviera cuidado, que no se hiciera el valiente y volviera a casa con vida. Su madre le recomendaba que se abrigara y que comiera. Con la carta venía un paquete: un jersey de gruesa lana gris, dos latas de sardinas, un trozo de queso y una tableta de chocolate.

Los días transcurrían iguales unos a otros. Calma durante el día. Arreglo de trincheras. Algún que otro tiro por la noche. Y siempre el frío pegado a los huesos, aliviado tan solo por los tragos de coñac que le pasaban sus compañeros. Todos los días comían un guiso de patatas, arroz, lentejas o alubias donde no faltaba la carne que, según se decía, llegaba en latas desde Rusia. Malo no estaba, pero rico tampoco. Lo que abundaba era el alcohol. En el frente cogió las primeras borracheras que lo hacían dormir feliz en una cuadra o en una casa abandonada cuando pasaba a la reserva.

Ya faltaba poco para su primer permiso y estaba impaciente. Soñaba con llegar a casa y darse un baño, comer un buen plato de potaje y dormir en una cama. Se creía capaz de dormir durante varios días. Y en los tiempos muertos pensaba en su propia debilidad, en lo poco que había aguantado las calamidades, en las ganas que tenía de escapar de allí. Deseaba ardientemente un cambio de destino; quería tener contacto con la guerra de verdad, no perder las horas en una trinchera como si fuera un muñeco inútil. Sí, seguro que en un frente de verdad se sentiría mucho mejor.

En un frente de verdad, como pensaba Jesús, se movía su padre. Las balas silbaban a su alrededor y ya había visto demasiados muertos. La mugre y el frío se aliaban formando una costra gélida que se pegaba a la piel. Hacían falta municiones,

pistolas, granadas de mano, cuchillos de cocina o palas. Y Ramón se jugaba la vida para llevar lo necesario a los combatientes que acosaban sin tregua a sus enemigos con tiros de fusil o artillería, además de muchos artefactos de fabricación casera, como gomeros gigantes.

A Ramón le alegró saber que Jesús había sido destinado a una zona bastante tranquila, aunque nadie estaba libre de recibir una bala perdida o de que se produjera una escaramuza. Qué ganas tenía de que acabara todo, pero no veía el fin cercano. De momento se estaba preparando un gran ataque para intentar de nuevo la rendición de Oviedo. Ojalá lo consiguieran, porque con esa victoria cambiarían mucho las cosas. Sabía que Marcelo estaba en ese frente y temía por su vida.

El 21 de febrero de 1937 fue un día atronador y luminoso en el frente de Oviedo, como si se estuviera celebrando una gran fiesta con fuegos artificiales. Pero el fuego era real y las luces eran las llamas que se habían adueñado de la tierra y ascendían animosas por el aire. El mayor ataque emprendido por los republicanos con un gran ejército apoyado por blindados, artillería y aviación, atacando a la vez la capital y el pasillo de Grado, cogió desprevenidos a los rebeldes. Las bombas de mano parecían ser los eslabones de una cadena explosiva que se extendía a lo largo de unas trincheras que no tardaron en ser asaltadas. Los hombres luchaban cuerpo a cuerpo y los muertos y los heridos se derrumbaban sobre la tierra húmeda y ardiente.

Marcelo avanzaba temerario sobre las trincheras enemigas, donde el fusil ya no cumplía con su función y el cuchillo se convirtió en su aliado. Había pasado muchas horas pensando, ansiando el ataque, convencido de que esa vez alcanzarían la victoria. Era vital que la capital cayera en sus manos para liberarla de los fascistas y para cerrar de una vez por todas el corredor que, como un cordón umbilical, unía la ciudad con los enemigos de la República. Pero en ese momento no pensaba; tan solo actuaba. Actuaba movido por el instinto de supervivencia y por el odio a los que habían matado a muchos de sus compañeros.

Durante varios días, Marcelo luchó sin descanso y sin sufrir ni un rasguño. Por la noche, en el catre, mientras intentaba dormir, hablaba con su compañero y amigo Manolo.

—Menuda paliza les hemos dado hoy —dijo Manolo, compañero de Marcelo durante buena parte de la guerra.

—Pero se defienden como leones. Nos está costando mucho reducirlos, si es que lo logramos —respondió Marcelo un tanto decepcionado.

—Bueno, al menos quedó cortada la carretera entre Grado y Oviedo a la altura de El Escamplero, y eso ya es mucho. Además los hemos dejado sin comunicaciones telefónicas ni telegráficas, así que igual hay suerte y de una vez por todas conseguimos hacernos con Oviedo.

—¡Ojalá! Porque este frente nos está dando demasiada guerra —dijo Marcelo.

—Demasiada guerra —respondió el otro riéndose—. Demasiada guerra —repitió pensativo.

El ataque republicano sobre Oviedo y su corredor prosiguió durante todo el mes de febrero, pero pese a la fuerza de la ofensiva, no se conseguían más que pequeñas victorias. Se decidió excavar galerías que llegaran hasta debajo de las trincheras enemigas para hacerlas volar. Pero los rebeldes pronto supieron cuándo iba a producirse la explosión, sacando de allí a las tropas que volvían inmediatamente después, para evitar que los milicianos se hicieran con ellas.

—¿Pero cómo demonios saben cuándo vamos a hacer la voladura? —bramaba Marcelo rojo de rabia.

—Muy fácil, piensa un poco. Mientras se excava se hace ruido. Cuando se acaba el ruido se supone que ya va a haber explosión… ata cabos.

—Me revuelven las tripas. Mira que llevamos atacando este frente desde el inicio de la guerra y no hay manera.

—Es que el general Aranda es mucho general. Aunque sea del bando contrario hay que reconocer que es muy bueno. Me quito el gorro ante él.

—Calla, calla, no te vayan a oír y te detengan por traidor —respondió Marcelo alarmado, mirando a su alrededor.

—No me oye nadie más que tú. Están todos dormidos.

—El muy cabrón se ha atrevido a matar a Leopoldo Alas, el rector de la universidad, el hijo de Clarín.

—Ese se atreve a eso y a lo que haga falta. Igual necesitábamos aquí alguno con ese arranque.

—¿Qué quieres decir, que nosotros no tenemos buenos jefes? —preguntó Marcelo suspicaz.

—Abre los ojos, Marcelo, abre los ojos. Aunque ya estamos más organizados que al principio, aún nos queda mucho para igualarnos a nuestros enemigos. No tenemos ni su preparación ni su disciplina. Y los responsables más de lo mismo. Porque, dime tú, ¿quién nos manda? La mayoría son pobres diablos como nosotros, sin ninguna preparación militar, que ostentan cargos porque había que poner a alguien en ese puesto.

—Pero nos sobran ideales y coraje.

—Sí, pero así y todo, date cuenta que los cargos se eligen de abajo a arriba.

—Hombre, Manolo, a mí me parece de los más normal elegir por votación popular a nuestros mandos.

—Pues no, Marcelo, porque normalmente lo hacemos por afinidad, por ser amigos nuestros o por su carácter. Y lo que se debería hacer es nombrar jefes por su capacidad para mandar, como hacen los otros.

Al día siguiente, a media mañana, una bala segaba la vida de Manolo. Marcelo lo vio caer delante de él. Se agachó y vio a su amigo dirigirle una última mirada acompañada de una sonrisa que le pareció de alivio. Marcelo le cerró los ojos y con los suyos velados por las lágrimas descargó las balas de su fusil con tanta furia que parecía que quisiera acabar él solo con todos los hombres de las barricadas enemigas.

Horas después, cuando el cuerpo de su amigo aún no había sido recogido por los sanitarios, llegaron dos hombres con la orden de detenerlo. Alguien lo había denunciado por traidor. Desde ese momento, Marcelo nunca más volvió a confiar en nadie, manteniendo la boca cerrada, los oídos abiertos y el odio encharcando su corazón dolorido.

Llegado el mes de marzo, con la nieve, la lucha fue perdiendo fuelle. El ejército popular dio la ofensiva por finalizada sin lograr conquistar Oviedo ni romper sus comunicaciones.

La derrota fue dura. Con el ataque se habían perdido muchas vidas y abundante material de guerra. Se optó por pasar a la defensiva. Con el lema «Fortificar es vencer», se dio paso a la construcción de trincheras, refugios, búnkeres, casamatas… haciendo de Asturias una de las regiones más fortificadas del país.

Marcelo, cansado y desmoralizado como la mayoría de sus compañeros, recibió la orden de traslado. El 30 de marzo, el general Mola inició la campaña del Norte y cuatro brigadas asturianas fueron destinadas a la defensa del frente de Vizcaya. Marcelo formaba parte de una de esas brigadas.

36

Raquel despertó temprano. Se asomó al balcón. Torció el gesto al ver que el nuevo día había amanecido espléndido. Preparó un café. Lo bebió a pequeños sorbos, sin dejar de mirar un cielo azul y radiante, sin asomos de nubes, idóneo para un ataque aéreo. Se sentía atrapada. Necesitaba salir, ver el mar, aspirar el olor a salitre que la trasladaba a otros tiempos en los que había sido feliz. Decidió arriesgarse a dar un paseo por El Muro. Un rato solo, se prometió a sí misma. Lo suficiente para calmarse.

Se vistió apresuradamente y salió a la calle, en dirección a la playa. Caminó despacio, disfrutando de las ráfagas de aire fresco, jugando con el vaho de su aliento, sin querer ver las ametralladoras, los morteros y los sacos terreros instalados en el paseo en prevención de un posible desembarco enemigo. Lo que no pudo evitar fue la nostalgia de los desaparecidos balnearios, donde tan buenos ratos había pasado. No entendía por qué los habían derribado, aunque reconocía que la vista sobre la bahía de San Lorenzo había mejorado, libre de los ya viejos y abandonados edificios.

Llevaba media hora ajena al mundo, a la guerra y a sus consecuencias, cuando sonó la alarma. Sin tiempo para volver a casa o al refugio más cercano, bajó a la playa resguardándose contra la pared de piedra que sustentaba la barandilla del paseo. Enseguida cayeron las primeras bombas. Raquel metió un dedo entre sus dientes, para que no le castañeasen y para proteger los tímpanos del estruendo. Estaba sola y sintió miedo. Le parecía que las bombas estaban cayendo demasiado cerca. Se acordó de su marido. Esperaba que Gelita lo ayudara a bajar al sótano.

Al anunciar la sirena la vuelta a la normalidad, Raquel dejó el arenal y subió al paseo. Una nube de polvo denso y negro se había adueñado de las calles. Sacó un pañuelo del bolso y lo colocó sobre la boca y la nariz, lo que no evitó un acceso de tos y un intenso lagrimeo. La polvareda no la dejaba ver. Giró la cara para recibir la brisa marina. Cuando la nube de polvo se fue disipando vio algunos cuerpos desparramados por la calle y las aceras. Corrió para no ver y para que nadie la obligara a ayudar a retirarlos. Volvió a pensar en su marido con remordimientos.

Corrió hacia su casa. A medida que se iba acercando se temía lo peor. Tuvo que detenerse unos minutos. En esa zona la nube era más densa y apenas podía respirar. Luego, lentamente, con precaución, se fue aproximando. Ya se oían a lo lejos las sirenas de los bomberos y de los sanitarios.

Al doblar la esquina quedó paralizada. Después soltó un grito. El edificio que albergaba su casa parecía un esqueleto o los restos de un naufragio. El tejado había volado, así como las ventanas y la mayoría de las paredes. Una montaña de escombros bloqueaba la entrada al portal y a las ventanas de la planta baja.

Raquel iba de un lado a otro, desesperada, sin saber qué hacer. Las lágrimas y el polvo no la dejaban ver con claridad y no podía dejar de temblar. Llegaron los sanitarios y los equipos de rescate. Raquel miraba confundida los restos de su vida sobresaliendo de entre los cascotes. Trozos de muebles, cuadros rotos, cristales, papeles, jirones de ropa. Alzó la vista al segundo piso. La cama confortable en la que había pasado la noche asomaba sus patas delanteras por el hueco donde antes había una balcón. El armario, sin puertas, se erguía orgulloso con un único vestido ondeando al viento como una bandera desvencijada. Bajó la vista con la esperanza de encontrar algo entre los escombros.

El equipo de rescate comenzó a retirar cascotes, mientras una pareja de guardias apartaba a los saqueadores en una labor casi imposible, pues según quitaban a unos aparecían otros para hacerse con una lata de aceite, de sardinas, o un saco de legumbres, desapareciendo con rapidez en cuanto se hacían con su botín.

Raquel, como una estatua congelada, pensaba en su marido, en Gelita, en Adela y los niños, en las mujeres de la ciudadela, en su casa, en su vida, en sus posesiones.

Hombres y máquinas trabajaban a pleno rendimiento para despejar la entrada al portal. Seguían cayendo cascotes. Raquel vio a los rescatadores apartar el espejo roto de su cómoda, la butaca preferida de su marido, el vestido que solo ella sabía que había sido de color azul pálido. Era como si un vendaval furioso hubiera entrado por la parte trasera de la casa arrasándola y transportando en volandas todos los enseres hasta depositarlos a unos metros de distancia, como pájaros muertos. ¿Qué sería de ella a partir de entonces? ¿Dónde viviría? Esperaba que las personas del refugio hubieran sobrevivido pero no encontraba consuelo a su situación. ¿Estaría vivo su marido? Si lo estaba, él se ocuparía de todo. Sabía hacerlo. De lo contrario, no quería ni pensarlo.

De pronto, su nombre se abrió paso entre el gentío. ¿Quién la llamaba? Era una voz conocida. ¿Adela?

Sí, era Adela, seguida de los niños y de Gelita que avanzaba tras ellos a pasos lentos, con el rostro anegado en lágrimas. Adela la abrazó con fuerza y los niños se cogieron a sus piernas. Los levantó uno a uno, comiéndolos a besos. Gelita, sin decir palabra, miraba hacia la casa horrorizada, seguramente preguntándose como Raquel qué iba a ser de su vida a partir de ese momento.

Adela y Gelita se habían encontrado en la cola del racionamiento y se habían protegido en un refugio cercano. Raquel pensó en Evaristo. ¿Lo habría ayudado alguien a bajar? Se sorprendió al ver a varias vecinas habituales del sótano. Una de ellas se acercó a Raquel.

—¿Están todos bien? —preguntó intranquila.

—Mi marido estaba dentro y no sé cuántas personas más. Yo había salido de casa —dijo Raquel con la voz quebrada.

La mujer la apartó a un lado.

—Cuando sonaron los tres toques de la alarma cogí a mis hijos y vine corriendo al sótano, pero encontré la puerta del portal cerrada. Fueron llegando más personas y aunque llamamos con fuerza ni nos abrieron ni nos contestaron. No creo que haya nadie más ahí dentro. A no ser su marido, claro —dijo la mujer con un deje de desprecio hacia el hombre que los había abandonado a su suerte.

Raquel no supo qué decir. ¿Cómo había hecho Evaristo una cosa así? ¿Se había vuelto loco? Sabía de la obligación de dejar el portal abierto día y noche. ¿Era consciente de que Adela y los niños estaban fuera? Un cúmulo de preguntas sin respuesta nublaban su mente.

Las labores de desescombro se alargaban. Adela se despidió. Necesitaba buscar un nuevo hogar para sus hijos. Le pidió que la acompañara. Raquel se negó. Tenía que saber qué había sido de su esposo. Gelita, sin decir palabra, echó a caminar al lado de Adela. No conocía a nadie más.

Al final de la tarde, los equipos de rescate consiguieron acceder al interior. Raquel esperó con la respiración entrecortada, los nervios a flor de piel. Empezaron a salir con bolsas de comida. Muchas latas de comida. La gente maldecía a sus dueños mientras sus bocas salivaban. Luego, apareció una caja fuerte intacta. Raquel nunca la había visto. Su marido la ocultaba tras un falso tabique en la biblioteca. La concurrencia estalló en gritos entusiastas como si acabaran de descubrir un tesoro. Raquel iba a decir que le pertenecía, pero unas palabras en tono violento la hicieron callar.

—Una caja fuerte. Algún desgraciado que ha ocultado ahí sus riquezas al pueblo. Si no está muerto habría que fusilarlo.

Raquel se estremeció. Se acordó de la obligación de donar joyas y dinero a la causa republicana. ¿Las habría donado su marido? ¿Qué encontrarían en el interior de aquella caja?

Como si fuera una ciudadana anónima, esperó impaciente. Los milicianos marcharon con su botín en una camioneta. Los equipos de rescate continuaron limpiando hasta la llegada de la noche. De su marido no se sabía nada.

Al desaparecer los equipos de rescate, la gente comenzó a remover los escombros, esperando encontrar cualquier cosa, especialmente comida. Raquel rebuscó con la esperanza de hallar algún recuerdo o alguna fotografía de Bruno o de sus amigos.

La noche se echó encima y la gente se desparramó por la ciudad. Raquel, ajena a todo, continuó con su labor, hasta que una voz imperiosa la hizo parar.

—¿Qué haces aquí?

—Yo… es que yo… yo vivía aquí —dijo sin pensar.

—¿Vivías aquí? —preguntó uno de los guardias de manera que Raquel supo en ese mismo instante que tenía problemas.

—Sí —no lo quedó más remedio que contestar.

—Tienes que acompañarnos.

—¿Por qué? Yo no he hecho nada malo. Esta es mi casa, está destruida, mi marido… —balbuceó con un nudo de angustia en la garganta.

—Vamos, ven con nosotros.

Raquel no se resistió. Escoltada por los guardias caminó por las calles desiertas. Entraron en un edificio donde había más guardias y muchos milicianos. La llevaron hasta una pequeña habitación. La mandaron sentarse y esperar.

En el habitáculo reinaba el silencio y el frío. Seis sillas constituían todo el mobiliario. También había una pequeña lámpara emitiendo una luz tenue, casi tenebrosa. Tardaban en ir a buscarla. Pensó en escapar. ¿Y sí la cogían? Entonces pensarían que tenía algo que ocultar. Mejor esperaba. No sabía a qué se enfrentaba. Tenía miedo.

Dos horas después la hicieron pasar a un despacho donde había tres milicianos, al parecer, por el trato recibido por los demás, eran jefes, o más bien «responsables» como se hacían llamar desde el principio de la guerra. Sobre la mesa, ya abierta, la caja fuerte de su marido.

—¿Esta caja es tuya? —preguntó el que parecía estar al mando.

—De mi marido.

—Pues tendrás que explicarnos por qué estaba en vuestro poder tal cantidad de joyas y dinero, y lo que es mucho peor, de oro y plata.

Raquel olió el peligro. Decidió adoptar una postura sumisa, propia de una mujer desconocedora de las artimañas de su marido.

—Yo no sé nada. Mi marido me pidió un día todas mis joyas para entregarlas. En cuanto al dinero, la plata y el oro, tampoco sé nada, eso era cosa suya. Yo solo soy una mujer, mi marido se ocupaba de todo.

—Solo una mujer, ¿eh? —dijo uno de ellos—. Estos ricachones son todos iguales. Pues deberías saber que muchas mujeres están luchando en el frente, dejando sus vidas para defender la tuya. Merecías que te pegáramos un tiro aquí mismo.

Raquel se agitó en la silla. Los creía muy capaces de ello. En ese momento sintió un ataque de orgullo y aunque pretendía aparentar mansedumbre, su carácter se impuso, mirando fijamente a los ojos al hombre que la había amenazado.

—Pues sí que es guapa, la muy cabrona —rio él con ganas—. Y tiene temperamento, por cómo mira la creo muy capaz de sacarme los ojos de un mordisco.

Los otros hombres también rieron y el ambiente se dulcificó levemente.

—Vamos a ver, preciosa. ¿Dónde está tu marido?

—Supongo que bajo los escombros de mi casa.

—¿Cómo se llama?

—¿Quién?

—Tu marido, ¿quién va a ser?

—Evaristo. Evaristo Cienfuentes Solares.

—Ah, claro, el indiano ese tan raro.

—¿Había alguien más con él en el sótano de tu casa?

—No lo sé. Yo había salido, pero suelen ir muchas mujeres de la ciudadela.

—Nadie ha denunciado desapariciones en el día de hoy.

—Entonces quizás no hubiera nadie —dijo Raquel sin contar que su marido había cerrado la puerta. Podía tener problemas.

—¿Quién son estas personas? —le preguntaron de repente acercándole unas fotografías.

Raquel las miró con atención. Eran fotografías de hombres. Hombres jóvenes y guapos. Desnudos. Insinuantes. Algunos con sus miembros erectos. Había varias de un mulato de ojos verdes. En una de las fotografías, su marido posaba con él, los dos vestidos, en actitud de clara confianza. La parte de atrás de las fotografías estaba rayada con sumo cuidado, borrado todo rastro que pudiera indicar quién, cuándo o dónde se habían hecho. Sin embargo, se veía que no eran de allí. Su estética, así como los hombres que aparecían en ellas, todos mulatos, hablaban de países lejanos.

Extrañada, Raquel las devolvió sin decir nada. No sabía qué significaban aunque debían ser importantes para su dueño. Los milicianos sonreían viendo su desconcierto.

—Quizás no conocías demasiado a tu marido, guapa.

—Nunca contaba nada de su pasado —dijo como para sí misma.

—Aún hay más.

—¿Más? —preguntó sorprendida.

Le acercaron unos recortes de periódico y unos documentos. Raquel los miró sin sacar conclusión alguna.

—Estos documentos hablan de un pasado un tanto turbio.

—¿Turbio? —preguntó intrigada aunque no sorprendida.

—Que tu marido era un maricón y puede que hasta un asesino.

—¿Asesino? —preguntó Raquel.

—Vaya, parece que lo de maricón no te extraña, ¿eh, guapa?

Raquel se dio cuenta de que el miliciano tenía razón. No le extrañaba nada que a Evaristo le gustaran los hombres, por eso respetaba a sus amigos y por eso les había alquilado el piso. Pero no podía creer que fuera un asesino.

Lejos estaban de adivinar tanto Raquel como sus acompañantes, que Evaristo Cienfuentes Solares, además de portar un nombre falso, había conseguido su fortuna como sicario en varios países de América. Un sicario de sangre fría, sin escrúpulos para hacer desaparecer a las personas que molestaban a los hombres que le pagaban. Un asesino que tan solo tenía una debilidad: su pasión por los jóvenes mulatos.

Por eso nadie conocía a don Evaristo cuando recaló en Gijón, porque ejercía su actividad en solitario, no quedando nunca demasiado tiempo en ningún lugar.

—Bueno, de momento esta noche vas a dormir en los calabozos, mañana ya veremos —dijo el hombre que parecía estar al mando.

—¿Estoy detenida?

—No guapa, pero igual mañana necesitamos hacerte alguna que otra pregunta. Por lo menos hasta saber qué ha sido de tu marido. Menudo pájaro el viejales.

Raquel se dejó conducir hasta una celda. Por suerte estaba sola. Era pequeña, húmeda y fría y no pudo evitar añorar las comodidades de su casa. Se acostó sobre el camastro y se tapó con la única manta que había, que al menos no estaba sucia. Apenas consiguió dormir, por el frío y por estar sumida en un torbellino de pensamientos y emociones. Nunca había sospechado que a su marido le gustaran los hombres. Pensó que Bruno debería de estar al tanto, por eso la incitó a casarse con él, sabiendo que nunca la tocaría. Sí, estaba segura de eso. En cuanto al oro y la plata, según los milicianos traficaba con ellos. De ahí tanto dinero. De ahí que no importara cuánto gastara y que le concediera todos los caprichos. ¿Y el mulato? ¿Quién sería ese hombre tan guapo? Porque era muy guapo. ¿Sería amante de Evaristo? Mil y una preguntas que nunca obtendrían respuesta se agolpaban en su mente cansada y asustada. ¿Tendría consecuencias para ella todo aquello? ¿La dejarían libre o la fusilarían?

A la mañana siguiente, muy temprano, tras darle un taza de achicoria amarga y unas galletas rancias, la sacaron de la celda para interrogarla de nuevo. Los hombres no eran los mismos de la noche anterior. Le hicieron multitud de preguntas para las que no tenía respuesta mientras estudiaban con atención pagarés, fotografías y una serie de documentos que Raquel no había visto nunca. Al mediodía fue informada de que el cuerpo de su marido había aparecido sin vida en el interior de la casa. Tres días después la soltaron.

37

Jesús recibió con alegría su cambio de destino. Antes de marchar fue hasta el nido de ametralladoras a despedirse de Antonio. Nunca más se volverían a ver.

En el nuevo frente pasó los primeros días cavando durante horas, pero también tuvo oportunidad de estar en primera línea. Frente a él, a unos cien metros, las trincheras enemigas. Ambos bandos se hostigaban de continuo, manteniendo las posiciones. Los tiroteos y los bombardeos, así como el fuego de artillería, solo se apagaban al anochecer.

Tres meses más tarde, Jesús, gracias a un pase de una noche, yacía en una cuadra al calor de la hierba y del cuerpo de Manuela. Era una miliciana, como él, con los mismos ideales y con el mismo espíritu de lucha. Se había alistado como voluntaria en cuanto se declaró la guerra y había luchado en el frente como cualquier hombre. Después, pese a sus quejas, las mujeres fueron relegadas a la retaguardia, acusadas de contagiar a sus compañeros la enfermedades venéreas que se estaban extendiendo por el frente como una auténtica epidemia.

Manuela se lo había contado varias veces a Jesús, siempre con rabia y sin entender por qué las trataban así los que se decían sus camaradas. Habían utilizado la imagen de la mujer para sus propagandas y carteles, presentándola como una heroína, con su mono azul y su fusil en la mano, incitando a los hombres a alistarse siguiendo su ejemplo. Les habían permitido utilizar un arma y luchar en primera línea. Muchas habían caído. Luego, sin más, llegó la orden de desplazarlas a retaguardia, para realizar trabajos propios de mujeres: trabajar en la cocina, lavar y coser la ropa de los soldados o ejercer de enfermeras. A Manuela ni siquiera la habían dejado elegir.

Durante dos meses estuvo destinada a la cocina y se sentía tan maltratada que en la comida de los oficiales escupía su rabia. Nadie se enteraba por lo que un día decidió cargarla de sal. Llegó un capitán pisando fuerte, con sus aires de grandeza, hablándole como si no estuvieran los dos en el mismo bando. Al día siguiente echó su orina en el potaje. Pequeñas venganzas que no acababan de calmarla. En cambio, cuando se acercaba al frente, se sentía renacer: el frío lacerante de las trincheras, el tacto de los fusiles, el sabor acre del miedo. Envidiaba la suerte de los soldados y se esmeraba en prepararles la comida lo mejor que sabía y podía con los ingredientes que le proporcionaban. Hasta que un día, una compañera murió mientras servía la comida. Ante esa muerte, Manuela decidió que una cosa era morir como un combatiente y otra muy distinta sirviendo el rancho. A eso no estaba dispuesta.

Visiblemente alterada fue a pedir un cambio de destino. Se lo dieron creyendo que por su boca hablaban el miedo y la ansiedad. Diciendo de antemano que no pensaba pasar la guerra cocinando, lavando y cosiendo, le asignaron un puesto de enfermera que ocupó tras realizar un pequeño curso donde le enseñaron las tareas más básicas como detener hemorragias o coser una herida.

Cuando apareció Jesús llevaba en ese frente cinco meses y no estaba del todo descontenta con su trabajo, aunque seguía quejándose por la falta de igualdad. «¿Para eso hacemos una guerra por la libertad?», preguntaba. «¿Para que la mujer siga ocupando el mismo lugar? ¿Para que nos traten como a prostitutas?».

Jesús no sabía qué responder. En realidad, para él, era lo más normal del mundo que los hombres se dedicaran a sus cosas y las mujeres a las suyas. En eso estaba de acuerdo con su padre. No le parecía bien que las mujeres estuvieran en primera línea de fuego, aunque nunca se le ocurría decírselo a Manuela.

Jesús, cuando aún estaba en casa, había visto muchos carteles en los que se alertaba a los hombres del riesgo de contraer una enfermedad venérea. Por lo visto las contagiaban las mujeres. Y una sola mujer podía hacer enfermar a cien hombres. Si eso era verdad, ¿por qué le molestaba tanto a Manuela? Conocía a hombres que se habían infectado en el frente y luego se lo habían trasmitido a sus mujeres con el consiguiente disgusto familiar. Además, tal era la epidemia que el miliciano contagiado podía ser juzgado por traidor. Se debía tener cuidado con esas cosas.

Sin embargo, Manuela decía que los hombres también las transmitían. Entonces, ¿por qué se criminalizaba solo a la mujer? Cuando llegaban a ese punto Jesús comenzaba a besarla para hacerla callar. No tenía ni idea de cómo funcionaban esas cosas, pero en los carteles lo ponía bien claro: las culpables de los contagios eran las prostitutas y las mujeres fáciles, no los hombres.

Manuela se arrebujaba contra él. Lo acariciaba con suavidad, sin pudor, haciéndolo olvidar la guerra y las enfermedades venéreas. Con Manuela había descubierto el amor y los misterios del sexo. Se lo agradecería eternamente. No sabía cómo había podido vivir tanto tiempo sin probarlo. Nunca había sentido un placer igual.

El primer día se habían amado en una casa abandonada. Entraron por una de las ventanas. Aunque deteriorado, en una esquina había un colchón que no estaba demasiado sucio. Manuela lo llevó hasta él. Jesús, con el deseo encendido, no paraba de besarla mientras sus manos enloquecidas cobraban vida propia, buscando con avidez la piel de la chica entre las aberturas de la ropa. Tocó unos pechos cálidos, redondos, firmes y suaves. La desabrochó apresuradamente y le bajó el mono hasta la cintura. Ante sus ojos atónitos aparecieron un par de grandes mamas reclamando su boca. Se hundió en ellas como un niño en las de su madre. La chica le llevó la mano derecha hasta su entrepierna. Jesús la acarició con suavidad, como si temiera hacerle daño. La ropa fue desapareciendo poco a poco, casi sin darse cuenta. Cuando la penetró se sintió morir. Comenzó a moverse por instinto. Manuela lo ayudaba,

siguiéndole el ritmo, besándolo con pasión, con ansia, como si no hubiera un mañana. Cuando acabaron, jadeantes, Jesús se sentía como si volara en una nube. Había pensado tanto en esas cosas. Y había sido tan fácil. Manuela tenía experiencia, lo sabía. No le importaba.

Los encuentros se sucedieron. Buscaban los momentos propicios en los que los dos estaban de reserva. Se alejaban de los demás hasta encontrar un lugar apartado y se abandonaban al placer.

Jesús se enamoró. No podía sacarla de su cabeza ni de día ni de noche. Cuando no la tenía cerca añoraba su risa desenvuelta, su cuerpo de formas tersas y contundentes, sus labios suaves y húmedos, sus pechos grandes y mullidos, su cuerpo cálido. Cada vez que se acostaban le parecía mejor que la anterior. Era una sensación agradable estar dentro de ella, sentir su calor interno, la explosión final. Tenían cuidado. Manuela le había enseñado a retirarse a tiempo. No querían un embarazo.

Sin embargo llegó.

Se lo confesó esa misma noche. Jesús quedó mudo por la sorpresa. ¿Cómo podía ser? Llevaban poco tiempo acostándose. Además, no se sentía preparado para ser padre. Manuela habló de arreglarlo. Sabía cómo hacerlo. Jesús, confundido, no lograba articular palabra. Dejó la decisión en manos de Manuela. Era lo mejor. Esa noche, ya sin el peligro del embarazo se amaron sin los temores de otras veces, ajenos al mundo que los rodeaba, disfrutando el uno del otro, de sus cuerpos jóvenes y ardientes. Luego, agotados, relajados y sudorosos se sumieron en un sueño feliz y profundo.

Despertaron sobresaltados por un ruido estremecedor. Se vistieron con rapidez, salieron de la cuadra y se despidieron con un beso rápido. Jesús cogió su fusil y corrió hacia la trinchera. En el nido de ametralladoras ya se estaban defendiendo. Manuela fue en busca de los sanitarios, ese día tendrían trabajo extra.

Jesús, agazapado en la trinchera, intentaba acertar a los aviones enemigos. Pero su fusil no tenía suficiente alcance. Los obuses pasaban sobre su cabeza con su característico silbido, anunciando la destrucción y el caos. Las metralletas escupían balas sin interrupción. El ataque fue rápido, y apenas diez minutos después el sonido de los aviones se perdió en el aire. Cuando se sintió seguro, Jesús alzó la cabeza y miró a su alrededor. No había caído ningún compañero. Había sido buena idea camuflar las trincheras al igual que las alambradas entre la abundante vegetación. Al parecer, desde los aviones, no era fácil atinar si no veían el objetivo con claridad.

Los soldados comenzaban a relajarse cuando se dieron cuenta de que a sus espaldas se alzaba una inmensa columna de humo y fuego. Las bombas habían caído en la retaguardia, a no mucha distancia. Jesús saltó de la trinchera. Apenas a unos trescientos metros aparecieron las primeras señales del desastre: tendidos sobre el terreno embarrado, en posturas complicadas, como muñecos desmadejados, había decenas de cuerpos.

Comenzaron a inspeccionarlos buscando posibles heridos. Los sanitarios ya estaban llegando, pero Manuela no iba con ellos.

—¿Habéis visto a Manuela? —preguntó Jesús preocupado.

—No, no la hemos visto desde anoche —fue la respuesta.

Jesús corrió de un lado a otro, enloquecido, removiendo cuerpos, preguntando a cuantos encontraba en su camino. Nadie la había visto.

La reconoció a lo lejos, con la cinta roja en la cabeza que controlaba su pelo revuelto y rizado. Se la había regalado él. Corrió hacia ese cuerpo que hacía apenas media hora le transmitía su calor y su amor. Estaba inmóvil. De su boca, desencajada en una mueca sombría, manaban hilos de sangre. Su pierna izquierda había desaparecido y entre sus pechos, los mismos que había besado tantas veces, había anidado un amasijo de carne, sangre y huesos. Jesús la abrazó, la zarandeó, la besó intentando insuflarle vida. Quiso cortar la hemorragia de la pierna haciendo un torniquete aunque el charco de sangre y la falta de aliento le hablaban de la inutilidad de sus actos. Pero Jesús en esos momentos no entendía. No quería entender que Manuela estaba muerta. Sin soltarla de entre sus brazos la siguió besando hasta que los sanitarios lo apartaron de ella. Entonces se sintió como un niño desvalido.

Arrodillado sobre el barro y la sangre, ausente de cuando sucedía a su alrededor, lanzó un grito al aire y lloró con desesperación.

Tras recoger a los heridos y a los muertos, volvió la calma. Jesús regresó a su puesto, a la trinchera, desgarrado de dolor. Se acurrucó en un rincón y se tapó la cara con el gorro. No quería ver a nadie ni que nadie lo viera. Sin embargo, no pudo evitar oír.

—¡Pobre Manuela! Con lo buena chica que era.

—¡Y tan buena!

—Estaba embarazada.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque me lo dijo. Yo era el padre.

Las carcajadas resonaron tan fuertes que hubieran podido tumbar las paredes de la trinchera. Manuela había culpado de su embarazo a dos de sus compañeros.

Las risas le sonaron a Jesús como puñetazos. Tuvo que contenerse para no saltar y romperles la cara. Apretó los puños y los dientes y se hizo el dormido. A nadie le importaban sus sentimientos y tampoco estaba dispuesto a ser motivo de mofa. En la confusión del momento, nadie lo había visto llorar por Manuela. Bastante tenían ellos buscando a sus propios amigos entre los heridos y los muertos.

—Ya es mala pata, porque yo tenía un vale.

—No me digas.

—Sí, mira, aquí está «Vale de una noche para dormir con la camarada Manuela».

—Pues es una pena, porque dicen que era muy buena en la cama.

—En la cama o en la hierba —rieron a carcajadas.

Jesús nunca hubiera imaginado que Manuela fuera una de las voluntarias para atender las necesidades sexuales de sus camaradas. Ella que tanto protestaba por el papel de la mujer en la guerra. ¿Y se prestaba a satisfacer urgencias sexuales? Sus compañeros lo estaban hablando. ¿Sería verdad o sabrían lo suyo y le estaban tomando el pelo? Miró por debajo del gorro para ver si se reían de él. Pero nadie lo miraba, ni tan siquiera eran conscientes de su presencia, lo que decían debía ser verdad. ¿Cómo había podido ser tan idiota? Manuela se había aprovechado de su inocencia y él se había enamorado como un imbécil. Y en pago a su amor, lo había engañado diciéndole que era el padre de su hijo. ¿Qué clase de mujer era esa? ¿Una fulana?

Antes de acostarse por primera vez, Manuela le había dicho abiertamente que no era virgen, pero Jesús quiso creer en un supuesto novio que la había abandonado, aunque nunca se lo había preguntado. Tampoco había visto nunca uno de esos vales. Había oído hablar de ellos, pero Manuela se había acostado con él porque había querido. Cerró los ojos y vio su cuerpo desmadejado sobre la hierba. Comenzó a odiarla. Lo había engañado. ¿Y si le había pegado algo?, pensó de pronto. Sintió un escalofrío de miedo.

Le gustaría poder alejarse de ese lugar que le recordaría un día tras otro a su primer amor. Pero debía ser fuerte y resistir.

Al menos nadie volvió a hablar de Manuela. Era como si no hubiera existido. Ya llevaban demasiados muertos a sus espaldas como para acordarse de todos. Una vez que una persona desaparecía del frente, desaparecía también de la mente de sus camaradas, a no ser que se tratara de un amigo. Mejor no encariñarse con nadie, era la norma. Mejor mantener la mente fría y el corazón cerrado.

Jesús se preguntaba con dolor por la conducta de Manuela. ¿Estaría infectada e intentaría contagiar a un montón de hombres como venganza por no dejarla combatir en primera línea? ¿Sería capaz de hacer algo así? No le extrañaría viendo lo que le contó de la comida. Estaba claro que era una persona vengativa. Se estremeció solo de pensarlo. Durante bastante tiempo no paró de observar de manera obsesiva su miembro por si presentaba alguna señal del mal, aunque no tenía ni la más remota idea de qué buscaba. Y, desde luego, no pensaba preguntar.

Jesús, a su pesar, reconocía que le dolía más el engaño que la propia muerte. ¿Acaso sus sentimientos no eran de verdadero amor? Dudaba. Lo único que tenía claro era que el sentimiento de odio superaba al de la añoranza y se sentía mal por ello.

Sin embargo, con el paso de los días y el endurecimiento de la vida en el frente, el recuerdo de Manuela se acabó convirtiendo en una especie de niebla en su cerebro y un cierto resquemor en su corazón.

38

Al salir en libertad, Raquel se encaminó hacia la que había sido su casa. Un esqueleto de piedra se presentó ante sus ojos llorosos. La fachada había desaparecido, así como la cama y el resto de los muebles. La madera era muy apreciada para calentarse y a los pocos objetos que pudieran recuperarse, en buen o mal estado, alguien les habría dado alguna utilidad. De las posesiones de su vida anterior tan solo quedaba una montaña de escombros. Recordó a su marido con pena, aunque sin dolor, y fue consciente, por primera vez, de que un paseo le había salvado la vida.

Limpió sus lágrimas con el pañuelo bordado con la inicial de su nombre que llevaba en el bolsillo, regalo de su hermana, levantó la cabeza, enderezó el cuerpo y echó a caminar en dirección a la Plaza San Miguel, conocida popularmente como La Plazuela. Al pasar ante la ciudadela de Celestino Solar no pudo evitar mirar hacia el interior. Conocía a muchas de las mujeres y de los niños que vivían allí del refugio en el sótano de su casa. Una mujer salió a su encuentro.

—Siento lo de su marido, señora.

Raquel la miró. Era la mujer que le había dicho que Evaristo había cerrado la puerta del portal.

—¿Estáis todos bien? —preguntó.

—En el fondo fue una suerte que su marido no nos abriera. Quién sabe si hubiéramos aguantado en el sótano.

—Me alegro —dijo Raquel. Y continuó caminando, estrujando entre sus manos el papel que le habían dado con la dirección de una casa deshabitada donde podría vivir.

Atravesó La Plazuela, cogió la calle Covadonga y luego giró a la izquierda hasta adentrarse en la calle Cabrales, donde estaba su nueva casa. Se sentía sola y desamparada por segunda vez en su vida. Y Bruno ya no estaba para salvarla.

Ya ante el portal, comprobó el número. El edificio era viejo y presentaba mal aspecto. Entró y subió las escaleras con calma, observando con detenimiento las maderas carcomidas, el pasamanos que apenas servía para ejercer su función, las destartaladas paredes.

Le habían asignado la buhardilla. Era un espacio pequeño, gris y lúgubre con una cama de hierro desvencijada, una silla y un pequeño espacio para cocinar. El baño común estaba situado en la planta inferior. Raquel decidió al instante que ese no era

su sitio. No estaba dispuesta a vivir así. Salió del edificio sin volver la vista atrás y se dirigió al banco. Necesitaba saber cuál era su situación.

Salió del banco consternada. Su marido había cancelado la cuenta dos días antes de declararse la guerra. No tenía nada. Ni dinero, ni casa, ni familia, ni amigos. Nada. Desorientada, tratando de pensar con claridad, fue a pasear por El Muro, como tantas otras veces. La presencia del mar siempre conseguía relajarla.

Al medio día, cansada y con las tripas protestando se acercó a un comedor popular. Allí le dieron una sopa caliente, un trozo de pan y unas patatas cocidas que reconfortaron su estómago y su ánimo.

Al salir del comedor, Raquel se fijó en la multitud de carteles que llenaban las calles pidiendo alistarse. Podía ser una solución. En el ejército tendría asegurada la cama y la comida. Sin pensarlo, encaminó sus pasos hacia la oficina de alistamiento.

El edificio era un bullir de civiles y milicianos, hombres y mujeres, entrando y saliendo, moviéndose como hormigas. Miró a su alrededor. Se sintió extraña, como si acabara de entrar en un mundo en el que ella no tenía cabida. A su lado pasaron tres chicas, hablando y riendo, vestidas como si fueran hombres, mal peinadas y algo sucias. Torció el gesto con desagrado, giró sobre sus pies y salió apresuradamente, pensando en la opciones que tenía para recomponer su vida. Tras desechar varias, supo que no le quedaba más que un tipo de puerta abierta. Y estaba dispuesta a franquearla.

Recorrió varias calles, intentando recordar los nombres de los locales de los que le habían hablado Álvaro y Tomás. Uno de ellos estaba abierto. Aún faltaban unas horas para la llegada de los clientes y su presencia causó asombro a los dos hombres que colocaban vasos y botellas en la barra y manteles de cuadros rojos en las mesas.

—Quiero hablar con el dueño —dijo Raquel sin dirigirse a nadie en concreto.

—¿Qué quieres? —preguntó uno de los hombres.

—Ya te lo dije. Hablar con el dueño.

—Muchos aires te das, princesa. Para hablar con la dueña primero tendrás que hablar conmigo —dijo uno de los hombres acercándose a ella.

—Busco trabajo.

Los dos hombres dejaron por un momento sus quehaceres para dedicarse a mirar a la recién llegada. Estaban en ello cuando apareció una mujer de edad mediana, vestida con elegancia, fumando un cigarrillo de boquilla.

—¿Ya está todo? —preguntó con voz de mando, como si no le hubiera gustado ver a sus empleados ociosos.

—Esta, que busca trabajo —dijo uno de los hombres.

La mujer miró a Raquel con detenimiento durante unos segundos que a ella le parecieron interminables. No le gustaba que la miraran así, como si fuera un animal exótico, de esos que Tomás le había enseñado en las revistas.

—Ven conmigo —dijo la mujer dando media vuelta para internarse en el local.

Raquel la siguió por un pasillo ancho con las paredes revestidas de un dorado chillón en el que se abrían varias puertas. Al fondo, una puerta más ancha daba paso a una estancia amplia, salpicada de divanes, como si se tratara del salón de una buena casa, salvo por su llamativo color rojo. La mujer se sentó invitando a Raquel a hacer lo mismo.

—Eres guapa y tienes un buen cuerpo, pero qué sabes hacer.

—Canto y bailo bien.

—¿Has actuado en algún otro sitio?

—No, nunca.

—¿Qué hacías hasta ahora?

—Estaba casada, pero mi marido ha muerto y mi casa está destruida.

—¿Hijos?

—No.

—Mejor así. Sin hijos la vida es mucho más fácil. ¿Qué estás dispuesta a hacer?

—Lo que sea.

—Bien, así me gusta. Llega por aquí mucha mojigata y eso no es bueno para el negocio. No tienes por qué aguantar ciertas cosas, pero si eres amable con los clientes mucho mejor para mí y para ti, ¿entiendes?

—Sí —asintió Raquel.

—Creo que ya sabes que esto no es un prostíbulo, ¿no?

—No lo tenía claro —fue su respuesta sincera.

—Esto es un *cabaret*. Los hombres vienen aquí a divertirse y a olvidarse de la guerra y de sus mujeres. Hay que mimarlos y seducirlos para que consuman cuanto más mejor. Debes dejarte querer sin por ello permitirles propasarse. Y si quieren algo más, eso ya es cosa tuya. Y aquí no. El sitio lo tendrá que poner él. Pero si cierras un trato yo me llevo el treinta por ciento, ¿conforme?

Raquel asintió con la cabeza. Doña Trini decidió ponerla a prueba sirviendo mesas. Veía un gran potencial en esa desconocida.

—No tengo dónde dormir —dijo Raquel.

—Lo sospechaba. Puedes compartir cuarto con otras dos chicas. Pero en cuanto cobres tu primer sueldo te buscas la vida, ¿de acuerdo?

Raquel aceptó.

—¿No me hace una prueba para ver cómo canto y bailo?

—De momento confórmate con atender las mesas. ¡Marcela! —llamó.

Una mujer de unos cincuenta años apareció al poco rato arrastrando los pies. Doña Trini le dio instrucciones para que atendiera a Raquel, que la siguió a través del pasillo hasta llegar a la primera puerta donde la esperaba un vestuario como nunca había visto: trajes llamativos y brillantes, sombreros, plumas, zapatos… dispuestos a mostrarse en público. La mujer descolgó uno de los trajes que dejaba las piernas y los brazos al descubierto y se lo entregó. Luego la hizo sentarse frente a un tocador, donde la peinó, la maquilló y le puso unas plumas en la cabeza. Llegada la hora,

Raquel salió al local lleno de clientes ávidos de escuchar a la orquesta, de ver a las bailarinas en acción, de beber y de bailar.

Doña Trini la observaba con atención. Se movía entre los clientes como si lo llevara haciendo toda la vida. Muchos se fijaron en la chica nueva que se escurría cuando alargaban los brazos sin por ello llegar a ser esquiva. Sus ojos pícaros y sus movimientos voluptuosos les hacía pedir una copa tras otra que ella les servía con una delicadeza insinuante.

A la semana siguiente, doña Trini, más que satisfecha con los beneficios que le reportaba la chica nueva, se animó a realizarle la prueba. Sobre el escenario estaba Paquito, con su guitarra en la mano. Raquel cantó y bailó para la dueña del club que no podía evitar sentir una atracción especial por esa joven de ojos verdes. Convencida de su valía, dio instrucciones para que le enseñaran los pases de baile de su coro de bailarinas, donde se integró un par de semanas después.

El día del debut de Raquel en el coro, el local estaba atestado. Los soldados que tenían su base en la ciudad o los que llegaban de permiso del frente, la mayoría alejados de sus esposas y novias, estaban dispuestos a gastar su dinero en sexo y diversión. Las diez pesetas diarias de su paga permitían a muchos de ellos sentirse ricos por primera vez en la vida, sobre todo los que no tenían una familia a su cargo. Doña Trini observaba cómo los hombres comían a Raquel con los ojos. Esa noche tres de ellos le propusieron ir más allá. Doña Trini los despachó, uno a uno, satisfecha. Tenía otros planes.

—Quiero proponerte algo, Raquel.

—Dígame, doña Trini.

—Tienes una voz preciosa y bailas de maravilla. Con eso, con tu cara y con tu cuerpo, posees la combinación perfecta para enloquecer a los hombres. Te propongo que montes tu propio número.

—¿Yo? ¿Un número yo sola? —preguntó entre sorprendida y halagada.

—Sí, te veo capacitada para ello.

—¿Y qué podría hacer?

—Yo te ayudaré. Piensa en las canciones de moda y elige unas cuantas de las que mejor te salgan. Ya te veo sentada en un taburete, moviendo tus lindas piernas, levantándote y haciendo mohines mimosos. Será todo un éxito.

—Me alegra que confíe en mí. Lo haré lo mejor que pueda.

—No lo dudo. Lo primero que vamos a hacer es buscarte un nombre que llame la atención.

—La niña de los ojos verdes —dijo Raquel para arrepentirse al instante.

—¡Perfecto! —exclamó doña Trini. Además de guapa eres lista, sí señor.

Ante el entusiasmo de doña Trini, Raquel no se atrevió a decirle que no quería salir al escenario con ese nombre. Así la llamaba Bruno y no le gustaría verla allí, trabajando para que a los hombres se les cayera la baba. Sin embargo, parecía que ya no había vuelta atrás.

Había expectación por el anuncio de un número nuevo. El murmullo y las carcajadas cargadas de alcohol de la sala se apagaron de inmediato cuando empezó a sonar la música y apareció Raquel en el escenario. Su voz suave y sensual y sus elegantes e insinuantes movimientos hacían que los ojos quedaron clavados en ella sin pestañear.

Doña Trini, entre bambalinas, sonreía. Siempre había tenido buen ojo para las chicas, no solían defraudarla, pero Raquel había superado sus expectativas. Juntas, iban a ganar mucho dinero.

La niña de los ojos verdes llenaba el local una noche tras otra. Sus piernas largas y esbeltas, sus movimientos provocadores y su mirada cargada de picardía hacía que los hombres gritaran de satisfacción y la llenaran de billetes. Raquel sabía todas las canciones de moda y los distintos bailes no representaban para ella ningún misterio. Sus actuaciones arrancaban aplausos y vivas.

Doña Trini estaba tan satisfecha que le daba un tanto por ciento mayor que al resto de las chicas, temiendo pudiera marchar a otro club, pues le llovían las ofertas. Pero Raquel estaba a gusto allí, con esa mujer parecida a una matrona, de modales de duquesa, que la trataba con consideración.

Al principio, Raquel se había contentado con atender mesas para saberse segura en una especie de hogar. Después, cuando sus ingresos se incrementaron con el espectáculo, comenzó a aspirar a más. Ya había cumplido los veintinueve años y el tiempo apremiaba. No tardarían en llegar otras chicas mucho más jóvenes a reemplazarla.

Al camerino de Raquel llegaban todo tipo de invitaciones y ella disfrutaba de su poder sobre los hombres, a los que consideraba caprichosos y mezquinos. Más de uno le ofreció, ya el primer día de su trabajo, un dinero por llevarla a la cama, pero Raquel sabía que el dinero iría aumentando en la misma medida que los rechazos.

Al cabo de un tiempo, Raquel se hizo con un par de amantes fijos que la llenaban de billetes, joyas y atenciones. Ninguno de los dos sabía de la existencia del otro, ya que aconsejada por doña Trini, los eligió sabiendo que nunca coincidirían. La dueña del *cabaret* le había tomado cariño a esa chica tan distinta a las demás. Ella también había sido una «señora» en sus buenos tiempos. Amante de un capitán de barco mercante había disfrutado de una vida de lujo y de un hombre al que todos consideraban su marido, aunque fuera el marido de otra en una ciudad tan distante que nunca nadie se enteró de su doble vida. Hasta que un día apareció un marinero para darle la terrible noticia: Eduardo había fallecido de repente y había sido enterrado por su familia. Ella hizo correr la noticia de la muerte de su marido en alta mar, por lo que no se pudo recuperar el cadáver. Se hizo un funeral sin el cuerpo presente y durante un tiempo se comportó como una verdadera viuda. Pero con la pérdida del amante también sufrió la pérdida de su medio de vida. Pasado un tiempo prudencial, vendió sus joyas, que junto a unos buenos ahorros invirtió en la compra

del *cabaret* que le había abierto las puertas de su independencia y de sus excelentes contactos.

Todo eso le contó a Raquel una tarde triste de invierno en la que no había otra cosa que hacer. Las dos mujeres se tomaron de la mano, compartiendo sin palabras la misma historia. Unas lágrimas furtivas corrían por las mejillas de ambas, en recuerdo de sus dos queridos y perdidos amantes.

39

Tesa, como el resto de la población, estaba harta de escuchar el sonido que provocaba el vuelo de los aviones, el silbido de las bombas y el estruendo de las explosiones.

Inmersa en su excesivo trabajo diario, seguía sin acudir al refugio. Sin embargo, ese día, con sus dos hijos en casa, el grito estridente y angustioso de la señal de aviso la hizo estremecerse.

La tía Pilar estaba enferma y, tras dejarla sentada y bien abrigada a la puerta del refugio, había llevado a los niños con ella para que no la molestaran. Los vecinos se encargarían de atenderla y ayudarla a entrar si fuera necesario.

Tesa había llegado al límite. Ella podía seguir aguantando ese tormento pero debía poner a salvo a sus hijos. Llevaba días pensando en ello. Cogió unas sábanas, hizo un hatillo con la escasa ropa de los pequeños, metió algo de comida y salió de casa llevándolos a rastras.

La calle era un caos de gente corriendo, de niños llorando, de viejos desesperanzados. Unos se dirigían al refugio. Otros, como Tesa, decidieron subir por la Carretera del Obispo hacia la zona rural, mucho más tranquila. Tesa quería llegar a Deva, para dejar a los niños con los hermanos de su padre, donde estarían a salvo de las bombas y donde también, a buen seguro, estarían mejor alimentados. Tenía alguna duda sobre cómo los recibirían, ya que la última vez, cuando la revolución de octubre, su tío apenas les había dirigido la palabra mostrando malestar por su presencia. Sin embargo, sus dos tías habían sido amables y se habían mostrado cariñosas con los niños. Confiaba en que los lazos de sangre los hicieran aceptar, cuidar y mantener durante un tiempo a sus dos pequeños.

Iba inmersa en esas cavilaciones cuando sintió acercarse un zumbido de espanto. La columna humana estalló en gritos de pavor. Tesa, como el resto de la gente se tumbó en el suelo, protegiendo con su cuerpo el de sus hijos, amparándolos bajo sus brazos extendidos.

Tres aviones italianos sobrevolaban a poca distancia de sus cabezas.

Tesa alzó la vista y pudo ver a un joven con una metralleta apuntando a la multitud. Supo que había llegado el final. No tenían escapatoria. El silencio se había adueñado de la alfombra humana, roto solo por lamentos ahogados y algunos rezos.

Los aviones pasaron de largo.

Nadie se movió. El mundo quedó en suspenso durante unos minutos, como si alguien hubiera dado la orden de pararlo. El sonido amenazador se alejaba. Los suspiros de alivio formaron una única sinfonía.

Sin embargo, el sosiego duró poco. El zumbido se acercaba de nuevo. Los cuerpos que ya se habían levantado, volvieron a tumbarse, las madres protegiendo los cuerpos de sus hijos, los demás protegiendo sus cabezas.

Tesa volvió a alzar la vista. Eran los mismos aviones. El mismo joven apuntaba hacia ellos su metralleta.

Los aviones marcharon de nuevo para volver a pasar sobre la multitud una tercera y una cuarta vez, como si quisiera torturarla antes de aniquilarla.

Todos se sentían muertos. Los recuerdos de la vida, de los familiares queridos, viajaron raudos por sus mentes. Cuántas palabras mudas se dijeron en esos pocos minutos. Cuántos promesas que después nadie recordaría. Cuánto miedo.

Por fin, los aviones, tal como habían llegado, desaparecieron.

La marea humana, temerosa, tardó en reaccionar. Minutos de silencio, atentos a la vuelta del sonido aterrador. Cuando ya se percataron de que todo había terminado, se fueron levantando en silencio, sacudiendo sus ropas y las de los niños, cogiéndolos de la mano como si fuera el último día, sin hablar, sin decir nada. El miedo había matado las palabras.

Tesa se levantó, cogió a sus hijos de la mano y empezó a caminar por la carretera que conducía a la ermita de Contrueces. Entonces escuchó el llanto de unos niños. Miró y vio a Maruja tendida en el suelo, inmóvil, sus cuatro hijos llamándola a gritos, desconsolados.

—¡Madre! ¡Madre! ¡Levántate! —decían los pequeños tirando de sus brazos sin que la madre diera señales de vida.

Varios vecinos se acercaron a ver qué pasaba, pues no había cruzado el aire ni una sola bala. Maruja permanecía tumbada boca abajo, sus brazos estirados como si fuera una cruz humana. Tesa se agachó y la cogió de un brazo que sintió tan rígido como el de un muerto.

—Vamos, Maruja, levántate, no asustes a los niños —le dijo sin que la mujer reaccionara.

Tesa pidió ayuda. Hizo falta la fuerza de cuatro mujeres para poder darle la vuelta. Su cuerpo estaba rígido y su mirada perdida. No era la primera vez que veía algo así y Tesa supo lo que debía hacer.

Comenzó a pegarle bofetadas a Maruja, consciente de que solo el daño físico podía devolverla a la realidad. Tras recibir varios golpes, el cuerpo de Maruja fue perdiendo su rigidez. La sentaron en el suelo y, de pronto, su mirada se clavó fijamente en la de Tesa. Y gritó. Gritó con tanta intensidad que los que habían reanudado su marcha pararon de inmediato. El grito era desgarrador, como si le estuvieran quitando la piel a tiras. Después lloró.

—Vamos, Maruja, tienes que levantarte y avanzar. Ya ha pasado el peligro —le dijo Tesa.

Maruja buscó a sus hijos con la mirada. Cuando los vio, a los cuatro juntos, sus rostros cubiertos de lágrimas y mocos, se abrazó a ellos como si los hubiera reencontrado después de mucho tiempo. Y así, muy juntos, como el resto de las familias, continuaron la marcha hasta alcanzar algún lugar en el que se sintieran más seguros que en sus casas.

Tesa llegó a Deva y buscó a su familia. Sus dos tías la recibieron encantadas, colmando a los niños de besos y abrazos, vasos de leche y galletas caseras. Su tío, no. Su tío la miró receloso y aunque no dijo nada, Tesa supo que no le agradaba que los niños quedaran un tiempo en su casa.

—No le hagas caso —dijo su tía Elvira al despedirla. Es un viejo gruñón, como era mi padre, pero no muerde. Vete tranquila, Tesa. Vete tranquila y deja a los niños aquí el tiempo que sea necesario. Somos su familia y los cuidaremos bien. Y dale un abrazo muy grande a mi hermano.

Tesa emprendió el camino de regreso con un puño apretándole el corazón. ¿Habría hecho bien en llevar a los niños con sus parientes? Quizá Blanca llorase de noche, aún era muy pequeña. Y Armando, siempre tan rebelde, si hacía algo que no le gustara al tío… Mejor no pensar, mejor no pensar, se decía Tesa una y otra vez, sin logar calmar su ansiedad. Los iría a buscar muy pronto, en cuanto los bombardeos se fueran atenuando.

Esa misma noche, Tesa soñó con «revoltijo», como decía ella. Y cuando soñaba con «revoltijo» siempre pasaba algo malo. Se levantó con una extraña desazón, presintiendo una noticia desagradable. Pasó el día nerviosa, inquieta en medio de la casa vacía. A media tarde, cuando estaba arreglando ropa y repasando calcetines, aparecieron Quique y Pepín, visiblemente alterados.

—¿Qué pasa? —preguntó levantándose de un blinco, soltando lo que tenía entre manos.

—Es Antonio —dijo Quique con la voz entrecortada.

—¿Antonio? ¿Está muerto? —preguntó temiendo la respuesta.

—No, no, muerto no, herido. Está herido.

—¿Pero qué tiene? ¿Cómo está?

—No sabemos nada. Solo trajeron recado de que está herido.

—¿Dónde está? ¿Podemos ir a verlo?

—No, no nos dejan ir a verlo. Dicen que no es grave, que se recuperará pronto y le darán un permiso.

Afortunadamente, cinco días después apareció Antonio en casa con un brazo vendado y abundantes magulladuras. A la alegría de saberlo sano se unió el hecho del mes de permiso que llevaba en la mano. Durante ese tiempo Pilar no hizo más que mimar al hijo que sabía no tardaría en volver al frente. Los días pasaban demasiado

rápidos, cuando antes de la llegada de Antonio pasaban demasiado lentos, siempre pendientes de las noticias del frente y de los bombardeos que parecían no tener fin.

Un día, a media mañana, a Tesa la sorprendió la sirena en mitad de la calle. El refugio estaba cerca. La gente corría despavorida y en el tumulto vio a un pequeño que se había perdido de su madre llorando con desconsuelo. Tesa lo cogió en brazos y corrió a ponerlo y ponerse a salvo. Una piedra se interpuso en su camino. Al sentirse caer apretó al niño contra ella y la cabeza del pequeño se incrustó en su vientre de ocho meses. Sintió un dolor muy fuerte acompañado de un cierto malestar.

Esa misma noche dio a luz a un niño sin nombre que apenas vivió dos horas. No tuvo lágrimas para él. Al día siguiente se levantó y, aunque con esfuerzo, continuó con su vida de todos los días. Al menos Armando y Blanca estaban a salvo y esperaba que bien alimentados.

La vida en la retaguardia se había vuelto insoportable por el miedo y el hambre. La prensa alentaba a los republicanos con victorias exageradas o inexistentes y derrotas del enemigo igualmente exageradas o inexistentes mientras que la escasez de alimentos, unido a la dificultad de recibir nada de fuera al estar bloqueada la entrada a El Musel por buques enemigos, hacía del racionamiento y de los precios tasados, una lucha constante por sobrevivir. Las mujeres se afanaban por dar de comer a su prole con lo poco que conseguían, llegando a inventar comidas que nunca antes hubieran imaginado.

Marina volvía de la compra y se encontró con su cuñada, ya totalmente recuperada a los diez días del parto.

—Tesa, fui a ver si conseguía huevos y están a ocho cincuenta la docena, ¿te lo puedes creer?

—¿Y las patatas?

—Hoy no había patatas.

—¿Qué daban entonces?

—Mira —dijo Marina enseñándole la bolsa—. Conseguí estas cebollas a uno cincuenta, dos kilos de guisantes a uno veinticinco y un kilo de judías verdes al mismo precio.

—¿Y fruta? ¿Había fruta?

—Algo había, peras y melocotones, creo.

—Voy a ver qué encuentro.

—¿Los niños siguen en Deva?

—No, ayer mismo me los trajo el hermano de mi padre.

—¿Y eso?

—Al parecer Blanca no paraba de llorar y Armando no le hacía ningún caso. Bueno, eso fue lo que me dijo, pero no me fío de él. Armando me aseguró que se había portado bien y que lo había ayudado con la huerta y con los pocos animales que les quedan. Y que Blanca estaba encantada con las tías que todo se lo consentían. Al parecer solo lloraba un poco cuando la acostaban.

—¡Qué pena! Con lo seguros que estarían allí los niños.

—Al menos me trajo algo de comer.

—¿Te trajo huevos?

—No, qué va. Cebollas, puerros, zanahorias, pimientos, tomates y limones, además de cuatro chorizos de la matanza.

—Con todo eso te puedes dar un festín.

—Ya te digo. Como no tengo patatas, haré unas lentejas con un poco de cebolla y unas rodajas de chorizo. A ver si para mañana me hago con unas patatas para cocerlas con pimiento y laurel.

—A mí acaban de darme la receta de los calamares fritos.

—¿Calamares fritos?

—Sí, mira, haces una pasta con harina, sal, bicarbonato, aceite, agua y un poco de colorante.

—La misma pasta que hacemos para sustituir los huevos, ¿no?

—Sí, la misma. Después cortas una cebolla en aros, los rebozas, los fríes y ya tienes los calamares fritos.

—Ya, como la tortilla de patata sin patata y sin huevos.

—Pues sí.

—Qué pena no conseguir naranjas, porque dicen que no sabe del todo mal.

—¿Y si probáramos con limones?

—No sé, la parte blanca del limón no tiene el mismo sabor que la de la naranja, pero todo sería probar.

—Hombre, yo creo que si la parte blanca de la naranja se pone a remojo durante unas cuantas horas para quitarle el amargor y que parezcan patatas, con poner los limones un poco más… al fin y al cabo la carne es parecida.

—Tienes razón, probaré mañana con un limón y si los niños no lo quieren comer lo comeré yo, tan mal no puede saber. Y pasa por casa a por un par de limones.

—Deja, Tesa, me arreglo con lo que tengo.

—No sé que más podemos inventar para dar de comer a los nuestros.

—Como sigamos así, acabaremos muriendo de hambre. Sé de gente que se come hasta la piel de los plátanos.

—Yo ya me comí las mondas de las patatas. Y mira, una vez dentro…

—¿Escogiste ya las lentejas que compramos ayer?

—Calla, calla, no me lo recuerdes. Si quitas las piedras y los bichos apenas quedan lentejas.

—Bueno, te dejo, que se me hace tarde y voy a ver si cazo una liebre.

Las dos mujeres se despidieron riendo. Era una gracia que corría de boca en boca, ya que hacía mucho tiempo que no se veían gatos por las calles, que la gente degustaba con gusto como si fueran conejos.

Esa misma noche, Tesa apareció en casa de Marina con tres pájaros pequeños. Sus hermanos habían cazado unos cuantos. No contaron que habían devorado en el

momento los huevos de los nidos que habían atacado. Al día siguiente, en las dos casas se comería un suculento arroz con carne.

Tesa estaba deseando que llegara el otoño para poder ir a buscar avellanas o castañas, sobre todo estas últimas. Solía estar vigilante para ser de las primeras, porque con una buena guarnición de castañas podía hacer excelentes guisos o simplemente cocerlas con agua o asarlas en la chapa de la cocina. Y ese fruto sí que llenaba los estómagos.

Pero antes de la llegada del otoño, con la caída de Bilbao primero y de Santander poco después, el ejército rebelde comenzaría su ofensiva sobre Asturias por el frente oriental que, aislada totalmente del resto de la zona republicana, con escasez de hombres y de comida, se vería obligada a imponer un racionamiento extremo y la militarización de casi toda la población. Cualquier persona que fuera por la calle sin documentación sería detenida, se ejercería vigilancia sobre los actos públicos y se impondría el toque de queda a las diez de la noche.

Tesa, por primera vez en muchos años, dejaría de salir de casa antes de la madrugada para hacerse con una buena provisión de castañas. Sería demasiado peligroso. Y a la luz del día imposible.

40

Jesús pasaba hambre y frío pero no se quejaba. Estaba viviendo la guerra tal como la había soñado. El día anterior había ido a visitarlo su padre y ambos se habían emocionado.

—Deja que te mire —dijo Ramón—. Estás hecho todo un hombre.

—Gracias, padre —respondió orgulloso.

—Quiero pedirte que no te expongas demasiado. Este frente es peligroso.

—También donde estás tú —dijo Jesús—. Hasta estar en casa es algo arriesgado. ¿Cómo están madre, Lena y la abuela? —preguntó sabiendo que su padre acababa de llegar de un permiso.

—Están bien, no te preocupes.

—¿Madre va mejor?

—Sí, mucho mejor. Desde que ayudan en el comedor infantil ha recuperado su buen humor. El contacto con los niños le ha venido muy bien.

—¿Canta?

—Sí —rio Ramón—. Vuelve loco a todo el mundo con sus estribillos. Ahora le ha dado por *A las barricadas, ¡Ay Carmela!*, y *Si me quieres escribir*. Ya canta casi tanto como antes.

—Echo de menos su voz alegre —dijo Jesús—. ¿Y Lena? ¿Cómo esta mi hermana?

—Hombre, creo que Lena preferiría ir sola a cualquier otro sitio, pero ya sabes cómo es tu madre. Con nosotros dos aquí, la tiene continuamente bajo su ala.

—Tengo un permiso de una semana para dentro de diez días. No sabes bien lo que me apetece ir a casa.

—A dormir en una cama limpia, comer los potajes de la abuela, recibir los mimos de la madre… —rio Ramón.

Cuando se despidieron, Jesús vio alejarse a su padre con tristeza. En unos meses había envejecido varios años. Seguía siendo el hombre fuerte de siempre, con sus espaldas anchas y su abundante cabellera negra regada ya por alguna cana. Pero parecía estar soportando sobre sus hombros una carga pesada e invisible. Le gustaría estar a su lado, aunque por otra parte mejor así. No soportaría verlo caer. Ya no lo consideraba un cobarde, pese a que seguía sin coger un arma. Continuaba sirviendo en Intendencia, donde había alcanzado el grado de capitán.

Jesús se había dado cuenta de la importancia de su trabajo. Había oído hablar de su rectitud y de su buen hacer. Gracias a hombres como él llegaban la comida, la ropa, las armas y las municiones a los soldados. Debía de ser un trabajo difícil la organización y la distribución con tanta escasez. Y alguien tenía que hacerlo. Además, no por ello estaba a salvo. Las armas y las municiones había que ir a buscarlas a la Fábrica de Trubia, pasando por zonas de gran peligro. No, su padre de cobarde no tenía nada.

Ramón marchó con el corazón encogido, dejando a su hijo a merced de los tiros y las bombas. Lo había visto tan cambiado que no le parecía su hijo. Vestía ropa de civil, con su divisa de las JJ. SS. UU. cosida en el brazo izquierdo. En su cabeza el gorro ruso de color verde con orejeras que le protegía del frío. Llevaba unas buenas botas compradas por Marina. Era tan joven y audaz que le daba miedo. Si pudiera lo cogería en brazos y lo llevaría hasta los de su madre. Pero Jesús parecía satisfecho. Le habló con entusiasmo de las continuas refriegas de esa zona, de las trincheras, los parapetos, los nidos de ametralladora, los polvorines, búnkeres, refugios… como si los hubiera construido todos él solo con sus propias manos. Parecía que estaba viviendo una aventura emocionante, un juego de niños.

Pero Ramón sabía que bajo las animadas palabras de su hijo se escondía el sabor del miedo ante un ataque, el saberse a tiro de fusil en la trinchera, el hedor de los cadáveres, el dolor de ver derrumbarse un cuerpo en un momento, los gritos de los heridos, el frío, el hambre y el cansancio. Tampoco él había contado nada de eso en casa. Como tampoco había contado que estaban solos, abandonados por el gobierno central, faltos de hombres, armas y municiones. Las numerosas bajas no se cubrían. Las armas eran insuficientes, antiguas y en mal estado. Las municiones escaseaban. Los alimentos también, al igual que la moral de la tropa, que iba decayendo cada vez más.

El frente, desde la entrada de las columnas gallegas en Oviedo, permanecía estabilizado. Era muy decepcionante no poder recuperar la capital. Cada ejército estaba a un lado de la trinchera y los republicanos resistían sin retroceder, pero tampoco avanzaban. Ramón, veía a los hombres vestidos cada uno a su manera con su propia ropa: monos de trabajo, pantalones y camisas, chaquetas y chaquetones, gorros frigios o simples gorras. Algunos con casco de acero. En sus pies botas, zapatos e incluso alpargatas y madreñas. Sabía que estaban en inferioridad de condiciones. El ejército al que se enfrentaban iba uniformado, tenía armas modernas, abundante munición y una aviación que sembraba el terror a su paso, sin piedad, atacando pueblos y ciudades, matando a civiles inocentes. Y temía por su familia, pues como bien decía Jesús no se estaba seguro en ningún sitio.

En esos momentos, Marina y Lena se encontraban en el comedor infantil. El día anterior habían llegado varios sacos de lentejas y debían escogerlas. La mañana pasó rápida entresacando una a una las lentejas, charlando, contando chistes e incluso cantando. A Marina estar en contacto con otras mujeres le estaba sentando bien.

Además, Enriqueta, una de sus compañeras, afiliada al Partido Socialista, las ponía al día de cómo se iban desarrollando los acontecimientos. Y a todas les interesaba saber sobre la marcha de la guerra.

—¿Os habéis enterado de la última noticia? —era su pregunta preferida.

—No, cuéntanosla tú —era la respuesta de sus compañeras.

—El Consejo Interprovincial se declaró Consejo Soberano de Asturias y León.

—¿Y eso qué quiere decir? —preguntaron sin entender.

—Que el Consejo Interprovincial de Asturias y León que se formó por decreto de la República en diciembre pasado, se declara independiente.

—¿Independiente de quién? —preguntó Lena.

—Independiente del gobierno central. Nos han dejado solos, abandonados a nuestra suerte, así que nosotros decidiremos esa suerte.

—¿Y se puede hacer eso? —preguntó Marina extrañada.

—Bueno, la verdad es que al gobierno le sentó como un tiro, pero si no nos sirven para nada, para qué los queremos, ¿solo para que nos digan lo que tenemos o no tenemos que hacer? Y hubo bronca con los comunistas, que no lo veían bien, pero al final tragaron.

Las compañeras se miraron unas a otras sin saber qué pensar.

—Pero ¿es que no os dais cuenta? —preguntó Enriqueta.

Las mujeres se encogieron de hombros.

—El Frente Norte se está derrumbando. Ha caído Santander.

—¿También Santander? —preguntaron temerosas.

—Sí, también Santander. Así que Asturias está sola. Y vienen a por nosotros.

Un estremecimiento recorrió el comedor.

—Vamos, Enriqueta, no nos asustes más de lo que estamos —dijo una compañera.

—No quiero asustaros. Es la realidad. Y cuanto antes nos enfrentemos a ella mejor. Pero vamos a dejar la conversación, que ya es la hora de servir la comida a los pequeños.

Los niños fueron ocupando sus puestos en las largas mesas de madera. Las mujeres repartieron las lentejas y un trozo de pan negro. Los pequeños inclinaban sus cabezas sobre los platos humeantes, moviendo con rapidez las cucharas. Marina se sentía bien cuidándolos y protegiéndolos. Le parecía una labor más importante que tejer para los soldados, aunque lo seguía haciendo en su tiempo libre. Pero esos pequeños se habían adueñado de su corazón. Los veía tan desvalidos que le gustaría cogerlos a todos y cada uno de ellos en sus brazos y llenarlos de besos.

De pronto, la paz del comedor se vio interrumpida por los tres toques habituales de sirena. Las cuidadoras apremiaron a los niños para dirigirse al refugio. Unos lloraban su miedo, los más obedecían mansamente con el temor reflejado en los ojos, pero a más de uno hubo que arrancarlo a la fuerza de su plato de comida.

Desde la caída de Santander, la Legión Cóndor arrojaba a diario sobre Gijón su mortífera carga. Algunos días los ataques se repetían dos o más veces. Muchas personas pensaron en escapar de ese infierno, o al menos poner a salvo a sus hijos.

Conchita era una de ellas. Se lo había contado a Luisa esa misma tarde. Al día siguiente saldría con su familia en dirección a Francia.

—Me lo ha dicho esta tarde. Ha tenido el detalle de venir a despedirse, la muy traidora —contaba Luisa malhumorada.

—¿Traidora por qué, madre?

—Porque es muy guapo largar mientras los demás quedamos aquí sufriendo.

—Pero abuela, está embarazada y tiene niños pequeños.

—Pues que no los tuviera.

—Si pudiera yo también marchaba —dijo Marina—. Hasta pensé en mirar para evacuar a Lena.

—¿A mí? ¿Por qué, madre? Yo ya soy mayor, solo dejan salir a los niños.

—No creas, que Conchita lleva con ella a todos sus hijos y la mayor debe de ser de tu edad más o menos —dijo Luisa.

—Pero es diferente, abuela. Ellos marchan todos juntos y yo sola no pienso ir a ninguna parte. Hay niños que los llevan hasta Rusia y eso está muy lejos. No quiero ni pensarlo.

A Marina tampoco se le había pasado por la cabeza que Lena se alejara de ella. Pero lo había dicho para apaciguar a su madre. No entendía por qué le tenía tanta rabia a esa mujer, a Conchita, con la que por otra parte hablaba bastante, pero siempre para criticarla en cuanto llegaba a casa. Marina llegó a pensar que se trataba de celos, por estar casada y tener tantos hijos.

Ante lo dramático de la situación, Joaquín, como muchos otros hombres, había decidido poner a salvo a su familia. Conchita estaba embarazada de cinco meses, y eso le sirvió para obtener el permiso de embarque para ella y sus hijos. También lo consiguió para su vecina, una mujer casada con un militar del que no se sabía nada. El alzamiento lo había cogido en Burgos, a donde había ido a visitar a su madre moribunda, por lo que suponía que estaría luchando con el bando rebelde. Pero eso a Joaquín no le importaba. Alguien tenía que mirar por esa mujer indefensa y sus pequeños.

El día de la partida, el puerto de El Musel estaba abarrotado de mujeres y niños. Conchita y sus hijos navegarían hasta Francia para desde allí volver a entrar en el país por Cataluña, aún en manos republicanas.

A Joaquín se le saltaron las lágrimas al verlos partir. Pero al menos estarían juntos, con su madre, no como otros niños que viajaban solos hacia un futuro incierto. Esperaba volver a verlos pronto, en cuanto se acabase la guerra. Faltaban aún cuatro meses para que su mujer diera a luz y confiaba en que para entonces ya estuvieran de vuelta.

Cuando entró en la casa que hasta horas antes parecía un gallinero, con los niños jugando y peleándose por el pasillo, los cuartos, la cocina… le pareció haber entrado en una cáscara de huevo vacía. De todos modos, en un par de días saldría para el frente, así que apenas le daría tiempo a echarlos de menos. Creía que a sus cuarenta y cuatro años no lo iban a movilizar, pero ante la falta de combatientes habían acabado por reclutar a todos los hombres sanos entre dieciocho y cuarenta y cinco años. Incluso se hablaba de llamar a los de diecisiete y dieciséis años. Por suerte, ninguno de sus hijos había llegado a esa edad.

La salida del barco fue angustiosa. El Cervera, conocido como *El chulo del Cantábrico,* y otros buques rebeldes, apostados en alta mar, pero dentro de las cinco millas territoriales, bombardeaban sin cesar a los barcos que pretendían huir. Hacinados en la bodega, los evacuados no tardaron en sentir los efectos del mareo.

—Madre, me encuentro mal —decían los niños vomitando.

Las mujeres improvisaron. Unos cubos servirían para contener los vómitos hasta que pudieran salir a cubierta. Conchita se encontraba muy mal. No paraba de vomitar, al igual que sus niñas más pequeñas de tres años y diez meses. Su hija mayor trataba de ayudarlas sin resultado. El barco iba bordeando la costa, cambiando de ruta de continuo para esquivar los ataques enemigos y eso hacía que la oscilación fuera mayor de lo normal. Las mujeres se mantenían en silencio, sintiendo el sonido de las cargas hundiéndose en el mar, preguntándose si la próxima los alcanzaría de lleno, segando su vida y las de sus hijos. La bodega estaba inundada por el hedor de los vómitos y el clamor del llanto de los niños.

Cuando se supieron fuera de peligro, las mujeres respiraron aliviadas. El trayecto duró dos días y pudieron salir a tomar el aire a cubierta. Fernando, a punto de cumplir trece años, correteaba contento por el barco con sus hermanos de siete y once años como si tuvieran los pies sobre la misma tierra, inmunes al mareo y a todo lo que no fuera su mundo de juegos. Conchita, preocupada por las dos pequeñas, los dejaba campar a sus anchas. A Fernando le atraía el mar y pasaba muchos momentos asomado a la borda, contemplando el ir y venir de las olas, soñando con el lugar fantástico al que no tardarían en llegar. La falta de higiene y de espacio no hacían mella en él, preocupado solo en pasarlo bien y en conseguir llenar su estómago.

Para Conchita el viaje fue largo y penoso, luchando contra el mareo, la falta de espacio, de higiene, de alimentos y, pasadas las primeras horas de miedo y posterior alivio, contra el aburrimiento.

Por fin, un atardecer avistaron tierra. Era el puerto de Burdeos, en Francia. Los evacuados descendieron colocándose en filas. Caminaban lentamente, con dificultad, por el cansancio y el agarrotamiento de los miembros tras un viaje agotador. Les dieron café, agua, pan, galletas y caramelos. Desorientados por escuchar hablar en una lengua extraña, siguieron las indicaciones que los llevaron hasta la estación del ferrocarril. Fernando y sus hermanos nunca habían viajado en tren y la novedad los dejó pegados a las ventanillas durante la mayor parte del trayecto.

Conchita veía cómo los campos de cultivo se sucedían unos a otros. La vista de los árboles frutales la hacían salivar. Tras un breve viaje el tren paró. Bajaron cuidando sus escasas pertenencias: algo de ropa, un trozo de pan y otro de queso duro, un viejo reloj de pulsera y unos pendientes de oro que Conchita guardaba celosamente en una bolsa dentro del sujetador. A Conchita y a sus hijos los destinaron a un antiguo torreón, parecido a un castillo, regido por unas señoras de gesto serio y malhumorado.

Poco más de un mes pasaron allí, hacinados, durmiendo en el suelo sobre colchones, con los estómagos llenos y sin temer la llegada de los aviones. Las mujeres cuidaban de sus hijos y participaban en las labores de limpieza, en la cocina y en el lavado de la ropa. Fernando y otros chicos de su edad eran los encargados de ir hasta el pueblo vecino a por las cestas de comida que llegaban a diario, a por leña para calentarse, a por agua o a por cualquier otra cosa que les mandasen.

La vida resultaba placentera. Tan solo nublaba la felicidad de los refugiados la ausencia de los suyos y el miedo a recibir la noticia no deseada. Las familias se comunicaban a través de Cruz Roja Internacional, pero la llegada de las cartas era siempre temida. Más de una mujer supo de la muerte de un marido, un padre, un hermano o un hijo. Cuando eso sucedía el dolor parecía atacar a todos los corazones por igual. Fernando quería a su padre, pero también pensaba que si les avisaban de su muerte no necesitaban volver a casa; quizá pudieran quedarse allí para siempre.

Pese a las inyecciones que les pusieron al llegar a Francia, de las que los mayores huían hasta ser apresados por sus madres o por algún responsable, la pequeña de diez meses enfermó. Apenas mamaba y lo poco que tragaba lo devolvía al momento. Además tenía fiebre muy alta y una diarrea imposible de contener pese a ser reconocida por un médico y recibir medicación. Muchos otros niños enfermaron y comenzaron a producirse las primeras muertes.

Libertad murió en brazos de su madre y rodeada de sus hermanos. Su pequeño féretro fue bajado a hombros por las largas y ruinosas escaleras de caracol. Fernando veía el cortejo con el ánimo sobrecogido. Ya le habían muerto más hermanas, pero siempre en su casa, con su padre. Además, Elvira, de tres años, también estaba enferma. ¿Se moriría también? ¿Morirían todos en aquel lugar lejano?

La respuesta llegó cinco días después, cuando la pequeña Elvira expiró. En apenas quince días, pese a estar bien alimentados, catorce niños dejaron su vida en tierras extrañas. Conchita perdió a sus dos hijas más pequeñas en menos de una semana. Había salido de España con seis hijos y ya solo le quedaban cuatro, más el que venía en camino.

Fernando, inmerso en sus obligaciones y en sus juegos, pronto olvidó la tragedia. Le gustaba aquel lugar, con el campo abierto, sus caminatas al pueblo, la falta de obligación de ir a la escuela. Pero pronto llegó la orden de volver a España. Su estancia en Francia solo había sido un paréntesis. Su destino era Cataluña. Francia no estaba dispuesta a mantener dentro de sus fronteras a un elevado número de

refugiados, pese a que, según se decía, el gobierno de Negrín pagaba al país vecino quince francos diarios por persona para su manutención y alojamiento.

Conchita, con sus cuatro hijos y su voluminosa barriga, viajó de Francia a Cataluña. Su vecina, una mujer apocada y miedosa, no se despegaba de su lado. A lo largo del recorrido en tren, en las numerosas estaciones, hombres, mujeres y niños los agasajaban con agua y comida. En Barcelona permanecieron dos días alojados en una especie de almacén, sucio y destartalado, a la espera de su próximo destino.

Durante esos dos días, Fernando y otros chicos mayores disfrutaron recorriendo la ciudad, perdiéndose por sus calles, observando con detalle un mundo fascinante. Las mujeres mataban el tiempo cuidando a sus hijos pequeños y hablando entre ellas, contándose sus miedos y temores.

La familia fue trasladada a un pueblo donde fue acogida en una casa de payeses. A la familia vecina la instalaron en otro vivienda cercana. Fernando se adaptó con facilidad a su nueva vida. Nunca hasta entonces había salido de Gijón y estaba encantado con la novedad del exilio. Había viajado en barco y en tren, vivido en una especie de castillo, visto una gran ciudad y como colofón residía en una granja.

Conchita estaba contenta. De momento, su viaje había finalizado. Los payeses, un matrimonio mayor, él enfermo en la cama, los trataban con amabilidad. Fernando y sus hermanos se levantaban temprano para ayudar a la mujer con las tareas del campo. Conchita se afanaba por cuidar del dueño de la casa, limpiar, cocinar y lavar la ropa.

Dormían en una habitación con tres camas, comían tres veces al día y se habían alejado de la guerra. Eso le contaba a Joaquín en una carta. Carta que él leería en el frente.

41

La ofensiva del ejército rebelde sobre Asturias comenzó a principios de septiembre de 1937 por la zona oriental y en poco tiempo alcanzó Llanes. Desde el aeródromo de Cue salían los aviones italianos y los alemanes de la Legión Cóndor, bombardeando sin cesar la línea del frente y sus alrededores. Marcelo y sus compañeros esperaban, temerosos e impacientes, a entrar en combate con la esperanza de repeler el ataque de las Brigadas Navarras que, acompañadas de regulares y legionarios, avanzaban imparables sembrando el terror, apoderándose de aldeas, pueblos y villas.

Ante la gran potencia de las fuerzas nacionales, los republicanos se vieron forzados a recular a las zonas de montaña, donde esperaban contener sus ataques y hacerlos retroceder.

—En estas montañas les daremos una buena paliza —dijo Ángel con la seguridad de sus pocos años.

—Claro que sí —contestó Dionisio—. Esos ultraconservadores católicos mejor se hubieran quedado en su casa rezando con sus ridículas boinas rojas. No saben bien lo que les espera.

—Es que manda narices, que solo apoyen a nuestros enemigos por cuestiones religiosas.

—Como que se llaman a sí mismos soldados de la fe.

—Pues la fe no los salvará. Los machacaremos vivos.

Marcelo los escuchaba en silencio, sin lograr contagiarse de su optimismo. Sabía bien cómo se las gastaban los requetés, así como los regulares y los legionarios que los acompañaban. Sus fuerzas eran numerosas y la aviación estaba haciendo mucho daño. Y para colmo, la zona oriental estaba desguarnecida al creerla segura por pertenecer Santander al Frente Norte. Había que fortificar a toda prisa, antes de la llegada del enemigo, y esa urgencia unida a su cansancio lo ponía de mal humor.

—También es mala suerte. Mira que tenemos toda la región fortificada y nos van a invadir por el único sitio donde no tenemos ni una mala trinchera —se quejaba Marcelo, furioso, cansado ya de tanta guerra, frustrado porque su batallón, así como el resto de los batallones asturianos que lucharon en Vizcaya, habían tenido que huir en desbandada.

—Por mucho que te enfades no vas a solucionar nada, Marcelo. Guarda tus fuerzas para cuando los tengamos cara a cara.

—Es que… es que… —dijo nervioso, frotándose con fuerza las manos.

—¿Qué?

—Nada, nada —respondió Marcelo acordándose de su amigo Manolo. Mejor mantener la boca cerrada, aunque estaba rabiado contra los mandos que los habían llevado a esa situación. Y mucho más aún contra los nacionalistas vascos que se habían echado en manos del enemigo sin oponer la mínima resistencia, traicionando a la República, ya que aunque se habían declarado leales al gobierno, habían pactado en secreto con Franco a través de Mussolini. Y mientras asturianos y santanderinos defendían sus montañas, los señoritos bilbaínos se pavoneaban tranquilamente por las calles, según se decía.

—Oye, ¿qué piensas tú de lo de los Altos Hornos? —preguntó Dionisio.

—Que nos la han jugado —respondió Marcelo.

—Eso mismo pienso yo. Los vascos tenían que haberlos destruido. La gente está muy quemada con eso. Ahora los franquistas los tienen a su disposición.

—Por eso quieren tomar rápidamente Asturias, para hacerse con nuestro carbón y con nuestras fábricas, especialmente con las de armas. Si cae todo en sus manos la guerra estará perdida.

—No pasarán, no te preocupes.

—Si pudiéramos aguantar hasta el invierno —dijo Marcelo como hablando consigo mismo.

—Aguantaremos, ya verás. Y en cuanto empiece a caer la nieve en los puertos ya solo tendremos que defender esta zona, aunque solo de pensarlo ya empiezo a temblar. El invierno pasado me tocó dos meses por la zona de Pajares y, ¡madre mía!, en la vida pasé tanto frío.

—Anda, tira de pala y deja de hablar, que hablando no vamos a conseguir nada —dijo Marcelo paleando con fuerza para matar su enojo.

En el repliegue de las tropas hacia Asturias tras la caída de Bilbao primero y de Santander poco después, junto a las brigadas asturianas y santanderinas había un buen número de combatientes vascos que, al principio, no fueron bien recibidos por parte de algunos milicianos.

—¿Qué cojones hacen estos aquí? Que se quiten de mi vista porque les meto un tiro entre ceja y ceja.

—Tranquilo, estos vascos son republicanos, son de los nuestros.

—Nos han vendido.

—Ellos no. Ellos no tienen la culpa de lo que hayan hecho los que mandan en su tierra.

—No nos podemos fiar de ellos. Son todos unos traidores.

—A mí no me llama traidor nadie.

—¿Y qué me vas hacer? ¿Eh? ¿Qué me vas hacer?

—Meterte un par de… de…

—Dilo hombre, dilo, un par de hostias, que parece que tenéis miedo hasta de hablar.

Pese a las primeras reticencias, viendo que los soldados vascos luchaban con tanta valentía como ellos, los ánimos enseguida se calmaron para centrarse en lo realmente importante: detener el avance del ejército enemigo.

El frente asturiano se había fortificado inspirándose en la Gran Guerra europea, siguiendo las indicaciones de los vecinos de la zona, los mejores conocedores del terreno. Debido a la climatología húmeda, fría y lluviosa, abundaban las casamatas techadas y comunicadas entre sí por túneles hechos bajo tierra. Por ello, debido a su ya larga experiencia, se construyó a toda prisa una línea de fortificaciones que sería conocida como la Línea del Sella. Pese a ello, no se conseguía detener el avance de las Brigadas Navarras y el ejército asturiano no hacía más que retroceder buscando amparo en las montañas.

Marcelo era uno de los hombres que arrastraba los pies en la larga columna que se dirigía a la sierra de Cuera, donde pensaban hacerse fuertes. Hombres de rostros cansados, desnutridos, mal vestidos, peor armados, perseguidos por un ejército que los triplicaba en número, acosados sin tregua por la aviación.

—Esos cabrones no paran —clamaba Marcelo en su nuevo emplazamiento mientras preparaba barriles con dinamita, ayudado por Eugenio.

—Por nosotros que no quede, Marcelo —decía Eugenio, consciente de su desventaja, aunque dispuesto a luchar hasta el final.

Los dos hombres, resguardados en un pequeño refugio situado en El Mazucu, en la sierra de Cuera, donde se desarrollaron las batallas más cruentas de la guerra del norte, preparaban un arma mortal.

—Esto ya está —dijo Marcelo—. ¡Vamos allá!

—Toma —dijo Eugenio acercándole la botella de la que acababa de beber.

Marcelo echó un buen trago. Era un licor conocido como «asaltaparapetos», mezcla de coñac y pólvora. Mataba el miedo e infundía valor, aunque a Marcelo valor no le faltaba.

Marcelo y Eugenio rellenaban bidones con dinamita, les prendían mecha y los echaban a rodar montaña abajo de una patada.

—Ahí os van esos regalos —gritó Eugenio, tirando un barril tras otro, sin saber que uno de ellos acabaría con la vida de su progenitor, pasado a las tropas enemigas en cuanto tuvo ocasión.

Meses después, cuando su madre lo fue a visitar a la cárcel y le habló de su muerte Eugenio se preguntó si él podría ser el responsable. Los datos coincidían. Pero qué hacía su padre luchando con los rebeldes. Nunca, en casa, había hablado de sus ideas políticas, aunque lo escuchaba a él atentamente, como si compartiera sus ideales y los de la mayoría de sus vecinos. Siempre había sido hombre de pocas palabras. Eugenio se dio cuenta de que apenas lo conocía. ¿Realmente era un fascista o simplemente había intentado salvar la vida? Nunca lo sabría.

Eugenio salió de la cárcel gracias a la intermediación de su madre, viuda de guerra del bando vencedor. Nunca hablaron madre e hijo de la guerra. La vida se había hecho demasiado dura e insegura como para preocuparse por algo más que por sobrevivir.

Los barriles llenos de dinamita brincaban montaña abajo, mutilando y matando. Los republicanos sufrían, desde el amanecer, el fuego de la artillería. De inmediato, la aviación nazi ametrallaba y soltaba sus bombas. El asalto final era una lucha cuerpo a cuerpo. Al anochecer, la montaña aparecía sembrada de cadáveres de uno y otro bando.

Durante días, la lucha fue encarnizada y los muertos se contaban por miles. Los republicanos luchaban con arrojo, pero las fuerzas contrarias eran mucho más poderosas. Se dio la orden de retroceder.

Marcelo se sentía invadido por una mezcla de rabia e impotencia. Habían luchado con todas sus fuerzas y sin descanso en El Mazucu, pero habían sido diezmados. Tenían hambre y frío y apenas les quedaba armamento. Aunque aún conservaba un atisbo de esperanza, a su pesar, olía la derrota final.

—Si no fuera por la aviación de esos facciosos no iban a poder con nosotros —comentaban los hombres mientras se iban replegando al mismo ritmo que avanzaban los nacionales.

—Y si no fuera porque el gobierno central nos dejó tirados tampoco.

—Ya, y mientras tanto, nuestros gobernantes tan frescos en Valencia.

—Al final ellos organizan y nosotros paramos las balas.

—Ya te digo. Estoy harto de esta guerra que parece no acabar nunca y de estar todo el día con el problema de los fusiles, con tantos calibres diferentes que no hay quien se aclare. ¿Cómo vamos a ganar así? —contestaba siempre algún hombre fuertemente desmoralizado.

—Hablad más bajo, que pueden oíros —recomendaba Marcelo, aunque no creía que fueran ya a delatarlos y mucho menos a formales un consejo de guerra. Quedaban pocos, debido al gran número de muertos que sembraban los montes y al no menor número de desertores que reculaban para lanzarse a los brazos del ejército nacional, unos por convicción y otros para salvar la vida.

Mientras que los milicianos retrocedían por la zona oriental, el general Aranda intentó atacar la línea de puertos de montaña. Pero la zona estaba fuertemente fortificada y no disponía de la artillería pesada necesaria. Contrariado, pensó en hacerlo por el sur de Pajares. La estrategia dio resultado. Pronto cayeron los pueblos leoneses de Pola de Gordón o Villamanín, entre otros, además de Pajares o San Isidro. La conocida como «Maginot Cantábrica», en alusión a la muralla fortificada construida por Francia a lo largo de su frontera con Alemania, tras la guerra del 14, sucumbió ante el ataque del ejército franquista.

Cercados en una especie de ratonera sin salida, deshechos los batallones, sin jefes, los milicianos huían por los montes a la desesperada, sin saber a dónde dirigirse.

Muchos aprovechaban para volver a sus pueblos de origen, conscientes de haber perdido la guerra. Otros se escondían en cuadras, hórreos o casas, evitando ser vistos por algún mando que los obligara a volver al frente.

Marcelo, desaparecido su batallón, se unió a otro que se dirigía a Cangas de Onís, donde no pudieron hacer nada más que huir. La aviación arrasó Cangas de Onís, Colunga, Arriondas, Infiesto, Tarna… El corte de suministro eléctrico, los bombardeos, los heridos, los muertos, iban hundiendo cada vez más rápido la escasa moral de los pocos que se resistían a abandonar la lucha.

Junto con los combatientes, la población civil escapaba del horror. Filas de hombres, mujeres y niños caminaban sin descanso en busca de refugio. A Gijón llegaban de forma constante oleadas de civiles y soldados a los que ya no había nada que ofrecer, pues la comida era escasa y el alojamiento inexistente. La presión de las tropas nacionalistas por el oriente y por el centro estaba desbaratando las últimas resistencias, haciendo retroceder a los republicanos hacia el mar, la única salida posible.

En Gijón, bombardeado de forma masiva, cundía el pánico entre una población civil que no sabía hacia dónde ir para escapar del infierno. Los depósitos incendiados de Campsa iluminaban el miedo de la noche. La noticia de la partida días atrás del secretario de la Presidencia del Consejo Soberano acompañado por varios funcionarios, sembró la rabia y el desconcierto, extendiéndose desde la retaguardia hasta el frente, provocando más deserciones.

Marcelo, junto al resto de sus compañeros, se replegaron a Oviedo, a la zona de La Manjoya, donde el 20 de octubre se recibió el aviso de que la guerra en el norte había llegado a su fin.

El Consejo Soberano de Asturias y León abandonó Gijón consciente de la escasez de barcos. Había solicitado ayuda para la evacuación a los socialistas franceses y a los laboristas ingleses, pero el Consejo Internacional de no Intervención se negó a ello. Una vez más, Europa daba la espalda a los republicanos españoles.

—Lo siento muchachos, pero ya no hay nada que hacer —dijo el teniente—. El Consejo Soberano ha dado la orden de evacuar. Hay barcos esperando en los puertos. La consigna es «Sálvese quien pueda». Os deseo a todos mucha suerte —continuó con la voz quebrada y lágrimas en los ojos.

La mayoría de los soldados al escuchar esas palabras tiraron sus fusiles y se desembarazaron de correajes, pistolas y cualquier otra cosa que pudiera delatarles. Unidos a los civiles en su marcha, entraban en la primera casa que encontraban para cambiarse de ropa, mezclándose después con la marea humana. Marcelo, abatido, se preguntaba qué había pasado y qué sería a partir de ese momento de esa cantidad ingente de hombres, mujeres y niños muertos de hambre y harapientos.

Marcelo caminaba todo lo aprisa que podía, pero no se resistía a recoger a un pequeño lloroso para llevarlo a hombros o ayudar a un anciano a reanudar su penosa marcha. Eso retrasaba su escapada y aunque sus compañeros le decían que no mirara

atrás, que corriera, él no podía. Se le ponía un nudo en la garganta viendo a esos chiquillos y pensando en sus hijos, ¿dónde estarían en ese momento? ¿Seguirían en casa con los abuelos o ellos también habían huido? Su angustia iba acrecentándose a cada momento, consumiéndolo por dentro. La caravana avanzaba con lentitud por la carretera y sabía que si quería seguir con vida debía largarse y seguir su camino sin carga. Pero no los podía abandonar. No. Él no dejaría tirado a nadie.

De pronto sintió gritar su nombre. Miró en dirección a la voz sin conseguir reconocer a nadie entre la marabunta hasta que un brazo fuerte y poderoso lo hizo parar.

—¡Marcelo! ¡Marcelo! ¡Estás vivo!

—¿Ramón? —preguntó desorientado, viendo la cara de su mejor amigo desdibujada por el barro y la amargura.

Los dos hombres se miraron emocionados y se abrazaron con fuerza. Llevaban sin verse desde el inicio de la guerra, pues nunca habían coincidido de permiso y habían luchado en frentes distantes.

—Tenemos que abandonar esta caravana y huir por los montes —dijo Ramón.

—Ya, pero toda esta gente. Hay viejos, mujeres, niños inocentes.

—No podemos hacer nada por ellos, Marcelo. Nos vienen pisando los talones y si no espabilamos nos cogerán. A ellos no creo que les hagan nada, son población civil y están tan aterrorizados que no suponen ningún peligro. Para los combatientes nos tienen reservada una bala, o cosas peores.

—Tienes razón. Piensa tú qué hacemos, yo no puedo. No sé qué me pasa pero no puedo pensar.

—Tenemos que llegar a El Musel como sea, sin mirar atrás y sin preocuparnos de nadie que no sea nosotros mismos. Es triste, pero es así. Si queremos salvar la vida no nos queda otra que escapar, salir de este país de miseria y de muerte.

—Lejos de los nuestros.

—Sí, lejos de los nuestros, pero vivos.

Ramón y Marcelo comenzaron su viaje a través del monte. Caminando muy rápido, corriendo por momentos, llegaron a Monteana. Ante sus ojos espantados, el puerto de El Musel se mostró atestado de civiles y militares. Bajo las llamaradas descomunales de los depósitos de Campsa veían a miles de hormigas desesperadas buscando su salvación en el mar. Comprendieron al momento que no había suficientes barcos. Además, un submarino y un destructor hundidos por la aviación nacional dificultaban la salida.

Los dos camaradas, tras trazar un mapa mental con los barcos y lanchas disponibles, descendieron hasta el puerto en un intento desesperado de librarse del peligro de ser apresados. Allí se encontraron con una masa humana imposible de traspasar. Los gritos histéricos dominaban el aire. Las lanchas amenazaban con hundirse por el peso excesivo mientras unas manos se aferraban a ellas y otras

luchaban porque no lo hicieran. Desde el mar, los bombardeos de los nacionales sembraban el pánico. Muchos barcos fueron hundidos y otros muchos capturados.

Los dos amigos intentaban abrirse un hueco para alcanzar un barco o una tabla de madera siquiera; cualquier cosa con la que poder flotar y alejarse de allí. Pero la muchedumbre era inmensa y compacta y no conseguían atravesarla. El «Sálvese quien pueda» había borrado toda noción de solidaridad o camaradería convirtiéndose en un caos.

Conscientes de su suerte, se retiraron. Subieron monte arriba. Escondieron entre unos matojos las armas de Marcelo. Ramón también se desprendió de su ropa de campaña con los galones de capitán y puso el jersey marrón oscuro que le había tejido Marina. Marcelo lo imitó cubriéndose con la chaqueta negra que le había enviado su suegra. Ya oían las voces de los nacionales acercándose. No tenían más opción que bajar al puerto e intentar pasar desapercibidos entre la multitud.

Horas después, formaban parte de un numeroso grupo de hombres destinados a la cárcel. No hacía falta mirarles las ropas ni ver si llevaban armas. Eran hombres y no estaban mutilados. Ramón y Marcelo, resignados, se dejaron atar las muñecas con alambre, caminando obedientes en medio de una columna a la que hostigaban con continuos culatazos. Habían luchado por sus ideas y por sus familias, pero el sueño se había roto y esfumado entre sus manos temblorosas. En sus mentes, atenazadas por los últimos acontecimientos, se agolpaban las preguntas sobre la suerte de los suyos. Ramón pensaba especialmente en Jesús, sin saber que había estado a poca distancia de él, que su hijo había logrado subir a uno de los barcos que se habían hecho a la mar.

42

El 21 de octubre de 1937, las Brigadas Navarras, acompañadas de regulares y legionarios, entraron triunfantes en Gijón. El día anterior, el Consejo Soberano y el Estado Mayor, así como todo aquel que tuvo suerte de encontrar sitio en un barco, habían abandonado la ciudad. El Frente Norte había desaparecido poniendo a disposición de los nacionales una industria valiosa para fabricar armamento y una gran reserva de carbón.

El ruido de tiros y bombas y el rugir de los aviones, al fin habían cesado. El centro apareció engalanado por una súbita nevada en las ventanas, terrazas y balcones que lucían sábanas, manteles, toallas o trozos de tela de color blanco como señal de rendición y de apego a los vencedores. Una multitud extasiada celebraba, brazo en alto, la marcha de las brigadas por las calles más céntricas, aplaudiendo entusiasmada. Abundaban las banderas nacionales, y se escuchaban los gritos de «Viva España» y «Viva Franco».

La ciudad ya estaba, desde el día anterior, en manos de los derechistas que habían sido liberados de las cárceles y de los centros de detención. Numerosos escondidos salieron a la luz. Otros cambiaron con rapidez de chaqueta. Diseminadas entre el gentío muchas personas lloraban por dentro intentando dibujar en sus labios una falsa sonrisa de satisfacción.

Los primeros días el ambiente fue de exaltación. Los altavoces ensalzaban la victoria y camiones y camionetas lanzaban hogazas de pan blanco a la masa hambrienta que las recibía gozosa. Al fin se había acabado la escasez y el pan negro.

Raquel lloró de emoción y de alivio con la llegada de los nacionales. Había llamado de madrugada a la puerta de doña Trini, que tras mirar a izquierda y derecha de la calle, la dejó entrar. Las dos mujeres se deslizaron silenciosas por el pasillo hasta la habitación de la dueña del *cabaret*.

—¿Qué te ha pasado, Raquel? ¿Qué te ha hecho ese desgraciado? —preguntó al ver el moratón que lucía en el pómulo derecho y las señales de lucha.

—Nada, una pelea, no quiero saber nada más de él —respondió Raquel.

Raquel, pese a los consejos de doña Trini, había abandonado el *cabaret* y sus suculentos ingresos seducida por los encantos de un teniente. Era un hombre guapo, alto y con clase que le ofreció una nueva vida. La trataba bien, parecía quererla y la colmaba de regalos.

Las primeras semanas se sintió la princesa de un cuento. Ernesto, destinado en la ciudad, iba todas las noches a dormir a casa y eso la llenaba de felicidad. Era la primera vez que tenía un hombre para ella sola y, sin apenas darse cuenta, se enamoró.

Pero los celos no tardaron en aflorar en forma de golpes. El primer tortazo, suave, fue como un toque de atención a una niña pequeña. En compensación recibió un par de pendientes y muchas disculpas que no lograron borrar su humillación, aunque la hizo creer que no volvería a pasar.

Sin embargo, el tortazo suave dio paso a bofetadas fuertes, coscorrones, codazos y patadas por todo el cuerpo. Ernesto no quería que saliera a la calle, ni que hablara con los vecinos, ni que se arreglara. Quería verla limpiar y cocinar como una buena ama de casa. Y con la cara lavada, como una mujer decente, añadía.

Raquel se rebelaba, aumentando la intensidad de los golpes. Intentó escapar varias veces, pero el teniente cerraba la puerta con llave y la guardaba.

Ernesto apareció en casa el día antes de la llegada de los nacionales, ordenando que le diera de comer y le preparara sus cosas para intentar escapar. Le pegó un puñetazo porque la comida estaba salada y le puso la zancadilla. Raquel cayó y se dio un fuerte golpe en un costado. Fuera de sí, se levantó y se abalanzó sobre él, tirándolo de la silla, rodando los dos por el suelo. Ernesto se incorporó, la cogió del pelo y la arrastró por el piso. Cuando la iba a patear, Raquel giró sobre sí misma y de un salto se puso de pie. Vio como Ernesto iba hacia ella con una sonrisa guasona en los labios, quitando el cinturón. Con disimulo, cogió el cuchillo que tenía a su espalda. En el momento en que Ernesto le empezó a colocar el cinturón alrededor del cuello, cerró los ojos y hundió la hoja en el cuerpo de su amante. Se hizo el silencio. Los ojos de Ernesto la miraban fijamente, sorprendidos. Luego, un golpe seco.

Raquel permaneció largo rato observando el cuerpo tendido sobre un charco de sangre, temiendo que se levantara de repente. Cuando estuvo segura de su muerte se lavó y buscó la llave. No la encontraba. Pensó en mirar en su camisa, o en sus botas, pero le horrorizaba la idea de tocarlo. Fue al dormitorio. Revolvió ropas y cajones. Nada. En la cocina ya había mirado muchas veces. Entonces pensó en el baño. La encontró escondida entre los utensilios del afeitado. ¿Por qué no se le había ocurrido antes mirar allí? Recogió sus cosas procurando que no quedara nada que anunciara su presencia en esa casa y con el mayor de los sigilos salió a la noche. Caminó silenciosa y apresurada por las calles desiertas hasta el único lugar donde sabía que podía llamar. Pero no le contó nada de eso a doña Trini. No quería que tuviera problemas si iban a buscarla.

Apenas unas horas después, los nacionales entraban en Gijón. El teniente republicano acuchillado en una cocina cuando entraron en busca de enemigos, no les importó lo más mínimo. Alguien había hecho el trabajo por ellos.

Pero no todos los gijoneses estaban tan contentos como Raquel. La mayoría permanecían encerrados en sus casas. El miedo había cambiado de bando, aligerando

unos pechos para oprimir otros. Mujeres, hijos y padres, se preguntaban dónde estarían aquellos a los que tanto querían. ¿Habrían logrado huir? ¿Estarían presos? ¿Muertos? Preguntas sin respuesta que pesaban como una losa.

Julián había aparecido en casa dos noches atrás. Estaba con su unidad por los montes cercanos a Villaviciosa cuando vio a Ataúlfo, uno de sus vecinos.

—Tienes que escapar de aquí, Julián. Ya entraron en Villaviciosa y vienen hacia Gijón abriéndose en abanico. Ya no hay nada que hacer.

—¿Y tú qué haces por aquí? No eres de esta compañía.

—Me envía mi jefe de brigada. Tengo que entregar una notificación.

—Pues yo me tengo que quedar aquí. No tengo más remedio.

—Escucha, espera a que marche yo y cuando caiga la noche vete reculando. Si te preguntan dices que llevas un recado para la retaguardia. Inventa el nombre de un mando, ya hay tanto descontrol que nadie se dará cuenta.

—No sé, si me pillan seguro que me fusilan.

—Qué va. Si quieres salvar el pellejo hazme caso. Intenta llegar a casa y quédate allí. Ni tú ni yo tenemos cargo alguno así que nadie se preocupará de nosotros.

—Entonces es mentira que llevas un recado.

—Calla, no hables tan alto —dijo Ataúlfo, poniendo un dedo sobre los labios, indicando silencio—. No, no llevo ningún recado —le susurró al oído—, pero me está funcionando. Espero poder abrazar a mi mujer y a mis hijos esta misma noche. Tú haz lo que quieras, pero si te quedas aquí eres hombre muerto.

Ataúlfo desapareció. Julián esperó más de media hora, pensativo, indeciso, sin saber qué hacer. Después, se alejó como si fuera a hacer de vientre. Amparado en la oscuridad fue retrocediendo poco a poco, con el oído atento, escondiéndose si escuchaba voces. Cuando los sonidos de las tropas desaparecieron, comenzó a caminar rápido y cuando se sintió seguro echó a correr. Poco antes del amanecer, ya cerca de casa, se decidió a deshacerse del fusil, de los correajes, de la cantimplora y del cacillo. Al llegar a casa llamó con suavidad en la ventana de su dormitorio sin dejar de mirar a ambos lados de la calle. Se abrió la contraventana. Tesa lo miró aturdida y corrió hacia la puerta de la calle.

—¿Qué haces aquí, Julián? ¿No estabas en el frente? —preguntó pasmada por el susto.

—Escapé.

—Te declararán desertor, te harán un consejo de guerra, pero ¿cómo has podido hacer algo así?

—Calla, calla, no te aceleres. No me pasará nada.

—¿Cómo que no te va a pasar nada?

—La guerra está perdida, Tesa, perdida —dijo Julián derrumbándose, agotado como estaba, hambriento, temeroso.

—¿Ya acabó?

—En Asturias sí. En Asturias ya acabó todo.

—¿Y no os cogieron presos?

—Ya te dije que escapé, Tesa.

—Vendrán a buscarte, entonces.

—No, no creo. No soy más que un soldado raso. Nadie se acordará de mí.

—Los demás, ¿también escaparon?

—Hace tiempo que hay muchas deserciones. Algunos, como yo, escapamos. Otros quedaron allí a defender lo indefendible. Mañana estarán muertos o encerrados.

—¿Abandonaste a tus compañeros? —preguntó Tesa en tono de reproche.

—Sí, los abandoné, ¿y qué? ¿Acaso debería haberme quedado hasta que me frieran a tiros?

—No es de hombres abandonar a los suyos —dijo Tesa con una acusación en la voz.

—Es muy fácil hablar estando aquí. Pero tú no tienes ni idea de lo que es un frente. No tienes ni idea de lo que es ver caer uno tras otro a tus compañeros mientras el hambre, el cansancio, el frío, los piojos y las ratas nos van devorando.

—Pero quizá no esté todo perdido, Julián. Y si logran detener a los nacionales vendrán a por ti y te fusilarán.

—No te preocupes, que eso no va a suceder. Ya te digo que todo está perdido. No hay nada que hacer, Tesa, nada —dijo Julián con un hilo de voz, derrumbándose sobre la cama, con la cabeza entre las manos, rompiendo a llorar como un niño perdido de su madre.

Tesa quedó paralizada. Nunca había visto llorar a Julián y en ese momento se dio cuenta que tenía ante ella a un ser destrozado. Quizás no fuera ningún cobarde como creyó en el primer momento y tuviera razón. Sí, quizás otros muchos hombres también estarían en esos momentos volviendo a sus casas.

Julián estaba en lo cierto. En la ofensiva sobre Gijón hubo miles de muertos y heridos y las cárceles no hacían más que tragar hombres. Él se había salvado gracias a Ataúlfo. Nunca se lo podría agradecer bastante.

Varios días estuvo Julián escondido hasta que muchos soldados, aquellos que eran simples números y nunca habían tenido cargos políticos, comenzaron a regresar a sus casas sin que nadie se lo impidiera. Uno de ellos fue Antonio, que apareció tres días después, ya de noche cerrada, acompañado por su capitán. Pilar chilló como si acabara de ver a un par de fantasmas.

—No chille, madre, por favor no chille. Pueden oírla.

—¿Y quién es ese que viene contigo? Ese uniforme…

—Es mi capitán, madre.

—Pues que salga de casa o nos pondrá a todos en peligro.

—No puede ir a su casa, madre. Lo irán a buscar y lo matarán.

Pilar no protestó más. Miró la cara de aquel hombre, aún más derrotada que la de su hijo, y su corazón no pudo rechazarlo.

—Os pondré algo de comer —dijo, atizando la cocina de carbón.

El capitán permaneció escondido en la última habitación, allí donde no iba nadie más que Antonio a dormir y su madre a limpiar. El uniforme fue quemado en la cocina. Todos permanecieron en silencio mientras las llamas devoraban el símbolo de una lucha. Tres noches más tarde, los dos hombres salieron de casa. Unas calles más allá otro hombre oculto bajo su gorra salió de entre las sombras. Se saludaron. Antonio y su capitán se despidieron con un efusivo abrazo. Nunca más volverían a saber el uno del otro.

Con el paso de los días fueron llegando noticias de los ausentes. Marcelo y Ramón habían sido hecho prisioneros. Trasladados al cuartel de la Guardia Civil de Los Campos, esperaban juntos la llegada del juicio. De Jesús no había noticias y se temía su muerte, aunque Marina se resistía a aceptar esa idea. Dentro de su corazón sentía que su hijo seguía vivo.

Con la entrada de los nacionales cambió el aspecto de las calles. La imagen del soldado popular fue sustituida por la de los legionarios, los moros y los requetés, a los que todos temían, en especial las mujeres. Los legionarios y los requetés las obligaban a pasear cogidas de su brazo y los moros las acosaban. Eran hombres ansiosos de cuerpos femeninos que saciaban sus instintos con las presas «rojas» o en los burdeles. Los hospitales no daban abasto para atender a los enfermos de sífilis.

Los grandes y medianos empresarios, el sector financiero, las más destacadas asociaciones de la ciudad y una multitud de particulares, acudieron en masa al ayuntamiento para mostrar su lealtad al nuevo régimen. Las afiliaciones a la Falange Española y de las Jons eran incontables. No había suficiente tela azul en las tiendas para tanta camisa.

En El Llano sorprendió la aparición de Salvador. Muchos lo creían muerto. La mayoría lo hubiera deseado. Pero Salvador había sobrevivido a una cómoda guerra en Luarca, donde se había instalado el Cuartel General de los nacionales. Debido a ello y a la masiva afluencia de refugiados huidos de Oviedo, Grado, y otros muchos pueblos, en las calles reinaba un gran ambiente. En la villa escaseaban los alojamientos, pero Salvador se las había ingeniado para tener un buen cuarto a su disposición.

Salvador, conocido en los círculos falangistas, reconocido por los servicios prestados en el alzamiento de Gijón, ostentaba el grado de alférez. En Luarca vivía ajeno al drama de la guerra. Flirteaba con las numerosas mozas casaderas que se paseaban por el centro del pueblo. Rodeado de amigos, comía bien, bebía mucho y pretendía a la hija de un comandante de buena familia de Oviedo que no tardó en quedar embarazada. El padre, tras poner el grito en el cielo y amenazar con matarlo, persiguiéndolo a gritos con su pistola en la mano por las calles más céntricas, no tuvo más remedio que acceder a esa boda que lavaría el honor mancillado de su única hija. La sociedad selecta de la villa le abrió los brazos y su familia política las puertas de una casa acomodada. De regalo de boda un ascenso de rango.

Al día siguiente de entrar las tropas navarras en Gijón, tomó posesión junto a su mujer y su hijo de la casa de Sandalio, estableciendo su despacho en la planta baja. Ahora era suya. La venganza contra sus vecinos ya llevaba mucho tiempo fabricada en su mente. Había llegado la hora de llevarla a cabo.

43

Marina estaba deseando saber de su hijo, pero parecía que lo hubiera tragado la tierra. Peregrinó por todas las cárceles y campos de concentración de Gijón preguntando por él, sin ningún resultado. Lejos estaba de saber las peripecias que su pequeño había sufrido desde la caída del Frente Norte.

Jesús había conseguido llegar a El Musel el 20 de octubre, gracias a la agilidad de sus jóvenes piernas que corrieron por la carretera y campo a través. Enseguida se percató de la escasez de embarcaciones pese a que el puerto estaba lleno de naves de todo tipo. Además de combatientes había miles de civiles, mujeres y niños incluidos. La gente, enloquecida, empujaba y pegaba a quien le impidiera avanzar. Algunos, incluso, hicieron uso de su arma para abrirse paso. Los que llegaban en coche o en moto tenían que dejarlos abandonados y continuar a pie. Jesús comprendió que si se quería salvar no podía andar con miramientos.

Avistó un vapor, *El Llodio*, abarrotado de gente y a punto de partir. Corrió hacia él, abriéndose paso a empujones entre la multitud. Consiguió subir luchando contra las patadas y codazos de los que estaban en su interior y de los que venían detrás. A duras penas encontró un hueco donde acurrucarse en la cubierta, en el costado de babor, vigilando a cuantos le rodeaban, consciente de que en cualquier momento podrían tirarlo por la borda. La nave zarpó con su excesiva carga.

Desde el mar, aún inseguro, Jesús veía a la marea humana acercarse a la orilla. Navegaban pegados a la costa, en un intento de esquivar los ataques de los buques de guerra nacionales que bloqueaban la salida del puerto, cañoneando a los que pretendían huir. Jesús nunca se había sentido tan asustado como en ese momento. En tierra firme se podía correr, saltar, esconderse, defenderse. En cambio, en ese barco, no había escapatoria. Por un lado, temía que comenzara a hundirse de un momento a otro. ¿Qué haría la gente en ese caso? ¿Deshacerse de unos cuantos para aligerar la carga? Ese pensamiento lo estremeció porque fue consciente de que si fuera necesario él lo haría. Había cambiado mucho desde el primer día que pisó el frente. Ya no era aquel chaval ingenuo e idealista. Había visto demasiadas muertes y traiciones. «Sálvese quien pueda». Esa era la consigna.

De pronto, unas potentes luces lo cegaron. Acababan de ser interceptados por dos navíos italianos. Los gemidos y los escalofríos de terror se adueñaron del barco. La masa humana, apretujada cuerpo contra cuerpo, parecía formar un solo ser tembloroso y espantado. Ya no era posible la salvación.

El barco fue obligado a desviarse hasta el Cabo Peñas, como el resto de naves apresadas. Una vez concentrados, los hicieron dirigirse al oeste, hacia Ribadeo. El silencio de una noche lúgubre y sin esperanza se rompía de cuando en cuando por el sonido de un disparo. Los cuerpos de los que elegían la muerte antes que la sumisión se entregaban a las frías aguas de octubre del Cantábrico.

Jesús vio cómo muchos compañeros comenzaban a desembarazarse de sus documentos de identidad y de otros papeles comprometedores. Los situados en el centro de la cubierta los entregaban para que, yendo de mano en mano, llegaran hasta los que se ubicaban en los costados para arrojarlos al mar.

—¿Por qué os deshacéis de la documentación? —preguntó sorprendido.

—Si no saben quién eres no podrán condenarte.

—¿Seguro?

—Hazme caso, tira todos tus papeles y cuando te pregunten inventa un nombre. Jesús cogió su documentación y la entregó a las aguas. Después, con gran pena, se deshizo de las cartas de su familia, que guardaba dentro de la chaqueta como el más preciado de los tesoros.

Tras largas y penosas horas de navegación, llegaron a Ribadeo. Allí desembarcaron. Los pusieron en fila y les pidieron la documentación. Algunos hombres fueron reconocidos y sacados a culatazos de la hilera de presos. El cuerpo de Jesús se estremeció cuando sintió los disparos. Los habían ajusticiado de inmediato, sin interrogatorio, sin juicio previo. Luego, dividieron al resto en dos grupos.

Unos irían por mar hasta La Coruña. Otros, como Jesús, se dirigieron hacia Bayona en el vapor *Arichachu*.

—¿Cuándo llegaremos? —se preguntaban los hombres muertos de hambre y de sed.

—Ya llevamos tres días aquí y ni tan siquiera nos dan un poco de agua. A este paso acabaremos todos muertos.

—Igual es eso lo que pretenden.

Jesús escuchaba las quejas de sus compañeros echo un ovillo. Le dolía la barriga y tenía los labios cuarteados por la deshidratación. Como la mayoría, pasaba la mayor parte de las horas en una especie de duermevela. Algunos habían intentado beber su propia orina, siendo reprimidos por los guardias. Al menos ya habían dejado de vomitar, porque sus estómagos estaban tan vacíos como sus ilusiones.

Al fin, el barco atracó. Descendieron y los llevaron en lanchas hasta el puerto de Bayona, donde les dieron un poco de agua y de comida que no consiguió calmar ni su sed ni su hambre.

A continuación los subieron en unas camionetas. Iban tan amontonados que no podían ni respirar, aunque ya estaban acostumbrado a la falta de espacio. Tras un penoso recorrido de más de diez quilómetros llegaron a su destino final: el campo de concentración de Camposancos.

Jesús, en medio de la fila de hombres, miraba al imponente edificio que se alzaba ante él. Era un gran construcción de piedra con varias torres, situada a la orilla del mar. Entraron y los condujeron al patio.

—Desnúdense —fue la seca orden.

Jesús comenzó a quitarse la ropa, colocándola a sus pies. Los guardias examinaron a los hombres y registraron su ropa y su calzado. Después de vestirse y de organizarlos en centurias los hicieron entrar en el recinto.

—Aquí no hay nada. Ni una sola cama —dijeron los hombres. No son más que espacios vacíos.

—Que cada uno busque dónde acostarse para dormir. Y ya que nos organizaron en centurias propongo que los de la misma centuria estemos juntos.

—¿Y quién eres tú para proponer nada? —replicó otro.

—Tengamos calma, compañeros. No sabemos cuánto tiempo vamos a estar aquí, así que mejor llevarnos bien.

Jesús se acercó a unos hombres que le resultaban familiares por el viaje. Eran de su misma centuria. Sin decir nada, el resto fue haciendo lo mismo. Eran demasiados reclusos, así que mejor hacerse con un pequeño grupo de amigos.

El edificio tenía salas largas y estrechas, muy amplias, salpicadas de grandes y abundantes ventanales. También varias salas más pequeñas. Los hombres se fueron instalando como pudieron, ocupando su pequeño trozo de suelo, pues el espacio era insuficiente.

Jesús se encogió sobre sí mismo, poniendo su jersey de almohada. Hambriento, fue sumiéndose en el sueño muy lentamente, con las imágenes de los últimos días dando vueltas en su cabeza. Al amanecer los despertaron y, tras formar para hacer recuento e izar la bandera, les dieron un bollo de pan y una taza de leche.

—Escuchen todos —dijo uno de los guardianes—. Vamos a empezar a tomar declaración. Se pueden presentar voluntarios los que nunca hayan cogido un fusil. Ya saben que con eso no pueden hacer trampa, que el moratón que lucen en su hombro derecho no ha tenido tiempo para desaparecer. Así que si no quieren tener problemas no traten de engañarnos.

Enseguida se presentaron un buen número de voluntarios. Jesús se preguntó cuánto tiempo tardaría en desaparecer la señal del retroceso del fusil. Había estado pensando que cuando le tomasen declaración diría que lo reclutaron de manera obligatoria. Quizás eso le sirviera de algo. Pero de momento no pensaba decir su nombre. Bueno, su nombre sí, para no liarse él mismo. Pero cambiaría sus apellidos. Le preguntarían también por el lugar de residencia. No sabía si sería mejor decir Gijón o cualquier otro lugar. Tendría que preguntar a los demás.

Cuando los voluntarios salieron de declarar, un enjambre de presos se arremolinó a su alrededor.

—¿Qué? ¿Os sueltan?

—Qué va. Contra mí no tienen nada, pero necesito dos avales de mi pueblo —dijo un chico joven—. Y ya me diréis a quién le voy a pedir esos avales. Mi familia no entra en la iglesia, así que el cura descartado. El alcalde es falangista de esos que no perdonan ni a su madre. Los vecinos nos quieren robar las tierras. Creo que me quedaré aquí con vosotros un poco más. Me gusta este sitio —río con ganas.

Jesús se acercó a él. Ya habían hablado el día anterior y habían dormido uno al lado del otro.

—¿Y donde trabajabas?

—Pufff, peor aún. Mi jefe es un mal bicho que no dudará ni un segundo en denunciar a la mayoría de los que trabajábamos para él.

—Pues es una pena. Me llamo Jesús —dijo extendiendo la mano.

—Blas —respondió con una amplia sonrisa.

—¿Y tú qué? ¿No vas a declarar?

Jesús le enseñó la marca de su hombro. Blas asintió. Jesús estuvo tentado de preguntarle por qué no había cogido las armas, pero prefirió esperar a tener más confianza.

Al mediodía volvieron a formar en el patio. Luego les dieron de comer un plato de garbanzos que degustaron con auténtico placer. No era solo el hambre. Les parecieron realmente buenos. En días sucesivos comprobarían satisfechos que en ese lugar comerían caliente tres veces al día.

Su situación también era aliviada por la ayuda de los lugareños que les pasaban alimentos a través de las alambradas. Pero lo que más agradecieron los presos fue el ofrecimiento de varias mujeres para lavarles la ropa. Jesús se sentía feliz cuando Antía, una señora de unos cincuenta años que se había encariñado con él, al recordarle a su nieto muerto en la contienda, le devolvía su ropa limpia y planchada. Y lo más importante; libre de piojos.

En poco tiempo, a Jesús y a Blas se les unieron Elías y Alberto. Se contaron sus historias y trabaron amistad. Se reunían en el patio y para dormir. Hablaban, reían, se protegían unos a otros y trataban de ahuyentar el fantasma de la pena y de la soledad.

—Cuando salgamos de aquí tienes que presentarme a esa hermana tuya que dices que es tan guapa —dijo Blas.

—A ti, ni loco. Para mi hermana quiero un mejor partido.

—Mejor que yo, imposible. ¡Mírame bien! —decía poniéndose en pie, haciendo movimientos como si se colocara un sombrero y fumara un buen puro.

Blas arrancaba las sonrisas de sus amigos. Era simpático y contaba buenos chistes. Lástima que no pudieran conseguirle unos avales. Él no había hecho nada. Lo habían reclutado obligatoriamente y en el frente estuvo en un pueblo donde no necesitó pegar ni un solo tiro.

Jesús, tras un reconocimiento médico, fue destinado a una brigada de trabajo. Cada día echaba más en falta a su familia. ¿Qué habría sido de su padre? Al mentir sobre su identidad no podía mandar cartas y su madre estaría loca preguntándose qué

habría sido de su hijo. Pero si decía su nombre enseguida sabrían que estaba afiliado a las Juventudes Comunistas, que pertenecía a las Juventudes Socialistas Unificadas y que se había alistado voluntario. Eso le podía dar problemas cuando lo llevaran frente al tribunal militar. Si no lo condenaban a muerte le echarían la perpetua. Se sentía confuso. Nunca había imaginado que pudieran perder la guerra. Si los rebeldes eran los otros…

Un día vio a Blas arrastrado por dos guardias. Lo habían pillado cogiendo un poco de agua de un bidón para lavarse. La paliza que le dieron por poco lo mata. Salió del calabozo cinco días más tarde.

—¿Cómo estás, Blas? —se acercaron sus amigos nada más verlo.

—Bien, bien, pero esos desgraciados me molieron a palos. Y solo por un poco de agua. Si ahora mismo encontrara un arma me los cargaba a todos.

—Ya te los cargarás otro día. Ahora vamos a cenar. Necesitas reponer fuerzas —dijo Jesús ayudándolo a caminar.

—¿Cómo se te ocurrió coger agua sabiendo que está prohibido? —preguntó Elías a Blas, sin entender lo que había hecho su amigo.

—Es que no me aguantaba. Me picaba todo el cuerpo y necesitaba lavarme.

—Por lavarte no te va a desaparecer la sarna —dijo uno de sus compañeros de mesa.

—¿Y cómo sabes tú que tengo sarna? —preguntó Blas ofendido.

—Porque hay epidemia. Si no tenemos cuidado nos contagiaremos todos.

—¿Acaso eres médico? —preguntó Jesús suspicaz.

—Sí, soy médico —contestó el hombre—. No se os ocurra compartir la ropa ni nada que se lleve pegado a la piel. Es por el hacinamiento en el que vivimos y la falta de higiene. Me llamo Rafael.

Los chicos se presentaron, así como otros presos amigos del médico. Un guardia observó la conversación, se acercó a la mesa y pegó un golpe fuerte con la porra.

—Comed y callad, ¡hostias!

Los prisioneros bajaron la cabeza y dejaron el plato limpio tragando, junto con la comida, su orgullo y su rabia.

Ya en la estancia donde dormían continuaron hablando mientras se rascaban unos por la sarna y todos por los piojos. Entre los presos había obreros, médicos, ingenieros, campesinos, periodistas, sindicalistas, ferroviarios, y jóvenes como Jesús y sus amigos, aún sin oficio.

—¿Ya sabéis dónde estáis? —le preguntaron a Jesús.

—Sí, en Galicia, aunque no sabemos muy bien dónde.

—En La Guardia, en Pontevedra.

—Bueno —dijo Blas—. Total, qué importa estar aquí o allá si no podemos ir a ningún sitio.

—A no ser que aparezca la Guardia Civil.

Todos callaron. Sabían que si aparecían de día era para traslados a otra cárcel, pero si lo hacían de noche la muerte estaba asegurada.

—Bueno, vamos a dormir y descansar que buena falta nos hace —dijo Rafael.

Sin decir nada más, los presos se dispusieron a buscar acomodo en el suelo. Elías se quitó los pantalones y los sacudió para ponerlos de almohada.

—No sacudas los pantalones, que nos echas encima todos los piojos —bramaban los que tenía cerca.

—Es que si no los sacudo no me dejan dormir. Se me suben todos a la cabeza, empiezan a correr y mientras que los cazo me pasa la noche.

—Pues no te los quites.

—Es que no soporto dormir con las piernas tapadas.

Todas las noches tenían la misma discusión. Los piojos vivían entre ellos a sus anchas, instalándose en pantalones, camisas, chaquetas, mantas… Los piojos, junto con las pulgas y las chinches les hacían la vida más difícil. La falta de higiene se volvía insoportable. Los retretes estaban continuamente atascados, no les daban agua para lavarse pese a la cercanía del río, y el reuma y la pulmonía atacaba a los mayores y a los más débiles. Todo ello unido a la obligación de trabajar de la mañana a la noche arreglando caminos o realizando algún tipo de construcción, sometidos a constantes palizas, acababa cada semana con la vida de unos cuantos hombres.

Los cuerpos sufrían por las duras condiciones de vida. Las mentes también estaban sometidas a tortura. Había que tener cuidado con quién se hablaba, pues los chivatos abundaban. Oír hablar de «el pabellón de la tortura» los trastornaba, pues suponía pasar por un interrogatorio para después ser llevados a Oviedo o a Gijón ante un consejo de guerra, lo que casi siempre significaba la muerte.

Los domingos era el día de descanso para unos cuerpos agotados, obligados a ir a misa. Salvo unos pocos, la mayoría de los presos, apretujados en el patio, distraían la mente mientras duraba la ceremonia. El cura les hablaba de cosas incomprensibles. Estaba del lado de los vencedores y de su boca salían palabras como amor, caridad, perdón… ¿Cómo podía ser tan hipócrita?

Tras la misa, y de cantar el *Cara al Sol*, tenían tiempo libre hasta la hora de comer. Los presos, abatidos por la obligación de alzar el brazo con la mano extendida para cantar la canción y gritar los tres ¡Viva! de rigor, tardaban un tiempo en recuperar el ánimo.

Pero habían aprendido la lección. El primero que se negó a cantarlo recibió un tiro en la nuca.

44

El miedo a la llamada nocturna había sustituido al terror a las bombas. Miles de hombres y mujeres habían sido detenidos e internados en cárceles y campos de concentración. Al caer la ciudad, se creyó que todo eso acabaría. Ya habían vencido. Ya estaban al mando.

Sin embargo, la represión pronto mostró su cara más sombría. Se salía de casa lo imprescindible, deseando ser invisible, pues cualquiera podía delatar a un vecino, amigo o familiar por disputas pasadas, rencores desconocidos o por hacerse con sus propiedades. No hacía falta demostrar nada. Una simple palabra era suficiente. Ser señalado como «rojo» podía suponer una sentencia de muerte.

Marina se había apagado como una vela consumida. Su voz no se oía más que para hablar lo imprescindible. Ya no reía ni le apetecía cantar. Cuando la obligaban en plena calle a cantar el *Cara al Sol*, brazo en alto, sentía como si cada nota fuera una cuchilla afilada que desgarraba su garganta. Ramón estaba en la cárcel a la espera de juicio y de Jesús no sabían nada. Salvador, desde su regreso, gobernaba el barrio a su antojo atemorizando a los vecinos. A muchos ya les había dado su castigo, en forma de palizas o entregándolos a las autoridades para ser juzgados en consejo de guerra. Tenía miedo y temía por Lena.

Luisa no estaba de acuerdo con tanto sufrimiento, en especial con el de su hija, pero agradeció poder volver a la iglesia con libertad. Don Emeterio les había hecho un gran favor al firmar como aval las cartillas de identidad de su familia, tras jurarle por Dios y por todos los santos que su hija y su nieta no participaban de las ideas de su yerno. La otra firma necesaria fue la de Urbano, el panadero, hombre de derechas y bien relacionado, al que habían puesto en libertad al principio de la guerra gracias a la mediación de Ramón. Al menos podrían moverse sin miedo para ir a trabajar y para conseguir comida.

—¿Por qué no me dejas, madre? Nos hace falta —se quejaba Lena ante la negativa de su madre a dejarla ir a servir.

—Escúchame bien lo que te digo, Lena —dijo Marina autoritaria—. Eso será lo último que hagas.

—Pero ¿por qué? Nos hace falta el dinero.

—Deberías hacerle caso a tu madre —terció Luisa—. Estás mucho mejor en casa. Además, cosiendo también se gana dinero. Y no nos hace tanta falta, que yo tengo mis buenos ahorros.

—Ya, las pesetas de cuando la guerra —respondió Marina desganada, harta de escuchar siempre la misma historia.

—Pues sí, mira, si te hubiera hecho caso seríamos más pobres que las ratas.

—Como si no lo fuéramos —replicó Marina.

—Como todo el mundo, pero al menos tenemos algo de dinero. Ya me dirás tú, para qué te sirven ahora esos «Belarminos» que tanto os gustaban.

—Madre, por favor, que yo nunca dije que me gustaran. Era lo que había.

—Pero la abuela fue la más lista y dejó que don Cosme le siguiera pagando en pesetas. Y como con ellas no podía comprar, las ahorró. Y ahora tenemos un montón de pesetas para gastar. Pero como no hay en qué gastar, la abuela seguirá teniendo muchas pesetas durante mucho tiempo —rio Lena, haciéndole burla a su abuela.

Luisa le dio un suave y cariñoso manotazo en la cabeza. Abuela y nieta comenzaron a reír.

—Ríete, Lena, que la cosa tiene su guasa. Tu madre me reñía por consentir que don Cosme me pagara en pesetas y ahora resulta que es el único dinero que tenemos porque los «Belarminos» ya no sirven más que para echar al fuego y que nos den un poco de calor.

—Bueno, vale ya —protestó Marina—. Y hablando de fuego, el agua para tu baño ya está listo.

Lena fue a su cuarto por una muda limpia mientras Marina mezclaba en un barreño agua hirviendo y agua fría. Luisa y Marina salieron de la cocina para que Lena se bañara. Ya era mayor y necesitaba intimidad.

Lena sintió el agua cálida y agradable. Se enjabonó el cuerpo y la cabeza. En la chapa de la cocina, al alcance de la mano, tenía un hervidor con agua templada para aclarar el pelo. Comenzó a cantar en voz baja. No tenía la voz bonita de su madre y le daba vergüenza que la oyeran. De pronto, escuchó ruidos, como si varias personas se acercaran a la cocina. Su madre y su abuela parecían protestar. La puerta se abrió de repente. Lena pegó un grito. Tapó los pechos con los brazos y se hizo un ovillo. Dos falangistas la miraban con una mezcla de burla y descaro.

—Mira lo que tenemos aquí. Vístete rápido, guapa, que tienes que salir a la calle.

Los falangistas no se movían, como si estuvieran esperando a que Lena saliera del agua delante de ellos.

—Haced el favor de marchar para que mi nieta pueda vestirse —dijo Luisa con firmeza.

—Mira la abuelita, cómo protege a la cachorra.

La tensión reinaba en el ambiente. Lena, pese al agua tibia, no paraba de temblar. Se oyeron unos pasos fuertes.

—¿Qué hacéis aquí? ¡Venga! ¡Fuera! —ordenó a sus hombres Salvador mientras su mirada cargada de deseo se deslizaba por la piel blanca y desnuda de Lena—. Y vosotras —dijo dirigiéndose a las mujeres—, inmediatamente a la calle si no queréis que os saque yo mismo.

Los tres hombres salieron de la casa. Marina acercó la toalla a Lena, que se vistió aceleradamente.

A Luisa le había apetecido meterle a Salvador un buen coscorrón, como había hecho muchas veces cuando era niño. Se debían de creer muy hombres, él y los suyos, asustando a tres mujeres indefensas.

Los vecinos estaban en la calle, formados a la puerta de sus casas como si permanecieran a la espera de una procesión. Enseguida aparecieron por la esquina un grupo de falangistas con una mujer en el centro con el pelo cortado como si la hubiera trasquilado un pastor. Hombres, mujeres y niños se miraron sorprendidos, intentando adivinar quién era.

—Es Conchi —dijo Luisa llevándose una mano a la boca.

Salvador iba al frente del grupo, mirando a sus vecinos con una sonrisa diabólica. Conchi caminaba avergonzada, con las heces líquidas provocadas por el aceite de ricino que le hicieron tragar deslizándose por sus piernas como un río revuelto de venganza. En la parte trasera de la falda asomaba una gran mancha de color marrón claro. A su paso la gente se tapaba la nariz para no sentir el hedor de los excrementos, la vergüenza y el miedo. Oliva contemplaba en silencio a su hija, aguantando el dolor, la rabia, tragándose las lágrimas. No quería darles a esos hombres la satisfacción de verla llorar. Le gustaría retar a Salvador con la mirada. Por ella lo hubiera hecho. Pero temía que lo pagara su hija.

A lo largo de la calle, los sentimientos se entremezclaban. Algunos se alegraban al ver la humillación de esa joven que no hacía mucho se pavoneaba por el barrio con altivez y soberbia, enfundada en un mono azul, mirando por encima del hombro a los que no pensaban como ella. Otros, los más, la compadecían. Clotilde buscó a Oliva entre la multitud, se colocó frente a ella, al otro lado de la calle, y le lanzó una mirada cargada de desprecio y revancha.

Lena, aferrada al brazo de su madre temblaba de frío y de miedo. Se acercaron a Oliva y Marina le cogió la mano para transmitirle su apoyo. Luisa miraba impasible aunque en su interior bullía un volcán de odio. No le gustaba Conchi, ni la chulería que había demostrado durante la guerra. Pero la había visto nacer y crecer. Conocía a su familia. No le parecía bien que la mortificaran de esa manera. Ese desgraciado de Salvador se estaba vengando de sus vecinos, del barrio donde había vivido durante toda su vida. Si sus padres levantaran la cabeza se morirían de pena. Tanto Carmina como Toño nunca hubieran imaginado que su querido y único hijo acabaría convirtiéndose en un ser tan miserable. Luisa recordó cuando murió su padre en un accidente de trabajo. También cuando enfermó Carmina, a la que ayudaron muchos vecinos. Estaría bien que alguien le recordara eso a su hijo.

Terminado el espectáculo, hombres, mujeres y niños se retiraron cabizbajos y silenciosos a sus casas. No era la primera vez que los obligaban a presenciar ese método tan vergonzoso de castigar a las mujeres. Tampoco sería la última.

Luisa y Lena volvieron a casa. Marina fue con Oliva. Sabían que Conchi no tardaría en aparecer. Normalmente, tras la vejación solían dejarlas libres.

Al entrar en casa, Oliva rompió a llorar. Nunca podría quitar de su mente la imagen de su hija en esas condiciones. Puso a calentar agua. Sacó del armario una pastilla de jabón oloroso que recordaba otros tiempos, toallas y ropa limpia.

Al cabo de una hora, Conchi apareció en casa con la cabeza gacha. El olor era insoportable. Salieron al patio, donde habían dispuesto dos barreños. Su madre la desvistió con suavidad, mientras besaba su cara sucia y su cuerpo marcado por los golpes. Según le iba quitando las prendas las echaba a la hoguera ya preparada. Tres veces tuvieron que cambiar al agua para hacer desaparecer ese olor que parecía haberse incrustado en el interior de la piel. Después, la obligaron a tragar un poco de caldo y la acostaron. Unos meses después, cuando el pelo ya había crecido, marchó, sin despedirse de nadie, para casa de su hermano, en la Abadía de Cenero. Allí nadie había presenciado el escarnio y pasaría desapercibida. Su madre fue con ella. Nunca más las volvieron a ver.

Marina, una vez acostada Conchi, regresó a su casa. La calle había quedado desierta, como si el espectáculo los hubiera avergonzado a todos, aunque bien sabía que más de uno se sentiría contento. Frente a ella venía un desconocido. Lo observó con recelo. Iba mirando un papel, como si buscara una dirección. Al llegar a su altura se dirigió a ella.

—Perdone, ¿vive usted en esta casa?

—¿Qué quiere? —preguntó Marina desconfiada y con cierto temor.

—No tenga miedo, busco a la familia de un chico al que conocí en el frente.

A Marina le dio un vuelco al corazón y tuvo que sujetarse a la puerta para no caer.

—¿Jesús? —preguntó temiendo recibir la peor de las noticias.

—Sí, Jesús, está vivo, tranquila.

—¿Seguro? —preguntó Marina con miedo de que fuera una trampa. A veces lo hacían para asegurarse de que la familia no sabía nada. Salvador ya había pasado dos veces a preguntar por él, de momento en plan amistoso, pero sabía que volvería. Quizás ese hombre venía de su parte.

—Creo que mi mujer conoce a su madre.

—¿A mi madre?

—Se llama Luisa, ¿no?

Marina estaba desconcertada. Quién era ese hombre y qué quería.

—Mire, en el frente no había mucho más que hacer que esperar al enemigo. El resto del tiempo hablábamos y nos contábamos nuestras cosas. Jesús me habló de usted, de su padre, su hermana y su abuela. Yo le hablé de mi familia y me dijo que su abuela conocía a mi mujer. Es todo lo que sé.

—Esos datos puede saberlos cualquiera.

—Ya, entiendo —dijo el hombre—. Pero esos que usted piensa no creo que sepan que le mandaron un paquete con un jersey gris de lana gruesa. Tampoco sabrán que

su madre tiene una preciosa voz, su abuela cocina de maravilla y su hermana escribe poemas.

A Marina se le llenaron los ojos de lágrimas. No era una trampa. Nunca le harían a un prisionero ese tipo de preguntas. Después de mirar a ambos lados de la calle, invitó al hombre a entrar en casa.

Luisa y Lena se sobresaltaron al ver aparecer al desconocido en la cocina. No era habitual invitar a entrar en casa a extraños y mucho menos a un hombre.

—Dice que Jesús está vivo —exclamó Marina con la voz entrecortada.

Abuela y nieta la miraron confundidas. Luego Lena rompió a llorar y corrió a refugiarse en los brazos de su madre.

—Siéntese, buen hombre —dijo Luisa—. Le prepararé un poco de achicoria, es lo único que tenemos.

—No, no se preocupe. No hace falta. Antes que nada quiero presentarme. Me llamo Joaquín y estuve con Jesús en el frente. Un chico valiente y decidido, sí señor, al que más de una vez había que frenar.

—Pero ¿dónde está? —preguntó Marina impaciente.

—Cuando se deshizo el frente nos batimos en retirada por los montes. Jesús marchó con la idea de coger un barco en El Musel que lo llevara Francia. Yo volví a mi casa. Le prometí que vendría a verlas y que les entregaría esta carta —dijo sacando unos papeles doblados del interior de la chaqueta.

Marina los cogió. Las manos le temblaban. Las lágrimas apenas la dejaban ver. Lena y Luisa se acercaron. Las tres mujeres leyeron emocionadas las palabras del chico al que querían tanto. Cuando terminaron, Marina dobló con cuidado los papeles y los abrazó contra su pecho.

—Llevamos tiempo buscándolo y no sabemos nada de él. He mirado en todas las cárceles, en los campos de concentración, en todos sitios… Ojalá haya llegado a Francia.

—Espero que reciban pronto noticias.

—¿Y si no llegó a Francia? Dicen que muchos no lo lograron. Mi marido… —Marina se interrumpió, no era momento de hablar de Ramón.

—Mire, lo único que puedo decirle es que en El Musel cogieron muchos barcos llenos de gente y que los llevaron prisioneros a campos de concentración gallegos. Pero de ser Jesús uno de esos presos les hubiera llegado una carta a casa para que buscaran dos avales para sacarlo de allí. Así que si esa carta no llegó, creo que tienen motivos para ser optimistas y pensar que consiguió pasar la frontera.

—Dios lo oiga —dijo Luisa persignándose. Ojalá tengamos noticias pronto.

—La correspondencia entre Francia y España está difícil, incluso imposible. Tendrán que tener paciencia.

Joaquín acabó aceptando una taza de achicoria. Al fin y al cabo en casa no lo esperaba nadie. Durante más de una hora les contó a las mujeres cómo había conocido a Jesús, en qué frentes habían estado y cómo se divertían en los ratos libres.

No quiso enumerarles las muchas penalidades que habían pasado ni que el último día Jesús había recibido un poco de metralla en un brazo, nada importante. Las tres mujeres le preguntaban sin cesar y él respondía satisfecho. Era estupendo llevar buenas nuevas a la gente, alimentar sus esperanzas. Estaba seguro de que Jesús estaría a salvo. Además de joven era muy listo.

—Bueno, creo que ha llegado la hora de despedirme —dijo Joaquín levantándose de la banqueta.

—¡Espere! ¡Espere! —dijo Marina—. Se me había olvidado, madre. Dice que usted conoce a su mujer.

—¿A su mujer? —preguntó Luisa sorprendida.

—Se llama Conchita y venía a esta zona por ropa para lavar, no sé exactamente a dónde. Solía acompañarla Fernando, uno de nuestros hijos.

—Conchita. Sí, sí, claro que la conozco, lleva unos cuantos años viniendo por aquí. Marchó en barco desde El Musel, ¿verdad?

—Sí, la obligué yo. Tenemos muchos niños y quería ponerlos a salvo.

—Pues sí que es causalidad. Y dígame, ¿cómo está?

—En la última carta me dice que están en una casa de agricultores catalanes, payeses los llaman allí. Dice que trabajan bastante pero que comen bien.

—¿Ya dio a luz?

—Supongo que sí, pero no lo sé —dijo Joaquín sin saber que su mujer ya había dado a luz una niña muerta.

—¿Qué número hace ese?

—El once, pero, aparte del que viene, ya solo nos quedan cuatro.

—¿Cuatro? Tenían seis si no recuerdo mal.

—Las más pequeñas murieron. Dos niñas. Una de meses y otra de tres años —dijo Joaquín con la voz quebrada.

Las tres mujeres no supieron qué decir. Joaquín se despidió y se dirigió a su casa. Allí lo esperaban la soledad y la ilusión de volver a ver pronto a los suyos.

A Marina se le había iluminado la cara. Su hijo estaba vivo. Lo sabía. Se lo decía el corazón. Pero dónde se encontraría en esos momentos. ¿En Francia o en algún campo de concentración gallego? A ver cuándo la dejaban ir a ver a Ramón para contárselo. Iba a llevar una gran alegría.

Lena le preguntó a su madre si podía dormir con ella. Desde que habían entrado los falangistas en su cocina no había dejado de temblar de miedo y de frío, como si estuviera cubierta por un manto helado. En la cama, se arrebujó contra el cuerpo de su madre, buscando su calor y su amparo. Cerró los ojos repitiendo de memoria varias de sus poesías preferidas. Solía hacerlo todas las noches, para no olvidarlas, recordando con pena a sus queridos libros devorados por las llamas. Se lo había dicho Antonio: «Lena, quema todos tus libros y los de tu padre. No dejes ni uno. Son peligrosos».

Luisa en la cama pensaba en Conchita. Esa mujer pequeña y rechoncha había parido nada menos que once veces. Y había perdido seis hijas. Dos en su huida. Y su marido, del que siempre hablaba tan bien, parecía un buen hombre, atento y educado. Buen mozo también. Eso la había sorprendido. No sabía por qué, pero se lo había imaginado pequeño y rechoncho como su mujer. Y no era nada feo, con esos ojos tan azules. Pero bueno, qué tonterías, mejor pensaba en su nieto y lo imaginaba en Francia llevando del brazo a una chica guapa. Menudo era su nieto. A ese no se le ponía nada por delante.

Joaquín se alegraba de haber llevado un poco de esperanza a esas tres mujeres. Había compartido con Jesús el poco tiempo que estuvo en el frente y había admirado su valentía. Por su carácter le recordaba mucho a su hijo Fernando.

Al entrar en el frío y silencioso portal se acordó de su familia, añorando las risas y las riñas de sus hijos. Subió distraído las escaleras. Frente a su puerta lo esperaban un soldado y un sargento. Nada más verlos su cuerpo se tensó.

—¿Joaquín Muñiz Álvarez?

—Servidor.

—Tiene que acompañarnos.

—¿De qué se me acusa?

—Eso no le importa. ¡Venga! ¡Andando! —ordenó con brusquedad el sargento.

Joaquín no dijo nada más. Sabía que era inútil. Pero no tenían de qué acusarlo. ¿Lo habría denunciado alguien? ¿Quién?

No habían salido aún del portal cuando apareció Sebastián. Los soldados se cuadraron ante el capitán.

—¿Qué pasa con este hombre? —preguntó con voz de mando.

—Tenemos orden de detenerlo, mi capitán —dijo el sargento acercándole los papeles.

Sebastián los leyó, escribió algo en ellos y firmó.

—Tenga —dijo devolviendo los papeles al sargento—. Este hombre queda aquí. Yo respondo por él.

Soldado y sargento volvieron a cuadrarse y luego marcharon.

—Gracias, Sebastián —dijo Joaquín cuando logró recuperar el habla.

—Usted se preocupó por mi familia y la puso a salvo de las bombas. Nunca se lo agradeceré bastante.

Los dos hombres quedaron hablando un rato en el portal. Eran los únicos moradores del inmueble. Sebastián pertenecía al ejército cuando se declaró la guerra y al estar en Burgos quedó en zona nacional. Había intentado varias veces, sin éxito, sacar a su familia de la zona republicana. Esperaba que Cataluña cayera pronto para que regresaran. No le interesaba la política. Simplemente, cumplía con su trabajo.

A Joaquín lo había denunciado el cura al que le había pegado un puñetazo. Cuando lo supo por boca de Sebastián no podía creerlo. ¿Cómo podía ser ese hombre tan ruin y vengativo como para hacer detener a un padre de familia? Por supuesto, no

le contó el incidente al capitán. Se limitó a poner cara de extrañeza como si no entendiera nada. Por una carambola del destino estaba a salvo. No quería pensar lo que hubiera sucedido si su vecino no hubiera llegado en el momento preciso.

45

Doña Trini se vio obligada a realizar cambios en su negocio. Las nuevas normas morales no permitían ciertas licencias. Ya no había números de bailarinas con plumas en la cabeza enseñando las piernas, moviéndose al ritmo de bailes modernos y alocados.

Sobre el escenario, con la bandera roja y gualda de fondo, las chicas, con la decencia obligada de los nuevos tiempos, cantaban canciones en su mayor parte patrióticas que los soldados, legionarios y moros coreaban contentos con sus copas en alto. Eran de un bando distinto, pero seguían siendo hombres y devoraban a las chicas con los ojos.

El *cabaret*, aunque se seguía llenando, no recaudaba tanto dinero como antes de la caída de la ciudad. Los sueldos de los soldados nacionales eran mucho más bajos que los de los republicanos y había que pagar a los guardianes de la moral para que el local pudiera seguir abierto.

Sin embargo, la prostitución, declarada ilegal por la República, aunque no consentida, empezó a ser tolerada. Al principio, los sacerdotes se echaban las manos a la cabeza viendo a los soldados de la fe corriendo hacia los burdeles. No esperaban algo así de unos hombres valientes que habían salvado a la patria de las hordas rojas. Pero, al ir a quejarse a las autoridades, les hicieron comprender que los hombres llevaban mucho tiempo luchando, sufriendo todo tipo de penalidades en las trincheras, poniendo sus vidas en peligro, alejados de sus esposas y novias. Además, la guerra aún no había terminado y la mayoría volverían al frente. Cuánto mejor que visitaran los burdeles a que engañaran a muchachas inocentes o, peor aún, a que mantuvieran contactos carnales entre ellos.

Doña Trini vio la oportunidad de obtener beneficios más cuantiosos. Habló con las chicas. Dos de ellas recogieron sus cosas y marcharon. El resto aceptó al no tener otra salida. El *cabaret* cerró sus puertas para convertirse en un burdel.

Raquel fue una de las que aceptó el cambio. No tenía casa, ni familia, ni amigos a quien recurrir. Por suerte, los clientes se peleaban por ella y no necesitaba muchos servicios para sacar un buen dinero todas las semanas. Rechazaba a los soldados, algo que no podía hacer con los oficiales de alto rango. Se moría de asco con alguno de ellos. Con otros se divertía. Los hacía hablar para saber si estaban casados, cuál era su situación social y económica o en qué ambiente se movían. Necesitaba encontrar a la persona adecuada para poder vender sus joyas en cuanto las recuperase. El

problema era el movimiento continuo de tropas y oficiales, al no haber finalizado aún la guerra. Doña Trini podría ayudarla, pero prefería resolver las cosas por sí misma. Esa mujer se había portado bien con ella pero sus comisiones eran demasiado altas.

Raquel estaba preocupada por su familia, desde el derrumbe de su casa no sabía nada de ellos. Se acercó varias veces hasta el tranvía para ver a Santiago, pero acababa dando la vuelta. Le daba vergüenza hablar con él. Temía que leyera en su cara la vida que llevaba.

Tras muchas vacilaciones, una mañana llegó hasta la parada. A esas horas solía haber menos gente que por la tarde con la salida de los obreros de las fábricas. Cuando vio aparecer el tranvía de El Llano, traqueteando sobre las vías, su corazón comenzó a latir más deprisa. Le inquietaba encontrarse con alguna cara conocida, aunque después de tantos años seguro que no la reconocerían. El tranvía paró. Santiago no venía en él. Esperaría al próximo. Se alejó un poco y respiró profundamente. No entendía por qué estaba tan nerviosa con todo lo que había pasado. Solo era hablar con un viejo vecino. Solo eso.

Un nuevo tranvía apareció en la distancia. Reconoció a Santiago.

—Hola Santiago —saludó Raquel en cuanto el hombre puso el pie en la calle.

Santiago la miró extrañado. ¿Quién era esa joven?

—¿Raquel? —preguntó al cabo de unos segundos.

—Sí, soy yo.

—Pero pequeña, cuánto tiempo sin verte. Tu hermana y Tesa llevan tiempo buscándote como locas. ¿Dónde te habías metido?

—Quería saber cómo está mi familia —dijo Raquel contenta por el recibimiento, evitando decir nada sobre su vida.

Santiago le hizo un ademán para apartarse y que no los oyeran hablar.

—Tu madre, tu hermana y tu sobrina están bien. Ramón está detenido junto a mi yerno, nos tememos que les caiga la pena de muerte. Y Jesús ha desaparecido. No se sabe si vivo o muerto.

Raquel se estremeció.

—¿Jesús fue a la guerra? Pero si es un niño.

—Ya no, Raquel. Ya es todo un hombre.

—Por favor, dígale a mi hermana que estoy bien, que no se preocupe por mí, que me gustaría verla.

—Se lo diré.

—Y… para vernos, usted podría…

—¿Hacer de enlace entre vosotras? Sin problema. Ya hablo con Marina y que ella decida. No, mejor se lo digo a Tesa, que entre vosotras os entendéis muy bien.

—Gracias, Santiago. Muchas gracias.

Santiago la vio alejarse preguntándose qué sería de su vida. Sabía que su amante y su marido habían muerto, que había perdido su casa y que había trabajado en un

cabaret caro. Había llevado una vida de lujo pero con los últimos cambios, ¿de qué viviría? Era una pena, una chica tan guapa y tan perdida en la vida.

Aún no había desaparecido Raquel de su vista, cuando apareció uno de sus compañeros. Le extrañó, pues aún faltaban unas horas para empezar su turno. Lo notó nervioso, con las manos en los bolsillos y la mirada huidiza. Saludó a Santiago con un ligero movimiento de cabeza y esperó a ver a Paco, el cobrador, que había entrado a un bar a orinar.

—Hola, Paco, quiero hablar contigo.

—¿Cómo tú por aquí a estas horas? ¿Y de qué quieres hablar?

—Vamos hasta la entrada de aquel portal, no quiero que nadie escuche lo que tengo que decirte.

—Ahora mismo no hay nadie, solo Santiago. Y lo que me tengas que decir puede oírlo él.

—Como quieras, verás, el caso es que… no sé cómo decírtelo, Paco. No sé cómo decírtelo.

Ricardo se había quitado la gorra y la retorcía entre sus manos. Paco y Santiago permanecían expectantes y sorprendidos. Ricardo era un hombre bastante hablador y tenían confianza, ¿qué le pasaba?

—Venga, Ricardo, suéltalo ya —dijo Paco impaciente.

—Mi mujer quiere denunciar a la tuya —dijo calándose la gorra, tratando de ocultar su cara y la humedad de sus ojos.

—Vamos, no digas tonterías. ¿Por qué iba hacer eso tu mujer?

—No la conoces bien, lleva el demonio dentro. Yo no puedo con ella y el otro día discutiendo soltó que cualquier día de estos iba a denunciar a Encarna. No sé por qué, pero no la puede ver.

—Nada, tonterías de mujeres, no te preocupes.

—Te lo estoy diciendo en serio. Si no fuera porque quedaría sin mi sueldo me denunciaría a mí también, al padre de sus hijos. Me duele decirlo, pero es muy mala. Y tiene un primo falangista. Hazme caso, Paco, hazme caso, manda a tu mujer a la aldea, a casa de sus padres. Lo siento, yo no puedo hacer nada más —dijo alejándose a toda prisa.

—¿Has oído, Santiago? —preguntó Paco confuso.

—Sí, claro.

—¿Y qué opinas?

—Por si acaso yo haría caso a Ricardo. Es un buen hombre y no te mentiría con una cosa así.

—Es que no me puedo creer lo que dijo. No puede haber gente tan mala.

—Se están produciendo muchas denuncias, y al parecer nadie las comprueba. Ya sabes que al caer la noche apenas podemos dormir, siempre pendientes de esa temida llamada a la puerta. Y luego el sonido de los disparos en el cementerio.

—Ya, ya lo sé. Pero hay gente significada, gente afiliada a partidos o sindicatos, que lucharon en la guerra… a esos es a por los que van, pero ¿mi mujer?, ¿de qué pueden acusarla?

—Conque digan de ella que es una roja es suficiente.

—Pero si no hay cárceles bastantes para tantos presos. No sé, voy a pensarlo, pero no quiero asustar a Encarna, es muy miedica.

—No le digas nada, dile solo que vaya al pueblo, que seguro que sus padres la necesitan, o no sé, cualquier cosa que se te ocurra.

Al finalizar su trabajo Paco caminó inseguro hacia su casa, la cabeza dándole vueltas, preguntándose una y otra vez si sería cierto el peligro, acordándose de aquel tiempo, no tan lejano, en el que la mujer de Ricardo se le había insinuado. La había rechazado al estar enamorado de Encarna, con la que ya tenía fecha de boda. Desde entonces le había negado hasta el saludo. Pero ¿podía esa mujer albergar tanto rencor en su corazón como para denunciar a otra persona poniendo en peligro su vida? No quería creer que fuera posible. Tampoco quería alertar a Encarna, bastante mal lo estaban pasando ya como para añadir otra causa de desasosiego. Pero le hablaría de ir a visitar a sus padres, a ver si lograba convencerla. Mejor prevenir que curar, se dijo a sí mismo.

Paco llegó a casa. Encarna revolvía una especie de guiso. Se colocó a su espalda, la abrazó y le besó el cuello. Ella sonrió contenta. Hacía mucho que su marido no le hacía tales demostraciones de cariño delante de los niños.

Dos días después, en plena noche, en la casa se oyeron unos golpes fuertes en la puerta. Encarna miró a su marido asustada. Paco abrió intentando ocultar el temblor de sus piernas. Dos falangistas citaron el nombre de Encarna. Debía acompañarlos. Pálida, preguntó qué pasaba. No le respondieron. La cogieron uno por cada brazo y ni tan siquiera la dejaron despedirse de los tres pequeños que, llorando, se abrazaron con fuerza a las piernas de su padre. La llevaron a rastras, entre lloros y súplicas, su marido y los niños en la puerta de casa, viéndola alejarse, sus escasas pertenencias descansando sobre la cama grande, preparadas para salir rumbo al pueblo a la mañana siguiente, un viaje que haría solo Paco con los niños, para ponerlos a salvo en casa de los abuelos.

El cadáver de Encarna apareció flotando en la playa unos días después. Ricardo desapareció. Abandonó su casa, su familia y su trabajo para trasladarse a un lugar donde no existiera la mínima posibilidad de encontrarse con Paco. Tampoco quería volver a ver a su mujer.

La muerte de Encarna fue un mazazo para Santiago. No entendía cómo una simple denuncia podía llevar a la muerte a una persona inocente. Supo, desde ese momento, que la vida iba a ser mucho más dura de lo que había sospechado, que iba a ser aún peor que la propia guerra, donde la mayoría de los vecinos permanecieron unidos, ayudándose y apoyándose unos a otros.

Sin embargo, desde la derrota, los vecinos de siempre se habían convertido en desconocidos. Y después estaban los vencedores, especialmente Salvador, crecidos con la victoria, haciéndose los amos del barrio, mirando a las personas con las que habían convivido durante toda su vida con desprecio y con una maldad que no intentaban disimular.

Santiago era consciente de que la gente de derechas lo había pasado mal durante la guerra, que algunos incluso habían sido agredidos, pero en su calle y las colindantes no se había matado a nadie. Su cuerpo le pesaba más que nunca, como si llevara los bolsillos llenos de piedras. Sentía que no podía aguantar mucho más, que el dolor lo oprimía demasiado.

Lo que más le impresionaba era ver a los vencedores comportarse como seres vengativos y sanguinarios. Se suponía que eran creyentes, a tenor de los curas que se movían a su alrededor. ¿No decía el catecismo que la vida de los hombres dependía del mismo Dios? ¿Por qué la quitaban ellos entonces, y de esa manera tan cruel y salvaje? Ya habían ganado la guerra. ¿No era suficiente?

Santiago sufría pensando en Marcelo y Ramón. ¿Serían capaces de condenarlos a muerte? A su hijo Antonio lo habían castigado a un campo de trabajo. Y menos mal que cuando fueron a buscarlo a casa ya no estaba el capitán. Eso hubiera supuesto la muerte de toda la familia. Mientras tanto, Paulina, su novia, con la que se pensaba casar en cuanto lo dejaran libre, se veía obligada a pasear del brazo de un requeté ante la amenaza de un corte de pelo y de una ración de aceite de ricino. Otras mujeres se habían negado recibiendo su castigo. Conociendo a Antonio no creía que la perdonara nunca. El miedo no era para él, que tanto había luchado y en tantos frentes, excusa alguna.

Una mañana Santiago se levantó como si esa noche le hubieran dado una paliza. La cocina de carbón ya llevaba un rato encendida y sobre la chapa lo esperaba un tazón humeante de achicoria. Salió al retrete, orinó, se lavó y se peinó. Después volvió a la cocina. No había llegado aún a la mesa, donde reposaba una rebanada de pan negro, cuando cayó desplomado. Su corazón se había negado a seguir latiendo.

En el entierro al que asistieron casi todos sus vecinos y sus compañeros de trabajo, faltaban los principales hombres de la familia: Antonio y Marcelo. En la cabecera de la marcha, tras el cura y los monaguillos, cabizbajos a la par que orgullosos por su recién estrenada mayoría de edad, iban sus dos hijos pequeños, Modesto de quince años y Enrique de catorce.

Las mujeres, como era costumbre, quedaron en casa. Remedios había llegado al entierro de su padre vestida de negro riguroso, como correspondía a la hija del finado y a una viuda de guerra. Poco le había durado el matrimonio, aunque no le importaba demasiado. Mejor viuda que solterona. Tesa solicitó su ayuda para sacar adelante a la familia, ya que Remedios seguía trabajando en la fábrica La Algodonera. Su hermana se negó. Solo había ido a despedir a su padre. Después, desapareció y no la volvieron a ver.

Pilar, abatida por la muerte de su marido, apenas se mantenía en pie. Su cuerpo había perdido las fuerzas y su mente los ánimos. A Tesa no le quedó más remedio que hacerse cargo de la familia. Decidió trasladarse a vivir a casa de su padre. Distribuyó las habitaciones, dejando el primer hueco para ella y Julián, así no lo sentirían llegar borracho.

Ante las nuevas dificultades, Tesa pensó en recuperar la huerta de su padre. Santiago la había abandonado tras ser destrozada por un obús que, además de abrir un cráter, mató al cerdo que criaba. Tesa sabía que sería difícil, pero no imposible. Había muchos brazos jóvenes en casa y demasiadas bocas. Por suerte, sus dos hermanos pequeños y sus dos sobrinos habían empezado a trabajar, aunque sus salarios eran demasiado bajos.

46

Una vez más, los falangistas llegaron al campo de concentración de Camposancos para reconocer a los reclusos. Era domingo y los hombres descansaban en el patio intentando atrapar unos tenues rayos de sol cuando los mandaron formar. Jesús, como el resto de sus compañeros, estaba en los huesos, más que por falta de comida por exceso de trabajo físico. A punto de cumplir los dieciocho años, tras meses de trabajo penoso, sus brazos y espaldas eran tan fuertes como las de cualquier hombre maduro. Sabía que su internamiento duraría mucho tiempo y que cuando le concedieran la libertad sería llamado a quintas por el ejército nacional. Estaba en sus manos.

Los falangistas recorrían las filas observando fijamente a los penados. Bien sabían que se habían dado muchos nombres falsos para evitar el peso de la justicia. Jesús vio a lo lejos a Salvador y sintió cómo una cuerda se enroscaba alrededor de su cuello. Se notaba que la guerra lo había tratado bien, dado su buen aspecto y el ligero abultamiento de su barriga.

Salvador sacó a un par de hombres de entre las filas. Jesús los conocía. Eran de Gijón, dos mandos durante la guerra. Luego continuó caminando, buscando como una rata hambrienta entre la carroña. Llegó a su altura. Miró a Jesús. Ese rostro juvenil, demacrado y sucio le resultaba familiar. Le ordenó mirarlo a los ojos. Jesús le mantuvo la mirada.

—A este lo conozco —dijo Salvador—. Lo conozco a él y a toda su familia.

Jesús confesó su nombre completo. Ya no servía de nada mentir.

Otros doce hombres fueron identificados ese día. Unos, por ser reconocidos por alguno de los falangistas. Otros, por parecerse a los hombres de las fotografías que portaban.

Salvador no cabía en sí de gozo. Lo último que esperaba era encontrarse con Jesús. Su familia no mentía cuando decía que no tenía noticias suyas. Pensó acusarlo de algo grave, para que recibiera un buen castigo, pero las palabras que lo llevarían ante un juicio sumarísimo no llegaron a salir de su boca. Su cerebro, en una acción rápida e instintiva, se encargó de matarlas. La vida de ese chico le serviría para obtener algo que llevaba ansiando desde su llegada a El Llano. Y si no lo conseguía siempre podría cambiar su versión diciendo que lo había confundido con otro. Nadie dudaría de su palabra.

Tras alegar que Jesús no era acreedor de ningún delito grave, lo sacó del campo de concentración de Camposancos junto a otros doce hombres, a los que sí esperaba un consejo de guerra.

Ya de regreso en casa, Salvador, tras poner a Jesús a buen recaudo, decidió celebrar esa noche su hallazgo. Aún quedaba mucho trabajo pendiente. Los jefes estaban contentos con él, debería seguir haciendo méritos para conseguir sus objetivos.

Al anochecer las casas se cerraban a cal y canto. El silencio se adueñaba de las calles y del interior de las viviendas, roto apenas por el llanto de algún niño. Se acercaba la hora de los golpes en la puerta. La espera era tensa y fría si no se contaba con carbón o leña para alimentar la cocina. Se cenaba lo poco que había y se acostaba a los chiquillos. Más tarde, los adultos se metían en la cama, los oídos atentos al mínimo ruido, la ropa lista en una silla para ser puesta con rapidez. Cuando se sentían las zancadas de las botas negras y brillantes, los cuerpos quedaban petrificados por el miedo, rezando o soñando con que el ángel exterminador pasara de largo.

Esa noche Tesa sintió los pasos amenazantes en el portal de su casa. Sobrecogida de terror, saltó de la cama, se puso la toquilla y las zapatillas y escuchó tras la puerta. Las enérgicas pisadas subían por las escaleras hasta su antigua buhardilla, donde vivía Puri.

Puri también había despertado. Salió de la cama despacio, con la respiración entrecortada.

—¿Qué pasa, madre? —preguntó sobresaltada su hija de ocho años.

—Nada. Vuelve a dormirte.

En la puerta ya estaban sonando los golpes. Puri hizo señas a la niña de que no se levantara y corrió a abrir. Sin decir palabra, Salvador la apartó de un empujón. Luego, él y su compañero, a gritos, comenzaron a registrar la casa, mirando dentro del armario y debajo de la cama. Tras la inspección se acercaron a una Puri presa del pánico.

—¿Dónde está escondido tu marido? —preguntó Frutos, el compañero inseparable de Salvador, retorciéndole un brazo.

Los ojos de Puri se llenaron de lágrimas por el dolor y por el miedo. Su niña la miraba, aterrada, sollozando.

—No lo sé —respondió.

Un puñetazo en la barriga la hizo derrumbarse.

—Ven aquí, chiquilla, acércate —dijo Salvador con voz suave.

La niña, paralizada, sus ojos fijos en los de su madre, no hizo caso a la llamada.

Frutos cogió a Puri con brusquedad, obligándola a levantarse, dejándola asida por el cuello.

—Ven, no tengas miedo —dijo Salvador a la niña.

La niña corrió hacia su madre, aferrándose a sus piernas, ocultas tras un largo camisón ajado por el uso y las continuas lavaduras. La pequeña sintió el temblor del

cuerpo de su madre mientras, desde su altura, veía los cinturones negros con las pistolas, los pantalones anchos y las botas del miedo. Una mano las separó con violencia mientras otra iba directa al rostro de Puri que volvió a caer al suelo.

—¡Madre! ¡Madre! —gritó la niña, acercándose a ella, arrodillándose a su lado, hasta que Salvador la levantó con un fuerte impulso.

Puri, en el suelo, se enroscaba para esquivar las patadas mientras le repetían la misma pregunta.

—¿Dónde se esconde tu marido?

—No lo sé, no sé nada de él desde hace tiempo —contestaba con un hilo de voz.

Frutos, harto de escuchar esas palabras la levantó como si fuera un fardo para pegarle un puñetazo en el estómago que la hizo rugir de dolor. La niña volvió a gritar y una mano le tapó la boca. En el cuarto, el bebé, alertado por los gritos rompió a llorar. La niña quería ir a atender a su hermano, pero un brazo poderoso se lo impedía.

—¿Dónde está tu marido, mujer? No tienes por qué tapar a un traidor y a un cobarde. Si no nos dices nada, te llevaremos a ti con nosotros y tus hijos quedarán solos.

—No sé nada, no sé dónde está. Lo juro.

—¿Lo juras por Dios?

—Lo juro.

—Qué pronto juráis los rojos cuando se os aprietan las tuercas. Lo malo es que no nos fiamos de vosotros. Sabemos bien que igual juráis por Dios que por el diablo —dijo Salvador.

—Yo soy católica —murmuró Puri.

—¿Y practicante?

—Sí —respondió.

—Nunca te he visto ir a misa y tu marido siempre ha sido un alborotador. A otros podrás engañarlos, pero a mí no —dijo Salvador mirándola con odio.

—¿Tu madre va a misa, pequeña? —preguntó a la niña cambiando el tono de su voz.

La niña permaneció callada, insegura. Su madre iba a misa desde que había acabado la guerra, pero no sabía si ese hombre le decía si antes o después. Además a un vecino lo habían matado por ir a misa, ¿qué tenía qué contestar?

—Vamos, di —la apremió Salvador.

—No sé —contestó la pequeña dudando, preguntando a su madre con la mirada.

—Esta no pisó una iglesia en su vida —dijo Frutos apretándole el cuello hasta dejarla casi sin respiración. Después la soltó y le pegó dos puñetazos en la cara. Puri cayó desmayada, un hilo de sangre gruesa resbalando por la nariz. La niña lloraba ya con desconsuelo, viendo a su madre, creyéndola muerta, pero el brazo fuerte no la dejaba acercarse a ella ni a su hermano que gritaba sin que nadie acudiese a su cuna.

—Tú sí que vas a decirme donde está tu padre, ¿verdad? —preguntó Salvador poniéndose de rodillas, a su altura.

—Yo no sé nada. Hace mucho que padre marchó a la guerra y no volvió.

—Creo que me estás contando una mentira, ¿verdad? Y los niños que dicen mentiras van al infierno. ¿Lo sabías?

La niña afirmó con la cabeza. Salvador sacó de entre sus ropas una tableta de chocolate y se la enseñó. Los ojos de la niña acariciaron el chocolate y su estómago rugió de placer.

—¿Lo quieres?

—Sí —contestó, olvidando por un momento a su madre desfallecida.

—Solo tienes que decirme dónde está tu padre y será tuya.

—No lo sé. Ya se lo dije.

—Bien, bien, ya veo que no quieres decirme nada. Entonces no te daré el chocolate. Lo que haremos es darle más golpes a tu madre y la culpa será tuya, solo tuya.

El rostro de la niña palideció. No quería que pegaran más a su madre, lo que quería era el chocolate. Puri volví en sí y Frutos la levantó del suelo. Salvador colocó a la niña frente a su madre, mientras su compañero le descargaba nuevos golpes, sin que ella dijera nada sobre el paradero de su marido.

—Creo que debemos cambiar de táctica —dijo Salvador.

Sin más, le propinó a la niña una fuerte bofetada que la hizo chocar contra la pared. Puri gritó y quiso acercarse a su hija, pero Frutos se lo impidió. Una nueva bofetada, más fuerte que la anterior, cayó sobre la niña.

—No sé dónde está padre. No lo sé —dijo con voz entrecortada, pero ya sin llorar, con una rara determinación en la mirada que pasó inadvertida a los dos hombres.

Iba a recibir un nuevo golpe, cuando Frutos paró en el aire el brazo de su compañero.

—Déjala ya. Es solo una niña. Si supiera algo ya lo hubiera dicho viendo pegar a su madre. Creo que cantaría solo por conseguir el chocolate.

—Llevaremos a la mujer con nosotros, entonces —dijo Salvador.

—No merece la pena. Tampoco sabe nada. Ninguna madre dejaría que pegaran a su hija para proteger a un cobarde.

Salvador no estaba tan seguro. Dudaba entre soltar a la niña o volver a pegarle.

—Vamos, Salvador, déjala ya. ¿No ves que no sabe nada?

Salvador se limpio el sudor y la sangre de la mano en el camisón de la niña y se alejó buscando la puerta, pero antes de alcanzarla dio media vuelta. Madre e hija sufrieron un estremecimiento.

—Toma, pequeña, te lo has ganado —dijo depositando la tableta de chocolate entre sus manos—. Y tú, Puri —se dirigió a la madre—, anda con cuidado. Te tendré vigilada.

Cuando cerraron la puerta tras ellos, Puri y su hija se abrazaron uniendo sus lágrimas, su dolor y su alivio. Puri, mientras la niña iba a calmar a su hermano, dio dos vueltas a la llave, como si con ello quedaran a salvo del resto del mundo. Después fue a la habitación y abrazó a sus hijos. De pronto, se sobresaltaron al sentir unos golpes suaves en la puerta. ¿Serían ellos de nuevo? No. No llamarían tan suave.

—Soy Tesa. Ábreme, Puri.

Puri se abrazó a Tesa llorando con desconsuelo. Tesa la llevó a la cocina, calentó agua y le limpió las heridas. El bebé se había dormido y la niña se acercó a su madre. Tesa ahogó un grito de rabia cuando la vio. Tenía la cara marcada por los golpes. La niña le tendió la tableta de chocolate que Salvador había puesto en sus manos.

—Toma, Tesa, no la quiero.

—Déjala en casa, cariño. Mañana pensarás de otra manera.

—No, no la quiero. Y mañana tampoco la voy a querer —dijo colocándola sobre la mesa.

Un vaso de leche caliente hizo templar el cuerpo de la pequeña que, una vez acostada, no tardó en quedarse dormida. Entonces, Puri, echó la cortina que separaba el cuarto de la cocina, cogió una escoba y dio unos golpes ligeros en el techo. Una trampilla, perfectamente disimulada, se abrió dando paso a un hombre con el rostro congestionado por el dolor, la impotencia y la rabia. Lo había sentido todo desde su escondrijo y ya estaba a punto de salir, no aguantaba más. Un solo golpe más y hubiera salido dispuesto a la muerte. A la suya y a la de su mujer. Solo el saber que también la matarían a ella, dejando a los niños huérfanos, solos en el mundo, recluidos en un sórdido orfanato, o peor aún, adoptados por familias fascistas, lo había hecho aguantar lo que ningún hombre debería. Y su niña, con solo ocho años, se había comportado como una heroína. ¿Cuánto más tendría que sufrir esa pequeña? Su hijo mayor de dieciocho años había muerto en el frente. Al mediano, de trece, lo había matado una bala perdida. La niña y el bebé eran lo único que les quedaba a sus padres. La razón para seguir viviendo. Sin embargo, Ángel se preguntaba si su pequeña no le reprocharía algún día lo sucedido. ¿Qué podía pasar por la mente de una criatura tan pequeña y valiente? ¿Qué pensaría de su padre cuando se hiciera mayor?

Tesa sabía del encierro de Ángel y respiró aliviada cuando sintió que no lo llevaban con ellos. Se despidió de su vecina y bajó a su casa. Puri le ofreció la tableta de chocolate; no quería ese regalo inesperado, ni tan siquiera lo quería la niña.

Cuando iba a entrar en casa, Tesa sintió abrirse la puerta vecina. Era Isabel, asustada.

—Ya pasó todo, Isabel. No te preocupes. Están bien.

Entró en casa. Reinaba el silencio. Entre la toquilla llevaba la tableta de chocolate. Los niños la comerían con placer. La colocó sobre la mesa y se sentó en la oscuridad de la cocina para calmarse. Sin poder evitarlo su boca empezó a salivar imaginando el contenido del paquete. Esa noche no había cenado y tenía hambre.

Comería un trozo pequeño. Rasgó el papel. Sacó el chocolate. Lo olió. Cogió un pedazo y lo fue lamiendo con lentitud con la punta de la lengua, deleitándose en su sabor, en su aroma. Era un buen chocolate, no como el que les daban a ellos, seco y harinoso. Cogió la tableta y mordió otro trozo, esta vez más grande, tragándolo sin apenas masticar. Sin poder controlarse continuó mordiendo la tableta con rabia, un trozo tras otro, hasta no dejar nada. El sabor dulce y amargo se mezclaba con el salado de sus lágrimas. Lágrimas de rabia y de culpabilidad. Pero tenía tanta hambre.

47

Marcelo y Ramón permanecieron en el cuartel de la Guardia Civil de Los Campos hasta que les llegó la hora de presentarse ante el tribunal. Los juicios sumarísimos, rápidos y sin garantías jurídicas, se habían empezado a celebrar en el Instituto Jovellanos el lunes, 8 de noviembre de 1937, apenas unos días después de la entrada de las tropas nacionales en la ciudad. Casi todas las condenas eran a pena de muerte o a cadena perpetua.

Los dos amigos fueron juntos, como si sus destinos se hubieran escrito al mismo tiempo. Leyeron sus nombres y sus cargos a toda prisa y se dictó sentencia.

Hurtando a sus enemigos el placer de observar el miedo reflejado en sus rostros, escucharon la sentencia de muerte impasibles, sin mover ni uno solo de sus músculos, como si lo que allí se decía no tuviera nada que ver con ellos, como si el fin de sus vidas no estuviera aún marcado en el calendario. Después, fueron conducidos a la cárcel de El Coto, donde compartirían celda, charlas y calamidades con otros hombres a los que les esperaba la misma suerte.

En el salón de actos, abarrotado de público, apartados en una esquina, Ramón había visto a Marina acompañada por Tesa y Julián. Cuando se dictaban las sentencias surgían murmullos de desaprobación, aplausos de satisfacción y gritos de dolor. Ramón vio cómo Marina doblaba su cuerpo y caía al suelo, consolada por Tesa. Hubiese preferido que no asistiera al proceso, pero no pudo evitar alegrarse de verla. Al salir, ella le tiró un beso envuelto en lágrimas. Ramón tuvo que contenerse para mantener la compostura.

Ramón y Marcelo ingresaron en la primera galería, en la celda número doce de la cárcel de El Coto. Allí compartieron espacio y temores, durante meses, con otros condenados a muerte. En la celda, minúscula, convivían catorce hombres. Los petates sobre los que dormían los enrollaban al despertar para despejar el cuarto. Las ropas las colgaban en perchas situadas a lo largo de las húmedas paredes. Sobre ellas, unas estanterías servían para guardar en cajas el resto de sus pertenencias. Un pequeño cuarto de aseo remataba el conjunto.

Victoriano, médico; Manolín, albañil; Pepe, profesor de enseñanzas medias; Romualdo, trabajador agrícola de la provincia de Zamora; Juanín, zapatero; Ángel, ingeniero; Tomás, fotógrafo; Valeriano y Humberto, obreros metalúrgicos como ellos; Anselmo y Sindo, maestros; y Celestino, dueño de una tienda de sombreros, fueron a partir del momento de su ingreso en prisión sus amigos, sus confidentes y su familia.

Tras la extrañeza de los primeros días, pronto comenzaron a matar el tiempo jugando a las cartas, hablando de política cuando los guardias no estaban cerca, enseñando a leer y escribir a los analfabetos, discutiendo de literatura, liando un cigarrillo tras otro, compartiendo chisqueros y chistes, en especial verdes, en los que era especialista Victoriano, el médico, un hombre alto y distinguido del que nadie, a primera vista, adivinaría esa gracia oculta. Juanín, el zapatero, destacaba por sus dotes para el dibujo y un candor casi infantil. Era uno de los asiduos a las clases de catecismo, actividad que junto con la misa, era la única que les ofrecía la oportunidad de salir una hora de la celda.

—Hijos míos, habéis tenido la mala suerte de recibir una pésima o nula educación, pero aquí estoy yo para enseñaros el camino recto hacia el Señor —decía el cura mirando a ese conjunto de desarrapados a los que consideraba poco menos que diablos. Vamos a empezar rezando todos juntos el Padrenuestro.

Algunos de los hombres no sabían rezarlo y movían los labios disimulando su ignorancia. Otros, sabiéndolo, no estaban dispuestos a recitar esas palabras. El cura los miraba, los vigilaba, escuchando un murmullo extraño que desde luego nada tenía que ver con el Padrenuestro. Eligió a Juanín.

—A ver tú. Sí tú —dijo señalándolo con el dedo—. Dime el Padrenuestro.

Juanín se levantó y comenzó a rezar, aunque tras las primeras frases no supo continuar. El cura se santiguaba sin poder creerlo. No le extrañaba que hubieran perdido la guerra. Dios no podía estar con esa gente.

Finalizada la hora, los hombres regresaron a sus celdas. Había sido como un soplo de libertad, de respirar aire fuera de los cuatro muros entre los que vivían apiñados. Juanín les contó a sus compañeros el empeño del cura en enseñarle el Padrenuestro, haciendo muecas para describirles su cara enrojecida, causando un coro de carcajadas a su alrededor.

—Me ha dado una periódico —dijo cuando se calmaron las risas—. Mirad, en *Redención* dicen que tenemos que arrepentirnos, redimirnos. Y eso es lo que pienso hacer.

—Pero hombre, ¿no te das cuenta que esa publicación está hecha solo para los presos? Pretenden engañarnos lavándonos el cerebro.

—Yo, por si acaso, voy a ir a confesar.

—¿A confesar? ¿Y qué vas a confesar? Oye tú, ni se te ocurra decir nada de lo que aquí se habla.

—Que no, hombre, que no. Solo confesaré no sé, que pienso en mujeres o que digo algún que otro juramento. Eso a los curas les gusta, ¿no?

—Ten cuidado, no vayas a caer en una encerrona.

—Pero si la confesión es secreta.

—Yo no me fiaría.

—Pues voy a intentarlo. ¿Qué puedo perder? Diré también que me obligaron a alistarme, que yo no quería ir a la guerra. Oye, pensadlo, que igual diciendo eso nos

sueltan.

—Qué iluso eres.

No fueron pocos los que con el afán de salvar su vida acudieron al confesionario y a misa, sin que ninguna de las dos cosas saltaran a su expediente para ser tenidas en cuenta. Pronto, hasta los más ingenuos, acabaron entendiendo que esos hombres de largas faldas negras iban de la mano de los opresores y no pensaban hacer nada por ayudarlos.

—Bueno, hay que reconocer que los curas esos del Corazón de María no son como los demás —dijo Anselmo.

—No sé lo que harán fuera, pero con nosotros se portan bien. A mí me trajeron un recado de mi mujer —añadió Manolín.

—Y a mi me cargaron el mechero —dijo Celestino. Y eso lo agradezco más que cualquier otra cosa.

—Es que tú pareces una chimenea, todo el día con el cigarro en la boca. Anda, que como te oyera tu mujer decir eso, con la de paquetes que te manda —dijo Pepe.

—Ya, pero la muy puñetera nunca me manda tabaco, que es lo que más necesito, porque no le gusta que fume.

—Será que te huele a distancia —rio Juanín—. Mira, voy a hacerte un dibujo fumando para que se lo regales cuando la veas.

—A ver cuándo dejan venir a las familias, que ya llevamos mucho tiempo a palo seco —dijo Ramón apenado pensando en Marina.

A veces los tenían varias semanas sin poder recibir visitas ni paquetes. Nadie se explicaba el porqué. Quizás esa incertidumbre fuera una forma más de tortura.

Cuando se permitía recibir paquetes los presos esperaban ansiosos a ser llamados para poder comer algo más que la escasa bazofia diaria que les suministraban en la prisión. Algunos de los penados eran de otras provincias, aumentando así su martirio al estar alejados de sus seres queridos y sin poder ser asistidos por ellos. Pero la camaradería se imponía en unos hombres acostumbrados a compartir el hambre, la misera y el miedo. Las tortillas se partían en tantos trozos como hombres había en la celda. La fruta, el queso, el chocolate o el tabaco también. Pero algunas veces lo recibido no concordaba con lo que los familiares decían haber enviado. Los reclusos protestaban sin que nadie les hiciera caso. Alguien, quizás uno, quizás más de uno, se quedaban con parte de la comida y con algunas prendas de vestir.

Al margen de las esperanzas de unos y de las certezas de otros, la vida en la cárcel continuaba con su rutina diaria. Catorce hombres apretujados en una pequeña celda durante veinticuatro horas al día, a excepción de una hora de patio, a no ser que aceptaran asistir a misa o a catecismo. Y los fusilamientos no paraban.

Cuando iba a haber «saca», los rumores circulaban por el patio ya el día anterior, llevando la zozobra a los corazones. De regreso a la celda, esperaban el momento en que se cerraba la pequeña ventana situada en la parte superior de la puerta. Si no la cerraban se echaban a dormir tranquilamente. Si se cerraba ya sabían que esa noche

irían a buscar a alguno de ellos. Antes de abrirse la puerta, en el silencio de la noche resonaban el ruido de pasos y murmullos. Después el ver a los compañeros salir rumbo al cementerio del que nunca volverían dejaba los ánimos decaídos, sobre todo cuando «las sacas» se sucedían sin interrupción, aliviándolos cuando pasaban días o incluso semanas entre ellas.

Ramón recibió contento la visita de Marina y Lena. Tras seis días de fusilamientos habían permitido la comunicación con los condenados a muerte. A Marina la vio muy delgada, pero guapa. Y su pequeña, Lena, con la cara triste y unas ojeras profundas. ¿Cuánto no estarían sufriendo? Ramón trató de animarlas, diciéndoles que estaban concediendo muchos indultos, algo que era cierto, aunque presentía que a él no le tocaría la bola de la suerte. Lena apenas hablaba, cohibida por la presencia de los guardias, por el ambiente carcelario, por su propia cárcel interior.

—No os preocupéis tanto por mí y comed vosotras, que os veo muy delgadas.

—Todo el mundo está delgado. Es por el racionamiento. Pero comemos lo suficiente. ¿A qué sí, Lena?

—Sí, madre —respondió—. Lo que pasa, padre, es que la comida ya no está tan rica y por eso tenemos menos ganas de comer. Pero no pasamos hambre.

—Dicen que con lo que os dan de racionamiento no es suficiente, ¿es verdad?

—Sí, pero en el mercado negro se vende de todo y don Cosme le da muchas cosas a mi madre —dijo Marina bajando la voz.

—¿Y vosotras qué hacéis?

—Cosiendo, como siempre —dijo Marina sin decirle qué cosían ni para quién.

—Cuando las cosas mejoren quiero que sigas estudiando, Lena. ¿Me lo prometes?

—Sí, padre, te lo prometo. Te prometo que un día seré maestra —dijo convencida.

Acabada la visita, Ramón las vio alejarse con infinita tristeza. No sabía si le hacían bien esas visitas o si sería mejor dejar de recibirlas, porque cuando marchaban, la congoja lo acompañaba durante varios días. Pero ese día estaba muy contento, porque Marina, aunque no le había podido contar mucho por la vigilancia de los guardias, le había dicho que recibió una carta de Jesús. Su hijo estaba vivo y esperaba que a salvo en Francia. Por la noche, tumbado en el petate recordó su vida anterior: la boda, el nacimiento de Jesús, el de Lena…, sentía como si todo hubiera sido un sueño cuyo final no iba a ser feliz.

A Marcelo lo visitaron Pilar y Tesa. Cuánto le había dolido no estar presente para despedir a su suegro, un padre para él, obligado a hacerse cargo del cuidado y de la educación de sus hijos. Dos niños huérfanos de por vida. Sin padre y sin madre. Y sin abuelo. Pero aún les quedaba su abuela y su tía y él no podía estar más agradecido a esas dos mujeres delgadas, de cara triste y luto riguroso.

Tesa le contaba sus gracias y sus travesuras y Marcelo apenas podía ya imaginarlos. Hacía muchos meses que no los veía, no quería que se los llevaran a la cárcel, que recordaran a su padre detrás de una reja. Además, prefería mantenerlos en

su memoria como la última vez que los vio, cuando se despidió para volver al frente tras un breve permiso. Lo habían besado y abrazado y después habían hecho el saludo proletario.

Los hombres regresaban a sus celdas tras la visita arrastrando los pies y las penas. De pronto escucharon una especie de griterío.

—Son las presas —dijo uno con alegría.

Las presas, acompañadas de varios niños muy pequeños, iban a lavar su ropa y la del resto de los reclusos en los lavaderos instalados en el patio. Hombres y mujeres intercambiaron sus miradas. Ellas, atrevidas, guiñando ojos y tirando besos entre grandes carcajadas.

—Pobres niños, viviendo entre estos cuatro muros sin tener culpa alguna —dijo Victoriano.

—Por ellos las mujeres no están tan tristes como nosotros —dijo Tomás.

—No hay más que ver nuestras caras. Sin darnos cuenta estamos sonriendo viendo a los hijos de las presas —dijo Ramón con una gran sonrisa.

El tiempo avanzaba con lentitud cuando no había sacas y con rapidez cuando las había. Durante temporadas no cesaban día tras día. Al salir al patio se notaba la falta de los ausentes. Al principio, apenas había espacio ni para caminar, pero poco a poco, el patio se fue haciendo más grande y más triste.

Algunos reclusos aprovechaban el tiempo en el patio para moverse. Correr, agacharse, levantarse, hacer planchas… Una manera de estar en forma, de desentumecer unos cuerpos anquilosados y doloridos por el hacinamiento, la humedad y la falta de higiene.

Juanín dibujaba con gesto serio a una de las mujeres que había visto el día anterior. Tenía una gran memoria fotográfica. Cuando lo acabara le gustaría regalárselo, aunque no sabía cómo, porque los hombres y las mujeres no podían tener ningún tipo de contacto.

Tomás, el fotógrafo, le dio la solución.

—Enrolla el dibujo y mételo entre la ropa que les mandamos a lavar.

—¿Tú crees que lo encontrará?

—Claro, hombre, ¿no ves que siempre meten alguna nota o chascarrillo cuando nos la devuelven?

—Ya, pero es que…

—¿Qué?

—No sé, igual está casada.

—Y eso qué importa.

—A mí me importa, porque haciendo el dibujo creo que me he enamorado de ella.

—Pero qué dices, hombre. Enamorarte dibujando. ¿Ois lo que dice este panoli?

Los compañeros se rieron divertidos. No estaría mal que se formara allí un noviazgo y a lo mejor hasta una boda.

48

A las siete de la mañana ya empezaban a llegar las mujeres a la cola del racionamiento. Las manos plagadas de sabañones se escondían entre los pliegues de la ropa para ahuyentar el frío. El negro era el color predominante, señal de luto por los familiares muertos. Las caras limpias, sin muestra alguna de maquillaje. La melena muy corta o el pelo recogido en un moño canoso. Los ojos miraban expectantes qué artículos ofrecían ese día. Siempre era insuficiente. Mientras esperaban, las mujeres se intercambiaban recetas imposibles. Ya no se hablaba de otra cosa. El peligro acechaba en cualquier esquina. Las hogazas de pan blanco habían sido una especie de sueño de corta duración. El hambre continuaba pegado a sus cuerpos en forma de cartilla de racionamiento y de vales de comida.

Tesa y Marina estaban en la cola cuando apareció Frutos.

—Tienes que acompañarme —le dijo a Marina.

—¿Yo? ¿Por qué? Yo no he hecho nada —dijo temerosa.

Frutos comenzó a caminar y Marina supo que debía seguirlo. La llevó hasta casa de Salvador, donde tenía instalado en la planta baja su cuartel general. Marina entró sobrecogida.

—Hola, Marina, siéntate —dijo un amable Salvador indicándole una silla.

Marina se sentó asustada.

—No tengas miedo. Son buenas noticias. He encontrado a Jesús.

Marina se levantó de un blinco.

—¿Jesús? ¿Mi Jesús? ¿Dónde está?

—Vamos, tranquilízate —dijo Salvador sin moverse de detrás de la mesa, disfrutando del momento.

—¿Está bien? ¿Está vivo? —siguió preguntando Marina.

—Sí, está perfectamente. Dentro de unos días podrás verlo.

—¿Podré verlo? ¿Dónde está?

—Aquí en la ciudad. Lo encontré en un campo de concentración de Galicia. Se había registrado con un nombre falso, por eso no lo podías localizar. Estoy buscando la manera de ponerlo en libertad. Puedes contar con mi aval, pero no estaría de más que buscaras otros dos.

Marina quedó desconcertada. Salvador, el terror del vecindario, le estaba diciendo que había encontrado a su hijo y que iba a hacer todo lo posible por liberarlo. Algo no

cuadraba. ¿Sería verdad que había encontrado a Jesús o la estaría engañando? Aunque, ¿por qué iba a engañarla?

—Ya te avisaré cuando lo puedas ver —dijo Salvador cortando sus pensamientos —. Frutos, lleva a la señora hasta la puerta —ordenó.

Marina se dejó llevar como una autómata hasta la salida. Por primera vez en mucho tiempo lloraba lágrimas de alegría, que iba apartando de sus mejillas con manos temblorosas. Comenzó a reír como una loca. Su hijo estaba vivo. ¡Vivo! Y podría verlo. Le apetecía gritar, que todo el mundo se enterase, pero no podía hacerlo. Debía tener cuidado. Entró en casa sin acordarse del racionamiento. Lena y Luisa no estaban. Empezó a bailar, el brazo derecho extendido, el izquierdo como si abrazara una cintura, la de su hijo. Bailaba al ritmo de su voz y se sentía feliz.

—¿Qué pasa, Marina? —preguntó Tesa que había corrido tras su cuñada, preocupada.

Marina, ajena al mundo, cantaba, baila y reía.

—Marina —dijo Tesa, cogiéndola del brazo.

—Tesa, Jesús está vivo —dijo Marina abrazándola.

—¿Jesús? ¿Dónde está? ¿Para qué te quería ese sinvergüenza?

—Salvador ha encontrado a Jesús en un campo de concentración gallego, lo ha sacado de allí, lo ha traído a Gijón y va a dejarlo libre.

—¿Qué locura estás diciendo? Jesús ha huido a Francia, Marina, ¿acaso no te acuerdas?

—Eso creíamos, pero lo apresaron cuando estaba en un barco y lo llevaron a Galicia. Y Salvador va a liberarlo.

—¿Salvador? —preguntó Tesa incrédula.

—Sí, Salvador.

Marina le contó atropelladamente su entrevista con Salvador. Parecía una loca y Tesa llegó a dudar de las palabras de su cuñada. Pero solo había tardado unos minutos. No les había dado tiempo a torturarla. La abrazó con fuerza, le dio dos besos, cogió su cesta y su cartilla de racionamiento y volvió a la cola. Puri les guardaba el turno y ya faltaba poco para que les tocara la vez.

Tesa salió con su compra tan desanimada como siempre. Para esa semana se tendría que arreglar para dar de comer a los nueve miembros de su familia con poco más de dos litros de aceite, menos de dos quilos de pan, novecientos gramos de arroz, novecientos de lentejas, que si eran como las últimas pesaban más los bichos que las propias lentejas, y dos pastillas de jabón. Menos mal que le habían dado también tabaco, y como Julián no fumaba lo podría cambiar en el mercado negro por unas patatas. Incluso podía prescindir de medio litro de aceite para cambiarlo por tocino. Aunque, igual tardaban en volver a dar aceite. Bueno, ya lo pensaría.

Metida en sus cavilaciones no se acordó de Marina hasta que llegó a casa y vio su cesta. Corrió a llevársela mientras iba pensando en la historia tan absurda que le había contado. ¿Salvador ayudando? Eso no lo vería ella ni después de muerta.

Siete días más tarde, Marina se preparaba con esmero para ir a ver a su hijo. Se puso su mejor vestido y los únicos zapatos que tenía. La medias estaban rotas, pero Lena le pintó unas rayas en las pantorrillas que quedaron perfectas. El pelo bien peinado, intentando disimular las prematuras canas. Lena le dejó su chaqueta haciendo conjunto con el vestido.

—Estás guapísima, mamá.

Luisa asentía desde el dintel de la puerta. Marina sonrió. Sabía que mentían. El espejo le devolvía la imagen de una mujer envejecida y pobremente vestida. Por suerte, aún no se había visto obligada a llevar luto. Se conmovió al pensarlo. Mejor alejar esos pensamientos. Iba a ver a su hijo y era un día de felicidad.

—Lo que no entiendo es por qué no puedo ir yo contigo —se quejó Lena.

—Solo me dieron permiso a mí. Y ya sabes que es mejor no tentar al diablo con estas cosas.

Marina cogió el tranvía hasta la Plaza del Carmen, a la que habían renombrado como Plaza de José Antonio. Sonrió acordándose del enfado de su madre cuando la habían llamado de Galán. Qué lejos parecía quedar todo aquello. Y qué felices eran entonces aunque no lo supieran. Luego caminó aprisa hasta el campo de concentración de El Cerillero, en manos de falangistas, donde estaba recluido su hijo.

Después de una larga y tensa espera, la hicieron pasar. Tras las rejas, frente a ella, estaba un hombre. No reconocía en él al chiquillo que había salido de casa hacía poco más de un año.

Jesús se emocionó al verla. La había añorado tanto que tuvo que hacer un gran esfuerzo para no echarse a llorar. Pasó sus manos a través de las rejas para acariciarla y una porra lo golpeó. Las retiró instintivamente. Marina retenía las lágrimas a duras penas y le dedicó una sonrisa llena de ternura. Para protegerlo del dolor, cuando preguntó por su padre, no le contó que estaba condenado a muerte, sino en espera de juicio. Eso lo aliviaría de momento. El breve encuentro de cinco minutos pareció un instante. Se despidieron lanzándose un beso con las manos.

Durante tres meses, Marina pudo ir a ver a su hijo cada quince días. Y durante tres meses, Salvador atormentó a Marina. Le decía que estaba haciendo todo lo posible por liberarlo antes de que decidieran someterlo a juicio, pero que era complicado. También existía la posibilidad de que una vez en la calle lo apresaran de nuevo. Había medios para ponerlo a salvo. Pero eran caros.

Marina estaba hecha un mar de dudas. Salvador parecía sincero, pero no se fiaba de él. Había traído a Jesús desde Galicia, sí, pero para meterlo en otra cárcel. Agradecía poder ver a su hijo cada dos semanas, pero temía por él. Si Salvador quisiera lo sacaría del campo de concentración solo con su firma. Pero buscaba algo, ¿dinero? No creía, sabía de su pobreza. ¿Qué era, entonces?

Marina no podía sospechar que Lena era la presa de Salvador. Estaba embaucando a la madre, confundiéndola, para desconcertar también a la hija. Desde su regreso a El Llano deseaba como un loco a esa chiquilla escuálida de dieciséis

años. La había abordado varias veces en la calle, pero ella lo rehuía. Y no quería forzarla. Debía entregarse por propia voluntad.

El día anterior no había echado a correr como otras veces, en cuanto le dijo, al pasar a su lado: «Quiero hablar contigo de tu hermano». Después enumeró una dirección, un día y una hora. Lena asintió y se alejó caminando con una prisa angustiosa.

La casa estaba en la calle Casimiro Velasco. Lena subió las escaleras con aprensión. Era en la última planta. La buhardilla. Llamó con suavidad. Abrió un sonriente Salvador. La invitó a pasar. Lena miró a su alrededor. Era un espacio oscuro, pero limpio y cuidado. No había más muebles que una cama y una silla. La colcha, nueva y bonita, no presentaba ni una arruga. Lena se sintió como una presa acorralada. Salvador se sentó en la cama y le indicó que hiciera lo mismo. Ella se sentó a los pies, guardando las distancias.

—Sabes que me gustas, ¿verdad?

Lena no contestó.

—Quiero hacer un trato contigo.

—¿Qué trató? —preguntó mirándolo por primera vez a los ojos.

—La vida de tu familia a cambio de tus favores.

Lena no entendió o no quiso entender lo que le pedía.

—Si te portas bien conmigo, sacaré a tu hermano de la cárcel. En caso contrario, cursaré una denuncia que lo llevará a la muerte. Y también acusaré a tu madre y a tu abuela. A ellas no las matarán, pero pasarán un tiempo entre rejas. Quedarás sola, Lena. Completamente sola.

Lena quería salir de allí corriendo, alejarse de ese hombre que llevaba la crueldad escrita en la cara. Por eso llevaba unos meses engañando a su madre, camelándola.

—¿Qué me dices, Lena?

—¿Qué quieres de mí? —se oyó decir con una voz que no parecía la suya.

—Que vengas aquí todos los lunes a las cinco de la tarde y que te acuestes conmigo, sin resistirte, libremente. Yo nunca te forzaría, te quiero demasiado.

—Si me quisieras no me pedirías eso. Además, estás casado.

—Sabes poco de la vida, niña. Muy poco. Ahora vete. El lunes estaré aquí, esperando.

Lena se levantó con lentitud y caminó hacia la puerta. La cerró tras ella y echó a correr escaleras abajo hasta llegar al tranvía.

Esa noche, en la soledad de su cuarto, lloró durante horas hasta quedar dormida de agotamiento. Salvador le daba miedo y asco. Llevaba tiempo acosándola y no soportaba su presencia. Pero podía salvar la vida de su hermano. También la había amenazado con denunciar a su madre y a su abuela. ¿De qué podía acusarlas? De nada. Aunque tampoco importaba. Una denuncia falsa era tan válida como una verdadera. Lena estaba aterrada. Tenía miedo por su familia y por ella misma. No se sentía preparada para entregarse a un hombre. Mucho menos a un hombre como ese.

¿Y si solo era una treta para conseguirla? ¿Si lo dejaba hacer y luego no liberaba a Jesús? Lena no podía fiarse de las palabras de ese ser tan despreciable, aunque sí se fiaba de sus amenazas.

Durante los días siguientes, Lena vivió inmersa en una nube negra. Su estómago, ya empequeñecido por la falta de alimentos, parecía haberse encogido un poco más. Su padre condenado a muerte y Jesús en manos de Salvador. ¿Qué mal había hecho su familia para merecer tanta desgracia? ¿De verdad que existía un Dios?

El lunes, a las cinco de la tarde, Lena traspasó la puerta de la buhardilla. Salvador la esperaba. La cama estaba abierta, con la colcha doblada a los pies y unas preciosas sábanas bordadas. Salvador se acercó. La cogió por las manos. La llevó hacia la cama. La besó apresuradamente como quien come un pastel largamente deseado. Lena parecía una hoja de otoño a punto de desprenderse de la rama. Salvador comenzó a despojarla de la ropa. El cuerpo de la muchacha se sacudía como si estuviera recibiendo descargas eléctricas. Cuando quedó completamente desnuda, Salvador la tumbó en la cama. La besó en la boca y a Lena le subieron unas arcadas. Luego bajó a los pechos, al vientre, a sus partes íntimas. La boca y las manos iban profanando cada rincón del cuerpo de la joven. Le abrió las piernas. La acarició. Lena deseó morir en ese momento. Salvador gemía de un modo extraño. Se colocó sobre ella. La penetró con suavidad. Lena gritó de dolor. Salvador paró.

—La primera vez siempre duele —le susurró al oído—. Mejor para ti. Si no fuera así te mataría aquí mismo.

Salvador continuó sobre ella, dentro de ella, moviéndose sin ella. Lena dejó su cuerpo muerto, como si se hubiera evaporado y aquello no estuviera pasando. Después, en casa, pensó que quizás se hubiera desmayado, pues no había sentido nada más, solo un jadeo sacándola de una especie de sueño.

La segunda vez no fue mejor, pero ya no le dolió. Los lunes llegaban demasiado deprisa y el resto de la semana duraba demasiado poco.

Pasaron dos meses.

—La próxima semana soltaré a tu hermano. Creo que deberías mostrarme un poco de afecto.

—¿Qué quieres? —preguntó Lena.

—Ven —dijo Salvador acogiéndola entre sus brazos, como si fueran dos amantes —. Bésame.

Lena lo besó.

—Más que un beso eso ha sido un roce. Bésame bien. Ya deberías de saber hacerlo.

Lena lo besó con una rabia desconocida en ella. Ya se entregaba a él sin asco, sin sentir nada. Cuando la penetraba dejaba el cuerpo muerto y repasaba sus poesías, llegando a sonreír, haciendo creer a Salvador que disfrutaba con él.

—Así me gusta. Y ahora vete. Y no hace falta que vuelvas. Ya has cumplido.

Lena marchó desconcertada. ¿Qué había querido decir? ¿Iba a soltar de verdad a su hermano?

La respuesta llegó una semana más tarde. Un cadavérico y harapiento Jesús entró en casa. Marina, Lena y Luisa gritaron de alegría, fundiéndose los cuatro en un abrazo de emoción y lágrimas. Tenían poco tiempo, Jesús debía de marchar al amanecer del día siguiente. En sus manos tenía el salvoconducto que le había entregado Salvador con la condición de desaparecer de su vista.

Ninguno de ellos encontraba explicación a lo sucedido. ¿Por qué los habría ayudado ese criminal? Marina ocultaba que le había entregado dos de las valiosas sortijas de Raquel a cambio de la libertad de su hijo. Lena nunca contaría su secreto.

Al despuntar el día, tras una noche de abrazos y palabras, Jesús se despidió de su familia. Ante él se presentaba una nueva y complicada aventura.

Lena lo vio marchar satisfecha. Su sacrificio había merecido la pena.

49

Raquel había recibido la noticia de la muerte de Santiago como un jarro de agua fría. Durante meses se levantó cada viernes más temprano de lo acostumbrado con la ilusión de ver a su hermana. Suponía que seguiría cosiendo y que tendría que entregar los trabajos. Pero Marina no aparecía. Muy a su pesar, harta de esperar, se acercó al taller de doña Valeriana. Al subir por las conocidas y odiadas escaleras echó de menos el rumor de las voces y de las máquinas de coser. La puerta no estaba abierta como de costumbre. Llamó. Le abrió una mujer de mediana edad.

—¿Qué desea? —preguntó con aspereza.

—Quería hablar con doña Valeriana.

—Aquí no vive nadie con ese nombre.

—¿Y el taller?

—¿Qué taller?

—¿Sabe algo de las modistas?

—No sé nada —contestó la mujer cerrándole la puerta en las narices.

Raquel llamó en la puerta de al lado. Le abrió una cara conocida. Era la misma vecina de sus tiempos de aprendiza.

—Disculpe —dijo Raquel—. He venido a ver a doña Valeriana y no está. ¿Usted sabe algo?

La mujer le indicó silencio poniendo un dedo sobre los labios y la invitó a pasar. Raquel traspasó el umbral.

—Al día siguiente de entrar los nacionales desapareció. Dicen que era uno de ellos, de los republicanos, ya sabe —dijo la mujer en voz baja, en una especie de confidencia.

—Y las modistas, ¿sabe algo de ellas?

—Como si las hubiera tragado la tierra.

—Gracias. Muchas gracias —se despidió Raquel, viendo que de esa casa no iba a sacar más información.

Bajó las escaleras cabizbaja. ¿Cómo iba a encontrar a su hermana? La única solución era ir al barrio. Necesitaba saber de su familia, de su madre, de Tesa, de las pocas personas a las que quería. Pero si su madre la veía armaría una buena. Tendría que esperar, vigilar el tranvía, tratar de encontrar a algún vecino.

Raquel se había arreglado para salir adelante. Tras los primeros meses en los que el *cabaret* se vio inundado por una turba de soldados, legionarios y moros, había

aceptado la proposición de doña Trini de ejercer la prostitución porque no tenía otro medio de vida.

Doña Trini había renovado el local, decorando las paredes en un granate vivo con dibujos dorados y adecuando salas con sofás confortables donde acomodaba a los clientes y les servía champán. Por último aparecían las chicas, desfilando ante ellos, colocándose como la mercancía de un escaparate. Ellos escogían y se perdían con su trofeo en el interior de las lujosas habitaciones.

A Raquel no le gustaba exhibirse delante de esos hombres a los que consideraba unos depravados, como tampoco le gustaba el tanto por ciento con el que se quedaba su jefa. Decidió ir creando una lista de clientes fijos para ponerse por su cuenta. Ocho meses más tarde, se decidió a dar el paso.

—Lo dejo, doña Trini. No me siento a gusto.

—¿Y qué vas a hacer?

—No lo sé —mintió Raquel.

—Sí lo sabes. Estás pensando en ponerte por tu cuenta. Ten cuidado, Raquel. Te he sacado dos veces del arroyo, pero no lo haré una tercera. Si sales por esa puerta no vuelvas más —dijo doña Trini con autoridad.

Raquel estaba agradecida a esa mujer, pero no le debía nada. Bien que le había cobrado cuanto hizo por ella. Recogió sus cosas, sus ahorros y marchó a emprender una nueva vida.

Tras alquilar un piso modesto, puso al día su ropa. Lavó, cosió y arregló. Se le daba bien la costura y tenía buenas ideas. Previamente había avisado a sus principales clientes: oficiales de alta graduación y acaudalados burgueses que habían regresado de su obligado exilio en la parte nacional de la región o en Galicia. Se vería con ellos en ciertos hoteles, con habitaciones dotadas de bar y luces insinuantes, donde todo estaba permitido a base de sobornos y propinas.

Raquel acababa de cumplir treinta años, pero los hombres aún volvían la cabeza a su paso, agitando sus corazones y sus entrepiernas. Era como un animal salvaje en medio de un rebaño de ovejas. Sus vestidos claros flotaban sobre la marea oscura de las viudas. Había perdido a muchas personas en la guerra, sin la obligación de llevar luto. Hubiera sido imprudente llevarlo por el amante estando casada. Grotesco por el marido postergado en un *cabaret*. Estúpido por los amigos alejados y añorados.

En poco tiempo, Raquel aumentó su clientela y sus ingresos sin depender de nadie. Además de trabajar a su antojo, sus ahorros y su despensa iban prosperando. Café, chocolate, champán, carne o pan blanco eran los regalos de moda. Le gustaría poder compartirlos con su familia, pero no acababa de decidirse a ir al barrio. A menudo se preguntaba qué habría pasado con Jesús o con Ramón. ¿Estarían libres, presos o quizá muertos? Y su hermana, su madre y su sobrina, ¿pasarían hambre mientras a ella le sobraba la comida?

Cuando la atacaba la angustia, Raquel seguía acudiendo a pasear por El Muro, a respirar el aire del mar que tanto la relajaba. Se moría de ganas de pegarse un baño,

pero lo habían prohibido. Las casas derruidas, la falta de vida, los militares, la sensación de opresión, de estar viviendo en una cárcel inmensa al aire libre, recordaban que aún estaban en guerra. Deseaba que acabase cuanto antes, para volver a la normalidad, si es que esa normalidad volvía algún día. Se encontraba sola, sin familia ni amigos. Ya nadie la conocía. Ya nadie la esperaba en casa. Ya nadie se preocupaba por ella. Echaba tanto de menos a Bruno. Recordaba con nostalgia las tardes de amor intenso, sus brazos rodeándola, besándola. Qué raro era todo. Con él conoció el amor y los secretos del sexo. Y gozó. Con los hombres que ahora le pagaban no sentía nada, como si su interior estuviera muerto al igual que su corazón. Sin embargo, cuando se entregaba de manera clandestina en la oscuridad del cine a cualquier desconocido, una excitación turbadora la hacía vibrar y la forzaba a repetir pese al peligro de contagio de sífilis que en forma de epidemia atacaba por igual a militares que a civiles. Solo en esos momentos se sentía viva.

Marina también pensaba en su hermana, desesperada por no saber nada de ella. No tenía ni idea de dónde buscar, a quién preguntar. Parecía que se la había tragado la tierra. ¿Estaría muerta?

Desde que había cerrado el taller de doña Valeriana, sin previo aviso, Marina pasaba el día cosiendo para los soldados nacionales. Salvador había formado una red de modistas que confeccionaban y arreglaban trajes de soldados y oficiales. Al principio, Marina no paraba de llorar, sintiendo que al coser los uniformes de los verdugos de su marido lo estaba traicionando. Pero no podía oponerse a las órdenes de Salvador. Y necesitaban el dinero. Lena trabajaba con ella. Entre las dos ganaban un sueldo miserable. Luisa seguía sirviendo en casa de don Cosme. Como los alimentos del racionamiento eran insuficientes, el hombre le daba dinero a Luisa para ir al mercado negro, dejando que se quedara con una parte de lo conseguido. De esa manera, las tres mujeres lograban sobrevivir y enviar algún paquete a Ramón.

Marina y Lena habían ido a verlo la semana anterior.

—Ramón, Jesús está libre.

Ramón pegó un brinco. Se sujetó con fuerza a la reja para contener la emoción. Un guardia gritó: «Fuera esas manos». No pudo evitar que los ojos se le llenasen de lágrimas. Miró a su mujer y a su hija emocionado. Cómo le gustaría poder abrazarlas. Marina ya le había contado cómo había aparecido, así como la ayuda y las promesas de Salvador, pero nunca creyó que fuera a liberarlo. Aún no lo creía.

—¿Y dónde está? ¿En casa?

—No, Salvador le dio un salvoconducto con la condición de que marchara de Asturias. Dijo que podían volver a buscarlo. Jesús no se fiaba de él completamente, temía que lo estuviera engañando. Pensaba escapar a Francia.

—¿Escribió? ¿Sabéis algo de él?

—Aún no.

—Bueno, lo importante es que está vivo. Jesús es joven y listo, seguro que se arregla para sobrevivir.

—Sí, seguro —respondió Marina con una sonrisa.

La visita, como siempre, pasó demasiado rápida. No sabían cuándo podrían volver a verse. Marina y Lena le tiraron un beso con la mano, dejando a Ramón tras las rejas.

Al salir, las dos mujeres llevaban el corazón sobrecogido.

—¿Qué te parece si damos una vuelta por el centro? —preguntó Lena temiendo la respuesta de su madre.

—No me apetece. Vamos a casa.

—Anda, madre. Estamos todo el día metidas en casa y tú no puedes estar más triste. Nos vendrá bien dar una vuelta y mirar unos escaparates. Seguro que padre estaría de acuerdo conmigo.

—Vale, como quieras, vamos hasta el centro.

Lena se cogió del brazo de su madre y comenzó a contarle cosas para distraerla. Marina pareció animarse un poco. Recorrieron las calles despacio, parándose a mirar las escasas mercancías de las tiendas. Pero el aire de la ciudad les pareció enrarecido, saturado de carteles con la imagen de Franco, de Viva España, de Falange… Y no solo aparecían en las paredes, también los comercios mostraban la fotografía del llamado salvador de la patria. A Marina se le retorcía el estómago al ver la cara del hombre responsable de la condena a muerte de su marido. Tuvieron que parar en mitad de la calle, levantar el brazo con la mano extendida y hacer que cantaban la canción obligada. Decidieron ir al cine.

Esa misma tarde, Raquel había salido de casa a la búsqueda de un hombre. Estaba delante de la taquilla cuando escuchó gritar su nombre. Se volvió extrañada. Era su hermana. Su querida hermana. Corrió hacia ella y la estrechó entre sus brazos. Lena asistía conmovida a la escena. No recordaba a su tía, pero sabía que su madre la adoraba. Las dos hermanas no se separaban, abrazándose y besándose. Los transeúntes las miraban. Marina, cogió a su hermana de las manos y la observó detenidamente.

—Raquel, estás preciosa.

—Y tú también. Cuánto te he echado de menos. Me volvía loca pensando en ti y en madre, en los niños y en Tesa.

—Mira, Raquel, esta es Lena, tu sobrina.

Raquel se acercó a Lena y la abrazó con cariño. Se parecía a Marina pero tenía sus ojos verdes.

Las tres mujeres caminaron hacia los Jardines de la Reina, buscaron un banco y se sentaron. Marina le habló de su madre, de Jesús y de Ramón, sin decirle que estaban pasando muchas privaciones. Raquel mintió contándole que su marido había muerto y le había dejado un pequeño capital que le permitía vivir con holgura. Lena estaba embelesada por esa tía cuyo nombre no se podía pronunciar delante de la abuela. Era la mujer más guapa que había visto nunca. Y además, distinguida. Llevaba el pelo bien peinado y su vestido era de buena tela. Los zapatos y el bolso también. Sabía

que la habían echado de casa por acostarse con el hijo de la familia donde servía. Se preguntó si a ella también la echarían de casa si supieran que se había acostado con Salvador. Si su tía era una perdida, como decían todos, ¿también lo era ella? Lena había decidido olvidarse de los hombres. Ninguno la querría. No, después de lo que había pasado. La considerarían una cualquiera.

Raquel convenció a Marina para que subieran a su casa. Era un piso pequeño y bien amueblado. Preparó café. El olor se extendió por todos los rincones, especialmente por la nariz de Marina que cerró los ojos y aspiró con deleite.

—Toma, seguro que hace mucho que no tomas una buena taza de café —dijo Raquel sirviendo a su hermana—. Y a ti, Lena, ¿qué te apetece?

Lena no se atrevía a responder.

—Vamos —dijo su madre—. No tengas miedo. Es tu tía.

—Chocolate —respondió Lena.

Raquel sonrió. Fue a la cocina y apareció con una tableta de chocolate.

—Si quieres también te lo puedo hacer de taza.

—¿Chocolate de taza? —preguntó Lena con los ojos muy abiertos—. Sí, por favor —dijo instintivamente arrancando las risas de su madre y su tía.

El chocolate y los cafés acompañados por unos bollos de pan blanco animaron los corazones y las lenguas.

Lena pidió ir al retrete, momento que aprovechó Raquel para hablarle a Marina de las joyas. Ella le explicó que había usado dos de las sortijas para poner a salvo a Jesús.

—No te preocupes, me parece bien lo que has hecho. Pero quiero recuperarlas. Pienso venderlas. Estoy sola y tengo que asegurarme el futuro.

—Ya no estás sola, Raquel. Me tienes a mi y a Lena.

Las dos hermanas siguieron charlando un buen rato, sin dejar de cogerse de las manos, de acariciarse el cabello y de darse besos. La emoción se mezclaba con el olor del café y del chocolate dando un aire familiar a la casa. Al despedirse, Raquel sacó varias cosas del armario.

—Toma, guárdalo bien —dijo a Marina entregándole dos tabletas de chocolate, tres latas de sardinas y unas rebanadas de pan blanco—. El próximo día te daré más.

—No sé cómo llevarlo —respondió Marina. Si lo ven nos lo quitarán.

Raquel buscó unas bolsas de tela, las mismas que usaba ella cuando estaba con sus amantes y llegaba a casa cargada de los más diversos artículos.

—Toma, ponte esta bolsa bajo la falda. Átala a la cintura. Y tú esta otra, Lena. Además la tarde se ha puesto fresca, podéis llevar algo en el pecho, tapándolo con las chaquetas.

Marina y Lena marcharon con la promesa de volver todas las semanas. Raquel se sentía feliz por primera vez en mucho tiempo. Al fin había encontrado a su hermana. Ya no estaba sola. Tenía a alguien que la quería. Y su sobrina era cariñosa. Seguro que aprendería a querer a esa tía desterrada de la familia.

Marina caminaba un tanto insegura.

—Me parece que me mira todo el mundo. ¿Tú crees que se nota?

—No madre, no se nota nada. Está todo bien disimulado. Venga, no tengas miedo, yo estoy contigo.

Marina sonrió a su hija. Se había convertido en una mujer. Estaba orgullosa de ella. Esperaba que un día pudiera cumplir su sueño de ser maestra.

Al entrar en casa sacaron con rapidez la comida y la escondieron. Luisa no podía saber nada. Madre e hija compartirían su secreto.

—¿A qué vienen esas caras tan alegres? —preguntó Luisa extrañada, ya que siempre que iban a la cárcel llegaban llorosas y compungidas.

—Nada, que a su nieta se le ha ocurrido que podíamos dar un paseo por el centro y el aire de la mar me ha venido bien.

Luisa no respondió. Tampoco preguntó por Ramón. Nunca lo hacía.

50

Tesa acostó a los niños y después se sentó en una banqueta de la cocina a esperar, como todos los sábados. La noche ya se había adueñado de las calles y en la casa no había más luz que la del fuego de la cocina. Se levantó, avivó las llamas y echó una paletada de carbón para aminorar el frío de su cuerpo y el de su corazón.

Durante un rato quedó con la mirada presa en la lumbre, como queriendo encontrar la respuesta escrita en las llamas. Pero no había más respuesta que esperar. Esperar una vez más. Esperar a sabiendas que ello suponía pasar hambre otra semana. Esperar a comprar unas alpargatas que sustituyeran a las desgastadas y rotas de Armando. Esperar a que llegara otro sábado para seguir esperando. Miró el reloj. Las diez y media de la noche. Volvió a sentarse al calor del fuego. Aún quedaban unas horas por delante.

El reloj avanzaba con tal lentitud que lo sacudió varias veces por si estuviera estropeado. Pero nunca estaba estropeado. Era simplemente el tiempo que las noches de los sábados se regocijaba en su desgracia, latiendo más despacio, impacientándola, haciéndola permanecer en vigilia demasiado tiempo.

Cuando dio la una de la mañana, cogió la toquilla del perchero de madera y salió a la noche. La calle estaba desierta. Caminó unos pocos metros. Giró a la izquierda. En la tercera casa había luz. Era el bar, de donde salían unas voces mortecinas. Entró. Julián estaba sentado en una mesa cerca de la barra. Apenas quedaban clientes. La dueña del bar le hizo a Tesa un gesto como señal de afirmación. Ella se acercó a Julián, lo cogió por un brazo y lo levantó de la silla. Él se dejó ir mansamente hasta dejarse tirar sobre la cama, donde durmió hasta bien entrada la mañana siguiente.

Antes de acostarlo, Tesa rebuscó en los bolsillos de la chaqueta y del pantalón. Se había bebido más de la mitad de la paga semanal. Le dejó un poco de dinero suelto y el resto lo puso a buen recaudo. Si pudiera iría a buscarlo al tranvía todos los sábados para exigirle la paga antes de que la diluyera en alcohol. Pero su marido se pondría como un loco por avergonzarlo ante amigos y vecinos. Una mujer no podía hacer eso. Una mujer debía esperar mientras calculaba cuánto dinero se iba esfumando con el trascurrir de las horas. Una mujer debía esperar hasta que su marido y los demás hombres estuvieran lo suficientemente borrachos como para que no se acordaran de nada al día siguiente. Y eso era lo que llevaba haciendo desde hacía años, desde poco después de la boda.

Muchas veces se acordaba Tesa de las palabras de su padre: «Piénsalo bien, Tesa, piénsalo bien». Santiago lo decía porque conocía a Julián; bebedor y mujeriego era su fama. Pero Tesa creía que al casarse sentaría la cabeza. De hecho, durante el noviazgo había sido correcto, amable y atento. Y ella se había enamorado.

Los ronquidos de Julián herían el silencio. Tesa no había cenado y sus tripas rugían como si estuvieran enfadadas. Atizó la cocina. Cogió un trozo de tocino y sacó una loncha muy fina. Cortó una rebanada de pan. Acercó la tira de tocino al calor, sosteniéndola vertical con una mano. En la otra la rebanada de pan esperando por la grasa que se escurría lentamente, empapando la miga. La boca de Tesa salivaba y su nariz se ensanchaba ante el penetrante y delicioso aroma. Cogió el tocino, lo colocó en un plato y lo tapó. Serviría para la comida del día siguiente.

Se sentó en la banqueta, cerca del fuego, y comió el pan despacio, saboreando, sintiéndose feliz de poder llevar algo a la boca. Cada vez les daban menos alimentos y estaban muertos de hambre. En cambio, el vino era abundante y barato. ¿No podían hacer lo mismo con el pan?

Tesa pensó en la huerta. No habían conseguido arreglarla. El socavón era inmenso. Además, los chicos mayores la habían desengañado. Las huertas solían saquearlas por la noche, no merecía la pena esforzarse. Tesa conseguía dinero con el carbón, aunque no el suficiente; los precios de los alimentos en el mercado negro estaban por las nubes. Llevaba tiempo pensado en subir a Deva a pedir ayuda a su familia, pero a última hora se echaba para atrás. Su tío ni siquiera había ido al entierro de su padre. Aunque quizá no se hubiera enterado.

Julián se levantó al día siguiente con un gran dolor de cabeza. No se acordaba de cómo había llegado a casa y mucho menos de cómo había llegado a su cama. Rebuscó en la chaqueta. Apenas quedaba dinero. A ver qué le decía ahora a Tesa. La tendría de morros una semana más. Y su razón tenía. Julián se prometió a sí mismo cambiar, llegar a casa los sábados con el dinero intacto y marchar al bar solo con unas monedas. Promesa que se hacía todos los domingos tras despertar. Promesa que nunca llegaría a cumplir.

Julián se acercó a la cocina. Tesa revolvía una cacerola con las consabidas alubias, patatas y berzas, acompañadas de un trozo de tocino. No se dio la vuelta para mirarlo. Él se sentó en la mesa y reclamó su desayuno. Su mujer le acercó un tazón de achicoria y un trozo de pan. Julián desmigó el pan con calma, sintiendo cómo entre ellos se había levantado un muro tan compacto como insalvable. Era tarde, ¿dónde estaría el resto de la familia? Los niños mayores a sus cosas y los pequeños con Pilar, seguramente. Adoraban a la abuela. En ese momento sintió remordimientos. Sus hijos pasaban hambre y él gastaba el dinero en vino. Pero era un hombre y necesitaba un poco de diversión después de trabajar duro toda la semana.

El lunes, a las seis y media de la mañana, Tesa se levantó a preparar el desayuno para Julián y los niños que trabajaban. Después salió en dirección a Aboño a recoger carbón. Los pequeños quedaron durmiendo. La tía Pilar se encargaría de ellos.

Aún no se había alejado la noche cuando Tesa salió de casa. Se abrigó bien con una gruesa toquilla y comenzó a recorrer los seis quilómetros de distancia hasta Aboño. En sus manos llevaba un saco. Mientras caminaba iba pensando en qué pondría ese día para comer y en el poco dinero que tenía para la semana. Quizá si daba tres viajes diarios y los carabineros no la veían se podría arreglar. Iba echando las cuentas de la lechera, pensando cuánto podía pedir por cada caldero de carbón. Menos mal que Marina la ayudaba, pero se sentía mal cuando le deslizaba con rapidez una tableta de chocolate, unas patatas o unas latas de sardinas entre los útiles de costura cuando se despedían al caer la tarde.

Según se iba acercando a Aboño, se encontraba con otras mujeres, algunas acompañadas por sus hijos pequeños. Un hormiguero de mujeres y niños vestidos con ropas oscuras, descalzos o mal calzados, sucios, llevando, como su bien más preciado, un saco o un cesto para llenarlo de carbón. Muchos sacos los habían arreglado para ser colocados sobre la cabeza a modo de capucha, con un receptáculo en la parte de atrás, sobre la espalda, donde echaban las piedras de carbón, haciendo la carga más soportable. Todos esperaban expectantes la llegada de los trenes cargados del negro mineral. Cuando el tren pasaba de largo, en las orillas y sobre las traviesas, quedaban muchas piedras negras que se afanaban en recoger. Algunos trabajadores del tren ayudaban tirando a las vías parte de la carga. Tesa era rápida y no tardaba en llenar su saco.

Con su saco lleno esperaba pacientemente la llegada de un tren de pasajeros escondida tras una curva donde la máquina debía bajar su velocidad para no descarrillar. Entonces aprovechaba para subir en marcha. Cuando estaba arriba sus ojos vivarachos fotografiaban los vagones en busca de los revisores. Algunas veces no iba ninguno y se ahorraba caminar unos cuantos kilómetros. En cambio, otros días, los veía avanzar por el pasillo dispuestos a quitarle su preciado tesoro. Entonces Tesa tiraba el fardo y después se arrojaba ella. El peso doblaba su espalda pero no le impedía llegar a casa. Los primeros sacos los depositaba en el patio, para su uso. El resto lo vendía a sus vecinos. Ya de vacío, volvía a emprender el camino a Aboño para llenar otro saco. Casi todos los días, excepto los domingos, hacía ese viaje dos o tres veces.

Al llegar a casa, con su cupo de carbón, comenzaba a preparar la comida, a barrer y a limpiar. Por las tardes, pasaba un rato con Marina cosiendo y charlando.

Un día cambió el sentido de sus pasos y fue hasta Deva.

—¿Qué haces aquí? —preguntó su tío de malos modos.

—¿Sabe que murió mi padre?

—Mi hermano hace mucho tiempo que murió para esta familia.

—Está muy confundido —gritó Tesa—. Mi padre tuvo hijos y nietos y son su familia. La única que tiene.

—Mi familia son mis hermanas.

—Y sus sobrinos y los hijos de sus sobrinos —gritó Tesa más alto.

Sus tías salieron de casa alertadas por los gritos.

—Tesa, ¿qué pasa? —preguntaron.

—Que mi padre ha muerto y sus hijos pequeños y los de mi hermana muerta y los míos están pasando hambre. Son su familia. Sangre de su sangre. ¡Maldita sea!

Sus tías se acercaron a ella viéndola tan fuera de sí. La cogieron por los brazos tratando de calmarla, sin poder contener su furia. Allí, delante de ella, había hermosos tomates y berzas y zanahorias y cebollas.

—Coge lo que quieras y vete —dijo su tío desabrido.

—No, tío, no. Las cosas no son así. Hoy me dice que coja lo que quiera y lo cogeré. Pero ¿qué cree qué pasará mañana? ¿Cree que mañana su familia ya no tendrá hambre?

—Déjame en paz y vete. Este no es tu sitio.

—Es tan mío como suyo. Esto era de su padre, que también era mi abuelo.

—Mi padre renegó de todos vosotros.

—Su padre renegó de su hijo por motivos que ahora no vienen a cuento. Aquí hay comida y los míos se mueren de hambre. No pienso consentirlo.

—¿Y qué vas a hacer?

—Vendré todos los días y cogeré para dar de comer a los niños. No se preocupe, que no seré egoísta, afortunadamente no he salido a la familia de mi padre —dijo retadora—. Y llevaré más cosas para vender en el mercado negro. Las ganancias las repartiremos.

—Así que ya lo tienes todo pensado, ¿eh?

—Así es —dijo con firmeza.

—¿Y no te dio por pensar que a menudo nos requisan casi todo lo que tenemos?

—Ellos no vienen todos los días. Yo sí. Vendré de noche si hace falta.

—Tiene razón, Claudio —intervino una de sus hermanas.

—Estoy de acuerdo —dijo la otra—. Siempre has mandado tú en esta casa que sabemos que te pertenece por derecho. Pero nosotros solo somos tres viejos y Tesa es nuestra sobrina, la hija de nuestro hermano.

—Y están los niños. No podemos permitir que pasen hambre mientras podamos ayudarlos.

Claudio las miró sorprendido. Sus hermanas nunca habían osado llevarle la contraria. Y su sobrina le había gritado y le había dicho lo que tenía qué hacer. Se dio media vuelta. Ya no tenía edad para pelearse con mujeres.

Tesa llenó unas cestas con productos de la huerta, dos quilos de tocino y una riestra de chorizos. Prometió a sus tías llevarles al día siguiente aceite, jabón y unos hilos.

Cuando se alejó de la casería respiró satisfecha. Había llegado muy nerviosa, preocupada por el recibimiento de su tío, un hombre que siempre la había intimidado. No sabía de dónde le había salido enfrentarse a él de esa manera. Pero había dado

resultado. Si lo hubiera sabido… Caminó atravesando praderías. No quería ir por los caminos donde pudieran verla.

Iba pensando en organizar su día a día. Debía elegir entre ir a Aboño o a Deva. Miraría a ver qué le resultaba más rentable. De todas formas, al día siguiente llevaría con ella al pequeño de Marcelo. Era fuerte y ya tenía años suficientes. Si ella iba a por carbón y el chiquillo a Deva, las cosas podían empezar a ir mucho mejor.

No se había atrevido a preguntar, pero se extrañó de no ver en la casería ninguna vaca. Solo gallinas, conejos y un cerdo. Las gallinas eran lo menos una docena y sus tías le habían prometido que le guardarían algún huevo. A ver si hasta podía hacer una tortilla de verdad. No lo quería ni pensar. Sería un sueño. Y si pudiera convencer a su tío de que le regalara un par de buenas ponedoras podría criarlas en el patio, como hacia su padre antes de que una enfermedad las diezmara.

Tesa volvió al día siguiente a Deva acompañada por su sobrino. En su bolsillo llevaba la mitad del dinero que había sacado en el mercado negro.

—Tenga, esto es suyo.

Claudio miró las monedas.

—Quédate con ellas. Te hacen más falta a ti que a mí.

—No quiero deberle nada.

—Nada me debes. Esta noche estuve pensando. Ya soy mayor y me encuentro cansado. No me vendría mal un poco de ayuda. ¿Este quién es?

—Uno de los hijos de Eloísa. Se llama Quique.

—Parece fuerte.

—Lo es.

—¿Y si se quedara a vivir con nosotros para ayudarme?

—¿Tú qué dices? —preguntó Tesa a su sobrino.

Quique miró a su alrededor. Había gallinas, conejos y un cerdo, además de tomates, patatas…

—Creo que me gustará.

—No te preocupes —dijo Claudio ante la mirada interrogativa de Tesa—. No lo trataré como un esclavo, al fin y al cabo lleva mi misma sangre. Y no me vendría mal otro par de manos. Un par de chicos podrían volver a sacar adelante esta casería abandonada.

—Los otros están trabajando. Les preguntaré. Y también tengo que preguntar a Marcelo, es su padre.

—Por poco tiempo.

Tesa sintió que un calor insoportable le subía a la cara. ¿Cómo se atrevía a decir eso delante del chiquillo? Quiso insultarle, pero las palabras no le salieron.

—No seas animal, Claudio, y calla la boca —dijo una de sus tías.

Claudio dio media vuelta dejando solas a las dos mujeres y al niño. Si fueran como ellos, ciudadanos de orden, no les hubiera pasado lo que les pasaba. Pero dos

chicos le vendrían muy bien para que la casería volviera a ser lo que había sido en sus buenos tiempos.

Tesa dejó a su sobrino en Deva. Con ella llevaba cebollas, zanahorias, patatas, berzas, cuatro huevos y un conejo vivo por poco tiempo.

51

En la celda número 12 de la primera galería, las esperanzas se iban desvaneciendo en el aire. Ya no estaban tan hacinados. Manolín, Humberto y Anselmo habían sido «paseados». Valeriano recibió el indulto y Romualdo murió por una apendicitis que derivó en peritonitis.

En el poco espacio que quedaba libre en las paredes, lucían los dibujos de Juanín en amistosa competencia con las caricaturas de Tomás, más preocupado por el destino de las muchas fotografías que había hecho durante la guerra que por el suyo propio.

Los nueve hombres se obligaban a darse ánimos unos a otros y a mantenerse ocupados. Juanín y Tomás intercambiaban sus conocimientos sobre dibujo. Celestino les enseñaba francés. Ángel, con cualquier material que tuviese a mano, hacía construcciones de lo más curiosas. Victoriano inventó una obra de teatro llena de chascarrillos, chistes verdes y escenas picantes que los obligó a representar y que los hizo pasar ratos agradables, retorciéndose de risa. También leían, escribían o discutían sobre distintos temas, siendo el principal la marcha de la guerra y sus consecuencias.

La noticia del reconocimiento de la España de Franco por Francia e Inglaterra supuso un gran golpe para la moral de los hombres.

—Que Francia e Inglaterra reconozcan a la España de Franco es una vergüenza además de una traición —gritó Marcelo fuera de sí.

—Nos han traicionado desde el principio, abandonándonos a nuestra suerte —añadió Sindo—. Si nos hubieran ayudado, como hicieron Alemania e Italia con los rebeldes, las cosas hubieran sido muy distintas.

—No lo acabo de entender. En realidad no lo quiero entender. ¿Cómo dos países que se rigen por un sistema democrático pueden dar el visto bueno a que nosotros sigamos bajo un régimen fascista? —cuestionó Celestino moviéndose por la celda de un lado a otro, visiblemente consternado.

—Un fascismo que se comerán con patatas —dijo Ángel.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Marcelo.

—Que al dejar que el fascismo se asiente en España, los dos países, especialmente Francia, quedan expuestos al nazismo alemán.

—Pues ojalá los invadan —exclamó Sindo.

—No digas eso —gritó Marcelo.

—Se lo merecen —respondió Sindo.

—No —dijo Marcelo con contundencia—. Estoy de acuerdo en que los dirigentes merecerían una lección, pero el pueblo no es culpable.

—En eso tienes razón. Pero es que no lo acabo de entender.

Pepe, el profesor de enseñanzas medias, hombre pragmático de pocas palabras intervino en la conversación.

—Mirad, ya sabéis que yo estudié historia. Llevo mucho tiempo dándole vueltas, pensando en guerras pasadas, principalmente en la Gran Guerra. Y he llegado a la conclusión de que esto no hay quien lo arregle. Las cosas están tan enmarañadas que no creo que tarde en estallar otra guerra en Europa cuyas proporciones no somos capaces de imaginar.

—Peor que la Gran Guerra, imposible —negó Sindo moviendo la cabeza.

—Será peor, ya lo verás. Date cuenta que el fascismo avanza como una mancha de aceite, los países van cada uno a lo suyo, ya ves lo que hicieron con nosotros, y el armamento se ha modernizado mucho.

—Eso es verdad —dijo Juanín levantando la cabeza de su dibujo—. Fijaos solo en las bombas que nos tiraban. Las del final eran mucho más grandes y más potentes que las primeras.

—Experimentaron con nosotros —dijo Pepe como hablando para sí mismo.

—¿Qué quieres decir con eso? —inquirió Marcelo.

—Piensa un poco. Han bombardeado por primera vez a la población civil y han probado sus nuevas armas con nosotros. Ya saben cómo funcionan. Ya saben cómo hacer para invadir Europa. Ya no se trata solo de luchar entre dos bandos con ciertas reglas. A partir de ahora, sembrar el terror entre la población civil formará parte de cualquier guerra.

—Yo espero con ansia esa guerra que dices. Si en Europa se logra acabar con el fascismo, Franco no tendrá ya nada que hacer —dijo Marcelo.

—Habrá que esperar para eso, compañero. De momento ya tiene casi todo el país a sus pies —intervino Celestino.

—Pero le falta el «casi». A mi todavía me queda la esperanza de que un día la cosa cambie. No sé, podemos ganar una buena batalla y hacerlos retroceder —dijo Marcelo.

—Dejad de soñar. Madrid está a punto de caer, y cuando lo haga todo habrá terminado —respondió Pepe.

—Y tú, Ramón, qué haces tan callado —preguntó Marcelo.

—Nada, estoy escribiendo una nota minúscula para intentar pasársela a Marina.

La conversación terminó cuando les abrieron la celda para salir al patio, donde era demasiado evidente la cantidad de compañeros que habían sido fusilados, aunque también muchos otros habían recibido el indulto, conmutando su pena de muerte por cadena perpetua. Al salir todos miraban disimuladamente, haciendo cuentas mentales de cuántos faltaban, pero sin decir nada.

Era agradable tomar el aire fresco, alejarse de una celda putrefacta y poder mover el cuerpo con más libertad: correr, saltar, caminar dando vueltas y más vueltas, o reunirse para hablar con compañeros de otras celdas, aunque el tema de conversación casi siempre eran los ausentes.

El 1 de abril de 1939, el final de la guerra se vivió con angustia, desesperación y un punto de alivio. Ya no había lugar para la más mínima esperanza. Habían perdido y estaban a merced de los vencedores. Pero querían pensar que la victoria calmaría su sed de venganza.

Mes y medio después, el 19 de mayo, declarado festivo nacional, en Madrid tuvo lugar el gran desfile de la Victoria para celebrar el triunfo de Franco y ensalzar su figura. Desde el día anterior, a lo largo y ancho del país se sucedieron los festejos. En Gijón hubo misa de campaña en Begoña y música a cargo de una pareja de gaita y tambor y de la Banda Municipal. Los actos se cerraron con una gran manifestación por la tarde y una verbena nocturna.

—Escuchad las campanas y los voladores —dijo un ilusionado Juanín.

—¿A nosotros qué nos importa? —preguntó Marcelo.

—Igual ahora nos sueltan, ¿no lo ves? Ya se acabó todo, ya lo tienen todo sujeto, ¿para qué nos quieren aquí?

—Para vengarse de nosotros.

—No seas tan pesimista.

—Ni tú tan iluso.

Al día siguiente hubo visitas de los familiares, lo que fue interpretado por los optimistas como una buena señal. Ramón no sabía qué pensar. Habían pasado tanto y tantas cosas que ya no sabía ni lo que era del derecho ni lo que era del revés. Prefería no hacerse ilusiones, aunque en su interior soñaba con que quizá, solo quizá, con el fin de la guerra llegarían los indultos generales.

Ramón encontró a Marina mejor que de costumbre. Parecía haber engordado un poco. También la notó menos triste, incluso alegre. Estaba convencida de que con el final de la guerra su pena de muerte sería conmutada por unos años de cárcel.

En la cesta que dejó a la entrada para su registro había una tortilla de tres huevos, un trozo de pan blanco, un poco de queso, un chorizo, dos plátanos, cuatro latas de sardinas y tabaco. Lena le había tejido una chaqueta nueva con lana vieja.

Ramón las miraba emocionado. A pesar de las penurias, de los disgustos y de la guerra, estaban las dos muy guapas. Se veía que se habían arreglado especialmente para él y eso lo halagaba. Se sentía tan sucio, viviendo en un sitio tan desagradable que añoraba su casa, su cama y hasta su retrete.

—¿Llegaron noticias de Jesús? —fue lo primero que preguntó.

—Todavía no.

No hablaron más, los guardias se movían de un lado a otro tratando de captar las conversaciones de los presos y de sus familias. Mejor hablar de cosas sin importancia cuando se acercaban.

La despedida cada día era más triste. El paso del tiempo iba pesando demasiado. Marina y Lena salieron de la cárcel junto a Tesa y Pilar. Marcelo, aunque añoraba a sus hijos, seguía negándose a que los llevaran a la cárcel y que ese fuera el último recuerdo que tuvieran de su padre. De todas formas iban de dejar de verlo muy pronto, lo sabía con certeza, así que mejor no hacerlos sufrir más. Le pareció bien la idea de Tesa de que quedaran a vivir en Deva. Al menos allí comerían suficiente.

Al regresar al barrio, las cuatro mujeres se dirigieron a casa de Marina. Tesa había dejado a su pequeño de quince días al cuidado de Luisa. El niño, tumbado sobre la cama, lloraba con desesperación. Tesa lo cogió en brazos y le ofreció su pecho. De la cocina llegó un grito desgarrador.

—¡Madre! ¡Madre! —lloraba Marina arrodillada junto al cuerpo de su madre, derrumbada en el suelo.

Luisa no reaccionaba. Pilar salió a pedir ayuda a los vecinos. Entre un par de hombres la levantaron y la acostaron. Luisa tenía el cuerpo rígido, le caía la baba y, aunque lo intentaba, no conseguía hablar. El médico dijo que no había nada que hacer, cuestión de horas o como mucho un par de días.

Marina, rota de dolor, quiso avisar a su hermana.

Raquel recibió la visita de su sobrina con asombro y cuando supo que su madre estaba agonizando quedó paralizada, sin saber qué hacer.

—Vamos tía, tienes que ir o te arrepentirás toda la vida.

—No me querrá ver, Lena. Hace muchos años que no quiere saber nada de mí.

—A lo mejor ahora sí.

—Tienes razón. No pierdo nada por intentarlo.

Tía y sobrina cogieron el tranvía. Raquel iba temblando, temiendo el encuentro con su madre. Durante el viaje miró con atención las calles, las casas, la gente. Poco había cambiado desde su ausencia. Seguía siendo un lugar pobre y triste, plagado de fábricas y de humos.

Bajó del tranvía sintiéndose observada por los vecinos. Se preguntarían quién sería esa mujer que iba con su sobrina. Se había puesto su vestido más sencillo y calzaba unos zapatos de buena calidad, pero nada lujosos. Marina salió a recibirla a la puerta, haciéndola pasar y cerrando tras ella. La abrazó con fuerza.

—¿Cómo está?

—Muy mal, pero consigue decir algunas palabras.

—¿Crees que querrá verme?

—No lo sé, Raquel. Mandé a Lena que te avisara para que tú decidieras si venías o no. No me hubiera perdonado no decirte nada.

—Hiciste bien. Dame un momento —dijo respirando hondo.

—¿Hay alguien más?

—Solo nosotras.

—Vete tú delante y dile que estoy aquí.

Marina asintió. Entró en el cuarto de su madre, se acercó a ella y le habló al oído.

—Madre, Raquel está aquí. Quiere verla. ¿Le digo que pase?

Luisa emitió un «sí» que pareció un suspiro. Marina le indicó a su hermana que accediera al cuarto.

Raquel tuvo que contenerse al ver a su madre en ese estado. La mujer de carácter fuerte que conocía no estaba allí. Era solo un cuerpo, un guiñapo entre las sábanas. Se acercó a la cama. Luisa movió un poco la mano derecha, como pidiéndole que se sentara. La miró con fijeza. Movió los labios.

—Quiere decirte algo, Raquel —dijo Marina.

Raquel acercó el oído a la boca de su madre.

—Per… di… da —fueron las palabras que escuchó.

Raquel se levantó con brusquedad, salió de la habitación y marchó a la cocina llorando. No podría creer que en su lecho de muerte hiciera un esfuerzo tan grande para escupirle su rencor de años.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó Marina que había corrido tras ella.

—Me ha llamado perdida, Marina. Es lo único que ha dicho. No me ha perdonado.

—No te preocupes, ya sabes cómo es.

—Sí, genio y figura hasta la sepultura —sonrió con tristeza Raquel.

Raquel salió de casa de su hermana prometiéndose no volver para el entierro. Si su madre no quería perdonarla ni a las puertas de la muerte, ella no pensaba llorarla.

Luisa murió al día siguiente. En el entierro, tras el cura y los monaguillos, el único hombre representante de la familia era Julián. Lo acompañaban los dos hermanos pequeños de Tesa. Las mujeres quedaron en casa rezando el rosario. Raquel no apareció.

En la siguiente visita a la cárcel, Ramón se sobresaltó al verlas. Marina y Lena llevaban un vestido negro y medias tupidas, también negras. La cinta del pelo de Lena era del mismo color. Se le puso un nudo en la garganta pensando en Jesús. Vio acercarse a Marina con los ojos llorosos y unas ojeras profundas de muchas noches sin dormir.

—¿Jesús? —preguntó aterrado.

—No, mi madre.

Ramón tuvo que disimular para no dar un suspiro de alivio. No le alegraba la muerte de su suegra, pero tampoco le apenaba. Lo sentía solo por Marina y por Lena, que habían quedado solas. Lo que no podía sospechar era que Raquel formaba parte de sus vidas y que cada vez se veían más a menudo.

—Marina, quiero que vengáis a vivir conmigo —dijo Raquel un mes después de la muerte de su madre.

—¿Contigo?

—Sí, en mi casa hay sitio de sobra para las tres. Lena y tú ganáis poco cosiendo y, ahora, sin el sueldo de madre, no creo que os dé para pagar el alquiler y estar bien alimentadas.

—No te preocupes, nos arreglaremos.

—Piénsalo. Las tres juntas estaríamos mucho mejor. Te he echado mucho de menos —dijo mimosa, abrazándose a su hermana.

—Anda, zalamera.

Raquel no consiguió convencer a Marina. Mientras que Ramón estuviera vivo ella no se movería de su casa. Era su hogar, el de Ramón, su marido necesitaba un sitio al que volver. Además, si llegaba carta de Jesús y no estaba en casa…

52

En el patio de los condenados a muerte corría el rumor de una nueva «saca». Ramón, al escucharlo, sintió un sensación tan fuerte como debe de sentirse al ser atravesado por un rayo. Una especie de premonición le anunció que sonaría su nombre. Mejor así. Mejor acabar con tanta incertidumbre. Sabía que algún día llegaría el temido momento, aunque siempre había un resquicio para la esperanza. Llevaba tiempo preparado pero sentía miedo de flaquear en el último momento, de perder la dignidad. Eso era lo único que le quedaba.

El día anterior le había tocado a Victoriano. Se despidió de sus compañeros con su habitual sentido del humor.

—Bueno, compañeros, ya salgo libre y esta vez para siempre. Lo siento por vosotros que quedáis aquí para seguir pasando hambre y servir de comida a los piojos. Si pudiera os llevaría conmigo, pero ya veis, no me dejan. ¡Salud y República!

Lo había dicho con una sonrisa de oreja a oreja que arrancó también las sonrisas de sus compañeros. Ya solo quedaban ocho y Ramón intuía que al día siguiente serían aún menos.

De regreso a la celda se dedicó a pensar en los compañeros desaparecidos y en los numerosos presos que morían día a día por las duras condiciones de la cárcel. Recordó a su querido maestro, don Emilio Robles, muerto hacía más de un año, tras ser encarcelado estando ya muy enfermo. Juanín le había hecho un retrato para no olvidarlo, pues quien más, quien menos, había visto alguna de sus obras y disfrutado con ellas. Juanín había escrito con bonitas letras de molde bajo el retrato «Pachín de Melás». Recordó también a otros compañeros muertos, especialmente a los que habían compartido celda con él: Manolín, Romualdo, Valeriano, Humberto, Anselmo, Victoriano. El sonido del cierre de la ventanilla de la puerta le produjo una fuerte sacudida en su interior.

Afortunadamente no tenía que sufrir por su hijo. Estaba seguro de que había conseguido llegar a Francia. En los tiempos que vivían el no tener malas noticias, era una buena noticia. Y su corazón le decía que su pequeño estaba a salvo.

Ramón ya aceptaba con resignación su muerte, incluso la deseaba. Si tenía que llegar, cuanto antes mejor. La espera era agotadora, con momentos de decaimiento difíciles de soportar. Los compañeros se apoyaban unos en otros y, con lentitud y en penosas condiciones, se iban amontonando los días.

Lo peor eran las «sacas». El murmullo en el patio. La espera en la celda. El cierre de la ventanilla. Una nueva espera. Los ruidos de los pasos. El estruendo de la voz en mitad de la noche, reclamando a uno a más hombres. Los pasos acercándose. La puerta que se abre llamando a un compañero, o bien los pasos que se alejan. Los nervios formando una coraza alrededor del cuerpo escapando por los dedos de las manos y de los pies. Un suspiro involuntario de alivio. La noche larga e insomne.

Se puso a escribir una carta a Marina. Cuánto no sufriría cuando le dieran el fardo con sus cosas. La imaginaba cogida del brazo de Lena, las dos sujetando sus lágrimas frente a los guardias. ¿Serían capaces? ¿O acaso se derrumbarían en ese momento? Lo habían hablado el último día.

—Cuando me maten, que lo harán, coged mis cosas y mostraos orgullosas, pues nada malo he hecho. Que no os vean llorar. No les deis esa satisfacción.

—No digas eso. A muchos los indultan. A ti también, ya lo verás —dijo Marina estremecida.

—No, Marina, no te hagas ilusiones. Mi sentencia es firme. Vete haciéndote a la idea.

—Nunca me haré a esa idea. Nunca —respondió con contundencia.

—No creo que Jesús tarde mucho en ponerse en contacto con vosotras. Si podéis, id con él donde sea que esté.

—Yo quedaré en casa esperándote toda la vida —dijo Marina mirándolo con ternura a los ojos.

—Mi último recuerdo será para vosotros. Para ti, Marina, la mujer preciosa con la que me casé un día que parece ya tan lejano.

—¿Te acuerdas? —preguntó Marina con una sonrisa—. Qué jóvenes éramos —continuó diciendo para sí.

—Lena, tú sé buena, obedece a tu madre y no olvides nunca a tu padre.

—Claro que no padre, ¿cómo podría olvidarte? Pero tiene razón madre, ya verás cómo te acaban dejando libre.

—No me hagáis mucho caso, es que hoy no tengo un buen día. Adiós y cuidaros mucho la una a la otra. Y nunca olvidéis que os quiero con locura.

Ramón terminó de escribir la carta. La dobló con cuidado y la dejó sobre la caja donde estaban sus cosas. Marcelo lo observaba con atención. En un momento cruzaron sus miradas. Se entendieron al momento. Marcelo decidió escribir una carta a sus hijos. Era lo único que podía dejarles en herencia; una carta para decirles lo mucho que los quería.

Ramón extendió su ropa limpia sobre el petate. Aún le quedaba un buen trozo de queso, pero no tenía hambre. Además, para qué iba a llenar el estómago. Los otros hombres también preparaban sus ropas y escribían sus cartas. Siempre lo mismo. Siempre el mismo miedo y la misma incertidumbre. El deseo de que llamaran a otro para sentirse culpable al momento.

Marcelo se acercó a Ramón. Le puso una mano sobre el hombro. Los dos amigos se fundieron en un abrazo y no pudieron evitar emocionarse.

—¿Eh? ¿Pero qué esto? ¿Pensáis que hoy vais a ser vosotros los elegidos? —exclamó Juanín—. Si hoy me toca a mí, que acabo de terminar el último dibujo, no vaya a ser que mañana tenga que empezar otro que ya no me queda ni lápiz con el que pintar ni papel donde hacerlo.

—Toma —dijo Marcelo, acercándole cinco pesetas—. A mí ya no me van a hacer falta.

—Pero a tus hijos sí —respondió Juanín—. Oye, tienes que decirme cómo son y a lo mejor puedo hacerte un buen retrato.

—Hablamos mañana —respondió Marcelo sonriente.

Los hombres se acostaron sobre sus petates, la ropa bien dispuesta a los pies.

Ramón contempló una vez más la fotografía que miraba todas las noches antes de dormir. Marina y él con los niños en aquel lejano 1929, el verano de la celebración del matrimonio de su hermano. Qué pequeños eran los niños y qué jóvenes parecían sus padres. Recordaba ese momento como si acabara de suceder. Se habían puesto la ropa nueva de la boda y habían entrado en Foto Klark, en la calle Begoña. Estaban los cuatro sonrientes. Él con su traje nuevo. Marina con el pelo peinado en ondas, un vestido verde y los pendientes y el collar de perlas. Jesús con nueve años y su sonrisa pícara. Y Lena, de siete años, preciosa con su vestido blanco y un gran lazo en el pelo.

Ramón besó la fotografía, la colocó sobre el pecho e intentó dormir. Las otras veces también lo había acompañado el miedo, no era tan valiente como para no temer a la muerte. Ni él ni nadie, por mucho que intentaran disimularlo. Pero esa vez era diferente. Esa vez un nudo en la boca del estómago retorcía su nombre.

A las tres de la madrugada empezaron a sentirse pasos en la galería. Las pequeñas ventanas de las puertas se fueron abriendo una a una. Los hombres, como si les acabaran de dar una orden, comenzaron a vestirse con rapidez y en silencio. Después, acabaron de organizar sus cosas o de escribir a sus familias. Dentro de poco la puerta se abriría y alguno de ellos saldría para no volver jamás.

Los presos se mantenían de pie, alerta, vistiendo de dignidad su miedo. En la celda de al lado sonaron dos nombres. Las miradas de Ramón y Marcelo se cruzaron. Esos compañeros habían sido condenados en su mismo proceso. Ya no había ninguna duda. El sonido de las violentas pisadas se acercaban a su celda. Se abrió la puerta. El oficial, con voz firme, leyó los nombres de los dos amigos.

Ramón y Marcelo, sin mirar atrás, encaminaron sus pasos hacia su destino fatal. Ya no se escucharon más nombres. El resto de los compañeros, unos aliviados, otros desesperanzados, se volvieron a acostar para intentar coger el sueño y dormir un rato. Algunos, ocultando la cara, lloraron su miedo y su impotencia. Un día, cualquier día, les tocaría a ellos. Y se torturaban por desear que llevaran a otros, amigos y compañeros todos.

Ramón caminaba sereno por el pasillo junto al resto de los condenados. Ese día eran siete los elegidos. Los llevaron a la capilla y allí los dejaron durante más de dos horas. Los hombres estaban inquietos y sus cuerpos se estremecían cuando sentían abrirse la puerta. Preguntaron quién quería confesar. Solo uno respondió. Marcelo emitió un gruñido de desagrado. La espera se hacía angustiosa, impacientes ya porque todo acabara de una vez, resignados como estaban ante lo inevitable.

Antes del amanecer, el rugido de los camiones rompieron el silencio de las calles de la ciudad. Desde el interior de las casas se escuchaba el sonido del anuncio de la muerte. Los hombres vestidos con uniformes de la Guardia Civil y de la Guardia de Asalto cumplían órdenes.

Los camiones llegaron a la cárcel de El Coto. Se revisaron los nombres de los que iban a ser entregados a sus nuevos carceleros. Les ataron las muñecas con alambre y los hicieron caminar rápido, espoleados por las culatas de los fusiles y por los gritos de los guardias.

Subieron a los camiones. El amanecer predecía un día luminoso. La temperatura era agradablemente fría a esa hora de la mañana. Hacía mucho que no veían más allá ni respiraban otro aire que el que vivía prisionero entre los muros de la cárcel. El aire libre los reconfortó.

Los hombres dirigieron sus miradas al cielo, sintiendo algo parecido a la libertad. El último paseo, pensó Ramón. Cerró los ojos un momento, disfrutando de la caricia de la brisa matutina. Hasta encontró placer en el traqueteo del vehículo, tras tantos meses de inmovilidad, de estar encerrado en una celda y salir solo una o dos horas al patio.

El camino fue corto, el cementerio de El Sucu estaba cerca. Los camiones pararon y con las misma brusquedad con que los hicieron subir los hicieron bajar. Nadie se resistió. Caminaron en silencio, en fila, fuertemente escoltados hasta llegar al muro donde dejarían sus vidas. Los colocaron y les quisieron vendar los ojos. Ramón se negó. Se encontraba extrañamente tranquilo. Desde que sus pies habían pisado el cementerio se había sentido envuelto por una paz y una serenidad desconocidas hasta entonces. Era como si todo fuera un sueño. No temía el ver la muerte cara a cara. Se sentía ligero, incluso feliz, como si su cuerpo no pesara, como si los negros pensamientos que lo habían acompañado durante su encarcelamiento se hubieran esfumado de repente, echando a volar como los pájaros.

Marcelo, a su lado, no podía evitar temblar. Se miraron, alargando sus brazos, intentando un último contacto, una despedida.

—Déjense de mariconadas, ¡coño! —gritó el cabo, dándoles un golpe con la pistola apenas se habían rozado los dedos.

Los ejecutores estallaron en carcajadas cuando vieron deslizarse la orina por las perneras de los pantalones de dos hombres. Ellos, aunque avergonzados, alzaron la cabeza con orgullo.

—¡Viva la República! —exclamó Marcelo, seguido por los gritos de sus compañeros.

Los golpes intentaron acallar las voces. El cura se acercó a los condenados, pidiendo su arrepentimiento. Marcelo lo llamó, le susurró unas palabras y el cura, rojo de ira, volvió a grandes pasos hasta el lugar donde estaban los soldados. En la boca de Marcelo una sonrisa irónica.

Se dio la orden de cargar las armas. Se apretaron los labios y se intentó controlar el temblor de las piernas. Ramón escuchó como un eco lejano «Preparados, apunten, fuego».

Quizá fue poco tiempo el que pasó desde que lo colocaron de espaldas a la tapia hasta que su cuerpo vibró con las balas, pero para Ramón fue un tiempo eterno, impreciso, como si su mente hubiera quedado en blanco, como si hubiera pasado toda una eternidad.

Marina despertó con el sonido de los disparos. Los había oído muchas veces, siempre con el miedo de que Ramón fuera uno de los ejecutados, pero ese día el miedo se convirtió en corazonada. De su boca salió un grito de dolor. Lena corrió a la cama de su madre, asustada. La abrazó, la llenó de besos y de esperanza, pero nada parecía poder calmarla.

Unas horas después, con la cara lavada varias veces para tratar de borrar las huellas del llanto, Marina se acercó a la cárcel junto a su hija y a Tesa. No hicieron falta palabras. En cuanto les entregaron los fardos con las cosas de sus seres queridos, tuvieron la certeza de su triste destino. Marina no lloró. Tan solo un temblor imperceptible para los guardias recorrió su cuerpo. Recogió las cosas de Ramón y salió de allí para no volver. Al doblar la esquina, cuando ya los asesinos de su marido no podían verla, se desplomó sobre el suelo presa de un dolor tan insoportable que parecía que las fauces de un lobo intentara arrancarle las entrañas.

Unas semanas después, Marina accedió a dejar su casa y su barrio para ir a vivir con Raquel. Si Jesús escribía, los nuevos inquilinos entregarían la carta a su cuñada.

Tesa y Marina se despidieron con tristeza. Habían pasado tantos años y tantas cosas juntas que les dolía separarse. Marina y Lena estarían bien con Raquel, no les faltaría de nada. Tesa debía seguir luchando para sacar adelante a su numerosa familia. La guerra había terminado, pero la posguerra estaba siendo mucho más dura.

Las dos cuñadas se dirigieron hacia el tranvía. Marina y Lena subieron cargadas con un par de maletas donde llevaban todas sus cosas. En el pecho de Marina, bajo el vestido, la carta que había leído y seguiría leyendo durante toda su vida.

> Querida Marina:
>
> Si estás leyendo estas letras es que hoy me ha tocado a mí. Los dos lo sabíamos, aunque sé que tú mantenías la esperanza de un indulto. Ya ves, no ha sido posible. No tengo miedo. Voy a morir en paz y con dignidad, pues no tengo de qué arrepentirme. Te quiero mucho, Marina, lo sabes. También quiero a nuestros hijos y deseo que tengan un futuro mejor que el nuestro. Malos tiempos nos han tocado vivir, quizás los de ellos sean mejores. Adiós, Marina, moriré con tu nombre en mis labios.
>
> Lena, tu padre muere sabiendo que un día cumplirás tu sueño de ser maestra. Te deja todo su cariño.

Espero que tengáis pronto noticias de Jesús. Decidle que lo quiero y que estoy orgulloso de él.

Marina, mira a ver si te dejan enterrarme con mis padres. La gabardina y el resto de la ropa se la das a mi hermano, para que tenga un recuerdo mío.

Tu marido que te quiere.
Ramón.

Epílogo

La guerra europea tan ansiada por los republicanos no tardó en estallar logrando, a cambio de la vida de millones de personas, derrotar al fascismo. Pero una vez más, Europa, al finalizar la que sería conocida como Segunda Guerra Mundial, dio la espalda a España permitiendo que el país continuara subyugado bajo las botas de una dictadura, borrando de un plumazo las pocas esperanzas que aún mantenían los republicanos.

El hambre, la represión y el miedo formaron parte de la vida cotidiana de los españoles durante varias décadas. Más tarde, la dureza de la vida se iría aligerando poco a poco para dar paso, al fin, a una época que, aunque agitada, llegaba cargada de esperanza.

Tesa, viuda desde hacía catorce años, compartía vivienda con Marina y Raquel. Sus hijos, ya casados, le habían dado seis nietos. Su pequeña Blanca, como en un juego de azar, había conocido a Fernando, el hijo de Conchita, en el baile de El Recreo y era madre de tres niños.

Raquel había encontrado al hombre idóneo para vender sus joyas, algunas muy valiosas. Con el dinero obtenido compró un buen piso en el centro y montó una mercería que permitió a las dos hermanas vivir con holgura. Nunca más se acostó con un hombre por dinero, aunque sí lo hizo por placer, siempre en encuentros fortuitos y en lugares arriesgados.

Lena prosiguió sus estudios hasta lograr el título de maestra, llegando a ser directora de colegio. Aunque evitaba a los chicos acabó enamorándose de un fotógrafo al que no le importó su pasado y con el que tuvo dos hijos.

De Jesús tardaron en tener noticias. Fueron tres años angustiosos, sin saber si estaba vivo, preso en algún lugar lejano, o muerto.

Un día entró en la mercería un viajante desconocido.

Mientras Marina atendía a una clienta, Raquel hablaba con el hombre sobre el muestrario que había desplegado ante sus ojos. La clienta marchó. El hombre dirigió la mirada a la puerta como si esperara que la mujer se alejara. Las dos hermanas, extrañadas por su actitud, lo observaban con cierto recelo. El silencio se había adueñado de la mercería. Entonces, el hombre, sin dejar de tener la puerta en su punto de mira, con un movimiento rápido sacó una carta del bolsillo interior de su gabardina y lo deslizó sobre el mostrador como si le quemara en la mano. Raquel

entendió. Cogió el sobre y lo metió en el bolso de la bata justo en el momento en el que se abría de nuevo la puerta.

El hombre plegó su muestrario, levantó el sombrero como gesto de despedida y desapareció. Marina y Raquel se miraron sin saber qué pensar. Por suerte ya era la hora de cerrar y la clienta solo quería unos hilos que le despacharon con prontitud. Marina cerró la puerta por dentro y echó las contraventanas, sin dejar de preguntarse qué había pasado, pues no podía ni imaginar lo que había dentro de aquel sobre.

Ya seguras, Raquel sacó el sobre del bolsillo. Dentro había otro sobre. Era una carta. Marina reconoció la letra de Jesús. Un chillido escapó de su garganta. La abrió con manos temblorosas, temiendo desmayarse de un momento a otro. Sí. Era Jesús el que escribía, al cabo de años de silencio. Tras muchas vicisitudes, que no contaba en la carta, había conseguido llegar a Argentina, donde le iban bien las cosas. En el lugar donde vivía había muchos asturianos y se ayudaban unos a otros formando una gran familia. No estaba solo, aunque añoraba a los suyos y a su tierra.

Las dos hermanas se abrazaron, llorando de alegría. El Jesús que creían muerto aunque ninguna de las dos se atreviera a decirlo, estaba vivo y seguro en un país lejano. Tras esa carta llegaron muchas otras, unas en manos de viajantes o supuestos viajantes, otras ya por correo ordinario. También llegaron las fotografías. De Jesús y su familia. Se le veía feliz, al lado de su mujer argentina y sus tres niños. Marina no podía parar de besar las fotos, de tanto hacerlo algunas se estaban desgastando y Raquel la reñía por ello.

Jesús, en su última carta de hacía apenas un mes, decía que si se asentaba la democracia en el país, cogería el primer vuelo que pudiera para poder abrazar a su madre. Marina soñaba con ese momento. Llevaba cuarenta años sin ver a su hijo, a su pequeño e inquieto Jesús.

Cuando Marina marchó del barrio Tesa había quedado descorazonada, pues además de ser su cuñada era su mejor amiga. No obstante, apenas le dio tiempo a echarla en falta entregada como estaba a su familia. Cargó carbón, vendió de estraperlo, sirvió en casa de don Cosme hasta su muerte, cuidó a su tía Pilar que llegó a cumplir ochenta años, crio a sus hijos, miró por sus sobrinos —los hijos de Marcelo y Eloísa, que acabaron heredando la casería de la familia en Deva—, y atendió a sus hermanos pequeños. Su mayor alegría en esos años fue el regreso de Antonio, tras cuatro años internado en un campo de trabajo. Desde entonces, con su ayuda todo fue un poco más fácil.

Al morir Julián, Raquel y Marina la convencieron para ir a vivir con ellas. Desde entonces, las tres mujeres compartían su vida. Marina y Raquel seguían regentando la mercería. Tesa se hizo cargo de las labores de la casa y de la comida, aunque a la menor ocasión encontraba una disculpa para salir a la calle. Era también la encargada de resolver las cosas relativas al papeleo, tanto de sus amigas como del resto de la familia.

Cuando iba a Oviedo se sentía feliz. Era lo más lejos que había ido en su vida y quizás lo más lejos que iría nunca. A Tesa le encantaba comer el bocadillo sentada en el parque de San Francisco, mientras contemplaba a la osa Petra. Luego, antes de coger el tren, compraba unos caramelos típicos de la ciudad que en casa llamaban «caramelos de la gocha», y que les encantaban tanto a los niños como a los mayores.

Al anochecer, reunidas primero alrededor de la radio y más tarde de la televisión, cada una se entretenía con sus pasatiempos favoritos. Marina bordaba, ya no para vender, sino para su nieta y las nietas de su cuñada. Su vista, aunque ayudada por gafas, seguía siendo buena y las vainicas y bordados brotaban perfectos como por arte de magia. Tesa miraba de hito en hito la televisión mientras repasaba en su huevo de madera la ropa y los calcetines. Raquel se entretenía con sus revistas. Compraba cuantas podía. Le gustaba ver a la gente rica, sus vestidos, sus joyas, sus casas. Durante años había sentido nostalgia de los viejos y buenos tiempos, pero a sus sesenta y nueve años ya había aprendido a tomar la vida con tranquilidad, satisfecha de no haber quedado tirada en la calle, como tantas otras, agradecida de poder disfrutar de la compañía y del amor de su hermana y de la amistad y del cariño de Tesa, a la que quería como a otra hermana. También compraba todas las novelas de Corín Tellado. Las tenía encargadas en el quiosco y en cuanto llegaban a sus manos las devoraba. Cuántas historias de amor y qué bonitas escribía esa mujer. Le gustaría conocerla.

El sábado, 14 de junio de 1977, Tesa recibió la visita de su hermano Antonio.

Cuando llegó Antonio las tres mujeres se alegraron. Todas lo querían de una u otra manera. Para las tres era un hermano. Raquel se adelantó para preparar café. Lo llevó al poco rato junto a un bizcocho horneado por Marina esa misma mañana.

Mientras merendaban, los cuatro charlaron animadamente sobre la familia, el tiempo, las noticias o los programas de televisión.

—¿Sabes a qué he venido, Tesa? —preguntó Antonio a su hermana en medio de la conversación.

Marina y Raquel quedaron calladas, mirando a los dos hermanos que parecían sonreír con una extraña complicidad, como si se pudieran entender sin palabras.

—Claro que lo sé —respondió Tesa—, pero quiero que me lo digas tú.

—Mañana votaremos por primera vez desde hace muchos años. Los resultados de las urnas son muy importantes, pues ya sabéis que las cosas andan revueltas y nunca se sabe qué puede pasar. Sois conscientes de ello, ¿verdad? —preguntó Antonio, esta vez dirigiéndose a las tres mujeres.

—Claro que lo sabemos, Antonio —respondió Marina lanzando un suspiro—. Si Ramón pudiera verlo… —dijo emocionada.

—Si Ramón pudiera verlo sabes bien a quién votaría.

—Claro que lo sé, Antonio. Claro que lo sé.

—Pero bueno, acabáramos —intervino Raquel—. No me digas que solo has venido a decirnos a quién tenemos que votar. Era lo único que nos faltaba.

—Es que no se fía de nosotras —dijo Tesa con sorna, dirigiéndole una mirada cariñosa a su hermano—. Claro, qué vamos a saber tres mujeres incultas como nosotras que no han hecho nada más en la vida que trabajar como burras para sacar a sus hijos adelante pero que nunca han cogido un fusil.

—Sabes que no es eso, Tesa —dijo Antonio apesadumbrado.

—Ya lo sé, Antonio. Lo sé. No te lo tomes a mal.

—Lo último que pretendo es ofenderos. Sabéis bien que os quiero mucho a las tres, pero es que… —se le quebró la voz, como si cientos de recuerdos desagradables golpearan su cabeza.

—Ya lo sabemos, Antonio, ya lo sabemos —dijo Tesa levantándose y acercándose a su hermano, acariciándole con suavidad la coronilla.

—Por fin llama la democracia a nuestra puerta después de tantos años. La he esperado tanto, tanto que creí que no llegaría nunca a vivir este momento. Y en estos días no paro de acordarme de los que quedaron en el camino. Si ellos pudieran verlo. Si pudieran votar —susurró Antonio hablando para sí mismo.

—Vamos a ver, Antonio —dijo Raquel—, todos hemos pasado lo nuestro pero cada uno tiene sus propias ideas. Antes, las mujeres votábamos lo que nos decían los maridos, los novios o los curas, pero ahora ya somos dueñas de nosotras mismas y de nuestras ideas. Y a mí no me gusta que nadie me diga lo que tengo o no tengo que hacer. Perdona que te lo diga así, pero así es como lo siento.

—Yo solo digo que no podéis olvidar a los vuestros, que debéis votar con el corazón.

—Ya, y para ti el corazón es el Partido Comunista, ya lo sabemos todas. Pero a nosotras qué nos ha dado el Partido, ¡dime!, qué nos ha dado —preguntó Raquel sacando a relucir su carácter, aún vivo.

Antonio no tenía ganas de discutir de política, tan solo había pensado que sería buena idea visitar a su hermana y recordarle quiénes eran, pero no esperaba que Raquel le contestase así, de esa manera, como si le dijera sin decirlo que estaba dispuesta a votar a la derecha, esa derecha que les había arruinado la vida.

Respiró fuerte intentando calmarse y calmar el ambiente. La merienda continuó desarrollándose con cordialidad, aunque Antonio sentía dentro de él un resquemor, una bola de fuego en la boca del estómago.

Tesa lo miró de reojo. Había llegado con la misma ilusión reflejada en el rostro que aquel día, ya lejano, en que entró en casa diciendo que acababa de alistarse como voluntario en el Frente Popular. Aquel día ni las quejas de su padre ni las lágrimas de su madre y sus hermanas consiguieron romper la ilusión del joven idealista que pretendía luchar por un mundo mejor. Sin embargo, esa tarde, por unas palabras de Raquel, su cara se había marchitado de repente. Estaba viejo. Como ella. Como Marina y Raquel. Como todos.

En la despedida, Tesa le dio un beso, un fuerte abrazo y unas palabras que le arrancaron una sonrisa. No quería que se fuera con ese atisbo de tristeza. Al día

siguiente amanecería uno de los días más importantes de la vida de los españoles, incluida ella y los suyos.

Tras la marcha de Antonio, las tres mujeres, sin hablar, siguieron viendo la televisión hasta la hora de acostarse. Ninguna de ellas comentó nada que tuviera que ver con las elecciones.

El 15 de junio de 1977, Gijón amaneció con un día espléndido. El sol parecía querer sumarse al ambiente de fiesta que reinaba en las calles. Desde muy temprano, los colegios electorales se llenaron de personas ávidas de depositar su papeleta en las urnas. Una papeleta en la que cada uno confiaba sus esperanzas para un mundo mejor.

En algunos lugares las colas y la espera eran muy largas, pero no importaba; llevaban demasiado tiempo esperando como para quejarse por una o dos horas más. Vecinos y conocidos se saludaban y sonreían como si les acabara de tocar la lotería.

Cuando les llegó el turno a Tesa, Marina y Raquel, se acercaron jubilosas a la mesa de votación con los sobres en las manos. El presidente de la mesa dijo en alto, uno tras otro, el nombre y el número del carné de identidad de las tres mujeres. Sus papeletas revolotearon desde lo alto para acabar sumergiéndose en un mar de sobres del mismo color.

Salieron alegres. Sus votos estaban allí, sumados a los de millones de personas, hombres y mujeres sin distinción.

Las tres votaron con la ilusión de lograr un futuro mejor.

Las tres votaron con el corazón.

Notas

[1] Calle Vuelta, actual calle Cervantes. <<

[2] Calle Pi y Margall, actual calle Los Moros. <<

[3] Plaza de los Cuatro Cantones, actual Plaza de Italia. <<

[4] Plaza de la República, actual Plaza Mayor. <<